

DIODORO DE SICILIA

BIBLIOTECA HISTÓRICA

LIBROS XVIII-XX

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA HISTÓRICA

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 411

DIODORO DE SICILIA
BIBLIOTECA HISTÓRICA

LIBROS XVIII-XX

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN PABLO SÁNCHEZ



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JORGE CANO CUENCA.

© EDITORIAL GREDOS, S. A., 2014.

López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.

www.editorialgredos.com

Primera edición: marzo de 2014

REF.: GBCC411

ISBN: 978-84-249-2612-0

Depósito legal: M. 2.130-2014

INTRODUCCIÓN

DIODORO Y EL MUNDO HELENÍSTICO

Unos pocos, empezando desde los tiempos antiguos, se propusieron describir los hechos universales hasta su propia época, pero, entre esos, unos no llegaron a los tiempos propios de cada cual, otros omitieron los hechos de los bárbaros; otros aún despreciaron las viejas mitologías por la dificultad de la obra y otros no culminaron el plan de su proyecto privados de la vida por el destino. Ninguno de los que realizaron esa obra ha llevado a cabo la historia más tarde de la época macedónica; unos terminaron sus composiciones en los hechos de Filipo, otros en los de Alejandro, algunos en los diádocos o los epígonos, pero aunque omitidos muchos y grandes hechos de después de eso hasta nuestros días, ningún historiador se propuso elaborarlo en una sola composición a causa de la magnitud de la empresa¹.

Tal como declara al comienzo del libro I, aquí citado, Diodoro pretendía con su obra llenar un hueco en la historiografía, y, sin duda, como vamos a ver, los libros XVIII-XIX y XX de la *Biblioteca histórica* son los que mejor plasman estas intenciones.

La idea de una historia universal debió de surgir en su mente ante los vastos horizontes del mundo helenístico que había abierto Alejandro Magno y que había hecho posible que un griego como Megástenes pudiera acabar como embajador de Seleuco I en Pataliputra, en la India; o que el filósofo Clearco de Solos pudiera llevar las máximas del oráculo de Delfos hasta Ai Khanum (Alexandria ad Oxum en la antigüedad), una ciudad en las riberas del Amur Darya a los pies del Hindu Kush. Los ideales del panhelenismo, que tan paradigmáticamente hubiera formulado Isócrates en el siglo IV a. C., habían hecho que el limitado mundo de las modestas

ciudades-Estado del Egeo se abriera a los vastos confines del exótico mundo oriental.

Además, no hay que olvidar que, cuando Diodoro escribe su magna obra, Roma ya se había hecho con todo el Mediterráneo en poco más de medio siglo tras la victoria en la Segunda Guerra Púnica. A diferencia de Alejandro Magno que, guiado por una idea ecuménica del mundo, aspiraba a unificar bajo su égida los territorios todavía dispersos entre la India y las columnas de Hércules, Roma se había alzado con el poder supremo con una simple consigna: «*divide et impera*». Esta divisa la practicaron precisamente a partir del siglo II a. C. sobre el mosaico de reinos helenísticos surgidos tras la muerte de Alejandro Magno. En época de Diodoro y en su Sicilia natal, el poder absoluto del emperador quiso manifestarse con la fundación de una colonia militar en Tauromenio en el año 36 a. C. (Diod., XVI 7, 1); pero en los libros XVIII, XIX y XX, sin embargo, Diodoro nos introduce en una época en la que Roma aún era una potencia local en Italia que surgía balbuciente e iba avanzando posiciones frente a sus sofisticados vecinos de Etruria y las montaraces tribus samnitas del sur.

Ese vasto mundo por descubrir animó a nuestro autor a emprender largos viajes. Durante treinta años Diodoro, que era natural de Agirio, una ciudad de segundo orden en las inmediaciones del Etna, viajó por Asia Menor, Europa (Diod., I 4, 1) y Egipto (Diod., III 11, 3); lugares donde principalmente transcurre la acción que se desarrolla en estos tres libros del presente volumen. Nuestro autor ostenta su experiencia personal y la presenta como un factor determinante en su labor como historiador (Diod., I 4, 1), mientras, a su vez, la combina con una concienzuda labor de investigación en la propia Roma, donde afirma (Diod., I 4, 2-3) que él residió durante largo tiempo; y, además, sabía latín, lo que le permitió acceder a fuentes escritas en esa lengua.

Muchos estudiosos han tachado a Diodoro de ser un acrítico compilador sin ambición de estilo, un erudito que no trataba más que de adaptar sus diversas fuentes para convertir su vasto (y a veces, confuso) material en una enciclopedia realmente accesible. Diodoro puede cometer errores, es cierto,

pero es tan bueno como le permiten serlo las fuentes a las que accede y toma como referencia. Su estilo discursivo es predominantemente sencillo, claro, sin perder el hilo de la narración con amplios y elaborados discursos (práctica que Diodoro critica de sus contemporáneos en Diod., XX 1-2, 2). Todo esto redundaba en la inteligibilidad del texto griego original².

A su favor, podemos decir que los libros XVIII-XX de la *Biblioteca histórica* son nuestra principal fuente para el período comprendido entre la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.) y la batalla de Ipsos (301 a. C.)³. El libro XVIII, en concreto, es especialmente denso y abundante en detalles; se centra casi en exclusiva en los sucesos de Asia, Grecia y Sicilia entre los años 323 a. C. y 318 a. C., e incluye citas de inscripciones, como el decreto de los exiliados emitido por Alejandro Magno y el edicto de Poliperconte en nombre de los reyes del año 318 a. C. A estos libros de Diodoro solo cabría añadir otras fuentes como las *Vidas de Eumenes*, *Demetrio*, *Foción* de Plutarco, la *Vida de Eumenes* de Nepote y el epítome de Justino de la *Historia Filípica* de Pompeyo Trogo⁴. Algunas noticias sueltas y singulares anécdotas podemos extraerlas de la lectura de autores de época imperial como Estrabón, Pausanias, Polieno, Eliano, Arriano y Ateneo; y también de fragmentos papiráceos, como el que preserva fragmentariamente el discurso pronunciado por Hiperides en el funeral del general ateniense Leóstenes, el héroe caído en la guerra Lamíaca.

Es poco, desgraciadamente, lo que queda de la producción literaria de una época, la helenística, que debió de ser ingente; especialmente si consideramos que algunos de los principales protagonistas de este período, como Ptolomeo I, fueron autores de obras históricas donde aportaron su propio testimonio; o, como en el caso de Antígono el Tuerto, fueron patronos de las artes y de las ciencias. Para la guerra de los diádocos, por ejemplo, es especialmente lamentable la pérdida de la obra del historiador Jerónimo de Cardia, autor que Diodoro menciona en estos libros. Jerónimo desempeñó un papel destacado en los eventos que él describe, primero al servicio de su compatriota Eumenes y, posteriormente, al

servicio de Antígono el Tuerto, Demetrio Poliorceta y Antígono II Gónatas. La muerte le alcanzó a la avanzada edad de ciento cuatro años; lo que le permitió escribir una vasta obra consignando sucesos que acaecieron desde la muerte de Alejandro Magno hasta la muerte de Pirro de Epiro, cincuenta años después⁵. Para los sucesos acaecidos en Sicilia, Diodoro usa principalmente como fuente a Timeo de Tauromenio, y para los eventos en Italia usa como fuente la analística romana. Otro historiador importante es Duris de Samos, a quien se le conoce una historia universal desde la muerte de Amintas III, abuelo de Alejandro Magno, en el 370 a. C., hasta la muerte de Lisímaco en la batalla de Curupedion en el año 281 a. C.; pero a nuestro autor quizá le debió interesar más la monografía que Duris dedicó a Agatocles de Siracusa y que se cree que, efectivamente, fue la fuente para los eventos ocurridos en Sicilia, y recogidos en los libros XIX y XX⁶.

Hay, pues, una relativa riqueza de fuentes directas que ayudan a corregir o confirmar el texto de Diodoro: aparte de los decretos preservados en inscripciones, especialmente abundantes en Atenas a partir del año 307 a. C. (año de la instauración de un gobierno plutocrático controlado por Macedonia) y el *Marmor Parium*, resulta interesante la colección de tablillas cuneiformes de Babilonia conocidas como la *Crónica de los diádocos*, que nos permiten evaluar el impacto del avance de Seleuco en estos territorios⁷.

Resulta lógico pensar que Diodoro usó para los libros XVIII, XIX y XX las variadas fuentes que tenía a su disposición, dada la amplia geografía en la que se desarrollan los eventos que narra. Dicha diversidad, además, se intuye en el diferente estilo y enfoque con los que trata a los personajes y los acontecimientos que narra. Aquellos capítulos que versan sobre los asuntos de Grecia y Asia aportan detalles técnicos, como la configuración y el número de tropas o el tipo de armamento y maquinaria pesada de guerra del que disponen las fuerzas de combate, así como detalles topográficos y cronológicos que llegan a especificar los momentos del día en que se desarrolla la batalla; lo que contrasta con el tratamiento que lleva a cabo cuando su narración se desarrolla en relación a otras regiones. Entre las personalidades tratadas descuellan

Antígono el Tuerto y Demetrio Poliorceta, cuyos retratos son los que mejor se perfilan con unos trazos muy positivos, lo que denota el uso de una fuente promacedonia, como el ya mencionado Jerónimo de Cardia; pero no podemos excluir el uso de fuentes alejandrinas para el relato de los eventos de Egipto, dado el perfil tan favorable que Diodoro traza de Ptolomeo I.

También los capítulos sicilianos divergen sustancialmente en su tratamiento de los capítulos italianos. Mientras que Diodoro trata la progresiva expansión de Roma de una manera sobria y escueta (a veces en breves apuntes que no llegan ni a un solo capítulo), se narra con todo lujo de detalles el ascenso y la caída de Agatocles, el tirano de Siracusa que se proclamó rey tras su victoriosa campaña en Africa contra Cartago. En los numerosos capítulos en los que se trata la vida de este estratega se incluyen todo tipo de digresiones etnográficas y mitológicas, prodigios y señales divinas, milagrosas huidas, lances amorosos e incluso comentarios del propio Diodoro (que, por otra parte, era de la propia Sicilia), haciendo el relato más ameno y apasionante.

Con todo, en una época de grandes y opuestas personalidades en continua lucha, Diodoro sabe ofrecer en breves pinceladas concisos retratos de los protagonistas de esta historia (probablemente inspirados por las fuentes que usa): el generoso y diplomático Ptolomeo frente al arrogante y ambicioso Pérdicas que, con sus rudos métodos, precipita su muerte a manos de sus propios hombres; o el impulsivo carácter y el oportunismo de figuras menores de esta historia, como son los jóvenes generales Alcetas, Teutamo y Antígenes; frente al más inteligente y taimado Antígono el Tuerto, un genio militar de la vieja escuela, de probada experiencia en el campo de batalla, pero de una desmesurada ambición que le conduce a la muerte.

A la hora de organizar todo este ingente material, Diodoro se comporta como un historiador analista: cada año viene encabezado con una indicación del nombre del arconte eponimo, de los cónsules en Roma y, cada cuatro años, de la pertinente edición de las Olimpiadas que se celebraron ese año con el nombre del vencedor en la prueba más importante y

más antigua, esto es, la carrera del estadio. Los problemas surgen a la hora de distribuir los eventos acaecidos anualmente, ya que las fuentes principales de Diodoro (es decir, Jerónimo de Cardia) parecen seguir una cronología por campañas militares, casi coincidiendo con el calendario juliano; mientras que el año ateniense comenzaba a mediados del verano y acababa con la designación del arconte epónimo en el verano del año siguiente. Hay, en definitiva, una diferencia de meses que provoca no pocos desajustes cronológicos⁸ con la omisión de algunos datos y la dificultad de datar eventos muy poco documentados⁹.

El principal problema es que Diodoro suele ser impreciso a la hora de establecer una cronología relativa de los acontecimientos. Suele usar expresiones vagas del tipo «poco después» (μετὰ ὀλίγον χρόνον, μετὰ τινα χρόνον) o «al mismo tiempo» (ἄμα)¹⁰. En otras ocasiones, sin embargo, puede llegar a ser bastante preciso, como cuando especifica que los samios recuperaron su isla en el 322 a. C., cuarenta y tres años después de que esta fuera capturada por el general Timoteo (XVIII 18, 9); o que Pérdicas murió en el 320 a. C., tres años después de haber asumido su regencia (XVIII 36, 7); que Casandro reconstruyó Tebas en el año 316 a. C., veinte años después de la destrucción de la ciudad ordenada por Alejandro (XIX 54, 1); o que Demetrio de Falero partió al exilio quince años después de la guerra Lamíaca (XX 46, 3).

En suma, la *Biblioteca histórica* es una fuente histórica de primer orden y, como su propio nombre indica, intenta proporcionar a todo intelectual curioso u hombre de cultura una información básica sobre una variedad de cuestiones geográficas, etnológicas, mitológicas, históricas, e incluso zoológicas. Quizá se deba a la pluma de Jerónimo de Cardia lo más colorido y sofisticado del relato de Diodoro en estos libros, como son las digresiones etnográficas sobre el origen de la ceremonia india del *satí* (Diod., XIX 33-34), sobre el estilo de vida y las costumbres de los nómadas nabateos de Petra, o sobre el betún del mar Muerto, o las leyendas fundacionales y especulaciones etimológicas con las que Diodoro explica los orígenes de la ciudad de Tebas (XIX 53, 3-6).

Diodoro trata de ser claro en todo momento, aportando indicaciones de los temas que va a tratar y terminando sus explicaciones con algunas conclusiones y lecciones morales que se pueden extraer del suceso narrado, siempre con ese estilo claro y desafectado tan propio de él que ya se apreciaba en la Antigüedad. No obstante, tan magna obra como la planeada por Diodoro —y que, debemos recordar, ha llegado a nosotros parcialmente— no puede evitar repeticiones: por ejemplo, la descripción del mar Muerto (XIX 98) reproduce casi verbalmente otra descripción del mismo lugar en los primeros libros (II 48 6-9); lo que revela que nuestro autor acude a las mismas fuentes cada vez que tiene que tratar un tema determinado, ya sea este histórico, geográfico o etnográfico, y que las reproduce fielmente.

LA ÉPOCA DE LOS DIÁDOCOS (323 a. C.-281 a. C.)

Alejandro, a punto de fallecer en Babilonia y con su último aliento, al ser preguntado por sus generales a quién iba a designar como rey, dijo: «al mejor, pues yo predigo que como honras fúnebres se me ofrecerá una gran contienda entre mis camaradas». Y eso fue exactamente lo que ocurrió; pues, en efecto, tras la muerte de Alejandro, sus más destacados compañeros se enzarzaron en numerosas y épicas batallas por el poder supremo.

Alejandro había abandonado la corte de Pella, en la capital de Macedonia, como un rey heredero de la más pura tradición tribal balcánica, pero alentado por el ideal heroico del Aquiles de Homero; y moría en el corazón de Asia como un fabuloso conquistador, fascinado por la suntuosidad del lujo oriental, y con las vastas riquezas del Imperio persa a su disposición para continuar sus guerras en Oriente y Occidente. La idea de que Alejandro falleciera súbitamente en Babilonia y, sobre todo, a una edad tan temprana y en el cénit de su poder, simplemente era algo para lo que nadie estaba preparado. Pero Alejandro murió sin ver acabada su obra y los compañeros de Alejandro Magno, los diádocos^{[11](#)}, y sus hijos, los epígonos^{[12](#)}, lucharon en vano por mantener unificado el vasto imperio alejandrino durante los siguientes cuarenta años, desde el año 321 a. C. hasta el 281 a. C., fecha en la que tuvo lugar la última gran batalla en la llanura de Curupedio^{[13](#)}.

Para los generales era impensable una división del imperio: lo que Alejandro había conquistado pertenecía a Macedonia, y Macedonia pertenecía a la dinastía argéada; y todos tenían en mente que Roxana, la princesa sogdiana esposa de Alejandro, estaba encinta. Roxana dio a luz ese mismo año a un varón al que llamaron Alejandro IV. Aparte de él, el único candidato posible era un hijo bastardo de Filipo II, Filipo Arrideo, un débil mental hermanastro de Alejandro que se había quedado en la corte de Pella. Ante tal situación, los generales de Alejandro llegaron a una solución de compromiso: nombraron

reyes a ambos, pero hasta que el hijo de Roxana alcanzara la mayoría de edad, Pérdicas, el lugarteniente a quien Alejandro había hecho entrega ante testigos del anillo real, sería el regente y el reino se dividiría en satrapías administradas por generales leales y de confianza.

A pesar de todo, la muerte de Alejandro fue una auténtica debacle: los macedonios, que se habían batido bravamente el cobre durante los once años de campaña con Alejandro Magno, no tenían, en realidad, ningún interés en propagar la cultura griega (como sostenía una dignificante propaganda panhelénica), sino que consideraban que esos nuevos territorios del Imperio persa eran un botín de guerra que se habían ganado merecidamente en el campo de batalla; y la perspectiva de un largo período de regencia no hizo, pues, otra cosa más que espolear las ambiciones de una docena de generales que se apoyaron en sus subordinados para alzarse con el poder supremo. Que los planes de Alejandro para erigir una lujosa tumba para su padre, Filipo II, y otra para su compañero, Hefestión, se abandonaran; o que nunca se construyeran los templos que Alejandro había proyectado en toda la ecúmene griega; o que sus grandiosos planes de conquista del Mediterráneo occidental fueran inviables; o que se disolvieran los matrimonios mixtos con nobles persas celebrados en Susa y los colonos griegos en el Lejano Oriente empezaran a elevar sus protestas; todo eso realmente no constituía ningún problema.

En primer lugar, los diádocos tuvieron que afrontar las rebeliones que se produjeron en los confines del imperio de Alejandro Magno a la muerte de este. Pérdicas reprimió rápida y eficazmente una rebelión de los colonos griegos en Bactria, los cuales reclamaban con sus armas la vuelta a casa¹⁴; pero, en cambio, en Grecia, donde la muerte de Alejandro Magno se vio como una oportunidad para liberarse definitivamente del yugo macedonio, la lucha fue más larga y arriesgada. Una coalición, formada por tropas procedentes de casi toda Grecia al mando del ateniense Leóstenes, consiguió asediar al regente macedonio de Europa, Antípatro, en la ciudad de Lamia en Tesalia (de ahí el nombre de la guerra Lamíaca) en el invierno del año 323-322 a. C. Sin embargo, la muerte de Leóstenes, en

una escaramuza durante el asedio, privó a la alianza de su más hábil general. Así Antípatro, aun con escasos efectivos y a la desesperada, fue capaz de volver a Macedonia cuando las tropas griegas se dividieron. Atenas se vio obligada a negociar, tras ser derrotada en Amorgos en una batalla naval ante la flota enviada por Cratero en apoyo de Antípatro. Una guarnición macedonia se apostó en el puerto de Muniquia y se estableció un nuevo gobierno promacedonio de carácter oligárquico, en manos de doce mil ciudadanos de clase alta, al frente del cual Antípatro puso a Foción¹⁵.

Para agudizar más el conflicto, poco después del reparto de las satrapías, los diádocos trataron de manipular a la familia real en su propio beneficio. En realidad, no podía ser más patética la imagen de la degeneración de la dinastía argéada: el poder nominalmente recaía, por un lado, en manos de Filipo III Arrideo, un hombre de pocas luces, comportamiento errático y recién casado con Eurídice Adea, una adolescente orgullosa y de lengua afilada; y, por otro lado, en un recién nacido todavía en brazos de su madre, Roxana, una noble bárbara que apenas balbuceaba el griego. Algunos de los diádocos trataron de entroncar con la familia argéada, tendiendo lazos matrimoniales con Cleopatra, la hermana de Alejandro Magno, o con Tesalónica, una hija que Filipo II tuvo con una princesa tesalia. Otros fueron incluso más allá: Eumenes de Cardia afirmaba estar siguiendo las instrucciones que Alejandro Magno le dictaba en sueños, y Ptolomeo lanzó el bulo de que él era uno de los hijos bastardos del propio Filipo II y logró, así, desviar la marcha del cortejo fúnebre que portaba el cuerpo embalsamado de Alejandro Magno, con el propósito de custodiarlo en un mausoleo en Alejandría.

Pérdicas, el comandante supremo al que todos temían por su autoritarismo y rudas maneras, no supo ganarse a sus soldados mercenarios, mucho más atentos al dinero que a la legitimidad dinástica: la soldadesca de voluble carácter ya no era una simple leva de soldados fieles a Macedonia, sino que era una curtida tropa de profesionales que había conquistado el Imperio persa; y así se lo demostraron los generales de Alejandro, no teniendo ningún empacho en expresar su desacuerdo, amagar con cambiar de bando o tratar de imponer

sus condiciones a cada ocasión. Por ello, no extraña que Pérdicas, tras fracasar estrepitosamente en Egipto en una campaña que costó la vida a miles de soldados, muriera asesinado a manos de sus oficiales¹⁶.

Tras la desaparición de Perdiccas, la máxima autoridad recayó en Antípatro. Su muerte, pocos años después, creó otro vacío que originaría nuevos conflictos. Antípatro ignoró a su hijo Casandro a favor de su general Poliperconte, a quien designó su sucesor como regente de Europa y tutor de los reyes. Pero el caos, propiciado por la fulminante caída de los más brillantes generales que podrían haber puesto algo de orden, no le facilitaron las cosas a Poliperconte. Por ello, invitó a Olimpia a volver a Macedonia y hacerse cargo de su nieto Alejandro IV; intentando así dar más estabilidad a la dinastía Argéada, ya que la presencia de Olimpia era más familiar y aceptable en la corte macedonia que la de la extranjera Roxana.

La reina madre llegó a sobrevivir a su hijo Alejandro durante siete tumultuosos años, demostrando su determinado carácter y llegando hasta el punto de enfrentarse con los reyes Filipo III y Eurídice en defensa de su nieto. En un curioso capítulo de la historia, el año 317 a. C. vio algo insólito hasta entonces, el enfrentamiento de dos ejércitos al mando de dos mujeres de la dinastía Argéada: Eurídice y Olimpia. La reina consiguió derrotarlos e hizo asesinar a Eurídice, a Filipo III Arrideo y a otros nobles familiares de Casandro, lo que tuvo como efecto que el pueblo macedonio se volviera contra ella. Casandro asedió a la reina, que se había refugiado en Pidna en el año 316 a. C. junto a su nieto, su nuera Roxana, su hijastra Tesalónica y otras mujeres macedonias. Sintiéndose abandonada por todos, Olimpia se rindió y Casandro la hizo ejecutar a manos de los familiares de sus víctimas, apedreada vilmente, en el año 315 a. C.¹⁷.

Aunque no pudo alcanzar sus objetivos políticos, Olimpia desempeñó un papel singular y sin precedentes, en ese complejo e inestable equilibrio de fuerzas en el que se desarrolló la política internacional de su época. El destino más común de las mujeres era el matrimonio concertado; y así, por ejemplo, el anciano Antípatro, regente de Europa en ausencia

de Alejandro Magno, consolidó su poder mediante este tipo de alianzas matrimoniales con algunos de sus más poderosos colegas: Nicea se casó con Pérdicas, cuando este fue nombrado regente en Babilonia en el 323 a. C.; Eurídice se casó con Ptolomeo I, tras ratificar los acuerdos de Triparadiso en el 321 a. C.; y Antípatro casó a Fila con Cratero en agradecimiento por su ayuda en el asedio de Lamia en el 322 a. C. Esta última destacaba entre las hijas de Antípatro, pues ya de soltera daba su parecer a su padre y siguió aportando sus consejos, con una devota serenidad y un afecto casi maternal, al impetuoso Demetrio Poliorceta, el hijo de Antígono el Tuerto con el que acabó casada cuando Cratero murió (lo que no fue óbice para que, sin embargo, Demetrio protestara amargamente ante su padre porque su esposa era doce años mayor que él¹⁸).

Dado el papel de la mujer en aquella época, no resulta extraño que el poder de los diádocos se viera entorpecido, no solo por su continuo enfrentamiento en el campo de batalla, sino también por las intrigas dentro de su propio entorno familiar. La armonía que reinaba en la casa de Antígono el Tuerto y el modélico entendimiento que tenía este con su hijo Demetrio fueron una excepción que ya los antiguos destacaron con admiración. Lo normal era justamente lo contrario: Lisímaco de Tracia ordenó la muerte de su hijo Agatocles a instancias de su segunda esposa, Arsínoe, que había acusado a su hijastro de querer seducirla; Ptolomeo Cerauno, hijo primogénito de Ptolomeo I y Eurídice, se marchó de Egipto al verse humillado ante su hermanastro, el futuro Ptolomeo II Filadelfo, hijo de la concubina Berenice; y Antípatro ignoró a su hijo Casandro en sus planes sucesorios en beneficio de su amigo Poliperconte, lo que provocó mucha inestabilidad entre los partidarios de uno y otro bando en Macedonia y Grecia.

Al mismo tiempo, los diádocos acentuaron el carácter absoluto de su poder, rodeándose de esa pompa regia, antes reservada a Alejandro, y distanciándose de sus soldados, ya entonces súbditos, hasta casi hacerse inalcanzables como héroes épicos o divinidades olímpicas. Por ello, resultan extrañas estas aspiraciones absolutistas de los diádocos con un ostentoso afán por respetar la autodeterminación de las

ciudades de Grecia, expresado en huecos ejercicios retóricos y pomposas proclamas, que pretendían mantener la ficción de una libertad de la que realmente estas no gozaban. Los reyes helenísticos confirmaron la autonomía de las ciudades griegas para simplemente ganarse unos aliados, ya que Grecia proporcionaba mercenarios (especialmente aquellos asentados en el cabo Ténaro) y llenaba los palacios helenísticos de hombres de cultura atraídos, sin duda, por estos generosos mecenas.

Otros generales, en cambio, como Eumenes, se mantuvieron obstinadamente leales a la casa argéada. Eumenes curiosamente no era macedonio, sino un griego hijo de un simple carretero de Cardia y, a pesar de su humilde condición, recibió una educación esmerada. Siendo todavía un muchacho, atrajo la atención de Filipo II, que lo llevó a su corte para servir como paje. Luego ascendió a secretario personal de Filipo II y posteriormente con Alejandro Magno, a pesar de la envidia que suscitó entre los nobles macedonios, desempeñó todo tipo de cargos tanto administrativos como militares. Eumenes dio todo su apoyo a los herederos legítimos de Alejandro Magno y trató de mantener la unidad del imperio, atemperando los ánimos de los soldados macedonios y de sus generales. Luchó lealmente al lado de Pérdicas hasta su muerte en el 321 a. C., obteniendo resonantes victorias contra los generales que intentaron invadir su satrapía en Capadocia, y aún más tarde, en el bando de Poliperconte, cuando este lo nombró estratega de Asia para defender la legitimidad de los reyes. Sin embargo, acosado en Asia Central por el todopoderoso Antígono el Tuerto, Eumenes acabó derrotado en la batalla de Gabiene mientras iba de camino a las satrapías superiores con sus tropas. Finalmente fue entregado a traición por sus propios soldados que lo despreciaban por el simple hecho de ser griego¹⁹.

Cuando una serie de asesinatos a sangre fría acabó con todos los miembros de la familia real —Casandro ordenó asesinar a Alejandro IV y a Roxana en el 309 a. C.—, los diádocos intentaron, por turno, hacerse con el poder supremo. El que más cerca estuvo de conseguirlo fue Antígono el Tuerto, contando con la inestimable ayuda de su hijo,

Demetrio Poliorceta (el «asedia-ciudades»). Antígono se había quedado como sátrapa de la Gran Frigia desde el año 333 a. C. (territorio al que añadió Licia y Panfilia desde el año 330 a. C.) con la misión de proteger la retaguardia de Alejandro Magno y las comunicaciones con Macedonia desde el Lejano Oriente. A la muerte de Alejandro Magno era un hombre de sesenta años, curtido en crudas batallas (había perdido un ojo en un asedio ayudando a Filipo II, el padre de Alejandro Magno), de una gran fortaleza física, atronadora voz e indómito carácter. Si Alejandro hubiera vivido hasta los cincuenta o los sesenta años, Antígono el Tuerto habría quedado reducido a una nota a pie de página en la historia. La inesperada muerte de Alejandro le ofreció la oportunidad de acaparar todo el poder.

Antígono fue el primero que adoptó el título de rey, atreviéndose a desenmascarar ese ficticio respeto que los otros mantenían a los monarcas argéadas. Desde su satrapía en Asia Menor trató de ampliar progresivamente sus territorios, conquistando todos los dominios orientales en el 315 a. C. (expulsando a Seleuco que se refugió en Egipto) y organizando administrativamente un imperio con unas instituciones y un protocolo real que sirvieron de modelo para otros reinos helenísticos. Pero, en contraste, fue el que más decididamente respetó la autonomía local de las ciudades helenas de Asia Menor y Grecia.

En el año 306 a. C. creó una corte radicada en una nueva capital, Antigonía, cerca de la moderna Antioquía en Turquía, en la frontera con Siria. Allí se asentó junto a su esposa, Estratónice, y mientras otros reyes tenían otras aventuras amorosas y mantenían una legión de hijos legítimos y bastardos (de manera notoria, Ptolomeo I), Antígono se mantuvo fiel a la mujer con la que se casó a los cuarenta años (cuando esta se quedó viuda del hermano de Antígono) y veló con cariño por el bienestar y la educación de sus hijos y sobrinos a los que asoció al trono. Resulta sorprendente, pues, la incansable energía física y agudeza mental que desplegó este hombre para forjar un imperio, cuando se encontraba ya al final de su vida, siendo aún capaz de compartir con sus

subordinados el penoso día a día del soldado en sus campañas²⁰.

Sin embargo, al final, una coalición formada por los demás diádocos dio al traste con las aspiraciones de Antígono en la batalla de Ipsos en el 301 a. C. Tras la victoria, estos se repartieron los despojos de un gran imperio: Casandro se proclamó rey de Macedonia, fundando allí las ciudades de Casandrea y Tesalónica²¹; Lisímaco gobernó Tracia y todo el Asia Menor hasta el Tauro; Seleuco añadió a su imperio iranio-babilonio el norte de Siria, y Ptolomeo se afianzó definitivamente en Egipto, Cirenaica y Celesiria. Sin embargo, el hijo de Antígono, Demetrio Poliorceta, un bravo e inteligente general (pero de voluble y errático carácter), aún mantenía el dominio del Egeo y algunas posesiones minorasiáticas. Desde allí Demetrio aprovechó la inesperada muerte de Casandro y las peleas entre sus hijos para invadir Macedonia y ser proclamado rey por la asamblea macedonia. Sin embargo, tras una azarosa sucesión de victorias y derrotas, Demetrio fue definitivamente neutralizado en el 288 a. C., cuando una nueva coalición, formada esta vez por Lisímaco, Pirro de Epiro y Ptolomeo I, lo expulsó de Macedonia. En el año 283 a. C., tras vivir varios años como prisionero de Seleuco, Demetrio se hundió en el alcohol hasta inducirse una extenuante muerte, siendo este un ignominioso final para quien se había ganado el título de rey en el campo de batalla y había llegado a ser aclamado por los atenienses como el único dios.

Lisímaco, rey de Tracia, que durante mucho tiempo había actuado con cautela para consolidar sus dominios, acarició entonces la idea de alzarse con el poder supremo. Lisímaco había llegado a Tracia en el año 321 a. C. para disminuir el poder que, como regente de Europa, poseía Antípatro y para poner orden en una región que se había alzado en armas al mando del rey Seutes III, tras la muerte de Alejandro Magno²². La ofensiva de Seutes intentó evitar que Lisímaco afianzara su control macedonio de las ciudades de la costa pónica. Con un ejército que superaba en número a las tropas de Lisímaco, las esperanzas de una victoria por parte de Seutes eran altas. Sin embargo, el inesperado triunfo de la

disciplinada falange macedónica frente a la caballería enemiga inauguró una etapa de triunfos que anticiparon los proyectos imperiales de Lisímaco²³. Desde su privilegiado puesto central en Tracia, Lisímaco llegó a extender sus dominios por ambas orillas del Egeo, cerniéndose amenazante sobre Grecia y controlando el acceso por el estrecho de los Dardanelos. Fundó, además, una ciudad con su nombre, Lisimaquea (a imitación de Alejandro en Egipto, Antígono en Siria-Palestina y Casandro en la vecina Macedonia), y atrajo a su corte a literatos y filósofos como Crates de Malos.

Lisímaco tenía un marcado carácter práctico, razón por la que sus consejos siempre habían sido tomados muy en serio por Casandro, y era un ambicioso hombre de batalla que, todavía en su vejez, solía vanagloriarse de cómo había conseguido reducir, solo con sus manos, un león en presencia de Alejandro, mientras mostraba con orgullo las cicatrices que testimoniaban ese episodio. Por ello, se alió con Pirro, rey de Epiro, e invadieron juntos Macedonia en el año 288 a. C., para repartirse entre los dos el reino que, a la sazón, gobernaba Demetrio Poliorceta. Pero poco después Lisímaco expulsó a Pirro de sus posesiones en Macedonia

Lisímaco tenía fama de ser un tirano sin escrúpulos: no le había temblado la mano a la hora de destruir por entero la ciudad griega de Cardia (de donde eran originarios Eumenes y Jerónimo), trasladando a su población a su nueva fundación de Lisimaquea. Nadie se extrañó, por lo tanto, de que Lisímaco protagonizara este truculento episodio familiar: Lisímaco se había casado en segundas nupcias con una de las hijas de Ptolomeo I, Arsínoe, y no dudó en ejecutar a su hijo Agatocles²⁴, que engendró con Nicea (la hija de Antípatro), al ser este acusado falsamente de querer seducir a su madrastra. La viuda de Agatocles huyó con sus hijos a Asia, pidiendo venganza a Seleuco I, que, receloso del poder que ostentaba Lisímaco, decidió invadir los territorios que este poseía en Tracia, reclamándolos como suyos. Seleuco y Lisímaco se enfrentaron en la llanura de Curupedion (Lidia) en el 281 a. C. En esta última batalla Lisímaco murió y, con su muerte, no hubo nada ni nadie que pudiera impedir el avance de Seleuco²⁵.

Seleuco fue el último de los diádocos que se embarcó en la aventura de unificar un imperio dividido. Seleuco había ido progresando en su carrera con los mismos altibajos que habían experimentado sus coetáneos desde aquella época en que, siendo aún un adolescente, había sido nombrado paje de honor del rey Filipo II. A la muerte de Alejandro Magno, en Babilonia, Seleuco no obtuvo ninguna satrapía, pero sí que fue nombrado general del batallón de caballería, un prestigioso título que, antes que él, había ostentado el leal compañero de Alejandro Magno, Hefestión. Sin embargo, como Seleuco había sido uno de los generales que participó en el complot que acabó con la vida de Pérdicas en Egipto, logró ser nombrado sátrapa de Babilonia en los acuerdos de Triparadiso en el 320 a. C.

Su reinado en Babilonia fue, sin embargo, muy breve, ya que pocos años después, en el 316 a. C., Antígono llamó a capítulo a Seleuco para que este le rindiera cuentas de la satrapía que él administraba y Seleuco, viendo su vida en peligro (otros sátrapas habían muerto a manos del ambicioso Antígono en similares circunstancias), decidió escapar y abandonar su satrapía, refugiándose en la corte de Ptolomeo en Alejandría. Permaneció allí exiliado durante varios años, participando como lugarteniente de Ptolomeo en importantes confrontaciones, como la batalla de Gaza del 312 a. C. Poco después, Seleuco, en una empresa aparentemente temeraria, regresó a Babilonia con un escaso contingente que no llegaba ni a mil hombres. Sin embargo, fueron muchos los soldados que, sobre la marcha, se unieron a Seleuco. Fue así como se produjo su entrada triunfal en Babilonia en el 311 a. C., marcando el comienzo de la era seléucida y de los grandes triunfos que estaban por venir.

Seleuco fundó una nueva capital a orillas del Tigris, Seleucia, poblada por colonos macedonios, griegos y persas, que se convirtió en una importante capital comercial, cultural y de gobierno en la región. No contento con recuperar la que había sido su satrapía, Seleuco siguió avanzando hasta la actual Pakistán, paseando sus tropas por las colinas del Hindu-Kush y los desérticos parajes a orillas del mar de Aral, como antes lo hubiera hecho Alejandro acompañado por sus

hombres apenas unos decenios antes. De todos los diádocos, Seleuco fue el que llegó a gobernar sobre las más vastas regiones del antiguo imperio de Alejandro Magno, haciéndose con un reino que comprendía pueblos de distintas etnias y religiones. Con buen olfato político, Seleuco no había repudiado a Apama, la princesa persa que le había asignado Alejandro Magno en los esponsales de Susa en el 324 a. C.; esta le dio un heredero, Antíoco I, que, aún siendo educado a la griega, gobernó al más puro estilo iranio y revitalizó con sincera devoción los tradicionales cultos de la antigua Babilonia²⁶.

Con la muerte de Antígono el Tuerto en la batalla de Ipsos, Seleuco amplió sus dominios por Siria-Palestina. Fundó Antioquía a los márgenes del río Orontes, al pie del monte Silpio, cerca de donde en su día se alzó la ciudad de Antigonia fundada por Antígono el Tuerto. Esta cosmopolita ciudad, que Seleuco fijó como la capital occidental del reino seléucida, pronto rivalizó en esplendor con las grandes metrópolis del mundo antiguo²⁷. Seleuco erigió su palacio real en el centro de una gran isla en el río Orontes, dominando la ciudad que se extendía por ambas orillas. Para ello, basó su construcción en la planta hipodámica, con grandes avenidas porticadas y templos (como el de Tyche, la diosa Fortuna de Antioquía cuya estatua ha pervivido en numerosas copias), por donde paseaban colonos griegos originarios de Antigonia, sirios, macedonios y judíos, y comerciantes orientales que venían atraídos por la prosperidad económica de esta nueva fundación²⁸.

Sin embargo, la gloria de Seleuco fue efímera. Como casi todos los compañeros de Alejandro, Seleuco tuvo una existencia azarosa y murió de forma violenta, víctima de una traición. Tan solo unos meses después de la muerte de Lisímaco de Tracia, Seleuco pasó a Europa y, mientras organizaba una gran campaña de conquista desde Lisimaquia, fue asesinado arteramente por Ptolomeo Cerauno, el hijo repudiado de Ptolomeo I y Eurídice, que se había refugiado en la corte seléucida tras su expulsión de Egipto²⁹.

De entre todos los sucesores, Ptolomeo I quizá fue el primero que intuyó que nunca nadie lograría mantener la unidad del imperio de Alejandro Magno. Por ello decidió establecer lo antes posible su corte en Egipto, un extenso y próspero territorio que era casi inexpugnable por los desiertos que rodeaban la región y por las marismas del delta del Nilo. Ptolomeo era sobre todo un hábil diplomático que hizo pasar sus calculadas acciones como actos de generosidad y que supo hacerse fuerte en Egipto, una tierra de larga historia, extrañas y atávicas tradiciones religiosas, pero llena de recursos. Ptolomeo I apenas salió de este territorio sino para aliarse con Chipre y algunas islas del Egeo, y hacerse con la Cirenaica y con Celesiria; un territorio, este último, que él y sus sucesores disputaron a los seléucidas en continuas guerras durante los siglos III y II a. C.^{[30](#)}.

Ptolomeo I continuó las obras de Alejandría, la capital que se alzaba sobre un puerto, cerca de la isla de Faros, donde atracaban los barcos en busca del agua fresca del ancho y profundo lago Mareotis. Este lugar fue donde Alejandro Magno consideró que se encontraba el enclave más apropiado para fundar una gran ciudad con su nombre, mientras soñaba cómo soplaría en verano el refrescante viento etesio por las amplias calles y los vastos edificios diseñados con grandeza. Ptolomeo I y su sucesor, Ptolomeo II, convirtieron esta ciudad en ese singular lugar cuya evocadora mística aún nos sigue atrayendo hoy, como atrajo en su momento a sabios de toda la ecúmene para enseñar, aprender, discutir y enriquecer con su presencia y sus obras la más grande y completa biblioteca del mundo antiguo. Alejandría fue la capital más estable de un reino helenístico en manos de una dinastía que reinó durante casi trescientos años (desde el 323 a. C. hasta el 31 a. C.) y se convirtió en el centro del mundo en época helenística, ejemplo de megalópolis que todas las demás capitales reales quisieron imitar^{[31](#)}. Ptolomeo I murió en paz en su palacio de Alejandría en el año 282 a. C., poco tiempo después de haber abdicado en favor de su hijo Ptolomeo II^{[32](#)}; un final inusual en comparación con las repentinas y cruentas muertes que habían sufrido sus coetáneos.

La época de los diádocos fue, en definitiva, una época convulsa y apasionante. La inconstante fortuna de aquellos que ambicionaban hacerse con el poder supremo se fue forjando en todos y cada uno de sus enfrentamientos que se libraron en el campo de batalla; y allí no fue extraño ver a los propios diádocos batirse el cobre, enzarzarse en contiendas singulares contra sus oponentes e inspeccionar las tropas en acción o la construcción de la maquinaria de asedio, porque sabían que cada una de sus victorias era el sustento moral de sus tropas, la manera de pagar a sus mercenarios y, en definitiva, la base del prestigio personal, sostén de la dinastía que pensaban instaurar, una vez hubieran acabado con todos sus enemigos. La paz, sin embargo, solo llegó tras cuarenta años de guerra con el advenimiento de Ptolomeo II (283-246 a. C.), Antíoco I (281-261 a. C.) y el hijo de Demetrio Poliorceta, Antígono Gónatas (279-239 a. C.). Se inició entonces un nuevo período de auge y equilibrio entre tres nuevas dinastías que subsistirían hasta la aparición de Roma como potencia hegemónica en el Mediterráneo oriental: la dinastía ptolemaica en Egipto, la dinastía seléucida en Asia y la dinastía antigónida en Grecia.

CRONOLOGÍA

- 323 a. C. Muerte de Alejandro Magno en Babilonia; comienzo de la guerra Lamíaca.
- 322 a. C. Batalla de Cranón y de Amorgos: Antípatro derrota a los griegos e impone a los atenienses un régimen oligárquico. Ptolomeo conquista la Cirenaica.
- 321 a. C. Traslado del cuerpo de Alejandro Magno a Egipto. Pérdicas conquista Pisidia y se casa con Nicea, hija de Antípatro, pero corteja secretamente a Cleopatra, hermana de Alejandro.
- 320 a. C. Pérdicas invade Egipto y es asesinado en campaña, pero Eumenes vence en Asia Menor a Crátero. Acuerdos de Triparadiso y nuevo reparto de las satrapías.
- 319 a. C. Antípatro vuelve como regente a Macedonia pero muere poco después. Le sucede su lugarteniente, Poliperconte como regente y su hijo, Casandro, como quiliarco.
- 318 a. C. Revolución democrática en Atenas. Casandro invade el Pireo y Poliperconte asedia Megalópolis. Eumenes acepta la comandancia suprema de los ejércitos reales y planta sus cuarteles de invierno en Babilonia. Antígono lo sigue hasta Mesopotamia, preparándose para la campaña del año siguiente.
- 317 a. C. Batallas de Coprates y Paretacene librada por Eumenes y Antígono. Vuelta de Olimpia a Macedonia y ejecución de los reyes Eurídice y Filipo III. El ateniense Demetrio de Falero gobierna Atenas en nombre de Casandro, rey de Macedonia.
- 316 a. C. Batalla de Gabiene. Rendición y muerte de Eumenes. Ejecución de Pitón y deposición de Peucestas. Casandro invade Macedonia y asedia a

Olimpia en Pidna. Rendición y asesinato de Olimpia. Fundación de Casandrea.

- 315 a. C. Antígono expulsa a Seleuco de Babilonia y comienza su asedio de Tiro. Proclamación de la libertad de los griegos. Casandro preside la celebración de los Juegos Nemeos.
- 314 a. C. Roma vence a los samnitas cerca de Terracina (Lacio).
- 313 a. C. Antígono conquista Caria, pero Chipre acaba en manos de Ptolomeo. Lisímaco se hace fuerte en Tracia.
- 312 a. C. Batalla de Gaza: Ptolomeo I y Seleuco derrotan a Demetrio Poliorceta. Campaña de Demetrio Poliorceta en Nabatea.
- 311 a. C. Seleuco invade Babilonia y las satrapías superiores. Comienzo de la dinastía seléucida.
- 310 a. C. Asesinato de Alejandro IV y Roxana por orden de Casandro. Agatocles, tirano de Siracusa, invade Libia.
- 309 a. C. Asesinato de Heracles, el hijo de Alejandro y Barsine, por orden de Poliperconte. Asesinato de Cleopatra por orden de Antígono. Fundación de Lisimaquea.
- 307 a. C. Demetrio libera Atenas, donde se le otorgan honores divinos.
- 306 a. C. Batalla de Salamina (Chipre). Victoria de Demetrio. Demetrio y Antígono se proclaman reyes.
- 305 a. C. Comienzo del asedio de Rodas.
- 304. a. C. Concluye el asedio de Rodas y la segunda guerra entre samnitas y romanos.
- 301 a. C. Batalla de Ipsos. Casandro, Seleuco, Lisímaco derrotan a Antígono y Demetrio. Muerte de Antígono el Tuerto en el campo de batalla.

NUESTRA TRADUCCIÓN

Desde la segunda mitad del pasado siglo, al calor del debate historiográfico acerca de Diodoro y su obra y su rehabilitación crítica, han proliferado las traducciones a varias lenguas modernas de los libros que nos ocupan. Entre las bilingües destacan la traducción pionera al inglés, completa y en doce tomos, de la Loeb Classical Library (London-Cambridge Mass., 1953-1967) a cargo de C. H. Oldfather, C. L. Sherman, C. B. Welles *et alii*; y en francés, la supervisada por François Chamoux de las que tenemos para nuestro período el libro XVIII (P. Goukovsky, 1978) y XIX (Fr. Bizière, 1975), así como los fragmentos de los libros XXI-XXVI (P. Goukovsky, 2006), pero no el libro XX. Completa también es la italiana, coordinada por el profesor Ambaglio (Rusconi, Milano, 1985-2008); pero también de la editorial Sellerio de Palermo disponemos de un volumen con los libros XVIII-XX (D. P. Orsi, I. Labriola y P. Martino, 1993) y XXI-XL (P. Martino, 2000). Recientemente ha concluido la publicación íntegra de los libros de Diodoro en la *Bibliothek der griechischen Literatur* (O. Veh, Th. Nothers, W. Will *et alii*, Hiersemann-Verlag, Stuttgart, 1992-2009).

La traducción en la Biblioteca Clásica Gredos, con cinco volúmenes ya editados, libros I-III (F. Parreu Alasá, Madrid, 2001), IV-VIII, IX-XII y XIII-XIV, XV-XVII (Madrid, 2004, 2006, 2008 y 2012, respectivamente, a cargo de J. J. Torres Esbarranch), avanza con buen ritmo y se está trabajando en el último, con los fragmentos. Nuestra traducción va acompañada de notas a pie de página que tratan, fundamentalmente, de cuestiones de historia, prosopografía, cronología, equivalencias de medidas y reenvíos internos.

¹ Esta parte de la introducción se centra específicamente en los tres libros de la *Biblioteca Histórica* que presenta este volumen. Para una noticia biográfica de Diodoro, aspectos generales de su obra y una bibliografía más completa, véase la Introducción de F. PARREU ALASÁ, *Diodoro de Sicilia. Biblioteca Histórica Libros I-III* (BCG 294), Madrid, 2001. La traducción del texto que reproducimos es de esa edición.

² La lengua de Diodoro no presenta especiales problemas de comprensión. El vocabulario también es sencillo, propio de la koiné de su época. No obstante, algún excursus, como la descripción del carro fúnebre de Alejandro Magno, está lleno de tecnicismos y detalles que probablemente se encontraban ya en la fuente que Diodoro usó. Los estudiosos han destacado, igualmente, la originalidad de los proemios que encabezan cada uno de los libros que se conservan. Cf., en general, K. S. SACKS, «The Lesser proemia of Diodorus Siculus», *Hermes* 110 (1982), 434-442; y más en concreto, I. ACHILI, *Il Proemio del Libro 20 della «Biblioteca Storica» di Diodoro Siculo*, Lanciano, 2012.

³ También Diodoro es la fuente más coherente y completa que tenemos para la época clásica y sin él sería imposible escribir sobre la historia de Sicilia o sobre la hegemonía ateniense durante la pentecontecia (480-431 a. C.) y la guerra del Peloponeso. Esta importancia de Diodoro de Sicilia ha sido justamente valorada en los últimos años. Cf. P. GREEN, *Diodorus Siculus. Books 11-12.37.1. Greek History, 480-431 BC. The Alternative version*, Austin, 2006; *Diodorus Siculus, The Persian Wars to the Fall of Athens: Books 11-14.34 (480-401 BCE)*, Austin, 2010.

⁴ Concretamente los libros XIII-XV de este epítome cubren el período que va desde la muerte de Alejandro Magno hasta la muerte de Casandro (323-297 a. C.).

⁵ Diodoro es, de nuevo, nuestra fuente principal para la vida y la carrera de Jerónimo de Cardia: DIOD., XVIII 42, 1, 50, 4; XIX 44, 3 y 100, 1-3 = *FGrH* 154 (JERÓNIMO DE CARDIA) T 3-6. Sobre el uso de la obra histórica de Jerónimo en Diodoro, cf. I. L. MERKER, «Diodorus Siculus and Hieronymus of Cardia», *Ancient History Bulletin* 2 (1988), 90-93; y R. H. SIMPSON, «Abbreviation of Hieronymus in Diodorus», *American Journal of Philology* 80 (1959), 370-379. Sobre Jerónimo de Cardia en general, cf. J. HORNBLOWER, *Hieronymus of Cardia*, Oxford, 1981.

⁶ La mayoría de los fragmentos de Duris de Samos proceden de citas de Ateneo y Plutarco. Sobre Duris de Samos, cf. R. B. KEBRIC, *In the Shadow of Macedon: Duris of Samos*, Wiesbaden, 1977; y F. LANDUCCI GATTINONI, *Duride di Samo*, Roma, 1997. Otro importante historiador para este período cuya obra no se ha conservado, pero que Diodoro menciona en otros libros, es Diyllus de Atenas, que trató los eventos de Grecia y Sicilia en veintiséis libros desde el año 356 a. C. hasta el año 297 a. C. Cf. DIOD., XVI 14, 5; 76, 6 y XXI frag. 5. Finalmente hay que mencionar a Demócates, sobrino del orador Demóstenes, que, en línea con su tío, fue un firme enemigo de los tiranos de Atenas, como Demetrio Poliorceta y Demetrio de Falera

⁷ El *Marmor Parium*, en sus lacónicas indicaciones, preserva los principales eventos acaecidos entre el 323 a. C. y 302/301 a. C. La *Crónica de los diádocos* da cuenta de los sucesos acaecidos entre el cuarto año del reinado de Filipo III (320/319 a. C.) y el octavo año del reinado de Alejandro IV (309/308 a. C.). Para una visión general de esas fuentes, cf. M. M. AUSTIN, *The Hellenistic World from Alexander to the Roman conquest. A selection of ancient sources in translation*, Cambridge (MA), 2006 (2.^a edición aumentada); R. S. BAGNALL y P. DEROW, *The Hellenistic Period: Historical Sources in Translation*, Maiden (MA), 2004. Para el uso de estas fuentes en Diodoro de Sicilia, cf., en general, R. DREWS, «Diodorus and His Sources», *The American Journal of Philology* 83 (1962), 383-392; y, en concreto, C. BOTTIN, «Les sources de Diodore de Sicile pour l'histoire de Pyrrhus, des successeurs d'Alexandre le Grand et d'Agathocle», *Revue belge de philologie et d'histoire* 7 (1928), 1.307-1.327; M. J. GELLER, «Babylonian Astronomical Diaries and Corrections of Diodorus», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 53 (1990), 1-7.

⁸ Por ejemplo, en DIOD., XVIII 44, 1, nuestro autor menciona el nombre del arconte de los años 319/318 a. C., Apolodoro, pero omite el nombre de los dos arcontes anteriores, Arquipo (321/320) y Neecmo (320/319) y de los cónsules para esos años y el vencedor de la carrera de las Olimpiadas del año 320 a. C. Cf. R. M. ERRINGTON, «Diodorus Siculus and the Chronology of the Early Diadochoi, 320-311 B. C.», *Hermes* 105 (1977), 478-504; L. C. SMITH, «The Chronology of Books XVIII-XX of Diodorus Siculus», *American Journal of Philology* 82 (1961), 283-290, y J. WALSH, «Historical Method and a Chronological Problem in Diodorus, Book 18», en P. WHEATLEY y R. HANNAH. *Alexander & His Successors: Essays from the Antipodes*, Claremont (CA), 2009, 72-87.

² Como los acuerdos de Triparadiso. Véase en concreto, E. M. ANSON, «Diodorus and the Date of Triparadeisus», *The American Journal of Philology* 107 (1986), 208-217.

¹⁰ Por ejemplo en DiOD., XVIII 9, 1 y 18. 1 se dice que el decreto revocando el exilio de los griegos fue promulgado «poco antes» de la muerte de Alejandro, cuando realmente en un párrafo anterior (en XVIII 8, 3) ha dicho que la vuelta de los exiliados fue proclamada en los Juegos Olímpicos del año 324 a. C.; es decir, un año antes.

¹¹ Los «sucesores», porque habían recibido (*diadéchomai*) el poder de Alejandro Magno.

¹² Propiamente los «nacidos después» (*epigígnomai*), pues eran los hijos de los compañeros de Alejandro Magno.

¹³ En general, sobre el mundo helenístico, cf. S. M. BURSTEIN, *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*, Cambridge, 1985; C. MIRALLES, *El helenismo: épocas helenística y romana de la cultura griega*, Barcelona, 1989 (2.^a edición); G. SHIPLEY, *El mundo griego después de Alejandro. 323-30 a. C.*, Barcelona, 2001; G. PRÉAUX, *Le monde hellénistique: La Grèce et l'Orient de la mort d'Alexandre à la conquête romaine de la Grèce*. (2 vols.), París, 1978; F. W. WALBANK, A. E. ASTIN, M. W. FREDERIKSEN (eds.), *The Cambridge Ancient History. 2nd edition. Vol. VII Part 1. The Hellenistic World*, Cambridge, 1984. En concreto sobre el convulso periodo de los diádocos, cf. principalmente H. BEGNSTON, *Die Diadochen. Die Nachfolger Alexanders (323-281 V. Chr.)*, Múnich, 1987; A. B. BOSWORTH, *The Legacy of Alexander. Politics, Warfare, and Propaganda under the Successors*, Oxford, 2002; M. J. FONTANA, *Le Lotte per la successione di Alessandro Magno dal 323 al 315*, Palermo, 1960; PH. HARDING, *From the End of the Peloponnesian War to the Battle of Ipsos*, Cambridge, 1985; W. HECKEL, *The marshals of Alexander's empire*, Londres-Nueva York, 1992; y *Who's who in the Age of Alexander the Great. Prosopography of Alexander's Empire*, Malden (MA), 2006; J. ROMM, *Ghost on the throne: the death of Alexander the Great and the war for crown and empire*, Nueva York-Toronto, 2011; J. SEIBERT, *Das Zeitalter der Diadochen*. Darmstadt, 1983; R. WATERFIELD, *Dividing the Spoils. The War for Alexander the Great's Empire*, Oxford, 2011.

¹⁴ F. HOLT, *Alexander the Great and Bactria: the Formation of a Greek Frontier in Central Asia*. (Mnemosyne Suppl. 104), Leiden-Nueva York, 1988. La Bactriana estuvo en manos de los seléucidas hasta mediados del siglo III a. C., cuando esta región se declaró independiente, creándose un nuevo reino greco-bactriano que sobrevivió hasta finales del siglo II d.C. Cf. F. HOLT, *Thundering Zeus: the Making of Hellenistic Bactria*, Berkeley, 1999.

¹⁵ Sobre la guerra Lamíaca, cf. O. SCHMITT, *Der Lamische Krieg*, Bonn, 1992. Sobre Foción y el régimen oligárquico que se instaló en Atenas tras ese

desastre, cf. C. BEARZOT, *Focione tra storia e trasfigurazione ideale*, Milán, 1985, y L. TRITLE, *Phocion the Good*, Nueva York, 1988. Sobre la historia de Atenas en época helenística, cf. CH. HABICHT, *Athens from Alexander to Antony*, Cambridge (MA), 1997, y G. J. OLIVER, *War Food and Politics in Early Hellenistic Athens*, Oxford, 2007.

¹⁶ Sobre Pérdicas y su papel en esos convulsos primeros años, cf. M. RATHMANN, *Perdikkas zwischen 323 und 320*, Viena, 2005.

¹⁷ Sobre Olimpia, cf. J. C. CHIRINO, *La reina de los cuatro nombres: Olimpia, madre de Alejandro Magno*, Madrid, 2005; y E. CARNEY, *Olympias. Mother of Alexander the Great*, Londres-Nueva York, 2006.

¹⁸ Sobre el papel desempeñado por la mujer en el mundo helenístico, cf. D. OGDEN, *Polygamy, prostitutes and death. The Hellenistic dynasties*, Londres, 1999.

¹⁹ Para la vida de Eumenes de Cardia, cf. E. M. ANSON. *Eumenes of Cardia. A Greek among Macedonians*, Boston-Leiden, 2004.

²⁰ Aparte de la ciudad de Antigonía en el Orontes, Antígono fundó otras «Antigonías» en Asia Menor, como la que posteriormente fue rebautizada como Nicea por Lisímaco (hoy Iznik) y Antigonía de la Tróade, rebautizada como Alejandría de la Tróade (cuyas ruinas se encuentran en la provincia turca de Çanakkale). Sobre estos dos personajes, cf. R. A. BILLOWS, *Antigonos the One-Eyed and the Creation of the Hellenistic State*, Berkeley-Los Ángeles-Oxford, 1997; P. BRIANT, *Antigone le Borgne*, París, 1973; O. MÜLLER, *Antigonos Monophthalmos und 'Das Jahr der Könige'.* *Untersuchungen zur Begründung der hellenistischen Monarchien 306-304 v. Chr.*, Saarbrücken, 1972, y CL. WEHRLI, *Antigone et Demetrios*, Ginebra, 1968.

²¹ Ambas ciudades trataban de legitimar su poder en Macedonia y regenerar el reino. Casandrea, edificada sobre las ruinas de la antigua Potidea (arrasada por Filipo II en el 356 a. C.), recibió el nombre del propio fundador en el año 316 a. C.; mientras que Tesalónica, fundada en el 315 a. C., homenajeaba a la princesa argéada a la que había desposado Casandro. Sobre Casandro y el breve dominio de la dinastía que él fundó, cf. en particular, F. LANDUCCI GATTINONI, «Cassander's Wife and the Legacy of Phillip II and Alexander III in Diodorus' Library» en E. Carney, D. Ogden (ed.), *Philip II and Alexander the Great: Father and Son, Lives and Afterlives*, Nueva York-Oxford (2010), 113-121; y, más en general, del mismo autor antes mencionado, *L'arte del potere. Vita e opere di Cassandro di Macedonia*, Stuttgart, 2003.

²² Sin lugar a dudas Seutes III no era un don nadie. Ya en el año 331 a. C. sus hijos gozaban de la ciudadanía ateniense, quizá como una manera de legitimar sus pretensiones de alzarse con el poder independiente. Su ciudad, Seutópolis (Kazanluk), capital fundada en el 320 a. C., estaba en contacto con las principales colonias griegas del mar Negro e incluso con la propia Atenas, y con Tasos, cuyo afamado vino regaba las comidas de la mesa de la élite tracia. En aquella época el griego aparece usado como lengua oficial de su corte. Sobre Seutes III y el reino odrisio, cf. Z. H. ARCHIBALD. *The Odrysian Kingdom of Thrace: Orpheus Unmasked* (Oxford Monographs on Classical Archaeology), Oxford, 1998.

²³ El primer encontronazo entre el rebelde Seutes y Lisímaco aparece en Diodoro de manera un tanto brusca: aparte de revisar las tropas de uno y otro bando, no da detalles del desarrollo de la lucha, la orografía del campo de batalla, la disposición de los ejércitos en combate o la táctica utilizada.

²⁴ No debe confundirse, pues, este Agatocles con el tirano de Siracusa del mismo nombre.

²⁵ Para la vida y obra de Lisímaco, cuyo estudio es imprescindible para comprender estos convulsos años, consúltese, además de la clásica monografía de H. S. LUND, *Lysimachus. A Study in early Hellenistic kingship*, Londres-Nueva York, 1992, la monografía en italiano de F. LANDUCCI GATTINONI, *Lisímaco di Tracia nella prospettiva del primo ellenismo*, Milán, 1992.

²⁶ Para cuestiones más generales sobre el reino seléucida, cf. S. SHERWIN-WHITE, A. KUERT, *From Samarkhand to Sardis*, Berkeley, 1993, y L. CAPDETREY, *Le pouvoir séleucide. Territoire, administration, finances d'un royaume hellénistique (312-129 avant J. C.)*, Rennes, 2007.

²⁷ La ciudad de Antioquía (Antakya) formaba parte de la tetrápolis siria, las cuatro ciudades que Seleuco I fundó en sus últimos años de reinado en Siria-Palestina: Antioquía, Seleucia Pieria, en la desembocadura del Orontes (cuyas ruinas se encuentran cerca de la moderna ciudad turca de Samandağ), Laodicea (Latakia, fundada en honor a su madre, Laodice) y Apamea (Afamiyya, fundada en honor a su esposa persa, Apama).

²⁸ En época romana, Antioquía se convertiría en la tercera ciudad más poblada del imperio (después de la propia Roma y de Alejandría) y un centro cultural heleno que aún en el siglo IV a. C. produjo figuras tan relevantes como el prolífico escritor Libanio, quizá el último gran representante de la cultura pagana. Un terremoto la destruyó en el siglo VI a. C. y los cruzados y los otomanos la despojaron de prácticamente todos sus tesoros, pero el Museo Arqueológico de Antakya alberga una espléndida colección de mosaicos, que dan una idea del lujo cotidiano de los habitantes de la villa y sus suburbios. Cf., recientemente, CH. KONDOLEON, *Antioch: The Lost Ancient City*, Princeton, 2000; además de otras obras más clásicas como GL. DOWNEY, *Ancient Antioch*, Princeton, 1963.

²⁹ J. D. GRAINGER, *Seleukos Nikator: Constructing a Hellenistic Kingdom*, Londres-Nueva York, 1990; A. MEHL, *Seleukos Nikator und sein Reich*, Lovaina, 1986.

³⁰ Sobre Ptolomeo I, cf. W. E. ELLIS, *Ptolemy of Egypt*, Londres-Nueva York, 1994, y CH. A. CAROLI, *Ptolemaios I. Soter – Herrscher zweier Kulturen*, Constanza, 2007.

³¹ Sobre la ciudad de Alejandría, la monografía clásica sigue siendo P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972. Sobre la famosa biblioteca de Alejandría, cf. L. CANFORA, *The Vanished Library. A Wonder of the Ancient World*, Berkeley-Los Ángeles, 1990; R. MACLEOD (ed.), *The Library of Alexandria. Centre of Learning in the Ancient World*, Nueva York-Londres, 2004 (2.^a edición).

³² Ptolomeo I murió un año antes de que Lisímaco y Seleuco se enfrentaran en la batalla de Curupedion y este último saliera victorioso, haciéndose con toda Asia y Europa. Lógicamente, Seleuco puso sus miras en Egipto, pero su repentina muerte dio al traste con sus planes e inauguró una época de inestabilidad en su propio reino, que Ptolomeo II aprovechó para extender sus dominios por Siria-Palestina, Arabia, Asia Menor, Tracia, Chipre y las islas del Egeo. El reinado de Ptolomeo II es considerado el período más glorioso de la dinastía ptolemaica en Egipto. Cf. J. G. MANNING, *The Last of the Pharaohs. Egypt Under the Ptolemies, 305-30 BC*, Princeton-Oxford, 2010.

BIBLIOGRAFÍA

1) Ediciones, traducciones y comentarios de Diodoro de Sicilia (libros XVIII-XX)

- W. L. ADAMS, «Cassander an the crossing of the Hellespont: Diodorus 17.17.4», *Ancient World* 2 (1984), 111-115.
- I. ACHILI, *Il Proemio del Libro 20 della «Biblioteca Storica» di Diodoro Siculo*, Lanciano, 2012.
- D. AMBAGLIO, *La Biblioteca storica di Diodoro Siculo: problemi e metodo*, Como, 1995.
- (ed.), *Atti del Convegno Epitomati ed epitomatoti. Il crocevia di Diodoro Siculo. Pavia, 21–22 aprile 2004*, Como, 2005.
- E. M. ANSON, «Diodorus and the Date of Triparadeisus», *The American Journal of Philology* 107 (1986), 208-217.
- F. BIZIÈRE, *Diodore de Sicile, Bibliothèque historique. Livre XIX*, París, 1975.
- C. BOTTIN, «Les sources de Diodore de Sicile pour l’histoire de Pyrrhus, des successeurs d’Alexandre le Grand et d’Agathocle», *Revue belge de philologie et d’histoire* 7 (1928), 1.307-1.327.
- L. CANFORA, *The Vanished Library. A Wonder of the Ancient World*, Berkeley-Los Ángeles, 1990. [Hay trad. cast.: *La biblioteca desaparecida*, Gijón, 1998.]
- A. H. DEVINE, «Diodorus’ Account of the Battle of Gaza», *Acta Classica* 27 (1984), 31-40.
- , «Diodorus account of the Battle of Paraitacene (317 B. C.)», *Ancient World* 12 (1985), 75-86.
- , «Diodorus account of the Battle of Gabene», *Ancient World* 12 (1985), 87-96.

- R. DREWS, «Diodorus and His Sources», *The American Journal of Philology* 83 (1962), 383-392.
- R. M. ERRINGTON, «Diodorus Siculus and the Chronology of the Early Diadochoi, 320-311 B. C», *Hermes* 105 (1977), 478-504.
- R. M. GEER, *Library of History in twelve volumes. Vol. 9: Books XVIII and XIX 1-65* (Loeb Classical Library, 377), Cambridge (MA), 1947.
- , *Library of History in twelve volumes. Vol. 10: Books XIX.66-XXV* (Loeb Classical Library, 390), Cambridge (MA), 1954.
- M. J. GELLER, «Babylonian Astronomical Diaries and Corrections of Diodorus», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 53 (1990), 1-7.
- P. GOUKOWSKY, *Diodore de Sicile, Bibliothèque historique. Livre XVIII*, París, 1975.
- P. GREEN, *Diodorus Siculus. Books 11-12.37.1. Greek History, 480-431 BC. The Alternative version*, Austin, 2006.
- , *Diodorus Siculus, The Persian Wars to the Fall of Athens: Books 11-14.34 (480-401 BCE)*, Austin, 2010.
- F. LANDUCCI GATTINONI, *Diodoro Siculo. Biblioteca storica. Libro XVIII. Commento storico*, Milán, 2008.
- , «Cassander's Wife and the Legacy of Phillip II and Alexander III in Diodorus' Library» en E. CARNEY, D. OGDEN (eds.), *Philip II and Alexander the Great: Father and Son, Lives and Afterlives*, Nueva York-Oxford (2010), 113-121.
- J. LENS TUERO, *Estudios sobre Diodoro de Sicilia*, Granada, 1994.
- P. MACKEKCNIE, «Diodorus Siculus and Hephaestion's Pyre», *Classical Quarterly* 45 (1995), 418-432.
- J. MCDUGALL, *Lexicon in Diodorum Siculum*, 2. vols., Hildesheim, 1983.

- I. L. MERKER, «Diodorus Siculus and Hieronymus of Cardia», *Ancient History Bulletin* 2 (1988), 90-93.
- D. P. ORSI, I. LABRIOLA y P. MARTINO, *Diodoro Siculo Biblioteca storica. Libri XVI-XX*, Palermo, 1993.
- F. PARREU ALASÁ, *Diodoro de Sicilia. Biblioteca Histórica Libros I-III* (BCG 294), Madrid, 2001.
- C. RUBICAM, «The organization and composition of Diodorus' Bibliothek», *Classical Views / Échos du Monde Classique* 31 (1987), 313-328.
- K. S. SACKS, «The Lesser proemia of Diodorus Siculus», *Hermes* 110 (1982), 434-442.
- R. H. SIMPSON, «A Possible case of Misrepresentation in Diodorus XIX», *Historia* 6 (1957), 504-505.
- , «Abbreviation of Hieronymus in Diodorus», *American Journal of Philology* 80 (1959), 370-379.
- L. C. SMITH, «The Chronology of Books XVIII-XX of Diodorus Siculus», *American Journal of Philology* 82 (1961), 283-290.
- O. VEH, G. WIRTH, M. RATHMANN, *Diodoros: Griechische Weltgeschichte Buch XVIII-XX Bibliothek der griechischen Literatur*; vols. 63 A (introducción y traducción) y 63 B (comentario). Stuttgart, 2005.
- J. WALSH, «Historical Method and a Chronological Problem in Diodorus, Book 18» en P. WHEATLEY y, R. HANNAH, *Alexander & His Successors: Essays from the Antipodes*, Claremont (CA), 2009, 72-87.

2) Monografías sobre los diádocos y la época helenística

- E. M. ANSON, *Eumenes of Cardia. A Greek among Macedonians*, Boston-Leiden, 2004.
- Z. H. ARCHIBALD, *The Odrysian Kingdom of Thrace: Orpheus Unmasked* (Oxford Monographs on Classical Archaeology), Oxford, 1998.
- M. M. AUSTIN, *The Hellenistic World from Alexander to the Roman conquest. A selection of ancient sources in*

translation, Cambridge (MA), 2006 (2.^a edición aumentada).

- R. S. BAGNALL, P. DEROW, *The Hellenistic Period. Historical Sources in Translation*, Maiden (MA), 2004.
- CH. A. BARON, *Timaeus of Tauromenium and Hellenistic Historiography*, Cambridge, 2013.
- C. BEARZOT, *Focione tra storia e trasfigurazione ideale*, Milán, 1985.
- H. BENGTSON, *Die Diadochen. Die Nachfolger Alexanders des Grossen (323–281 v. Chr.)*, München, 1987.
- R. BERTHOLD, *Rhodes in the Hellenistic Age*, Ithaca, 1984.
- R. A. BILLOWS, ANTÍGONOS *the One-Eyed and the Creation of the Hellenistic State*, Berkeley-Los Angeles-Oxford, 1997.
- A. B. BOSWORTH, *The Legacy of Alexander. Politics, Warfare, and Propaganda under the Successors*, Oxford, 2002.
- P. BRIANT, *Antigone le Borgne*, París, 1973.
- T. S. BROWN, *Timaeus of Tauromenium*, Berkeley, 1958.
- S. M. BURSTEIN, *The Hellenistic Age from the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII*, Cambridge, 1985.
- E. CARNEY, *Olympias. Mother of Alexander the Great*, Londres-Nueva York, 2006.
- L. CAPDETREY, *Le pouvoir séleucide. Territoire, administration, finances d'un royaume hellénistique (312-129 avant J. C.)*, Rennes, 2007.
- CH. A. CAROLI, *Ptolemaios I. Soter – Herrscher zweier Kulturen*, Constanza, 2007.
- J. C. CHIRINOS, *La reina de los cuatro nombres: Olimpia, madre de Alejandro Magno*, Madrid, 2005.
- GL. DOWNEY, *Ancient Antioch*, Princeton, 1963.
- W. E. ELLIS, *Ptolemy of Egypt*, Londres-Nueva York, 1994.
- M. J. FONTANA, *Le Lotte per la successione di Alessandro Magno dal 323 al 315*, Palermo, 1960.

- P. M. FRASER, *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972.
- J. FRÖSÉN (ed.), *Early Hellenistic Athens: Symptom of a Change*, Helsinki-Atenas, 1997.
- J. D. GRAINGER, *Seleukos Nikator: Constructing a Hellenistic Kingdom*, Londres-Nueva York, 1990.
- P. GREEN, *Alexander to Actium*, Berkeley, 1990.
- CH. HABICHT, *Athens from Alexander to Antony*. Cambridge (MA), 1997.
- , *The Hellenistic Monarchies, Selected Papers*, Ann Arbor, 2006.
- PH. HARDING, *From the End of the Peloponnesian War to the Battle of Ipsos*, Cambridge, 1985.
- W. HECKEL, *The marshals of Alexander's empire*, Londres-Nueva York, 1992.
- , *Who's who in the Age of Alexander the Great. Prosopography of Alexander's Empire*, Malden (MA), 2006.
- F. HOLT, *Alexander the Great and Bactria: the Formation of a Greek Frontier in Central Asia* (Mnemosyne Suppl. 104.), Leiden-Nueva York, 1988.
- , *Thundering Zeus: the Making of Hellenistic Bactria*, Berkeley, 1999.
- J. HORNBLOWER, *Hieronymus of Cardia*, Oxford, 1981.
- R. B. KEBRIC, *In the Shadow of Macedon: Duris of Samos*, Wiesbaden, 1977.
- CH. KONDOLEON, *Antioch: The Lost Ancient City*, Princeton, 2000.
- F. LANDUCCI GATTINONI, *Lisímaco di Tracia nella prospettiva del primo ellenismo*, Milán, 1992.
- , *Duride di Samo*, Roma, 1997.
- , *L'arte del potere. Vita e opere di Cassandro di Macedonia*, Stuttgart, 2003.

- H. S. LUND, *Lysimachus. A Study in early Hellenistic kingship*, Londres-Nueva York, 1992.
- R. MACLEOD (ed.), *The Library of Alexandria. Centre of Learning in the Ancient World*, Nueva York-Londres, 2004 (2.^a edición).
- J. G. MANNING, *The Last of the Pharaohs. Egypt Under the Ptolemies (305-30 BC)*, Princeton-Oxford, 2010.
- A. MEHL, *Seleukos Nikator und sein Reich*, Lovaina, 1986.
- C. MIRALLES, *El helenismo: épocas helenística y romana de la cultura griega*, Barcelona, 1989 (2.^a edición).
- A. MOMIGLIANO, *Alien Wisdom. The Limits of Hellenization*, Cambridge, 1975.
- O. MÜLLER, *Antigonos Monophthalmos und «Das Jahr der Könige». Untersuchungen zur Begründung der hellenistischen Monarchien 306-304 v. Chr.*, Saarbrücken, 1972.
- D. OGDEN, *Polygamy, prostitutes and death. The Hellenistic dynasties*, Londres, 1999.
- G. J. OLIVER, *War Food and Politics in Early Hellenistic Athens*, Oxford, 2007.
- L. O'SULLIVAN, *The Regime of Demetrius of Phalerum in Athens, 317-307 BCE. A Philosopher in politics*, Leiden, 2009.
- G. PRÉAUX, *Le monde hellénistique. La Grèce et l'Orient de la mort d'Alexandre à la conquête romaine de la Grèce* (2 vols.), París, 1978.
- M. RATHMANN, *Perdikkas zwischen 323 und 320*, Viena, 2005.
- J. ROMM, *Ghost on the throne: the death of Alexander the Great and the war for crown and empire*, Nueva York-Toronto, 2011.
- CH. SCHÄFER, *Eumenes von Kardia und der Kampf um die Macht im Alexanderreich* (= *Frankfurter Althistorische Beiträge*, Band 9). Frankfurt, 2002.
- O. SCHMITT, *Der Lamische Krieg*, Bonn, 1992.

- J. SEIBERT, *Das Zeitalter der Diadochen*, Darmstadt, 1983.
- S. SHERWIN-WHITE, A. KUHRT, *From Samarkhand to Sardis*, Berkeley, 1993.
- GR. SHIPLEY, *El mundo griego después de Alejandro. 323-30 a. C.* Barcelona, 2001.
- L. TRITLE, *Phocion the Good*, Nueva York, 1988.
- F. W. WALBANK, A. E. ASTIN, M. W. FREDERIKSEN (eds.), *The Cambridge Ancient History. 2nd edition, Vol. VII, Part 1. The Hellenistic World*, Cambridge, 1984. [Hay trad, cast.: *El mundo helenístico*, Madrid, 2012.]
- R. WATERFIELD, *Dividing the Spoils. The War for Alexander the Great's Empire*, Oxford, 2011. [Hay trad. cast.: *La guerra por el imperio de Alejandro Magno*, Madrid, 2012.]
- CL. WEHRLI, *Antigone et Démétrios*, Ginebra, 1968.

LIBRO XVIII

SINOPSIS

1. La tensión y la defección que se produjeron entre las tropas tras la muerte de Alejandro Magno.
2. Toma de posesión de Pérdicas de la regencia y distribución de las satrapías.
3. Revuelta de los griegos de las satrapías superiores y envío del general Pitón contra ellos.
4. Descripción de la distribución de las satrapías en Asia.
5. De cómo Pitón luchó contra los rebeldes griegos.
6. De cómo los atenienses desencadenaron la guerra llamada Lamíaca contra Antípatro.
7. De cómo Leóstenes, tras ser elegido general al frente de un ejército, venció en la batalla a Antípatro y le cercó en la ciudad de Lamia.
8. Muerte de Leóstenes y su epitafio.
9. Toma de posesión de las satrapías por los que las habían dividido.
10. Lucha de la caballería ateniense contra Leonato y victoria griega.
11. De cómo Antípatro, tras la muerte Leonato en la batalla, se hizo cargo del ejército de este.
12. De cómo Clito, el almirante de la escuadra macedonia, venció en dos batallas navales a los griegos.
13. De cómo Pérdicas, tras vencer al rey Ariarartes en una gran batalla, capturó al rey y a otros muchos.
14. De cómo Crátero acudió en ayuda de Antípatro, venció a los griegos y acabó la guerra Lamíaca.
15. Acerca de las gestas de Antípatro contra los atenienses y otros griegos.

16. Acerca de las gestas de Ptolomeo en la guerra de Cirene.
17. De cómo Pérdicas invadió y esclavizó la ciudad de Laranda en Pisidia y cómo, al asediar a los de Isauria, estos se vieron obligados a suicidarse y a reducir a cenizas la ciudad.
18. Campaña de Antipatro y Crátero en Etolia.
19. Traslado del cuerpo de Alejandro Magno desde Babilonia hasta Alejandría y descripción de la riqueza del catafalco.
20. De cómo Eumenes, tras vencer en batalla a Crátero, ejecutó a este mismo y a Neoptólemo.
21. De cómo Pérdicas murió en campaña en Egipto a manos de su camarilla.
22. De cómo Pitón fue elegido tutor de los reyes, Arrideo después de él, y después, Antípatro.
23. De cómo Antípatro al ser nombrado comandante supremo repartió de nuevo las satrapías en Triparadiso en Siria.
24. De cómo Antígono tras ser nombrado general por Antípatro venció a Eumenes.
25. Acerca de Eumenes y de los azarosos cambios de fortuna a los que se vio sujeto.
26. De cómo Ptolomeo tomó posesión de Fenicia y de Celesiria.
27. De cómo Antígono venció a Alcetas en una brillante confrontación.
28. De cómo Antígono, alentado por la muerte de Antipatro y de todos sus partidarios, se postuló para el trono real.
29. El inesperado ascenso de Eumenes, al asumir la tutoría de los reyes y de los ejércitos de Macedonia.
30. Ascenso de Casandro, guerra contra Poliperconte, el tutor de los reyes, y alianza con Antígono.
31. De cómo Eumenes se puso en camino hacia las satrapías superiores con el destacamento de los argiráspidas desde Cilicia y reunió un ejército muy digno de reseñar.

32. Sobre la sagacidad de Eumenes y su mando y de sus gestas hasta el momento de su muerte.
33. De lo que le ocurrió a Casandro en el Ática, y a Nicanor en la guarnición de Muniquia.
34. De la muerte de Foción apodado «el Noble».
35. De cómo Poliperconte, tras pasar muchos trabajos en el asedio de los megalopolitanos, se retiró sin haber conseguido nada.
36. De cómo Clito, el almirante de Poliperconte, venció a Nicanor, el almirante de Casandro, en una batalla naval.
37. De cómo Antígono se proclamó señor de los mares tras su ilustre victoria en la batalla naval contra Clito.
38. De cómo Eumenes, aún asediado por Seleuco en Babilonia en un momento de extremo peligro, consiguió salvarse por su astucia.
39. De cómo Poliperconte, aun despreciado y humillado por los griegos, continuó su lucha contra Casandro.

LIBRO XVIII

Pitágoras de Samos¹ y algunos otros hombres de ciencia [1] antiguos² demostraron que el alma de los hombres es inmortal, y de acuerdo con este dogma también demostraron, en consecuencia, que el alma predice el futuro en el mismo trance de morir, momentos antes de que esta abandone el cuerpo. Con [2] ellos parece estar de acuerdo el poeta Homero, pues muestra a Héctor en ese trance, prediciendo a Aquiles que él también lo va a seguir poco después³. Igualmente, en épocas más recientes, [3] se cuenta que pasó lo mismo que acabamos de decir con otros muchos al final de su vida, y este fue especialmente el caso de Alejandro el macedonio a la hora de morir. Este, a punto de [4] fallecer en Babilonia y con su último aliento, al ser preguntado por sus camaradas a quién iba a dejar el reino, dijo: «al mejor, pues yo predigo que como honras fúnebres se me ofrecerá una gran contienda entre mis camaradas⁴». Y eso fue exactamente [5] lo que ocurrió: en efecto, sus más destacados compañeros se enzarzaron en numerosas y grandiosas batallas por el poder supremo tras la muerte de Alejandro.

Este libro, que contiene las hazañas que llevaron a cabo estos hombres, probará la verdad de esta teoría a los lectores interesados. [6] El anterior libro trató las gestas de Alejandro hasta su muerte. El presente libro versará sobre las de sus sucesores y terminará con el año anterior a la proclamación de la tiranía de Agatocles, abarcando, pues, siete años.

[2] En Atenas había sido nombrado entonces como arconte Cefisodoro y los romanos habían elegido como cónsules a Lucio Furio y a Decio Junio⁵. En ese año, Alejandro Magno murió sin descendencia⁶, lo que originó un vacío de poder que provocó [2] una gran contienda por el poder supremo. La falange de infantería postulaba a Arrideo, el hijo de Filipo, para el trono real, a pesar de que sufría problemas mentales⁷. Pero los cortesanos de mayor influencia y la guardia personal

de Alejandro⁸ se coaligaron con la unidad de caballería denominada los «compañeros», y, tras deliberar, decidieron primero llevar armas contra la falange de infantería y les enviaron a estos soldados embajadores elegidos de entre los mandos de alto rango, entre los que destacaba Meleagro⁹, para urgirlos a que los obedecieran. Pero Meleagro, [3] en cuanto se presentó ante los soldados de la falange, no hizo mención alguna del propósito de su embajada, sino que, al contrario, los alabó por su resolución y los animó en sus protestas. Por ello, los macedonios lo erigieron como su líder y se enfrentaron con las armas a los que se oponían a ello. Pero en cuanto la [4] guardia personal se puso en marcha desde Babilonia, presta a presentar batalla, los más proclives a la paz los convencieron para que llegaran a un acuerdo. Al punto nombraron a Arrideo, el hijo de Filipo, como rey y cambiaron su nombre por el de Filipo; Pérdicas¹⁰ fue nombrado regente del reino, ya que el rey, al morir, le había dado el anillo, y finalmente decidieron que los más destacados cortesanos y miembros de la Guardia de Corps se hicieran cargo de las satrapías y obedecerían al rey y a Pérdicas.

Después de arrogarse el poder supremo sobre todas las cosas, [3] Pérdicas, tras celebrar un consejo con el resto de los generales concedió Egipto a Ptolomeo, el hijo de Lago¹¹, Siria a Laomedonte de Mitilene, Cilicia a Filotas y a Pitón Media¹²; a Eumenes le concedió Paflagonia, Capadocia y todas las regiones que Alejandro no había llegado a someter por la urgencia de acabar la guerra contra Darío; a Antígono le dio Panfilia, Licia y la llamada Gran Frigia¹³; después a Asandro¹⁴, Caria; a Menandro¹⁵, Lidia y, a Leonato, la Frigia Helespóntica. Así se [2] repartieron estas satrapías. En Europa, se le dio a Lisímaco Tracia y todos los pueblos a orillas del Ponto Euxino, mientras que Antipatro se quedó con Macedonia y las comunidades de la región vecina. Sin embargo, Pérdicas decidió no redistribuir el resto de las satrapías de Asia, sino que las dejó en manos de los mismos reyes. De la misma manera, tanto Taxiles¹⁶ como Poros¹⁷ quedaron como señores en sus propios dominios, ya que el mismo Alejandro así lo había dispuesto. A Pitón le cedió [3] la región vecina a los dominios de Taxiles, pero la región del

Caucaso llamada Paropamisos¹⁸ se la dio a Oxiartes de Bactria, con cuya hija, Roxana, Alejandro se había casado. Y a Sibirtio¹⁹ le dio Aracosia²⁰ y Gedrosia²¹; a Estasánor de Solos²², Ariana²³ y Drangiana²⁴; a Filipo le dejó Bactriana²⁵ y Sogdiana²⁶; a Fratafernes²⁷, Partia²⁸ e Hircania²⁹; a Peucestas³⁰, Persia³¹; a Tlepólemo³², Carmania³³; a Atropates, Media³⁴; a Arcón, Babilonia, y a Arcesilao³⁵, Mesopotamia. A Seleuco le [4] puso al frente de la caballería de los «compañeros», el cargo más ilustre, ya que Hefestión³⁶ fue el primero que lo ocupó, y después de él vino Pérdicas y el tercero fue Seleuco. Designaron a Arrideo para escoltar el cuerpo y hacerse cargo del catafalco que iba a portar el cadáver del difunto rey hasta el santuario de Amón³⁷.

Crátero³⁸ era el más prominente de los diez mil hombres que [4] habían sido enviados de vuelta a Cilicia por Alejandro, tras licenciar este sus ejércitos. Llevaba consigo un escrito con los planes que el rey le había mandado llevar a cabo, pero el parecer de sus sucesores fue que no se cumpliera la voluntad de Alejandro tras su muerte. En efecto, entre las notas del rey, Pérdicas [2] se encontró con las instrucciones para erigir la pira funeraria de Hefestión³⁹, lo que requería de mucho dispendio, junto a otras numerosas y extravagantes peticiones que exigían un gasto sin precedentes y que Pérdicas juzgó que no convenía atender. [3] Pero para que no pareciera que por su parte quería deslucir la gloria de Alejandro, hizo que la asamblea de los macedonios lo tomara en consideración.

[4] Lo más importante y digno de recordar del contenido de esas notas es lo siguiente: mil grandes naves, de mayor tamaño que las trirremes, serían construidas en Fenicia, Siria, Cilicia y Chipre para una campaña contra Cartago y contra el resto de poblaciones que vivían junto al mar en Iberia y Libia y la costa adyacente hasta Sicilia⁴⁰; luego se construiría una vía por la costa de Libia hasta las columnas de Hércules y a continuación, considerando la envergadura de tal expedición, se construirían puertos y muelles, según la disposición del terreno en los lugares apropiados. Se construirían seis lujosos templos, con un coste de mil quinientos talentos cada uno y, aparte, se fundarían nuevas ciudades con población emigrante

desde Asia hasta Europa, y viceversa, desde Europa hasta Asia, para que los más grandes continentes se unieran en una armoniosa y común unidad familiar cimentada en matrimonios y relaciones de parentesco. [5] Los templos mencionados se tendrían que construir en Delos, Delfos, Dodona; y también en Dión, en Macedonia, se construiría un templo de Zeus; en Anfípolis, uno a Ártemis Taurópola; y en Cirno⁴¹, uno a Atenea; y además en Ilión, en honor de esta misma diosa, se construiría un templo que no tendría parangón con ningún otro. La tumba de Filipo se construiría rivalizando con la mayor de las pirámides de Egipto, que se [6] cuentan entre las siete maravillas del mundo⁴². En cuanto se hizo lectura del contenido de estas disposiciones, los miembros de la asamblea, aunque eran muy leales a Alejandro, al ver que sus planes eran descabellados e imposibles, decidieron, a pesar de todo, que ninguna de ellos se llevara a cabo.

Primero, Pérdicas ejecutó a los soldados más rebeldes y [7] especialmente a aquellos treinta que estaban en su contra de una manera u otra. Después, también castigó a Meleagro, que le había traicionado en el momento de la revuelta y luego en la embajada⁴³, usando como excusa unas rencillas personales y la acusación de que estaba intrigando contra él. Después, como las colonias griegas de las satrapías superiores se habían rebelado y habían reunido un importante ejército, envió a Pitón, uno de sus hombres más distinguidos, a luchar contra ellos.

Nosotros creemos que, en relación a los hechos que vamos [5] a narrar, es necesario mostrar en primer lugar las causas de la revuelta y la situación de Asia entera, dando cuenta tanto del tamaño de las satrapías como de su idiosincrasia. Así mi relato pondrá de relieve la topografía en general y las distancias, para que la lectura sea más fácil de seguir.

Un sistema montañoso cruza toda Asia desde el Tauro, en [2] Cilicia, hasta el Cáucaso y el océano Índico⁴⁴. Este sistema está formado por cimas de diversas alturas, cada una con su propia denominación. De esta manera, al estar Asia dividida en dos [3] partes, una mira al norte y otra al sur. Teniendo en cuenta estas pendientes, las corrientes de los ríos siguen dos

cursos contrapuestos: unos desembocan en el Caspio, y otros, en el Ponto Euxino, y otros incluso se extienden hasta el océano del norte. Los ríos opuestos a estos, unos desembocan en el océano enfrente de la India⁴⁵, otros lo hacen en el océano cercano a ese continente⁴⁶, y algunos fluyen hasta en el mar llamado Eritreo [4] (Rojo). De manera similar a estos se dividen las satrapías entre las del norte y las del sur. Las primeras de ellas, orientadas al norte, se extienden por el valle del río Tánaís⁴⁷, esto es, Sogdiana y Bactriana; y cerca de ellas, Ariana, Partía e Hircania, por donde discurre el mar de Hircania⁴⁸, un mar independiente. Después está Media, donde se encuentran lugares con diversos nombres, y es la más grande de las satrapías. Cerca está Armenia, Licaonia y Capadocia, todas con un fuerte viento. Limítrofes con esta última, dibujando una línea recta, se encuentran la Gran Frigia y la Frigia Helespóntica, y en las proximidades, Lidia y Caria y, a la derecha de Frigia y paralela a ella, está Pisidia y cercana a [5] ella, Licia. En las regiones costeras de estas satrapías se encuentran algunas ciudades griegas de las que no es necesario dar indicación alguna de momento. Las satrapías orientadas al norte están dispuestas, pues, de la manera que hemos contado.

[6] La primera de las satrapías que se encuentra al sur, a lo largo del Cáucaso, es la India⁴⁹, un gran y populoso reino habitado principalmente por multitud de pueblos indios, en su mayor parte de la tribu de los gandáridas⁵⁰, contra los que Alejandro no luchó por la gran cantidad de elefantes que poseían⁵¹. Esta región [2] y la región vecina de la India la separa el Ganges, el mayor río de la región, que tiene una extensión de treinta estadios de ancho⁵². El resto de la India contiene a esta región que conquistó Alejandro, tierra que está regada por las aguas de varios ríos y la más destacada por su opulencia. En esta región se encuentran, entre otros muchos, los reinos de Taxiles y de Poros por donde fluye el río Indo; de ahí la denominación de la región. Limitando con la satrapía de la India se encuentra Aracosia, [3] Gedrosia y Carmania y, junto a ellas, Persia, que engloba Susiana y Sitacine. Hasta el desierto de Arabia se extiende Babilonia. Desde esta última región, ascendiendo, se encuentra Mesopotamia, que está dividida por dos ríos, el Éufrates y el Tigris, por los que recibe

esta denominación⁵³. Cerca de la región de Mesopotamia se encuentran Siria Superior y las regiones cercanas al lado del mar, Cilicia y Panfilia y Celesiria, por la que se descende a Fenicia. La región de Celesiria y el desierto circundante, por el que discurre el Nilo, sirve de frontera entre Siria y Egipto⁵⁴; esta última destaca por ser la mejor de todas las satrapías y la que produce los mayores beneficios. Todas estas son [4] regiones muy calurosas, ya que reciben el viento del sur, muy diferente del viento del norte. Estas son las satrapías que Alejandro conquistó de la manera que se ha narrado y que fueron distribuidas a los hombres más prominentes.

Los griegos que habían sido puestos por Alejandro en las [7] satrapías de las regiones llamadas superiores, añoraban el estilo de vida griego y sus costumbres. Desarraigados en las regiones más alejadas del reino, mientras vivió el rey, el miedo que le tenían los mantuvo obedientes; pero al morir este, se rebelaron [2] abiertamente⁵⁵. De común acuerdo eligieron como comandante a Filón⁵⁶, el hijo de Eneas, y reunieron un considerable ejército: agruparon más de dos mil soldados de infantería y tres mil caballeros, todos ellos curtidos en las muchas batallas, con una [3] probada experiencia militar y coraje reconocido. Pérdicas, en cuanto se enteró de la revuelta de los griegos, eligió por sorteo a tres mil soldados de infantería y a ochocientos caballeros macedonios. Al mando de este ejército puso a Pitón, que había sido miembro de la guardia personal de Alejandro; era de fuerte carácter y tenía dotes de mando, y le confió los soldados que habían salido por sorteo. Le dio cartas para los sátrapas, en las que estaba escrita la orden de facilitarle a Pitón diez mil soldados y ocho mil caballeros de refuerzo, y le envió contra los rebeides. [4] Pitón, hombre con grandes pretensiones, aceptó con gusto salir en campaña, pero con la idea de ganarse a los griegos con su clemencia, ampliar su ejército aliándose con ellos, y actuar en su propio interés para gobernar las satrapías superiores. [5] Pero Pérdicas, que sospechaba de sus intenciones, ordenó que tras derrotarlos acabara completamente con ellos y distribuyera el botín entre sus soldados.

Pitón partió junto con los soldados que se le había confiado y, tras recibir las tropas auxiliares de los sátrapas, se presentó

con un gran ejército ante los rebeldes. Con la mediación de un tal Enianio, sobornó a Letodoro⁵⁷, que se encontraba al mando de tres mil soldados rebeldes, y consiguió una victoria completa. [6] En efecto, en cuanto empezó la refriega, aún con la victoria indecisa, el traidor dejó a los aliados y se marchó sin avisar con los tres mil soldados a una colina. Los otros, que creían que estos se retiraban, se dispersaron y salieron en desbandada. Pitón, [7] proclamándose vencedor en la lucha ante sus adversarios, les ordenó que depusieran las armas y que confiaran en él para volver a sus propias colonias. Tras prestar juramento y mezclar [8] macedonios con griegos, Pitón se sintió feliz, porque sus planes salían según lo previsto, pero los macedonios, que recordaban la orden de Pérdicas, no tuvieron consideración por esos juramentos recién prestados y traicionaron a los helenos. Se pusieron [9] junto a ellos de improviso y lancearon a todos cogiéndolos desprevenidos, y se llevaron sus posesiones como botín. Viendo así Pitón defraudadas sus esperanzas, volvió de nuevo junto a Pérdicas con los macedonios. Esto es, pues, lo que pasó en Asia en ese tiempo.

En Europa, mientras, los rodios habían expulsado la guarnición [8] macedonia y habían liberado la ciudad; y los atenienses, por su parte, habían iniciado contra Antipatro la llamada «guerra Lamíaca»⁵⁸. Es necesario exponer las causas de esta guerra para que queden más claras las acciones que se llevaron a cabo en ella. Alejandro, poco tiempo antes de su muerte, decidió hacer [2] regresar a todos los exiliados de las ciudades griegas⁵⁹, en parte para ganar fama, en parte por el propio deseo de tener en cada ciudad un buen número de individuos que le fueran leales para contrarrestar las revoluciones y revueltas en el territorio griego. Por ello, cuando estaban a punto de celebrarse las Olimpiadas⁶⁰, [3] envió a Nicanor el estagirita⁶¹ con un decreto en el que se trataba el asunto de la vuelta de los exiliados, y se ordenaba que en la celebración de ese festival se hiciera lectura del [4] mismo a la multitud por parte del heraldo vencedor⁶². Se hizo como se le había ordenado, el heraldo recibió el decreto y lo leyó:

El rey Alejandro a los exiliados de las ciudades griegas: Nosotros no somos responsables de vuestro exilio, pero sí que lo seremos del regreso a vuestras respectivas patrias, excepto en el caso de aquellos que estén bajo una maldición. Hemos escrito a Antípatro acerca de ello para que, si alguna de las ciudades se opusiera, él las obligue a cumplir la ley.

[5] El pueblo celebró con un cerrado aplauso lo anunciado. Los que se habían beneficiado de la gracia del rey la recibieron regocijados y ensalzaron su generosidad. Estaban presentes en la fiesta todos los exiliados, que eran más de veinte mil.

[6] La mayoría recibió entonces la vuelta de los exiliados como algo que sería para bien, pero a los etolios y los atenienses les sentó mal y se sintieron agraviados por esta decisión. En efecto, por un lado los etolios habían exiliado a los enéadas de su patria y esperaban recibir su castigo por sus injusticias. De hecho, incluso el rey los había amenazado con que no serían los hijos de los enéadas, sino él mismo el que en persona haría justicia⁶³. Al igual que ellos, los atenienses, que ya habían plantado sus colonias en Samos⁶⁴, no estaban dispuestos a abandonar la isla. Pero como no podían medir sus fuerzas con las del rey, se comportaron con discreción, esperando a que se les presentara una ocasión propicia, que la suerte no tardó en proporcionar.

Así, poco después, al morir Alejandro sin hijos que le sucedieran [9] en el trono, los atenienses se atrevieron a reclamar su libertad y la hegemonía en el mundo griego. Podían recurrir para la guerra al dinero que había dejado Hárpalo, de cuyo destino en parte hemos hablado en el libro anterior⁶⁵, e igualmente a los mercenarios que habían sido licenciados en Asia por los sátrapas, que eran unos ocho mil y que estaban aguardando en el Ténaro en el Peloponeso⁶⁶. Así les había dado instrucciones en [2] secreto al ateniense Leóstenes⁶⁷ para que, en primer lugar, los tomara consigo como si se tratara de algo personal, sin autorización oficial, y así Antípatro, que despreciaba a Leóstenes, fuera más moroso en sus preparativos y los atenienses tuvieran tiempo y ocasión para poner a punto lo necesario para la guerra. Y así

Leóstenes, después de pagar a las susodichas tropas con [3] mucho sigilo, tenía ya sorprendentemente un ejército considerable listo para la acción⁶⁸. En efecto, estos hombres, que mucho tiempo antes habían sido atletas participantes de muchos e importantes juegos, se habían curtido en la guerra en la campaña en Asia.

[4] Todo esto se estaba haciendo, ya que aún no se había confirmado la muerte de Alejandro. Pero cuando vinieron algunos procedentes de Babilonia y confirmaron como testigos la muerte del rey, entonces el pueblo se preparó a todas luces para la guerra y envió parte del dinero de Hárpalo a Leóstenes y gran cantidad de armas, pidiéndole que no se escondiera más, sino [5] que actuará decidida y convenientemente. Tras haber dado la soldada a sus mercenarios y equipar a los que carecían de armas, marchó a Etolia para marcar una estrategia común. En cuanto los etolios le escucharon con agrado y le dieron ocho mil soldados, Leóstenes convocó a los locrios, a los focéos y a los otros pueblos vecinos y los exhortó a que reclamaran su autonomía y liberaran a Grecia del yugo macedonio.

[10] Mientras, en Atenas, la clase acomodada aconsejaba actuar con prudencia; en cambio, los demagogos iban espoleando al pueblo y abogaban vigorosamente por la causa de la guerra. También eran mayoría aquellos que preferían la guerra porque estaban acostumbrados a ganarse la vida como mercenarios. Para estos últimos —dijo una vez Filipo⁶⁹— la paz significaba [2] guerra y solo en la guerra encontraban paz. Al punto, los oradores dieron forma a los deseos del pueblo y redactaron un decreto declarando que el pueblo de los atenienses se haría cargo de la común libertad de los helenos, que liberaría las ciudades sometidas con guarniciones militares, que se construirían cuarenta cuatrirremes y doscientas trirremes, y que todos los atenienses de hasta cuarenta años serían reclutados y que se formarían tres tribus para guardar el Ática, aparte de los siete que ya estaban [3] preparadas para plantar batalla. Además se enviarían embajadores a las ciudades griegas para recordarles que, de la misma forma que en el pasado el pueblo de los atenienses, por juzgar que Grecia entera era la común patria de todos los

griegos, había combatido a los bárbaros que intentaban esclavizarlos por mar⁷⁰, también ahora creía necesario arriesgar de nuevo sus vidas, sus posesiones y sus naves por la común salvación de los griegos.

Debido a que este decreto fue promulgado antes de lo conveniente, [4] los de más juicio dijeron que el pueblo de los atenienses había tomado una gloriosa resolución pero que esta pecaba de improcedente, ya que se había ratificado antes de tiempo; que se arriesgaban al enfrentarse a unos grandes ejércitos que no habían conocido la derrota; y que, aunque tenían fama por su buen discernimiento, parecía que no habían tomado en cuenta las desgracias sufridas por los tebanos, bien conocidas⁷¹. En todo caso, en cuanto los embajadores pasaban por las ciudades, convocándolas a la guerra con su acostumbrada facundia, la mayoría se unía a la alianza: algunas ciudades por tribus, otras individualmente.

En el caso de los otros griegos, unos se inclinaban por los [11] macedonios y otros estaban a favor de mantenerse neutrales. Los etolios fueron los primeros que se unieron a la alianza, como ya se ha dicho anteriormente; y junto con ellos estaban todos los tesalios a excepción de los de Pelinna⁷², los eteos a excepción de los de Heraclea y los aqueos de la Ftiótide, con la excepción de los tebanos, los de Melia menos los de Lamia, después las ciudades dorias por entero⁷³, los locrios y los focios, e incluso los enianos, los aliseos, los dólopes, y además de estos, también los atamanes, los leucadios y los molosos, súbditos de Aripteo⁷⁴. Este último, tras haber hecho una alianza de mala gana, posteriormente se pasó a traición al bando macedonio. Algunos de los ilirios y de los tracios se unieron a la alianza [2] porque odiaban a los macedonios. Después, entraron en esta guerra los caristios de Eubea, y, por último, los argivos en el Peloponeso, Argos, Sición, Elea, Mesene y los pueblos que viven en Acte. Estos eran los griegos que formaban parte de la gran alianza de los griegos.

[3] El pueblo mandó ciudadanos como tropas de refuerzo a Leóstenes: cinco mil soldados de infantería, quinientos jinetes, y dos mil mercenarios. Atravesaron Beocia, pero resultó que

los beocios estaban en contra de los atenienses por la siguiente razón: Alejandro había destruido Tebas y había cedido la región [4] al resto de los beocios. Estos últimos, tras haber repartido la región entre los desposeídos, habían conseguido sacar muchos beneficios. Por ello, al saber que los atenienses, si resultaban vencedores, les devolverían la patria y su territorio a los [5] tebanos, se pasaron al bando macedonio. Mientras los tebanos estaban acampados en Platea, Leóstenes tomó una parte del ejército y se presentó en Beocia. Colocó a los atenienses junto a los locales, vencieron en la lucha y, tras erigir un trofeo, se apresuraron de nuevo a volver a las Termopilas. Allí se entretuvo un tiempo bloqueando las entradas del lugar y entonces recibió al ejército macedonio.

[12] Antípatro, al que Alejandro había dejado como general de Europa, en cuanto se enteró de la muerte del rey en Babilonia y del reparto de las satrapías, mandó llamar a Crátero, que estaba en Cilicia (este, a la sazón, había sido enviado allí y estaba a punto de devolver a Macedonia los ejércitos macedonios que habían abandonado la campaña, que eran unos diez mil⁷⁵), para que viniera presto en su ayuda. Mandó también llamar a Filotas⁷⁶, a quien le había correspondido la Frigia Helespóntica, requiriendo igualmente su pronta ayuda con la promesa, a cambio, de darle una de sus hijas en matrimonio. Enterado de la [2] campaña emprendida por los griegos contra él, dejó a Sipas como general en Macedonia⁷⁷, dotándole de un ejército suficiente, pero urgiéndole a que reclutara a la mayor cantidad posible de soldados. Él mismo, acompañado tan solo de trece mil soldados macedonios y seiscientos jinetes (Macedonia estaba, de hecho, falta de soldados por la cantidad de personas que habían sido enviadas a Asia como tropas de reemplazo en el ejército), se dirigió desde Macedonia hasta Tesalia, mientras por mar los seguía una flota entera que Alejandro había enviado, cargada con una gran cantidad de dinero de los tesoros reales persas a Macedonia y compuesta por unas ciento diez trirremes. Los tesalios, [3] al principio, eran aliados de Antípatro y enviaron jinetes de calidad y en gran número, pero después, persuadidos por los atenienses, se pasaron al bando de Leóstenes y, ocupando sus puestos a lado de los atenienses,

lucharon por la liberación de los griegos. Juntándose en un gran ejército con los atenienses, [4] los griegos, superiores a los macedonios, se impusieron con facilidad. Antípatro fue derrotado y no se atrevió ni a plantar batalla, al no poder volver de nuevo a Macedonia en condiciones de seguridad, por lo que se refugió en la ciudad de Lamia⁷⁸. Allí mantuvo sus fuerzas y pertrechó las murallas, además de preparar las armas, catapultas, víveres, mientras esperaba con ansia a sus aliados de Asia.

[13] Leóstenes se apostó en Lamia junto con todo su ejército y construyó un campamento con una profunda fosa y una empalizada. Al principio se acercaba a la ciudad, plantaba su ejército y trataba de atraer a los macedonios a la lucha. Al ver que no se decidían a luchar, cada día lanzaba continuos ataques contra [2] las murallas; pero los macedonios oponían una enconada resistencia y muchos de aquellos griegos que cargaban con ardor morían en la lucha. Pero como había un considerable ejército en la ciudad y disponían con abundancia de todo tipo de armas e incluso las murallas eran de una inmejorable disposición, los [3] asediados pudieron resistir fácilmente el ataque. Leóstenes, entonces, renunció a tomar la ciudad por la fuerza y cortó los suministros que le llegaban, pensando que sería más fácil que los sitiados allí dentro se rindieran por hambre; así que reforzó la muralla y cavó una gran y profunda zanja, bloqueando todas las salidas a los sitiados.

[4] Después de esto, los etolios pidieron a Leóstenes permiso para poder retirarse en ese momento por unos asuntos propios, así que se volvieron todos a Etolia. Así, cuando ya Antípatro y los suyos estaban exhaustos y a punto de rendirse por la falta de comida, por fortuna tuvieron un inesperado golpe de suerte; [5] pues Antípatro lanzó un ataque contra los que estaban cavando la fosa y en la refriega Leóstenes, mientras convocaba a sus tropas, fue golpeado con una piedra en la cabeza, perdió el conocimiento y fue trasladado al campamento. Murió al tercer día y fue enterrado como un héroe por la gloria que había alcanzado en la lucha⁷⁹. El pueblo de Atenas pidió a Hipérides⁸⁰, destacado entre los oradores por su elocuencia y por su odio a los macedonios,

que pronunciara el elogio fúnebre. En ese momento, [6] Demóstenes, el más conspicuo de los oradores de los atenienses, estaba en el exilio condenado por haberse apropiado de parte del dinero de Hárpalo. En el puesto de Leóstenes se entregó el mando militar a Antífilo, un varón de destacable genio militar y gran coraje⁸¹.

Y esto fue lo que ocurrió en Europa.

Con respecto a Asia y a aquellos que se habían repartido las [14] satrapías, Ptolomeo se hizo con Egipto sin dificultad y trató a los nativos con deferencia. Con los ochocientos talentos que se encontró, fue reuniendo mercenarios y organizando ejércitos. Logró crear una gran corte por su ecuanimidad. Inició contactos [2] diplomáticos con Antípatro firmando una alianza, ya que era claramente consciente de que Pérdicas intentaría invadir su satrapía en Egipto⁸².

Lisímaco, tras invadir el territorio tracio, se encontró con que el rey Seutes⁸³ le había salido al encuentro con un ejército de veinte mil soldados de infantería y ocho mil jinetes, pero no se amilanó ante la magnitud de ese ejército; y aunque él tenía en total no más de cuatro mil soldados de infantería y dos mil jinetes, [3] consiguió imponerse a los bárbaros. La verdad es que eran superiores técnicamente, a pesar de que eran inferiores en número. Sostuvieron una encarnizada batalla y, aunque tuvieron muchas bajas propias, volvieron a su campamento, tras ocasionar aún mayores bajas en el bando contrario y con una victoria [4] sin decidir. Entonces se alejaron de ese lugar ambos ejércitos en liza y se prepararon con mayor ahínco para un encuentro definitivo⁸⁴.

Leonato, por su parte, recibió al embajador Hecateo⁸⁵ que solicitaba ayuda urgente para Antípatro y los macedonios, y él [5] contestó que le ayudaría. Tras pasar a Europa, se dirigió a Macedonia. Reunió a más de veinte mil soldados de infantería y mil quinientos jinetes y los condujo a través de Tesalia para derrotar a sus enemigos.

[15] Los griegos, tras disolver el asedio y prender fuego a su campamento, enviaron a la ciudad de Melitia⁸⁶ las guarniciones que les resultaban inservibles en la batalla y la

impedimenta, y el ejército ligero, presto para la lucha, se puso en marcha para interceptar las fuerzas de Leonato, antes de que Antípatro se [2] juntara con ellas y lograran reunirse en un solo lugar. Los soldados de infantería hacían un total de veintidós mil, ya que los etolios se habían vuelto en masa a su patria y no pocos griegos pidieron que se les permitiera regresar a sus casas en aquella ocasión. Los jinetes eran más de tres mil quinientos, de los que dos mil eran unos tesalios de excelso coraje en los que se depositaban todas las esperanzas para una victoria. En el encarnizado [3] combate de caballería que se entabló, los tesalios se impusieron por su valor, y por ello Leonato, aunque luchó con evidente vigor, incluso cuando estaba atrapado en un lugar pantanoso, cayó rodeado por todas partes tras recibir numerosas heridas, murió y fue rescatado por los suyos, que lo llevaron donde se encontraba la impedimenta. En la lucha de la caballería [4] los griegos vencieron claramente al mando del tesalio Menón⁸⁷, y al punto la falange macedonia, amedrentada, retiró sus jinetes del campo de batalla hacia un difícil paso por arriba, donde lo escarpado del terreno ofrecía protección. La caballería tesalia siguió cargando, pero debido a la imposibilidad de conseguir algo por la dificultad del terreno, los griegos se hicieron con el triunfo, y tras hacerse cargo de sus muertos, se alejaron del campo de batalla.

Al día siguiente, cuando Antípatro hizo acto de presencia [5] con su ejército y se reunió con los derrotados, formaron todos los macedonios un solo ejército y confiaron el mando de todas las tropas a Antípatro. Así, tras considerar que por el momento [6] era más conveniente mantener la calma, al ver que los enemigos eran superiores, decidió iniciar la retirada no por la planicie, sino avanzando por pasos complicados después de apoderarse de los lugares estratégicos; y así se alejó de esas regiones. Antífilo, el estratega griego vencedor en esta deslumbrante [7] batalla contra los macedonios, esperó en Tesalia, alerta a los movimientos del enemigo. Así Grecia parecía estar de suerte [8] y, como los macedonios dominaban el mar, los atenienses construyeron nuevas naves añadiéndolas a las que ya tenían, de tal forma que llegaron a tener ciento setenta. Con todo, las naves macedonias, al mando de Clito⁸⁸,

eran doscientas cuarenta. [9] En la batalla naval contra Evetión⁸⁹, el almirante ateniense, Clito venció en dos encuentros por mar y destruyó un gran número de embarcaciones enemigas en las llamadas islas Equinadas⁹⁰.

[16] Mientras esto sucedía, Pérdicas, llevándose consigo al rey Filipo y el ejército regio, inició una campaña contra el rey Ariarartes de Capadocia. En efecto, Alejandro había pasado por alto que no obedeciera las órdenes de los macedonios, a causa de sus luchas con Darío y otras distracciones, así que Ariarartes gozó por largo tiempo de un respiro como rey de Capadocia. Así amasó una gran fortuna de los tributos y se hizo con ejércitos [2] nativos y extranjeros de importancia. Por ello, estaba dispuesto a luchar contra Pérdicas para defender su reino, poniéndose al mando de treinta mil soldados de infantería y de quince mil jinetes. Pérdicas luchó contra él y tras proclamarse vencedor en la batalla aniquiló a cuatro mil e hizo prisioneros a más de cinco mil, entre los que se encontraba el propio Ariarartes. A [3] este y a sus familiares los crucificó tras someterlos a tortura⁹¹. Pero a los vencidos los perdonó y tras reorganizar toda Capadocia confió la satrapía a Eumenes de Cardia, como desde el principio se había dispuesto⁹².

Al mismo tiempo, Crátero se presentó en Macedonia desde [4] Cilicia para ayudar a los hombres de Antípatro y compensar así las derrotas pasadas de los macedonios. Bajo su mando se encontraban seis mil soldados de infantería que habían acompañado a Alejandro en su paso por Asia, y cuatro mil más que habían sido alistados sobre la marcha; además de mil arqueros y honderos persas y mil quinientos jinetes. Tras entrar por Tesalia, [5] cedió con gusto el mando de sus tropas y montaron un campamento conjunto al lado del río Peneo⁹³. Todos se juntaron con los soldados que habían pertenecido anteriormente a Leonato, haciendo un total de más de cuarenta mil con armamento pesado, tres mil honderos y arqueros, y cinco mil soldados.

En ese momento los helenos acudieron a la lucha con un [17] contingente inferior ya que muchos de ellos, despreciando al enemigo por sus pasadas victorias, habían vuelto a sus

respectivas patrias para ocuparse de sus asuntos. Por esa razón, tras la [2] desertión de muchos soldados, solamente quedaban en el campamento veinticinco mil soldados de infantería. En ellos principalmente se depositaban las esperanzas de una victoria porque estos eran valientes varones y se encontraban en una planicie.

[3] Finalmente, aunque día tras día hacían avanzar las fuerzas de Antípatro y les provocaban para entrar en batalla, los griegos, primero, aguardaron a que llegaran refuerzos de las ciudades, mas, cuando las circunstancias apremiaron, se vieron obligados a plantar cara al peligro. El ejército se puso en formación, con su caballería enfrente de la infantería, ya que deseaban decidir [4] la batalla con ellos. En cuanto la caballería se enzarzó en la lucha, los caballeros tesalios fueron tomando ventaja por su valor, pero los de Antipatro adelantaron su propia falange y, tras dispersar a los soldados de la infantería enemiga, causaron una gran masacre. Los griegos, al no poder oponer resistencia al número y fuerza de los enemigos, se retiraron a toda prisa a un lugar escarpado, guardando bien su retaguardia. De esta forma, al hacerse con los salientes, se defendieron fácilmente de los [5] macedonios desde una posición ventajosa en las alturas. Pero entonces, los jinetes griegos se dieron cuenta de que la infantería estaba huyendo y, aunque iban ganando, rápidamente salieron a la carrera detrás de ellos. Tras combatir del modo que hemos descrito, el ejército se dispersó, inclinándose la victoria a favor de los macedonios. Murieron en la lucha más de quinientos soldados griegos, mientras que de los macedonios solo murieron ciento treinta⁹⁴.

[6] Al día siguiente, Menón y Antífilo, los generales griegos, discutieron en una reunión si debían esperar a los aliados de las otras ciudades para, luchando en igualdad de condiciones, librar una batalla final; o si, considerando la situación presente, debían enviar embajadores para firmar una tregua. Al final se decidió que se enviarían heraldos para solicitar el cese de las [7] hostilidades. Lo hicieron al cabo y Antípatro contestó que cada ciudad debía enviar sus representantes, ya que no estaba dispuesto, de ninguna manera, a llegar a un común acuerdo con todos. Los griegos no

aceptaron esa exigencia de ir pactando con cada ciudad en particular, por lo que Crátero y Antípatro asediaron las ciudades de Tesalia y las tomaron por la fuerza, sin que los griegos pudieran acudir en su ayuda. Tras esto, el resto de las ciudades, por temor, enviaron cada una embajadas particulares para negociar el fin del conflicto y con todas ellas Antípatro llegó fácilmente a un acuerdo concediéndoles la paz. Así se originó un trasiego de ciudades que se movilizaron independientemente [8] para reclamar su libertad y todas firmaron la paz rápidamente. Sin embargo, aquellos que continuaban siendo enemigos de los macedonios, como fue el caso de etolios y atenienses, aun sin sus aliados, decidieron con sus generales continuar la guerra por su cuenta.

Tras acabar con la alianza de todos los griegos de esta manera, [18] Antípatro cargó con todo su ejército contra los atenienses. El pueblo, que no podía recurrir a la ayuda de sus aliados, se encontraba en una situación sin salida. Todos se volvieron a Démades y le espetaron a gritos que tenía que acudir como embajador ante Antípatro para negociar la paz, pero este, aunque había sido llamado como consejero, no hizo caso. De hecho, en [2] tres ocasiones⁹⁵ había sido condenado por contravenir las leyes y por ello había sido despojado de su ciudadanía y se le había prohibido por decreto participar en las sesiones de la asamblea. Aun así, al serle restablecidos sus derechos como ciudadano por decisión del pueblo, fue enviado como embajador junto con Foción y algunos otros. Tras escuchar sus razones, Antípatro [3] dio como respuesta que no daría fin a la guerra contra los atenienses si no se sometían a sus deseos —de hecho, los que habían acorralado a Antípatro en Lamia le habían dado la misma respuesta, cuando él envió heraldos para negociar la paz— y así el pueblo, al no poder oponerle resistencia, se vio obligado a [4] ceder en sus peticiones y entregarle la ciudad. Sin embargo, en una muestra de buena voluntad, Antípatro permitió a los atenienses que retuvieran la ciudad, sus posesiones y todo lo demás, pero abolió su sistema político democrático, haciendo depender el gobierno del poder adquisitivo, otorgando a aquellos que tenían una renta de más de dos mil dracmas la autoridad y el derecho al voto, mientras que a todos los que tenían menos de

esta cantidad los retiró de la vida política, como si fueran miembros de la oposición y favorables a la guerra, ofreciendo propiedades en colonias tracias a aquellos que quisieran. [5] Estos, más de veintidós mil, fueron expulsados de su patria, pero los que tenían la requerida cantidad, unos nueve mil, fueron nombrados gobernantes de la ciudad y su territorio y la administraron según las leyes de Solón. A todos estos se les permitió mantener sus propiedades sin verlas menoscabadas. Sin embargo, se vieron obligados a acoger una guarnición al mando [6] de Menilo para evitar nuevas revueltas⁹⁶. La cuestión de Samos fue referida al resto de los reyes. Los atenienses, contra todo pronóstico, se vieron bien tratados, consiguieron la paz y, desde entonces, llevaron a cabo sus tareas políticas sin problemas y su región de nuevo prosperó y se desarrolló económicamente.

[7] Antípatro, al volver a Macedonia, colmó a Crátero de los oportunos honores y regalos y lo casó con una de sus hijas, la mayor de ellas, Fila⁹⁷, y lo ayudó en los preparativos de su viaje de vuelta a Asia. Se mostró exquisito en su trato con el resto de [8] las ciudades griegas, tras reformar sus constituciones y reordenarlas convenientemente, y estas votaron coronas en su honor. Pérdicas devolvió a los samios su ciudad y su territorio y llamó [9] de nuevo a la ciudad a los ciudadanos que habían permanecido en el exilio más de cuarenta y tres años⁹⁸.

Nosotros, una vez narrados los sucesos de la guerra Lamíaca, [19] vamos a continuar con la guerra en Cirene⁹⁹, para que no nos alejemos en exceso del orden cronológico en el transcurso de nuestra historia. Es necesario retroceder en el tiempo un poco para aclarar algunos hechos. Hárpalo huyó de Asia y navegó a [2] Creta en compañía de los mercenarios, como ya hemos mostrado en el libro anterior, y Tibrón¹⁰⁰, uno al que consideraba su amigo, mató a Hárpalo dolosamente y se apoderó del dinero y de los soldados, que eran unos setecientos. Tras tomar posesión [3] también de las naves y embarcar en ellas a los soldados, puso rumbo a la región de Cirene¹⁰¹. Él había tomado consigo a los exiliados de Cirene, ya que ellos tenían un buen conocimiento del terreno, pero los cireneos le plantaron cara y en la consecuente batalla Tibrón

salió vencedor, mató a muchos e [4] hizo prisioneros a no pocos. Después se hizo con el puerto y conquistó a los Cireneos tras someterlos a un asedio, obligándolos a firmar un acuerdo en virtud del cual ellos le darían quinientos talentos de plata y le enviarían para su próxima campaña la [5] mitad de su armada. Mandó embajadas por distintas ciudades, pidiéndoles que se unieran a la lucha, ya que él estaba a punto de invadir la cercana Libia. Requisó las posesiones de los mercaderes del puerto que había tomado y se las entregó a los soldados como botín, avivando sus deseos de entrar en guerra.

[20] Aunque los planes de Tibrón salían adelante, la suerte, siempre inconstante, le hizo caer de la manera siguiente. Uno de sus generales, un cierto cretense de nombre Mnesicles¹⁰², que tenía experiencia en la guerra, discutió con él por el reparto del botín; y como, por naturaleza, era temerario y bizarro, se pasó [2] al bando de los Cireneos. Tras emitir numerosas acusaciones contra Tibrón, por su crueldad y deslealtad, convenció a los Cireneos para que rompieran su trato y reclamaran su libertad. Cuando solo se habían dado sesenta talentos y no se había entregado el resto del dinero, Tibrón denunció a los rebeldes, convocó a los Cireneos que estaban en el puerto, que eran unos ochenta, y llevando presto un ejército contra la ciudad, asedió [3] Cirene. Al no poder conseguir nada, regresó al puerto¹⁰³. Como los de la ciudad de Barca y los de Hesperis¹⁰⁴ estaban aliados con Tibrón, los Cireneos habían dejado parte del ejército en Cirene, mientras que con la otra parte saqueaban las regiones vecinas. Estas llamaron en ayuda a Tibrón, que desplazó todos los [4] ejércitos contra la alianza¹⁰⁵. En ese momento, el cretense, dándose cuenta de que el puerto estaba indefenso, convenció a los que quedaban en Cirene para que lo atacaran. Le obedecieron y [5] al punto, liderando el ejército personalmente, atacó el puerto y se hizo dueño de él; y gracias a la ausencia de Tibrón, fácilmente tomó posesión de los barcos de carga que circundaban el puerto, pudo devolvérselos a los comerciantes, y sometió el puerto a una estrecha vigilancia.

Tibrón, al principio, se desanimó, ya que había perdido un [6] lugar estratégico y la impedimenta de sus soldados, pero

después cobró ánimos y se sintió esperanzado tras la captura de la ciudad conocida como Tauquira¹⁰⁶. Pero poco después le sucedieron de nuevo nuevas desventuras. Pues los que estaban en [7] las naves, al no haber puerto, faltos de comida se habían acostumbrado cada día a invadir la costa y proveerse allí de alimentos. Los africanos contraatacaron, mientras ellos estaban merodeando en su territorio, y mataron a muchos y capturaron a no pocos. Los que pudieron escapar del peligro se refugiaron en las naves y pusieron rumbo a las ciudades aliadas. Pero cuando una gran tormenta se levantó, la mayoría de las naves se hundieron en el mar y solo algunas de ellas llegaron a Chipre, y otras, a Egipto.

Tibrón, a pesar de tal desgracia, de todas formas continuó [21] con la guerra, y tras escoger a lo más granado de sus amigos, los envió al Peloponeso para que recogieran a los mercenarios que estaban esperando en el cabo Ténaro. Muchos de ellos estaban todavía sin empleo y vagaban buscando ofrecerse al mejor postor. Había entonces en el cabo Ténaro más de dos [2] mil quinientos mercenarios. Los que allí habían sido así enviados se hicieron con ellos y se embarcaron para Cirene. Mas, justo antes de su llegada, los cireneos, alentados por los triunfos pasados, se unieron a la guerra y vencieron a Tibrón [3] y mataron a muchos de los soldados. A causa de estas derrotas, Tibrón estaba ya a punto de abandonar Cirene, pero cobró ánimos de manera inesperada, pues, tan pronto como los soldados llegaron desde el cabo Ténaro y un gran contingente se unió a las tropas anteriores, nuevamente albergó esperanzas en su corazón.

[4] Los cireneos, al ver que se reanudaba la guerra, solicitaron ayuda a las poblaciones vecinas de Africa y a la vecina Cartago, consiguiendo reunir más de treinta mil soldados en total, incluyendo los soldados ciudadanos, y se prepararon para alzarse con una decisiva victoria. En la gran confrontación que se produjo, Tibrón resultó vencedor en la batalla y estaba gozoso al haber aniquilado a miles, como si fuera a capturar las vecinas [5] ciudades. Los cireneos, a pesar de que todos sus generales habían perecido en la lucha, eligieron al cretense Mnesicles como comandante de sus

tropas junto a otros. Tibrón, exultante en su victoria, asedió el puerto de los Cireneos y día a día asaltaba la ciudad de Cirene.

[6] Como la guerra se dilataba en el tiempo, los Cireneos, faltos de comida, empezaron a enfrentarse los unos con los otros. El partido demócrata se hizo con el poder y expulsó de la ciudad a los terratenientes. Los exiliados partieron de su patria buscando [7] refugio: unos junto a Tibrón y otros en Egipto. Estos últimos persuadieron a Ptolomeo para que les restituyera su poder y así llegaron con un considerable ejército de infantería y una armada al mando del general Ofelas¹⁰⁷. Los exiliados que estaban con Tibrón, al enterarse de la llegada de este ejército, intentaron unirse a ellos subrepticamente durante la noche pero, tras ser descubiertos, fueron ejecutados. Los generales del partido democrático [8] de Cirene, temerosos de la vuelta de los exiliados, llegaron a un acuerdo con Tibrón y formaron un frente común para luchar contra Ofelas. Pero Ofelas se impuso en la lucha, [9] hizo prisionero a Tibrón e incluso se apoderó de las ciudades y su región, que entregó al rey Ptolomeo. De esta forma los Cireneos y las ciudades circundantes perdieron su libertad y entraron a formar parte del reino de Ptolomeo¹⁰⁸.

Pérdicas y el rey Filipo, tras haber vencido al rey Ariarartes [22] y haber hecho entrega de su satrapía a Eumenes, partieron de Capadocia. A su paso por Pisidia decidieron castigar dos ciudades, Laranda¹⁰⁹ e Isauria¹¹⁰. Estas, ya incluso en vida de Alejandro, habían dado muerte a Balacro, el hijo de Nicanor, al que había designado general a la vez que sátrapa¹¹¹. Los soldados se [2] hicieron en un simple ataque con la ciudad de Laranda, mataron a los jóvenes en agraz, al resto los esclavizaron y destruyeron la ciudad. A la ciudad de Isauria, en cambio, al ser una ciudad grande y fortificada y más poblada de recios varones, aunque la sometieron a un asedio incesante durante dos días en los cuales [3] perdieron muchos de sus propios hombres, la respetaron. Los lugareños, al estar bien provistos de armas arrojadizas y de todo tipo de parafernalia para aguantar un asedio, pudieron resistir con extraordinario coraje ante tal terrible prueba, dispuestos a [4] entregar su vida por su libertad. Pero al tercer día, cuando muchos ya habían sido aniquilados, y las murallas estaban

desguarnecidas por la falta de hombres que las defendieran, la gente de la ciudad llevó a cabo un gesto heroico, digno de ser recordado. Viendo que el castigo, que se cernía sobre ellos, era inexorable y que no tenían un ejército que pudiera mantenerlos a salvo, resueltos a no entregar la ciudad y estar a merced de los enemigos (lo que sería una clara ofensa unido a su castigo), decidieron durante la noche precipitarse a una honrosa muerte, encerrando a sus mujeres, hijos y padres en las casas y prendiéndolas fuego, eligiendo así compartir su muerte y su tumba [5] en la hoguera. Las llamas se alzaron precipitadamente a las alturas, ya que los isaurios echaron mano de todas sus posesiones y todo lo que pudiera ser de utilidad a sus captores para avivar el fuego. Los hombres de Pérdicas se quedaron maravillados ante lo que sucedía, rodearon la ciudad con el ejército e intentaron [6] entrar en ella por todas partes, pero los habitantes de la ciudad se defendieron desde las murallas y repelieron a los macedonios e incluso Pérdicas, atónito, se preguntaba por qué los que tan alegremente habían arrojado al fuego sus casas y todo lo demás, guardaban con tanta determinación las murallas. Al [7] final, cuando ya Pérdicas y los macedonios se disponían a abandonar la ciudad, los isaurios se arrojaron a las llamas y encontraron su tumba en sus casas junto a sus familiares. Pérdicas, al [8] pasar la noche, entregó la ciudad a los soldados para que la saquearan. Estos, tras extinguir el fuego se encontraron con mucha plata y oro, como si la ciudad hubiera sido próspera durante mucho tiempo¹¹².

Tras el fin de esta ciudad, llegaron dos mujeres para casarse [23] con Pérdicas. Una era Nicea¹¹³, la hija de Antípatro, que el propio Pérdicas había cortejado como pretendiente. La otra era Cleopatra, hija de Filipo, el hijo de Amintas, y hermana del propio Alejandro¹¹⁴. Pérdicas había tomado primero la decisión de [2] aliarse con Antípatro y, por ello, se había ofrecido como pretendiente para su hija ya que, dadas las circunstancias, su situación no era segura. Sin embargo, en cuanto se hizo con los ejércitos del rey y se proclamó tutor de los reyes, cambió de parecer. [3] Para asegurarse el trono ansiaba casarse con Cleopatra, creyendo que así convencería a los macedonios para que le entregaran todas sus posesiones.

Sin embargo, como todavía no quería revelar sus designios, por el momento se casó con Nicea, para que Antípatro no sintiera hostilidad hacia él por las decisiones que había tomado. Pero después, Antígono se enteró de sus intenciones y como le tenía amistad a Antípatro y, principalmente, porque era el más activo de los generales, decidió deshacerse de [4] Pérdicas. De esta forma lanzó falsas, injuriosas e injustas acusaciones, con la visible pretensión de acabar con él. De hecho, Antígono, que destacaba por su sagacidad y su temeridad, manifestó abiertamente que quería que Pérdicas se defendiera de los cargos que se le atribuían, pero en secreto se preparó para salir huyendo, y con sus hombres de confianza y su hijo Demetrio, a escondidas y en plena noche, se embarcó en unas naves atenienses. En ellas fue a Europa para unir sus fuerzas a las de Antípatro.

[24] En ese momento Antípatro y Crátero invadieron Etolia con una tropa de treinta mil soldados de infantería y veinticinco mil jinetes, pues los etolios eran los que habían quedado sin domeñar del contingente que había luchado en la guerra Lamíaca. [2] Sin embargo, a pesar de las importantes huestes que se habían movilizado contra ellos, no se amilanaron, sino que convocaron a los jóvenes en la flor de la edad y desplazaron a las montañas y a los lugares escarpados a hijos, a mujeres, a sus mayores y todas sus pertenencias de valor. Las ciudades fueron abandonadas a su suerte, pero las que eran especialmente importantes las reforzaron con considerables guarniciones y esperaron la llegada de los enemigos.

[25] Los hombres de Antípatro y Crátero entraron en Etolia y al ver que las ciudades eran fáciles de capturar, porque estaban desiertas, comenzaron el ataque contra los hombres que se habían resguardado entre las peñas abruptas. Al principio, los macedonios perdieron muchos de sus soldados, al adentrarse por esos accidentados parajes y fortificaciones, ya que precisamente el arrojado de los etolios, unido a la aspereza del terreno, fácilmente repelía a los que se aventuraban sin refuerzos. Pero después, los etolios se vieron en un delicado trance, porque Crátero había construido cuarteles de invierno y forzó a los enemigos a pasar el invierno

y permanecer faltos de alimento en regiones cubiertas por la nieve. De hecho, la opción era o bajar de las [2] montañas y luchar contra ejércitos muy numerosos y renombrados generales o permanecer a la intemperie y ser consumidos por el hambre y el frío¹¹⁵. Y cuando ya estaban a punto de rendirse, de repente, un alivio a sus males se presentó espontáneamente, como si algún dios se hubiera apiadado de su coraje. En [3] efecto, Antígono, que tras huir de Asia se había unido a las tropas de Antípatro, le hizo saber todo el complot de Pérdicas y cómo mediante su matrimonio con Cleopatra estaba a punto de marchar con un ejército a Macedonia como si fuera ya rey para arrebatarse el poder supremo. Crátero y Antípatro quedaron [4] sorprendidos ante tales extrañas nuevas y se reunieron con todos los jefes. Tras una deliberación se tomó la decisión de manera unánime de firmar la paz con los etolios en los términos en los que se pudiera, llevar las tropas lo antes posible a Asia, para asentar allí en el poder a Crátero y en Europa a Antípatro, y enviar una embajada a Ptolomeo para firmar una alianza, ya que él era hostil a Pérdicas, pero era amigo de ellos, para actuar de manera conjunta ya que el complot le perjudicaba. Al punto [5] firmaron la paz con los etolios, pensando que los conquistarían más adelante y que los deportarían a todos hacia el más lejano desierto de Asia, y estos mismos dejaron por escrito sus planes y se prepararon para la campaña.

Por su parte, Pérdicas se reunió con consejeros y generales [6] para discutir si era necesario atacar Macedonia primero o movilizar las tropas contra Ptolomeo. Como todos eran del parecer que había que atacar primero a Ptolomeo, para que no tuvieran ningún frente abierto en su ataque a Macedonia, Pérdicas envió a Eumenes con un destacamento considerable con la orden de que vigilara el estrecho del Helesponto y cortara el paso y él mismo, al mando de un ejército, pasara a Egipto desde Pisidia.

Estos fueron los hechos que sucedieron ese año.

[26] Durante el arcontado en Atenas de Filocles fueron cónsules en Roma Gayo Sulpicio y Gayo Elio¹¹⁶. En ese año, Arrideo, que estaba al cargo de organizar la escolta del cuerpo de Alejandro, una vez que se terminó el carruaje en el que

sería transportado, [2] se puso en camino. El carro fúnebre ya estaba a punto y este era una obra de arte que hacía honor a la gloria de Alejandro, no solo por el dinero que se había gastado en comparación a otros, ya que la cantidad ascendía a muchos talentos, sino por la notoria maestría técnica con la que había sido construido; por lo que creemos que estará bien que la describamos.

[3] Primero prepararon un sarcófago para el cuerpo todo bañado en oro, forjado por el martillo, y esparcieron por él todo tipo de especias para que el cuerpo permaneciera incorruptible y a la [4] vez tuviera un olor suave y dulce. Sobre el sarcófago colocaron una tapa de oro que se ajustaba perfectamente y cubría la parte superior en su totalidad. Por encima pusieron una tela de púrpura con bordados de oro, junto a la que pusieron la armadura del fallecido, ya que querían que se relacionara al muerto con el [5] recuerdo de sus gestas guerreras. Después, colocaron la caja en el carruaje en el que se había construido un baldaquín dorado, con un techo en la parte de arriba macizo y cuajado de piedras preciosas de ocho codos de alto y doce de ancho. El artesonado por debajo estaba totalmente cubierto por un relieve dorado rectangular, de donde sobresalían las formas de las cabezas de unos machos cabríos en altorrelieve. De ellas colgaban dos anillos dorados de dos palmos de ancho, de las que estaban suspendidas guirnaldas de todo tipo de colores bellamente dispuestas. En la parte superior había un ribete de cuerda de la que [6] colgaban grandes campanas para que desde una gran distancia pudiera oírse que se acercaba. En las cuatro esquinas de la cámara se erigía una imagen de la Victoria que portaba un trofeo. El peristilo dorado que soportaba la cámara mortuoria tenía una columnata de orden jónico. Dentro del peristilo había un cesto dorado, trenzado con cuerdas del grosor de un dedo, y cuatro pinturas sobre tabla en paralelo de la misma proporción que los muros de la columnata.

En la primera de estas tablas se encontraba un carro de [27] combate adornado en relieve, en el que se mostraba sentado a Alejandro portando en sus manos un cetro espléndido. Cerca de la figura del rey había un grupo de sirvientes, unos armados al estilo macedonio, otros al estilo persa, pertenecientes a la

guardia personal del rey, y delante de ellos, soldados armados. La segunda de estas pinturas representaba los elefantes, prestos para la lucha, que seguían a los sirvientes. Estos elefantes portaban delante sus mahouts de la India, y detrás de ellos iban macedonios armados con el acostumbrado equipamiento. La tercera de las pinturas representaba tropas de caballería en formación de batalla, y la cuarta, naves preparadas para entrar en acción en una naumaquia. A la entrada de la cámara mortuoria había unos leones de oro que atemorizaban con su mirada a los que se atrevían a entrar. En medio de cada una de las columnas [2] había un dorado acanto, que brotaba desde el centro de la columna hasta poco menos que el capitel. Encima de la cámara, hacia la mitad del techo visto desde fuera, se extendía un tapiz de púrpura al aire libre, en el que se encontraba una gran corona de olivo hecha en oro por la que se reflejaba el sol con sus rayos y era tal el brillo que arrojaba, tan vibrante su resplandor, que desde lejos era posible verlo como un impresionante destello de luz.

[3] En el cuerpo de la cámara mortuoria se encontraban dos ejes en los que había cuatro ruedas persas, cuyos radios y llantas estaban bañados en oro, pero estaban protegidas con hierro. Las partes finales e interiores de los ejes eran de oro, y [4] tenían la forma de leones que portaban en sus dientes una espada. Hacia la mitad de su longitud habían fijado con arte una viga, de tal forma que podía permanecer la cámara mortuoria quieta a pesar de los movimientos en los terrenos no nivelados. [5] Había cuatro maderos en cada uno de los lados, a cada uno de los cuales estaban fijados cuatro juegos de yugos; y a cada uno atadas cuatro mulas, haciendo un total de sesenta y cuatro mulas, con la mejor selección que podía hacerse por su fuerza y corpulencia. Cada una de ellas estaba tocada con una corona dorada y en cada una de sus mejillas tenían una campanilla colgada de oro y en el cuello tenían collares con piedras preciosas.

[28] El carruaje tenía, pues, este aspecto y la descripción de su aspecto deslucía la visión del mismo; y afluían muchos curiosos que llegaban atraídos por la insigne reputación de este sarcófago. Los que acudían desde las ciudades, por las que una y otra vez pasaba el cortejo, iban y acudían continuamente, sin

[2] sentir saciados sus sentidos con su sola visión. Además, y en consonancia con ese esplendor, el carruaje fúnebre iba acompañado por una turba de peones de caminos y operarios, e incluso de soldados que lo escoltaban.

Arrideo, que había pasado casi dos años para llevar esta [3] obra a cabo, guio el cuerpo desde Babilonia hasta Egipto. Ptolomeo, en honor de Alejandro, fue al encuentro del cuerpo con un gran ejército hasta Siria y le tributó los mayores honores. En ese momento decidió que no lo llevaría hasta el santuario de Amón, sino que lo custodiaría en la propia ciudad que Alejandro había fundado, que en poco tiempo se convertiría en la más afamada de las capitales de la ecumene¹¹⁷. Construyó un recinto [4] sagrado de una grandeza y apariencia dignas de la gloria de Alejandro, en el que quedó custodiado y honrado con sacrificios propios de un héroe y con juegos esplendorosos que ganaron la aprobación no ya solo de los hombres, sino de los propios dioses. Los hombres, llamados por la nobleza y grandeza [5] de espíritu de Ptolomeo, acudieron de todas partes a Alejandría, y voluntariamente se enrolaron en la campaña, aunque era precisamente el ejército del rey el que se iba a enfrentar contra Ptolomeo. Y aunque eran considerables y evidentes los peligros, todos estaban dispuestos de buen grado a correr tales riesgos con tal de defender la integridad de Ptolomeo. De hecho, los [6] dioses, por su rectitud y la honestidad con que trataba a todos sus amigos, ya le habían salvado, inesperadamente, de grandes peligros¹¹⁸.

En efecto, Pérdicas, suspicaz por el auge de poder de Ptolomeo, [29] decidió, en común con los reyes, invadir Egipto con la mayor parte del ejército en una campaña contra Ptolomeo; y envió a Eumenes al Helesponto para que impidiera que las tropas de Antípatro y Crátero pasaran a Asia¹¹⁹, cediéndole un nutrido ejército. Envío también con él a lo más escogidos generales [2] de renombre, entre los que se encontraba Alcetas¹²⁰, su hermano, y Neoptólemo¹²¹, y les ordenó a todos ellos que cumplieran puntualmente las órdenes que Eumenes les diera y que se mantuvieran [3] firmemente leales. Eumenes pasó al Helesponto en compañía de las tropas que se le habían asignado y, tras enjaezar un contingente de

caballos de su propia satrapía, formó un buen ejército, que en este aspecto se encontraba vulnerable.

[4] Cuando las huestes de Crátero y Antípatro pasaron desde Europa, Neoptólemo, por envidia a Eumenes y como tenía en su poder un considerable ejército macedonio, entró en contacto con Antípatro de manera subrepticia para atentar contra Eumenes. Pero al ser descubierto, viéndose obligado a luchar, estuvo [5] a punto de perder la vida y perdió casi todo su ejército. Eumenes, tras una victoria en la que mató a muchos, se hizo cargo del resto del ejército enemigo y su poder se encumbró en no poco gracias a esa victoria, pero también porque se hizo con un buen [6] número de recios macedonios. Neoptólemo, que salió indemne junto a trescientos de sus jinetes del campo de batalla, cabalgó con ellos al encuentro de Antípatro. Estos celebraron una reunión en la que acordaron dividir en dos el ejército: una parte la tomaría Antípatro y con ella iría hasta Cilicia para luchar contra Pérdicas, mientras que la otra parte sería para Crátero y con ella iría contra Eumenes y, una vez derrotado este último, iría en busca de Antípatro para que, una vez aunados ambos ejércitos y Ptolomeo se hubiera agregado a esa alianza, fueran capaces de formar un ejército que superara a las fuerzas reales

Eumenes, en cuanto se enteró de que el enemigo estaba [30] avanzando contra él, reunió todas las tropas disponibles por todas partes, especialmente la caballería, y ya que, de hecho, con sus tropas de infantería no podía igualar a la falange macedónica, decidió preparar un ejército de caballería con los que esperaba aniquilar al contrario. En cuanto ambos ejércitos se encontraron. [2] Crátero convocó a la multitud y la arengó en la batalla con las correspondientes palabras y le prometió que daría a los soldados, si vencían en la lucha, todo el equipamiento que pudieran capturar. Con el ánimo exaltado reunió todo el ejército, [3] reservándose el ala derecha, que quedó bajo su mando, mientras que delegó el mando de la izquierda a Neoptólemo. Tenía en [4] total veinte mil soldados de infantería de los que, en su mayor parte, había macedonios de destacado coraje, en los que él depositaba sus esperanzas de una victoria, y más de dos mil jinetes como tropas auxiliares de caballería. Eumenes, por su parte, [5] tenía veinte mil

soldados de infantería, de todo pelaje, y cinco mil jinetes con los que confiaba decidir ese lance.

Una vez que ambos hubieron dispuesto en sus alas la caballería y hubieron cabalgado hasta muy avanzada la línea de la falange, el primero en cargar contra los enemigos luchando denodadamente fue Crátero en compañía de sus tropas selectas, pero su caballo vaciló y él cayó a tierra, y allí, sin ser reconocido en el confuso trasiego de los caballos, acabó su vida de la manera más deshonrosa. A la muerte de este, los enemigos estaban [6] tan animados que acudieron en masa por todas partes, con lo que hubo una gran masacre. El ala derecha, reducida de esta manera, se vio obligada a resguardarse tras la falange de los soldados de infantería, al sufrir una aplastante derrota.

En el ala izquierda, en cambio, Neoptólemo hacía frente al [31] propio Eumenes en una gran exhibición de fuerza y ardor guerrero en la que estos dos generales porfiaban al ataque. De hecho, [2] al reconocerse por sus caballos y estandartes, se enzarzaron el uno contra el otro e hicieron que la victoria dependiera de una lucha singular. Tras una inicial escaramuza con sus puñales, se enzarzaron en un insólito y absolutamente extraordinario duelo. Dejándose llevar por su furia y por el mutuo odio que ambos se tenían, soltaron las riendas que colgaban de sus respectivas manos izquierdas para sujetar al otro con ellas. Lo que ocurrió seguidamente fue que los caballos, ante el movimiento, [3] salieron corriendo y los hombres cayeron al suelo. Aunque les resultaba especialmente difícil a ambos levantarse por lo repentino y lo violento de la caída, ya que sus cuerpos se encontraban impedidos por sus pesadas armas, Eumenes fue el primero que [4] consiguió alzarse y golpeó a Neoptólemo en su corva. Al ser importante el golpe, el herido quedó incapacitado para moverse porque la herida le impedía levantarse. Pero igualmente su valentía superó la debilidad de su cuerpo y, manteniéndose en sus rodillas, pudo herir a su oponente con tres golpes en piernas y [5] brazos. Ninguna de estas heridas era, con todo, de consideración y con los golpes aún frescos, Eumenes propinó a Neoptólemo un segundo golpe mortal directamente en el cuello.

[32] Al mismo tiempo que esto sucedía, por el otro lado, el grueso del ejército de caballería se unió a la batalla causando una matanza considerable. Al principio, por ello, entre muertos y heridos, el resultado del combate parecía incierto para ambos bandos, pero en cuanto se supo de la muerte de Neoptólemo y de la huida del ala del otro lado, todos salieron en desbandada, y se resguardaron tras la falange, como si fuera una muralla [2] infranqueable. Eumenes, al que le bastaba ya con esta ventaja, tras apoderarse de los cuerpos de ambos generales, llamó con la trompeta a sus soldados. Tras elevar un trofeo y enterrar a los muertos mandó traer la falange del bando derrotado, invitándolos a que se unieran a él y dándoles a cada uno permiso para que [3] se fueran, si así lo querían. Tras firmar la paz con los macedonios que le juraron fidelidad, dio permiso para que se aprovisionaran en algunas de las vecinas localidades. Pero ellos mintieron a Eumenes, pues tras hacer acopio de provisiones, durante los preparativos de la noche se alejaron y se pasaron a escondidas al bando de Antípatro. Eumenes se dispuso a castigar esta [4] afrenta, perpetrada por aquellos que habían quebrantado sus juramentos, y salió en busca de la falange; aunque no pudo hacer nada por la rapidez con la que habían huido y por la gravedad de sus heridas, por lo que abandonó la persecución. Sin embargo, Eumenes obtuvo mucha popularidad tras esta resonante victoria en la batalla y con la muerte de dos poderosos generales.

Tras recibir a los que habían salido sanos y salvos de la huida, [33] Antípatro fue a Cilicia a toda prisa para acudir en ayuda de Ptolomeo. Pérdicas, al enterarse de la victoria de Eumenes¹²², se mostró más determinado en su campaña en Egipto. Cuando estaba ya cerca del Nilo, plantó su campamento no muy lejos de Pelusio¹²³. Mientras estaba limpiando un antiguo canal, de repente [2] el río empezó a desbordarse de manera violenta y se arruinó todo su trabajo. Entonces muchos de sus amigos le abandonaron y se pasaron al bando de Ptolomeo; pues, en efecto, él era [3] un hombre sanguinario, ansioso por usurpar el poder de los demás generales y por entero deseoso de gobernar con violencia sobre todos; en cambio Ptolomeo era todo lo contrario, un hombre generoso, ecuánime, y que concedía libertad de

palabra a todos sus generales; y no solo eso, ya que también había equipado bien todas las regiones más importantes de Egipto con considerables guarniciones y con todo tipo de armas y el resto [4] de cosas. Ello explica por qué con frecuencia en sus ataques llevaba las de ganar, ya que tenía a muchos de su lado que gustosamente [5] daban la vida por él. Sin embargo, Pérdicas, en un esfuerzo por paliar sus defectos, cortejó a los generales, deshaciéndose con unos en regalos y con otros en grandes promesas y a todos hablándoles con bienintencionados discursos, con lo que consiguió hacerse con todos para que afrontaran en su favor este lance. Tras avisarlos para que estuvieran preparados para salir en campaña, se puso en marcha por la tarde con el ejército, sin dejar claro a nadie el lugar hacia el cual él tenía intención de [6] ir. Toda la noche estuvieron en camino y con rapidez plantó su campamento al lado del Nilo cerca de un cuartel que se llamaba «Fortín de los Camellos¹²⁴». Al despuntar el día lanzó su ejército con los elefantes en la vanguardia, seguidos de los hipaspistas¹²⁵ y de los que portaban escaleras y de los demás con los que esperaba asaltar la muralla. Tras todos ellos se encontraban los más feroces jinetes que él planeaba mandar contra los de Ptolomeo, si se daba la ocasión de que se presentaran.

[34] A medio camino, Ptolomeo y sus hombres hicieron acto de presencia, acudiendo a defender la guarnición. Como se habían adelantado y habían entrado en la región, dando señal de su llegada con toques de trompeta y gritos, las tropas de Pérdicas no se amilanaron, sino que continuaron de manera valerosa hacia [2] las empalizadas. Enseguida los hipaspistas construyeron las escalas para escalar por ellas y los que montaban los elefantes destrozaron las empalizadas y parapetos. Pero Ptolomeo, que tenía en su haber a los mejores soldados, resuelto a animar a los otros generales y amigos a que se mantuvieran firmes ante la adversidad, empuñó él mismo su larga lanza y, colocándose en el lugar más elevado de la muralla, cegó al elefante que lideraba la manada enemiga, ya que él ocupaba una posición superior, hirió al indio que lo conducía y de manera temeraria cargó contra los que iban subiendo por las escaleras a golpes y los precipitó al río con sus armaduras. Siguiendo su ejemplo, los compañeros

[3] de Ptolomeo se unieron a la lucha e hicieron que el siguiente animal quedara postrado al herir al indio que lo dirigía. Como el asalto a la muralla se prolongaba por mucho tiempo, los [4] hombres de Pérdicas que iban lanzando ataques a intervalos pusieron todo su afán en conseguir violentamente la plaza fuerte, pero Ptolomeo, que iba venciendo, animaba a sus compañeros a demostrar su lealtad a la vez que su coraje, ofrecieron una resistencia heroica. Fueron muchos los que perdieron la vida en ambos [5] bandos (tal era la saña de ambos generales, aunque los hombres de Ptolomeo tenían ventaja por la geografía del terreno, y los de Pérdicas eran superiores en número); y después de que ambos ejércitos finalmente hubieran luchado durante el día entero, Pérdicas disolvió el asedio y se volvió a su campamento.

Por la noche salió a hurtadillas, hizo una inspección secreta [6] y pasó a la zona opuesta a Menfis, el lugar donde el Nilo desemboca, forma el delta y crea una isla que puede servir de campamento seguro para un gran ejército. Entonces él empezó a pasar [7] su ejército a esa zona, pero con cierta dificultad, ya que los soldados no podían franquear el río a causa de su profundidad. De hecho, la corriente llegaba hasta la barbilla y arrastraba a los que intentan cruzar, sobre todo a los hombres que iban cargados con sus armas.

Pérdicas, que se daba cuenta de la dificultad que causaba el [35] curso del río, colocó a los elefantes a la izquierda para que suavizaran la fuerza de la corriente, y parte de los caballos los puso a la derecha para que ellos recibieran a los hombres que fueran arrastrados por la corriente y los llevaran sanos y salvos al otro [2] lado. Pero algo inesperado y sorprendente ocurrió mientras cruzaba el ejército, ya que, si bien los primeros pasaron sin problemas, [3] los que iban detrás de ellos sufrieron grandes peligros. El río, sin ninguna causa aparente, se hizo mucho más profundo que antes y así se hundían todos los cuerpos sin poderlo remediar de ningún modo. Aunque incluso buscaron una causa lógica para esa crecida, no encontraron ninguna que tuviera visos de ser verdad: algunos dijeron que río arriba un canal que estaba cerrado se había vuelto a abrir de nuevo y que, mezclando sus aguas con las del río, su lecho se había vuelto más profundo;

otros dijeron que la lluvia, río arriba, había aumentado el [4] nivel de las aguas del Nilo. Nada de esto era cierto, ya que lo que ocurrió fue que al principio había sido más fácil cruzar, ya que la arena no se había removido al paso del ejército, pero tras la marcha de los caballos, los elefantes y todos los soldados, la arena, aplastada y removida por los pies, fue arrastrada por la corriente, siendo así que se ahuecó el lecho y se hizo más profundo el paso por el medio del río.

[5] Dado que por esta causa era imposible que el ejército pudiera cruzar, Pérdicas se vio en un grave aprieto, ya que no solo los que habían cruzado no eran suficientes para entablar combate con el enemigo, sino que los que estaban al otro lado no podían acudir en ayuda a los otros, por lo que ordenó que todos retrocedieran. [6] Así pues, todos se vieron obligados a volver a cruzar la corriente. Los que sabían nadar bien y tenían un robusto cuerpo cruzaron el Nilo sin grandes problemas, ya que arrojaron todas sus armas; otros, ya fuera por su torpeza o por la fuerza de la corriente, se ahogaron; otros cayeron del lado enemigo, y muchos otros, la mayoría, tras ser arrastrados durante largo tiempo, fueron devorados por las bestias del río¹²⁶.

Murieron más de dos mil, entre los que se encontraban algunos [36] de los más distinguidos generales, con lo que la mayoría se puso en contra de Pérdicas. Ptolomeo, tras incinerar los cuerpos de los caídos en combate en su área y tras honrarlos con un digno funeral, envió los huesos a los familiares y amigos de los caídos.

Después de esto, los macedonios que estaban con Pérdicas [2] se encolerizaron aún mucho más con él y mostraron su favor a Ptolomeo. Al llegar la noche, el campamento estaba lleno de [3] llanto y dolor, ya que eran muchos los hombres que sin razón habían perecido, sin ni siquiera recibir una herida de guerra, y de estos, no habían sido menos de mil los que habían sido pasto de los animales. Por ello, muchos de los generales se alzaron y [4] acusaron a Pérdicas, y también toda la falange de infantería, totalmente en su contra, mostró su hostilidad de manera clara con insultos y amenazas. Así, primero iniciaron la revuelta [5] unos cien generales; el más ilustre de ellos era Pitón, el general que había sofocado la

revuelta de los griegos y que no desmerecía en coraje y fama a ninguno de los leales camaradas del propio Alejandro Magno. Después, algunos jinetes, de mutuo acuerdo, se lanzaron contra la tienda de Pérdicas y precipitándose en grupo contra él, lo apuñalaron.

Al día siguiente se celebró una asamblea y Ptolomeo, haciendo [6] acto de presencia, saludó a los macedonios y habló en su propia defensa, y como los víveres escaseaban, Ptolomeo proporcionó abundante pan a los ejércitos de sus propias reservas y colmó el campamento de todo lo necesario. A pesar de encontrarse con un gran recibimiento, y de tener la posibilidad de asumir la tutela de los reyes por el favor de la masa del que gozaba, no la aceptó, sino que, tras dar las gracias a Pitón y a Arrideo, se sirvió de su influencia para que se les otorgara [7] a ellos el supremo mando de todas las tropas. Todos los macedonios, en cuanto en la asamblea surgió el asunto de la hegemonía, por iniciativa de Ptolomeo, estuvieron de acuerdo en elegir de buen grado como tutores de los reyes y regentes a Pitón y a Arrideo, ya que ellos habían sido los encargados de llevar el cuerpo del rey. Pérdicas, tras haber reinado tres años, perdió el poder y la vida de la manera que se ha contado.

[37] Después de su muerte, al punto llegaron los mensajeros anunciando que Eumenes había resultado vencedor en la batalla de Capadocia y que Crátero y Neoptólemo, derrotados, habían perdido la vida. Si esto se hubiera sabido dos días antes de la muerte de Pérdicas, nadie se habría atrevido a alzar las manos [2] contra Pérdicas por la magnitud de esta victoria. Pero entonces los macedonios, al enterarse de la victoria de Eumenes, lo condenaron a muerte a él y a otros cincuenta hombres ilustres, entre los que se encontraba Alcetas, el hermano de Pérdicas. Mataron a los más fieles compañeros de Pérdicas y a su hermana Atalanta¹²⁷, que se había casado con Átalo, el hombre al que se le había confiado el gobierno de la armada.

[3] Después de la muerte de Pérdicas, Átalo, que tenía bajo su mando la escuadra y estaba a la espera en Pelusio, en cuanto se enteró de la muerte de su mujer y de Pérdicas, tomó las naves y [4] zarpó en dirección a Tiro. El gobernante de este

lugar era Arquelao¹²⁸, un macedonio que acogió a Átalo de buen grado y que le hizo entrega de la ciudad y del dinero que le había confiado Pérdicas para que lo guardara. Átalo permaneció en Tiro y allí recibió a los que se habían salvado de entre los compañeros de Pérdicas procedentes del campamento de Menfis.

Los etolios, tras la salida de Antípatro a Asia, siguiendo los [38] acuerdos a los que habían llegado con Pérdicas, fueron a Tesalia con la intención de desviar a Antípatro de su camino. Tenían doce mil soldados de infantería y cuatrocientos jinetes, al mando de los que estaba el etolio Alejandro. A su paso, asediaron la [2] ciudad locria de Anfisa, arrasaron con la región y capturaron alguna de las áreas circundantes. Vencieron en batalla al general de Antípatro, Policies¹²⁹, y mataron a este y a no pocos de sus soldados. De los que capturaron, a algunos los vendieron y a otros los liberaron a cambio de un rescate. Después de esto, pasaron [3] a Tesalia y allí convencieron a buena parte de los tesalios para que los ayudaran a hacer la guerra contra Antípatro. Rápidamente lograron reunir a veinticinco mil soldados de infantería en total y a mil quinientos jinetes. Mientras intentaban ganarse a [4] las ciudades, los de Acarnania, que estaban enemistados con las poblaciones etolias, invadieron su región, y saquearon sus ciudades. Los etolios, al enterarse de que su propia patria estaba en [5] peligro, enviaron a Tesalia al resto de sus tropas al mando de Menón de Farsalia y ellos mismos, tomando a los soldados alistados entre los ciudadanos, acudieron a toda prisa a Tesalia con un considerable ejército y, tras pillar a los acarnanios por sorpresa, liberaron a su patria del peligro. Mas mientras ellos estaban [6] ocupados en estos menesteres, Poliperconte¹³⁰, el general que había sido designado para Macedonia, acudió a Tesalia con un gran ejército y venció a su enemigo en combate, aniquiló a Menón y acabó con el resto de los enemigos, conquistando Tesalia.

[39] Mientras, en Asia, Arrideo y Pitón, los tutores de los reyes, partiendo del Nilo en compañía de los reyes y de un ejército, [2] fueron a Triparadiso, en la Siria Superior¹³¹. Allí, como la reina Eurídice¹³² manipulaba mucho y desobedecía las órdenes de sus guardianes, Pitón y su colega se sentían

impotentes ante ella; y viendo que los macedonios iban atendiendo con más frecuencia sus peticiones, se reunieron con la asamblea, renunciaron a su cargo de guardianes y los macedonios eligieron como guardián [3] con poderes absolutos a Antípatro. Este hombre llegó a Triparadiso poco tiempo después y se encontró con Eurídice sembrando la discordia y poniendo a los macedonios en contra de [4] él. Ante tamaño conflicto en el ejército, Antípatro se dirigió a las masas para sofocar la revuelta y, mediante amenazas, persuadió a Eurídice para que se estuviera tranquila.

Después hizo una nueva repartición de las satrapías desde [5] el principio: a Ptolomeo le concedió la que ya antes tenía en su poder, ya que era imposible desplazarlo porque parecía que administraba Egipto por sus hazañas, como si fuera un territorio ganado en la batalla. A Laomedonte de Mitilene le [6] concedió Siria; a Filoxeno¹³³, Cilicia; a Anfímaco, las satrapías superiores de Mesopotamia y la región de Arbela¹³⁴; Babilonia a Seleuco, la Susiana a Antígenes¹³⁵, ya que había sido el que había destacado en el ataque de Pérdicas; Persia a Peucestas, la Carmania a Tlepólemo¹³⁶, Media a Pitón, Partia a Filipo¹³⁷, Ariana y Drangiana a Estasandro de Chipre, la Bactriana y la Sogdiana a Estasánor de Solos, que era de la misma isla¹³⁸; la región de Paropamisía¹³⁹ se añadió al reino de Oxiartes, que era el padre de Roxana, la esposa de Alejandro; y las regiones de la India que lindaban con Paropamisía¹⁴⁰ fueron dadas a Pitón, el hijo de Agénor. En el caso de las regiones que se encontraban en el valle del Indo estas quedaron en manos de Poros¹⁴¹, y la región de Hidaspes pasó a Taxiles ya que no era posible derrocar a estos reyes sin la ayuda de un ejército real y un destacado general. En cuanto a las satrapías del norte, Capadocia fue dada a Nicanor¹⁴²; la Gran Frigia y Licia, a Antígono; de la misma forma que antes, Caria, a Asandro; Lidia, a Clito; Frigia Helespónica, a [7] Arrideo. Antígono fue designado comandante en jefe de las tropas reales, con las que esperaba poder combatir a Eumenes y a Alcetas. Sin embargo, él, junto a Antígono, puso a su hijo Casandro como quiliarca¹⁴³, para que no pudiera cumplir sus ambiciones sin que quedaran al descubierto. Él mismo,

tomando a su cargo a los reyes y a los soldados, marchó para Macedonia para poder instaurar a los reyes en su patria.

Antigono, tras su designación como comandante en jefe en [40] Asia con el propósito de acabar la guerra contra Eumenes, sacó a las tropas de sus cuarteles de invierno¹⁴⁴. Tras haber hecho los preparativos para la batalla se dirigió contra Eumenes, que estaba en Capadocia¹⁴⁵. Eumenes, que vio que uno de sus más destacados [2] generales, de nombre Pérdicas¹⁴⁶, había desertado y estaba asentado en su campamento a tres días de camino con tres mil soldados de infantería y quinientos jinetes que se le habían unido a él, envió contra él a Fénix¹⁴⁷ de Ténedos, al mando de cuatro mil selectos soldados de infantería y de mil jinetes. Este, tras una dura marcha nocturna, cayó sobre los traidores de [3] manera imprevista en la segunda guardia de la noche. Tras sorprenderlos a todos mientras estaban durmiendo, capturó a Pérdicas y se hizo con el mando de la tropa. Eumenes ejecutó a los [4] generales que habían sido más responsables del levantamiento. Sin embargo, admitió a los soldados entre sus propias filas y se aseguró su lealtad con su trato amigable.

Después de esto, Antígono envió mensajes a un tal Apolonides¹⁴⁸, [5] que era el comandante de la caballería con Eumenes, y con buenas ofertas le convenció para que secretamente le traicionara y desertara durante la batalla. Así, mientras Eumenes se encontraba [6] en su campamento en Capadocia en una llanura muy adecuada para la lucha a caballo, Antígono tomó las estribaciones [7] de la montaña que dominaban esa llanura. Antígono disponía en esa ocasión de no menos de diez mil soldados de caballería —de los cuales la mitad eran macedonios de extraordinario arrojo—, dos mil jinetes y treinta elefantes, mientras que Eumenes estaba al mando de no menos de veinte mil soldados de infantería [8] y sus jinetes eran cinco mil. Cuando la batalla estaba en pleno auge, de manera imprevista Apolonides desertó de su ala junto a sus caballeros, con lo que Antígono ganó y mató a ocho mil soldados del bando contrario. Igualmente se hizo dueño de toda su impedimenta, de tal forma que los soldados de Eumenes se vieron diezmados por la derrota y desanimados al verse faltos de esos víveres.

[41] Después de esto, Eumenes se dio a la fuga en dirección a Armenia en busca de la alianza de los pueblos que vivían en esa región, pero fue interceptado y al ver que los soldados se pasaban al bando de Antígono, se atrincheró en una plaza fuerte que se [2] llamaba Nora¹⁴⁹. Había allí una guarnición muy pequeña que, en efecto, no tendría más de dos estadios¹⁵⁰ de circunferencia, pero estaba admirablemente pertrechada, ya que se habían construido las estancias sobre un alto peñón y, ya fuera por la naturaleza del terreno, ya fuera por la mano del hombre, el lugar estaba admirablemente [3] fortificado. Tenía igualmente unos silos con abundante grano, madera y sal, de tal forma que podía mantener durante muchos años a todos los que buscaran refugio en ella. Huyeron junto con él aquellos compañeros fieles a Eumenes y que estaban dispuestos a correr riesgos hasta el último extremo. En total tenía unos seiscientos entre jinetes y soldados de infantería¹⁵¹.

Antígono, tras hacerse con el ejército de Eumenes y enseñorearse [4] de las satrapías y de los tributos que obtenía de ellas, se había hecho dueño de unos buenos dineros, pero aún aspiraba a más. Jamás, en efecto, ninguno de los reyes de Asia había tenido a su disposición un ejército tan considerable con el que luchar por la hegemonía. Por ello, aunque en las circunstancias [5] presentes pretendidamente rendía honores a Antípatro, ya había decidido que una vez estabilizado su reino no se sometería a ningún rey ni a ningún Antípatro. Al principio, asedió a los que [6] se habían pertrechado en la guarnición con dobles vallas, fosas y portentosos parapetos. Después, comenzó una serie de negociaciones con Eumenes para renovar su antigua amistad y convencerle de que colaborara de nuevo con él. Pero aquel, sabedor de los cambios radicales de la fortuna, exigió aún más concesiones de las que sus presentes circunstancias le permitían exigir. Creía que era necesario que se le devolvieran las satrapías que [7] se le habían concedido originalmente y la absolución de todos los cargos. Antígono derivó esa cuestión a Antípatro, y dejando una guardia suficiente para defender el lugar, marchó al encuentro de esos generales enemigos que habían sobrevivido las guerras y que poseían ejércitos: Alcetas, el

hermano de Pérdicas, y Átalo, el comandante de toda la escuadra¹⁵².

Después de esto, Eumenes envió a Antípatro embajadores [42] para tratar los términos de la rendición, en una comitiva encabezada por Jerónimo, el historiador de las guerras de los diádocos¹⁵³. Eumenes, que había experimentado muchos y muy variados cambios de fortuna en su vida, no había visto menoscabado su espíritu, ya que era bien consciente de que la fortuna hace [2] oscilar la balanza hacia ambos lados. De hecho, vio que los reyes macedonios ostentaban un huerio título, ya que eran muchos y muy ambiciosos los hombres que se sucedían en los puestos de mando y todos actuaban tan solo en su propio beneficio. Esperaba además, cosa que ocurrió de verdad, que muchos serían los que recurrirían a él por su sentido común y su experiencia militar, pero sobre todo por su respeto a la palabra dada, algo poco común entonces.

[3] Viendo que los caballos, al no poder ejercitarse debido a la estrechez del escarpado terreno, no servirían de nada en caso de que se necesitaran en la lucha, se le ocurrió un extravagante e [4] inusitado ejercicio de entrenamiento. Así, tras ceñir las cabezas de los caballos con cuerdas a ciertas vigas o estacas y elevarlos dos o tres palmos, obligó a los caballos a caminar sobre sus patas traseras, sin dejarlos apenas rozar el suelo con las delanteras¹⁵⁴. Enseguida, el caballo, en un esfuerzo por posar sus pezuñas, movía todo el cuerpo y sus miembros, ejercitando conjuntamente [5] todas las articulaciones por el movimiento. A todos los soldados les dio la misma comida; compartiendo con ellos esa frugalidad, con su afable trato se ganó el cariño de todos y acogió con cordialidad a todos los que se refugiaban a su lado. Así era la situación de Eumenes y de todos los que habían huido con él¹⁵⁵.

[43] En Egipto, tras deshacerse Ptolomeo de manera inesperada de Pérdicas y de las tropas militares reales, mantenía Egipto como si fuera un botín de guerra. Viendo que Fenicia y que la llamada Celesiria eran tierras prósperas que se encontraban cerca de Egipto, tomó mucho interés en hacerse con estos lugares. Envío un ejército importante y un general

que era su fiel mano [2] derecha entre sus cortesanos, Nicanor¹⁵⁶. Este, en campaña militar por Siria, hizo prisionero al sátrapa Laomedonte y se apoderó de toda la región. Igualmente se hizo con la fidelidad de las ciudades de Fenicia y tras colocar allí guarniciones volvió a Egipto tras esta breve y exitosa campaña¹⁵⁷.

Durante el arcontado de Apolodoro en Atenas, fueron nombrados [44] cónsules de Roma Quinto Publilio y Quinto Publio¹⁵⁸. En ese tiempo Antígono, tras haber derrotado a Eumenes, decidió seguir la lucha con Alcetas y Átalo, pues estos eran los más importantes generales, de entre los cortesanos y familiares de Pérdicas, que disponían de suficientes soldados como para hacer cambiar las tomas. Salieron en campaña, pues, con todo su ejército desde Capadocia y pasó a la Pisidia, donde se encontraba esperándole Alcetas. A marchas forzadas, en tal solo siete [2] días con sus siete noches, Antígono se hizo los dos mil quinientos estadios¹⁵⁹ que había hasta la así llamada Cretópolis¹⁶⁰. Pasó desapercibido al enemigo por la rapidez de su marcha y, cuando ya se encontraba cerca de él, sin que él aún se hubiera dado cuenta de su llegada, interceptó su paso apostándose en algunos peñascos y precipicios. Alcetas, al enterarse de la presencia del [3] enemigo, rápidamente organizó la falange a toda prisa y con una tropa de caballería cargó contra los que acechaban en las alturas, intentando por todos los medios conseguir echarlos de [4] los peñascos. En pleno apogeo de la batalla y siendo muchos los caídos en combate por ambos bandos, Antígono cargó con todas sus fuerzas con seis mil jinetes contra la falange enemiga, [5] ansiando cortar la huida de Alcetas. Con esta maniobra, los que estaban en las alturas, que eran muy numerosos y tenían una enorme ventaja por la dificultad del terreno, pusieron en fuga a sus atacantes. Alcetas, dado que la infantería no tenía vía de escape, se encontró atrapado en medio de una multitud de enemigos encarando una muerte segura. Por ello, aunque su supervivencia era difícil, Alcetas abandonó a muchos y a duras penas pudo escabullirse por entre sus soldados de infantería.

[45] Antígono desde esas alturas movilizó desde arriba a sus elefantes y todo su ejército para acabar con sus enemigos,

ya que eran bastante superiores en número. De hecho, eran en total dieciséis mil soldados de infantería, novecientos jinetes; mientras que los de Antígono, sin contar con los elefantes, eran más de cuarenta mil soldados de infantería y unos siete mil de caballería. [2] Al mismo tiempo que los elefantes atacaban la vanguardia enemiga, los jinetes se fueron distribuyendo por todas partes por su gran número, mientras que los soldados de infantería, que los superaban en número y en valentía, se mantuvieron a la derecha. Esto produjo un gran alboroto entre las temerosas tropas de Alcetas, ya que ante el dinámico y enérgico ataque de [3] sus enemigos no podían mantener sus filas en posición. Se produjo entonces una gran y desordenada estampida y Átalo, Dócimo, Polemón y muchos de sus más distinguidos generales fueron hechos presos; Alcetas, en cambio, acompañado de sus hipaspistas y sus hijos, pudo huir escoltado por los aliados pisidios [4] hacia la ciudad pisidia de Termeso¹⁶¹. Tras obtener la rendición de los que se habían quedado atrás, Antígono los integró a todos dentro de sus propias formaciones y tras dispensarles un trato amable consiguió aumentar su ejército de una manera nada desdeñable. Los pisidios, que eran en total unos seis mil y [5] de impresionante coraje, infundieron ánimos a Alcetas con la firme promesa de que de ninguna manera le traicionarían, ya que ellos estaban bien dispuestos para él por las razones siguientes.

Al carecer de aliados en Asia tras la muerte de Pérdicas, [46] Alcetas había decidido cortejar a los pisidios en la creencia de que así conseguiría unos aliados belicosos en una región infranqueable y llena de inexpugnables guarniciones, difíciles de tomar. Por ello, en sus campañas, los honraba por encima de todos [2] sus aliados y compartía con ellos el botín capturado en sus incursiones, dándoles la mitad. Además usaba persuasivas palabras en cada una de sus entrevistas y cada día, en los banquetes, les cedía sitio en su mesa a los más honorables, agasajándolos mucho con impresionantes regalos, de tal forma que consiguió tenerlos de su parte. Por ello, en ese momento él tenía puestas [3] esperanzas en ellos, y no se vio defraudado. Así, cuando Antígono acampó con todo su ejército cerca de Termeso, demandando la entrega de Alcetas,

incluso cuando el consejo de ancianos estimaba que había que entregarlo, los más jóvenes, haciendo causa común en oposición a sus padres, votaron soportar todo envite, por terrible que fuera, con tal de salvar a ese hombre.

Los más ancianos, al principio, intentaron que los jóvenes [4] entraran en razón y que no permitieran que su patria se convirtiera en despojo de guerra por un solo macedonio. Pero al comprobar que tenían una ciega determinación, tras deliberaciones secretas, enviaron una embajada a Antígono, prometiéndole [5] que entregarían a Alcetas vivo o muerto. Le pidieron que en pocos días hiciera amago de atacar la ciudad y, tras atraer fuera de ella a sus habitantes en una simple escaramuza, se retirara como si estuviera huyendo. Así, mientras los jóvenes estuvieran en plena lucha fuera de la ciudad, ellos aprovecharían la [6] mejor ocasión para entrar en acción. Antígono, persuadido por ellos, asentó su campamento lejos de la ciudad y con una breve [7] incursión invitó a la lucha a los jóvenes fuera de la ciudad. Los ancianos, viendo que Alcetas se había quedado solo, tras seleccionar a los esclavos de más confianza y a los más excelsos ciudadanos que no estuvieran en campaña con Alcetas, intentaron llevar a cabo sus planes mientras los jóvenes estaban ausentes. Sin embargo, lo cierto es que no pudieron cogerle vivo (pues él se suicidó mientras se defendía, para que no lo capturaran los enemigos), pero pusieron su cuerpo sobre unas parihuelas, envuelto en unos rudos ropajes y, sin que se dieran cuenta los que estaban en plena escaramuza, se lo entregaron a Antígono.

[47] Mediante esta estratagema libraron su patria del peligro y así acabaron la guerra, pero no pudieron librarse del odio que les profesaron desde entonces los jóvenes en la ciudad. Estos, a su vuelta de la batalla, al escuchar lo que habían hecho, se enfadaron con sus conciudadanos ya que eran exageradamente devotos [2] a Alcetas. Al principio se apoderaron de una parte de la ciudad y votaron que debía ser pasto de las llamas, y que saldrían en armas de la ciudad y desde las montañas se dispondrían a arrasarla la región que estuviera en manos de Antígono; después, tras cambiar de idea, renunciaron a prender fuego a la ciudad, pero dándose al saqueo y a las correrías, acabaron con [3] buena parte del

territorio enemigo. Antígono, por su parte, tras apoderarse del cuerpo, durante tres días lo maltrató, y cuando ya estaba el cuerpo descomponiéndose, lo dejó sin sepultura y se dirigió a la Pisidia. Los jóvenes de Termeso, que todavía mostraban respeto por la víctima, levantaron el cuerpo y le dieron una sepultura honorable. Así es intrínsecamente la bondad: es como un particular filtro de amor que repercute en aquellos que han hecho buenas obras, obteniendo una lealtad hacia ellos inquebrantable. Antígono partió de Pisidia y se dirigió rumbo a [4] Frigia con todo su ejército. Y en cuanto llegó a Cretópolis, acudió ante su presencia Aristodemo de Mileto, anunciándole que Antípatro había muerto y que la regencia y la tutela de los reyes había recaído en manos del macedonio Poliperconte. Compiacido [5] ante lo que había sucedido, se mostró exultante y optimista y tomó la determinación de no cejar en sus empeños en Asia y no ceder a nadie su poder en esa zona.

Y eso fue lo que le ocurrió entonces a Antígono¹⁶².

En Macedonia, Antípatro había sucumbido a una grave [48] enfermedad, que la vejez contribuyó a hacerla fatal y mortal para su vida. Los atenienses enviaron a Démades como embajador ante Antípatro, ya que este tenía fama de ser buen negociador con Macedonia, para pedirle que, como desde un principio se había acordado, les retirara la guarnición de Muniquia. Antípatro, al principio, se mostró receptivo con Démades, pero [2] después de la muerte de Pérdicas leyó una serie de cartas en los archivos reales en las que Démades invitaba a Pérdicas a que pasara lo antes posible a Europa contra Antípatro y cambió su actitud hacia él, pero mantuvo oculto su rencor. Por ello, cuando [3] Démades, siguiendo las instrucciones que se le habían dado en la ciudad, pidió el cumplimiento de la promesa y se atrevió a proferir amenazas en referencia a la guarnición, Antípatro no respondió, pero entregó él mismo a los verdugos a Démades y a su hijo, que estaba acompañando a su padre en la embajada, y ellos se encargaron de administrarles su castigo. Ambos fueron [4] conducidos a una prisión común donde se les dio muerte por las razones que se han dicho anteriormente¹⁶³.

Antípatro, en los estertores de la muerte, nombró como tutor de los reyes y supremo comandante a Poliperconte, que era casi tan viejo como los que habían ido en las campañas de Alejandro (y por ello era respetado por los macedonios¹⁶⁴), y dispuso que su [5] hijo Casandro fuera el quiliarca y segundo al mando¹⁶⁵. El puesto y rango del quiliarca había sido primero creado por los reyes persas para otorgar simplemente nombre y fama, pero después, de nuevo en tiempos de Alejandro, se le había dotado además de una función y un rango, cuando este se convirtió en seguidor de otras tantas prácticas persas. Por ello, Antípatro, siguiendo ese ejemplo, nombró quiliarca a su joven hijo Casandro.

[49] Sin embargo, Casandro no estaba de acuerdo con las disposiciones de su padre, pues consideraba una afrenta el hecho de que una persona que no era pariente suyo hubiera recibido el poder de manos de su padre; y eso a pesar de que él, que era su hijo y estaba capacitado para dirigir los asuntos del reino, ya [2] había dado muestras suficientes de su arrojo y buen hacer. Al principio, se fue al campo en compañía de sus amigos y con ellos habló oportunamente a sus anchas de cómo hacerse con el poder supremo. Tomando a cada uno de ellos por separado, les conminó a unirse a él para conquistar el poder y con muchas promesas acabó persuadiéndolos para que colaboraran con él. En [3] secreto envió embajadas a Ptolomeo, recordándole su amistad y pidiéndole que se aliara con él en la lucha y le enviara una flota lo más rápido posible desde Fenicia hasta el Helesponto. Igualmente envió embajadores a otros reyes y ciudades para pedirles que se le unieran. Él mismo, sin embargo, para evitar que las sospechas de un complot recayeran sobre él, se entretuvo con unos preparativos de caza durante muchos días. Poliperconte, [4] tras asumir la tutela de los reyes, mandó llamar a Olimpia con la aprobación de sus consejeros y la invitó a que asumiera el cuidado del hijo de Alejandro que aún era un niño y permaneciera en Macedonia con el título de reina. Olimpia, por aquel entonces, se encontraba exiliada en Epiro por el odio que tenía a Antípatro.

Y esto es lo que pasó en Macedonia por aquel entonces¹⁶⁶.

En Asia¹⁶⁷, tan pronto como se expandió la noticia de que [50] Antípatro había muerto, hubo un primer conato de revuelta, ya que cada uno de los que ostentaban el poder actuaba por sus propios intereses. El caso más claro de ellos era Antígono, que, tras vencer a Eumenes, se había apoderado de la Capadocia y de sus soldados, y tras haber derrotado a Alcetas y a Átalo se había hecho con sus ejércitos y con Pisidia. Además de esto, Antípatro le había nombrado comandante en jefe de Asia, por lo que, al estar al mando de un impresionante ejército, estaba lleno de orgullo y soberbia. Envanecido con sus ilusiones, decidió no [2] obedecer ni a ningún otro rey ni a los tutores de estos, y ya que él estaba en posesión de un ejército más que considerable, decidió hacerse con los tesoros de Asia, sin que nadie pudiera plantarle cara. En efecto, tenía en ese momento sesenta mil soldados [3] de infantería, diez mil jinetes y treinta elefantes; y además de estos, esperaba poder tener listos otros ejércitos si hiciera falta, ya que Asia podía proporcionar emolumentos sin fin a aquellos [4] mercenarios que se ofrecieran a cambio de una soldada. Con estos planes en mente, también hizo llamar al historiador Jerónimo, el amigo y conciudadano de Eumenes de Cardia que había huido al fortín de Nora. Así, tras invitarle a unirse a él con cuantiosos presentes, lo envió como embajador ante Eumenes para pedirle que se olvidara de la batalla de Capadocia que había librado contra él, que se hiciera su amigo y aliado y que aceptara sus regalos, que serían más valiosos que los que antes había tenido, y además de una satrapía más grande y un puesto destacado, en definitiva, como su principal consejero entre los [5] suyos y compañero en todas sus empresas. Al momento, Antígono convocó una reunión de sus consejeros para conceder a algunos de sus más importantes camaradas las satrapías y a otros las comandancias, lo que hizo que todos albergaran muchas esperanzas, y los estimuló con el relato de sus propios planes, pues pensaba recorrer Asia y arrojar a los sátrapas y colocar en su lugar en el poder a sus amigos de confianza.

[51] Por su parte, Arrideo, el sátrapa de la Frigia Helespóntica, consciente de las intenciones de aquel, decidió salvaguardar su propia satrapía y proteger las ciudades más

importantes con guarniciones. Siendo la ciudad de Cícico la más importante y más grande, marchó a ella con más de diez mil soldados mercenarios, mil macedonios, quinientos honderos y arqueros persas, ochocientos jinetes, totalmente avituallados con todo tipo de armas arrojadizas y catapultas para proyectiles y balistas para [2] piedras, y todas las provisiones necesarias para un asedio¹⁶⁸. Tras atacar repentinamente la ciudad y capturar a mucha gente que merodeaba por la región, empezó a asediarla y atemorizar a la población, para intentar obligarla a aceptar en su seno una guarnición. Al ser un ataque sorpresa, la mayoría de los ciudadanos de Cícico estaban fuera de la región y eran pocos los que quedaban en la ciudad, por lo que no estaban en absoluto preparados para un asedio. Con todo, decidieron claramente defender [3] su libertad y escogieron embajadores y los enviaron a pedir a Arrideo que levantara el asedio, diciendo que la ciudad haría cualquier cosa por Arrideo, salvo aceptar una guarnición. Pero, a la vez, secretamente reunieron a los jóvenes y eligieron a los más adecuados de sus sirvientes y los armaron y llenaron la muralla de defensas. Arrideo insistió en que se le aceptara una [4] guarnición, pero estos contestaron que querían tratar este asunto con el pueblo. El sátrapa estuvo de acuerdo, por lo que obtuvieron una demora de un día con la noche siguiente para prepararse mejor para el asedio. Sin embargo, Arrideo, burlado por [5] sus enemigos, perdió una ocasión propicia para sus planes y vio defraudadas sus esperanzas. Los ciudadanos de Cícico que tenían la ciudad pertrechada y totalmente protegida por tierra, al ser por otra parte una península, controlaban igualmente el mar, con lo podían fácilmente plantar cara a los enemigos. Además, [6] mandaron traer desde Bizancio armamento y soldados y todo lo necesario para un asedio. Como de todo ello, con prestancia y de buen grado, los de Bizancio dieron cuenta, los de Cícico se sintieron esperanzados y animados para afrontar ese peligro en ciernes. También enseguida lanzaron al mar grandes naves y [7] navegaron por la costa, trayendo de vuelta a la ciudad a los que se encontraban en la región. Al punto estuvieron bien provistos de soldados, con lo que consiguieron matar a muchos de sus asaltantes y pudieron levantar el asedio.

Arrideo, derrotado entonces por los de Cícico, se volvió sin haber conseguido nada en su propia satrapía.

Antígono se enteró del asedio que habían sufrido los de Cícico [52] cuando se encontraba en Celenas¹⁶⁹, y entonces decidió atraerse como propia la ciudad en peligro, en consideración a sus planes futuros, y eligió a veinte mil soldados de infantería y [2] a tres mil jinetes que eran los mejores de su ejército. Tras prepararlos en muy poco tiempo, los envió a Cícico como refuerzo. Llegó tarde por muy poco, pero dejó clara su buena disposición [3] para con la ciudad, aunque había fallado en sus intenciones. Envío embajadores a Arrideo, acusándole, en primer lugar, de haber osado atacar una ciudad griega sin culpa ninguna, que además era su aliada; después, diciéndole que él estaba dispuesto a rebelarse y a convertir su satrapía en parte de sus dominios. Finalmente le ordenó que abandonara sus satrapías y que escogiera una ciudad para retirarse a disfrutar de una vida en paz. [4] Arrideo, tras escuchar a los embajadores y reprocharles la arrogancia de sus palabras, les contestó que no abandonaría su satrapía sino que, defendiendo con guarniciones las ciudades, se batiría con él en la batalla. De acuerdo a sus designios, protegió las ciudades con parte de su ejército y envió a un general con ellos. Además, ordenó que se intentara establecer contacto con Eumenes, que se levantara el asedio de su guarnición y tras librar [5] a Eumenes del peligro convertirle en su aliado¹⁷⁰. Antígono, que estaba ansioso por acabar con Arrideo, envió su ejército para que luchara contra él, y él mismo, tras tomar consigo un ejército considerable, lo condujo hasta Lidia con la intención de [6] echar a Clito, que estaba en esa satrapía. Él, enterado de antemano de la venida de Antígono, protegió las ciudades más importantes con guarniciones y él mismo navegó hasta Macedonia para revelar a los reyes y a Poliperconte las intenciones de Antígono y su traición y pedirles ayuda. Antígono tomó de camino [7] Éfeso con la ayuda de algunos hombres de la ciudad. Después, requisó los seiscientos talentos de plata que Esquilo de Rodas¹⁷¹ llevaba a Éfeso y traía desde Cilicia en cuatro naves y que habían sido enviados a Macedonia para los reyes, con la excusa de que los necesitaba para pagar a sus mercenarios.

Con esta acción [8] quedó claro que actuaba en provecho propio y en contra de los reyes. Después, tras asediar Sime¹⁷², marchó contra las ciudades que estaban a continuación de las que tomó ya fuera por la fuerza o tras rendirse voluntariamente.

Tras haber terminado con los hechos en torno a Antígono, [53] vamos ahora a cambiar el curso de nuestra narración, retomando a contar lo que sucedió con Eumenes. Este, que había experimentado grandes y contradictorios cambios en su vida, a pesar de todo, siempre fue alternando fortuna y desgracia, incluso de manera inesperada. En efecto, antes de esta ocasión cuando estaba [2] luchando al lado de Pérdicas y de los reyes, se le había concedido la satrapía de Capadocia y de los lugares que limitaban con ella, en los que se encontraban los más poderosos ejércitos y enormes riquezas, y al hacerse con ello su buena fortuna resultó proverbial. Incluso a Crátero y a Neoptólemo, que habían [3] sido nombrado comandantes y que tenían a su cargo las invictas tropas macedonias, los venció en la lucha y los mató en el campo de batalla¹⁷³. Sin embargo, a pesar de que se le consideraba [4] invencible, fue tal el cambio de fortuna que experimentó que acabó derrotado por Antígono en una gran batalla y se vio obligado a refugiarse junto a unos pocos compañeros en una guarnición mínima. Encerrado en ella y resguardado de los enemigos por una doble muralla, no tenía ninguna ayuda en su propia [5] desgracia. Tras un año de asedio y cuando ya había abandonado toda esperanza de salvarse, encontró una inesperada solución a sus desgracias, pues Antígono, que asediaba a Eumenes y, ansiaba acabar con él, en un cambio repentino le invitó [6] a colaborar y, tras jurarle lealtad, finalizó el asedio. Después de un tiempo, tras haber salido indemne contra todo pronóstico, permaneció en Capadocia mientras iba recuperando a sus compañeros y a aquellos que andaban errantes por esa región y que habían luchado antes en su bando. Como era extraordinariamente apreciado, rápidamente logró que muchos compartieran [7] sus esperanzas y se alistaran en su ejército. Al final, en pocos días, sin contar aquellos quinientos compañeros con los que había estado encerrado en la guarnición durante el asedio, tenía más

de dos mil soldados que voluntariamente se habían alistado a su ejército. Con la ayuda del destino, tal fue el incremento de su poder, que se hizo con las tropas reales y defendió la causa de los reyes contra los que deseaban acabar con su reinado. Pero esto lo contaremos con más detalle, poco después, en el momento apropiado¹⁷⁴.

[54] Ahora, sin embargo, después de esta narración detallada de los acontecimientos que sucedieron en Asia, pasaremos a ver qué pasó en Europa¹⁷⁵. Casandro, aunque había fallado en su pretensión de alcanzar el trono de Macedonia, no se rindió, sino que decidió enfrentarse a esa situación, pues consideraba una vergüenza que una persona ajena a la familia hubiera usurpado el poder de su padre. Viendo, sin embargo, que el favor de los [2] macedonios se inclinaba por Poliperconte, tras algunas deliberaciones más con algunos amigos de confianza, los envió al Helesponto de manera discreta, y él mismo pasó unos cuantos días en la región con el pretexto de pasar un tiempo de caza, para que pareciera que no tenía pretensiones al poder. En cuanto [3] todo estuvo listo para su partida, salió en secreto de Macedonia. Tras pasar al Quersoneso tracio y de allí continuar al Helesponto, navegó a Asia y le pidió ayuda a Antígono, diciéndole que Ptolomeo le había comunicado también que iba a combatir de su lado. Antígono lo recibió gustoso y le prometió que colaboraría de buen grado con él en todo y que le entregaría un ejército de infantería y una flota. Esto lo hizo porque quería dar [4] la impresión de colaborar por su amistad con Antipatro, pero, en verdad, su intención era que Poliperconte estuviera completamente ocupado, para que así él mismo pudiera continuar sin riesgos su campaña por Asia y acaparar todo el poder de esta región.

Mientras sucedía esto, en Macedonia, Poliperconte, el tutor [55] de los reyes, después de la partida de Casandro, predijo la seriedad de la guerra que iba a emprender Casandro contra él, pero considerando que no debía hacer nada sin el parecer de sus consejeros, reunió a todos sus generales y a los más destacados del resto de los macedonios. Se veía venir que Casandro, respaldado [2] por Antígono, alzaría las ciudades griegas contra él, ya que algunas de ellas las defendían

guarniciones de su padre, otras las gobernaban oligarcas, y otras estaban en manos de amigos y huéspedes de Antipatro. Por otra parte, además de esto, estaba claro que Ptolomeo, en tanto que gobernante en Egipto, lucharía a favor de Casandro y también lo haría Antígono, en clara rebeldía contra los reyes; y ambos poseían grandes ejércitos y mucho dinero, ya que eran señores de muchos pueblos e importantes ciudades. Tras discutir de qué manera se debía librar esa batalla con muchas y muy variadas razones, decidieron liberar las ciudades de Grecia y abolir las oligarquías [3] allá donde estas hubieran sido instauradas por Antípatro. De hecho, principalmente de esta manera se pretendía contrarrestar la influencia de Casandro y conseguir un gran prestigio y muchos [4] aliados de consideración. Al punto mandaron llamar a los embajadores procedentes de las ciudades que estaban presentes y los animaron con sus promesas, anunciando que iban a restaurar la democracia en las ciudades; y tras redactar los términos del decreto, se lo dieron a los embajadores para que rápidamente volvieran a sus patrias y anunciaran a las ciudades la generosidad de los reyes y las autoridades hacia los griegos. El texto del decreto es el siguiente:

[56] Ya que nuestros ancestros se arrogaron el papel de benefactores de las ciudades helenas en muchas ocasiones, nosotros deseamos respetar su política y queremos destacar la buena voluntad [2] que tenemos y queremos mantener para con los griegos. Antes, a la muerte de Alejandro, cuando él abandonó este mundo, tras heredar nosotros el poder real, con la convicción de que era necesario restaurar la paz y los gobiernos y regímenes políticos que nuestro antecesor Filipo había dispuesto, enviamos a todas las ciudades [3] cartas para tratar este asunto. Cuando esto sucedió, estábamos bastante lejos, y algunos de los griegos, no bien aconsejados, declararon la guerra contra los macedonios y fueron derrotados por nuestros generales y muchas desgracias sobrevinieron a las ciudades¹⁷⁶. Por ello, sed vosotros conscientes de que los culpables de estos agravios fueron vuestros generales, y que nosotros, en virtud de nuestra original disposición, os ofrecimos la paz y los regímenes políticos que gozasteis con Filipo y

Alejandro, y que en todo lo demás os dejamos actuar de acuerdo a los decretos que estos promulgaron.

Además disponemos que aquellos que hayan sido desterrados [4] o exiliados por nuestros generales de sus ciudades, desde el momento que Alejandro pasó hacia Asia, vuelvan a sus casas. Y además decretamos que a los que han sido perdonados por nosotros se les devuelvan todas sus posesiones y que no sean juzgados políticamente, sino que sean amnistiados para que puedan vivir de acuerdo a la constitución en sus ciudades. Y si alguna medida ha sido votada contra estos, que quede abolida, excepto si aquellos están acusados de algún delito de sangre o de impiedad. No van a [5] ser devueltos a sus hogares los megalopolitanos exiliados con Polieneto¹⁷⁷ acusados de traición, ni los de Amfisa¹⁷⁸, ni los de Trica¹⁷⁹, ni los de Farcadón¹⁸⁰, ni los de Heraclea¹⁸¹. En el caso de los otros, estos serán recibidos en el mes de Jántico¹⁸². En el caso de [6] que Filipo o Alejandro hubieran publicado alguna ley que fuera contradictoria, que se presenten ante nosotros, para que la corrijamos en beneficio tanto nuestro como de las ciudades. A los atenienses les corresponde lo que era suyo en tiempos de Alejandro y Filipo, pero Oropo pertenece a los de Oropo a partir de ahora¹⁸³. Devolvemos Samos a los atenienses, ya que también Filipo antenórmemente [7] se lo había concedido¹⁸⁴.

Que este decreto sea de obligado cumplimiento para todos los griegos y que nadie prepare ninguna campaña militar ni se soliviente a las ciudades, y si no es así, que se exilie a esa persona y a su prole y que se le prive de sus posesiones. Hemos ordenado a Poliperconte que se haga cargo de estas disposiciones y del resto. [8] Vosotros entonces, como hemos antes mencionado por escrito, obedecedle, pues si alguien no cumple algo de lo escrito, no lo pasaremos por alto.

[57] Una vez promulgado este edicto y enviado a todas las ciudades, escribió Poliperconte a la ciudad de Argos y a las otras, ordenando que se desterrara a los que habían sido colocados en un puesto de gobierno por Antípatro (y en algunos casos se les condenara a muerte y se subastaran sus

pertenencias), para que estos hombres fueran reducidos a la miseria y no pudieran [2] cooperar con Casandro de ninguna manera. Escribió también a Olimpia, la madre de Alejandro Magno, que estaba viviendo en el Epiro por sus diferencias con Casandro, para que se presentara lo más rápido en Macedonia y se hiciera cargo del cuidado del hijo de Alejandro hasta que alcanzara una edad apropiada [3] para acceder al trono. También mandó una embajada a Eumenes con una carta en nombre de los reyes para que depusiera su odio contra Antígono y para que de nuevo como partidario de los reyes, si era su deseo, volviera a Macedonia y colaborara con él como tutor de los reyes; mas si prefería quedarse en Asia, que se hiciera cargo de un ejército y el dinero necesario para luchar contra Antígono, porque estaba claro que este último se había declarado en rebeldía contra los reyes. Dijo que los reyes le devolverían la satrapía que Antígono le había arrebatado y [4] todo el poder que antes había ostentado en Asia. Finalmente mostró que, a su modo de ver, a Eumenes le convenía absolutamente respetar y venerar la casa real, de acuerdo a los previos servicios que este le había brindado. Y si necesitaba de un ejército más numeroso, prometió que él mismo con los reyes se personaría desde Macedonia con todo el ejército real¹⁸⁵.

Esto es lo que se hizo en aquel año.

Durante el arcontado de Arquipo en Atenas, fueron elegidos [58] cónsules en Roma Quinto Elio y Lucio Papirio¹⁸⁶. En ese tiempo, Eumenes, nada más salir de la guarnición¹⁸⁷, recibió las cartas que le había enviado Poliperconte en las que se mencionaba, además de lo que se ha detallado anteriormente, que los reyes le otorgaban como compensación quinientos talentos para enmendar las desgracias que había sufrido; y para que así fuera, los reyes habían enviado esa carta a los generales de Cilicia y a sus tesoreros, para que le dieran a él los quinientos talentos y cuanto dinero solicitara para alistar soldados mercenarios o satisfacer otro tipo de eventuales necesidades; y también a los comandantes de los tres mil argiráspidas¹⁸⁸ macedonios, para que se pusieran a disposición de Eumenes y en general

colaboraran con él de buen grado, pues se le había designado comandante supremo de toda Asia.

[2] Al mismo tiempo, le llegó también una carta de Olimpia, que rogaba con súplicas que acudiera en su ayuda y en la de los reyes, que el más leal de los amigos que le quedaba y el único que podría remediar el abandono en el que se encontraba la casa [3] real era él. Le pedía también por su parecer sobre si, en su opinión, le convenía a ella marchar a Macedonia o mejor permanecer en Epiro y no confiar en los que se suponían que eran los tutores de los reyes, ya que en verdad estos estaban tramando apoderarse del poder real.

[4] Eumenes le escribió enseguida a Olimpia, aconsejándole que, por el momento, permaneciera en Epiro hasta que la guerra hubiera tomado algún curso. Él mismo, que siempre había estado en buenos términos con los reyes, decidió no escuchar a Antígono ya que este intentaba acabar con el reino, y dado que el hijo de Alejandro Magno, huérfano y en manos de los regentes, necesitaba ayuda, tomó la resolución de correr todo tipo de riesgos por la salvación de los reyes.

[59] Al punto reunió a los suyos y se marchó de Capadocia, con quinientos caballeros y con más de dos mil soldados de infantería. De hecho, no tuvo tiempo para recibir a los que venían con retraso y que habían prometido unirse a él en la lucha, ya que estaba al acecho el considerable ejército de Antígono al mando del general Menandro¹⁸⁹, para impedirle que permaneciera en Capadocia, pues se había convertido en enemigo de Antígono. [2] Sin embargo, de hecho, este ejército llegó tres días después, y aunque habían perdido la ocasión de atraparlo, salieron en persecución de Eumenes, pero cuando vieron que no podían alcanzarlo, [3] se volvieron para Capadocia. Eumenes había pasado a toda prisa a través de la cordillera del Tauro hasta llegar a Cilicia. Los generales de los argiráspidas, Antígenes y Teutamo, siguiendo las instrucciones contenidas en las cartas de los reyes¹⁹⁰, recorrieron una gran distancia para recibir a Eumenes y sus camaradas. Tras darle una calurosa bienvenida y felicitarle por haberse salvado sorprendentemente de tan grandes peligros, le comunicaron que iban a colaborar gustosamente con él en todo. Los

argiráspidas macedoni», que eran unos tres mil, les correspondieron con igual celo y buena voluntad. Todos se [4] maravillaron del tan favorable e inesperado cambio de fortuna, cuando vieron que los reyes y que los macedonios poco tiempo antes habían condenado a muerte a Eumenes y a sus partidarios, y que olvidándose de su propia decisión no solo le habían exculpado, sino que además le habían confiado la salvación del reino. Con razón, todos aquellos que habían observado los cambios [5] de fortuna de Eumenes eran de este parecer. Pero ¿quién, consciente de cuán desconcertante es la vida del hombre, no se sorprendería del inestable devenir de la fortuna, tanto para lo bueno como para lo malo? ¿O es que acaso alguien, fiado de las [6] bondades que la buena fortuna otorga, podría esperar más de la intrínseca inestabilidad del destino humano? Pues en efecto, una vida común, como si esta estuviera bajo el control de alguna divinidad, alterna los buenos y malos momentos durante toda su existencia, por lo que, precisamente, lo que es extraño no es que suceda algún imprevisto, sino que no sea imprevisto todo lo que sucede. Por ello, uno tendría que admitir con razón las lecciones de la historia: en el inconstante y cambiante devenir de los acontecimientos esta castiga la vanidad de los favorecidos y consuela el desaliento de los desafortunados.

Teniendo esto presente Eumenes afianzó su posición de [60] manera segura, previendo que su suerte volvería a cambiar. Se dio cuenta de que él era además extranjero¹⁹¹ y que no tenía ningún derecho al trono real, de que sus subordinados eran esos macedonios que le habían previamente condenado a muerte y que los que ocupaban los puestos militares de mando estaban llenos de arrogancia y tenían grandes aspiraciones; por lo que enseguida comprendió que sería despreciado al mismo tiempo que envidiado y que, en definitiva, su vida estaba en peligro, ya que ninguno cumpliría las órdenes que les dieran aquellos que ellos consideraran inferiores, y que no soportarían ser dominados por aquellos que, en su opinión, debían rendirles pleitesía. [2] Mientras reflexionaba en su fuero interno sobre estas cosas, se le ofrecieron los quinientos talentos que, tal como se decía en la carta, servirían para el reclutamiento y mantenimiento de las

tropas. Primero dijo que no los aceptaría, ya que no tenía necesidad de tal regalo, como tampoco aspiraba a tomar cualquier [3] puesto de mando. En efecto, incluso entonces, dijo que jamás voluntariamente se habría hecho con semejante responsabilidad, si no se hubiera visto obligado por los reyes a aceptarla. Además, debido a su ininterrumpida carrera militar, no podía ya soportar más desventuras y andanzas, especialmente considerando que no había ningún cargo político reservado para los extranjeros y, por lo tanto, él estaba excluido del poder cuyo ejercicio [4] estaba reservado a los macedonios de alcurnia. Sin embargo, dijo que había tenido un sueño maravilloso que era necesario revelar a todos, ya que parece que esa visión contribuiría [5] mucho a la armonía y entendimiento mutuos. Dijo que le había parecido ver en sueños al rey Alejandro vivo y vestido con prendas regias, presidiendo el consejo y dando órdenes a los generales, administrando así todos los asuntos del reino con [6] energía. «Por ello yo creo —dijo— que es necesario construir con los fondos del tesoro real un trono de oro y, una vez puestos allí la diadema, el cetro y la corona y toda la parafernalia, que al amanecer todos los generales le ofrezcan incienso, celebren su consejo cerca del trono y firmen los decretos con el nombre del rey, como si estuviera vivo y estuviera rigiendo los destinos de su reino.»

Todos aplaudieron esta propuesta, y enseguida se pusieron [61] manos a la obra, ya que el tesoro real estaba repleto de oro. Rápidamente se alzó una esplendorosa tienda y en él se dispuso el trono, el cetro y la panoplia que Alejandro acostumbraba usar. Y tras colocar un altar con fuego en su sitio, todos los generales hicieron una ofrenda de incienso y de todo tipo de ricos aromas que estaban custodiados en una arqueta de oro y rindieron pleitesía a Alejandro como un dios. Seguidamente, cuando se sentaron [2] en los muchos asientos que había alrededor y empezaron la reunión, se pusieron a discutir acerca de los asuntos que de vez en cuando habían requerido su atención. Eumenes, que ante todos los presentes se mostraba igual que los demás y que iba departiendo con todos en conversaciones muy amables, arrojó de sí toda sombra de odio y consiguió de esta manera poner de su lado a los generales. Al ver que su reverencia por el rey iba [3]

creciendo cada día, todos albergaron grandes esperanzas, como si estuvieran guiados por un dios. Tratando de la misma manera a los argiráspidas, él consiguió un gran ascendiente sobre ellos, como alguien digno del respeto de los reyes.

Eumenes eligió a los más hábiles de sus amigos y, tras haberles [4] entregado dinero suficiente, los envió para reclutar mercenarios, ofreciendo unas considerables soldadas. Unos fueron a Pisidia, a Licia y a la región vecina y reclutaron celosamente soldados; otros se dirigieron a Cilicia; otros, a Siria y a Fenicia; otros, a las ciudades de Chipre. En cuanto se hizo el anuncio del reclutamiento, como las promesas de un considerable pago eran tentadoras, se presentaron muchos por voluntad propia desde las ciudades de Grecia y se alistaron en el ejército. En poco tiempo se reclutaron más de cien mil soldados de infantería y dos mil soldados de caballería, sin contar los argiráspidas y los que habían venido con Eumenes.

[62] Ante este repentino e imprevisto aumento de la popularidad de Eumenes, Ptolomeo navegó a Cefirio¹⁹², en Cilicia, con una flota y mandó llamar a los generales de los argiráspidas, pidiéndoles que no hicieran caso a Eumenes, a quien todos los macedonios [2] habían condenado a muerte¹⁹³. Igualmente envió mensajes a los que estaban estacionados en las guarniciones de Cuinda¹⁹⁴, exhortándolos a que no le dieran ningún dinero a Eumenes, y les prometió protección. Pero no le hicieron caso, ya que los reyes y su guardián, Poliperconte, e incluso Olimpia, la madre de Alejandro Magno, les habían dicho por escrito que obedecieran en todo a Eumenes, puesto que él había sido nombrado [3] comandante en jefe del reino. Pero fue especialmente a Antígono a quien más le inquietó entonces el ascenso de Eumenes y la magnitud del poder que había concentrado en sus manos. De hecho, él asumía que había sido Poliperconte quien había hecho que Eumenes se convirtiera en su mayor adversario, ahora se había proclamado en rebeldía contra el poder real. [4] Por ello, tomando como decisión planear un complot contra Eumenes, eligió de entre sus amigos a Filotas y le hizo entrega de una carta dirigida a los argiráspidas y a los otros macedonios que estaban en contacto con Eumenes. Pero envió también con él a treinta macedonios lenguaraces y manipuladores a los que

ordenó que por su cuenta se encontraran con los generales de los argiráspidas, Antígenes y Teutamo, y los convencieran para colaborar en el atentado contra Eumenes con regalos y fantásticas promesas de mayores satrapías, y lo mismo con los más destacados de los argiráspidas; y, asimismo, les ordenó que se encontraran con los ciudadanos y los sobornaran con regalos para que apoyasen la revuelta contra Eumenes. A pesar de que [5] fueron incapaces de convencer a ninguno de los demás, Teutamo, el general de los argiráspidas, aceptó el soborno y se prestó también a convencer a su colega en el cargo, Antígenes, para que se uniera en la conjura. Pero Antígenes, que era superior al [6] otro en sentido común y fidelidad, no solo se negó a colaborar, sino que incluso logró que su compañero, que había aceptado antes el soborno, cambiara de parecer. De hecho le dejó claro [7] que les convenía que Eumenes se mantuviera vivo, más que Antígono. En efecto, este último, si se hacía más poderoso, les arrebataría sus satrapías y pondría en su lugar a sus amigos; mientras que Eumenes, a pesar de ser un extranjero, no solo jamás había osado ejercer su poder en provecho propio, sino que como general los trataría como amigos y si colaboraban con él les respetaría sus satrapías, e incluso les concedería otras rápidamente. De esta manera los que estaban intrigando contra Eumenes fracasaron de la manera que se ha contado.

Cuando Filotas hizo entrega de la carta dirigida a todos los [63] generales, acudieron los argiráspidas y el resto de los macedonios por su cuenta, sin contar con Eumenes, y pidieron que se hiciera lectura de la carta. Esta contenía una acusación por escrito [2] contra Eumenes y una invitación a los macedonios a que lo capturaran y lo ejecutaran; y les decía que, en caso de no hacerlo, él acudiría con todo su ejército para luchar contra ellos y que los que no obedecieran sus órdenes recibirían su justo castigo. Tras la lectura de la carta, afrontaban un terrible dilema [3] tanto los generales como el resto de los macedonios, ya que estaban abocados o a recibir el castigo por parte de Antígono, si se ponían de lado de los reyes, o a ser condenados por Poliperconte [4] y los reyes, si obedecían a Antígono. Mientras reinaba la confusión entre las tropas, Eumenes llegó y tras leer él mismo la carta ordenó a los macedonios seguir las órdenes de los reyes [5] y que no

escucharan a ese traidor. Y tras dar variados argumentos relativos a esta cuestión, no solo pudo librarse él mismo de los peligros que le acechaban, sino que también logró que la [6] estima que el pueblo le tenía fuera aún mayor que antes. Una vez más, Eumenes, tras encontrarse en un inesperado peligro de manera imprevista, había resurgido aún con más fuerza. Por ello, tras ordenar a los soldados que se retiraran, los guio hasta Fenicia con la intención de hacerse con todas las naves de las ciudades y organizar una considerable flota para que Poliperconte, con la armada fenicia, controlara los mares y pudiera traer, cuando así lo quisiera, sus ejércitos de Macedonia a Asia contra Antígono. Así pues, este permaneció en Fenicia preparando la escuadra.

[64] Al mismo tiempo que esto sucedía, Nicanor, el comandante de Muniquia¹⁹⁵, al enterarse de que Casandro había ido desde Macedonia para reunirse con Antígono y que Poliperconte estaba previsiblemente a punto de ir al Ática con todo su ejército, pidió a los atenienses que continuaran siendo leales a Casandro. [2] Pero nadie le hizo caso, ya que todos pensaban que tenían que desembarazarse de la guarnición lo antes posible; y por ello Nicanor, al principio, alabando al pueblo, le convenció para que, en primer lugar, esperara unos pocos días, pues Casandro haría lo que resultase más provechoso para la ciudad. Después de esto, mientras los atenienses esperaban unos cuantos días, Nicanor pasó a Muniquia de incógnito por la noche en compañía de unos pocos soldados, para que de esta forma hubiera un considerable ejército que defendiera la guarnición y opusiera resistencia a los que quisieran asediar la fortaleza. Los atenienses, [3] conscientes de que Nicanor no había sido honrado con ellos, enviaron una embajada a los reyes y a Poliperconte pidiéndoles ayuda, siguiendo lo estipulado por escrito en el decreto en lo que se refería a la libertad de los griegos¹⁹⁶. Y ellos mismos fueron celebrando continuas reuniones en la asamblea para decidir cómo llevar a cabo con éxito la guerra contra Nicanor. Estaban enfrascados en esas deliberaciones cuando Nicanor, en [4] compañía de multitud de tropas extranjeras, introdujo de noche y a escondidas soldados y asaltó las murallas de El Pireo y los muelles del

puerto. Los atenienses que no solo habían perdido Muniquia, se enfadaron al perder también El Pireo. Por ello eligieron [5] como embajadores, entre los más destacados hombres que gozaban de la confianza de Nicanor, a Foción, hijo de Focas¹⁹⁷; a Conón, el hijo de Timoteo¹⁹⁸; y a Clearco, el hijo de Nausicles¹⁹⁹, y los enviaron para que expresaran sus quejas ante las circunstancias actuales y pidieran que respetasen su autonomía según las disposiciones del tratado. Nicanor, sin embargo, les [6] respondió que ellos tenían que enviar su embajada a Casandro, ya que un comandante de una guarnición apostado por el propio Casandro no tenía ninguna autoridad para actuar en solitario.

[65] En estas, Nicanor recibió una carta de parte de Olimpia con la orden de que se les devolviera a los atenienses Muniquia y El Pireo. Nicanor, cuando supo que los reyes y Poliperconte estaban a punto de acoger de nuevo a Olimpia en Macedonia, que le iban a confiar el cuidado del hijo de Alejandro y que devolverían a Olimpia no solo su anterior condición, sino también los honores de los que había gozado en vida de Alejandro²⁰⁰, temeroso, prometió que entregaría estas ciudades, pero siempre se demoraba [2] en hacerlo poniendo cualquier excusa. Los atenienses, que desde siempre habían tenido un gran respeto por Olimpia y consideraban que los honores decretados en su honor estaban en vigor, se mostraron enormemente contentos con la esperanza de recobrar su autonomía gracias a ella sin correr riesgos. [3] Mientras esas promesas permanecían incumplidas, Alejandro, el hijo de Poliperconte, entró en el Ática con un ejército. Los atenienses creyeron que él venía para devolver al pueblo de Atenas Muniquia y El Pireo; pero la verdad era muy distinta: él se había personado por intereses propios para servirse de [4] ellas militarmente. Algunos de los amigos de Antípatro, entre los que se encontraba Foción, temerosos de los castigos que se les podría imponer por ley, fueron a ver a Alejandro e, indicándole que era lo más conveniente, le convencieron para que él mismo tomara para sí las guarniciones y no se las devolviera a [5] los atenienses hasta la derrota de Casandro²⁰¹. Pero Alejandro, que tenía su campamento cerca de El Pireo, no admitió a los atenienses en sus reuniones con Nicanor, sino

que negoció en privado con él, con lo que estaba claro que su intención era perjudicar a los atenienses con sus malas artes. El pueblo acudió [6] a la asamblea, y suspendió los cargos e instituciones en funciones, reemplazándolos en el poder con miembros del partido democrático, y a los que formaban parte del partido oligárquico los condenó a muerte; a otros, al exilio, y a otros, a la confiscación de sus bienes. Entre estos últimos se encontraba precisamente Foción, que había tenido plenos poderes, auspiciado por Antípatro.

Estos, una vez expulsados de la ciudad, se pasaron al bando [66] de Alejandro, el hijo de Poliperconte, para que los protegiera. Fueron bien recibidos por él y le hicieron entregas de cartas para su padre, Poliperconte, para que no sufrieran nada Foción y sus hombres, ya que ellos siempre habían sido sus partidarios, y ahora estaban de acuerdo en colaborar con él en todo. También [2] los atenienses habían enviado a Poliperconte una embajada para acusar a Foción y su camarilla y reclamar que se les hiciera entrega de estos, además de pedir que se les devolviera Muniquia y su independencia. A Poliperconte le urgía ocupar El Pireo con una guarnición, ya que podría serle de mucha utilidad el puerto para sus campañas, pero él tenía ciertos escrúpulos a la hora de actuar en contra de lo que él mismo había dicho por escrito en su decreto, y creyendo que sería tachado de infame ante los griegos, si actuaba en contra de la más renombrada ciudad, cambió de opinión. Recibió a los embajadores, y dio [3] favorables y amables respuestas a aquellos que venían de parte del pueblo ateniense, pero a los que venían de parte de Foción, tras capturarlos, los mandó a las cárceles de Atenas y dejó a los atenienses la decisión de condenarlos a muerte o absolverlos de sus acusaciones, como ellos quisieran.

Así, cuando se convocó una asamblea en Atenas para debatir [4] el caso de Foción y sus hombres, muchos de los que habían sufrido el exilio con Antípatro²⁰² y miembros de la oposición los [5] condenaron a muerte. El principal argumento de la condena era que ellos después de la guerra Lamíaca habían sido responsables de la sumisión de su patria y de la ruina de la democracia y sus leyes. En cuanto a sus defensores se les hubo dado la oportunidad de articular su discurso, la

masa se alzó con tales gritos que apenas pudieron escucharse los argumentos exculpatorios. [6] Foción también tomó la palabra para defenderse, y de hecho el pueblo gritaba tanto que con el tumulto no se escuchaba la voz del acusado; y es que el grueso del partido demócrata, que había sido despojado de la ciudadanía y que contra todo lo previsto había sido admitido de vuelta, clamaba amargamente contra los que les habían quitado la libertad.

[67] Como denodadamente Foción se desesperaba por luchar por su vida y hacerse oír ante la oposición, los que estaban cerca escuchaban lo que había de justo en sus palabras, pero los que estaban lejos no se enteraron de nada por la magnitud del griterío de los que estaban alborotando y solo pudieron destacar la agitación de su cuerpo, que era cada vez más agónico y convulso [2] en consonancia con el grave peligro que corría. Al final, abandonando toda esperanza de salvarse, Foción empezó a gritar, rogando que le condenaran a muerte tan solo a él, pero que tuvieran piedad con los otros. Como la violenta furia del pueblo no cediera ni un ápice, algunos de los amigos de Foción se unieron a él en sus plegarias, de las que apenas sí se pudo oír el principio, porque en cuanto seguidamente dejaron claro que estaban hablando en su defensa, los expulsaron ruidosamente con [3] gritos de desaprobación. Al final, ante la aclamación popular, se votó la condena a muerte y fueron conducidos a la cárcel de nuevo para ser ejecutados. Los acompañaron muchos honorables varones, entre lamentos y muestras de compasión por la magnitud de su desgracia. Y es que a estos hombres de noble [4] reputación y alcurnia, aunque en vida hubieran hecho muchas buenas obras, no se les iba a conceder la oportunidad ni de defenderse ni de tener un juicio justo y se les había hecho llegar a la inquietante conclusión de que la fortuna no solo es inestable, sino implacable para todos. Muchos miembros del partido [5] democrático, hombres que se habían convertido en enconados enemigos de Foción, implacablemente le reprocharon con amargura las desgracias que ellos habían sufrido. El odio se mantiene en silencio en época de bonanza, pero cuando en un repentino cambio todo se sume en la desgracia, se rebela como una fiera contra el objeto de sus odios. Así, con una dosis de cicuta, [6] según la tradición,

acabaron con sus vidas y todos fueron abandonados sin enterrar fuera del territorio del Ática²⁰³. De esta manera, pues, terminaron las vidas tanto Foción como los que con él habían caído en desgracia²⁰⁴.

Casandro recibió de parte de Antígono treinta y cinco naves [68] y cuatro mil soldados y puso rumbo hacia El Pireo. Recibido por Nicanor, el comandante de la guarnición, tomó El Pireo, pues los muelles del puerto de Muniquia ya estaban en manos de Nicanor, quien disponía de suficientes soldados propios para mantener esa guarnición.

Poliperconte se encontraba precisamente con los reyes en la [2] Fócide y cuando se enteró de que Casandro había arribado a El Pireo, acudió al Ática y acampó cerca de El Pireo. Llevaba consigo [3] veinte mil soldados de infantería macedonios, cerca de cuatro mil de otros aliados, mil jinetes y cincuenta y cinco elefantes. Estaba decidido a asediar a Casandro, pero como estaba falto de víveres y tenía pensado que el asedio duraría bastante tiempo, se vio obligado a dejar parte del ejército en el Ática, al mando de su hijo Alejandro, ya que no podía sufragar los gastos de comida; y se llevó consigo la mayor parte del ejército al Peloponeso para obligar a los megalopolitanos, que simpatizaban con Casandro y estaban gobernados por una oligarquía dispuesta por Antípatro, a obedecer a los reyes.

[69] Mientras Poliperconte estaba ocupado con esto, Casandro, llevando consigo su escuadra, pasó a Egina y hostigó a los de Salamina, que eran hostiles a él. Realizaba frecuentes ataques diarios ya que estaba bien provisto de armamento y soldados y [2] puso a los de Salamina en grandes apuros. Cuando la ciudad estaba a punto de ser conquistada por la fuerza, Poliperconte envió una considerable armada y un ejército de infantería para romper el asedio. Por ello Casandro, sobresaltado, tras disolver [3] el asedio, navegó hasta El Pireo. Poliperconte fue al Peloponeso para solventar con provecho ciertos asuntos y en una reunión con los delegados de las ciudades trató de los términos de alianza que tenían con él. Además envió embajadores a las ciudades, ordenando que aquellos que con Antípatro habían subido al poder en gobiernos oligárquicos, fueran condenados a muerte,

y [4] que se devolviera a las ciudades su autonomía. Muchos, en efecto, obedecieron sus órdenes, y en muchas ciudades se produjeron masacres y algunos fueron desterrados. Así, los amigos de Antípatro cayeron en desgracia, mientras que los gobiernos recuperaban la libertad de palabra que surge de la autonomía y se aliaban con Poliperconte. Pero como los megalopolitanos permanecían fieles a Casandro, Poliperconte decidió asediar su ciudad.

[70] Los megalopolitanos, conscientes de las intenciones de Poliperconte, votaron llevar dentro de la ciudad todas las propiedades de la región. Así se encontraron con que aquellos que podían servir en la guerra hacían un total, entre ciudadanos, extranjeros y esclavos, de quince mil soldados. A algunos los incorporaron a sus filas, otros se unieron a los diversos equipos de trabajo y otros se encargaron de la vigilancia de las murallas. Mientras unos se ocupaban de cavar una profunda fosa, algunos [2] traían madera desde la región circundante para las empalizadas, otros se ocupaban de reparar la muralla, otros trabajaban construyendo armas y preparando las catapultas. En definitiva, toda la ciudad estaba inmersa en labores, ya fuera por el ánimo de los hombres o por los peligros que se avecinaban. De hecho, [3] circulaban rumores sobre la magnitud del ejército real y la cantidad de elefantes que lo acompañaban, de los que se creía que tenían un coraje inquebrantable y una gran fuerza corporal.

En cuanto todo quedó preparado rápidamente, Poliperconte [4] se presentó con todo su ejército y acampó cerca de la ciudad poniendo dos cuarteles, uno para los macedonios y otro para los aliados. Alzando dos torres más altas que las murallas, se acercó a la ciudad desde los lugares más convenientes, pertrechado con armas y hombres para la lucha, y repelió a los adversarios que le atacaban desde las almenas, allí emplazados. Al mismo [5] tiempo que hacía esto, fue cavando minas por debajo de las murallas con la ayuda de los zapadores, y quemando los puntales de las minas consiguió derribar tres de los torreones más grandes y otros tres paramentos de la muralla. Al ser tan grande e inesperada la destrucción, los macedonios gritaron con fuerza y los que estaban en el interior de la ciudad se quedaron helados por la

gravedad de lo sucedido. En el momento en el que los [6] macedonios se iban introduciendo en la ciudad a través de la muralla desplomada, los megalopolitanos se dividieron: una parte plantó cara a los enemigos y, aprovechando la dificultad para pasar por entre las ruinas, ofreció una dura resistencia; mientras que la otra parte cubrió con una empalizada la parte de dentro del derrumbe y fueron levantando una segunda muralla. [7] Así estuvieron trabajando sin cesar día y noche. Los megalopolitanos terminaron enseguida con los trabajos de reparación gracias a la abundancia de mano de obra disponible y de material para todo, consiguieron recuperarse de la debacle que habían sufrido por la caída de la muralla, usaron catapultas, arqueros y honderos contra los enemigos que atacaban desde las torres de madera y aniquilaron a muchos de ellos.

[71] Fueron muchos los caídos y heridos por ambas partes, pero en cuanto llegó la noche Poliperconte convocó a los soldados [2] con una señal de trompeta y volvió a su propio campamento. Al día siguiente hizo limpieza de la zona del derrumbe para hacerlo accesible a los animales, ya que pensaba servirse de su fuerza para tomar la ciudad. Pero los megalopolitanos lograron salirse con la suya al mando de Damis²⁰⁵, que estuvo en Asia también con Alejandro y tenía cierta experiencia en el uso y la naturaleza [3] de los elefantes. Así pues, confrontando su natural ingenio a la fiereza de los animales, Damis inutilizó la potencia física de sus cuerpos: así preparó unas grandes planchas con clavos puntiagudos, los colocó en profundos agujeros y, luego, ocultando las puntas salientes de las flechas, dispuso sobre ellas un camino de entrada a la ciudad sin ningún soldado al frente, pero colocó en los flancos a multitud de lanceros, arqueros y balistas.

[4] Mientras Poliperconte limpiaba todo el escombros y entraba con sus fieras por en medio de ese camino, algo inesperado ocurrió a los elefantes. Como no había nadie que se opusiera a la marcha de los animales, los indios los espolearon para que cargaran contra la ciudad, pero los elefantes, mientras marchaban con fuerza, cayeron sobre las planchas llenas de clavos. Heridos en sus patas por las puntas, como por su peso se iban [5] hundiéndose más en los pinchos, no podían avanzar

más ni podían dar media vuelta. Al mismo tiempo los megalopolitanos les arrojaron todo tipo de armas desde los flancos y algunos de los indios murieron y otros se vieron inhabilitados por las heridas que recibieron. Los animales que sufrían enormemente por [6] la cantidad de armas arrojadizas y el tipo de heridas infligidas por los pinchos, se dieron media vuelta en dirección al resto de la tropa y pisotearon a muchos de ellos. Al final, incluso el más valiente de los elefantes y que tenía más arrojo cayó, otros quedaron inutilizados, y otros muchos causaron la muerte a muchos de su propio bando.

Tras ese triunfo, los megalopolitanos cobraron ánimos, [72] mientras que Poliperconte se arrepintió de su asalto, y como no podía permanecer durante mucho tiempo en el asedio, dejó allí parte de su ejército y él, al mando de otra sección, se marchó para atender otros asuntos urgentes. Envío a Clito, el almirante [2] de la armada, al mando de una flota, ordenándole que, tras fondear en las regiones del Helesponto, estuviera al acecho y bloqueara las fuerzas provenientes de Asia en Europa; y, además, que capturara a Arrideo, que había huido con sus soldados a la ciudad de Cío²⁰⁶, dado que era enemigo de Antígono. Clito zarpó [3] en dirección al Helesponto y cuando ya había conseguido la alianza de las ciudades de la Propóntide e incluso había recibido el ejército de Arrideo, apareció por aquella región también Nicanor, el comandante de Muniquia, que había sido enviado por Casandro con toda la escuadra. Nicanor había recibido las naves [4] de Antígono, de tal forma que ya tenía más de cien. En la batalla naval que tuvo lugar, no lejos de la ciudad de Bizancio, Clito obtuvo la victoria, hundió diecisiete naves de los enemigos y capturó en ellas a no menos de cuarenta con sus tripulantes. El resto consiguió huir a los puertos de Calcedonia²⁰⁷.

[5] Tras esa victoria, Clito creyó que jamás los enemigos se atreverían a volver a luchar por mar contra él, debido a la aplastante derrota que les había infligido; pero Antígono, al enterarse de la catástrofe de la escuadra, contra todo pronóstico supo recuperarse de la derrota que había sufrido gracias a su propia [6] sabiduría e ingenio militar. En efecto, tras hacer traer desde Bizancio las naves auxiliares, durante la noche hizo pasar en ellas a la otra orilla a los arqueros y

honderos y a un número suficiente de aquellos que formaban parte de las otras formaciones de infantería ligera²⁰⁸. Estos, antes de que despuntara el día cayeron sobre los soldados de las naves enemigas, desembarcaron en tierra y sorprendieron a los soldados de Clito con una ofensiva en tierra firme. Rápidamente todos se precipitaron a las naves, alterados por el miedo, y se produjo un gran revuelo a causa de la impedimenta y de la cantidad de prisioneros.

[7] En estas, Antígono, que había puesto a punto grandes naves y colocado a muchos de sus más valientes soldados de infantería al mando de ellas, los hizo entrar en batalla, pidiéndoles que cargaran contra el enemigo con confianza, ya que con toda seguridad la victoria sería suya. Nicanor había zarpado en [8] la noche, y al despuntar el día estos cayeron sobre sus enemigos, que, confundidos, salieron en estampida al primer ataque y dejaron inservibles algunas naves, agujereándolas con los beques de proa y quitándoles los remos, y de otras se hicieron dueños sin problemas ya que los hombres se entregaron voluntariamente. Al final, a excepción de la nave del comandante, se hicieron con todas las demás junto a su tripulación. Clito huyó a tierra, [9] dejando atrás la nave, e intentó salvar su vida pasando a Macedonia, pero cayó en manos de algunos soldados de Lisímaco y allí se le dio muerte.

Antígono, tras un triunfo tan importante sobre sus enemigos, [73] ganó una gran reputación por su genio militar. Ansió entonces dominar los mares y hacerse con el poder indiscutible en toda Asia. Por ello, eligiendo de entre su ejército a veinte mil soldados de tropas ligeras y a cuatro mil jinetes, marchó a Cilicia con la intención de acabar con Eumenes y sus hombres, antes de que este reuniera un ejército más importante.

En cuanto Eumenes se enteró de que Antígono venía en ataque, [2] decidió recuperar Fenicia para los reyes, ya que había sido tomada injustamente por Ptolomeo, pero obligado por las circunstancias tuvo que salir de Fenicia y dirigirse a toda prisa a través de la Celesiria en compañía de su ejército, para recuperar las llamadas satrapías superiores. Sin embargo, en las riberas [3] del Tigris los lugareños cayeron sobre él y

perdió algunos de sus soldados. También estuvo a punto de perder todo su ejército cuando cerca de Babilonia, a orillas del río Éufrates, Seleuco cargó contra él, ya que un canal se había abierto por en medio y todo el ejército estaba atrapado; pero por obra de cierto ardid por él maquinado, Eumenes pudo subir a un cierto collado y de nuevo encauzar el canal, con lo que pudo salvarse él y todo su ejército. Tras zafarse de las tropas de Seleuco de puro [4] milagro, pasó a Persia con su ejército de quince mil soldados de infantería y tres mil trescientos jinetes. Tras permitirles a sus soldados recuperarse de las penalidades que habían sufrido, mandó recados a los sátrapas y generales que controlaban las satrapías superiores, pidiéndoles que le enviaran soldados y dinero.

Y esto fue lo que ocurrió en Asia durante ese año²⁰⁹.

[74] Mientras, en Europa²¹⁰, puesto que, tras la derrota sufrida en el asedio de Megalópolis, se menospreciaba a Poliperconte, la mayoría de las ciudades griegas habían traicionado a los reyes y se habían pasado al bando de Casandro. Sin embargo, al verse los atenienses incapaces todavía de deshacerse de la guarnición, ni aun con la ayuda de Poliperconte o de Olimpia, uno de sus más respetados líderes políticos sostuvo en la asamblea que [2] lo más ventajoso era tratar con Casandro. Al principio hubo un gran revuelo, ya que unos se oponían y otros suscribían estas palabras, pero como estaba en juego el interés común, por mayoría se tomó la decisión de enviar una embajada a Casandro y tratar de resolver estos asuntos con él como buenamente se pudiera. [3] Tras una serie de entrevistas, los embajadores llegaron a un acuerdo de paz en virtud del cual los atenienses tendrían la ciudad, la región, los tributos y las naves y todo lo demás como amigos y aliados de Casandro, pero Muniquia permanecería en poder de Casandro temporalmente, hasta que finalizara la guerra contra los reyes. También se dispuso que el gobierno quedaría en manos de aquellos que tuvieran una renta mínima de diez minas, y que Casandro pondría como gobernante de la ciudad a un varón ateniense que gozase de su estima. Y el hombre en el que recayó ese honor fue Demetrio de Falero²¹¹. Este hombre se hizo cargo de la administración

de la ciudad y la gobernó en paz y con respeto hacia sus conciudadanos.

Tras esto, Nicanor navegó hasta El Pireo con una flota adornada [75] con los mascarones de proa de los barcos capturados. Al principio, Casandro le tuvo en estima por su resonante victoria, pero después, viendo que estaba lleno de orgullo y que actuaba con displicencia y que estaba además custodiando Muniquia con sus propias tropas, pensó que él estaba conspirando y decidió ejecutarlo. Después se fue en campaña a Macedonia²¹² y muchos de sus habitantes acudieron a verle. Igualmente también [2] las ciudades griegas se sintieron impelidas a unirse en alianza con Casandro. Poliperconte, de hecho, parecía torpe e insensato en sus intentos de representar a los reyes y sus aliados, pero Casandro, en cambio, al que se le veía que trataba con generosidad a todos y que era enérgico en todas las acciones, fue ganándose a muchos partidarios de que se le otorgara el poder supremo.

Dado que el año siguiente Agatocles se convirtió en tirano [3] de Siracusa, pondremos en este punto fin a este libro tal como se comentó al principio. Comenzaremos, pues, el siguiente con la tiranía de Agatocles y trataremos en nuestra obra sus gestas de renombre.

¹ El famoso filósofo-matemático de la segunda mitad del siglo VI a. C. que fundó en Crotona (sur de Italia) una escuela filosófica y religiosa.

² Los que Diodoro llama los «antiguos físicos» eran los miembros de la escuela de Mileto (o escuela jónica), del siglo VI a. C., en la que se incluía a los filósofos Tales de Mileto, Anaximandro y Anaximenes.

³ HOMERO, *Ilíada* XXII 355-360.

⁴ Unas palabras muy parecidas aparecen en DIOD., XVII 117, 4 y ARRIANO, *Anáb.* VII 26, 3.

⁵ Cefisodoro fue arconte en 323/322 a. C., según confirman algunos decretos atenienses de ese año y la cronología del *Marmor Parium* (cf. *FGrH.* 239F B9). Lucio Furio Camilo y Junio Bruto Scaeva fueron cónsules en el año 325 a. C., el primero de ellos por segunda vez. Cf. TITO LIVIO, VIII 29, 2.

⁶ Aunque otras fuentes confirman que Roxana ya estaba encinta del hijo póstumo y en avanzado estado de gestación. Cf. JUSTINO, XIII 2, 5 (octavo mes); CURCIO RUFO, X 6, 9 (sexto mes).

⁷ Filipo III (Arrideo) era hijo de Filipo y de una bailarina tesalia, Filina de Larisa. Se cuenta que su deficiencia mental fue provocada por una droga que le suministró en su infancia Olimpia, la madre de Alejandro Magno. Cf. PLU., *Alejandro* LXXVII 5 y JUSTINO, XIII 2, 11 y XIV 5, 2.

⁸ Los *sômatophylakes* eran un consejo de alto rango compuesto por generales de confianza. En el momento de la muerte de Alejandro Magno eran siete: Leonato, Lisímaco (el futuro rey de Tracia), Aristonoo, Pérdicas, Ptolomeo (el futuro Ptolomeo I de Egipto), Pitón y Peucestas.

⁹ Nuestro autor menciona a Meleagro solo una vez: en la batalla de Gaugamela y al mando de un destacamento de infantería. Cf. DIOD., XVII 57, 2. Por otras fuentes se sabe, en cambio, que este general estuvo muy implicado en la campaña de Alejandro Magno en la India. Cf. ARRIANO, *Anáb.* 14, 14, 20 y 24; II 8; III 11, y 18 y V 1-2.

¹⁰ Uno de los grandes generales de Alejandro, destacado en Persia, y uno de los miembros de su guardia personal (*sômatophylakes*). A la muerte de Hefestión, en el año 324 a. C., ocupó el cargo de quiliarca o comandante de la caballería, el cargo de más rango dentro del ejército después del propio Alejandro.

¹¹ También conocido como Ptolomeo I *Soter* («el Salvador»), fundador de una dinastía de gobernantes en Egipto, la ptolemaica (que también se conoce como la dinastía lágida, por Lago, el padre de Ptolomeo). Sin embargo, otras fuentes comentan que Ptolomeo era realmente hijo del propio Filipo II (y, por lo tanto, hermanastro de Alejandro Magno). Cf. PAUS., I 6, 2, y CURCIO RUFO. IX 8, 22.

¹² La *Media Maior* frente a *Media Minor* o Media Atropatene, que quedó en manos de Atropates.

¹³ Según JUSTINO (XIII 4. 15), Licia y Panfilia fueron asignadas al general Nearco que, según ARRIANO (*Anáb.* I 24, 4 y III 6, 6), estaba allí como gobernador desde el 334 a. C.

¹⁴ Todos los manuscritos de Diodoro mencionan por error a Casandro (el hijo de Antípatro, regente de Macedonia) y no a Asandro, cuyo nombre aparece en otras fuentes históricas y epigráficas locales. Cf. *FGrH.*, 100 (DEXIPPUS) F8. 2 y *Syll.*³ 311, 2-3. Antípatro confirmará a Asandro en su puesto en los acuerdos de Triparadiso. Cf. DIOD., XVIII 39. 6.

¹⁵ Menandro era uno de los destacados *hetairoi* (compañeros) de Alejandro Magno y padre de Caricles, uno de los pajes reales. En el año 331 a. C. fue nombrado sátrapa de Lidia, desde donde mandó tropas a Alejandro para sus campañas en Aria y Babilonia. Cf. ARRIANO., *Anáb.* III 6. 7-8 y VII 23, I; CURCIO RUFO, VI 6, 35. Su puesto como sátrapa se confirma, pues, en las reparticiones de Babilonia. Cf. JUSTINO, XIII 4. 15 y CURCIO RUFO, X 10, 2. Se cuenta que, probablemente en este período, encargó al pintor Apeles un retrato suyo. Cf. PLINIO, *Historia Natural* XXXV 93 (aunque este lo llama «rey de los carios»).

¹⁶ Taxiles aparece también nombrado en otras fuentes como Mophis (DIOD., XVII 86, 4-7) u Omphis (CURCIO RUFO, VIII 12, 4-5). lo que se corresponde mejor con el nombre indio original. *Ambhi*. Fue aliado de Alejandro Magno en su enfrentamiento contra el rey Poro y acompañó al general macedonio en la batalla del río Hidaspes. Cf. ARRIANO, *Anáb.* V 8, 5.

¹⁷ Poros corresponde al nombre indio de *Purushottama* (apocopado en *Puru*) y es el famoso rey al que venció Alejandro Magno en la batalla del río Hidaspes (Jhelum). Antípatro confirma su puesto en los acuerdos de Triparadiso, pero en

318/317 a. C. es asesinado por su lugarteniente Eudamo. Cf. DIOD., XVIII 39, 6 y XIX 14, 8. El reino de Poros se integra en el imperio de Chandragupta Maurya.

¹⁸ La región del Hindu-Kush (Paropamisos o Cáucaso índico en la antigüedad clásica). Oxiartes de Bactria ya era gobernante de esa zona desde el 326 a. C. Cf. ARRIANO, *Anáb.* VI 15, 3.

¹⁹ Como en otros casos que hemos analizado, Sibirtio (cuya origen se desconoce) ya había sido allí dispuesto por Alejandro. Cf. ARRIANO, *Anáb.* VI 27, 1.

²⁰ Satrapía en la zona meridional del moderno Afganistán. La capital de la región, Kapisa, pasó a llamarse Alejandría de Aracosia (Kandahar), tras la conquista macedonia.

²¹ Baluchistán, en Pakistán.

²² Estasánor, originario de Solos (Chipre), era uno de los «compañeros» de Alejandro Magno, que destacó en una campaña contra Arsaces, el sátrapa aqueménida de la región de Aria, en el año 328 a. C. Tras completar con éxito la campaña y llevar a Arsaces cautivo, obtuvo estas satrapías en recompensa. Cf. ARRIANO, *Anáb.* III 29, 5; IV 18, 1-3; VI 29, 1. Posteriormente, en los acuerdos de Triparadiso, se le asignara Bactria y Sogdiana. Cf. DIOD., XVIII 39, 6.

²³ Satrapía que se extendía por el valle del río Hari al este de la cordillera del Hindu-Kush y donde Alejandro Magno fundó la ciudad de Alejandría Ariana (moderna Herat, en Afganistán).

²⁴ Satrapía que se extiende entre el Afganistán occidental y la región de Sistán, en Irán oriental.

²⁵ Satrapía limitada al sur por el Hindu-Kush y al norte por el Amur Daria, el río Oxo en la antigüedad clásica. A orillas de este río. Alejandro Magno fundó la ciudad de Alejandría de Oxiana o Alejandría del Oxo (la moderna Ai-Khanoum), que se convirtió en la próspera capital del reino grecobactriano, independiente del reino seléucida desde mediados del siglo III a. C.

²⁶ Satrapía al norte de Bactriana que se extendía por un fértil valle entre el río Amur Daria (Oxo) y el río Sir Daria (Jaxartes). Su principal ciudad, Maracanda (como se conocía la mítica Samarcanda en época helenística), opuso una tenaz resistencia a las tropas de Alejandro Magno antes de ser conquistada.

²⁷ Fratafernes era un noble persa que ya había sido sátrapa de estas dos regiones con los aqueménidas. Cf. ARRIANO, *Anáb.* III 8, 4, 23, 4 y 28, 2; IV 7, 1 y 18, 1; V 20, 7 y VI 27, 3 y 6.

²⁸ Satrapía que corresponde a la provincia de Jorasán, en Irán, y núcleo del imperio parto, el poder que reemplazaría a los seléucidas en el dominio de estas vastas regiones de Asia Central.

²⁹ Satrapía situada en la orilla sur del mar Caspio (que en la Antigüedad se conocía como océano Hircanio).

³⁰ Era uno de los miembros de la guardia personal de Alejandro Magno, que se ganó su puesto tras salvarle la vida en la campaña de la India. Cf. DIOD., XVII 99, 4 y PLU., *Alejandro* LXIII 5. Ya Peucestas había sido nombrado gobernante de Persia por Alejandro Magno y se había mostrado favorable en adoptar las costumbres persas, organizando por primera vez unas tropas auxiliares de honderos y arqueros persas en el año 324 a. C. (un tipo de tropas que luego, imitando su ejemplo, usarían mucho otros generales suyos contemporáneos, como veremos a lo

largo del relato). Cf. DIOD., XVII 110, 2 y ARRIANO, *Anáb.* VI 30, 2-3 y VII 23, 1.

³¹ La moderna provincia de Fars, en la parte septentrional de Irán, y núcleo del antiguo imperio aqueménida.

³² Tlepólemo, macedonio, hijo de Pitofanes, fue sátrapa de esa región desde el año 325 a. C. Cf. ARRIANO, *Anáb.* VI 27, 1.

³³ Esta satrapía corresponde a la actual provincia de Kermán, en Irán, en la parte septentrional del golfo Pérsico.

³⁴ Atropates fue sátrapa de toda Media con los últimos aqueménidas. Cf. ARRIANO, *Anab.* IV 18, 3 y VII 4,5. Según JUSTINO (XIII 4. 13), Media se dividió en dos: una para Pitón y otra para Atropates, noble persa aliado de Alejandro, cuya hija se había casado con Pérdicas. Esa región pasó a llamarse Media Atropatene por su gobernante y corresponde a la moderna Azerbaiyán. Cf. ESTRABÓN, XI 13, 1.

³⁵ En otras fuentes se le llama Arquelao. Cf. *FGrH.*, 100 (DEXIPPUS) F8 6.

³⁶ De manera incidental se menciona a este general de primera línea y amigo íntimo desde la infancia (*syntrophos*) de Alejandro Magno. CURCIO RUFO, III 12, 16; PLU., *Alejandro* XXVIII 5 y XXXIX 8; DIOD., XVII 37, 5-6 y 114. 1-2.

³⁷ Según otros autores, el plan inicial era llevar el cuerpo y enterrarlo en el panteón de los reyes macedonios de la primitiva capital de Macedonia, Egas (Aegae), la actual Vergina. Cf. PAUS., I 6, 3.

³⁸ Si Hefestión era el amigo más íntimo de Alejandro, Crátero era el hombre de mayor confianza para Alejandro en su política. Cf. PLU., *Alejandro* XLVII 5. Destacado en la batalla de Issos (333 a. C.) y en la batalla del Hidaspes (326 a. C.) había sido enviado de vuelta a Cilicia en el 324 a. C. para construir una nueva flota. Cf. DIOD., XVII 109, 1.

³⁹ La pira funeraria de Hefestión aparece ya terminada en el libro XVII (DIOD., XVII 114-115), con lo que debe de referirse a la tumba que se construiría para acoger sus restos mortales.

⁴⁰ Para estos planes, cf. ARRIANO, *Anáb.* VII 1 y PLU., *Alejandro* LXVIII 1.

⁴¹ No se conoce esta región de Cirno en Macedonia. Una posibilidad es enmendar el texto y leer Cirro, ciudad cerca de Pella, donde se veneraba a una Atenea *Cirrétide*.

⁴² Eran archiconocidas y aparecen ya mencionadas en las *Historias* de Heródoto. Diodoro las describe en el libro I. Cf. DIOD., I 63, 2-9.

⁴³ Cf. *Infra* 2, 3.

⁴⁴ El Cáucaso es el Hindu-Kush, no el moderno Cáucaso en la linde entre Europa del Este y Asia Occidental. Esta división de Asia sigue los preceptos del geógrafo Eratóstenes de Cirene (siglo III a. C.). Cf. ESTRABÓN, I 2, I y II 5, 31-32.

⁴⁵ En el golfo de Bengala.

⁴⁶ En el golfo Pérsico.

⁴⁷ El río Tánaís es el moderno río Don, en Rusia, pero los antiguos normalmente confundían este río con el Oxo (Amur-Daria) y el Jaxartes (Sir-Daria), que es donde se localizan estas satrapías. Quizá creían que estos ríos eran afluentes del Don.

⁴⁸ El mar Caspio. Eratóstenes y los geógrafos posteriores creían que el río era un golfo del mar del Norte. Cf. ESTRABÓN, II 1, 17 y 5, 18.

⁴⁹ Véase DIOD., II 35-37 para una completa descripción de la India por nuestro autor.

⁵⁰ Los también llamados *gandarios* o *gándaras* eran habitantes de la región de Gándara, entre el Indo y el Suastes.

⁵¹ Tenían cuatro mil elefantes. Cf. DIOD., II 37, 3 y XVII 93, 2.

⁵² Cf. DIOD., II 37, 2; pero en DIOD., XVII 93, 2 se afirma que mide treinta y dos estadios de ancho.

⁵³ Mesopotamia significa «entre ríos» (*meso-potamia*).

⁵⁴ El Nilo constituía la frontera entre Asia y el norte de África. Cf. ESTRABÓN, I 4, 7.

⁵⁵ Aunque ya hubo algún amago anterior. Cf. DIOD., XVII 99, 5-6

⁵⁶ No se sabe nada más de este personaje.

⁵⁷ Se desconoce quiénes son Eniano y Letodoro.

⁵⁸ Como principales fuentes, cf. PLU., *Demóstenes* XXVII; *Foción* XXIII-XXVI; PAUS., I 25, 2-3

⁵⁹ Cf. DIOD., XVII 109, 1.

⁶⁰ En el año 324 a. C., un año antes de la muerte de Alejandro Magno.

⁶¹ Este Nicanor de Estagira probablemente sea el compañero de estudios de Alejandro Magno. Los dos habrían sido alumnos del filósofo estagirita Aristóteles, que tenía su escuela en la localidad macedonia de Mieza. Cf. ESTEBAN DE BIZANCIO, s. V. *Mieza*. Desde luego no era el famoso Nicanor, hijo de Parmenión, general de los hipaspistas en la batalla de Gaugamela (Cf. DIOD., XVII 57, 2), y probablemente tampoco sea el general de la guarnición de Muniqia (DIOD., XVIII 64, 1-2 y 5-6).

⁶² Los Juegos Olímpicos empezaban con una competición de heraldos y el ganador era el que anunciaba los actos oficiales durante los juegos de ese año. Cf. PAUS., V 22, 1.

⁶³ Cf. PLU., *Alejandro* XLIX 8

⁶⁴ Los atenienses conquistaron Samos en el 365 a. C. y establecieron en ella una cleruquía (una especie de colonia militar).

⁶⁵ Hárpalo, el tesorero de Alejandro Magno, vivía en Babilonia, donde cometió toda clase de excesos, mientras Alejandro Magno estaba de expedición por la India. A la vuelta de Alejandro, huyó a Asia Menor con un contingente de mercenarios y el tesoro. Su destino fue Atenas, donde consiguió corromper al mismísimo Demóstenes con sus riquezas. Cf. DIOD., XVII 108, 4-8.

⁶⁶ Para estos preparativos, cf. DIOD., XVII 111, 1-3.

⁶⁷ General ateniense reconocido por su bravura y por su excesiva temeridad en las fuentes antiguas. Cf. PAUS., I 25, 5 y PLU., *Foción* XXIII.

⁶⁸ Léostenes habría conseguido, de este modo, reunir a más de cincuenta mil mercenarios. Cf. PAUS., VIII 52, 5.

⁶⁹ Filipo II de Macedonia.

⁷⁰ Se refiere a la ocasión de la batalla de Salamina del 480 a. C. que enfrentó a griegos y persas.

⁷¹ Para la destrucción de Tebas por Alejandro, cf. DIOD., XVII 8-14.

⁷² *Pelínna* o *Pelinnæum* o, como en nuestro autor, *Pelinnaión*, es una ciudad a la izquierda del río Peneo, por donde pasó Alejandro Magno en su campaña contra la ciudad de Tebas. Cf. ARRIANO, *Anáb.* I 7, 5. Los restos se encuentran en la moderna localidad griega de Palaiogardiki. De allí proceden unas famosas láminas de oro órficas del siglo IV a. C. con instrucciones para el más allá.

⁷³ Procedentes de Doris, en Grecia central.

⁷⁴ No se sabe quién es este Aripteo, pero probablemente se refiera a Arribas de Epiro, el tío paterno de Olimpia, la madre de Alejandro Magno.

⁷⁵ Cf. DIOD., XVII 109, 1.

⁷⁶ Es un error por el Leonato al que ya se ha referido anteriormente Diodoro en este libro, en el capítulo 3, 1.

⁷⁷ No se sabe quién es.

⁷⁸ A unos kilómetros de Heraclea Traquinia, en el golfo Maliaco, donde se encuentra la moderna ciudad con el mismo nombre.

⁷⁹ JUSTINO (XIII 5, 12) cuenta que fue alcanzado por un venablo.

⁸⁰ Hipérides, discípulo de Platón y de Isócrates, es uno de los diez oradores canónicos de la Antigüedad. El discurso al que se refiere nuestro autor (n. 6) se conserva casi completo en papiro. En un santuario en el Pireo había también un retrato de Leóstenes pintado por Arcesilao. Cf. PAUS., I 1, 3.

⁸¹ Sobre este personaje, cf. PLU., *Foción* XXIV 1-2.

⁸² Como así nos cuenta Diodoro en el capítulo 29.

⁸³ Seutes III fue rey de los tracios odrisios, contemporáneo de Alejandro Magno y de sus sucesores. Se levantó en armas contra Zopirión, el gobernante que Alejandro Magno había dejado en Tracia. Cf. CURCIO RUFO, X 1, 45. Fue el fundador de Seutópolis (moderna Kazanlak, cerca de Koprinka, en Bulgaria), ciudad de inspiración griega, sede de la corte y de la necrópolis real, declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

⁸⁴ Diodoro no da detalles acerca de esa lucha definitiva, pero probablemente Seutes III aceptó ser vasallo de Lisímaco. Cf. DIOD., XIX 73, 8-10.

⁸⁵ El tirano de la ciudad de Cardia. Había sido confirmado en su puesto por Alejandro Magno, a pesar de las protestas de Eumenes, que era su enemigo. Cf. PLU., *Eum.* III 3-4.

⁸⁶ *Melitaea* o *Melitela* (o también *Melítara* en PTOL., III 13, 46) es una localidad de la Ftiótide en Tesalia, cerca del río Enipeo y de Lamia. Cf. ESTRABÓN. IX 5, 10. Se identifica con las ruinas de una antigua fortaleza en una acrópolis a cuyos pies se encuentra el pueblo de Keuzlár.

⁸⁷ Menón de Farsalia, hombre de gran reputación y notable influencia en su patria natal. Su hija, Ftía, fue la esposa del rey Eácides de Epiro y la madre del famoso Pirro de Epiro. Cf. PLU., *Pirro* I 3. Menón gozó del aprecio tanto de Leóstenes como de su sucesor, Antífilo, participando en todas las batallas de la guerra Lamíaca. Cf. PLU., *Foción* XXV 5 y DIOD., XVIII 38, 5-6.

⁸⁸ Clito había acompañado a las tropas de Crátero de vuelta a Cilicia. Cf. ARRIANO. *Anáb.* VII 12, 4.

⁸⁹ No se sabe nada de este almirante. La lectura del texto es dudosa, proponiéndose el más común Eetión en vez de Evetión, pero este nombre no corresponde a ningún general ateniense que se conozca. También Diodoro resume en exceso los acontecimientos, omitiendo ciertos detalles, como que las naves atenienses estaban en dos frentes: el golfo Malíaco, acechando a la flota de Antípatro, y en el Helesponto, intentando cortar el paso de Leonato desde Asia. Clito derrota por primera vez a los atenienses en el año 322 a. C., cruza el Egeo y derrota de nuevo a los atenienses en el golfo Malíaco. Una tercera batalla se libra en la isla de Amorgos. Cf. PLU., *Demetrio*, XI 3.

⁹⁰ Archipiélago griego cerca de la costa de Acarnania, en el mar Jónico, identificado con las islas Licadas. Por su victoria, el almirante Clito será recompensado en Triparadiso con la satrapía de Lidia. Cf. DIOD., XVIII 39. 6.

⁹¹ DIOD., XXXI frag. 19, 3-5 (Dindorf) afirma que Ariarates murió en la lucha y que su hijo adoptivo pudo escapar. Para esta campaña, cf. PLU., *Eum.* III 4-14; JUSTINO, XIII 6, 1-3.

⁹² Cf. DIOD., XVIII 22, 1 para la continuación de la historia.

⁹³ Río tesalio llamado en griego actualmente Salamvrias o Salavria que, tras pasar por Larisa, la capital de Tesalia, cruza todo el valle del Tempe y desemboca en el golfo Termaico.

⁹⁴ La batalla definitiva en el 322 a. C, que aquí narra nuestro autor, se libra en Cranón, al sudoeste de Tesalia. Cf. PLU., *Foción* XXVI 1; *Demóstenes*, XXVIII 1 y *Camilo*, XIX 8 y PAUS., X 3, 4.

⁹⁵ Otras fuentes dicen que fueron siete (PLU., *Foción* XXVI 2) o dos (SUDA s. V. *Demades*) las veces que fue condenado. Démades era uno de los jefes del partido promacedonio que aceptaba incluso sobornos, con lo que quedaba justificada su condena.

⁹⁶ La guarnición entró en Muniquia, al mando del macedonio Menilo, aprovechando que los atenienses estaban celebrando los misterios de Eleusis. Menilo era un hombre de gran moderación y amigo personal de Foción; con lo que trató de molestar a los atenienses lo menos posible e incluso permitió que algunos de los exiliados volvieran a Atenas. Cf. PLU., *Foción* XXVIII-XXX.

⁹⁷ Para la personalidad de Fila, cf. DIOD., XIX 59 y nota.

⁹⁸ La isla de Samos, ocupada por una guarnición persa, había sido capturada por el general ateniense Timoteo en el año 366 a. C. (*IG* II 69, 20 y Nepote, Timoteo I).

⁹⁹ La ciudad de Cirene había firmado una alianza con Alejandro Magno, salvaguardando su libertad. Cf. DIOD., XVII 49, 2-3, y CURCIO RUFO, VI 7, 9.

¹⁰⁰ Mercenario espartano que fue reclutado por Hárpalo, el tesorero de Alejandro Magno que huyó de Babilonia con parte del tesoro en el año 325 a. C. Para Hárpalo, cf. DIOD., XVII 108, 4-8.

¹⁰¹ Creta y Cirene formaban parte de la misma provincia en época romana, ya que continuamente se accedía a Cirene desde la isla del Egeo. Cf. ESTRABÓN. XVII 3, 22.

¹⁰² No se sabe nada más de este hombre.

¹⁰³ El puerto se llamaba Apolonia (moderna Susa o Soussa) y se encuentra a una decena de kilómetros al sudoeste de Cirene. Entre las ruinas se encuentra un impresionante teatro a orillas del mar, fuera de las murallas de la antigua ciudad.

¹⁰⁴ Hesperis, también llamada Berenice (por Berenice II, esposa de Ptolomeo III, rey de Egipto) en época helenística, es la moderna ciudad libia de Bengasi. Barca, también enclavada en la costa de Libia, al oeste de Cirene, era una antigua colonia de esta última.

¹⁰⁵ Se refiere a la alianza de ciudades de la costa norteafricana de la que hablará posteriormente. Cf. DIOD., XVIII 21, 4.

¹⁰⁶ La moderna Tocrá o Tukrah, antigua colonia de Cirene en la costa, a unos veinte kilómetros de Barca. En época helenística, se la rebautizó como Arsínoe, en honor a Arsínoe II, la hermana y segunda esposa de Ptolomeo II.

¹⁰⁷ Ofelas era un macedonio al que se le menciona por primera vez al mando de una trirreme en el Indo en el año 327 a. C. Cf. ARRIANO, *Indica* XVIII 3. Fue gobernante de Cirene al menos durante cinco años, hasta que Magas, hijo de Ptolomeo I, invadió Cirene. Cf. PAUS., I 6, 8. Ofelas estuvo casado con la ateniense Eurídice, descendiente del general Milcíades. Cf. PLU., *Demetr.* XIV 1 y DIOD., XX 40, 5.

¹⁰⁸ La captura de Cirene aparece fechada en *el Marmor Parium* en el año 322 a. C., cuando todavía Ptolomeo no había adoptado el nombre de rey. Cf. DIOD., XX 53, 3. Los cireneos intentaron posteriormente liberarse del yugo ptolemaico. Cf. DIOD., XIX 79, 1-3.

¹⁰⁹ Laranda es la moderna ciudad turca de Karaman a cien kilómetros al sur de Konya (la antigua Iconium). Tras la destrucción de la ciudad por Pérdicas en el año 322 a. C., fue un lugar frecuentado por piratas.

¹¹⁰ Las ruinas de la fortaleza de *Isaura Vetus* se encuentran en Turquía en una acrópolis llamada Zengibar Kalesi, a diez kilómetros al este de Boskir (Silistat), y son, en su mayoría, de época romana.

¹¹¹ Balacro era hijo de Nicanor, uno de los más destacados miembros de la guardia personal de Alejandro Magno. Tras su participación en la batalla de Issos, en el 333 a. C., fue nombrado sátrapa de toda Cilicia y permaneció en Asia Menor. Cf. ARRIANO. *Anáb.* II 12, 2.

¹¹² Para esta campaña, cf. también JUSTINO, XIII 6, 1-3. Una historia similar la cuenta nuestro autor en Licia en el 334 a. C. con Alejandro Magno. Cf. DIOD., XVII 28, 1-5.

¹¹³ Tras la muerte de Pérdicas, Nicea se casó con Lisímaco de Tracia y tuvo tres hijos con él: Agatocles, Eurídice y Arsínoe (I). Esta última se casó con Ptolomeo II Filadelfo en primeras nupcias y fue la madre de Ptolomeo III. Cf. ESTRABÓN, XII 4, 7, y PAUS., I 9, 6.

¹¹⁴ Cleopatra era hija de Filipo II y Olimpia y hermana de Alejandro Magno. Fue el matrimonio de Cleopatra con Alejandro de Epiro, celebrado en Pella, la ocasión que se aprovechó para perpetrar el asesinato de Filipo II de Macedonia. Cf. DIOD., XVI 91-94. Después de la muerte de Alejandro de Epiro en Italia, en el 326 a. C., se prometió con el general Leonato, el sátrapa de la Frigia helespónica, en el 322 a. C. (PLU., *Eum.* 3, 5). Cuando este murió en la guerra Lamíaca, en el 322 a. C., Pérdicas fue su pretendiente. Cuando este también murió, en el 321 a. C., Cleopatra se refugió en Sardes. Durante todos estos años Cleopatra viviría como prisionera de Antígono, sin aceptar ninguna oferta de matrimonio.

¹¹⁵ El invierno de 322-321 a. C.

¹¹⁶ Filocles fue arconte en 322/321 a. C. Tiro LIVIO (VIII 37, 1-3) informa que los cónsules de ese año fueron Gayo Sulpicio Lono y Quinto Emilio Cerretano.

¹¹⁷ La famosa Alejandría (*Alexandria ad Aegyptum*). Aunque en época romana, PAUSANIAS (I 6, 3) sostiene que, al principio, el cuerpo se encontraba en Memfis, la capital tradicional del Egipto faraónico.

¹¹⁸ Cf. DIOD., XVIII 14, 1 y 33, 3.

¹¹⁹ Cf. DIOD., XVIII 25, 6.

¹²⁰ Alcetas, hijo de Orontes, macedonio de la región de Oréstide. Participó activamente en la campaña de la India de Alejandro Magno. Cf. ARRIANO, *Anáb.* IV 27 5-6 y V II, 3-4. Tras la muerte de Alejandro Magno se mostró muy activo en la guerra de los diádocos. Cf. DIOD., XVIII 37, 2; 39, 7; 44-46 y XIX 52, 5.

¹²¹ Neoptólemo, probablemente emparentado con los eácidas de Epiro, participó en el asedio de Gaza en el 332 a. C., siendo el primero de los miembros de la guardia real en escalar las murallas de la ciudad. Cf. ARRIANO, *Anáb.* II 27, 6. Había conseguido la comandancia de los hipaspistas y la satrapía de Armenia. Cf. PLU., *Enm.* I, 6 y IV 1.

¹²² Sin embargo, más adelante (DIOD., XVIII 37, 1), nuestro autor sostiene que nadie se enteró de la definitiva derrota de los dos generales, Crátero y Neoptólemo, hasta después de la muerte del propio Pérdicas. Quizá Diodoro combina aquí dos fuentes.

¹²³ Localidad al nordeste del delta del Nilo, en la desembocadura más oriental, con puesto fronterizo entre Siria y el mar, y punto estratégico de entrada de invasores en Egipto.

¹²⁴ Fortín de localización incierta entre Pelusio y Menfis.

¹²⁵ Literalmente los «portaescudos», una unidad de élite que formaba parte de la infantería pesada de la falange macedónica y que portaban el escudo griego, *aspís*.

¹²⁶ Los cocodrilos. FRONTINO (*Estratagemas* IV 7, 20) y POLIENO (IV 19) cuentan una pintoresca historia: Ptolomeo hizo que unos jinetes cabalgaran sobre animales con cepillos sujetos a sus espaldas para que los arrastraran detrás de ellos. De esta forma el polvo levantado por los animales dio la impresión de que Pérdicas venía con un numeroso ejército, y el enemigo, aterrorizado, dio marcha atrás. ESTRABÓN (XVII 1.8) deja implícito que el ejército pasó finalmente al otro lado.

¹²⁷ Atalanta, la hermana de Pérdicas, parece que fue madre de dos hijas. Cf. DIOD., XIX 35, 5.

¹²⁸ No se sabe nada más de este Arquelao, pero probablemente su puesto se lo debía a Alejandro Magno, que conquistó la ciudad en el año 332 a. C., y no a Pérdicas.

¹²⁹ Única mención de este general macedonio). No se sabe nada más de él y no ha de confundirse con otro Policies, nombrado más adelante (Cf. DIOD., XIX 11, 3) en la corte de la reina Eurídice.

¹³⁰ Primera mención de este importante personaje. Era un macedonio, hijo de Simias, originario de Timfea. A la muerte en Issos de Ptolomeo, el hijo de Seleuco, fue nombrado comandante del batallón de *pezhetairoi* de Timfea y contribuyó activamente en la victoria de la batalla de Gaugamela. Era uno de los soldados veteranos de Alejandro Magno, ya que había nacido sobre el año 390 a. C.; por ello,

cuando Crátero emprendió el camino de vuelta a Macedonia con las tropas, en el 324 a. C., Poliperconte fue con él como segundo al mando. Cf. ARRIANO, *Anáb.* II 12, 2; III 11, 9; VII 12, 4; DIOD., XVII 57, 2-3. Es probable, pues, que participara en la batalla de Cranón, aunque nuestro autor no lo mencione (Cf. DIOD., XVIII 16. 4). JUSTINO (XIII 6, 9) dice que Pérdicas le había confiado la defensa de Macedonia, mientras estuviera ausente en campaña en Egipto.

¹³¹ Se desconoce la localización de Triparadiso («Tres parques»).

¹³² Eurídice II Adea era hija de Amintas IV de Macedonia, el hermano mayor de Filipo II, y de Cinane, la hija de Filipo II y su primera mujer. Audata. La madre de Eurídice II la había entrenado en el arte de la guerra. Cf. *FGrH* 76 (DURIS) fr. 72 = ATENEO, XIII 560f. Por ello, se comprende que fuera capaz de ponerse al frente de un ejército, como nuestro autor sostiene. Cf. DIOD., XIX 11, 1-2; JUSTINO, XIV 5. 9.

¹³³ Para la satrapía de Cilicia, cf. JUSTINO, XIII 6, 16. Filoxeno había tenido un papel menor al final de la campaña de Alejandro Magno, comandando unas tropas de refuerzo en el 323 a. C. desde la costa hasta Babilonia. Cf. ARRIANO, *Anáb.* VII 23, 1 y 24, 1. Por ello, se le ignoró en las reparticiones de Babilonia. Según algunos testimonios, tras la muerte en el 326 a. C. de la reina Ada, la última regente de la dinastía Hecatómnida de Caria (era hermana del famoso Mausolo), Filoxeno también pasó a ser sátrapa de esa región. Cf. PSEUDO-ARISTÓTELES, *Económico* II 31, 1351.

¹³⁴ La región de Arbela (moderno Erbil, capital del kurdistán iraquí) se encuentra en la cuenca superior del río Tigris. Muy cerca de Arbela se celebró la famosa batalla de Gaugamela (o de Arbela) del año 331 a. C., en la que Alejandro Magno derrotó a las huestes de Darío III.

¹³⁵ Nacido en torno al año 380 a. C., fue compañero de Alejandro Magno y comandante de los argiráspidas. En el año 324 a. C. se puso en camino junto con otros veteranos de guerra de vuelta a Macedonia. Cf. CURCIO RUFO, V 2, 5 y X 10, 15; ARRIANO, *Anáb.* VII 12 4 y JUSTINO, XII 12, 8. Sin embargo debió de quedarse en Cilicia, donde se encontraba cuando llegó la noticia de la muerte de Alejandro Magno, porque de allí pasó a Egipto formando parte del ejército de Pérdicas. JUSTINO, XIII 6, 16. Antígenes traicionó a Pérdicas, por eso recibe esta satrapía en Triparadiso.

¹³⁶ Cf. DIOD., XVIII 3, 3 y nota.

¹³⁷ Nuestro autor (DIOD., XIX 14.1) posteriormente menciona a Filotas como sátrapa de Partía.

¹³⁸ Falta por mencionar al regente de Aracosia y Gedrosia, que parece ser el mismo Sibirtio, nombrado sátrapa de estas regiones en los acuerdos de Babilonia en el año 323 a. C.

¹³⁹ Macizo montañoso del Hindu-kush. También llamado Cáucaso Indico.

¹⁴⁰ La satrapía de Gándara que se extiende por el valle del río Kabul hasta la desembocadura de este río en el Indo.

¹⁴¹ Sobre este Poros, cf. DIOD., XVIII 3, 2 y nota.

¹⁴² Nuestro autor menciona a varios Nicanores en este período: el sátrapa de Capadocia, el amigo y general de Ptolomeo (DIOD., XVIII 43, 2); el comandante de la guarnición macedónica del puerto de Muniqia (DIOD., XVIII 64, 1) y el hermano de Casandro (DIOD., XIX 11, 8).

¹⁴³ Quiliarca, literalmente «mando de mil hombres», era en origen un calco del persa *hazarapatiš* y designaba al jefe de la guardia personal de mil hombres del rey persa. Con Alejandro Magno y sus sucesores, pasa a designar al comandante ecuestre de la caballería del ejército. Este puesto estuvo primero en manos del favorito de Alejandro, Hefestión. Cf. DIOD., XVIII 3, 4.

¹⁴⁴ Este es el invierno del año 320 a. C. Para la campaña posterior, véase también PLU., *Eum.* IX, y JUSTINO, XIV 2, 1-3.

¹⁴⁵ El lugar se llamaba Oricinia. Cf. PLU., *Eum.* IX 3.

¹⁴⁶ Este Pérδικας es diferente del gran general que muere en Egipto. No se sabe nada más de él que lo que cuenta nuestro autor.

¹⁴⁷ No se sabe si sirvió antes a Alejandro Magno o si se incorporó directamente a las filas de Eumenes. En la batalla de Eumenes contra Crátero y Neoptólemo, Fénix se encontraba al mando de una tropa de caballería. Cf. PLU., *Eum.* VII 1.

¹⁴⁸ Solo se sabe de él lo que nos cuenta nuestro autor en este capítulo.

¹⁴⁹ Para el asedio de Nora, cf. PLU., *Eum.* IX-XI. y NEP. *Eum.* V 3-7. La exacta localización de Nora no se conoce. Probablemente se encontraba en la parte septentrional de la cordillera del Tauro.

¹⁵⁰ Unos trescientos cincuenta metros.

¹⁵¹ En el capítulo 53, al final del asedio, solo menciona a quinientos.

¹⁵² Cf. DIOD., XVIII 37 2-3.

¹⁵³ El historiador Jerónimo de Cardia llamó la atención de Antígono el Tuerto, que logró atraerlo a su séquito. Jerónimo prosperó en la corte de la dinastía antigónida de Macedonia (junto a Demetrio I y el hijo de este, Antígono Gónatas), lo que justifica sus alabanzas a sus patronos y la parcialidad que se le reprocha (PAUS., I 9,8). Jerónimo de Cardia es la principal fuente para Diodoro en estos tres libros.

¹⁵⁴ Las vigas o estacas probablemente formaban parte de la estructura de los establos. Cf. PLU., *Eum.* XI 3-5, y NEPOTE, *Eum.* XI 3-5.

¹⁵⁵ Cf. DIOD., XVIII 53, 1; para la continuación de la historia.

¹⁵⁶ No hay que confundir este Nicanor con el sátrapa de Capadocia nombrado anteriormente. Cf. DIOD., XVIII 39, 6.

¹⁵⁷ Cf. DIOD., XVIII 73, 2.

¹⁵⁸ Apolodoro fue arconte en 319/318 a. C., pero TITO LIVIO (IX 7, 15) nombra a Quinto Publilio Filón y Lucio Papirio Cursor.

¹⁵⁹ Unos cuatrocientos cincuenta kilómetros.

¹⁶⁰ Se desconoce la exacta localización de Cretópolis («la ciudad de los cretenses»), pero se encontraba probablemente al sur de la provincia, lindando con el norte de Licia.

¹⁶¹ Capital de Pisidia, habitada desde antiguo por nativos pisidios, pero que se helenizó rápidamente tras la conquista de Alejandro Magno. Sus ruinas se conservan en Karabunar Kiui, a treinta y cuatro kilómetros al noroeste de Antalya (la antigua ciudad griega de Atalia, una fundación de los reyes de Pérgamo, los atálidas).

¹⁶² La historia continúa en DIOD., XVIII 50.

¹⁶³ Para la misión de Démades, cf. PLU., *Foción* XXX 4-6; *Demóstenes* XXXI 3-4.

¹⁶⁴ Ya Poliperconte había dirigido los destinos de Macedonia en ausencia de Antípatro. Cf. DIOD., X VIII 38, 6. Poliperconte había servido a Alejandro Magno como miembro de su guardia personal. Ascendió al rango de comandante de un batallón de la falange macedónica tras la batalla de Issos. Cf. ARRIANO, *Anab.* II 12, 3. Después del regreso de Alejandro a Babilonia. Poliperconte fue enviado de nuevo a Macedonia con Crátero para ayudar a Antípatro a acabar con la guerra Lamíaca. Cf. ARRIANO, *Anab.* VII 12, 4.

¹⁶⁵ Cf. PLU., *Foción* XXXI 1.

¹⁶⁶ La historia continúa en el capítulo 54.

¹⁶⁷ Cf. DIOD., XVIII 47, 5.

¹⁶⁸ Cícico, la antigua colonia de Mileto fundada en la Propóntide en el siglo VIII a. C., disfrutaba, en teoría, del estatus de ciudad autónoma aliada de Macedonia, como otras ciudades griegas de Asia Menor que habían sido liberadas por Alejandro Magno.

¹⁶⁹ *Celaenae* o *Kelainai* se encuentra en el nacimiento del río Meandro (Büyük Menderes). Ya durante el Imperio persa fue capital de la satrapía de la Gran Frigia con palacio real y un gran jardín. Cf. HERÓDOTO, VII 26 y JENOFONTE, *Anáb.* I 2, 7. Tras la muerte de Antígono, la población fue trasladada a la recién fundada ciudad de Apamea (en honor de la madre del fundador, el rey seléucida Antíoco I) a orillas del río Meandro.

¹⁷⁰ Cf. DIOD., XVIII 41.

¹⁷¹ Esquilo de Rodas estaba al mando de los mercenarios de Menfis, por orden de Alejandro Magno, tras la conquista de Egipto en el año 332 a. C. (cf. ARRIANO, *Anáb.* III 5, 3 y CURCIO RUFO, IV 8, 4). No vuelve a ser nombrado hasta el año 319 a. C., precisamente en este texto de nuestro autor.

¹⁷² Isla del Dodecaneso a unos cuarenta kilómetros al noroeste de Rodas.

¹⁷³ Cf. DIOD., XVIII 30-31.

¹⁷⁴ Cf. DIOD., XVIII 58

¹⁷⁵ Nuestro autor continúa la historia tal como la había dejado en el capítulo 49, 4.

¹⁷⁶ Se refiere a la guerra Lamíaca narrada en los capítulos 8-18.

¹⁷⁷ Nada se sabe de estos exiliados ni del tal Polieneto.

¹⁷⁸ Ciudad de Fócide, que en época medieval y moderna se conocía como Salona.

¹⁷⁹ La moderna Tríkala, en la fértil llanura de Tesalia central.

¹⁸⁰ Ciudad tesalia de la región de Histaiotis a orillas del río Peneo del mismo nombre en la actualidad, pero que en el pasado se conocía como Klokloti o Tsioti.

¹⁸¹ Se refiere a Heraclea de Traquinia, antigua ciudad griega muy cerca del golfo Maliaco, a algo más de siete kilómetros al oeste-sudoeste del desfiladero de las Termopilas. Era una colonia lacedemonia que, según nuestro autor, llegó a tener diez mil habitantes. DIOD., XII 59, 3-5.

¹⁸² El sexto mes del calendario macedonio, que cae antes del equinoccio de primavera.

¹⁸³ Hasta entonces Óropo, geográficamente parte de Beocia, había sido asignada a Atenas por Filipo en el año 338 a. C. (PAUS., I 34. I).

¹⁸⁴ Cf. DIOD., XVIII 8, 7 y 18, 9.

¹⁸⁵ Cf. PLU., *Eum.* XIII 1-2.

¹⁸⁶ Arquipo fue arconte en Atenas en 318/317 a. C. Para el año 319 a. C., TITO LIVIO (IX 15, 11) informa que los cónsules fueron L. Papirio Cursor por tercera vez (o quizá L. Papirio Murgilano) y Q. Aulio Cerretano por segunda vez. Este último había sido cónsul en el año 323 a. C. (cf. DIOD., XVIII 26, 1. aunque con el nombre de Gayo Elio).

¹⁸⁷ De Nora. Cf. DIOD., XVIII 53, 5.

¹⁸⁸ Los *argyráspidas*, literalmente «portadores de escudos de plata», formaban una unidad de élite macedonia muy activa en las campañas de Alejandro Magno. Nuestro autor los menciona por primera en la batalla de Gaugamela (DIOD., XVII 57, 2). Tras la muerte de Alejandro Magno, habían sido enviados a Cilicia para custodiar el tesoro real, pero, como veremos más adelante (DIOD., XIX 41, 2; 43, 7 y 48, 3-4), los argiráspidas no aceptaron fácilmente las órdenes de Eumenes. Finalmente, Antígono el Tuerto disolvió esta compañía, pero TITO LIVIO (XXXVII 40) y POLIBIO (V 79) mencionan un destacamento de argiráspidas al servicio del rey seléucida Antíoco III.

¹⁸⁹ No habíamos sabido nada de Menandro desde su confirmación como sátrapa de Lidia. Cf. DIOD., XVIII 3, 1. Había sido despojado de su satrapía en los acuerdos de Triparadiso y se había pasado al bando de Antígono para recuperar Lidia. CL PLU., *Eum.* IX 8-12.

¹⁹⁰ Con cierta desgana. Cf. NEPOTE, *Eum.* VII 1.

¹⁹¹ Recuérdese que Eumenes era un griego de Cardia, no un macedonio.

¹⁹² El nombre puede designar a dos promontorios en la costa de Cilicia: uno se encuentra cerca de la desembocadura del río *Calycádnus* (moderno Göksu) y el otro está cerca de la ciudad de *Anchidálē* (quizá con los restos encontrados entre las localidades turcas de Kazalu y Karaduar).

¹⁹³ Cf. DIOD., XVIII 37. 2. Para los distintos atentados contra Eumenes, véase PLU., *Eum.* VIII 6, XIII 6. XVI 1.

¹⁹⁴ Cf. DIOD., XX 108, 2. Esta fortaleza de Cilicia era el depósito de los tesoros macedonios, pero su localización exacta se desconoce.

¹⁹⁵ Justo después de la muerte de Antípatro, Casandro nombró a Nicanor comandante de la guarnición de Muniqia, reemplazando en su puesto a Menilo (PLU., *Foción* XXXI 1).

¹⁹⁶ Como se explicó anteriormente en los capítulos 55 y 56.

¹⁹⁷ Foción había sido amigo de generales y líderes macedonios cuyos regalos siempre rechazó. Cf. NEPOTE. *Foción* I 3-4; PLU., *Foción* XVIII 1-4 y 7-8 y XXX 1-4.

¹⁹⁸ Conón era hijo de Timoteo, un importante estadista del la segunda mitad del siglo [v a. C. (al que Nepote le dedica una biografía). Llevaba el mismo nombre que su abuelo, el almirante Conón, el estratega que, tras vencer a los espartanos en la batalla del Cnido en el 394 a. C., volvió a Atenas como un héroe y levantó de nuevo los muros que unían El Pireo con la ciudad en el 393 a. C.

¹⁹⁹ Nausicles fue nombrado general en el año 352 a. C. al mando de un contingente ateniense, para ayudar a los focidios contra Filippo II e impedir su avance por las Termopilas. Cf. DIOD., XVI 37, 3. Demóstenes lo nombra en sus discursos como uno de sus partidarios.

²⁰⁰ Cf. DIOD., XVIII 57, 2.

²⁰¹ Cf. NEPOTE, *Foción* II 4-5; PLU., *Foción* XXXI 2-3 y XXXII 4-10.

²⁰² Precisamente habían vuelto a Atenas en virtud del decreto de Poliperconte. Cf. DIOD., XVIII 56. La vuelta de los exiliados era una forma, pues, de arruinar la carrera política de Foción.

²⁰³ Los funerales de Foción fueron celebrados en secreto por su mujer y un sirviente. Cf. NEPOTE, *Foción* IV 3-4, y PLU., *Foción* XXXVII 3-5. Posteriormente los atenienses lo enterraron con honores de Estado y erigieron una estatua en su honor. Cf. PLU., *Foción* XXXVIII 1.

²⁰⁴ Foción fue ejecutado en el mes del calendario ateniense de Muniquion (abril/mayo) del año 318 a. C. Cf. PLU., *Foción* XXXVII 1.

²⁰⁵ Damis era el gobernador de la ciudad nombrado por Antípatro. Lo confirmó en su puesto Casandro, cuando este logró suceder a su padre en Macedonia. Cf. DIOD., XIX 64, 1. De su supuesta experiencia en las campañas de Alejandro Magno no se sabe nada. CURCIO RUFO (X 8, 15) menciona a un tal Amiso de Megalópolis como negociador en las reparticiones de Babilonia; puede que el nombre de Amiso sea una corrupción textual del nombre de Damis.

²⁰⁶ Cío, en Bitinia (muy cerca de la moderna población de Gemlik en Turquía), fue originalmente una colonia de Mileto, fundada en el siglo VII a. C. Cayó en manos de Alejandro Magno en el 334 a. C., y en ese momento estaba en manos de Antígono el Tuerto. En el siglo II a. C., el rey Prusias de Bitinia la rebautizó con el nombre de *Prusias Marítima*. Para Clito y Antígono, cf. DIOD., XVIII 52, 5-6.

²⁰⁷ Calcedonia fue una antigua colonia megarenses en la entrada oriental del Bósforo, enfrente de la antigua Bizancio, y hoy es el moderno barrio de Kadikoy, en la orilla asiática de Estambul.

²⁰⁸ Literalmente los que van «al descubierto, sin protección» los *psíloi* (también «formaciones ligeras», *psiliká tágmata*); unidades de infantería como los honderos o los arqueros, mencionados en este párrafo.

²⁰⁹ Continúa en DIOD., XIX 12.

²¹⁰ Para los antecedentes, cf. DIOD., XVIII 72. 1.

²¹¹ Filósofo peripatético discípulo de Teofrasto. DIÓGENES LAERCIO le dedica una de sus biografías (*Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, V, 75-86). También, para su fama como filósofo e ilustrado legislador, cf. ESTRABÓN, XI 1, 20 y PAUS., I 25. 6.

²¹² Cf. DIOD., XIX 35, 7.

LIBRO XIX

SINOPSIS

1. Acerca de las mañas de las que se sirvió Agatocles para convertirse en tirano de Siracusa.
2. De cómo los exiliados de Crotona murieron en su totalidad en una campaña militar contra su propia patria.
3. El retorno de Olimpia y del hijo de Alejandro al reino.
4. Prisión y muerte de los reyes Filipo y Eurídice.
5. De cómo Eumenes, yendo en compañía los argiráspidas, se dirigió a las satrapías superiores y reunió a todos los sátrapas y sus ejércitos en Persia.
6. De cómo Átalo y Polemón fueron capturados y murieron junto a aquellos que formaron parte del complot contra la guardia.
7. De cómo Antígono, mientras perseguía a Eumenes, fue derrotado junto al río Coprates.
8. De cómo se puso en marcha hacia Media y en el camino perdió a muchos de sus soldados.
9. La lucha de Antígono contra Eumenes y los sátrapas en la Paretacene.
10. Retirada de Antígono con su ejército para los cuarteles de invierno en Media.
11. Invasión de Macedonia por parte de Casandro y asedio de Olimpia en Pidna.
12. De cómo Eumenes atacó a Antígono cuando iba atravesando el desierto.
13. La marcha de Antígono por el desierto contra sus enemigos y el ataque contra los elefantes en los cuarteles de invierno.
14. De cómo tras la batalla Antígono se hizo dueño de todo el ejército que se le había opuesto.

15. De cómo aniquiló a Eumenes y al resto de los sátrapas que se le habían declarado sus enemigos.
16. De la inundación que asoló Rodas y de las subsiguientes desgracias que acaecieron a los rodios.
17. De la muerte de Pitón por Antígono y de la ejecución de los que le habían opuesto resistencia en Media.
18. De la captura de Olimpia y la muerte de esta a manos de Casandro.
19. De cómo Casandro se casó con Tesalónica, la hija de Filipo, el hijo de Amintas, y fundó una ciudad con su mismo nombre en Palene.
20. De cómo Poliperconte, al enterarse de la suerte de los reyes, huyó a Etolia.
21. De cómo Casandro repobló la ciudad de Tebas, que había sido destruida por Alejandro.
22. Acerca de lo que le había ocurrido a la ciudad de Tebas en el pasado y cuántas veces la ciudad ha sido destruida.
23. De lo que le sucedió a Casandro en el Peloponeso.
24. Marcha de Antígono y su ejército por mar y de la huida de Seleuco al Egipto de Ptolomeo.
25. Alianza de Ptolomeo, Seleuco y Casandro, además de Lisímaco para hacerle la guerra a Antígono.
26. De cómo Antígono construyó muchas naves y envió generales a Grecia y al Helesponto.
27. De cómo se alió con Alejandro, el hijo de Poliperconte, y asedió Tiro y cómo Alejandro se pasó al bando de Casandro.
28. De cómo Policleto, el almirante de Ptolomeo, venció a los generales de Antígono tanto por tierra como por mar.
29. Acerca de la campaña de Agatocles a Mesenia y de la paz firmada con la intercesión de los cartagineses.
30. La revuelta de Nuceria contra los romanos.

31. Las operaciones de los generales de Antígono y Casandro en Grecia.
32. Campaña de Casandro en Etolia y la región cercana al Adriático.
33. La captura en Caria por parte del ejército enviado por Casandro; de cómo los exiliados siracusanos, después de persuadir al pueblo de Agrigento a que luchasen contra Agatocles, buscaron en Lacedemonia un general, Acrotato.
34. De cómo Acrotato aceptó ser general y gobernó como un tirano; y cómo los acragantinos firmaron la paz con el dinasta Agatocles.
35. Operaciones romanas contra los yápiges.
36. La revuelta de los de Callantia contra Lisímaco y qué pasó a aquellos que fueron enviados en su ayuda por Antígono.
37. De cómo Filipo, al que Casandro había enviado como general a Etolia, venció al mismo tiempo a los pueblos de Etolia y Epiro.
38. De cómo los romanos vencieron a los samnitas en batalla, y poco después a los campanos que se habían sublevado.
39. De cómo Antígono envió a Ptolomeo como general con un ejército para liberar a los griegos y sobre sus operaciones en Grecia.
40. La batalla entre Demetrio y Ptolomeo y la victoria de este último.
41. La desertión de Telesforo, general de Antígono.
42. Las operaciones de Casandro en el Epiro y en el Adriático.
43. De cómo Seleuco recibió una pequeña fuerza de Ptolomeo, obtuvo el control de Babilonia y recuperó la satrapía que antes había poseído.
44. De cómo Antígono tomó Celesiria sin batalla, y cómo envió un ejército a Arabia.
45. Acerca de las costumbres de las tribus árabes.

46. Acerca del llamado mar Muerto.
47. De cómo Antígono envió a su hijo Demetrio con el ejército a Babilonia.
48. Sobre las operaciones de romanos y samnitas.
49. De cómo Agatocles engañó a los mesinos y se hizo dueño de su ciudad.
50. De cómo mató a los de Mesina, a los tauromenios y a los centoripianos que se le opusieron.
51. De cómo Agatocles venció a Dinócrates y a los exilados en Galeria.
52. La muerte de Roxana y del rey Alejandro.
53. Las operaciones de los romanos en Italia.
54. Sobre el naufragio que sufrieron los cartagineses.
55. De cómo los cartagineses vencieron a Agatocles en una batalla en Hímera y lo sitiaron en Siracusa.

LIBRO XIX

Un antiguo dicho sostiene que no es cualquier persona, sino [1] los que destacan por sus cualidades extraordinarias los que acaban con las democracias. Por esa razón, algunas ciudades, al sospechar de algunos de sus prominentes políticos, reprimieron la exhibición de su poder. En efecto, parece que solo media un [2] paso entre la permanencia en el poder y la reducción de su patria a la esclavitud, y les resulta difícil evitar la tentación de la monarquía a los que aspiran a alzarse con el poder absoluto. Es [3] natural que alberguen ambiciones aquellos que con aires de grandeza arden en deseos de gobernar. Así, los atenienses, por esta causa, a sus más destacados ciudadanos los condenaron al exilio, instituyendo lo que entre ellos se denomina ostracismo¹. Y esto lo hicieron no para que con ello recibieran un castigo por los crímenes cometidos, sino para que los que fueran lo suficientemente poderosos para saltarse la ley no perjudicaran a su [4] patria. Así, en efecto, como si de un oráculo se tratara, se recordaban las palabras de Solón, en las que preveía la tiranía de Pisístrato con el siguiente poema:

La ciudad se arruina por sus grandes hombres y a la tiranía sucumbe el pueblo, esclavo en su ignorancia².

[5] Más que en ningún otro sitio, esta tendencia hacia el poder absoluto prevaleció en Sicilia, incluso hasta que los romanos dominaron esta isla. Las ciudades, engañadas por manejos demagógicos, llegaron al punto de hacer fuertes a los débiles, hasta que estos se convirtieron en dueños y señores de los que habían [6] engañado. El tirano más extraordinario en Siracusa fue precisamente Agatocles, pues, aun siendo de origen humilde, no solo hundió a los siracusanos en una terrible desgracia, sino a [7] toda Sicilia y Libia³. Aunque al principio, obligado por una vida sin rumbo, pobre y sin recursos, se había dedicado a la alfarería, llegó a ejercer su poder con tal crueldad que esclavizó a la más grande y

hermosa de todas las islas, y por un cierto tiempo dominó la mayor parte del Libia y una buena parte de Italia, [8] y sembró de dolor y muerte las ciudades de Sicilia. Sin duda, ninguno de los anteriores tiranos había llegado hasta tal punto en el ejercicio de su crueldad para con sus súbditos, porque a los hombres particulares los solía castigar acabando con toda su familia y saldaba sus cuentas con las ciudades ejecutando a los jóvenes; y por unos pocos que hubieran delinquido, obligaba a una gran mayoría, aunque no hubieran cometido ningún crimen, a compartir la misma desgracia; incluso llegaba a condenar a muerte a ciudades enteras⁴.

Sin embargo, dado que este libro trata de otros asuntos aparte [9] de la tiranía de Agatocles, haremos unos preliminares acerca de los sucesos que continúan a los ya narrados, empezando por los sucesos internos que anteceden cronológicamente en nuestro escrito. En los dieciocho libros anteriores hemos tratado los [10] sucesos ocurridos desde la más remota antigüedad en las diversas regiones del mundo conocido en la medida en que hemos podido, hasta justamente el año anterior a la tiranía de Agatocles, es decir, el año 866 después de la caída de Troya. En el presente libro, en el que comenzaremos con la historia de este dinasta, trataremos de lo que sucedió hasta la batalla de Hímera en la que Agatocles se enfrentó con los cartagineses, en un período de unos siete años.

En el arcontado en Atenas de Demógenes, Lucio Plotio y [2] Manio Fulvio fueron elegidos cónsules⁵. En ese año Agatocles se convirtió en el tirano de Siracusa. Para que quede más claro el orden de los acontecimientos, vamos a proceder a dar unos breves apuntes acerca de los antecedentes vitales de este dictador.

Carcino de Reggio⁶, tras ser expulsado de su patria, se instaló [2] en Terma⁷, en Sicilia, una ciudad que había sido fundada por los cartagineses. Se amancebó con una nativa a la que dejó embarazada [3] y empezó a tener frecuentes pesadillas. Encontrándose, por ello, angustiado por la gestación del niño, encargó a unos cartagineses que habían sido enviados al oráculo de Delfos que preguntaran al dios⁸

acerca del niño que iba a nacer. Estos llevaron a cabo el recado de manera escrupulosa y recibieron en respuesta un oráculo que les decía que el niño que iba a nacer acarrearía las más terribles desgracias para los cartagineses [4] y para toda Sicilia. Al enterarse de aquello, aterrorizado expuso a su hijo en un lugar público⁹ y encargó a unos hombres que lo vigilaran hasta que se hubiera muerto. Pero pasaron unos cuantos días, el niño aún no estaba muerto y los que estaban de [5] guardia estaban ya holgazaneando. En ese momento la madre acudió de noche, a escondidas, y se llevó al niño, pero no lo metió en su propia casa, temerosa de su marido, sino a la de su hermano Heráclidas y le pusieron el nombre de Agatocles, el [6] mismo que había tenido el padre de ella. Criado en la casa del hermano, el niño creció hasta convertirse en un joven bien parecido, de una imponente y sana figura que destacaba entre los de su misma edad. Con tal solo siete años, Carcino, que había sido invitado por Heráclidas a la casa de este para realizar un sacrificio, al ver al joven mientras jugaba con los chicos de su edad, se quedó admirado de su gallardía y su fuerza. Entonces, la mujer comentó que el niño al que habían expuesto habría sido de la misma edad, si se le hubiera criado, y Carcino dijo que se arrepentía de lo que había hecho y se puso a llorar sin freno. Entonces la mujer, al observar la reacción de su marido, [7] pensó que estaba en sintonía con lo que ella había hecho y le reveló toda la verdad. Él acogió sus palabras con regocijo y abrazó a su hijo, pero por miedo a los cartagineses se mudó para siempre a Siracusa con toda la familia¹⁰. Como era pobre, le enseñó a Agatocles el oficio de alfarero desde su más tierna infancia.

En ese momento, Timoleón de Corinto acababa de vencer [8] en la batalla de Cremiso¹¹ a los cartagineses y concedió la ciudadanía a todos los siracusanos que así lo desearan. Carcino y Agatocles fueron así inscritos como ciudadanos. Carcino murió poco después. La madre colocó una imagen en piedra de su hijo [9] en cierto recinto sagrado. En esa imagen se posó un enjambre de abejas que construyeron su panal en los flancos. Cuando comunicó este prodigio a los consagrados a este oficio, todos profetizaron que el hijo llegaría a lo más alto

cuando estuviera en la flor de la vida, y esta profecía se cumplió.

Damas, uno de los notables de la ciudad, se enamoró en Siracusa [3] del joven Agatocles y como financiaba esplendorosamente todos sus caprichos, fue el responsable de que amasara una inmensa fortuna¹²; y cuando Damas fue elegido estratega en una campaña contra Agrigento¹³, ya que uno de los capitanes [2] había muerto, llamó a Agatocles para que ocupara su lugar. Incluso antes de la campaña militar, se había convertido en alguien respetable por el tamaño de su armadura, ya que, en las revistas de tropa, estaba acostumbrado a llevar una panoplia de tal envergadura que nadie más era capaz de usarlo por el peso de las armas. Y esa fama se vio incrementada cuando fue nombrado capitán, pues era un temerario amante del riesgo, arrojado en las batallas, atrevido y presto a arengar a sus hombres. Así pues, cuando Damas murió de una enfermedad y le dejó toda su fortuna a su viuda, Agatocles la tomó por esposa y se convirtió en uno de los más ricos de la ciudad.

[3] Después de esto, los siracusanos enviaron una poderosa armada en ayuda de los crotoniatas que estaban asediados por los brucios¹⁴, de la que era general junto con otros Antandro¹⁵, el hermano de Agatocles, pero ostentaban el cargo de comandantes supremos Heráclidas y Sótrato, hombres que habían pasado toda su vida entre conspiraciones, asesinatos y otros impíos crímenes sobre los cuales trata detalladamente el libro anterior a [4] este¹⁶. Iba Agatocles con ellos en el ejército, puesto en el cargo de capitán por aclamación popular; y en un primer momento había sido distinguido por su valor en la lucha contra los bárbaros, pero Sótrato le había arrebatado esa honra por envidia. Por esta [5] razón estaba dolido y lo denunció ante el pueblo, alegando que estaba intentando instaurar un régimen tiránico. Pero los siracusanos hicieron caso omiso a estas acusaciones y Sótrato, a su vuelta de Crotona¹⁷, se hizo con el poder absoluto en su patria.

Agatocles, que lo odiaba, permaneció al principio en Italia [4] con todos sus partidarios, pero como fracasó en el intento de hacerse con la ciudad de Crotona, tuvo que ponerse a salvo

con unos pocos en Tarento. Se enroló durante su estancia en Tarento en las filas de los mercenarios pero, tras participar en algunas improvisadas escaramuzas, resultó sospechoso de actividades revolucionarias. Por ello, tras ser expulsado de ese ejército, [2] reunió en torno a sí a todos los exiliados de Italia y acudió en ayuda de los de Reggio, que estaban en guerra con Heráclidas y Sóstrato. Después, tras el fin de la dictadura en Siracusa y la [3] huida de los partidarios de Sóstrato, volvió a su patria. Cayeron con el dictador muchos notables, entre ellos los seiscientos que habían compartido el poder en una oligarquía, y después se produjo una guerra entre aquellos partidarios de instaurar la democracia y los exiliados. Ya que los cartagineses se aliaron con los que se habían exiliado con Sóstrato, se fueron sucediendo continuamente encarnizadas batallas entre ambos poderosos ejércitos, en las que Agatocles, a veces a título personal, pero otras en un puesto de mando, destacó por su eficiencia y habilidad, a causa de las oportunas decisiones que tomaba en cada ocasión. De todas las acciones que hizo es importante destacar una de ellas. Mientras los siracusanos se encontraban [4] cerca de Gela¹⁸, él mismo entró durante la noche en la ciudad con mil soldados, pero Sóstrato se presentó con un nutrido y bien dispuesto ejército, y expulsaron a los que habían entrado [5] y abatieron a trescientos. Mientras que los demás intentaban escapar por un pasadizo estrecho, cuando ya habían abandonado toda esperanza de salvarse, de repente Agatocles los salvó [6] del peligro. Él mismo, mientras luchaba denodadamente, recibió siete heridas y su cuerpo estaba debilitado por la cantidad de sangre que había perdido; pero cuando el enemigo estaba a punto de caer sobre ellos, ordenó a los trompeteros que salieran a ambos lados de la muralla y que hicieran sonar la señal para [7] la lucha. Tras cumplir rápidamente sus órdenes, los que habían acudido desde Gela como refuerzo, como no pudieron ver nada a causa de la oscuridad, suponiendo que la otra parte del ejército de los siracusanos se encontraba al otro lado del muro, abandonaron la persecución y dividieron en dos partes el ejército para acudir rápidamente a la lucha, siguiendo el sonido de las trompetas. Así, Agatocles y sus hombres se encontraron totalmente a salvo en la guarnición. Con este ardid, Agatocles engañó a los enemigos y no solo se salvaron

sus camaradas milagrosamente, sino que con él se salvaron setecientos de sus aliados.

[5] Después de esto, cuando fue elegido Acestóridas¹⁹ de Corinto como general en Siracusa, él ya tenía fama de aspirar a la tiranía, pero evitó astutamente su caída. Pues en efecto, Acestóridas, que deseaba por todos los medios evitar toda revuelta y por esta razón no quería acabar con él de manera evidente, le ordenó abandonar la ciudad y envió a unos hombres para que lo [2] mataran de camino por la noche. Agatocles, que sagazmente había adivinado las intenciones del general, seleccionó entre sus esclavos al que parecía el más adecuado por su estatura y por su aspecto. Tras darle a este toda su armadura y un caballo e incluso su propio traje, engañó a los que habían sido enviados para matarle. Él mismo consiguió escapar sin problemas cubriéndose [3] de harapos, ya que ellos supusieron que, por las armas y las demás trazas, el esclavo era Agatocles, y al no poder distinguirlo exactamente por la oscuridad, lo asesinaron, pero fracasaron a la hora de cumplir la tarea que se les había encomendado²⁰.

Después de que los siracusanos acogieran a los que se habían [4] exiliado con Sótrato y firmaran la paz con los cartagineses, Agatocles, que también era un exiliado, consiguió reunir en el interior de la región un ejército. Por el miedo que generaba no solo a sus conciudadanos, sino también a los cartagineses, lo convencieron para que volviera a su patria y, tras ser escoltado por los ciudadanos hasta el templo de Deméter²¹, juró que no se opondría a la democracia. Fue así, haciéndose pasar por un partidario [5] de la democracia y arrastrando a las masas con procedimientos arteros, como consiguió ser nombrado general y guardián de la paz, hasta que los que estaban en el exilio se integraran legítimamente en la ciudad. Sucedió que los partidos [6] políticos en los que se reunían los ciudadanos estaban divididos en diversas facciones y cada uno de ellos representaba tendencias distintas; pero el principal de ellos y la principal oposición de Agatocles era el partido de los seiscientos que habían dirigido las riendas de la ciudad durante el período oligárquico, y estos destacaban entre los siracusanos como lo más selecto por su nobleza y patrimonio.

[6] Agatocles, que tenía un desmedido deseo de hacerse con el poder absoluto, gozaba de muchas ventajas para llevar a cabo sus designios. Al ser general no solo tenía a su disposición el ejército, sino que también, como se enteró de que algunos de sus opositores en el interior del país habían reunido sus tropas cerca de Erbita²², se arrogó el derecho de poder alistar a cuantos [2] soldados le pluguiera sin levantar sospechas. Por ello, fingiendo que marchaban en campaña contra Erbita, llamó a filas a los de la localidad de Morgantina²³ y a los soldados que habían participado previamente en su campaña contra los cartagineses, [3] procedentes de algunas de las ciudades del interior. Todos estos eran firmes partidarios de Agatocles, ya que muchos de ellos habían salido grandemente beneficiados de las campañas militares anteriores y eran hostiles a los seiscientos que se habían puesto de acuerdo para formar el gobierno oligárquico en Siracusa; pero además, odiaban por completo al pueblo, porque se habían visto obligados a cumplir sus órdenes. Haciendo un total de tres mil aquellos que, ya por gusto ya por decisión propia, estaban dispuestos a derrocar la democracia, atrajeron a los ciudadanos que por su pobreza o por simple envidia estaban más opuestos a las pretensiones de aquellos que ostentaban el poder. En cuanto estuvo todo listo, ordenaron a los soldados que se [4] presentaran al comienzo del día en el Timoleonion²⁴, mientras él había sido citado por Pisarco y Diocles²⁵, los considerados cabecillas del partido de los seiscientos, para personarse y tratar algún asunto de interés común. Cuando se presentó con cuarenta compañeros amigos suyos, fingiendo que él era víctima de una conspiración, Agatocles arrestó a todos y los acusó ante sus soldados, diciendo que había sido arrestado por los seiscientos por su buen hacer hacia el pueblo, y se lamentó de su suerte.

Así alzó al pueblo en armas al grito de no detenerse hasta [5] infligir con sus propias manos el castigo a sus opresores y ordenó a los trompeteros que hicieran sonar la corneta en señal de guerra, y a los soldados, que ejecutaran a los culpables y se hicieran con las propiedades de los seiscientos y de sus colaboradores. Todos se dieron al saqueo, la ciudad se llenó de desórdenes [6] y las desgracias sucedían por doquier. Los

miembros de la aristocracia, ignorantes del peligro que se cernía sobre ellos, salieron de sus casas echándose a la calle, queriendo enterarse de la causa de ese alboroto, y los soldados que estaban fuera de sí, bien por ambición, bien por acérrimo odio, mataron a esas pobres almas que, por ignorancia, ofrecieron su cuerpo al descubierto sin armas con las que poder defenderse.

Una parte de los soldados bloqueó las estrechas salidas y [7] unos fueron asesinados en el camino y otros cayeron en sus casas. Muchos fueron masacrados sin ni siquiera tener culpa ninguna, rogando por saber cuál era la causa de su muerte. El pueblo en armas tomó sus riquezas y no hizo distingo entre amigo o enemigo, sino que miraban a la persona de la que se [2] podía sacar mayor provecho, y a ese se le tenía por malo. Por ello, quien allí estuviera podría ver que en la ciudad reinaba la violencia, la matanza y todo tipo de atropellos a la legalidad. Unos que, a pesar de sus atávicas iniquas, se habían abstenido hasta entonces de injuriar a quienes odiaban, ahora se veían con el poder de disponerlo todo a su gusto; otros, en la creencia de que podrían paliar su desesperada situación con la muerte de los más ricos, se las arreglaron para hacer caer la desgracia sobre [3] ellos. Así, algunos hicieron trizas las puertas las casas, otros ponían escaleras para subir por ellas, mientras que otros luchaban contra los que defendían desde los tejados. Ninguna protección se les brindó a aquellos que buscaron refugio en los templos, alzando sus plegarias a los dioses, sino que, en realidad, [4] los hombres ignoraron el respeto debido a los dioses. Se atrevieron en tiempos de paz y en su propia patria a contravenir las leyes, luchando griegos contra griegos, familiares contra sus congéneres, no respetando ni lazos de sangre, ni alianzas, ni dioses, con los que no había ninguno, no ya solo amigo, sino ya acérrimo enemigo, que tuviera alguna brizna de compasión por la suerte de sus víctimas.

[8] Todas las puertas de la ciudad se cerraron y murieron en un solo día más de cuarenta mil con la sola culpa de ser más pudientes que los demás. Algunos de los que trataron de huir fueron apresados cuando se precipitaban hacia las puertas; otros, que lograron saltar desde las murallas, consiguieron

ponerse a salvo en las localidades vecinas, aunque algunos, que se arrojaron [2] precipitadamente por el miedo, se rompieron la cabeza. La mayor parte de los que lograron huir de la patria, que eran unos seis mil, se refugiaron en Agrigento, donde se les proporcionó la [3] conveniente ayuda. Los que habían pasado el día matando ciudadanos junto con Agatocles no se abstuvieron de hacer violencia a sus mujeres y de ultrajarlas, ya que pensaron que los que se habían escapado de la muerte tendrían castigo suficiente con la violación de sus familias, pues, en efecto, se pensaba que sufrirían una pena más terrible que la muerte al saber que el estupro y la vergüenza habían manchado el honor de sus mujeres y sus hijas por casar. No creo que sea conveniente abundar [4] en los detalles de estos sucesos, como es costumbre en los historiadores trágicos, principalmente por respeto hacia el sufrimiento de las víctimas; y después, también porque ninguno de los lectores tiene intención de abundar en estos detalles, cuando el sentido común, en suma, los puede suplir²⁶. Pues para lo que [5] durante el día en las calles y en el ágora se atrevieron a hacer contra los que no tenían culpa ninguna, no se necesita de ningún escritor que muestre qué hicieron por la noche cada uno en su casa y cómo abusaron de doncellas huérfanas y de mujeres que se encontraban sin nadie que acudiera en su ayuda, tras haber caído en manos de sus implacables enemigos. Agatocles, [6] cuando pasaron dos días y se vio satisfecho con la muerte de los ciudadanos, reunió a los que había capturado y dejó marchar a Dinócrates en virtud de su pasada amistad, pero en el caso de los demás mató a algunos, los más hostiles, y a otros los condenó al exilio.

Después de esto convocó una asamblea y lanzó acusaciones [9] contra los seiscientos y la oligarquía que habían impuesto, diciendo que ahora se había conseguido limpiar la ciudad de los que buscaban imponer un poder absoluto y proclamó ante todos que él había devuelto la libertad al pueblo y que su deseo era entonces abandonar el poder; y mientras decía esto se rasgó la clámide y tras cambiarlo por un *himation*²⁷ se puso en marcha. [2] Pero eso lo hacía porque estaba representando el papel del demócrata y claramente sabía que como la mayoría de los presentes en la asamblea habían participado en

los actos de impiedad, no querrían que ningún otro ostentara el cargo de general. [3] Al punto, los que habían saqueado las propiedades de sus víctimas empezaron a gritar que no los abandonara, sino que aceptara hacerse cargo de todo. Él, al principio, permaneció en silencio, pero después, como la multitud empezó a presionarle para que cediera, dijo que aceptaría el cargo de general, pero [4] que él no gobernaría con nadie más. Decía que no toleraría que uno asumiera su poder y luego tuviera que responder según la ley de las culpas de aquellos otros que habían contravenido las leyes. El pueblo aplaudió la idea de verlo como gobernante absoluto y votaron que sería general con plenos poderes. Fue así como claramente se impuso como tirano y ejerció su autoridad [5] sobre la ciudad. De los siracusanos sin tacha alguna, unos, por miedo, se vieron obligados a ceder, y otros, arrastrados por la masa, no se atrevieron a mostrar abiertamente su oposición. Por otra parte, muchos de los desamparados y desposeídos saludaron este cambio con alegría, pues Agatocles había prometido en la asamblea que no solo se condonarían las deudas, sino que se [6] haría un reparto de tierras a los más desfavorecidos. Una vez realizadas estas medidas, cesó todo tipo de ejecuciones o castigos y cambiando totalmente de tercio se dirigió al pueblo de manera magnánima, beneficiando a muchos, colmando de ilusiones a no pocos con sus promesas y manipulando a todos demagógicamente con sus palabras de buena voluntad para ganarse [7] su desmedido favor. Aunque era tan grande su poder, no portaba una diadema, ni tenía una guardia personal²⁸, ni se mostraba altivo, como acostumbran a hacer casi todos los tiranos. Supervisaba los impuestos y la construcción de armamento y equipamiento militar y mandó construir otras grandes naves junto a las ya disponibles. También consiguió el control de la mayoría de las ciudades y regiones del interior.

Y esto fue lo que sucedió en Sicilia²⁹.

En Italia los romanos estaban ya en su noveno año de guerra [10] contra los samnitas³⁰. Si bien en años anteriores habían estado luchando con grandes ejércitos, entonces en sus incursiones no habían conseguido nada digno de consideración, aunque no cesaron de abrirse paso por entre las

guarniciones y saquear la región. Fue entonces cuando también asaltaron toda la región [2] de Daunia, en la Apulia, y capturaron Canosa³¹, tomando a muchos de sus habitantes como prisioneros. Añadieron dos tribus a las ya existentes, la tribu falerna y la tribu ufentina³². Al mismo [3] tiempo que esto ocurría, los crotoniatas establecieron la paz con los brucios, pero aún continuaron luchando, tras dos años, contra aquellos ciudadanos que se habían exiliado durante la democracia (por su colaboración con Heráclidas y Sótrato, del que hemos hablado en el libro anterior³³) al mando de Parón y Menedemo³⁴, hombres ilustres que fueron elegidos como generales. [4] Los exiliados salieron, pues, de Turios³⁵ con trescientos soldados mercenarios e intentaron atacar su patria durante la noche. Sin embargo, como los crotoniatas les opusieron resistencia, acamparon en la región fronteriza de los brucios y poco después, al salirles al encuentro un ejército de ciudadanos superior en número, todos murieron en la lucha.

Una vez que hemos acabado con los hechos de Sicilia e Italia³⁶, vamos a continuar nuestro relato con las restantes regiones de Europa.

[11] En Macedonia, Eurídice³⁷, que había asumido la regencia y se había enterado de que Olimpia preparaba su vuelta, envió a Casandro, en el Peloponeso, un mensajero para pedirle ayuda urgentemente, y trató de ganarse el favor de los macedonios más influyentes con promesas y grandes obsequios. Poliperconte [2] organizó un ejército con ayuda de Eácides de Epiro³⁸ para poner a Olimpia y al hijo de Alejandro Magno³⁹ al mando del reino. En cuanto se enteró de que Eurídice estaba en Evia⁴⁰, en Macedonia se puso en marcha hacia allí en compañía de un gran ejército para decidir la cuestión en liza en una simple contienda. Ambos campamentos estaban puestos el uno frente al otro y los macedonios, movidos por el respeto que le tenían a Olimpia y guardando en su memoria los pasados favores que habían recibido de Alejandro, se cambiaron de bando. Filipo, el [3] rey, fue al punto arrestado junto a su séquito, y también Eurídice junto a uno de sus consejeros, Policies⁴¹, mientras intentaba escapar huyendo a Anfípolis. De esta manera

Olimpia capturó [4] a los reyes y sin lucha alguna se hizo con el reino, pero no supo asumir moderadamente su buena fortuna, sino que puso bajo vigilancia a Eurídice y a su marido, Filipo; los torturó y después los hacinó en un espacio reducido en el que les introducían lo necesario a través de un estrecho conducto. Y después de atormentar [5] durante varios días a estos pobres desgraciados de manera injusta, cuando ya incluso estaba perdiendo el favor de los macedonios por la piedad que estos sentían por las víctimas, ordenó a unos tracios que pasaran a cuchillo a Filipo. Fue rey durante seis años y cuatro meses. Pero para Eurídice, en cambio, que hablaba sin freno y clamaba que era a ella, más que a Olimpia, a quien le correspondía el reino, tramó un castigo más [6] cruel. Le envió a ella un cuchillo, una soga y cicuta, y le ordenó que eligiera para su muerte el método que más la pluguiese, sin mostrar Olimpia respeto alguno por la dignidad de aquella a la que había injuriado tanto, ni sentir lástima ante ese destino que [7] es común a todos⁴². Por ello, cuando ella se encontró con parejo cambio de fortuna, el catastrófico fin de su vida fue digno de su crueldad. De hecho, Eurídice, cuando se presentó el que portaba esos regalos, rezó para que Olimpia también recibiera esos mismos presentes. Preparó entonces el cuerpo de su marido, limpiándole de las heridas tal como las circunstancias se lo permitieron, y se suicidó ahorcándose con su cinturón, sin derramar una sola lágrima por su suerte ni lamentarse por la magnitud de [8] su desgracia⁴³. Olimpia, tras desembarazarse de esos dos, mató también a Nicanor, el hermano de Casandro, y derribó la tumba de Yolas en represalia, como ella misma afirmaba, por la muerte de Alejandro Magno⁴⁴. También seleccionó a cien de los más destacados macedonios partidarios de Casandro y los ejecutó [9] sumariamente. Intentando saciar su resentimiento con estas atrocidades, rápidamente se ganó el odio de muchos de los macedonios por su crueldad. Todos recordaron las palabras de Antípatro, que, como un oráculo, a su muerte⁴⁵ aconsejó que nadie permitiera a una mujer acceder al trono real.

Tal como estaba la situación en Macedonia, quedaba claro que estaba a punto de estallar una revolución.

En Asia⁴⁶, Eumenes con los argiráspidas y su comandante [12] Antígenes pasaron el invierno en una región de Babilonia conocida como las Villas de carios⁴⁷, y enviaron embajadores a Seleuco y a Pitón pidiéndoles que ayudaran a los reyes y que lucharan a su lado contra Antígono. De estos dos hombres, [2] Pitón había sido nombrado sátrapa de Media y el otro lo había sido de Babilonia en aquella ocasión en que se decidió por segunda vez el reparto de las satrapías en Triparadiso⁴⁸. Seleuco contestó que serviría a los reyes, pero que jamás se sometería a las órdenes de Eumenes, a quien los macedonios unánimemente habían condenado a muerte⁴⁹. Tras discutir largo tiempo esta decisión, envió de su parte un embajador a Antígenes y a los argiráspidas exigiendo que derrocaran del poder a Eumenes. Pero como los macedonios no hicieron caso de [3] estas órdenes, Eumenes alabó su valentía, partió con su ejército y tras llegar a las orillas del río Tigris montó el campamento a una distancia de Babilonia de trescientos estadios⁵⁰. Tenía la intención de dirigirse a Susa, donde pretendía recibir a las tropas procedentes de las satrapías superiores y servirse de los tesoros reales para sus imperiosas necesidades. Se vio obligado, [4] sin embargo, a cruzar el río, ya que la región anterior había sido expoliada y, en cambio, la región de enfrente permanecía intacta y podía ofrecer abundantes alimentos para los [5] acuartelados⁵¹. Cuando desde todas partes había reunido ya las naves para cruzar el río, aparecieron Seleuco y Pitón al mando de dos trirremes y muchas bateas, ya que aún se conservaban estas pequeñas naves que fueron construidas por Alejandro en Babilonia⁵².

[13] Se acercaron con estas naves hasta el embarcadero e intentaron convencer a los macedonios para que retiraran de la comandancia a Eumenes y no siguieran más a este hombre que era un extranjero entre ellos y había matado a muchos macedonios. [2] Pero no lograron convencer de ninguna manera a los hombres de Antígenes; Seleuco navegó hasta un cierto canal antiguo y limpió el limo de antaño que con el tiempo se había ido acumulando. Al estar el campamento de los macedonios cercado por las aguas y totalmente anegado, el ejército estuvo a punto de [3] perecer totalmente bajo una inundación. Aquel día esperaron sin moverse, ya que no sabían

cómo podían solventar esa situación, pero al día siguiente reunieron todas las naves de batea, que eran en torno a unas treinta, y pasó la mayor parte del ejército, sin que nadie se quedara atrás en el desembarco. De hecho, Seleuco solo tenía caballos y estos eran muy inferiores en número [4] a los de sus adversarios. Al caer la noche, Eumenes, que estaba angustiado por la impedimenta, de nuevo cruzó de vuelta a los macedonios guiados por uno de los lugareños y les ordenó que cavaran una fosa por la que fuera fácil desviar el canal y conseguir que la región adyacente fuera transitable. [5] Cuando Seleuco vio eso, deseoso de echarlos lo más rápidamente posible de sus satrapías, envió heraldos para firmar una tregua y dejarlos cruzar. Además, también al mismo tiempo, envió emisarios a Antígono, que se encontraba en Mesopotamia, pidiéndole que acudiera con su ejército a toda prisa antes de que bajaran los sátrapas con sus ejércitos. Eumenes, tras cruzar [6] el Tigris y presentarse en la Susiana, dividió en tres partes su ejército a causa de la escasez de alimentos. Mientras iban por esa región en destacamentos separados, carecían totalmente de trigo, pero él fue distribuyendo entre sus soldados arroz⁵³, sésamo y dátiles, ya que precisamente esa región ofrecía esos alimentos en abundancia. Con anterioridad había enviado a los [7] generales de las satrapías superiores unas cartas de parte de los reyes, en las que estaba escrita la orden de obedecer totalmente a Eumenes, y entonces también mandaron emisarios, pidiendo que se presentaran todos en la Susiana con sus propios ejércitos. Cuando esto ocurrió, ya aquellos habían reunido sus ejércitos y se habían presentado por otras razones que debemos explicar previamente.

Pitón había sido designado sátrapa de Media y en cuanto, [14] poco después, fue nombrado general de todas las satrapías superiores, ejecutó a Filotas⁵⁴, el anterior general de Partia, y en su lugar puso a Eudamo, su hermano⁵⁵. Por ello, el resto de los sátrapas [2] salieron todos huyendo en masa, temerosos de que les pudiera pasar algo parecido, ya que Pitón era muy beligerante y tenía ambiciosos planes. Pero ellos fueron superiores en la lucha, mataron a muchos de los que estaban luchando de su parte y después se retiraron de Partia. Entonces

Pitón primero se retiró [3] a Media, pero poco después se presentó en Babilonia y pidió [4] a Seleuco que le ayudara y que colaborara en sus planes. Por esta razón, dado que los sátrapas habían reunido en un solo lugar sus respectivas tropas, los legados enviados por Eumenes se encontraron con las tropas ya listas. El más importante de los estrategos y al que se le había encomendado la comandancia de todas las tropas por consenso era Peucestas, un hombre que anteriormente había servido en la guardia personal de Alejandro y [5] al que el propio rey había honrado por su valentía. Durante bastantes años había estado al mando de la satrapía de Persia y se había ganado un gran respeto por parte de los nativos. Por esta razón decían que era el único macedonio al que Alejandro había permitido vestirse con el manto persa, ya que pretendía de esta manera avenirse con los persas, pues así creía que la población sería más dócil⁵⁶. Tenía además entonces arqueros persas y también diez mil honderos, tres mil soldados totalmente equipados a los que había alistado en las filas de los soldados macedonios, seiscientos jinetes griegos y tracios, y más de cuatrocientos persas. [6] Tlepólemo el macedonio, que había sido designado sátrapa de Carmania⁵⁷, tenía mil quinientos soldados de infantería y ochocientos jinetes. Y Sibirtio⁵⁸, el sátrapa de Aracosia, proporcionó mil soldados de infantería y seiscientos diez jinetes; Androbazo vino desde Paropamisada, donde Oxiartes era dueño y señor como sátrapa, con mil doscientos soldados de infantería y [7] cuatrocientos jinetes. Estasandro, el sátrapa de Ariana y Drangiana, tras apoderarse también de la Bactriana, tenía mil quinientos [8] soldados infantería y mil jinetes. Desde la India, Eudamo⁵⁹ se había presentado con quinientos jinetes, trescientos soldados de infantería y ciento veinte elefantes. Se había apoderado de estas bestias después de la muerte de Alejandro Magno, tras ejecutar aviesamente al rey Poros⁶⁰. Todos los soldados de infantería que lograron reunir los sátrapas hacían un total de más de dieciocho mil setecientos soldados, y los jinetes eran cuatro mil seiscientos.

En cuanto se hubieron reunido todos y se juntaron con Eumenes, [15] convocaron una asamblea común, en la que se sucedieron muchísimas disputas para hacerse con la

comandancia suprema. En efecto, Peucestas, por la cantidad de gente que había aportado a la lucha y por el rango que había alcanzado al lado de Alejandro, creía que era el que tenía que ostentar el poder supremo. Sin embargo, Antígenes, que era el comandante de [2] los argiráspidas, dijo que era necesario otorgar el poder de decisión a los macedonios que habían venido con él, ya que ellos habían estado en la lucha con Alejandro Magno en Asia y siempre invictos por su valentía. Eumenes, temeroso de que por las [3] disputas de unos y otros pudiera ser presa fácil para Antígono, decidió que no habría un único comandante, sino que todos y cada uno de los sátrapas y comandantes que habían sido elegidos por el pueblo debían reunirse en el palacio real cada día a deliberar en común lo que concernía a todos. De hecho, se había [4] levantado en honor del difunto Alejandro una tienda y un trono en ella en el que se acostumbraba a realizar sacrificios antes de sentarse a deliberar acerca de la orden del día⁶¹. Todos señalaron que su propuesta era la más oportuna que se había hecho y deliberaron cada día en una reunión como si se tratara de una ciudad en democracia. Después de esto pasaron a Susa y [5] Eumenes tomó de los tesoros reales la cantidad de dinero necesaria para sus necesidades, ya que los reyes, en sus cartas, habían ordenado que solo se le diera a él lo que solicitase⁶². Tras pagar a los mercenarios macedonios el sueldo de seis meses, dio a Eudamo, el general que había traído los elefantes de la India, dos mil talentos, diciendo que era para la manutención de los animales, pero de hecho trataba de lisonjear a ese hombre con esos regalos, porque precisamente él, en una situación de conflicto, podría hacer oscilar la balanza a favor de quien se pusiera a su lado, ya que la aparición de esos animales generaba terror. Cada uno de los sátrapas se ocupó de alimentar a los que les habían seguido desde su región de origen.

[6] Eumenes estaba en la Susiana entrenando su ejército. Mientras, Antígono, que estaba en sus cuarteles de invierno en Mesopotamia⁶³, al principio determinó seguir de cerca a Eumenes antes de que se hiciera más fuerte, pero en cuanto escuchó que los sátrapas y sus ejércitos se habían reunido con los macedonios frenó su marcha y empezó a entrenar a sus

tropas y a alistar a más soldados, ya que, en efecto, veía que la guerra necesitaba de grandes efectivos y de una preparación sin precedentes.

[16] Mientras esto sucedía, Átalo, Polemón y Dócimo, junto a Antípatro y Filotas, los comandantes de los ejércitos de Alcetas que habían sido capturados, estaban bajo vigilancia en un fortín extremadamente defendido; mas, cuando escucharon que Antígono y sus hombres estaban de camino hacia las satrapías superiores, creyendo que la ocasión era muy propicia, convencieron a algunos de sus vigilantes para que los liberaran, y tras hacerse con unas armas se unieron a la guardia en medio de la noche. Ellos no serían más de ocho, vigilados por cuatrocientos soldados, pero eran superiores en su arrojo y en su destreza por las campañas que habían vivido con Alejandro Magno, y tras capturar al comandante de la guarnición, Jenopites⁶⁴, lo arrojaron desde lo alto de la muralla a un estadio⁶⁵ del suelo, y una vez que hubieron aniquilado algunos guardias y espantado a otros, prendieron fuego al edificio.

Con los que estaban al acecho en el exterior se incrementó [2] el número a cincuenta. Teniendo en su poder el abundante grano de la guarnición y todo lo necesario, se plantearon si era mejor esperar y servirse de lo inexpugnable del terreno para esperar la ayuda de Eumenes o, huyendo lo más rápidamente posible, pasar a otra región para esperar un cambio en la situación. Se produjo una gran discusión: Dócimo estaba a favor de [3] ponerse en marcha, pero Átalo dijo que no podía soportar más penalidades por las heridas que les habían infligido en la cárcel. Estaban en esas, los unos discutiendo con los otros, cuando, de repente, se presentaron a la carrera procedentes de los vecinos puestos de guardia más de quinientos soldados de infantería y cuatrocientos jinetes, además de más de cuatro mil de todo tipo que venían de las regiones vecinas y que habían elegido como general a uno de los suyos para hacer la campaña en la región. Al verse de nuevo rodeados de manera inesperada, Dócimo, [4] que sabía que había una cierta salida sin vigilancia, envió un heraldo a Estratónice, la mujer de Antígono⁶⁶, que se encontraba cerca del lugar. Cuando, gracias a ella, Dócimo y otra persona

consiguieron la ansiada libertad, no se respetó el acuerdo, sino que se les entregó a la guardia y, de hecho, el hombre que había bajado con él y se convirtió en guía para los enemigos, [5] condujo a no pocos a la fortaleza y tomó uno de los picos. Átalo y sus hombres, que eran muy inferiores en número, opusieron una valiente resistencia y se defendieron cada día en la lucha; y tras un asedio de un año y cuatro meses fueron finalmente capturados en un asalto.

[17] En el arcontado ateniense de Democlide, en Roma fueron nombrados cónsules Gayo Junio y Quinto Emilio⁶⁷. En ese año se celebró la edición número ciento sesenta de la Olimpiada, en los que venció en la carrera del estadio el laconio Dinomenes. [2] En esa ocasión Antígono, que venía desde Mesopotamia, llegó a Babilonia y allí firmó una alianza con Seleuco y Pitón. Aceptando de ellos más soldados, cruzó en barco el río Tigris y tras [3] pasar su ejército se lanzó al ataque contra sus enemigos. Eumenes, al enterarse de lo que estaba pasando, ordenó a Jenófilo, que estaba al mando de la acrópolis de Susa, que no diera dinero a Antígono y que ni siquiera obedeciera sus órdenes, sino que tomando su propio ejército, fuera al río Tigris⁶⁸, que estaba a un día de camino de Susa, por donde fluye desde las montañas a una región habitada por una tribu salvaje que se llamaba los uxii. El río era de tres y hasta, en algunas partes, de cuatro estadios de ancho⁶⁹; su profundidad en medio de la corriente correspondía a la altura de un elefante y continuaba desde las montañas durante setecientos estadios⁷⁰ hasta desembocar en el mar Rojo. Tenía también este curso agua salada con muchos peces y animales similares a los tiburones, que aparecían, sobre todo, en plena canícula⁷¹. Manteniéndose frente a este río para protegerse, [4] y poniendo soldados de guardia a lo largo de todo su curso, desde el manantial hasta la desembocadura del mar, esperaron la entrada del enemigo. Como los puestos de guardia requerían de no pocos soldados debido a la extensión del terreno, Eumenes y Antígenes pidieron a Peucestas que enviara a diez mil arqueros desde Persia. Él, al principio, no les hizo caso, ya que [5] todavía les guardaba un cierto rencor por no habersele confiado la suprema comandancia, pero después, entrando en razón, admitió que si Antígono se salía

con la suya, este lo expulsaría de su satrapía y su vida correría peligro. Preocupado por su propia [6] integridad y, sobre todo, creyendo que tendría más posibilidades de obtener la comandancia si tenía más soldados, aportó, tal como se le había pedido, los diez mil arqueros. A pesar de que algunos de los persas estaban a unos treinta días de distancia, la orden les llegó el mismo día gracias a la ingeniosa colocación de los puestos de guardia, un dato que no se debe pasar por alto. De hecho, al ser la tierra de Persia de recortados valles, en los [7] puestos de vigilancia, situados en lo alto y muy cerca los unos de los otros, se habían colocado a los nativos de voz más potente. Como esos lugares estaban separados los unos de los otros por la distancia de una voz humana, los que recogían la orden la transmitían de la misma manera a los demás y esos, de nuevo, a los otros, hasta que finalmente se transmitía el mensaje hasta la frontera de la satrapía.

[18] Mientras Eumenes y Peucestas estaban realizando estas tareas, Antígono, después de llegar a Susa, la capital, con su ejército, nombró como sátrapa a Seleuco, cediéndole también soldados; y le ordenó que asediara la ciudadela donde se había atrincherado Jenófilo, el tesorero que se negaba a obedecer sus órdenes, mientras que él mismo con su ejército iba al encuentro de sus enemigos, aunque el camino iba a través de un paraje abrasador y demasiado arriesgado para que un ejército invasor se aventurara por allí. Por ello se vio forzado a realizar la marcha por la noche y acampar cerca del río antes de que [2] saliera el sol. Pero de ninguna manera pudo librarse totalmente de las penalidades de la región, y aunque había hecho todo lo humanamente posible, perdió muchos de sus soldados por el excesivo calor, ya que era la época del año que más calor hacía, [3] en plena canícula⁷². Una vez hubo llegado a orillas del río Coprates⁷³, hizo todos los preparativos para cruzarlo. Este río, que surge de una montaña antes de desembocar en el Pasitigris, distaba del campamento de Eumenes unos ochenta estadios⁷⁴ y era de un ancho de unos cuatro pletros⁷⁵; y como era un río de aguas bravas, se necesitaba o de barcos o de un puente para poder atravesarlo. Así, tras hacerse con unas naves de batea, [4] cruzó en ellas algunos de los soldados de infantería,

ordenándoles que cavaran una fosa y que alzarán una empalizada para recibir al resto del ejército. Eumenes, al enterarse por medio de sus espías de la llegada de sus enemigos, tras cruzar el puente sobre el río Tigris⁷⁶ con cuatro mil soldados de infantería y mil trescientos jinetes, tomó por sorpresa a los soldados de Antígono que habían pasado al otro lado del Tigris, que eran más de tres mil soldados de infantería y cuatrocientos jinetes y no menos de seis mil de esos soldados que suelen pasar de manera esporádica para buscar avituallamiento. Cayendo de repente [5] sobre ellos cuando estaban dispersos, ahuyentó a unos cuantos, pero consiguió imponerse con su brío y su número a aquellos macedonios que le opusieron resistencia y estos últimos se batieron en retirada. Todos se volvieron a las naves, con lo que [6] estas se hundieron por la cantidad de gente que se embarcaba, y la mayoría de los que se arriesgaban a cruzar a nado morían arrastrados por la fuerza de la corriente. Fueron pocos los que se salvaron. Los que no sabían nadar, un total de unos cuatro [7] mil, prefiriendo la cautividad antes que morir en el río, se dejaron capturar. Antígono, testigo de cómo tal cantidad de soldados estaba pereciendo, no pudo hacer nada por remediarlo al no tener naves.

Al ver que era imposible cruzar el río, se encaminó a la ciudad [19] de Badace, que se encontraba a orillas del río Euleo⁷⁷. Como era este un difícil camino debido al calor producido por las altas temperaturas, muchos hombres perecieron y cundió el desánimo en el ejército. Con todo, tras permanecer en la ciudad [2] algunos días, para que el ejército se recobrara de su derrota, consideró que era más conveniente dirigirse a Ecbatana⁷⁸, en Media, y partiendo de allí conquistar las satrapías superiores. Había dos caminos por los que se podía acceder a Media, pero cada uno de ellos presentaba alguna dificultad. Así, el que pasaba por Colón⁷⁹ era una buena vía regia, pero estaba azotada por el calor y era larga, a casi unos cuarenta días de camino. El camino que pasaba por los pueblos de los casitas⁸⁰ era difícil, angosto y accidentado y por territorio enemigo, e incluso carecía [3] de todos los necesarios víveres, pero era corto y umbrío. Aun así, no era fácil para un ejército ir por ese camino sin convencer primero

a los bárbaros que pueblan esas cordilleras, pues esos pueblos gozaban desde antiguo de autonomía, vivían en cuevas, se alimentaban de bellotas, setas y de las carnes ahumadas de [4] algunos animales salvajes. Antígono consideraba que, cuando era de tal magnitud el ejército que le acompañaba, dignarse a agradecerlos o hacerles presentes era una bajeza⁸¹; por lo que, tras elegir a los más destacados de sus peltastas⁸² y tras dividir en dos secciones a los arqueros, honderos, y otros soldados de la infantería ligera, que quedaron al mando de Nearco⁸³, le ordenó que avanzara y que tomara los pasos estrechos de difícil acceso; y tras poner en orden a los demás a lo largo de todo el camino, se colocó en la línea de vanguardia de toda la falange y puso a Pitón al mando de la retaguardia. La avanzadilla de [5] Nearco se hizo con unos pocos puestos de vigilancia, porque la mayoría de ellos y especialmente los de mayor importancia estratégica, los perdieron al llegar tarde y fueron muchos los soldados que perecieron y apenas si se pudieron abrir paso ante el ataque de los bárbaros. Cuando Antígono y sus hombres llegaron [6] a esas estrechas gargantas, se precipitaron a un peligro en el que se encontrarían desamparados. Los nativos que conocían la región y que estaban apostados sobre los desfiladeros hacían rodar grandes piedras sobre los que marchaban debajo y, al mismo tiempo, lanzaban afiladas flechas sobre aquellos que no podían defenderse, ni esquivar los venablos por la dificultad del terreno. Y como era un camino escarpado y de difícil tránsito, [7] ocurrió que los elefantes y la caballería e incluso los que iban con armadura pesada se dieron cuenta de que su vida corría peligro, sin ni siquiera tener la capacidad de defenderse a sí [8] mismos. Atrapado en ese atolladero, Antígono se arrepintió de no haberse dejado convencer por Pitón, cuando este le aconsejaba que pagara con dinero la tasa de paso. Con todo, tras haber perdido a muchos hombres y haber estado a punto de perderlos a todos, al noveno día consiguió salvarse por los pelos pasando a la populosa región de Media.

[20] El ejército, asqueado por tantos infortunios y excesivos pesares, echó la culpa a Antígono, hasta el punto de que se alzaron voces en su contra. En efecto, en cuarenta y tres

días habían sucumbido a tres catástrofes. Pero, a pesar de todo, Antígono trató a sus soldados con benevolentes palabras y obsequiándolos con un generoso avituallamiento para cubrir todas sus necesidades, [2] alivió a su ejército de su malestar. Envio a Pitón con el recado de recorrer toda la Media y de traer consigo la mayor cantidad posible de jinetes y de caballos de guerra, incluso aunque [3] estos estuvieran sin uncir. Como esta región estaba bien surtida de animales de monta, fue fácil cumplir la orden. Llegó con dos mil jinetes, con más de mil caballos que estaban completamente enjaezados, un número tal de bestias de carga que podía servir a todo el ejército y casi quinientos talentos del tesoro [4] real. Antígono integró a los jinetes en su ejército y tras repartir los caballos entre aquellos que los habían perdido, y distribuyendo las bestias de carga como regalos, se ganó de nuevo la confianza de sus soldados.

[21] Los sátrapas y generales de Eumenes, al enterarse de que los enemigos estaban acampados en Media, empezaron a discutir entre ellos, pues Eumenes y Antígenes, el comandante de los argiráspidas, y todos los que había venido desde el mar, pensaban que tenían que volver de nuevo a la costa; pero los que procedían de las satrapías superiores estaban tan solo preocupados por sus propios asuntos y dijeron que lo que hacía falta era [2] mantener el control de las regiones superiores. Cuando subió el tono de la disputa, Eumenes, consciente de que si el ejército se separaba en dos cada sección por separado no sería un adecuado oponente en la batalla, cedió ante los que provenían de las satrapías. Así, se pusieron en marcha desde Pasitigris en dirección a la capital de Persia, Persépolis⁸⁴, que estaba a unos veinticuatro días de camino. La primera parte discurría hasta la llamada Escalera⁸⁵, una zona calurosa y falta de provisiones, mientras que el resto era una región en alto, totalmente favorecida por un salutífero viento y repleta de variados frutos durante todo el año. En efecto, estaba lleno de cañadas selváticas y [3] sombreadas, con todo tipo de plantas cultivadas en los parques, claros de bosque naturales con árboles de todas las especies, corrientes de agua, de tal forma que los que recorrieran este camino pudieran holgar con mucho placer por estos frescos lugares que

invitaban al descanso. Había incluso forraje en abundancia que Peucestas había enviado con anterioridad de las regiones cercanas y lo distribuyó con largueza entre los soldados con la intención de buscar su favor. Pero en esta satrapía vivían también los más belicosos de los persas, ya que todos ellos son arqueros y honderos, y, por otra parte, también esta era la región más densamente poblada, en comparación con el resto de las satrapías.

En cuanto llegaron a Persépolis, la capital, Peucestas, que [22] era el general de esta satrapía, ofreció un opulento sacrificio en honor de los dioses y de Filipo y Alejandro, y tras haber mandado traer una cantidad importante de animales y de todo lo que fuera necesario para el festival religioso y sus celebraciones procedente de casi toda Persia, agasajó al ejército con un banquete. [2] Formó con los invitados cuatro círculos concéntricos, siendo el más grande el que rodeaba a los otros: el círculo exterior tenía un perímetro de diez estadios y en él reunió a los mercenarios y la mayoría de los aliados; en el segundo círculo de ocho estadios se encontraban los argiráspidas macedonios y el resto de los compañeros en la lucha de Alejandro Magno; el siguiente tenía un perímetro de cuatro estadios y el espacio estaba ocupado por los generales subalternos y los amigos, generales y jinetes sin formación asignada; y finalmente en el último de todos, que medía dos estadios, cada general y jefe de caballería y los más pudientes de los persas ocupaban cada uno sus [3] lechos⁸⁶. En medio de ellos estaban situados los altares de los dioses, Alejandro y Filipo. Los lechos estaban confeccionados con apilados colchones cubiertos con tapices y todo tipo de mantas, traídas en cantidad desde Persia para el goce y disfrute de todos; y los círculos estaban distribuidos de tal manera que los comensales no se molestaban los unos a los otros, pero todas las viandas estaban a mano.

[23] Cuando ya estuvo todo servido, la masa de comensales jaleó la generosidad de Peucestas y quedó claro que se había ganado su favor. Pero Eumenes, al observar esto y razonando que Peucestas estaba manipulando al pueblo para hacerse con la comandancia suprema, forjó unas cartas falsas con las que consiguió levantar los ánimos de los soldados ante el incierto

resultado de la batalla y, despreciando el boato y la ostentación de Peucestas, acrecentó su fama y crecieron sus expectativas [2] ante la masa. En sus cartas se sostenía que Olimpia, aliándose con el hijo de Alejandro, se había adueñado del trono real de Macedonia tras deshacerse de Casandro; y que Poliperconte se había pasado a Asia para atacar a Antígono con las mesnadas más poderosas del ejército real y los elefantes, y estaban ya de camino para la Capadocia. La epístola, escrita en caracteres sirios, [3] había sido enviada por Orontes⁸⁷, sátrapa de Armenia y amigo de Peucestas. Como la gente se fio del contenido de la carta por la amistad habida entre ambos sátrapas, Eumenes ordenó hacer circular y mostrar esa carta a los generales y a la mayoría de los soldados. El campamento en su totalidad cambió su opinión y todos empezaron a prestar más atención a Eumenes, ya que creían que él sería capaz de promocionar a quien quisiera y dar su merecido a los que habían actuado injustamente. Tras la fiesta, Eumenes, con la intención de impresionar a [4] los que aún no le obedecían o se postulaban como comandantes, llevó a juicio a Sibirtio, que era el sátrapa de Aracosia y muy amigo de Peucestas. Sin que Sibirtio lo supiera, había enviado a Aracosia a algunos de los jinetes y, ordenando el requisamiento de toda la impedimenta, le puso en tal situación de peligro que si no hubiera escapado de manera clandestina, habría acabado muerto a manos de la masa⁸⁸.

Tras impresionar de esta manera a los demás, rodeándose [24] también él de pompa y gran boato, cambió de nuevo de actitud y esta vez se ganó el favor de Peucestas, tratándole con suaves palabras y grandes promesas; e hizo que se mostrara dispuesto a luchar con él y deseoso de defender la causa de los reyes. [2] Apresurándose a obtener rehenes de los demás generales y sátrapas, para evitar que le abandonaran, fingió que le faltaba el dinero y les pidió que, en la medida de sus posibilidades, contribuyeran [3] con dinero a la causa de los reyes. Después de que cada uno de los generales, según su conveniencia, aportara la cantidad de cuatrocientos talentos, convirtió en sus más leales escoltas y compañeros de batalla a aquellos que antes eran sospechosos de complot contra él o de sedición.

[4] Mientras de esta manera él hacía estos movimientos estratégicos de cara al futuro, llegaron algunos hombres desde Media con el mensaje de que Antígono y su ejército se abrían paso, encaminándose a Persia. Al enterarse de esto, él mismo se puso en camino, decidido a plantarles cara y oponer resistencia a los [5] enemigos. En el camino realizó un segundo sacrificio a los dioses y agasajó esplendorosamente a su ejército, ganándose el favor de la masa por entero, pero se dejó llevar por aquellos que gustaban de beber en exceso y cayó enfermo. Por ello, la marcha se retrasó unos días, ya que se sentía impedido por las molestias. El ejército se descorazonó, ya que el enemigo se acercaba con presteza, mientras el más importante de sus generales se [6] encontraba incapacitado por la enfermedad. Sin embargo, cuando dejó de estar en estado crítico y apenas le quedaba poco para recuperarse, continuó la marcha con el ejército liderado por Peucestas y Antígenes, mientras que él mismo seguía el paso montado en una litera para que no le molestara el ruido ni la dificultad del terreno.

[25] Cuando los ejércitos estaban tan solo a un día de camino el uno del otro, ambos enviaron espías, y tras enterarse del tamaño y las intenciones de las tropas enemigas, aunque se prepararon [2] para la lucha, se separaron sin batallar. En efecto, ambos ejércitos se encontraban protegidos por un río y una empalizada enfrente de él; y como el terreno era irregular, no podían luchar el uno contra el otro. Los campamentos distaban el uno del otro tres estadios⁸⁹, y durante cuatro días continuaron enfrentándose en escaramuzas y saqueando la región, ya que estaban faltos de provisiones; pero al quinto día Antígono mandó embajadores a los sátrapas y a los macedonios, pidiéndoles que no obedecieran a Eumenes y que confiaran en él. Dijo que permitiría que los [3] sátrapas mantuvieran sus propias satrapías, que a algunos de ellos les daría un buen lote de tierra, que a otros los enviaría de vuelta a casas cargados de honores y regalos, y que a los que estuvieran dispuestos a permanecer a su lado los aceptaría en las formaciones que mejor se adecuaban a cada caso. Pero los macedonios [4] no prestaron atención a sus palabras, e incluso amenazaron a los embajadores, con lo que Eumenes avanzó y

los alabó contándoles una historia tradicional y antigua, pero que venía al pelo para la ocasión⁹⁰. Contó que un león, que se había [5] enamorado de una doncella, quiso pedírsela al padre en matrimonio; y el padre le contestó que él estaba dispuesto a entregarle a su hija, pero que tenía miedo de sus uñas y dientes, ya que no quería que jamás, una vez casados, en un momento de furia y por cualquier razón, los usara salvajemente contra la doncella. Entonces el león le hizo entrega de sus garras y sus dientes, [6] pero el padre, al ver que había perdido todo lo que le hacía peligroso, lo mató con facilidad golpeándolo con una porra. Así, Antígono pretendía hacer lo mismo: él haría promesas hasta el momento en el que se hiciera dueño del ejército y entonces castigaría a los generales. El ejército vio que tenía razón y, tras decir que estaba todo bien, Eumenes disolvió la asamblea.

Al caer la noche llegaron algunos hombres que habían desertado [26] del campamento de Antígono, diciendo que este había ordenado a los soldados movilizarse en la segunda guardia. Eumenes, al que le pareció verosímil su relato, entendió que los enemigos [2] tenían la intención de pasarse a Gabene⁹¹. Esta ciudad a tres días de camino estaba intacta, llena de alimentos, forraje y enteramente surtida de todo lo necesario para nutrir abundantemente [3] numerosos ejércitos. Además de estas bondades, el territorio ofrecía otras ventajas, como ríos y vaguadas difíciles de cruzar. Ansioso por adelantarse al enemigo, hizo lo mismo que él: tras sobornar a algunos de los mercenarios con dinero, los envió como si fueran desertores, con la orden de que dijeran que él había decidido atacar el campamento aquella noche. Él mismo, sin embargo, envió la impedimenta por delante de él, y ordenó a los soldados que levantaran el campamento a toda prisa, [4] tras cenar rápidamente. Una vez que se cumplieron estrictamente todas sus órdenes, Antígono, que había escuchado a los traidores que los enemigos habían decidido atacar esa noche, [5] paró la marcha y dispuso su ejército para la lucha. Mientras él estaba febrilmente ocupado en esos preparativos, preocupado por lo que iba a suceder, se le pasó inadvertido que Eumenes y sus hombres se le habían adelantado y ya marchaban a toda prisa en dirección a Gabene.

Antígono esperó hasta entonces con su ejército preparado, y cuando por los espías se enteró de la marcha de los otros, aun dándose cuenta de que había sido [6] astutamente engañado, no cambió de planes. Así, tras ordenar a sus soldados que levantarán el campamento, Antígono lideró una marcha que más bien parecía una persecución. Pero como Eumenes tenía una ventaja de dos guardias, Antígono, al ver que no era fácil darle alcance con todo su ejército, ya que estaban considerablemente alejados, tramó lo siguiente. Tras confiar el resto del ejército a Pitón, ordenó que le siguieran [7] a su ritmo, mientras que él, tomando consigo a los jinetes, cabalgó a toda prisa. Al romper el alba, logró alcanzar la retaguardia del enemigo y se apostó en cierto lugar elevado, donde podía ser divisado por los oponentes. Eumenes, al ver desde una [8] considerable distancia los jinetes de sus enemigos, pensó que todo el ejército estaba cerca, paró la marcha y puso el ejército en formación, como si enseguida fuera a haber una confrontación. En conclusión, los generales de ambos mandos se burlaron [9] el uno del otro de la forma que hemos descrito, como si estuvieran en una previa porfía de ingenio, mostrando que cada uno albergaba esperanzas de resultar vencedor. Antígono con [10] este ardid impidió que el ejército enemigo siguiera avanzando, consiguiendo tiempo para poder recibir al resto de sus tropas, puso a todos en orden de batalla y descendió sembrando el pánico entre los enemigos.

Antígono tenía en total, contando con los refuerzos que habían [27] acudido con Pitón y con Seleuco, más de veintiocho mil soldados de infantería, ocho mil quinientos jinetes y sesenta y cinco elefantes. Los generales se servían de diferentes formaciones para agrupar sus mesnadas, rivalizando los unos con los otros en consideración a su experiencia y habilidad. Eumenes [2] posicionó en el ala izquierda a Eudamo, que traía a los elefantes desde la India, con su escuadrón de unos ciento cincuenta jinetes y una avanzadilla de dos tropas con sus más selectos lanceros a caballo con unos cincuenta jinetes. puso a estos con los [3] que estaban en una posición más alta en la montaña, y cerca de ellos colocó a Estasandro, que tenía consigo novecientos cincuenta jinetes. Después de estos puso a Anfímaco, el sátrapa de [4] Mesopotamia, con su comitiva de seiscientos jinetes, y

pegados a ellos otros seiscientos jinetes procedentes de Aracosia, que habían sido anteriormente comandados por Sibirtio pero que, tras la huida de este, pasaron a formar parte de las tropas de [5] Cefalón. Después había quinientos procedentes de los montes Paropamisos, que eran iguales en número a los tracios que procedían de las satrapías superiores. Al frente de todos ellos colocó a cuarenta y cinco elefantes en una línea curva y a un número suficiente de arqueros y honderos en los huecos dejados por [6] los animales. Tras fortalecer de esta manera el ala izquierda, puso a su lado a la falange. En la vanguardia de esta se encontraban los mercenarios, que eran más de seis mil, y después los que estaban equipados con la armadura macedonia, que procedían de toda clase de pueblos y que eran unos cinco mil.

[28] Después de estos colocó a los argiráspidas macedonios, que eran más de tres mil y eran invencibles, ya que por su valentía resultaban de temer para los enemigos; y tras ellos, a los hipaspistas, más de tres mil al mando de Antígenes y Teutamo, además [2] de los argiráspidas. Al frente de esta falange colocó cuarenta elefantes y los huecos dejados por ellos los llenó con [3] soldados de infantería ligera. En el ala derecha puso a ochocientos jinetes, procedentes de la falange de Carmania, al mando de Tlepólemo. Después puso a los llamados «compañeros», que eran novecientos, y luego al escuadrón de Peucestas y Antígenes, compuesto de trescientos jinetes reunidos en una sola formación; y en el flanco, dispuso Eumenes su escuadrón con el mismo número de caballos, y en la avanzadilla de esta tropa colocó a dos tropas formadas por esclavos suyos, cada una de ellas compuesta por cincuenta jinetes; y salvaguardando los flancos exteriores del ala formó cuatro tropas en las que se encontraban [4] doscientos jinetes escogidos. Además de estos, puso a trescientos jinetes, seleccionados por su rapidez y fuerza de entre todos los jefes de caballería, y los situó detrás de cada escuadrón. Al frente de todo el ejército puso a cuarenta elefantes. Todo el ejército de Eumenes estaba compuesto, en total, por treinta y cinco mil soldados de infantería, seis mil cien jinetes y ciento catorce elefantes.

Antígono, que divisaba desde las alturas la formación del [29] enemigo, organizó su propio ejército, siguiendo el ejemplo de este. Al ver que el ala derecha de sus enemigos estaba fortalecido con elefantes y con los más robustos caballos, puso al frente a los más ágiles de sus jinetes que, dispuestos en una formación abierta, iban a evitar todo ataque frontal, pero que lucharían a intervalos y de esta manera inutilizarían esa sección del ejército del enemigo en la que más se confiaba. Puso al frente de esta [2] ala de la falange a los jinetes, y a los arqueros a caballo y a los alabarderos de Partia y Media, que eran unos mil y que estaban bien entrenados para esta técnica; después puso a los tarentinos que habían venido por mar (unos dos mil doscientos), que habían sido escogidos por su habilidad a la hora de tender emboscadas y eran leales a Antígono⁹², además de los mil jinetes procedentes de Frigia y Lidia, los mil quinientos que venían con Pitón y los trescientos lanceros de Lisantias y además de todos estos, los ochocientos hombres llamados «dos caballos»⁹³ y que habitaban en las satrapías superiores. El ala izquierda lo nutrió [3] con los jinetes que estaban al mando de Pitón y en el caso de la infantería puso primero a los mercenarios, más de nueve mil, y después de estos a tres mil licios y panfilios, que estaban totalmente armados al modo macedonio y que eran más de ocho mil, y después de estos puso a los macedonios, no menos de ocho mil en número y que Antípatro le había dado cuando este fue nombrado regente del reino. Los primeros jinetes que se [4] encontraban junto a la falange en el ala derecha eran unos quinientos mercenarios de todas las etnias, después había mil tracios, quinientos hombres de parte de los aliados, y con ellos los mil que se llamaban «compañeros» al mando de Demetrio, el hijo de Antígono, que por primera vez iba a luchar junto a su [5] padre. En la vanguardia de esta ala se encontraba una tropa formada por trescientos jinetes, con los que él mismo iba a acudir a la lucha. Como avanzadilla se encontraban tres tropas de sus propios esclavos y otras cuantas en paralelo reforzadas para la [6] lucha con cien tarentinos. A lo largo de toda el ala colocó a treinta de sus más poderosos elefantes, haciendo una línea curva, y llenó los huecos dejados por estos con selectas tropas de infantería ligera. Los demás elefantes los puso en su mayor parte al frente de la falange,

dejando algunos en compañía de sus [7] jinetes en el ala izquierda. Así, formados ambos ejércitos, descendieron en busca del enemigo en formación oblicua. En efecto, el ala derecha, en la que Eumenes más confiaba, fue la que cargó primero, mientras que retuvo a la otra ala con la intención de evitar la lucha frontal con la primera, mientras que con la segunda esperaba decidir la batalla.

[30] En cuanto ambos ejércitos se aproximaron el uno junto al otro y se dio la señal de comienzo para la lucha en los dos bandos, las tropas vocearon el grito de guerra alternativamente, y resonaron los trompetas dando comienzo a la batalla. En primer lugar, los caballeros que iban con Pitón, aunque en la avanzadilla no estaban considerablemente bien formados, fueron mejores que sus oponentes, ya que eran más numerosos y más ágiles, [2] e intentaron aprovechar esta ventaja. De hecho, pensaban que no era seguro atacar de frente a los elefantes, por lo que, tras rodear el ala, debilitaron los flancos lanzando continuamente flechas, y mientras ellos mismos no sufrían daño por su movilidad, causaban grandes bajas entre los animales que, por su peso, no podían perseguirlos ni podían alejarse cuando la ocasión [3] así lo requería. Eumenes, al ver que el ala estaba siendo avasallada por una multitud de arqueros a caballo, envió a la caballería ligera del ala izquierda desde donde los tenía Eudamo, y cargó contra el ala enemiga, movilizándose con todas sus [4] tropas de infantería y caballería ligera, seguido por los elefantes que fácilmente expulsaron a las tropas de Pitón e iniciaron una persecución hasta los pies de la montaña. Al mismo tiempo que [5] esto ocurría, los soldados de infantería estuvieron luchando largo tiempo, frente a frente, unos con otros, pero al final, tras caer muchos por ambos bandos, se impusieron los hombres de Eumenes, que contaban con la excelencia guerrera de los argiráspidas macedonios. Estos eran ya de edad madura⁹⁴, pero curtidos [6] en muchas batallas, y eran tales su coraje y su pericia que nadie podía resistírseles en un ataque frontal. Por ello, aun siendo solo tres mil hombres, se habían convertido en la punta de lanza de todo el ejército.

Antigono, viendo que el ala derecha de su propio ejército se [7] había dado a la fuga y que toda la falange estaba

totalmente destruida, no hizo caso a los que le aconsejaban volver a la montaña y recoger a los que se salvaban de la estampida, sino que, manteniéndose firme en su puesto al frente de la parte de su ejército, no cedió; más bien, sirviéndose diestramente de las oportunidades que le ofrecía la situación, no solo logró salvar a los que huían, sino también conseguir la victoria. En cuanto [8] los argiráspidas del bando de Eumenes y el resto de los soldados de infantería rechazaron rápidamente a los que se les oponían, los persiguieron hasta las cercanas laderas de la montaña. Antígono, al darse cuenta de que se había abierto un hueco en [9] el ejército enemigo, galopó con un destacamento de su caballería, cargando contra los flancos de las tropas al mando de Eudamo en el ala izquierda. Rápidamente puso en fuga con este inesperado [10] ataque a los enemigos y, tras matar a muchos, mandó a la caballería ligera y con ellos reunió a los que estaban huyendo y de nuevo los puso en formación de batalla en las elevaciones del terreno. Eumenes, al enterarse de la derrota de sus propios soldados, llamó a los que habían salido en persecución con un toque de trompeta, para que acudieran prestos en ayuda de los hombres de Eudamo.

[31] Cuando ya se estaban a punto de encender las antorchas, ambos generales llamaron a los que habían huido y reorganizaron de nuevo el ejército: era tal el ansia por obtener la victoria que embargaba no solo a los generales, sino también a la gran [2] masa de soldados en liza. Era una noche despejada de luna llena, y todavía con ambos ejércitos uno frente a otro, a una distancia de cuatro pletros⁹⁵, el choque de armas y el galope de los caballos parecían que estaban al alcance de todos los que estaban allí en formación. Pero al alejarse en columnas treinta estadios⁹⁶ del lugar donde se encontraban los caídos en batalla, les llegó la medianoche, y como apenas podían moverse por la dificultad del camino, las penalidades de la guerra e incluso el hambre, ambos ejércitos se vieron forzados a cesar las hostilidades [3] y acampar. Eumenes, entonces, intentó volver en busca de sus muertos para, a toda prisa, hacerse con ellos, llevárselos y reclamar una victoria indiscutible. Pero los soldados no le hacían caso, sino que gritaban que querían volverse a la zona donde se

encontraba su impedimenta, que no estaba lejos; así que [4] tuvo que ceder ante la masa. De hecho, ni le era posible controlar a los soldados, ya que eran muchos los que cuestionaban su autoridad, ni veía que esa fuera la ocasión más propicia para castigar a los disidentes. Antígono, al contrario, sin necesidad de manipular al pueblo, se mantuvo firme en su autoridad sobre la masa y acamparon cerca de los muertos; y como pudo elevar las tumbas, proclamó su victoria, diciendo que la victoria en la lucha pertenecía a quien había recuperado los cadáveres de sus caídos. En el bando de Antígono murieron en batalla sobre unos [5] tres mil setecientos soldados de infantería, cuarenta y cuatro jinetes, y fueron heridos más de cuatro mil. En el bando de Eumenes cayeron quinientos cuarenta soldados de infantería, pocos jinetes en total y heridos más de novecientos.

Antígono, tras la lucha, viendo que los soldados estaban [32] desanimados, escogió alejarse lo más rápido posible del enemigo. Con la intención de que el ejército se moviera expedito, envió a los heridos y la impedimenta más pesada por delante hacia una de las ciudades cercanas, y tras dar sepultura a los muertos al amanecer⁹⁷ y atender en ese mismo día al heraldo, que venía de parte de los enemigos para tratar de recuperar sus cadáveres, ordenó a sus hombres que cenaran rápido. A lo largo [2] del día envió al heraldo de vuelta, posponiendo para el día siguiente el levantamiento de los cadáveres, y él mismo, al comienzo de la guardia primera, pasó con todo su ejército y a marchas forzadas se alejó considerablemente del enemigo, hasta alcanzar una zona segura para solaz de sus soldados. De hecho, llegó hasta Gamarga⁹⁸, en Media, una región que estaba en manos de Pitón y que era capaz de proporcionar en abundancia todo lo necesario para la manutención de numerosos contingentes. Eumenes se enteró a través de espías de la huida de Antígono, [3] pero decidió no seguirlo, ya que sus propios soldados se encontraban debilitados por el hambre y la fatiga; y, en cambio, se afanó en levantar los cadáveres de los caídos en batalla y a enterrarlos dignamente. Entonces sucedió algo increíble y extraño para la costumbre griega.

[33] Ceteo⁹⁹, el general de los soldados que habían venido desde la India, que había muerto tras luchar gloriosamente en la batalla, había dejado en el campamento a dos mujeres que le acompañaban, una recién casada con él y otra con la que llevaba viviendo desde hacía algunos años, y que le profesaban un profundo [2] amor. Es una costumbre antigua entre los indios que tanto el novio como la joven novia no se casan obligados por los padres, sino tras dar su consentimiento. De hecho, en una época anterior, ocurría que en el cortejo, al ser los pretendientes de tan tierna edad, sus decisiones acababan siendo desastrosas con el consiguiente arrepentimiento de ambas partes, y también sucedía que muchas de esas mujeres se echaban a perder y, llevadas por el desenfreno, otorgaban sus favores a otros hombres, hasta que al final, al no poder abandonar de forma honorable a los maridos que ellas habían elegido, los asesinaban envenenándolos. El país, de hecho, proporciona no pocos medios para llevar a cabo estas acciones, ya que la India produce variados y mortales venenos, que, en algunos casos, con tan solo administrarlos [3] en la comida o en la bebida, son letales. Y esta costumbre se popularizó tanto y fueron tantos los que de esta manera murieron, que por mucho que castigaran a las culpables de esos delitos, los indios no podían disuadir a las demás de cometer esos crímenes. Por ello, aprobaron una ley según la cual quemarían en la pira funeraria junto a los maridos muertos a sus mujeres, excepto a las embarazadas y a las que tuvieran hijos; y la que no quisiera cumplir esta ley sería una viuda para siempre y se la [4] excluiría de todos los sacrificios y otros ritos como impura. Estas leyes, así aprobadas, erradicaron totalmente las transgresiones de sus mujeres, ya que, al quedarse sin honor, todas y cada una de ellas aceptaban voluntariamente la muerte, por lo que no solo velaban por la vida de sus maridos como por la suya propia, sino que incluso porfiaban entre ellas como si fuera este un gran honor¹⁰⁰.

Y esto fue lo que sucedió: a pesar de que según la ley solo [34] una estaba obligada a ser incinerada, ambas se presentaron junto a la tumba de Ceteo, disputándose el derecho de acompañar a su marido en la muerte, como si de un gran privilegio se tratara. Cuando los generales intervinieron,

la esposa más joven [2] dijo que la otra estaba embarazada y que, por ello, no podía cumplir la ley; pero la esposa mayor dijo que precisamente era más justo que ella fuera la elegida por los años de anterior convivencia y su casta, ya que también, en otros asuntos, los mayores aventajaban a los jóvenes en respeto y rango. Los generales, [3] con ayuda de unos expertos en partos, determinaron que la mayor estaba efectivamente embarazada, por lo que se decidieron por la más joven. La que había salido perjudicada de esta decisión se alejó entre llantos, arrojando de su cabeza la corona y mesándose los cabellos, como si se le hubiera anunciado una gran desgracia. En cambio, la beneficiada se encaminó feliz a la pira funeraria, cubierta con encajes por las sirvientas de la casa, adornada lujosamente como si fuera enviada por sus padres a casarse, mientras se entonaban cánticos de loa a su virtud. Cuando se acercó a la pira, se despojó de todos sus abalorios y [4] se los dio a sus parientes y amigos, como para dejar, por así decirlo, un recuerdo a sus seres queridos. Como adorno portaba en las manos muchos anillos con todo tipo de piedras preciosas engastadas y de variados colores, alrededor de su cabeza llevaba un número considerable de estrellas doradas, que se alternaban con todo tipo de piedras; y en su cuello, muchos collares, unos pequeños, y otros, poco a poco en progresión, más grandes. [5] Tras un abrazo final a sus familiares, subió a la pira con la ayuda de su hermano, mientras la jaleaba la multitud, que había corrido hasta allí, atónita, para ver cómo acababa heroicamente [6] con su vida. El ejército en armas acudió tres veces antes de que se encendiera la pira, pero ella misma permaneció tumbada al lado de su marido, sin emitir queja ninguna cuando se prendió fuego a la pira; lo que provocó la piedad en unos y, en otros, una exagerada admiración. Con todo, algunos de los griegos consideraron que estas leyes eran bárbaras y crueles.

[7] Una vez finalizados todos los funerales, Eumenes se dirigió desde Paretaco hasta Gabene, una región sin saquear que podía [8] ofrecer a los ejércitos de todo y en abundancia. Estaba a veinticinco días de camino, si se andaba por territorio habitado, y tan solo a nueve, si se discurría por una región desierta y sin agua. Las tropas de Eumenes y Antígono, que se

encontraban a esta distancia unos de otros, invernaron así e hicieron descansar a sus ejércitos.

[35] Mientras tanto, en Europa, Casandro, que estaba asediando Tegea, al enterarse de la llegada de Olimpia a Macedonia y de la muerte de Eurídice y del rey Filipo y de lo que le había sucedido a la tumba de su hermano Yolas¹⁰¹, hizo las paces con los tegeatas, y tras tomar consigo a su ejército se marchó a Macedonia dejando a los aliados absolutamente anonadados, ya que Alejandro, el hijo de Poliperconte, estaba al acecho con su ejército [2] en las ciudades del Peloponeso. Los etolios, intentando ganarse el favor de Olimpia y Poliperconte, cerraron el paso de Casandro por el desfiladero de las Termopilas. Casandro decidió entonces no continuar su camino por lugares de difícil paso, preparó naves y gabarras y pasó su ejército a Tesalia desde Eubea y la Lócride. En cuanto supo que Poliperconte estaba [3] asentado en un campamento en Perrebea¹⁰², envió a Calas¹⁰³ con un destacamento con la orden de luchar contra él. Dinias¹⁰⁴ recibió el encargo de proteger los pasos, saliendo al encuentro de los soldados que habían sido enviados por Olimpia, y se hizo con los desfiladeros. Olimpia, al averiguar que Casandro estaba [4] cerca de Macedonia con un gran ejército, nombró a Aristono¹⁰⁵ general, y le ordenó que fuera a luchar contra Casandro. Mientras, [5] ella misma se fue a Pidna¹⁰⁶ llevándose con ella al hijo de Alejandro, a la madre de este, Roxana, y a Tesalónica, la hija de Filipo, hijo de Amintas¹⁰⁷, y además de estos, a Deidamía, la hija del rey epirota Eácides y hermana del rey Pirro (el que posteriormente lucharía contra los romanos), a las hijas de Átalo, e igualmente un número no desdeñable de amigos y parientes; y así reunió en torno a ella a una buena cantidad de personas, pero la mayoría inútiles para una guerra. De hecho, no había suficiente cantidad de comida para poder resistir un asedio [6] por largo tiempo. Aunque estaba totalmente claro de antemano que corría un gran peligro en estas circunstancias, ella decidió quedarse allí con la esperanza de que muchos macedonios [7] y griegos acudirían en su ayuda por mar. Se unieron a ella algunos jinetes de Ambracia, más la gran parte de los soldados que acostumbraban a patrullar en el palacio real, e incluso trajeron

algunos de los elefantes que había dejado Poliperconte, ya que Casandro, en su primera invasión de Macedonia, se había hecho con el resto de los elefantes.

[36] Tras atravesar el paso de Perrebea y llegar a Pidna, Casandro rodeó la ciudad con una empalizada de un lado a otro de la costa del mar Egeo, y a aquellos que querían formar parte de la alianza les mandó enviar naves, venablos de todo tipo e ingenios de guerra, ya que tenía la intención de asediar a Olimpia [2] tanto por mar como por tierra. Enterado de que Eácides, el rey de Epiro, estaba de camino en ayuda de Olimpia con su ejército, envió a su estratega Atarrias¹⁰⁸ con un ejército e instrucciones [3] para que interceptara el paso a los epirotas. Tras cumplir la orden lo más rápido posible y tomar los pasos de entrada desde el Epiro, neutralizó el ataque de Eácides. De hecho, la mayoría de los epirotas que habían acudido a Macedonia se habían amotinado durante la campaña. Eácides, que quería acudir en ayuda de Olimpia a cualquier precio¹⁰⁹, expulsó del ejército a los que estaban en su contra, reteniendo a los que querían luchar con él; y se dispuso a entrar en guerra, aunque no era un rival de consideración, ya que era reducido el ejército que se había quedado con él. Los epirotas que se habían vuelto a su patria continuaron [4] con la revuelta en ausencia de su soberano y de común acuerdo condenaron al exilio al rey y se aliaron con Casandro; y ocurrió lo que jamás había ocurrido en Epiro, desde los tiempos en que Neoptólemo, el hijo de Aquiles, había sido nombrado rey de la región, ya que siempre, de hecho, el poder había sido transmitido dinásticamente de padre a hijo y siempre el rey había muerto como regente hasta esa ocasión. Casandro, pues, aceptó la propuesta [5] de alianza y envió a Epiro como gobernante y general a Licisco¹¹⁰; y en Macedonia, los que antes se habían mostrado discretos en la defensa de la causa de Olimpia abandonaron toda esperanza y también se pasaron al bando de Casandro. De esta forma, la única esperanza de salvación que Olimpia tenía era Poliperconte y esa esperanza se desvaneció de manera imprevista. Calas, el general que había sido enviado por Casandro [6] para atacar a Poliperconte, había acampado en Perrebea y sobornado a la mayoría de los soldados de

Poliperconte con dinero, de manera que eran pocos los que permanecían fieles a él. En definitiva, las esperanzas de Olimpia quedaron, en muy poco tiempo, de esta manera disueltas.

Mientras, en Asia, Antígono, que estaba pasando el invierno [37] en Gadamala¹¹¹ en Media, vio que su ejército estaba más desalentado que el de los enemigos, por lo que se apresuró inesperadamente a ponerlos en marcha y atacar. Casualmente sus enemigos estaban ocupando cuarteles de invierno en varias localidades cercanas que solo distaban los unos de los otros seis días de [2] camino. Antígono rehusó marchar por una zona habitada, porque era un camino largo y a descubierto del enemigo, por lo que se atrevió a ir a marchas forzadas por un camino desierto y sin agua, que era mucho más conveniente para sus intenciones, ya que no solo el trayecto era más corto por esa zona, sino que era más fácil avanzar sin que nadie se diera cuenta, para después abalanzarse inesperadamente sobre el enemigo, que, ignorante de sus movimientos, estaría solazándose disperso en diversas [3] localidades. Con este plan ordenó a los soldados que estuvieran listos para la marcha y que se prepararan comida que no necesitara preparación para diez días; y a pesar de que se había corrido la voz de que iba a ir hasta Armenia, de repente, en contra de lo esperado por todos, fueron por el desierto durante el solsticio [4] de invierno¹¹². Ordenó que en los campamentos se encendieran los fuegos de día, mientras que por la noche debían estar completamente extintos, para que nadie pudiera divisarlos desde [5] las montañas e informara del paradero de los enemigos. El desierto era totalmente llano, pero estaba rodeado de montañas muy altas, desde las que era fácil divisar a larga distancia el brillo del fuego. Tras una penosa marcha de cinco días, finalmente los soldados, vencidos por el frío y la necesidad, hicieron [6] fogatas tanto de día como de noche en el campamento. Algunos de los que habitaban en el desierto los vieron y enviaron al día siguiente a Eumenes y a Peucestas emisarios a lomos de dromedarios, ya que este animal puede recorrer al menos mil quinientos estadios de golpe¹¹³.

Los hombres de Peucestas, al enterarse de que habían divisado [38] un campamento en medio del desierto, decidieron mudarse a unos cuarteles de invierno más apartados, por temor a ser capturados por el enemigo antes de que llegara el ejército aliado. Eumenes, al comprobar su abatimiento, los alentó a que se [2] animaran y se apostaran en las montañas del desierto, pues se le había ocurrido un plan con el que poder detener durante tres o cuatro días a Antígono ya que, una vez hecho esto, sería fácil reunir al ejército y hacerse con los enemigos que estarían exhaustos y faltos de todo. Mientras todos estaban asombrados [3] por lo insólito de esa noticia, buscando saber qué se podía hacer para impedir el avance de los enemigos, Eumenes mandó a todos los generales que le siguieran a él junto con todos los soldados, portando fuego en muchas jarras. Tras elegir un emplazamiento frente al desierto, en un lugar elevado y que fuera visible por todas partes, marcó con mojones un recinto de setenta estadios de perímetro¹¹⁴. Tras asignar a cada uno de los que le acompañaban sus respectivos lugares, les ordenó que durante la noche encendieran unas fogatas de unos veinte codos de altura¹¹⁵ y que fueran muchas las que encendieran en la primera guardia, como si los hombres estuvieran despiertos y preparándose para comer y descansando; que el fuego fuera menor en la segunda guardia, y que, ya en la tercera guardia, quedara poco para que aquel que los divisara a gran distancia creyera que se trataba de un ejército de verdad. Los soldados cumplieron [4] sus órdenes y algunos hombres que pastoreaban en las inmediaciones, amigos de Pitón, el sátrapa de Media, vieron los fuegos que estaban encendidos en la colina opuesta. Creyendo que eso, en realidad, era un campamento, se volvieron a la llanura para comunicárselo a Pitón y a Antígono. Sorprendidos [5] ante lo extraño del caso, tras parar su marcha, decidieron cómo reaccionar ante estas noticias, ya que era peligroso que ellos se abalanzaran, estando exhaustos y faltos de todo, sobre sus enemigos, que estaban reunidos y provistos de todo lo necesario. [6] Considerando que alguien los había traicionado, ya que los enemigos se habían enterado antes de sus intenciones, decidieron parar la marcha y, volviéndose a la derecha, continuaron por regiones

habitadas pero libres de enemigos, con la intención de recuperarse de ese disgusto.

[39] Eumenes, que había engañado así al ejército enemigo, mandó llamar a sus soldados, que estaban dispersos por diversas partes en los cuarteles de invierno. Tras elevar una empalizada y reforzar el campamento con un profundo foso, recibió a aquellos de sus aliados que habían acudido siempre a su llamada, y [2] suplió el campamento de todo tipo de provisiones. Tras haber salido del desierto, Antígono, que se había enterado gracias a los nativos de que casi todo el ejército de Eumenes estaba prácticamente reunido, pero que los elefantes tardarían en llegar desde los cuarteles de invierno, y que estos estaban cerca pero absolutamente desprotegidos, envió contra ellos a su caballería de dos mil alabarderos medos, a doscientos tarentinos, y a todos [3] sus soldados de infantería ligera. Esperaba así que, tras interceptar a estos animales, se haría fácilmente con ellos, al estar desamparados, y privaría al enemigo del más importante destacamento [4] de su ejército. Pero Eumenes, que preveía lo que se avecinaba, envió en ayuda de los elefantes a mil quinientos de sus más poderosos jinetes y a tres mil soldados ligeros de infantería. Cuando se presentaron los soldados de Antígono, los guías de los elefantes los hicieron avanzar, tras ponerlos en forma de cuadrado para proteger en medio la impedimenta, y en la retaguardia se pusieron los soldados, que no eran más que cuatrocientos, [5] dispuestos para la lucha. Tras abalanzarse los enemigos sobre ellos con toda su fuerza y cargando con más furia, los jinetes huyeron al verse superados en número; los que estaban sobre los elefantes resistieron al principio y se mantuvieron firmes, a pesar de recibir proyectiles por todas partes, sin que fueran capaces de abatir de ninguna manera a sus enemigos. Ya [6] estaban a punto de rendirse, al haber perdido toda esperanza, cuando Eumenes llegó y los rescató del peligro. Pocos días después, cuando ambos ejércitos estaban acampados uno enfrente del otro a no más de cuarenta estadios¹¹⁶ de distancia, cada uno de los generales lanzó su ejército a luchar para decidir de una vez por todas la contienda.

Antigono apostó a sus jinetes a los lados y delegó el mando [40] del ala izquierda del ejército a Pitón, y el de la derecha, a su hijo Demetrio, a cuyo lado había decidido luchar. Tras poner a los soldados de infantería en medio, dispuso al frente de todo su ejército a los elefantes, llenando los huecos con formaciones de soldados de infantería ligera. En total, todo el ejército ascendía a veintidós mil soldados de infantería, nueve mil jinetes, a los que habría que añadir los que habían sido alistados en Media, y sesenta y cinco elefantes.

Eumenes, al enterarse de que Antígono se había colocado al [2] frente del ala diestra, junto a sus mejores jinetes, organizó sus huestes, poniendo a sus mejores tropas en el ala izquierda. Y, en efecto, colocó a la mayor parte de los sátrapas junto a una selecta formación de caballeros que iban a luchar con ellos, y él mismo se situó junto a ellos para luchar a su lado. Se les unió a ellos Mitrídates¹¹⁷, el hijo de Ariobazarnes, que era descendiente de uno de los siete persas que habían asesinado al mago Esmerdis¹¹⁸, además de un hombre de excelso coraje, criado [3] desde niño para servir al ejército. Al frente de toda el ala. Antígono dispuso en curva a sesenta de sus más poderosos elefantes y llenó los huecos con formaciones de soldados rasos. En el ejército de infantería primero formó a los hipaspistas; después, a los argiráspidas, y por último, a los mercenarios y a los demás soldados armados a la manera macedónica; y delante de ellos, en primera línea, colocó los elefantes y a un adecuado destacamento [4] de soldados rasos. En el ala derecha puso al mando a Filipo con los jinetes y los elefantes más débiles. A este le ordenó que evitara toda confrontación y observara el desarrollo de los acontecimientos por ambas partes. En total, estaban con Eumenes en esa ocasión un total de treinta y seis mil setecientos soldados de infantería, seis mil jinetes y ciento catorce elefantes.

[41] Poco antes de la confrontación, Antígenes, el comandante de los argiráspidas envió a uno de los jinetes macedonios a la falange de los enemigos, ordenándole que se acercara para hacer un anuncio. Este, cabalgando en solitario a una distancia que se le pudiera oír allí donde se encontraba la falange macedonia de Antígono, gritó: «¡Desdichados! ¿Vais a

pecar contra vuestros padres, contra aquellos que con Filipo y Alejandro conquistaron el mundo?»; y añadió, poco después, que verían a los que eran verdaderamente dignos de los reyes y de sus anteriores [2] batallas. Precisamente los más jóvenes de los argiráspidas tendrían unos sesenta años, pero la mayoría de ellos eran septuagenarios y los había incluso más viejos, pero todos por experiencia y por valentía eran imbatibles. Tal era su pericia y [3] su arrojo por lo curtidos que estaban en la guerra. Tras dar ese mensaje como se ha dicho, del bando de Antígono surgieron algunas voces que le reprochaban que se los obligara a luchar contra parientes y venerables ancianos, y del lado de Eumenes, en plena efervescencia de actividad, se expresó a gritos el deseo de lanzarse a la lucha lo más rápido posible. Ante el entusiasmo de esos hombres, Eumenes dio la señal para indicar a los trompeteros que dieran el toque para el comienzo de la batalla, y todo el ejército soltó un alarido.

Los elefantes fueron los primeros que entraron en liza, y [42] después de ellos, una gran parte de los jinetes. Como la llanura era muy extensa y estaba sin labrar por la cantidad de sal contenida en ella, fue tal el polvo que se levantó al galope de los caballos, que ni siquiera se podía ver a alguien que estuviera a una distancia corta. Antígono, al percatarse de ello, envió los caballos [2] de Media y un potente destacamento de tarentinos contra la impedimenta enemiga, pues esperaba, como así ocurrió en realidad, que pasarían desapercibidos por el polvo y, al hacerse con la impedimenta, vencerían al enemigo sin usar sus armas. Los hombres enviados en ese destacamento fueron cabalgando [3] alrededor del ala de los enemigos y sin que estos se dieran cuenta se hicieron con la impedimenta. Esta se encontraba a una distancia de cinco estadios¹¹⁹ del lugar donde se estaba librando la batalla. Al descubrir que estaba lleno de gente inútil para la lucha e indefensa, tras derrotar a los pocos que ofrecieron resistencia, se apoderaron de todo. Mientras, Antígono, que [4] había entrado en batalla contra los que estaban en la zona opuesta, cargó con gran cantidad de jinetes, con lo que cogió por sorpresa a Peucestas, el sátrapa de Persia, que, tratando de evitar el polvo con sus jinetes, había arrastrado consigo a unos mil quinientos de los otros. Eumenes, aunque estaba

desprotegido [5] junto a unos pocos en el extremo del ala, tenía como un baldón y una vergüenza el ceder a la fortuna y huir, dispuesto a morir sin traicionar esa noble resolución con la que trataba de honrar la confianza que en él habían depositado los reyes. Así, [6] salió al encuentro de Antígono. En la violenta confrontación que se sucedió, los hombres de Eumenes aventajaron a los otros en arrojo, pero, ya que los hombres de Antígono eran superiores en número, cayeron muchos por ambos lados. Fue entonces cuando en la batalla de elefantes que se produjo entre ambos bandos, el más importante de los elefantes de Eumenes cayó, arrastrando consigo a gran parte de los que estaban puestos a su [7] lado. Por ello, Eumenes, al ver que los que estaban en su bando iban cayendo derrotados, sacó de la lucha a los jinetes que aún le quedaban, y yendo al otro ala tomó a los que estaban formados junto a Filipo y a los que les había ordenar evitar toda confrontación. Esto dio punto final a la confrontación de los ejércitos de caballería.

[43] En cuanto a la infantería, los argiráspidas cargaron con fuerza, abalanzándose sobre sus oponentes, y mataron a algunos en confrontaciones cuerpo a cuerpo y pusieron a otros en fuga. Manteniéndose firmes en sus ataques y emprendiendo la lucha contra toda la falange de los enemigos, fueron tan superiores en su pericia y su furia que no perdieron a ningún hombre y, además, mataron a unos cinco mil enemigos y pusieron en fuga a todos los destacamentos de infantería, que eran muy [2] numerosos. Eumenes, cuando supo que su impedimenta había sido requisada, pero que la caballería de Peucestas no estaba lejos, intentó reunir a todos y de nuevo luchar con sus jinetes contra Antígono. Esperaba así, al vencer en la batalla, no solo recuperar su propia impedimenta, sino también capturar a los [3] enemigos. Sin embargo, los hombres de Peucestas no le escucharon y emprendieron la retirada en el sentido contrario, en dirección hacia un río, y entonces, al llegar la noche, se vio [4] obligado a ceder ante estas circunstancias. Antígono, entonces, tras dividir en dos destacamentos a los jinetes, se puso al frente de un grupo al acecho de los hombres de Eumenes, esperando su ataque, y cedió el mando de los otros a Pitón y le ordenó que cargara contra los argiráspidas, que estaban sin el apoyo de la

caballería. Tras llevar a cabo estas órdenes cumplidamente, [5] los macedonios se alejaron sin problemas hacia el río en formación cuadrada, y allí acusaron a los hombres de Peucestas de ser los culpables de la derrota de la caballería. Cuando los hombres de Eumenes se presentaron, ya estaban las antorchas encendidas, así que se pusieron a deliberar sobre lo que tendrían que hacer. Los sátrapas dijeron que era necesario retirarse [6] a las satrapías superiores, pero Eumenes abogaba por permanecer y luchar, ya que la falange enemiga había sido destruida y las tropas de caballería eran en ambos bandos de una potencia equiparable. Los macedonios dijeron que ellos no [7] obedecerían a ninguno de los dos, ya que su impedimenta había sido requisada y sus mujeres y sus hijos y muchos otros familiares obraban en poder del enemigo. Entonces disolvieron [8] la asamblea sin que se hubiera llegado a ningún acuerdo en común. Pero después, los macedonios, que habían firmado un pacto secreto con Antígono, arrestaron a Eumenes y se lo entregaron, recuperando con ello su impedimenta, y tras nuevas negociaciones se integraron en el ejército de Antígono. De manera [9] similar, los sátrapas y la mayoría de los otros generales y los soldados abandonaron a su comandante, ya que pensaron solamente en su propia salvación.

Antígono, de manera imprevista, se había hecho con Eumenes [44] y con todo el ejército enemigo. Tras arrestar a Antígenes, el general de las tropas de los argiráspidas, lo introdujo en un hoyo y lo quemó vivo; a Eudamo¹²⁰, que comandaba los elefantes provenientes de la India, y a Celbano¹²¹ y a algunos otros que siempre [2] le habían detestado los ejecutó. Sin embargo, puso a Eumenes bajo vigilancia, preguntándose qué era lo que convenía hacer con él: deseaba de verdad atraer a su lado a un buen general de valía, pero no confiaba en exceso en las promesas de Eumenes por su devoción hacia Olimpia y los reyes. En efecto, ya antes y a pesar de que le había perdonado en Nora, Frigia, no había dejado de luchar con menos ahínco por los reyes¹²². Cuando vio cuán intenso era el deseo de los macedonios de castigar a Eumenes, lo ejecutó. Pero en consideración a su anterior amistad incineró el cuerpo y puso sus huesos en una urna

funeraria y se los envió a [3] sus parientes¹²³. Entre los heridos llegó también como cautivo Jerónimo de Cardia, que desde siempre había sido honrado por Eumenes, pero después de la muerte de este también gozó de la estima y de la confianza de Antígono.

[4] Antigono, tras llevar a todo su ejército a Media, pasó el invierno en una localidad que se encontraba cerca de Ecbatana, en cuya región se encontraba la capital, y distribuyó a los soldados por toda la satrapía, especialmente en la circunscripción de Ragas. Esta ciudad se denominaba así por las desgracias que había sufrido la población [5] en un momento anterior de su historia. En efecto, esta región era la más poblada por aquellos contornos y era especialmente próspera pero sufrió tal seísmo que las ciudades y todos los habitantes perecieron, y la región enteramente cambió de aspecto y aparecieron nuevos ríos y lagos en lugar de los ya existentes¹²⁴.

En ese momento, una tercera inundación colapso la ciudad [45] de Rodas, a resultas de la cual murieron muchos de sus habitantes. De esas inundaciones, la primera causó pocas muertes, ya que la ciudad había sido apenas fundada sobre el terreno y por ella había muchos espacios vacíos, pero la segunda fue más grave y causó más muertes. Esta última se produjo al comienzo [2] de la primavera, ya que, de manera repentina, vinieron estruendosas tormentas que descargaron abundantes precipitaciones. En efecto, cayó granizo de tal tamaño que muchas de las casas se destruyeron por el peso y murieron bastantes hombres. Como, además, la ciudad de Rodas está dispuesta como el graderío [3] de un teatro, los torrentes de agua se canalizaron en su mayoría hacia un solo lugar e inundaron toda la región, ya que se habían descuidado las cañerías de agua, en la idea de que ya se había pasado lo más duro del invierno, y los desagües a través de las murallas estaban taponados. El agua inesperadamente [4] llenó todo el espacio del foro e inundó el templo de Dioniso, y cuando ya estaba a la altura del templo de Asclepio, todos se aterrorizaron y empezaron a pensar en buscar una salida para salvarse. La mayoría huyó en barco, otros corrieron hacia el [5] teatro, algunos, atrapados y angustiados por este infortunio,

se subieron a los más altos altares y podios de estatuas. Cuando la [6] ciudad estaba a punto de perecer enteramente con todos sus habitantes dentro, de repente se encontró una solución. Al colapsarse la muralla en bastantes tramos, el agua discurrió por ese lugar, hasta desembocar en el mar, y rápidamente todo volvió a su cauce. Fue un alivio para los que sufrieron esa inundación el [7] hecho de que ocurriera de día, ya que la mayoría de los afectados pudieron salir de sus casas para dirigirse a lugares más elevados. Además de esto, el hecho de que las viviendas no estuvieran hechas de adobe, sino de piedra, hizo que pudieran salvarse fácilmente los que se refugiaron en los tejados de las casas. A pesar de ello, en este trágico incidente murieron más [8] de quinientas personas, y algunas casas se arruinaron completamente y otras se vieron afectadas.

Tal fue la desgracia que se abatió sobre Rodas.

[46] Antígono, que estaba hibernando en Media¹²⁵, se enteró de que Pitón¹²⁶ intentaba ganarse el favor de muchos soldados de los cuarteles de invierno con promesas y regalos, ya que tenía la intención de rebelarse. Sin embargo, él le ocultó sus propios planes: hacía como que desconfiaba de aquellos que sostenían esas acusaciones y cuando tenía delante a mucha gente, los desacreditaba, como si quisieran romper su amistad y anunció públicamente su determinación de dejar a Pitón como jefe de las satrapías superiores a cargo de un considerable ejército que garantizaba [2] su seguridad. Incluso le escribió una carta pidiéndole que acudiera enseguida, para que, tras haber discutido lo necesario en persona, pudiera emprender su viaje por mar lo antes posible. Maquinó esto para que Pitón no sospechara la verdad y convencerle de que se pusiera en sus manos con la excusa de que iba a mantenerle como sátrapa. No era fácil, la verdad, retener por las buenas a un hombre que no solo había descollado por su virtud en la corte de Alejandro, sino que incluso era sátrapa de Media y tenía a su cargo todo el ejército en aquel momento. [3] Pitón se encontraba casualmente hibernando en las regiones más remotas de Media y ya había sobornando a una gran multitud, que le había prometido que se uniría a él, pero en cuanto sus amigos le escribieron informándole de los planes de Antígono,

alentado en sus esperanzas y engañado por estas [4] buenas expectativas, acudió ante Antígono. Este, en cuanto Pitón obró en su poder, tras formalizar sus acusaciones ante los miembros de un tribunal, consiguió con facilidad que se le condenara [5] e inmediatamente lo ejecutó. Convocó en asamblea a su ejército y nombró como sátrapa de Media al medo Orontobates¹²⁷, y como comandante a Hipóstrato¹²⁸, al mando de treinta y cinco mil soldados rasos mercenarios¹²⁹. Él mismo, acompañado [6] de su ejército, se dirigió a Ecbatana. Allí se hizo con quinientos talentos de plata sin acuñar y continuó hasta Persia, cuya capital, Persépolis, se encontraba a veinte días de marcha.

Mientras Antígono estaba de camino, los amigos de Pitón [47] que participaron en la conspiración, entre los que destacaban Meleagro¹³⁰ y Menetas¹³¹, se reunieron con los soldados dispersos de Eumenes y los camaradas de Pitón, que conformaban un total de ochocientos jinetes. Al principio, consiguieron [2] echar del territorio a los medos que no quisieran unirse a la revuelta, pero después, al enterarse de que Hipóstrato y Orontobates se encontraban en sus cuarteles, ajenos al peligro, cargaron contra su campamento esa noche. Casi lograron ocupar los recintos exteriores del cuartel, pero tuvieron que batirse en retirada, sobrepasados por la muchedumbre y después de comprobar que algunos soldados habían desertado. Como todos iban [3] sin impedimenta y usaban caballos, sus incursiones eran repentinas y alborotaban la región. Pero poco tiempo después, los acorralaron en una zona rodeada de precipicios y así unos murieron [4] y otros fueron hechos prisioneros. De los jefes, Meleagro y Ocranes¹³² el medo y algunos otros hombres, entre los más representativos, murieron en la lucha.

Este fue el resultado de la revuelta de Media.

[48] Nada más llegar a Persia, los nativos colmaron de honores de rey a Antígono, como si fuera reconocido como el señor de toda Asia, y él mismo discutió en una asamblea junto a sus hombres de confianza la cuestión de las satrapías¹³³. Permitió que la satrapía de Carmania quedara en manos de Tlepólemo y, de igual forma, la Bactriana en manos de

Estasandro, ya que no era fácil deshacerse de ellos mandándoles una carta, pues ambos habían administrado convenientemente a los nativos y tenían [2] muchos partidarios. Envió a Ariana a Evito¹³⁴, pero cuando este murió poco después, puso en su lugar a Evágoras¹³⁵, un hombre de admirable coraje y carácter. A Oxiartes, el padre de Roxana, le permitió que retuviera la satrapía de Paropamisia como antes, ya que no era posible echarlo en poco tiempo y sin un ejército poderoso.

[3] Mandó llamar desde Aracosia a Sibirtio, con el que tenía una buena relación, y le confirmó en su satrapía y le asignó los argiráspidas más sediciosos, con la pretensión de que fueran útiles en la guerra; pero, realmente, era para asegurarse su desaparición ya que, en privado, había ordenado que enviaran a algunos de ellos a misiones en las que encontrarían la muerte. [4] Entre estos se encontraban precisamente algunos de los que habían traicionado a Eumenes, de tal forma que enseguida tuvieron su merecido por haber conspirado contra su general. En efecto, impías acciones pueden ser de provecho a los dinastas por el poder que ostentan, pero a los simples súbditos claramente les provocan su perdición.

Antigono, aun consciente de que Peucestas gozaba de la [5] mayor estima de los persas, primero le quitó la satrapía. Ante la protesta de los nativos, cuando Tespio¹³⁶, uno de sus más destacados hombres, proclamó con libertad y sin ambages que los persas no iban a obedecer a ningún otro, lo ejecutó y puso a Asclepiodoro¹³⁷ como gobernador de Persia al mando del ejército. Atrayendo con promesas a Peucestas y haciéndole concebir vanas esperanzas, lo sacó de la región¹³⁸. Mientras él estaba de [6] camino a Susa, salió a su encuentro, junto al río Pasitigris, Jenófilo, el guardián de los tesoros de Susa, a quien Seleuco había ordenado cumplir los deseos de Antigono. Tras recibirlo, le colmó de honores dando la impresión de que lo incluía entre sus más apreciados aliados, pero cuidándose bien de que no fuera a cambiar de nuevo de opinión y lo acorralara. Tras hacerse con la acrópolis de Susa, se encontró en ella con la parra de oro y multitud de obras de arte que alcanzaban en total un valor de unos quince mil talentos¹³⁹. Hizo acopio

además de una cantidad de dinero procedente de las coronas y de otros regalos e incluso del despojo de guerra. Esto sumaba unos cinco mil talentos y otro tanto eran los tesoros que se encontraban en Media, con lo que el total ascendía a la cantidad de veinticinco mil talentos.

Esto fue lo que le ocurrió a Antígono¹⁴⁰.

[49] Dado que ya hemos acabado con todos los sucesos de Asia, llevemos el relato a Europa y demos paso a los sucesos posteriores a aquellos de los que antes hemos hablado¹⁴¹. Casandro había acorralado en Pidna a Olimpia, y aunque era incapaz de asaltar las murallas por el invierno, rodeó la ciudad con un campamento, erigió una empalizada de un lado a otro del mar e incluso bloqueó el embarcadero, con lo que interceptó a todo [2] el que quisiera acudir en ayuda de Olimpia. Rápidamente se acabaron todas las provisiones y era tal el hambre que sufrían los de dentro, que estaban totalmente consumidos. Llegaron a pasar tal necesidad que se daba a cada soldado cinco quénices de grano de trigo al mes¹⁴². Cortaron madera y alimentaron con serrín a los elefantes cautivos y mataron a los caballos y bestias [3] de carga para alimentarse. Aunque la situación de la ciudad era muy grave, Olimpia albergaba esperanzas de ser salvada desde el exterior. Pero entonces los elefantes murieron por desnutrición, y los jinetes que no tenían batallón asignado, al carecer de alimentos, murieron casi todos, y no pocos de los [4] soldados corrieron la misma suerte. Algunos de los bárbaros, a los que la necesidad los empujó a desafiar la naturaleza, se alimentaron de la carne de los cuerpos de aquellos que habían muerto. La ciudad se llenó de cadáveres y la guardia al servicio de la reina enterró algunos de los cuerpos, pero otros los arrojaron por encima de las murallas, de tal forma que su visión era espantosa y el olor insoportable, no solo para las mujeres del séquito real, habituadas a la pompa de la corte, sino incluso para los soldados más acostumbrados a las penurias.

Con el comienzo de la primavera la carestía se hizo cada vez [50] más apremiante, muchos de los soldados acudieron a palacio y pidieron a Olimpia que los dejara partir por la escasez de víveres. Ella, al no poder distribuir más grano y

disolver totalmente el asedio, les permitió marcharse. Casandro acogió a todos los [2] que pasaron a su bando voluntariamente y, haciendo gala de su benevolencia, los envió de vuelta a sus ciudades. Esperaba así que, en cuanto los macedonios se enteraran por boca de ellos de la debilidad de Olimpia, abandonarían su causa. Él estaba muy [3] en lo cierto de lo que iba a pasar: aquellos que prometieron luchar del lado de los asediados cambiaron de opinión y se pasaron al bando de Casandro; tan solo en Macedonia permanecieron leales Aristono¹⁴³ y Mónimo¹⁴⁴: Aristono era gobernador de Anfípolis, y el otro, de Pella¹⁴⁵. Olimpia, al ver que la mayoría se [4] había pasado al bando de Casandro y que el resto de los aliados que le quedaban no podían servirle de ayuda, intentó fletar una quinquerreme para ponerse a salvo ella y sus amigos. Pero un [5] desertor informó a los enemigos de lo que estaba pasando y Casandro navegó hasta allá y tomó la nave. Reconociendo que ya no podía más, Olimpia mandó embajadores para tratar su rendición. Como Casandro estaba convencido de que era necesario que todo lo de ella pasara a su disposición, Olimpia apenas logró persuadirle de que le concediera al menos la inmunidad [6] de su propia persona. Casandro tomó posesión de la ciudad y mandó a los que allí quedaban de vuelta a Anfípolis y a Pella. [7] Mónimo, el gobernador de Pella, al escuchar lo que le había pasado a Olimpia, entregó la ciudad. Aristono, al principio estaba dispuesto a oponer resistencia, ya que tenía muchos soldados y había logrado recientemente algunos triunfos, pues hacía unos días que había dispersado al general de Casandro, Cratevas, y matado a la mayoría de sus oponentes; y cuando Cratevas huía con dos mil soldados hasta Bedundia, en la región de Bisaltia¹⁴⁶, salió en su persecución con su ejército, lo asedió y lo dejó [8] marchar en paz, tras requisarles sus armas. Animado por esta victoria, desconocedor de que Eumenes había muerto y creyendo que Alejandro y Poliperconte le apoyarían, dijo que no le entregaría Anfípolis. Mas cuando Olimpia le escribió una carta, rogándole que se entregara, si era leal a ella, comprendió que era necesario acatar sus órdenes, entregó la ciudad y consiguió garantía de que se respetaría su integridad física.

[51] Casandro, viendo la fama que tenía Aristono por el favor del que había gozado en vida de Alejandro, ansioso de eliminar a todos los que pudieran iniciar una revolución, mató a ese hombre por medio de unos parientes de Cratevas. También mandó a los familiares de aquellos a los que había ejecutado Olimpia ante la asamblea de los macedonios, para que denunciaran a esta mujer. Hicieron como se les ordenó y los macedonios condenaron [2] a muerte a Olimpia en su ausencia, sin que ella tuviera a nadie que actuara en su defensa. Casandro, sin embargo, envió a algunos de sus amigos a Olimpia, exhortándola a que huyera a escondidas, prometiéndole que pondría a su disposición una nave que la llevaría hasta Atenas. No lo hizo por salvarla, [3] sino para que consintiera en exiliarse voluntariamente y, una vez que naufragara con su nave en el mar, pareciera que había recibido un justo castigo, pues trataba de ser cauto ante la fama de la que gozaba esa mujer y por la veleidad de los macedonios. Pero Olimpia no solo se negó a huir, sino que, al contrario, [4] se mostró dispuesta a acatar el veredicto de todos los macedonios; entonces, Casandro tuvo miedo de que la muchedumbre escuchara la defensa de la reina y de que, al recordar todos los beneficios que habían proporcionado a su nación Alejandro y Filipo, ellos cambiaran de opinión, por lo que mandó a doscientos de sus más preparados soldados ante ella con la orden de que le dieran muerte lo más rápido posible. Estos se precipitaron [5] sobre el palacio real, pero en cuanto vieron a Olimpia, en consideración al prestigio de la reina, se volvieron de nuevo sin haber hecho nada. Pero algunos de los parientes de los que habían muerto, queriendo con ello agradar a Casandro y así vengar a los muertos, asesinaron a la reina, que no suplicó por su vida de manera innoble o femenina¹⁴⁷.

Olimpia, en definitiva, tuvo este final. Había logrado ser la [6] más noble de entre las mujeres de su época, ya que no solo fue hija del rey Neoptólemo de Epiro, hermana del Alejandro que hizo una campaña contra Italia¹⁴⁸, sino que también había sido la esposa de Filipo, el más poderoso de los gobernantes en Europa hasta su tiempo, y la madre de Alejandro, quien realizó las más grandes y espléndidas gestas.

[52] Ya que todo había salido según lo previsto, Casandro acarició la idea de alcanzar el trono de Macedonia. Para ello se casó con Tesalónica, hija de Filipo y hermana de Alejandro Magno (aunque solo eran hijos del mismo padre), ansiando así conectar [2] su casa con la familia real. Construyó una ciudad en Palene¹⁴⁹, llamada Casandrea, usando su propio nombre, en la que juntó todas las ciudades del Quersoneso y Potidea, e incluso no pocas de las regiones vecinas. También instaló en ella a los olintios [3] supervivientes, que no eran pocos. Como era vasto y fértil el territorio en las lindes de Casandrea, y además Casandro estaba interesado en engrandecer la ciudad, pronto esta progresó y se convirtió en la más poderosa de Macedonia¹⁵⁰.

[4] Casandro había ya decidido deshacerse del hijo de Alejandro y de la madre de este, Roxana, para que no quedara ningún aspirante al trono real. Pero por el momento quería observar la reacción del pueblo y lo que dirían ante la muerte de Olimpia, y como aún no tenía noticias de Antígono, trasladó a la fortaleza de Antípolis a Roxana y a su hijo y los puso bajo la vigilancia de Glaucias¹⁵¹, uno de sus más estrechos colaboradores, que estaba a cargo de esta plaza fuerte. También los separó de sus sirvientes, que, como se acostumbraba, eran criados conjuntamente con el niño y ordenó que no se les otorgara ningún tratamiento de alteza real, sino el propio de cualquier persona ordinaria. Después, administrando el reino como si fuera el rey, [5] enterró en Egas a los reyes Eurídice y Filipo e incluso a Cinna¹⁵², al que Alcetas había matado, de la manera que se usaba en el caso de los reyes. Tras honrar a los difuntos con juegos funerarios, convocó a los macedonios en edad militar, ya que tenía la intención de salir en campaña al Peloponeso. Mientras él estaba [6] ocupado en esto, Poliperconte, que se encontraba asediado en Azorio¹⁵³, en la Perrebea, al enterarse de la muerte de Olimpia, perdió todas las esperanzas de conquistar Macedonia y se marchó de la ciudad con unos pocos hombres. Tras pasar por Tesalia, donde recogió a Eácides, se marchó para Etolia, entendiendo que allí podría esperar a salvo un cambio de fortuna, ya que él estaba en buenas relaciones con este pueblo.

Tras reunir un ejército considerable, Casandro salió desde Macedonia [53] para echar a Alejandro, el hijo de Poliperconte, del Peloponeso, pues era el único oponente que le quedaba en posesión de un ejército y que tenía en sus manos ciudades y lugares estratégicos. Pasó por Tesalia con toda facilidad, pero se encontró el desfiladero de las Termopilas resguardado por los etolios, y solo después de haberlos echado, con dificultad, pudo pasar a Beocia. Tras [2] llamar a los tebanos supervivientes para que acudieron desde todas partes, intentó levantar Tebas, entendiendo que esa era la mejor ocasión que tenía para reconstruir una ciudad de renombre, no solo por sus logros e historias mitológicas que allí habían tenido lugar, sino especialmente por el hecho de que, por su generosidad, Casandro alcanzaría una fama inmortal¹⁵⁴. Sucede que aquella [3] ciudad había vivido muchas desgracias y había sido destruida en no pocas ocasiones. No creo que quede fuera de lugar comentar aquí en líneas generales su historia. Tras el diluvio en época de [4] Deucalión, Cadmo fundó con su nombre la Cadmea¹⁵⁵ y la colonizó con el pueblo de los espartos¹⁵⁶, así llamados por algunos porque habían sido recogidos de todas partes, y por otros, porque eran originalmente nativos tebanos de la ciudad y al verse desbordados por la inundación se habían dispersado. A continuación, los enqueleos¹⁵⁷ [5] se enfrentaron con estos colonos y los echaron, y fue entonces cuando Cadmo y sus hombres se marcharon a Iliria. Después de estos, Anfión y Zeto se hicieron amos del lugar y construyeron la primera ciudad tal como el poeta lo nombra:

Los que primero fundaron Tebas la de siete puertas ¹⁵⁸.

Pero los habitantes fueron expulsados por segunda vez ya que Polidoro, el hijo de Cadmo, volvió y estaba descontento por la situación originada tras la ruina de Anfión y su familia¹⁵⁹. Después [6] de que reinaran los descendientes de Polidoro¹⁶⁰ y la región entera pasase a llamarse Beocia —por Beoto, el hijo de Melanipe y Poseidón, que también había reinado en la zona—, los tebanos sufrieron el exilio por tercera vez cuando los epígonos de Argos tomaron la ciudad tras asediarla¹⁶¹. Los supervivientes, después [7] de la caída de la ciudad, emigraron a Alalcomenia y al monte Tilfosio¹⁶²; pero

en cuanto los argivos se marcharon, de nuevo volvieron a su patria. Después de esto, aprovechando que algunos tebanos habían ido a Asia para participar en la guerra de Troya, los pelasgos expulsaron a los que se habían quedado en la ciudad, junto a los demás beocios¹⁶³. Tras esto y después de muchos [8] sufrimientos y solo con dificultad, en la cuarta generación, según lo predicho por unos cuervos, volvieron a Beocia y reconstruyeron Tebas. Después de esa época, la ciudad permaneció en pie durante casi ochocientos años: en un principio los tebanos eran tan solo líderes locales, mas posteriormente guerrearon por hacerse con el poder supremo en Grecia¹⁶⁴. Finalmente, Alejandro, el hijo de Filipo, capturó la ciudad y la destruyó.

Veinte años después de la destrucción, Casandro, en su deseo [54] de gloria, convenció a los beocios para que se levantara la [2] ciudad con los tebanos que aún quedaban. Muchas de las ciudades griegas colaboraron en las labores de reconstrucción no solo por compasión con los damnificados, sino también por la fama de la ciudad. Atenas, de hecho, alzó la mayor parte de sus murallas, y en cuanto a los demás, unos levantaron edificios en la medida de sus posibilidades y otros enviaron dinero para las necesidades más urgentes, no solo desde Grecia, sino también [3] desde Sicilia e incluso desde Italia. Los tebanos recuperaron de esta manera su patria.

Casandro, por su parte, se dirigió con su ejército al Peloponeso y al enterarse de que Alejandro, el hijo de Poliperconte, había bloqueado el istmo con sus guarniciones, pasó a Mégara. Allí, tras construir gabarras en las que embarcó a sus elefantes, pasó a Epidauro, transportando a su ejército con otras naves. Avanzó hasta Argos y obligó a los argivos a que rompieran su [4] alianza con Alejandro y se pasaran a su bando. Después se ganó a las ciudades de Mesenia, con la excepción de Itome¹⁶⁵, y también llegó a un acuerdo con Hermíone¹⁶⁶. Pero como Alejandro no salió a luchar, tras dejar a dos mil soldados al mando del general Mólico¹⁶⁷ en el Istmo cerca de Gerania¹⁶⁸, se volvió hasta Macedonia.

[55] Al cabo del año, Praxíbulo fue elegido arconte de Atenas, y en Roma los cónsules fueron Nautio Espurio y

Marco Publio¹⁶⁹. En ese período, Antígono dejó como sátrapa de la Susiana a [2] Aspisas¹⁷⁰, un nativo, y adoptó la decisión de llevarse todo el dinero hasta el mar, preparó carruajes y camellos y, tras cargar el tesoro, salió con todo su ejército rumbo a Babilonia. En veintidós días llegó a Babilonia y Seleuco, el sátrapa de la región, cubrió a Antígono de honras propias de un rey y agasajó con un banquete a su ejército. Pero cuando Antígono le pidió que rindiera [3] cuentas de sus ingresos, él dijo que no estaba obligado a presentarlas, ya que los macedonios le habían entregado esa región como premio a sus hazañas, mientras Alejandro estaba vivo¹⁷¹. Al subir el tono de la disputa día tras día, recordando lo [4] que le había pasado a Pitón¹⁷², Seleuco empezó a temer que con cualquier excusa Antígono le intentara matar (pues, al parecer, Antígono albergaba la intención de deshacerse de todos sus oficiales de alto rango que fueran capaces de disputarle el poder). Así, para evitar esto, escapó con cincuenta caballeros con la [5] intención de refugiarse en Egipto en la corte de Ptolomeo, ya que era reconocida la generosidad que mostraba con los que buscaban refugio a su lado, y su cordialidad y humanidad. Antígono, [6] al enterarse de esto, se alegró, ya que consideraba que no se había visto obligado a llegar a las manos con un hombre que creía su amigo y que había estado a su lado en la lucha; y porque, al haber aceptado exiliarse, le había hecho entrega de su satrapía sin luchar y sin correr riesgos. Pero después, acudieron [7] unos astrólogos caldeos y le vaticinaron que, si dejaba escapar a Seleuco, se convertiría en el futuro en dueño de toda Asia y el propio Antígono perdería la vida en una confrontación con él; por lo que entonces, arrepintiéndose de lo que había hecho, mandó que salieran a buscarlo. Pero los que salieron en su persecución [8] se volvieron sin haberle dado alcance. Antígono, que en otras ocasiones estaba acostumbrado a despreciar estos vaticinios, se sintió bastante turbado entonces, impresionado por la fama de esos hombres, pues parecía que tenían una probada experiencia en esos asuntos y su conocimiento de los astros era de lo más certero. Ellos le revelaron que este arte se cultivaba en su pueblo desde hacía miles de años. Suya fue la profecía [9] que decía que si Alejandro entraba en Babilonia, moriría¹⁷³. Y de la misma forma que en el caso de Alejandro,

la profecía de Seleuco se cumplió, según las predicciones de esos hombres. Pero hablaremos de ellos en su lugar, cuando nos acerquemos al momento conveniente¹⁷⁴.

[56] Seleuco llegó sano y salvo a Egipto y gozó de la protección de Ptolomeo. Allí lanzó terribles acusaciones contra Antígono, diciendo que este había decidido que a todos los oficiales de alto rango, especialmente a los que habían participado en campaña con Alejandro, los tenía que echar de sus satrapías; y de esto aportó como pruebas la muerte de Pitón o la expulsión de Peucestas de su satrapía en Persia y lo que le había sucedido a [2] él. Y, en verdad, así decía, ninguno de ellos tenía culpa ninguna, sino que, más bien al contrario, habían realizado considerables y numerosos servicios para ganarse su apoyo, con la esperanza, a cambio, de ver apropiadamente recompensada su integridad. Seleuco enumeró la magnitud de sus ejércitos, la cuantía de sus tesoros, sus recientes triunfos, a resultas de los cuales estaba claro que se había vuelto arrogante y que tenía [3] puestas todas sus miras en gobernar Macedonia. Después de que Seleuco indujera a Ptolomeo a prepararse para la guerra con tales argumentos, envió a algunos de sus amigos a Europa, ordenándoles que se dirigieran con esas mismas palabras a Casandro y a Lisímaco para declarar la guerra a Antígono. Ellos [4] cumplieron debidamente estas órdenes, dando comienzo a una gran disputa y a grandes enfrentamientos. Antígono, que sospechaba en su fuero interno cuáles eran los planes de Seleuco, envió embajadores a Ptolomeo, a Casandro y a Lisímaco pidiéndoles que respetaran la alianza vigente entre ellos. Tras designar como sátrapa de Babilonia a aquel Pitón que había venido de la India¹⁷⁵, reunió a su ejército y puso rumbo a Cilicia. En [5] cuanto llegó a Malo y se puso la estrella Orion, dividió su ejército en partes para hibernar. También se apoderó del dinero almacenado en Cuinda¹⁷⁶, unos diez mil talentos. A esta cantidad añadió once mil más, procedentes de los tributos anuales. Así se convirtió en alguien temible, no solo por la cuantía de sus efectivos militares, sino también por la vasta fortuna que había amasado.

Mientras iba avanzando por la región superior de Siria, llegaron [57] embajadores de parte de Ptolomeo, Lisímaco y

Casandro. Estos, de mutuo acuerdo, le exigían que le cediera a Casandro Licia y Frigia Helespónica a Lisímaco, toda la Siria a Ptolomeo, Babilonia a Seleuco, y que repartiera los tesoros de los que se había apoderado tras la guerra con Eumenes, ya que ellos habían participado en la lucha; y afirmaban que si no hacía nada de esto, estaban dispuestos a plantarle cara en el campo de batalla. Antígono les contestó de manera muy insolente, diciendo [2] que estaba preparado para la lucha, y mandó de vuelta a los embajadores sin que estos consiguieran nada. Después, Ptolomeo y Lisímaco y Casandro, firmando una alianza entre ellos, juntaron sus ejércitos e hicieron acopio de todo tipo de armamento, [3] venablos, y lo demás que hiciera falta. Antígono, consciente de que eran muchos y muy reputados los varones que se habían plantado contra él, previendo la magnitud del conflicto que se avecinaba, llamó a la alianza de naciones, ciudades y [4] dinastas. Envío a Agesilao a la corte de los reyes de Chipre, a Rodas a Idomeneo¹⁷⁷ y a Mosquión¹⁷⁸, y a su sobrino Ptolomeo¹⁷⁹ con un ejército a la Capadocia para que levantara el asedio sobre Amiso¹⁸⁰ y echara a todos los soldados que habían sido enviados por Casandro, para que así pudieran hacerse con el Helesponto [5] y cruzar fácilmente a Europa. Aristodemo de Mileto¹⁸¹ fue enviado al Peloponeso con mil talentos. Con este dinero se aseguró la amistad de Alejandro y de Poliperconte y reclutó a bastantes mercenarios para luchar contra Casandro. Él mismo creó una red de comunicación con antorchas y correos por toda la zona de Asia de la que era dueño con la que era posible transmitirlo todo rápidamente¹⁸².

Después Antígono se dirigió a Fenicia, organizando a toda [58] prisa una flota, pues aunque sus enemigos poseían entonces muchas naves, las que tenía él en total no eran pocas. Tras plantar su campamento en la antigua Tiro¹⁸³, mandó llamar a los reyes de Fenicia y a los virreyes de Siria. Les pidió que le ayudaran a [2] construir naves, ya que Ptolomeo tenía a su disposición en Egipto todas las de Fenicia con su tripulación. A los comandantes les ordenó que prepararan rápidamente cuatro millones y medio de medidas de trigo, pues eso era lo que se calculaba que se necesitaba para un año. Tras reunir de todas partes leñadores y aserradores, hizo traer

la madera hasta la orilla del mar desde Líbano¹⁸⁴, ochenta mil hombres cortaron y serraron la madera y, después, la trajeron mil carretas. La montaña que se [3] extiende desde Trípoli hasta Biblos, llegando incluso hasta Sidón, estaba llena de admirables cedros y de cipreses, y era bella y extensa. Por ello, Antígono estableció tres astilleros en Fenicia [4] (en Trípoli, en Biblos y en Sidón) y otra, la cuarta, en Cilicia, trayendo desde el Tauro la madera. En Rodas se encontraba [5] otro más, ya que sus ciudadanos habían accedido a construir naves con la madera importada. Mientras Antígono estaba ocupado en esto, después de establecer su campamento cerca del mar, llegó desde Egipto Seleuco con cien naves, espléndidamente preparadas de un modo regio. Al verlo pasar ufano con sus barcos cerca del mismo campamento, las ciudades aliadas y todos los que estaban ayudando a Antígono se sintieron descorazonados. [6] Estaba, en verdad, claro que los enemigos dominaban el mar y que saquearían las ciudades que colaboraran con quien se le opusiera por su alianza con Antígono. Este, sin embargo, les pidió que estuvieran tranquilos, ya que él en ese mismo verano iba a salir a navegar con quinientas naves.

[59] Mientras estaba ocupado con estas cosas, se presentó Agesilao, el mensajero que había sido enviado a Chipre, anunciando que Nicocreonte¹⁸⁵ y los reyes más poderosos se habían aliado con Ptolomeo, pero que los reyes de Citión, Lapito, Marion y [2] Cerinea estaban de su parte. Tras escuchar esto, dejó a cargo del asedio a tres mil soldados al mando de Andronico y él mismo se puso en camino con sus ejércitos. Después de tomar por la fuerza las ciudades rebeldes de Jope y Gaza, integró en sus propias tropas a los soldados de Ptolomeo que había capturado, y en cada una de esas ciudades colocó una guarnición para que los [3] habitantes estuvieran obligados a obedecerle. Volviendo de nuevo a su campamento en la Tiro antigua, continuó con el asedio.

En ese momento Aristón¹⁸⁶, al que Eumenes había confiado los huesos de Crátero¹⁸⁷, se los entregó a Fila, la que había sido antaño su esposa, pero que entonces estaba casada con Demetrio, [4] el hijo de Antígono. Esta mujer parece haber sido especialmente sagaz: solía apaciguar a los que se

alzaban en una revuelta en el campamento, discutiendo apropiadamente con cada uno, y a las hermanas e hijas de los pobres las dotaba con su propio peculio y a muchos que habían sido falsamente acusados los salvó del peligro. Se cuenta que Antípatro, su padre, que [5] tenía fama de haber sido el más prudente de los reyes de aquella época, discutía con ella de los asuntos de Estado, cuando Fila aún era una doncella. Pero el carácter de esta mujer se revelará [6] progresivamente a medida que avancemos en nuestro relato y lleguemos a los sucesos que llevaron al cambio y al fin último del reinado de Demetrio¹⁸⁸.

Y estas son las cosas que ocurrieron a Antígono y a Fila, la mujer de Demetrio.

Respecto a los generales que habían sido enviados por Antígono¹⁸⁹, [60] Aristodemo había navegado hasta Lacedemonia y, tras obtener permiso de los lacedemonios para reclutar mercenarios, reunió a ocho mil soldados procedentes del Peloponeso. Encontrándose con Alejandro y Poliperconte firmó una alianza entre ellos y Antígono puso a Poliperconte como gobernador del Peloponeso y convenció a su hijo Alejandro para que se fuera a Asia. El otro de los generales, Ptolomeo, pasó a Capadocia con [2] todo su ejército, donde se encontró con que la ciudad de Amiso estaba siendo asediada por Asclepiodoro¹⁹⁰, el general de Casandro. Ptolomeo salvó la ciudad del peligro y recobró la satrapía, tras haberse deshecho de Asclepiodoro con el que firmó la paz. [3] Después, pasó a Bitinia y al comprobar que Zibites¹⁹¹, el rey de los bitinios, estaba asediando la ciudad de Ástaco¹⁹² y Calcedonia, le obligó a levantar el asedio. Tras firmar una alianza entre estas ciudades y Zibites y tomar rehenes, siguió hasta Jonia y Lidia, ya que Antígono le había pedido en un mensaje que acudiera en ayuda de la costa lo más rápido posible, ya que Seleuco [4] estaba a punto de dirigir una expedición contra ella. En cuanto llegó cerca de esos territorios que antes hemos mencionado, Seleuco estaba precisamente asediando Eritrea¹⁹³, pero al enterarse de que el ejército enemigo estaba cerca, se alejó sin haber conseguido nada.

[61] Antígono firmó una alianza con Alejandro, el hijo de Poliperconte, en cuanto llegó. Después, convocó una asamblea plenaria con todos los soldados y todos los macedonios que se encontraran allí¹⁹⁴ y acusó a Casandro de la muerte de Olimpia y de [2] lo que les había sucedido a Roxana y al rey¹⁹⁵. Además, dijo que había obligado a Tesalónica a casarse con él¹⁹⁶, que estaba claro que aspiraba a hacerse con el trono de Macedonia y que, aun cuando los olintios eran los enemigos más acérrimos de Macedonia, había construido una ciudad con su nombre allí e incluso había reconstruido Tebas, que había sido destruida por Macedonia¹⁹⁷. En cuanto vio que el pueblo compartía su indignación, [3] sacó una resolución según la cual se amenazaba con declarar a Casandro enemigo si no destruía esas ciudades y liberaba al rey y a su madre, Roxana, y los devolvía a los macedonios, y si, en general, no obedecía a Antígono, el comandante que había sido legítimamente nombrado para la regencia del reino. También se decía que todos los griegos eran libres, autónomos y no sometidos a guarniciones. Una vez que los soldados ratificaron con su voto el contenido de este decreto, Antígono envió por todas partes a hombres que lo transmitieran. Pensaba, de hecho, [4] que los griegos serían unos aliados más leales en la guerra por sus ansias de libertad y también que los generales de las satrapías superiores y los sátrapas, que albergaban la sospecha de que Antígono tenía la intención de deponer a los reyes de la familia de Alejandro, cambiarían todos de idea y con presteza obedecerían sus órdenes, si él claramente hacía la guerra en defensa de los reyes. Tras llevar a cabo esto y dar a Alejandro [5] quinientos talentos, alentando sus grandes esperanzas en el futuro, lo envió de vuelta al Peloponeso. Él, por su parte, después de haber traído las naves de Rodas y una vez que equipó la mayor parte de las que habían sido construidas, zarpó rumbo a Tiro. A pesar de haber bloqueado sus salidas al mar y haber cortado todo suministro de alimentos durante un año y tres meses, solo cuando los que estaban allí encerrados sufrían ya una terrible necesidad, permitió a los soldados enviados por Ptolomeo que volvieran con sus pertenencias, y cuando la ciudad capituló, colocó una guarnición para que la vigilara¹⁹⁸.

[62] Entretanto, Ptolomeo, al enterarse de lo que habían decretado Antígono y los macedonios acerca de la libertad de los helenos, publicó otro decreto en similares términos, ya que quería que los griegos supieran que él no estaba menos interesado en [2] su independencia que Antígono. Como se habían dado cuenta de que no era una cuestión banal, cada uno rivalizó en ganarse el favor de los griegos por medio de estos gestos de buena voluntad. Ptolomeo también firmó una alianza con el sátrapa de Caria, Asandro¹⁹⁹, que tenía bajo su poder no pocas ciudades. [3] Además de los tres mil soldados que había previamente enviado a la corte de los reyes de Chipre, mandó también entonces una fuerte armada con la intención de obligar a los rebeldes a [4] que acataran sus órdenes. A Mirmidón²⁰⁰, el ateniense, lo envió con diez mil soldados, y a Policeto, con cien naves bajo el mando supremo de su hermano Menelao. Cuando estos llegaron hasta Chipre, se encontraron allí a Seleuco con su escuadra [5] y se reunieron para discutir sus planes. Decidieron que Policeto navegaría con cincuenta naves hasta el Peloponeso y lucharía contra Aristodemo, Alejandro y Poliperconte; que Mirmidón y los mercenarios irían a Caria en ayuda de Asandro, que estaba sufriendo el ataque del general enviado por Ptolomeo; y que Seleuco y Menelao y sus hombres, a los que se les había dejado en Chipre con el rey Nicocreonte y el resto de los aliados, emprenderían [6] la lucha contra sus enemigos. Tras organizar de esta manera el ejército, Seleuco y sus hombres tomaron Cerinea y Lapito y se ganaron el apoyo de Estasioco²⁰¹, el rey de los marienses, obligaron al gobernante de Amatunte a que diera rehenes en garantía, y atacaron de manera ininterrumpida con todo su ejército la ciudad de Citión, ya que habían sido incapaces de convertirla en su aliada. En ese momento acudieron al encuentro [7] de Antígono desde el Helesponto cuarenta naves al mando de Temisonte²⁰², y desde el Helesponto y Rodas acudieron ochenta esquifes de Dioscórides. Ya tenía totalmente preparadas y [8] listas las naves que se habían construido en Fenicia. Estas, junto con las que habían sido capturadas en Tiro, que eran ciento veinte, hacían un total de doscientas cuarenta naves absolutamente a disposición de Antígono. De estas naves, noventa eran cuatrirremes; diez, quinquerremes;

tres, con nueve bancadas de remos; diez, con diez, y treinta, sin cubierta. Dividió esta armada [9] en dos, envió cincuenta naves al Peloponeso y, tras poner a su sobrino Dioscórides como almirante al mando de las restantes, le ordenó que hiciera una circunnavegación para garantizar la seguridad de los aliados e invitar a las islas a unirse a la alianza, si aún no lo habían hecho.

Esto es lo que le ocurrió a Antígono entonces²⁰³.

Ahora que ya hemos tratado los asuntos de Asia, continuemos [63] en esta parte con los acontecimientos en Europa²⁰⁴. Apolonides²⁰⁵, el estratega puesto por Casandro en la ciudad de Argos, hizo una incursión en Arcadia por la noche y se apoderó de la ciudad de Estínfalo. Pero mientras estaba ocupado en esto, los [2] argivos, que eran hostiles a Casandro, llamaron a Alejandro, el hijo de Poliperconte, prometiéndole que le entregarían la ciudad. Pero Alejandro llegó tarde y Apolonides se presentó primero en Argos. Tras arrestar a unos quinientos disidentes que se encontraban reunidos en el pritaneo, les cerró la puerta del edificio y los quemó vivos. A los demás, en su mayoría, los condenó al exilio, pero arrestó a unos pocos y los condenó a muerte. [3] Al enterarse de la presencia de Aristodemo en el Peloponeso y de la multitud de mercenarios que había logrado reunir, Casandro, al principio, intentó romper la alianza que unía a Poliperconte con Antígono. Pero al ver que este le ignoraba, reunió un [4] ejército y fue desde Tesalia hasta Beocia. Tras ayudar allí a los tebanos en las tareas de reconstrucción de sus murallas, puso rumbo al Peloponeso. Primero asedió Céncreas²⁰⁶ y saqueó la región de los corintios; y después, tras tomar dos guarniciones por la fuerza, llegó a un acuerdo para retirar el resto de las que habían [5] sido impuestas por Alejandro. Luego atacó la ciudad de Orcómeno²⁰⁷ y tras ser admitido por la facción hostil a Alejandro dejó en la ciudad una guarnición. Dado que los aliados de Alejandro se habían refugiado en el templo de Ártemis²⁰⁸, Casandro entregó la potestad del templo a los ciudadanos para que hicieran lo que tuvieran a bien. Y entonces los de Orcómeno, tras sacar a los suplicantes por la fuerza de los templos, los ejecutaron sumariamente transgrediendo la costumbre de los griegos.

Casandro pasó a Mesenia y al encontrarse allí la ciudad de [64] Mesene²⁰⁹ bien guarnecida por Poliperconte, renunció a la idea de ponerla bajo asedio por el momento y puso rumbo a la Arcadia, donde dejó a Damis como gobernador de Megalópolis; y luego, tras estar en la Argólide y dirigir los juegos nemeos²¹⁰, se volvió para Macedonia. Pero en cuanto se marchó, apareció [2] Alejandro, que, yendo en compañía de Aristodemo por las ciudades del Peloponeso, estaba dispuesto a echar a las guarniciones, que habían sido impuestas por Casandro, y a restaurar la libertad en las ciudades griegas. Al enterarse de esto, Casandro [3] le envió a Prepelao con la petición de que desertara de Antígono y que se aliara con él lealmente. Le dijo que si lo hacía se le haría entrega de la comandancia de todo el Peloponeso, se le nombraría general de su ejército y se le otorgarían los honores propios de este rango. Alejandro, al ver que se le concedía [4] aquello que había motivado originalmente su lucha contra Casandro, selló su alianza con él y fue nombrado estratega del Peloponeso.

Al mismo tiempo que esto sucedía, Policeto, que había sido [5] enviado por Seleuco desde Chipre, puso rumbo a Céncreas y en cuanto se enteró de la traición de Alejandro, al ver que no había ningún ejército enemigo, navegó hasta Panfilia. Luego pasó por Afrodisias²¹¹, en Cilicia, y allí se enteró de que Teodoto²¹², el almirante de Antígono, estaba de camino desde Patara²¹³, en Licia, con las naves de Rodas tripuladas por nativos de Caria; y de que Perilao avanzaba con los soldados de infantería, para poder así asegurarse con su escolta la seguridad de su flota. Derrotó a [6] ambos de la siguiente manera. Desembarcó a sus soldados y los escondió en un lugar conveniente, por el que era necesario que los enemigos pasaran, y él mismo navegó con todas sus naves, pertrechándose tras un promontorio desde donde esperó la llegada del enemigo. Los soldados de infantería fueron los primeros que cayeron en la emboscada, y Perilao fue capturado; y en el caso de los demás, unos perecieron en la refriega y otros [7] fueron hechos prisioneros. A pesar de que las naves de Rodas intentaron acudir en su ayuda, Policeto, que apareció de repente con sus propias embarcaciones, fácilmente puso en fuga a los enemigos, que salieron en

desbandada. De esta manera todas las naves acabaron capturadas, así como no pocos hombres, entre los que se encontraba un malherido Teodoto, que acabaría falleciendo [8] pocos días después. Después de que Policleto consiguiera una considerable victoria sin haber corrido peligro, navegó hacia Chipre y desde allí a Pelusio. Ptolomeo lo honró, agasajándole con grandes regalos, y le tuvo en mayor estima al ser el artífice de tan gran triunfo; y liberó a Perilao y a algunos cautivos más, mandándolos en una embajada para Antígono. Él mismo fue al lugar llamado Ecregma²¹⁴ y empezó a negociar con Antigono, pero enseguida se volvió, ya que Antígono no cedía a sus demandas.

Una vez que hemos dado cuenta de los hechos en Europa, [65] tanto en Grecia como en Macedonia, en esta sección continuaremos con las regiones occidentales²¹⁵. Agatocles, el gobernante de Siracusa que mantenía el fuerte sobre Mesina, prometió que entregaría la plaza fuerte si obtenía a cambio treinta talentos. En [2] cuanto le hicieron entrega del dinero no solo traicionó a aquellos que habían confiado en su palabra, sino que incluso decidió hacerse con Mesina propiamente. Así pues, al enterarse de que parte de la muralla de la ciudad se había derrumbado, envió a sus caballeros desde Siracusa, y él mismo se acercó a la ciudad de noche con naves hemiolias de asalto²¹⁶. Pero como los que eran [3] objeto de este plan se enteraron de lo que tramaba, fracasó y entonces navegó hasta Milas²¹⁷, donde asedió el fortín y lo tomó después de que capitulara. Entonces puso rumbo a Siracusa, y en la época de cosechas de nuevo emprendió una campaña contra Mesina. A pesar de que su campamento estaba apostado cerca [4] de la ciudad y lanzaba frecuentes ataques, no logró infligir daño alguno de consideración a los enemigos. Y, en efecto, muchos de los exiliados de Siracusa acudieron rápidamente a la ciudad no solo para luchar por su propia salvación, sino también por el odio que le tenían al tirano. En ese tiempo llegaron embajadores [5] procedentes de Cartago que reprobaron lo que Agatocles había hecho porque violaba los acuerdos. Ratificaron la paz a los de Mesina y, una vez que obligaron al tirano a reinstaurar su guarnición, se volvieron para Libia. Agatocles, sin embargo, continuó [6] hasta Abaceno²¹⁸, una

ciudad aliada, y ejecutó a aquellos que le eran hostiles, que no eran más que unos cuarenta.

[7] Al mismo tiempo que esto ocurría, los romanos²¹⁹, en su lucha con los samnitas, tomaron por la fuerza la ciudad de Ferentum²²⁰, en Apulia. Los habitantes de Nuceria, también llamada Alfaterna²²¹, convencidos por algunas personas, rompieron su amistad con Roma y se aliaron a los samnitas.

[66] Tras ese año, Nicodoro fue nombrado arconte de Atenas, y en Roma fueron cónsules Lucio Papirio por cuarta vez y Quinto [2] Publio por segunda vez²²². Durante este tiempo, Aristodemo, el estratega que había sido nombrado por Antígono, en cuanto se enteró de la defección de Alejandro, el hijo de Poliperconte, presentó su caso en la asamblea de la Liga Etolia, donde convenció a los asambleístas para que colaboraran en los asuntos de Antígono. Después, pasó de Etolia al Peloponeso y allí se encontró con que Alejandro y los eleos estaban asediando Cilene²²³; y presentándose oportunamente a ojos de los asediados, consiguió levantar el asedio. Tras dejar allí un destacamento [3] que salvaguardara la guarnición, avanzó hasta Aquea y Patrás y liberó estas ciudades, que estaban bajo la vigilancia de un destacamento de soldados de Casandro, y luego, tras asediar Egio, tomó posesión de sus cuarteles, pero aunque quería restablecer la libertad según el decreto²²⁴, se vio impelido por la siguiente circunstancia: en el saqueo perpetrado por los soldados, estos dieron muerte a muchos de los ciudadanos de Egio y destruyeron la mayor parte de las casas. Después de esto, el propio Aristodemo [4] navegó en dirección a Etolia y los dimeos²²⁵, que tenían una guarnición de Casandro, dividieron la ciudad con una muralla de tal forma que se mantuviera independiente y separada de la ciudadela. Tras animarse los unos a los otros a defender su autonomía, rodearon la ciudadela con el ejército, lanzando frecuentes ataques. En cuanto Alejandro se enteró de esto, acudió [5] con un ejército y después de penetrar por el interior de la muralla, se apoderó de la ciudad, exterminó a algunos de los dimeos, a otros los metió en prisión y a muchos los condenó al exilio. Los supervivientes, una vez que Alejandro hubo conquistado la [6] ciudad, permanecieron tranquilos por un cierto tiempo,

impresionados por la magnitud de su desgracia y por la falta de aliados. Pero un tiempo después, mandaron llamar a unos mercenarios de Aristodemo desde Egio y de nuevo atacaron la guarnición, y luego de hacerse con la ciudadela, liberaron la ciudad, y, tras masacrar a la mayoría de los que allí quedaban, también aniquilaron a todos aquellos ciudadanos que hubieran mantenido su amistad con Alejandro.

[67] Entretanto, Alejandro, el hijo de Poliperconte, al pasar por Sición con su ejército, fue asesinado por Alexión²²⁶ de Sición y algunos otros que pretendían ser sus amigos. Su mujer, Cratesípolis, heredó las riendas del poder y reunió al ejército en torno a sí, siendo muy apreciada por sus soldados por su generosidad, pues tenía por costumbre ayudar a los necesitados, acogiendo a [2] muchos de los desheredados. Además tenía un sentido común y un arrojo superior al de las mujeres de su época: en efecto, cuando los sicionios, tras la muerte de su marido y por desprecio a ella, se alzaron en armas para recuperar su libertad, se les opuso y después de vencer a muchos, los aniquiló, y arrestó y crucificó a treinta. Cuando ya se sintió segura en la ciudad, rigió sobre los destinos de los sicionios, ya que tenía a muchos soldados listos para cualquier emergencia²²⁷.

Y esto fue lo que ocurrió en el Peloponeso.

[3] Casandro, al comprobar que los etolios estaban luchando al lado de Antígono y que estaban inmersos en una guerra fronteriza contra Acarnania, juzgó que le convenía aliarse con los acarnanios y humillar a los etolios. Por ello, dirigiéndose desde Macedonia con un gran ejército, llegó hasta Etolia y acampó en [4] las inmediaciones del río Campilo²²⁸. Tras reunirse en asamblea con los acarnanios, les explicó en detalle que ellos estaban envueltos en esa guerra fronteriza desde hacía mucho tiempo y les aconsejó que se retiraran de sus poblaciones, pequeñas y desguarnecidas regiones, y se mudaran a alguna que otra ciudad, de tal forma que al no estar ya dispersos por el territorio, fueran capaces de ayudarse los unos a los otros y de reunirse con facilidad ante un inesperado ataque enemigo. Una vez convencidos los acarnanios, una buena parte de ellos se asentó en Estrato²²⁹, la más grande y

poderosa ciudad; pero los eniadas y algunos otros se reunieron en Sauria y los derios, junto otros distintos, se dirigieron a Agrinio. Casandro, tras dejar al estratega Licisco [5] al mando de unas considerables tropas, le ordenó que ayudara a los acamanios, mientras él mismo acudía con un ejército a Leucade, y se alió con ellos tras una embajada. Después de esto, [6] tras avanzar por el Adriático, tomó Apolonia al primer asalto. Volviendo de nuevo a Iliria y una vez cruzado el río Hebro, se enfrentó a Glaucias, el rey de los ilirios. Tras salir victorioso del [7] combate, firmó un tratado según el cual no le estaría permitido a Glaucias luchar contra los aliados de Casandro; y después de ir a la ciudad de Epidamno e instalar una guarnición, se volvió para Macedonia²³⁰.

Cuando Casandro se retiró de Etolia, tres mil etolios se reunieron [68] y tras rodear Agrinio empezaron un asedio de la ciudad. Los habitantes de la región negociaron la entrega de esta a cambio de abandonarla sanos y salvos y, confiando en ese tratado de paz, se marcharon de la ciudad; pero, entonces, los etolios, traicionando lo acordado, salieron en su persecución y, al cogerlos desprevenidos, acabaron con la vida de prácticamente todos. Nada más llegar a Macedonia, Casandro se enteró de que [2] estaban en guerra todas las ciudades carias aliadas con Ptolomeo y Seleuco y envió un ejército a Caria con la intención de ayudar a sus aliados, al mismo tiempo que intentaba distraer a Antígono para que no tuviera tiempo para pasar Europa. Escribió [3] a Demetrio de Falero y a Dionisio, el capitán de la guarnición de Muniquia, ordenándoles que mandaran veinte naves a Lemnos. Tras enviar al punto los esquifes y a Aristóteles como almirante de estas naves, este navegó hasta Lemnos y después de convocar a Seleuco con una flota, intentó convencer a los lemnios para que traicionaran a Antígono. Pero como ellos se negaron, saqueó la región y tras rodear la ciudad, la sometió a [4] asedio. Después de esto, Seleuco navegó hacia Cos, y Dioscórides²³¹, el almirante impuesto por Antígono, al enterarse de la partida de Seleuco, cayó sobre Lemnos, expulsó a Aristóteles de la isla y capturó la mayoría de las naves con su tripulación.

[5] Asandro y Prepelao²³² estaban al mando de las tropas que habían sido enviadas por Casandro a Caria, y estos, al enterarse de que Ptolomeo²³³, el general de Antígono, había dividido el ejército para pasar el invierno²³⁴ y que estaba ocupado en esos momentos con el entierro de su padre, enviaron a Eupólemo para que acechara al enemigo en las inmediaciones de Caprima²³⁵, en Caria. Le enviaron en total ocho mil soldados de infantería [6] y doscientos caballeros. En ese tiempo Ptolomeo, tras enterarse de boca de algunos desertores de la estrategia de los enemigos, reunió a ocho mil trescientos soldados de infantería que estaban hibernando cerca y a seiscientos caballeros. De manera inesperada, en medio de la noche, lanzaron un ataque a la empalizada y los pillaron de improviso, mientras estaban dormidos, e hicieron prisionero a Eupólemo y obligaron a los soldados a entregarse.

Esto fue lo que ocurrió a los generales que habían sido enviados por Casandro a Asia.

Antígono, viendo que Casandro estaba intentando apoderarse [69] de Asia, dejó a su hijo Demetrio en Siria²³⁶, ordenándole que esperara a Ptolomeo, del que sospechaba que iba a atacar Siria desde Egipto, junto a un ejército de diez mil soldados mercenarios, dos mil soldados macedonios, cinco mil soldados licios y panfilios, cuatrocientos arqueros y honderos persas, cinco mil soldados de caballería y cuarenta y tres elefantes. Puso a su lado a cuatro consejeros: Nearco el cretense²³⁷ y Pitón el hijo de Agénor²³⁸, que había regresado unos días antes de Babilonia, y además de estos dos, a Andronico de Olinto²³⁹ y a Filipo²⁴⁰, varones de avanzada edad que fueron compañeros en la lucha de Alejandro durante toda su campaña. Era Demetrio aún muy joven, ya que tenía tan solo veintidós años. Antígono, por su [2] parte, se puso él mismo al mando de otro ejército y al principio trató de pasar el Tauro, pero le cayó una gran nevada y perdió a muchos hombres. Por ello, volvió de nuevo a Cilicia y, aprovechando otra oportunidad, pasó sin problemas la mencionada montaña, y tras llegar a Celenas, en Frigia, distribuyó su ejército [3] en los cuarteles de invierno²⁴¹. Después, envió una flota desde Fenicia con Medio²⁴² como almirante, que se dirigió contra las

naves de Ptolomeo²⁴³ (unas treinta y seis) y tras derrotarlos en una batalla naval, se hizo con las embarcaciones y su tripulación.

Esta era la situación en Grecia y en Asia²⁴⁴.

[70] En Sicilia²⁴⁵ los siracusanos, que estaban en Agrigento, pidieron a los gobernantes de la ciudad que no se quedaran mirando mientras Agatocles organizaba las ciudades; que era preferible luchar voluntariamente en ese momento, ya que el tirano no estaba aún fuerte, antes que esperar a que incrementara su poder y tener que hacerlo cuando estuviera en la plenitud [2] de sus fuerzas. Pensando que ellos tenían razón, la asamblea de los acragantinos votó a favor de la guerra, firmaron una alianza con Mesina y Gela y enviaron a algunos de sus exiliados a Lacedemonia con la orden de que trajeran a un general [3] hábil que pudiera hacerse cargo de la empresa. Sospechaban, de hecho, que los políticos de su ciudad eran favorables a la tiranía, así que escogían a políticos foráneos para que se hicieran cargo de las empresas comunes, teniendo en cuenta el antecedente [4] de la comandancia de Timoleón de Corinto²⁴⁶. Los enviados, en cuanto llegaron a Lacedemonia, se encontraron con que Acrotato, el hijo del rey Cleomenes²⁴⁷, había ofendido a muchos de los jóvenes y que, por lo tanto, estaba ansioso por salir al extranjero. El caso es que había sido el único que se [5] había opuesto al decreto según el cual los lacedemonios, tras la guerra con Antípatro, se habían abstenido de represaliar a los que habían sobrevivido a la derrota²⁴⁸. Por ello, ocurrió que ofendió a no pocos, especialmente a los que se beneficiaban de la aplicación de la ley. De hecho, estos se reunieron una vez para darle una paliza y tenían decidido conspirar contra él. Por [6] esta razón, aceptó encantado la invitación de los acragantinos, ansioso por participar en una misión como comandante en el extranjero. Como iba a emprender la marcha sin el consentimiento de los éforos, partió con pocas naves, pero las suficientes para cruzar hasta Agrigento. Sin embargo, impulsado por el [7] viento, acabó en la costa Adriática, en la región de Apolonia, y dándose cuenta de que la ciudad estaba asediada por el rey ilirio Glaucias, levantó el asedio, convenciendo al rey para que firmara un acuerdo con los ciudadanos de Apolonia. Después,

[8] navegó hasta Tarento, donde pidió a la ciudad que le ayudara a liberar a los siracusanos, y los convenció para que votaran a favor de fletar veinte naves auxiliares, ya que por los lazos de amistad y la dignidad de su familia tenían mucha confianza en él y daban crédito a sus palabras.

Mientras los tarentinos estaban ocupados con los preparativos, [71] Acrotato navegó hasta Agrigento y asumió el cargo de general supremo. Al principio creó en el pueblo grandes expectativas y dio a muchos la impresión de que el tirano iba a ser [2] derrocado en breve. Pero el tiempo pasaba y no había emprendido ninguna acción digna ni de su patria ni de la fama de su familia. Al contrario, siendo tan cruel y sanguinario como los [3] tiranos, ofendía continuamente al pueblo. Además de esto, abandonó esa disciplina propia de su nación y se entregó a todo tipo de placeres con tal inconsciencia que parecía más bien que [4] era persa y no espartano. Como malgastó buena parte de sus fondos, en parte en su labor política y en parte por apropiárselos, al final invitó a cenar a Sosítrato²⁴⁹, el más distinguido de los exiliados y que había estado al mando de numerosos ejércitos, y lo asesinó alevosamente; ya que, aunque no tenía ningún cargo, ansiaba deshacerse de él porque este era un hombre de principios, y siempre estaba alerta y vigilante ante los que malversaban [5] desde sus cargos de poder. Cuando el asunto se hizo público, enseguida todos los exiliados se pusieron en su contra y todos los demás también se enemistaron con él: al principio, lo destituyeron de su cargo de comandante y poco después intentaron apedrearlo. Por esta razón, temeroso de la furia del pueblo, salió de noche a escondidas y huyó de vuelta a Lacedemonia. [6] Tras su marcha, los tarentinos, que habían enviado su escuadra a Sicilia, la volvieron a traer, y los acragantinos, los de Gela y los de Mesina²⁵⁰ finalizaron su guerra con Agatocles, [7] teniendo como mediador en la paz al cartaginés Amílcar²⁵¹. Entre los principales acuerdos a los que se llegaron figuran los siguientes: de entre las ciudades griegas de Sicilia, Heraclea, Selinunte y, además de estas dos, Himera, quedarían bajo el mando de Cartago, como así había sido antes, y todas las demás serían autónomas, bajo la hegemonía de Siracusa.

Después de esto, Agatocles, viendo que en Sicilia ya no estaban [72] las tropas enemigas, se fijó la meta de hacerse con las ciudades y la isla. Rápidamente conquistó muchas de ellas y se hizo fuerte en la región. De hecho, se hizo con muchos aliados, bastantes tributos y un considerable ejército. En efecto, sin contar [2] con sus aliados y todos los siracusanos que se alistaron a su ejército, tenía diez mil soldados mercenarios escogidos y tres mil quinientos caballeros. Hizo, además, acopio de todo tipo de armas y munición, sabedor de que los cartagineses, que habían reprochado a Amílcar los acuerdos de paz, harían la guerra contra él en breve.

Y esta era la situación en Sicilia en ese preciso momento²⁵².

Los samnitas, que llevaban en guerra con los romanos varios [3] años por la hegemonía en Italia, tomaron en asedio Plística²⁵³, que albergaba una guarnición romana, y convencieron a los de Sora²⁵⁴ para que aniquilaran a todos los romanos que se encontraban con ellos y firmaran una alianza con los samnitas. [4] Después, mientras los romanos estaban asediando Satícula²⁵⁵, aparecieron con un abundante ejército con la intención de levantar el asedio. Durante la encarnizada lucha que se originó, fueron muchos los que murieron de ambas partes, pero al final fueron los romanos los que prevalecieron. Tras la batalla, finalizaron el asedio de la ciudad y avanzaron sin problemas, subyugando a las poblaciones y regiones por las que pasaban. [5] El enfrentamiento continuó en las ciudades de Apulia, donde los samnitas reclutaron a todos los que estaban en edad de servir en el ejército, y acamparon cerca del enemigo con la intención [6] de acabar con ellos de una vez por todas. Al enterarse el pueblo de Roma de esto, empezaron a preocuparse por el futuro y enviaron un gran ejército. Acostumbrados a nombrar como dictadores con plenos poderes a uno de sus ciudadanos de renombre en los momentos de peligro, en aquella ocasión nombraron a Quinto Fabio²⁵⁶, y como comandante de caballería [7] junto a él, a Quinto Aulio. Estos, tras asumir el mando de las tropas, se enfrentaron a los samnitas en el lugar llamado Laustolae²⁵⁷ y perdieron a muchos de sus soldados.

Al cundir el pánico en el campamento entero, Aulio, avergonzado por la perspectiva de huir, fue el único que se mantuvo frente a la masa de sus enemigos no con la esperanza de vencer, sino para demostrar que en lo que a él respectaba su patria permanecía invicta. [8] Este, al no compartir con sus conciudadanos el baldón de emprender la huida, se ganó una muerte honorable. Pero los romanos, temiendo perder el control sobre Apulia, mandaron una colonia a Lucera²⁵⁸, la más importante de las ciudades de la región. Tomando como base esta ciudad, continuaron la lucha contra los samnitas, pensando no menos en su seguridad. Gracias [9] a ella no solo ellos resultaron victoriosos en esa batalla, sino que en todas las sucesivas hasta hoy en día, decidieron usar esta localidad como base de operaciones contra las tribus vecinas²⁵⁹.

Cuando ese año llegó a su fin, Teofrasto fue nombrado arconte [73] de Atenas, y en Roma fueron nombrados cónsules Marco Publio y Gayo Sulpicio²⁶⁰. En ese tiempo, los ciudadanos de Callantia²⁶¹, que vivían en la orilla izquierda del Ponto Euxino, expulsaron la guarnición que había puesto Lisímaco y defendieron su autonomía. De la misma manera, la ciudad de Istria y el [2] resto de las comunidades vecinas liberadas se aliaron para hacer frente común contra el dinasta. Atrajeron a su alianza también a sus vecinos tracios y escitas, de tal manera que se formó un bloque poderoso con la capacidad de oponerse al tirano con un ejército fuerte. Lisímaco, al enterarse de lo que estaba sucediendo, [3] se dirigió con su ejército contra los rebeldes. Tras cruzar Tracia y los montes Hemos, plantó su campamento cerca de Odesa. La perspectiva de un asedio aterrizó a sus ciudadanos [4] y Lisímaco tomó la ciudad tras su capitulación. Después de hacerse con los de Istria de una manera similar, marchó hacia Callantia. Al mismo tiempo, llegaron los escitas y los tracios con una numerosa tropa en auxilio de sus aliados, según lo pactado. [5] Lisímaco se enfrentó a ellos y después de rodear a los tracios totalmente, los aterrizó y los obligó a cambiar de bando. Pero a los escitas los venció en una batalla campal y tras haber matado a muchos de ellos, los persiguió hasta expulsarlos más allá de sus fronteras. Luego rodeó la ciudad de Callantia con su campamento, la asedió, ya que quería

castigar a los culpables [6] de la revuelta de cualquier modo. Mientras él estaba ocupado en esto, se le presentaron unos embajadores que le anunciaron que Antígono había enviado contingentes de tropas en ayuda de Callantia, un ejército de infantería, y una armada, y que el general Licón estaba de camino al Ponto al mando de esa armada y que Pausanias, con no pocos soldados, estaba acampado en un [7] lugar llamado Hierón²⁶². Lisímaco, angustiado ante esta noticia, dejó a los soldados necesarios para mantener el asedio²⁶³, y llevando consigo el grueso del ejército salió raudo con el afán de [8] encontrarse con el enemigo. Tras cruzar los montes Hemos, se encontró con que Seutes, el rey tracio, le había cerrado el paso [9] con muchos soldados. Se enzarzaron en una lucha larga y Lisímaco, a pesar de perder a no pocos de los suyos, aniquiló un vasto número de enemigos y se abrió camino por entre los bárbaros. [10] Apareció también de improviso ante las fuerzas de Pausanias y, tras cercarlos en un estrecho lugar mientras huían, mató al propio Pausanias. En el caso de los soldados, a unos los liberó tras recibir un rescate y a otros los integró en su propio ejército.

Esto fue lo que le ocurrió a Lisímaco.

Antígono, después de fracasar en este ataque, envió a Telesforo²⁶⁴ [74] al Peloponeso y tras hacerle entrega de cincuenta naves y de los soldados necesarios, le ordenó que liberara a las ciudades. Con esta acción esperaba hacer creer a los griegos que estaba sinceramente interesado en su autonomía. Pero también, al mismo tiempo, tenía la oportunidad de enterarse de los asuntos de Casandro. Telesforo emprendió rápidamente la navegación [2] rumbo al Peloponeso, llegó hasta las ciudades que habían sido guarnecidas por Alejandro y liberó todas con la excepción de Sición y Corinto²⁶⁵. Poliperconte permanecía allí con sólidas tropas, ya que confiaba en ellas la defensa de los puntos de mayor importancia estratégica de la región. Al mismo tiempo que esto [3] estaba ocurriendo, Filipo²⁶⁶ fue enviado por Casandro como general a la guerra contra Etolia, y en cuanto llegó a Acarnania con su ejército, al principio se dedicó a devastar Etolia, pero al enterarse, poco después, de que el epirota Eácides se había aliado con el rey y que había reunido

un gran ejército, se dirigió lo más rápido posible contra él, ya que estaba inquieto por lidiar con ellos de manera separada, antes de que pudiera unir sus fuerzas a las de Etolia. Encontrándose con que los epirotas estaban [4] preparados para la lucha, los atacó inmediatamente, mató a muchos, hizo prisioneros a no pocos, entre los que casualmente se encontraban esos cincuenta responsables de la vuelta del rey, y se los envió a Casandro, tras encadenarlos. Como Eácides [5] y sus hombres se dieron a la fuga y se les unieron los etolios, Filipo lanzó otro ataque y los venció fácilmente en una [6] batalla: mató a muchos, entre ellos al rey Eácides. Pocos días después, tras conseguir tales victorias, Filipo sembró el terror entre los etolios de tal manera que estos abandonaron las ciudades que no estaban fortificadas y se dirigieron a las áreas más inaccesibles de los montes con sus mujeres y sus hijos.

Aquí terminan los acontecimientos en Grecia.

[75] En Asia, Asandro²⁶⁷, el sátrapa de Caria, presionado por la guerra, llegó a un acuerdo con Antígono según el cual le daría todos los soldados, dejaría todas las ciudades griegas en libertad y mantendría como una concesión la satrapía que antes poseía, [2] permaneciendo como un fiel aliado de Antígono. Asandro había cedido como garantía de estos acuerdos a su hermano Agatón en calidad de rehén, pero al arrepentirse a los pocos días de las condiciones del tratado, liberó secretamente a su hermano de su cautiverio y envió una embajada a Ptolomeo y a [3] Seleuco para pedirles ayuda inmediatamente. Antígono, enfurecido por esto, para liberar las ciudades, envió un ejército por tierra y por mar, nombrando como almirante de la flota a Medio [4] y poniendo al mando a Dócimo²⁶⁸. En cuanto estos llegaron a la ciudad, proclamaron la libertad de los ciudadanos y, después de asediar la fortaleza bien guarnecida, establecieron un gobierno [5] autónomo. Mientras estos estaban ocupados en ello, Antígono asedió Traies. Nada más llegar a Cauno, envió una escuadra y tomó toda la ciudad a excepción de la ciudadela. Tras rodearla, lanzó repetidos ataques contra la parte donde se podía forzar la entrada. Ptolomeo²⁶⁹, que había sido enviado a Yaso con un ejército considerable, los forzó a ponerse del lado de Antígono. De esta manera las ciudades de Caria se sometieron

a los designios [6] de Antígono²⁷⁰. Pocos días después llegaron unos embajadores de parte de los etolios y los beocios y firmó con ellos una alianza, pero cuando entró en negociaciones con Casandro acerca de la paz en el Helesponto, todo fue inútil y resultó imposible llegar a un acuerdo entre ellos. Por esta razón, Casandro, viendo que no se llegaría a ningún acuerdo, se interesó de nuevo por meter mano en los asuntos de Grecia. Así, poniéndose [7] en marcha con treinta naves a Oreos²⁷¹, asedió la ciudad. Pero justo cuando estaba atacándola con todas sus energías y la ciudad ya estaba a punto de ser tomada por la fuerza, se presentaron en su auxilio Telesforo, que venía desde el Peloponeso con veinte naves y mil soldados, y Medio, con cien naves desde Asia. Estos, al ver las naves de Casandro atracadas en el puerto, [8] les prendieron fuego, destruyendo cuatro de ellas y por poco no destruyeron todas. Pero en cuanto llegaron refuerzos desde Atenas en ayuda de los derrotados, Casandro salió en persecución de sus enemigos, a los que pilló desprevenidos. Tras interceptarlos, hundió una nave y se apoderó de tres de ellas con su tripulación.

Y esto fue lo que ocurrió en Grecia y en el Ponto²⁷².

En Italia²⁷³, los samnitas avanzaron con un gran ejército, devastando [76] toda la Campania y cuantas ciudades se pusieron en su camino. Los cónsules romanos se presentaron con un ejército con la intención de ayudar a sus aliados en peligro. Plantando [2] su campamento frente a sus enemigos, en las inmediaciones de Tarracina, enseguida calmaron los enervados ánimos de la ciudad. Pocos días después, ambos contendientes colocaron sus formaciones frente a frente y se originó una encarnizada lucha y fueron muchos los que cayeron de ambos bandos. Al final los romanos, cargando con todas sus fuerzas, se impusieron sobre sus enemigos, y durante una larga persecución mataron a más [3] de diez mil. Mientras la batalla estaba aún indecisa, los campanos, por despecho con los romanos, se rebelaron contra ellos, pero el pueblo romano enseguida envió un ejército notable contra ellos al mando del dictador Gayo Manio y con él, según la vieja usanza, a Manio Fulvio²⁷⁴ como comandante de la caballería. [4] Como estos estaban apostados cerca de Capua, los campanos, al principio,

estaban decididos a luchar, pero después, al enterarse de la derrota de los samnitas y pensando que todos los [5] ejércitos irían contra ellos, se rindieron a los romanos. Entregaron a los instigadores de esta revuelta, pero ellos, sin esperar a que se los juzgara, se suicidaron. Las ciudades fueron perdonadas y volvieron a ser aliadas.

[77] Al transcurrir el año, Polemón fue elegido arconte de Atenas, y en Roma fueron nombrados cónsules Lucio Papirio por quinta vez y Gayo Junio²⁷⁵. También durante ese año se celebraron las Olimpiadas en su edición número ciento diecisiete, en la [2] que ganó la carrera Parmenión de Mitilene. En ese tiempo, Antígono envió a Grecia al estratego Ptolomeo para liberar a los griegos, y con él mandó también ciento cincuenta naves grandes, al mando de Medio como almirante, y cinco mil soldados de infantería y quinientos jinetes. Firmó una alianza con los [3] rodios y tomó diez de sus naves totalmente equipadas para librar la guerra de liberación de los griegos. Ptolomeo, tras llegar [4] con toda su flota al puerto de Beocia, llamado Batis²⁷⁶, recibió de parte de la Liga Beocia dos mil doscientos soldados de infantería y mil trescientos jinetes. También mandó llamar a las naves de Oreo, fortificó Salganeo²⁷⁷, y reunió allí a todo su ejército. Esperaba, de esta manera, ser recibido por los de la Calcídica, que eran los únicos de los eubeos que habían admitido una guarnición enemiga. Pero Casandro, en su ansia por hacerse [5] con la Calcídica, levantó el asedio a la ciudad de Oreo y movilizó todas sus huestes a la Calcídica. Antígono, al enterarse de que en Eubea los ejércitos estaban al acecho el uno del otro, envió a Medio a Asia con su escuadra, y, al punto, tomando consigo su ejército, avanzó rápidamente hacia el Helesponto para pasar a Macedonia. Su pretensión era o capturar Macedonia, que sería vulnerable, si Casandro permanecía en Eubea, o arruinar su poder en Grecia, si acudía en ayuda de su reino. Pero Casandro, que vio sus intenciones, dejó a Plistarco²⁷⁸ al [6] mando de las guarniciones de la Calcídica, mientras que él, yendo con todo su ejército, tomó Oropo por la fuerza y obligó a los tebanos a que firmaran una alianza con él. Tras firmar un armisticio con los demás beocios y dejar al general Eupólemo²⁷⁹ al mando de Grecia, se volvió a Macedonia,

angustiado ante la llegada del enemigo. Antígono, en cuanto llegó a la Propóntide, [7] envió una embajada a Bizancio pidiendo que se aliaran con él. Pero también habían llegado los embajadores de Lisímaco, que pedían que no se actuara ni a favor de él ni a favor de Casandro, por lo que los bizantinos decidieron permanecer quietos y mantenerse como aliados de ambas partes. Antígono, desilusionado en esto, al ver que ya el frío se le venía encima, distribuyó a los soldados por la ciudad para pasar el invierno.

[78] Al mismo tiempo que esto ocurría, Corcira, que había acudido en ayuda de los de Apolonia y Epidamno, se libró de los soldados de Casandro mediante un acuerdo y se liberó la ciudad de Apolonia, pero Epidamno fue entregada al rey de los ilirios, [2] Glaucias. El general de Antígono, Ptolomeo, después de la marcha de Casandro a Macedonia, tras aterrorizar a las guarniciones de Calcis, tomó la ciudad pero la dejó sin soldados que la vigilaran para que quedara claro que, de verdad, Antígono tenía la intención de liberar a los griegos, ya que la ciudad resulta conveniente para todos aquellos que quieran usarla como base para [3] atacar el resto de la región²⁸⁰. Así, Ptolomeo tomó en asedio la ciudad de Oropo, se la devolvió a los beocios e hizo prisioneros a los soldados de Casandro. Después, tras aliarse con los eritreos y los de Caristo, avanzó hacia el Ática, donde Demetrio de Falero [4] estaba al mando de la ciudad. Los atenienses, al principio, contactaron en secreto con Antígono, pidiéndole que liberara la ciudad. Pero en cuanto vieron que Ptolomeo se encontraba ya cerca de la ciudad, recobraron sus ánimos y obligaron a Demetrio a que firmara un armisticio y enviara a Antígono embajadas [5] para tratar sobre la alianza. Ptolomeo, dirigiéndose desde el Ática hasta Beocia, tomó la Cadmea y tras expulsar a la guarnición allí apostada liberó Tebas. Después pasó a la Fócide, donde expulsó a todas las guarniciones de Casandro tras ganarse a la mayoría de las ciudades. Continuó hasta la Lócride y como los de Opunte estaban con una guarnición de Casandro, los sometió a asedio y atacó la ciudad, sin darles un respiro²⁸¹.

En ese verano²⁸², los cireneos se rebelaron contra Ptolomeo [79] y rodearon la ciudadela. Cuando estaban a punto de

expulsar a las guarniciones, llegaron unos embajadores de Alejandría y les ordenaron que cesasen las hostilidades, pero ellos los aniquilaron y asediaron la ciudadela con más energía. Ptolomeo, enfurecido [2] por esto, envió al general Agis con un ejército de infantería, y mandó también una flota que había requisado al enemigo, al mando del almirante Epeneto²⁸³. Agis atacó enérgicamente [3] a los rebeldes y tomó por la fuerza la ciudad, arrestó a los responsables de la revuelta y los envió a Alejandría tras haberles confiscado las armas; y después de haber hecho y deshecho en la ciudad como más le convino, se volvió para Egipto.

Ptolomeo, una vez solucionada la cuestión de Cirene a su [4] gusto, pasó desde Egipto con su ejército hasta Chipre para atacar a aquellos reyes que habían renegado de él. Allí se encontró con Pigmalión, un embajador enviado por Antígono, al que mandó ejecutar, y también arrestó a Praxipo, el rey de Lapito, y al dinasta de Cerinea, del que sospechaba que tramaba algo contra él, y a Estasieco²⁸⁴, el gobernante de Marion, y destruyó toda la ciudad una vez hubo trasladado a toda la población hasta Pafos. Tras haber hecho esto, puso a Nicocreonte²⁸⁵ como gobernante [5] de Chipre, y le hizo entrega de las ciudades y de los [6] tributos de los reyes que habían sido derrocados. Ptolomeo, por su parte, puso rumbo a la región llamada Siria Superior con su ejército y tomó en asedio y saqueó las ciudades de Posidion²⁸⁶ y Potamicon²⁸⁷. Después de partir en barco sin demora en dirección a Cilicia, tomó Malo y vendió como botín de guerra a todos los que pudo capturar. También arrasó la región cercana y tras haber contentado a su ejército con el botín obtenido, puso [7] rumbo a Chipre. Trataba a los soldados de esta manera, animándolos para los siguientes peligros que iban a afrontar.

[80] Demetrio, el hijo de Antígono, estaba entonces en Celesiria al acecho de las tropas de Ptolomeo²⁸⁸ y en cuanto se enteró de la toma de las ciudades dejó a Pitón como general de la región, haciéndole entrega de los elefantes y del grueso del ejército, mientras que él, llevando consigo a los jinetes y la infantería ligera, pasaba a toda prisa a Cilicia para socorrer a los que estaban [2] en peligro. Pero llegó más tarde de lo oportuno y se encontró con que los enemigos habían ya

partido, con lo emprendió la vuelta rápidamente a su campamento. Había perdido la mayoría de sus caballos en el camino, pues realizó en solo seis días el camino hasta Malo de veinticuatro estaciones²⁸⁹, de tal forma que ninguno de los escuderos ni de sus mozos de cuadra pudo seguirlo porque estaban excesivamente cansados.

[3] Ptolomeo, al ver que todos sus asuntos habían salido a su gusto, se marchó de vuelta a Egipto, pero poco después, provocado por Seleuco en su odio a Antígono, decidió atacar Celesiria [4] y plantarle cara a Demetrio. Tras reunir a su ejército, salió de Alejandría hasta Pelusio con ocho mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería, de los cuales unos eran macedonios, otros mercenarios, pero la mayoría eran de Egipto; unos iban bien cargados con las armas y la impedimenta, mientras que otros ya estaban preparados y listos para el combate. Desde Pelusio [5] cruzaron el desierto y acamparon cerca del enemigo en las inmediaciones de la antigua Gaza, en Siria²⁹⁰. De la misma manera, Demetrio había reunido a sus soldados procedentes de todas partes desde los cuarteles de invierno en la antigua Gaza, desde donde esperaba una acción del enemigo.

Aunque sus partidarios le habían advertido que no debía enfrentarse [81] a tan gran general que tenía un ejército superior al suyo, él no les hizo ningún caso, sino que, confiado, se preparó para la lucha, a pesar de que era muy joven para afrontar tamaña confrontación sin la ayuda de su padre. Demetrio convocó [2] una asamblea de su ejército en armas. La multitud, para animarlo, jaleaba a voz en grito a Demetrio, que, enardecido y excitado, se había subido a un estrado. Antes de que el heraldo pidiera mandar callar, todos guardaron silencio. Aunque había sido [3] puesto al mando recientemente, no había nadie en su contra, ni por parte del ejército ni por parte de la población civil, como suele sucederles a los veteranos generales cuando las quejas individuales en una determinada situación se combinan para dar origen a una sola revuelta (la multitud, en efecto, se irrita cuando está en manos de los mismos, y cuando se les muestra un absoluto desprecio, agradecen un cambio); y como su padre ya era un hombre mayor, las esperanzas del reino estaban

depositadas en su sucesor, y, por ello, gozaba del favor del pueblo. Era [4] además extremadamente atractivo y alto y cuando estaba adornado con todo el aparato real, tenía tal prestancia y encanto, que se ganaba la voluntad de los demás. Además tenía esa afabilidad que corresponde a un rey joven, con la que se granjeaba la benevolencia de todos, hasta el punto de que todos corrieron a escucharlo, incluso fuera de las filas, ya que estaban preocupados sinceramente por su juventud y por el enfrentamiento crítico [5] que se iba a producir. No solo iba a medir sus fuerzas contra numerosas huestes, sino contra los que casi eran los más importantes reyes de entonces, Ptolomeo y Seleuco. En efecto, estos habían estado al lado de Alejandro en todas sus contiendas y, muchas veces, al mando de sus propios ejércitos, habían [6] salido victoriosos en casi todas las ocasiones. Demetrio, tras arengar sus tropas con las apropiadas promesas de regalos según lo merecieran y ofrecimientos de un botín, dirigió sus tropas a la lucha.

[82] Se colocó en el ala izquierda, desde donde él iba a tomar parte en la lucha, y colocó a doscientos de sus más selectos caballeros a su lado, entre los que se encontraban todos sus amigos y Pitón, compañero de fatigas de Alejandro, al que Antígono [2] había nombrado como co-general en esta empresa²⁹¹. Como avanzadilla dispuso tres filas de caballería y el mismo número de guardas en los flancos y, además, tres tropas tarentinas²⁹² apostadas fuera del ala. De esta forma, los que formaban parte de su guardia personal eran en total quinientos jinetes lanceros y cien [3] tarentinos. Luego dispuso a los jinetes llamados «compañeros», que eran en total unos ochocientos, con caballos de todas las razas, que eran no menos de mil quinientos. Enfrente de toda esta ala colocó a treinta elefantes y llenó los huecos de esta formación con tropas ligeras, entre los que había mil lanceros y [4] arqueros y quinientos honderos persas. Organizó el ala izquierda de la misma manera, porque pensaba que podría decidir la batalla. Puso también cerca a una falange de infantería compuesta por once mil hombres, de los cuales eran macedonios unos dos mil, mil eran licios y panfilios, y ocho mil eran mercenarios. En el ala derecha dispuso a los mil quinientos que quedaban al

mando de Andronico. Este tenía la orden de mantener su formación quieta en la retaguardia y evitar la confrontación, esperando al resultado de la lucha emprendida por Demetrio. Puso al resto de los elefantes, unos trece, enfrente de la falange de infantería, alternándolos con las apropiadas tropas de infantería ligera en los huecos. Demetrio, pues, preparó su propio ejército de esta manera.

Ptolomeo y Seleuco al principio organizaron su ala izquierda [83] de tal forma que fuera la más fuerte, ya que desconocían los planes del enemigo. Pero en cuanto se enteraron gracias a los oteadores de lo que este había hecho, rápidamente cambiaron la formación para que el ala derecha fuera la más fuerte y el ejército más poderoso luchara con las formaciones desplegadas por Demetrio en el ala izquierda. Así, colocaron en este lado a los tres mil jinetes más vigorosos entre los cuales habían decidido combatir. Enfrente de esta formación pusieron a los que debían [2] llevar el *charax*, un instrumento hecho de hierro y conectado con cadenas que habían preparado para evitar la entrada de los elefantes, pues cuando este estaba extendido era fácil impedir que los animales avanzaran²⁹³. Enfrente de esta ala colocaron [3] también tropas ligeras, ordenando a los lanceros y arqueros que lanzaran venablos sin cesar a los animales y a aquellos que los conducían. Una vez reforzada el ala derecha, tras haber organizado al resto del ejército de la manera apropiada, se dirigieron entre gritos al encuentro del enemigo.

Sus rivales también, a su vez, se pusieron en marcha y, al principio, solo hubo una confrontación en la vanguardia de las alas de las formaciones de la caballería, en las que Demetrio [4] tenía ventaja. Poco después, Ptolomeo y Seleuco rodearon con la caballería un ala y empezaron a cargar más violentamente con todas sus líneas, y entonces se formó una encarnizada lucha [5] por el celo con el que cargaban ambos bandos. En una primera maniobra, una lucha que se entabló con lanzas, muchos sucumbieron y no pocos fueron los que acabaron heridos. En la segunda carga pasaron a un enfrentamiento con espadas, y como estaban luchando cuerpo a cuerpo fueron muchos los que murieron. Los propios comandantes, poniendo en riesgo sus vidas, alentaron a sus

subordinados para que se mantuvieran firmes ante el peligro; y los caballeros que estaban en las alas, todos escogidos por su bravura, rivalizaban los unos con los otros en tener como testigos de sus valientes proezas a los generales que luchaban a su lado.

[84] Después de un largo combate de caballería, los elefantes, espoleados por sus mahouts indios, avanzaron desde una cierta distancia para generar pánico, como si nadie pudiera frenar su marcha. Pero cuando se encontraron con la barda de pinchos, y con la masa de lanceros y arqueros lanzando venablos sin freno, los cuerpos de los elefantes y de aquellos que los conducían [2] empezaron a sufrir. Y como los conductores indios forzaban a los animales y los espoleaban, resultaron heridos por la buena colocación de las trampas y, atormentados por sus heridas y por [3] la furia de sus atacantes, empezaron a hacer un gran ruido. Este tipo de animal, en efecto, en un terreno llano y suave, tienen una fuerza de ataque frontal irresistible, pero en parajes difíciles y escarpados su fuerza se revela inútil por lo blando de sus patas. [4] Por ello, entonces, como Ptolomeo previsoriamente sabía lo que iba a pasar si ponía pinchos, consiguió que la fuerza de los elefantes resultara inútil. En suma, como la mayoría de los indios habían sido alcanzados por las lanzas, se hizo con todos los elefantes. Al final de la batalla, la mayoría de los jinetes de Demetrio. [5] asustados, habían salido en desbandada, abandonándolo en compañía de unos pocos; y aunque él iba rogando a cada uno que se quedara y que no le abandonaran, como nadie le hizo caso, al final se vio obligado a partir con ellos. La mayoría de [6] los jinetes que le seguían obedecieron sus órdenes y siguieron en formación hasta Gaza, de tal forma que nadie de los que estaban persiguiéndolos se atrevería a atacarlos, pues la llanura era ancha y suave, lo que facilitaba la huida los que querían escapar en formación. Le siguieron también aquellos jinetes [7] que quisieron dejar las formaciones y salvarse, yendo expeditos al haberse desprovisto de sus pesadas armas. Pero a su paso por Gaza, al anochecer, algunos de los jinetes se fueron, abandonando la formación ya que deseaban desembarazarse de su armamento. Una vez que abrieron las puertas, muchos animales [8] de carga se juntaron allí, pero como cada uno ansiaba ser el

primero en sacarlos, se formó tal barullo a las puertas de la ciudad que cuando los hombres de Ptolomeo los alcanzaron nadie pudo cerrar a tiempo las puertas. Por ello cuando los enemigos penetraron por las murallas, la ciudad acabó en manos de Ptolomeo.

Este fue el final de la batalla. Demetrio embarcó hacia Azoto²⁹⁴ [85] en medio de la noche, recorriendo doscientos setenta estadios²⁹⁵. Desde allí envió a un heraldo para negociar la recuperación de los cadáveres, ansioso de otorgar el merecido sepelio a toda costa a aquellos que habían muerto. La mayoría de sus [2] amigos habían encontrado la muerte, entre los que se encontraba de manera destacada Pitón, que le auxiliaba en la comandancia en igualdad, y Beoto²⁹⁶, que había convivido con su padre, Antígono, durante mucho tiempo y con el que había compartido [3] todos los secretos. En la batalla habían caído más de quinientos hombres, en su mayoría de entre los más nobles jinetes, y más de ocho mil habían sido capturados²⁹⁷. Ptolomeo y Seleuco permitieron que Demetrio recogiera los cadáveres y recuperara la impedimenta real, y los prisioneros que estaban acostumbrados a servir en palacio fueron enviados ante Demetrio sin que mediara el pago de un rescate. Ellos, en efecto, sostenían que no tenían ningún problema personal con Antígono por eso, sino porque, aunque ellos habían hecho la guerra en común, primero contra Pérdicas y después contra Eumenes, él no había repartido las tierras capturadas y, aunque había firmado una alianza con Seleuco, le había quitado la satrapía de Babilonia, lo que [4] contravenía lo que era justo. Ptolomeo envió a Egipto a los soldados capturados y ordenó que fueran distribuidos por los nomos²⁹⁸, mientras que él, de su propio peculio, enterraba de manera espléndida a los que habían muerto por su causa en la batalla. Luego se marchó con el ejército para apoderarse de las ciudades de Fenicia, unas tras asediarlas, otras tras convencerlas [5] persuasivamente. Demetrio, que no disponía de un ejército de consideración, envió un mensajero a su padre con una petición de ayuda urgente y, mientras, él se presentó en Trípoli, en Fenicia, y convocó a los soldados desde Cilicia, además de llamar a

aquellos que estuvieran vigilando ciudades o guarniciones lejos de los enemigos.

Ptolomeo, tras haberse hecho con el control del territorio, se [86] dirigió a Sidón, y tras acampar cerca de Tiro pidió a Andronico, el comandante de la guarnición, que se rindiera con la promesa de que le daría a cambio presentes y le honraría convenientemente. Pero este le contestó que de ninguna manera [2] traicionaría la confianza depositada en él por Antígono y Demetrio, y además insultó ferozmente a Ptolomeo. Por ello, cuando después los soldados se amotinaron y él fue expulsado de Tiro y cayó en sus manos, Andronico esperaba recibir su justo castigo por esa afrenta y por haberse negado a entregarle Tiro. Pero Ptolomeo, lejos de guardarle ningún rencor, al contrario, tras agasajarlo con regalos, lo integró en su corte, convirtiéndolo en uno de sus aliados distinguidos. De hecho, este dinasta era [3] extraordinariamente gentil y comprensivo, incluso generoso. Esto es precisamente lo que hizo que aumentara su fama e hiciera que muchos desearan gozar de su favor²⁹⁹. En efecto, acogió [4] con gusto a Seleuco, que había sido expulsado de Babilonia³⁰⁰, y compartió con él y sus amigos su propia prosperidad. Por ello, [5] cuando Seleuco le solicitó que le diera soldados para invadir Babilonia, se los concedió de buena gana y prometió que colaboraría con él en todo hasta que recobrara su satrapía.

Y esto fue lo que paso en Asia³⁰¹.

En Europa³⁰², Telesforo, el almirante de Antígono que estaba [87] en Corinto, cuando vio que Ptolomeo³⁰³ resultaba más favorecido que él mismo y que se le encargaban a él todos los asuntos de Grecia, acusó a Antígono de esto, vendió las naves que él tenía, y, tras tomar consigo a todos los soldados que quisieran compartir [2] su decisión, llevo a cabos sus planes por cuenta propia. Entrando en Elis, como si todavía siguiera siendo aliado de Antígono, fortificó la ciudadela y sometió a la población; incluso saqueó el sagrado precinto de Olimpia y tras reunir más de quinientos talentos de plata empezó a contratar mercenarios con [3] ese dinero. Telesforo se convirtió así en un traidor a Antígono, simplemente por

envidia de los avances de Ptolomeo. Ptolomeo, el general de Antígono, había recibido a su cargo todos los asuntos de Grecia, y al enterarse de la traición de Telesforo y de la captura de la ciudad de Elea y de la rapiña de todas las riquezas de Olimpia, pasó al Peloponeso con todo su ejército. Tras entrar en Elis y tomar la acrópolis, que había sido fortificada, devolvió a los eleos la libertad y al dios su tesoro. Después de esto, convenciendo a Telesforo, recuperó Cilene, que había sido guarnecida por él, y se la devolvió a los eleos.

[88] Al mismo tiempo, los epirotas, tras la muerte de su rey Eácides, dieron el cetro real a Alcetas³⁰⁴, que había sido exiliado [2] por su padre, Arimbo, y que era enemigo de Casandro. Por ello Licisco, el general que había sido puesto en Acarnania por Casandro³⁰⁵, invadió Epiro con su ejército con la esperanza de apartar a Alcetas del poder, mientras hubiera inestabilidad en el [3] reino. Mientras Licisco estaba en su campamento en la ciudad de Casopia³⁰⁶, Alcetas envió a sus hijos, Alejandro y Teucro, a las ciudades con la orden de reclutar el mayor número posible de soldados, mientras que él mismo fue tomando lo que le quedaba del ejército, y se puso en marcha; y cuando ya estaba cerca del enemigo, esperó la vuelta de sus hijos. Al ver aparecer las [4] fuerzas de Licisco, que eran superiores en número, los epirotas, aterrorizados, se entregaron al enemigo³⁰⁷, y Alcetas, tras ser abandonado, huyó a Eurimenas³⁰⁸, una ciudad del Epiro. Mientras [5] estaba allí sufriendo asedio, se presentó Alejandro en ayuda de su padre. En la encarnizada batalla que se entabló, fueron muchos los soldados que murieron, entre los que se encontraban algunos de sus hombres, como el general Micito³⁰⁹, y el ateniense Lisandro, que había sido puesto por Casandro como comandante de Leúcade. Pero después, cuando Dinias³¹⁰ acudió en [6] ayuda de los derrotados, se libró una segunda batalla en la que Alejandro y Teucro salieron derrotados y huyeron a una región desierta con su padre, mientras que Licisco capturó en asedio Eurimenas y la destruyó.

En ese momento Casandro, al escuchar la derrota de los suyos [89] y desconocedor de la victoria posterior, se movilizó a toda prisa hasta Epiro en ayuda de los hombres de Licisco.

Tras enterarse de que los suyos habían salido vencedores, firmó la paz con Alcetas y tomando parte de su ejército se dirigió al Adriático para asediar Apolonia, porque después de expulsar a la guarnición que él les había colocado, se habían pasado a los ilirios. Los que estaban en la ciudad no albergaban ningún temor, sino [2] que pidieron ayuda a sus otros aliados y se colocaron frente a la muralla. Tras la cruenta y larga lucha que se produjo, los de Apolonia, superiores en número, forzaron a sus enemigos a huir y Casandro, que no tenía ni muchos soldados ni un ejército considerable, volvió a Macedonia, al darse cuenta de la proximidad [3] del invierno. A su partida, los de Leúcade pidieron ayuda a Corcira y expulsaron a la guarnición de Casandro. Los epirotas estuvieron por cierto tiempo gobernados por Alcetas, pero como era un déspota cruel con la población, lo aniquilaron a él y a sus dos hijos, Esioneo y Nisón, que eran niños³¹¹.

[90] En Asia³¹² Seleuco puso rumbo a Babilonia, tras la derrota infligida a Demetrio en Gaza, Siria, y tras recibir de parte de Ptolomeo no menos de ochocientos soldados de infantería y alrededor de doscientos caballos. Estaba tan envanecido por sus falsas ilusiones que, incluso, aunque no hubiera tenido ningún tipo de ejército, habría hecho la expedición a las provincias superiores en compañía de sus amigos y siervos. Pensaba que los babilonios, por su pasada buena relación, se unirían pronto a él, ya que Antígono, tras haberse llevado lejos a su ejército, le había ofrecido una oportunidad para llevar a cabo sus propias acciones. [2] Pero aunque era tal su confianza, los amigos que estaban con él se sentían abatidos, ya que eran conscientes de que los que se encontraban en campaña con ellos eran muy pocos y que los enemigos contra los que iban no solo tenían grandes ejércitos pertrechados, sino también impresionantes recursos y [3] una gran cantidad de aliados. Al verlos asustados, Seleuco los animó, mostrándoles que unos hombres que habían guerreado con Alejandro y a los que este había distinguido por su valor, no debían enfrentarse al peligro confiando exclusivamente en los ejércitos y el dinero, sino en su experiencia y astucia; virtudes con las cuales aquel había realizado las más grandes empresas admiradas por todos. También dijo que era necesario

confiar en las palabras de los dioses, que proclamaban que el final de la campaña sería digno de su intención. Ya que en el oráculo en [4] Bránquidas³¹³, el dios le había vaticinado que sería proclamado rey y que Alejandro, en sueños, se había puesto a su lado y le había dado una clara señal de la futura hegemonía que iba a alcanzar, con el transcurso del tiempo. Además de esto, les mostró [5] que todo lo que es hermoso y admirado por los hombres se consigue a través de esfuerzo y riesgos. Pero también trató de ganarse a los que luchaban con él y se colocó en igualdad de condiciones, de tal forma que cada uno mostraba respeto por el otro y aceptaban voluntariamente los riesgos de esa aventura.

A su paso por Mesopotamia convenció a algunos de los macedonios [91] que habitaban en Carae³¹⁴, al resto los obligó por la fuerza a que se unieran a su campaña. Y en cuanto entró en Babilonia, la mayoría de los nativos fueron a su encuentro haciéndole saber que estaban totalmente de su lado y que habían decidido ayudarle en lo que creyera conveniente. El hecho es [2] que Seleuco, durante sus cuatro años como sátrapa en esta región, se había mostrado benévolo con todos, ganándose el favor del pueblo y preparando, con antelación, a aliados que colaborarían con él cuando se diera el momento oportuno para disputar el poder supremo. Se le unió igualmente Poliarco³¹⁵, al mando [3] de una cierta circunscripción, con más de mil soldados. Los que aún permanecían leales a Antígono, viendo que era imposible retener el impulso de la masa, huyeron a la acrópolis que Dífilo³¹⁶ custodiaba. Seleuco, tras someter la acrópolis a un asedio y tomarla [4] por la fuerza, rescató a aquellos de entre sus amigos y esclavos que Antígono había entregado en custodia, tras la marcha [5] de Seleuco de Babilonia a Egipto. Después, reclutó soldados y, tras comprar caballos, los distribuyó entre los que podían servirse de ellos. Tratando con cordialidad a todos y aumentando las expectativas, mantuvo listos y animados para cualquier situación a los que compartían los peligros con él. De esta manera Seleuco conquistó de nuevo Babilonia.

[92] Cuando Nicanor, el general de Media, alzó en armas un ejército contra él desde Media y Persia y las regiones

cercanas, con más de diez mil soldados de infantería y unos siete mil jinetes, [2] Seleuco fue a toda prisa a plantar cara al enemigo. Seleuco tenía en total más de tres mil soldados de infantería y cuatrocientos jinetes. Cruzó el río Tigris y al enterarse de que los enemigos estaban a unos pocos días de camino, escondió su ejército en las marismas cercanas con la intención de realizar un ataque sorpresa. [3] Cuando Nicanor llegó al río Tigris y no encontró a los enemigos, acampó en una de las estaciones reales, creyendo que habían huido lejos. Pero en cuanto llegó la noche, mientras las tropas de Nicanor estaban confiadas, haciendo su guardia perezosamente, Seleuco atacó de repente, creando una gran [4] confusión y sembrando el miedo. En el momento en el que los persas se unieron a la lucha, ocurrió que su sátrapa, Evagro³¹⁷, cayó junto a muchos otros generales. Cuando esto ocurrió, la mayoría de los soldados, en parte asustados por la magnitud del peligro, y en parte también ofendidos por lo que había hecho [5] Antígono, se pasaron al bando de Seleuco. Nicanor, abandonado en compañía de unos pocos y temiendo que le entregaran a los enemigos, huyó con sus compañeros por el desierto. Seleuco, tras haberse hecho con el control de un considerable ejército, a causa de la benevolencia con la que trataba a todos, fácilmente se hizo con la Susiana y Media y algunas de las regiones vecinas. Escribió a sus amigos y a Ptolomeo acerca de sus gestas, dado que ya tenía la consideración y la fama de un rey.

Entretanto, Ptolomeo se encontraba en Celesiria tras haber [93] vencido a Demetrio, el hijo de Antígono, en una gran batalla³¹⁸. Al enterarse de que Demetrio había vuelto desde Cilicia y estaba acampado en la Siria Superior, eligió a Ciles, el macedonio, de entre sus amigos. Ptolomeo le cedió un adecuado ejército y [2] le ordenó que expulsara a Demetrio de Siria o que le atrapara y acabara con él. Mientras estaba de camino, a través de sus espías se enteró de que Ciles había plantado su campamento de manera desafiante en Miunte. Demetrio, entonces, dejó atrás toda su impedimenta, y llevó consigo a los soldados ligeros de equipaje para hacer el camino más rápido, y tras caer sobre los enemigos de repente en la primera guardia de la mañana, se apoderó de todo el

ejército sin tener que luchar, e incluso hizo prisionero al general³¹⁹. Con esta victoria pensó que se había tomado la revancha por su derrota. De todas formas, ya que suponía [3] que Ptolomeo marcharía contra él con todo su ejército, plantó su campamento, usando como sistema de defensa las lagunas y marismas del lugar. También comunicó por escrito a su padre lo que había pasado, pidiéndole o que le enviara un ejército lo más rápido posible o que acudiera él mismo a Siria. Antígono [4] se encontraba en ese momento en Celenas, en Frigia, y en cuanto recibió su carta se alegró notablemente al ver que su hijo, pese a su juventud, se había desenvuelto por sí mismo y parecía digno de ser rey. Antígono partió con una tropa desde Frigia y, tras cruzar el Tauro, en pocos días se reunió con su hijo Demetrio. [5] Ptolomeo, al enterarse de la presencia de Antígono, convocó una reunión de sus generales y consejeros para discutir si convenía esperar y decidir todo en una confrontación definitiva en Siria, o si era mejor retirarse a Egipto y luchar desde allí, [6] como había hecho anteriormente con Pérdicas³²⁰. Todos decidieron no arriesgarse a luchar contra un ejército muy superior con un gran número de elefantes, al mando de un general que no había sufrido ninguna derrota, ya que era mucho más fácil hacer la guerra en Egipto, teniendo todos los suministros y confiando [7] en la dificultad del terreno. Por ello, tras tomar la decisión de abandonar Siria, arrasaron con las más destacadas de las ciudades que habían capturado, Ace, en Fenicia, y Jope, Samaria y Gaza, en Siria, y tras hacer acopio de su ejército y de cuantas riquezas era posible obtener y llevarse, se fueron de vuelta para Egipto.

[94] Antígono, que sin haber tenido que luchar se había hecho con toda Siria y Fenicia, pensó en lanzar una campaña contra la región de los árabes llamados nabateos, ya que creía que este pueblo se oponía a sus planes³²¹. Eligió a uno de sus hombres de confianza, Ateneo³²², y le entregó cuatro mil soldados de infantería ligera y seiscientos jinetes adiestrados para la marcha rápida, y le ordenó que cayera sobre los bárbaros de repente y que les requisara todo su ganado.

[2] Es útil para aquellos que lo desconozcan detallar las costumbres de estos árabes mediante las cuales, según se cree,

consiguen preservar su libertad. Llevan una vida al aire libre y llaman patria a un desierto sin ríos ni abundantes manantiales de los que sea posible dar de beber a un gran ejército. No estaban [3] habituados ni a sembrar trigo, ni a cultivar ningún otro tipo de planta que dé fruto, ni gustan del vino, ni construyen casas. De hecho, cualquiera que sea visto haciendo esto es condenado a muerte. Así acostumbraban a hacer, porque entendían que [4] aquellos que tenían estas cosas, por la necesidad de mantenerlas, serían fácilmente obligados por los poderosos a acatar sus órdenes. Algunos de ellos crían camellos, otros crían ovejas y pastorean en el desierto. Aunque son muchas las tribus árabes que pastorean en el desierto, estos aventajan a los otros en su riqueza, aun siendo su número no mucho más de diez mil. No [5] pocos de ellos están acostumbrados a transportar hasta el mar incienso y mirra y las más variadas especias que han recibido de los mercaderes de la llamada Arabia Feliz³²³. Son extremadamente [6] celosos de su libertad. Cada vez que un considerable ejército enemigo se acerca a su territorio, se refugian en el desierto, aprovechando la dificultad del terreno. Este es extremadamente seco y resulta muy complicado pasar por allí, salvo para ellos, ya que tienen preparados bajo la tierra aljibes cubiertos con estuco, lo que les proporcionaba seguridad. Esta tierra [7] es, en algunas zonas, arenosa, y, en otras, es una suave piedra donde pueden excavar grandes cuevas. La entrada que construyen es muy pequeña pero a medida que van profundizando, siempre van haciendo las excavaciones más anchas, hasta que, al final, alcanzan tal tamaño que tienen a cada lado un pletro³²⁴. Tras haber llenado de agua de lluvia esos aljibes, cubren las [8] entradas de tal forma que se mimetizan con el terreno, pero dejan señales solo reconocibles para ellos e irreconocibles para [9] los demás. Dan de beber a su ganado cada tres días, para que no tengan necesidad de agua constantemente, si tienen que ir por tierras donde no la haya. Ellos se alimentan de carne y leche y de los productos de la tierra a discreción, pues crece en su tierra el pimientó y la llamada miel silvestre de los árboles³²⁵, de la que se sirven mezclada con agua. Sin embargo, hay otra raza de árabes que incluso son agricultores y están en contacto con los pueblos que pagan tributos y que

comparten los mismos hábitos que los sirios, salvo por el hecho de que no viven en casas.

[95] Las costumbres de los árabes son, pues, así. Pero cada vez que tiene lugar la festividad durante la cual suelen reunirse los que viven por esos lares, unos para vender sus posesiones, otros para comprar algo que necesiten, a ella acudían dejando en una determinada roca³²⁶ sus posesiones y a sus mayores, hijos y mujeres. [2] Esta región es extremadamente inexpugnable a un ataque, y aunque está sin murallas, se encuentra a dos días de camino de cualquier lugar habitado.

Ateneo esperó a esa ocasión y entonces se dirigió a esa roca con un ejército de infantería ligera. Tras recorrer desde el distrito de Idumea en tres días con sus noches dos mil doscientos estadios³²⁷ tomaron la roca a medianoche, sin que los árabes se [3] dieran cuenta. De los que capturaron, a algunos los asesinaron, a otros los hicieron prisioneros, abandonaron a algunos que habían sido heridos y se apoderaron de la mayor parte del incienso y la mirra y de quinientos talentos de plata. Sin permanecer más tiempo que la primera guardia de la mañana, se volvieron a toda prisa, esperando que los bárbaros salieran en su busca. Tras haber marchado sin parar doscientos estadios³²⁸ plantaron su campamento, y como estaban cansados bajaron la guardia, como si creyeran que los enemigos no podrían llegar en dos o tres días. Pero en cuanto los que habían sido testigos del ataque se lo comunicaron [4] a los árabes, estos se reunieron enseguida y tras abandonar la festividad se dirigieron a la roca. Se enteraron por los heridos de lo que había pasado y enseguida salieron a la busca de los griegos. Como los hombres de Ateneo estaban más [5] bien despreocupados en el campamento y por el cansancio estaban dormidos, no se dieron cuenta de que algunos de los prisioneros habían huido y los nabateos, que eran unos ocho mil, al enterarse por ellos del emplazamiento del enemigo, atacaron el campamento en la tercera guardia. Mataron a muchos que aún estaban dormidos, y alcanzaron con sus lanzas a aquellos que se despertaban e intentaban alcanzar sus armas. Al final, casi todos los soldados de infantería fueron aniquilados, pero se salvaron cincuenta jinetes, aunque la mayoría de ellos heridos.

Así, los hombres de Ateneo, aunque al principio habían sido [6] victoriosos, después, por su insensatez, acabaron de esta manera. En verdad, es bastante común que la excesiva confianza y la indiferencia sean la causa de muchos infortunios. Por ello, muchos [7] sabiamente comprenden que es más fácil que sobrevengan infortunios gracias a la destreza, a que sobrevengan dichas por causa de la sensatez, ya que los primeros, por nuestro miedo a lo que va a pasar en el futuro, nos obliga a actuar con cautela, mientras que las segundas, por nuestros previos éxitos, nos tientan a ser más despreocupados.

Después de que los nabateos hubieran aniquilado totalmente [96] a los enemigos, se volvieron a la roca tras haber recuperado sus posesiones, y le escribieron a Antígono una carta en caracteres sirios en la que le acusaban de lo que había hecho Ateneo [2] y se justificaban por lo que habían hecho ellos. Antígono contestó que estaba de acuerdo en que los nabateos se habían defendido legítimamente y acusó a Ateneo, diciendo que había lanzado un ataque contraviniendo sus órdenes. Así lo hizo para ocultar realmente sus intenciones, ya que lo que quería era que los bárbaros estuvieran confiados para invadirlos en un inesperado ataque; pues no era fácil, si no era mediante algún tipo de engaño, conquistar a esos hombres que guardaban celosamente un régimen de vida nómada y tenían el desierto como un lugar [3] inaccesible donde huir. Los árabes estaban extremadamente contentos porque pensaban que se habían librado de un gran peligro, pero no se creyeron totalmente las palabras de Antígono y, una vez consideradas sus esperanzas inciertas, colocaron espías en los desfiladeros, desde donde era fácil ver desde lejos a los que atacaban Arabia. Así, tras preparar sus asuntos a su [4] manera, esperaron los acontecimientos. Antígono, tras haber tratado amigablemente a los bárbaros durante un tiempo, cuando ya creía que estaban engañados y la ocasión era propicia para atacarlos, seleccionó de entre todo su ejército a cuatro mil miembros de la infantería ligera preparados para una marcha rápida y a más de cuatro mil jinetes. Les pidió que llevaran alimentos frescos para varios días y los envió, poniendo a Demetrio al mando de la primera guarnición, con la orden de que castigaran a los árabes de la manera que pudieran.

[97] Demetrio avanzó a toda prisa durante tres días por regiones sin caminos para que los bárbaros no se dieran cuenta, pero los espías, al observar que las huestes enemigas habían entrado, se lo anunciaron a los nabateos mediante las señales de humo acordadas. Por ello, los bárbaros, al enterarse de que en breve los griegos llegarían, colocaron en la roca sus pertenencias y pusieron una guardia suficiente, ya que solo había una entrada artificial; a continuación repartieron los ganados y se fueron al desierto, cada uno a un sitio distinto. Demetrio, al llegar a la [2] roca y descubrir que los rebaños habían sido dispersados, atacó sin piedad la región. Pero como los de dentro se resistían valientemente y tenían las de ganar por la altitud del lugar, tras haber luchado ese día hasta la puesta del sol, Demetrio convocó a sus soldados de vuelta con un toque de trompeta. Al día siguiente, [3] Demetrio regresó a la roca y uno de los bárbaros le dijo a voz en grito: «Rey Demetrio, ¿con qué deseo o necesidad luchas contra nosotros, que vivimos en el desierto en un lugar que no tiene agua, ni trigo, ni vino, ni cualquiera de esas cosas que tanto necesitáis en vuestra vida? Nosotros, puesto que de ninguna [4] manera queremos caer en la esclavitud, nos hemos refugiado en esta región, que carece de todo lo que para los demás es necesario, y hemos escogido una vida en este desierto con fieras salvajes alrededor, pero que no nos molestan de ninguna manera. Por ello, os rogamos a tu padre y a ti que no nos molestéis, sino que aceptes estos presentes de nuestra parte y levantes el campamento y consideres a los nabateos como vuestros aliados para siempre. De hecho, tú, aunque quisieras permanecer aquí [5] más días, sin agua y sin los necesarios víveres, no podrías obligarnos a cambiar nuestro estilo de vida, ni podrías tomar más que algunos cautivos que, como esclavos tuyos, vivirían con desazón, ya que no podrían adaptarse a otras costumbres». Tras [6] este discurso, Demetrio desmanteló su campamento y ordenó que se enviaran a unos embajadores para tratar estos asuntos. Los árabes mandaron a sus ancianos, que, tras repetir argumentos similares a los que anteriormente se dijeron, convencieron a los griegos para que aceptaran sus más lujosos presentes y firmaran la paz con ellos³²⁹.

Demetrio, una vez recibidos los rehenes y los regalos acordados, [98] abandonó la roca. Tras marchar trescientos estadios³³⁰, plantó su campamento cerca del mar Muerto, cuya naturaleza no puede ser ignorada en nuestro discurso³³¹. El mar Muerto se encuentra en el centro del distrito de Idumea, se extiende a lo largo de más de quinientos estadios³³² y tiene una profundidad de sesenta³³³. El agua es muy amarga y de un olor muy fuerte, de tal forma que no hay ningún pez ni ninguno de los seres vivos que suelen encontrarse en el agua. Aunque son muchos los ríos que, destacando por la dulzura de sus aguas, desembocan en este mar, este prevalece sobre ellos por su putridez, ya que desde su centro cada año surge una masa de bitumen de una magnitud de no más de tres pletros, a veces no más de un pietra³³⁴. Cuando esto ocurre, los bárbaros que viven a orillas del lago acostumbran a llamar a la masa más grande «toro», y a la masa más pequeña, «carnero». Cuando el mar se encuentra lleno de bitumen, estos trozos se asemejan, según aquellos que lo contemplan a cierta distancia, a una isla. Ocurre que la aparición del bitumen se pronostica con veinte días³³⁵ de antelación, ya que en las regiones circundantes a este mar, a muchos estadios de distancia, se extiende el olor del bitumen con su nauseabundo aroma y toda la plata de la región y el oro y el bronce cambian su color. Sin embargo, cuando surge el bitumen, todo recupera su color. La región circundante es muy calurosa y el olor hace que los habitantes de la región tengan problemas de salud en su cuerpo y vivan pocos años. La región, sin embargo, es fértil en palmeras en cualquiera de estas zonas que están bañadas por esos ríos útiles o esos manantiales que las irrigan³³⁶. En un valle de esta región se produce lo que se llama bálsamo, de donde se obtiene un importante beneficio, ya que en ninguna otra parte de allí se puede encontrar esta planta y es usada como droga extremadamente importante para los médicos.

Cuando el bitumen ha salido, los habitantes a ambas orillas [99] del mar Muerto se lo llevan, disputándoselo como un botín de guerra los unos con los otros, haciendo acopio de él por sus propios medios sin usar barcos. Preparan grandes canoas con cañas y las arrojan al lago. En ellas no pueden colocarse más de tres hombres, de los cuales dos reman con

dos espadillas atadas y uno lleva venablos para defenderse de quien se acerque en barco desde la otra orilla o se atreva a molestarlos. Cuando ya [2] están cerca del bitumen, blandiendo hachas, saltan sobre él y como si se tratara de una piedra más blanda, van cortándolo a trozos; y en cuanto llenan la canoa, navegan de vuelta. Si alguno de ellos se cae de la embarcación o si esta se deshace, aunque no sepa nadar, no se hunde como en otros lagos, sino que permanece a flote, tal como aquellos que sí que saben nadar. Por naturaleza, este líquido soporta el peso de cualquier cosa [3] que pueda desarrollarse o respirar, no ya en el caso de sólidos que parezcan tener una densidad como el oro, la plata, el estaño y otros materiales similares; pero incluso estos se hunden más despacio que cuando caen en otros lagos. Los bárbaros que tienen el bitumen sacan provecho económico de él en Egipto, donde lo venden como producto para el embalsamamiento de los muertos. Pero a menos que el bitumen se mezcle con otro tipo de especias y aromas, no es posible que se pueda conservar el cuerpo por mucho tiempo.

Antigono, tras el detallado informe de sus empresas que [100] hizo Demetrio a su vuelta, le reprochó el tratado de alianza que había firmado con los nabateos, alegando que había provocado que estos bárbaros fueran más atrevidos al haberlos dejado impunes. A su parecer, ellos habían ganado su favor, no porque hubiera sido clemente, sino porque había sido incapaz de derrotarlos; pero tras alabarlo en lo concerniente a la prospección del lago y en el aparente hallazgo de una nueva fuente de ingresos para las arcas reales, puso como administrador a Jerónimo el [2] historiador. A este le ordenó que preparase naves para recoger todo el bitumen y llevarlo a un cierto lugar. Pero no todo resultó como Antigono esperaba, ya que se reunieron casi seis mil árabes, que navegaron en sus canoas contra los barcos, y prácticamente [3] mataron a todos los tripulantes con sus flechas. Por ello, Antigono tomó la decisión de abandonar esos beneficios no solo por la derrota sufrida, sino también porque tenía la mente puesta en otros proyectos más importantes. En efecto, llegó en ese momento un mensajero con una carta de parte del general de Media y las satrapías superiores, Nicanor. En ella comunicaba por escrito la vuelta de Seleuco y las derrotas que [4] él había sufrido por

su culpa³³⁷. Así, preocupado por lo que había pasado en las satrapías superiores, Antígono mandó a su hijo Demetrio con cinco mil soldados macedonios de infantería, diez mil mercenarios y cuatro mil jinetes, y le ordenó que fuera hasta Babilonia y que tras recuperar la satrapía descendiera lo más rápido posible al mar.

[5] Demetrio entonces salió desde Damasco, en Siria, tratando de cumplir las órdenes de su padre con presteza. Patrocles, el general que había puesto Seleuco en Babilonia, al enterarse de que los enemigos estaban ya en Mesopotamia, no se atrevió a esperar su llegada, ya que tenía pocos hombres a su lado, sino que ordenó a los ciudadanos que abandonaran la población: a unos que, tras cruzar el Eufrates, se dispersaran por el desierto; y a otros que cruzaran el Tigris y fueran a Susiana hasta llegar ante Euteles³³⁸, para después pasar al mar Rojo³³⁹. Él mismo, con [6] los soldados que tenía, usando como defensa el curso de los ríos y sus canales, fue patrullando la satrapía, acechando al enemigo al tiempo que informaba a Seleuco en Media de lo que estaba sucediendo y le pedía ayuda urgente. Demetrio, al llegar a Babilonia, [7] se encontró con que la ciudad había sido abandonada y empezó a asediar las ciudadelas. Tras tomar una de ellas, se la entregó a sus propios soldados para que la saquearan, pero a otra la asedió durante varios días; y como no tenía tiempo, delegó el asedio en uno de sus hombres de confianza, Arquelao³⁴⁰, al que confió cinco mil soldados de infantería y mil jinetes; y él mismo, ya que se acercaba el momento en el que, según lo ordenado, tenía que emprender la vuelta, descendió al mar con el resto de su ejército³⁴¹.

Al mismo tiempo que esto sucedía, en Italia³⁴² los romanos [101] aún estaban inmersos en su lucha contra los samnitas y se sucedieron frecuentes incursiones en la región y asedios de ciudades y movilizaciones de ejércitos en el campo de batalla, ya que los dos pueblos más belicosos de Italia luchaban por obtener la hegemonía. Los cónsules de Roma, tras tomar una parte del ejército, [2] acamparon frente a las huestes enemigas y esperaron el momento más oportuno para lanzar su ataque, al mismo tiempo que protegían las ciudades aliadas. Con el resto del ejército [3] Quinto Fabio³⁴³, que había sido elegido

dictador con plenos poderes, ocupó la ciudad de Fregellae³⁴⁴ y tomó prisioneros a los que más se caracterizaban por su hostilidad contra Roma. A estos, que no eran en total más de doscientos, los llevó a Roma y, tras haberlos flagelado en el foro, los decapitó según la costumbre patria. Poco después lanzó un ataque contra la región enemiga y tomó por asedio la ciudad de Calatia y la acrópolis de Nola, vendió gran cantidad de botín, pero repartió entre los soldados muchas tierras de la región. El pueblo, como todo se estaba desarrollando según sus designios, envió una colonia a la isla que se llama Ponza³⁴⁵.

[102] En Sicilia³⁴⁶, una vez firmada la paz entre Agatocles y los sicilianos, con la excepción de los de Mesina, los exiliados de Siracusa se reunieron en Mesina, al ver que esta era la única [2] que seguía hostil al dictador. Agatocles, deseoso de disolver esta alianza, envió al general Pasifilo contra el ejército de Mesina, dándole instrucciones en secreto de lo que era necesario hacer. Este, en un ataque sorpresa en la región, se hizo con muchos [3] prisioneros, además de con otro tipo de botín, y exigió a los de Mesina que firmaran la paz sin que se viera obligado a llegar a un acuerdo de una manera más agresiva. Los mesenios, animados [4] por la perspectiva de firmar una paz con el enemigo sin tener que luchar, expulsaron a los exiliados de Siracusa y acogieron a Agatocles, que fue con su ejército. Al principio, este [5] los trató con deferencia y los convenció para que, a su vez, aceptaran de vuelta a los exiliados que habían luchado en su ejército y que habían sido expulsados según la ley de los mesenios. Pero después mandó llamar a los que previamente se habían [6] opuesto a su régimen autocrático en Tauromenio y Mesina y los condenó a muerte a todos, siendo no menos de doscientos. Su intención, de hecho, era declarar la guerra a los cartagineses, [7] eliminando toda oposición en Sicilia. Los mesenios, tras expulsar de la ciudad a sus huéspedes, que eran más favorables a ellos y podían oponerse al tirano, al ver que también los ciudadanos hostiles al dictador habían sido ejecutados y que incluso se habían visto obligados a admitir de nuevo a aquellos que habían condenado por sus crímenes, se arrepintieron de su decisión, pero ya estaban obligados a

aguantarse, atemorizados por la fuerza de los que se habían convertido en sus dueños. Agatocles, primero se dirigió a Agrigento con la pretensión [8] de organizar los asuntos de esta ciudad a su gusto, pero en cuanto los cartagineses salieron a su encuentro con sesenta naves, abandonó este propósito y, en cambio, invadió una región súbdita de los cartagineses y la arrasó, tomando algunas de sus plazas fuertes por la fuerza y otras ganándolas diplomáticamente.

Al mismo tiempo que esto sucedía, Dinócrates³⁴⁷, el líder de [103] los exiliados de Siracusa, envió una embajada a Cartago, pidiendo ayuda antes de que Agatocles se hiciera con el poder [2] absoluto en toda Sicilia; y él mismo, tras haber acogido a los que habían sido expulsado de Mesina, y teniendo a su disposición un ejército considerable, envió a uno de los suyos, Ninfodoro, [3] a Centuripe³⁴⁸ con una parte de los soldados. Algunos de los prohombres de la ciudad habían prometido que la entregarían, aunque esta albergaba una guarnición de Agatocles, si a cambio se le devolvía al pueblo su libertad. Tras penetrar en la ciudad durante la noche, los que estaban en el puesto de guardia, en cuanto se percataron de esto, mataron a Ninfodoro y a [4] los que habían forzado su paso por entre las murallas. Aprovechando esta oportunidad, Agatocles culpó a los de Centuripe de lo que había pasado y mató a todos los que parecía que se habían visto implicados en ese suceso nocturno. Mientras el dinasta estaba en eso, los cartagineses navegaron hasta el gran puerto de los siracusanos con cincuenta embarcaciones, pero no pudieron hacer nada más. Sin embargo, cayeron sobre dos naves comerciales procedentes de Atenas, las hundieron y cortaron [5] las manos de la tripulación. Habían sido crueles con hombres que no tenían culpa ninguna y los dioses dieron muestra rápidamente de su desaprobación, porque poco después algunas naves de la flota, dispersas por las vecindades de Brucia³⁴⁹, cayeron en manos de los generales de Agatocles y los fenicios que capturaron sufrieron lo mismo que ellos habían hecho.

Los exiliados agrupados en torno a Dinócrates, que disponían [104] de más de tres mil soldados de infantería y no menos de dos mil jinetes, tomaron el lugar llamado Galeria³⁵⁰, ya que los ciudadanos los habían llamado voluntariamente, y

expulsaron a los hombres de Agatocles y acamparon enfrente de la ciudad. Agatocles rápidamente envió a Pasifilo y a Demófilo junto a [2] cinco mil soldados a la lucha contra los exiliados que estaban al mando de Dinócrates y de Filónides, cada uno en un ala distinta. Durante un tiempo la batalla estuvo igualada, y ambos bandos iban destacando en la confrontación. Sin embargo, cuando cayó uno de los generales, Filónides, la sección del ejército que estaba a su mando también emprendió la huida, con lo que Dinócrates se vio obligado a retirarse. Pasifilo y sus hombres mataron a muchos fugitivos y tras apoderarse de Galeria castigaron a los culpables de la revuelta. Agatocles, al enterarse de que [3] los cartagineses habían tomado la montaña llamada Écnomo³⁵¹, en la región de Gela, decidió batirse con todo su ejército. Yendo contra ellos, cuando ya estaba cerca los invitó a luchar, crecido como estaba por su reciente victoria. Como los bárbaros no se [4] atrevían a plantarle cara, con la convicción de que él dominaba todo el campo de batalla, sin haber luchado, se volvió a Siracusa, donde adornó con los expolios de su batalla los más importantes templos³⁵².

Y esto fue lo que ocurrió en ese año que nosotros hayamos podido averiguar.

[105] En el arcontado ateniense de Simónides fueron nombrados cónsules de Roma Marco Valerio y Publio Decio³⁵³. En ese año³⁵⁴, Casandro, Ptolomeo y Lisímaco cesaron sus hostilidades y llegaron a un acuerdo con Antígono. En virtud de ese pacto, Casandro quedaba como general en Europa hasta que Alejandro, el hijo de Roxana, alcanzara la mayoría de edad; Lisímaco gobernaría Tracia; Ptolomeo, Egipto y todas las ciudades de Libia y Arabia que lindaran con ella; mientras que Antígono sería dueño de toda Asia, y los griegos quedarían libres. Pero ninguno respetó estas resoluciones, sino que cada uno de ellos, poniendo todo tipo de razonables excusas, [2] siguió buscando su supremacía. Alejandro, el hijo de Roxana, se estaba haciendo mayor y se extendía por Macedonia la opinión, sostenida por algunos, de que ya convenía retirarle la custodia al joven y entregarle el reino de su padre, con lo que Casandro, temeroso por su propia suerte, ordenó a Glaucias³⁵⁵, el guarda que estaba al cuidado

del joven, que ejecutara a Roxana y a Alejandro y que escondiera los cuerpos y que no revelara a nadie lo sucedido. [3] Tras cumplir las órdenes, Casandro, Lisímaco, Ptolomeo e incluso Antígono sintieron cierto alivio al librarse del riesgo que suponía [4] el rey. Al no haber ya nadie más que heredara el reino, cada uno de los que gobernaban sobre diferentes pueblos empezaron a albergar la esperanza de ser rey y retuvieron las regiones que se les habían asignado, como si fuera una posesión ganada por la espada.

Y estas eran las cosas que sucedieron en Grecia, Asia y Macedonia en ese momento³⁵⁶.

En Italia, los romanos lanzaron una campaña contra Politio, [5] una de las ciudades de los marrucinos, con un ejército considerable de infantería y jinetes. Enviaron también a algunos de sus ciudadanos a fundar una colonia en un lugar llamado Interamna³⁵⁷.

En Sicilia³⁵⁸, donde Agatocles seguía aumentando su poder [106] y reunía ejércitos cada vez más imponentes, los cartagineses se enteraron de que el tirano estaba reorganizando las ciudades de la isla y de que las tropas de este eran superiores a las suyas, con lo que decidieron llevar una guerra con más energía. Al punto [2] prepararon ciento treinta trirremes y eligieron como general al más capacitado de sus hombres, Amílcar³⁵⁹, al que dieron dos mil soldados procedentes de la ciudad, entre los que se encontraban muchos de los más notables; además de otros diez mil procedentes de Libia, mil mercenarios de infantería ligera y doscientos zeugitas³⁶⁰ procedentes de Etruria, mil honderos de las islas Baleares y gran cantidad de armas, trigo y todo lo que fuera necesario para una conveniente campaña. Tras la partida [3] de toda la flota desde Cartago, cuando ya estaba en alta mar, se declaró una repentina tormenta que hundió sesenta trirremes y destruyó completamente doscientas de las naves que portaban víveres. El resto de la flota, tras sufrir varias tormentas, llegó a [4] salvo a Sicilia. Murieron no pocos de los nobles cartagineses, por los que se declaró un duelo oficial, pues era su costumbre que cuando sucedía alguna desgracia de importancia, se cubrieran [5] las murallas con pendones

negros. El general Amílcar, tras llevar consigo a los mercenarios que habían sobrevivido a las tormentas, reclutó e integró en su ejército a los más aptos para la guerra de entre sus aliados en Sicilia. Tomando los ejércitos que quedaban y supervisando todos los preparativos de la guerra, plantó en campo abierto sus ejércitos, que estaban formados por unos cuarenta mil soldados de infantería y casi cinco mil soldados de caballería. Como rápidamente se había recuperado de sus desgracias y se había ganado la reputación de ser un buen general, recobró los ánimos perdidos de sus aliados y creó no pocos problemas a sus enemigos.

[107] Agatocles, al comprobar que las fuerzas de los cartagineses eran superiores a las suyas propias, comprendió que no pocos de los fortines pasarían a manos de los fenicios, así como cuantas [2] ciudades estaban enfrentadas con él. Se encontraba especialmente preocupado con el caso de Gela, sobre todo al enterarse de que en esa región estaban todas las tropas enemigas. En ese tiempo sufrió también una derrota su flota: en efecto, veinte de sus naves estacionadas en el puerto cayeron en manos de los [3] cartagineses con todos sus hombres. A pesar de todo, decidiendo asegurar la ciudad de Gela con una guarnición, no se atrevió a llevar sus ejércitos abiertamente, no fuera que los de Gela, que necesitaban tan solo una excusa, le ofrecieran resistencia y [4] perdiera una ciudad que le proporcionaba grandes recursos. Así fue enviando soldados poco a poco, como si fueran a atender una necesidad particular, hasta que superasen en número a los propios ciudadanos. Al poco de llegar él, acusó a los ciudadanos de Gela de traición y rebeldía, y ya fuera porque en realidad estaban planeando hacer tal cosa, ya fuera porque estaba convencido por las falsas acusaciones hechas por los exiliados, o porque quería más dinero, mató a más de cuatro mil ciudadanos de Gela y se apropió de sus posesiones. A todos los demás ciudadanos de Gela los obligó a llevarle todo el dinero, y el oro y la plata sin acuñar, amenazándolos con castigar a los que le desobedecieran. Prestamente, todos cumplieron sus órdenes por [5] miedo y reunió toda esa masa de dinero, causando un pánico terrible a todos los que estaban sujetos a él. Como se creía que había tratado con más crueldad de la conveniente a los de Gela, a los que había ejecutado los

enterró juntos en nichos fuera de las murallas de la ciudad. Y tras dejar en la ciudad una guarnición suficiente, acampó frente a sus enemigos.

Los cartagineses tenían la montaña Écnomo, que dicen que [108] había sido una guarnición de Fálaris. En esta se dice que el tirano había construido un toro de bronce que había alcanzado fama, ya que calentaban su estructura para mortificar a aquellos a los que se les sometía a esa tortura. Por esta razón el lugar se llama Écnomo, por ese impío acto que se perpetraba sobre esos infortunados³⁶¹. Por otro lado, Agatocles dominaba otra de las [2] guarniciones que habían pertenecido a Fálaris, precisamente la que a partir de él se llamaba «Falarion». Por en medio de los campamentos discurría un río que ambos usaban como elemento defensivo ante sus enemigos, y había leyendas que contaban que, desde tiempos inmemoriales, estaba fijado por el destino que en ese mismo lugar moriría en batalla una gran cantidad de hombres³⁶². Pero como no estaba claro en qué bando sucedería esa desgracia, ocurrió que ambos campamentos estaban llenos [3] de miedo en su credulidad y se resistían a luchar. Por ello, durante mucho tiempo, ninguno de los dos contendientes se atrevió a cruzar el río con sus ejércitos, hasta que finalmente, por una razón inesperada, se vieron obligados a entablar una batalla campal. Como los libios estaban saqueando la región vecina, Agatocles se animó a hacer lo mismo. Justo en el momento en que los griegos estaban llevándose el rebaño y algunas de las bestias de carga del campamento, salieron algunos soldados [4] en su persecución desde el campamento cartaginés. Agatocles, previendo lo que se avecinaba, colocó en una celada a hombres seleccionados por su coraje. Estos, en cuanto cruzaron el río los cartagineses que perseguían a los que llevaban los rebaños, se alzaron de repente del lugar donde estaban emboscados y cayendo rápidamente sobre esos soldados en desorden, los espantaron [5] fácilmente. Mientras los bárbaros eran aniquilados en su huida a su campamento, Agatocles, creyendo que era una ocasión propicia para luchar, cargó con todo su ejército contra el campamento enemigo. Cayendo sobre ellos inesperadamente, llenó rápidamente parte del foso, destrozó la empalizada y [6] entró a empujones al

campamento. Los cartagineses, aterrados por lo inesperado del ataque y no pudiendo encontrar una ocasión para ponerse en formación, se enfrentaron y lucharon contra los enemigos a medida que los iban encontrando. Los bordes del foso quedaron cubiertos de cadáveres de ambos bandos, que luchaban denodadamente. Los más notables de los cartagineses, viendo que el campamento había sido capturado, acudieron en ayuda, pero las fuerzas de Agatocles, animadas por su ventaja y creyendo que ganarían en una sola batalla, cargaron con todas sus fuerzas contra los bárbaros.

[109] Amílcar, al ver que sus hombres estaban siendo derrotados y que una mayoría de los griegos iban entrando en el campamento, sacó a los honderos de las islas Baleares, que no eran menos de mil. Estos lanzaban continuamente grandes piedras e hirieron a no pocos y mataron a muchos que estaban atacando y dañaron las armas defensivas de la mayoría. Esos hombres, [2] arrojaban piedras del peso de una mina³⁶³ para conseguir la victoria en la batalla, ya que desde niños se acostumbrar a practicar continuamente con la honda³⁶⁴. De esta manera consiguieron [3] echar a los griegos del campamento y derrotarlos. Pero los hombres de Agatocles atacaron otras áreas y cuando ya habían regresado allí, vinieron refuerzos por mar de manera inesperada. Por ello, los cartagineses, cobrando ánimos, lucharon desde [4] el campamento, frente a frente, mientras que los que se habían presentado en ayuda envolvían en círculo a los griegos. Ahora que inesperadamente estos últimos estaban siendo atacados por todas partes, la batalla rápidamente cambió de sentido. Unos huyeron al río Hímera y otros, al campamento. Los jinetes bárbaros, no menos de cinco mil, fueron siguiéndolos en su huida durante cuarenta estadios³⁶⁵ por casi toda la llanura. El camino se sembró de cadáveres y el río, por su naturaleza, contribuyó a la ruina de los griegos: como la persecución se realizó a mediodía, [5] en plena canícula, muchos de los que huían estaban sedientos por el calor y por los pesares de la huida y bebieron ansiosos, a pesar de que el agua era salada³⁶⁶. Por ello, no menos de los que fueron aniquilados en la persecución encontraron la muerte en el río,

sin haber sido heridos. Cayeron en esta batalla cerca de quinientos bárbaros y no menos de siete mil griegos.

Agatocles, al encontrarse con tal desastre, acogió a los que [110] se habían salvado en la huida y tras prender fuego a su campamento se retiró a Gela. Después de esto, decidió volver a Siracusa lo más rápidamente posible. Trescientos jinetes libios se encontraron entonces, en pleno campo, con algunos de los soldados de Agatocles. Como estos dijeron que Agatocles había abandonado Siracusa, los libios entraron en Gela como amigos, pero fueron asaeteados, viendo así defraudadas sus expectativas. [2] Agatocles se encerró en Gela, no solo porque no podía ir con seguridad a Siracusa, sino también porque quería atraer a los siracusanos a Gela para que la asediaran, y así los siracusanos [3] pudieran recoger sin miedo los frutos de temporada. Amílcar, en un principio, intentó asediar Gela, pero cuando se enteró de que allí también había tropas de defensa y de que Agatocles tenía todo lo necesario, renunció a su intento; entonces fue visitando las guarniciones y las ciudades y trató a todos de manera amable, ganándose la buena voluntad de los sicilianos. La gente de Carmarina y de Leontino, y los de Catania y Tauromenio [4] enviaron embajadas a los cartagineses; y en pocos días, los de Mesina y los de Abaceno y también muchas otras ciudades se apresuraron a aliarse con Amílcar. ¡Tan vivo era el deseo que tenía la población de aliarse con él, tras la derrota, por el odio [5] que le tenían al tirano! Agatocles se llevó lo que quedaba de su armada a Siracusa, reconstruyó lo que había sido destruido de la muralla y empezó a almacenar trigo de la región, intentando dejar una guarnición adecuada en la ciudad, pero reservándose la mejor parte de su ejército para Libia y así llevar la guerra desde la isla al continente.

Siguiendo el plan que trazamos al principio³⁶⁷, contaremos al inicio del siguiente libro la campaña de Agatocles en Libia.

¹ La palabra griega «ostracismo» deriva de *óstrakon*, el fragmento de terracota o barro cocido donde se escribía el nombre de aquellos que, por su preeminencia e influencia política, constituían un riesgo para la democracia, ya que podían hacerse con el poder absoluto. Esa pieza de barro cocido era un voto y se tenían que reunir un mínimo de seis mil para expulsar a alguien. Tras el recuento, el ciudadano que más votos había recibido tenía que marcharse de Atenas antes de diez días y

permanecer exiliado durante diez años, aunque conservase sus derechos cívicos y sus propiedades. Aun siendo una práctica relativamente común a lo largo del siglo v a. C., finalmente se abandonó con el ostracismo del demagogo Hipérbolo en el año 417 a. C.

² SOLÓN frag. 10 (Diehl). Estos versos y otros más de este mismo poema aparecen reproducidos en DIOD., IX 20, 2. Otro fragmento de otro poema de denuncia de la tiranía de Pisístrato está reproducido en DIOD., IX 20, 3 = frag. 8 (Diehl).

³ El término griego *Libýē* se refiere en general a la región del norte de África que va desde Cirene hasta Cartago.

⁴ El historiador Timeo de Tauromenio, que fue exiliado por Agatocles, es la principal fuente para una tradición histórica que es hostil, insistiendo en los vicios y crueldades de este tirano. Tanto POLIBIO (VIII 10, XII 15) como DIODORO (XXI 17, 1-3) insisten en los lógicos prejuicios de este historiador.

⁵ Demógenes fue arconte en 317/316 a. C. TITO LIVIO (IX 20, 1) informa que los cónsules para el año 308 a. C. fueron M. Folio Flaccina y L. Plautio Venox (Plotio es la forma vulgar de Plautio).

⁶ La ciudad *Rhégion* (en gr.) o *Rhegium* (en lat.) corresponde a la ciudad italiana de Reggio di Calabria, en el sur de Italia, en la orilla oriental del estrecho de Mesina. No se sabe nada más de este Carcino.

⁷ Termini, la antigua *Thérmai* o *Thermae* (como la llama nuestro autor también (cf. DIOD., XXIII 9, 4 y 20) era una fundación cartaginesa del año 407 a. C., pero la mayoría de los colonos procedían de la vecina ciudad de Hímera, que había sido destruida dos años antes (cf. CICERÓN, *Verrinas* II 2, 86). Ya en el año 397 a. C. había proclamado su independencia de Cartago (cf. DIOD., XIV 47, 6), por lo que no se sabe cómo volvió la ciudad a manos de los cartagineses.

⁸ Apolo Pitio.

⁹ Tras su nacimiento, en el año 361 a. C. (cf. DIOD., XXI 16, 5)

¹⁰ POLIBIO (XII 15, 6), en cambio, afirma que Agatocles tenía dieciocho años cuando se mudó con toda su familia a Siracusa.

¹¹ La batalla del río Cremiso (también llamado Crimeso en PLU., *Timoleón* 25, 4 y Crimisso en NEPOTE, *Timoleón* 2, 4) tuvo lugar en el año 341 a. C. En ella se enfrentaron las fuerzas siracusanas al mando del general corintio Timoleón con las muy superiores huestes cartaginesas, al mando de Asdrúbal y Amílcar. La batalla aparece narrada en diversas fuentes. Cf. DIOD., XVI 78-81 y PLU., *Timoleón* 27-29.

¹² Cf. POLIBIO. XII 15, 2. En JUSTINO (XXII 1, 12-13) el benefactor se llama Damascón y Agatocles se casa con la viuda con la que anteriormente había vivido en adulterio. También este último autor (XXII 1, 2-5) acusa directamente a Agatocles de haber ejercido la prostitución en sus años mozos.

¹³ *Akrágras* (en gr.) o *Agrigentum* (en lat.) es la conocida ciudad de la costa sur de la isla de Sicilia.

¹⁴ En el año 325 a. C.

¹⁵ Hermano mayor de Agatocles. Fue el autor de una vida de Agatocles. Cf. Duro., XXI 16, 5.

¹⁶ No aparece ninguna referencia a estos personajes en el libro XVIII. Aunque no es seguro, quizá este Heráclidas sea el mismo que el tío de Agatocles

mencionado en el capítulo 2. Sostrato aparece como Sosítrato en otros manuscritos. Cf. Diod. XIX 71, 4.

¹⁷ Al sur de Italia, en el golfo de Tarento.

¹⁸ Otra ciudad en la costa sur de Sicilia que era enemiga de Siracusa.

¹⁹ Tras la muerte de Timoleón y en su honor los siracusanos aprobaron una ley según la cual siempre elegirían un corintio para desempeñar las funciones de estratego. Cf. PLU., *Tim.* XXXVIII 2. De este Acestóridas solo se sabe lo que nos cuenta nuestro autor.

²⁰ De una manera similar, la reina Arsínoe II, viuda del rey Lisímaco de Tracia, logró escapar de un asedio. Cf. POLIENO, VIII 5. 7.

²¹ Según el mito en la fuente Ciane, cerca de Siracusa, se consumó el rapto y era allí donde, en recuerdo, los siracusanos celebraban un festival. DIOD., IV 23, 4-5 y V 3, 2-5; 4, 1-2. Pero, en general, toda Sicilia, según nuestro autor, era el regalo de bodas que Zeus dio a su hija Persefone cuando se casó con Hades. Cf. DIOD., V 2, 3. El juramento que hace Agatocles por esta diosa es muy comprometedor.

²² Quizá sea la moderna ciudad de Nicosia o Nicusia, en el interior de Sicilia, en la provincia de Enna, no muy lejos de la más conocida Morgantina.

²³ Morgantina o *Morgántion* (en gr.) o *Murgantium* (en lat.), fundada, según ESTRABÓN (VI 1, 6), por los morgetes, un pueblo procedente del sur de Italia. Ya en el año 459 a. C. era una ciudad independiente de importancia según nuestro autor (DIOD., XI 78); pero, poco tiempo después, pasó a depender de la cercana Camarina y acabó finalmente en manos del tirano Dionisio de Siracusa (DIOD., XIV 78). Las extensas ruinas de la ciudad, abandonada en época romana, se encuentran al sudoeste de la llanura de Catania y al norte de Camarina, y los artefactos allí encontrados se exponen en el museo arqueológico de Aidone, a muy pocos kilómetros del yacimiento.

²⁴ Gimnasio construido alrededor de la supuesta tumba de Timoleón, en el barrio de Acradina. Cf. PLU., *Timoleón* XXXIX 4.

²⁵ Solo mencionados aquí.

²⁶ Es una referencia a la denominada «historiografía trágica», representada por autores del siglo III a. C. como Duris de Samos. Timeo de Tauromenio y, sobre todo, Filarco de Atenas. Estos historiadores buscaban atrapar al autor con lo anecdótico y el patetismo de su estilo, lo que provocó las críticas de POLIBIO (II 56).

²⁷ Es decir, la capa del militar en servicio, frente al traje de simple ciudadano.

²⁸ Literalmente, una guardia compuesta por «hombres que portan la lanza» (*doryphoroi*). Esta palabra se usaba especialmente en la Antigüedad para la escolta y la guardia personal de reyes y tiranos y también para la guardia pretoriana en la Roma imperial. Cf. DGE s. v. *doryphoros*. De hecho, posteriormente, la guardia personal de Agatocles aparece referida como «séquito, cohorte» (*therapeía*) y no como «hombres que portan la lanza» (*doryphoroi*). Cf. DIOD., XX 11. 1; 17, 3; 29. 5.

²⁹ Continuará en el capítulo 65 de este libro.

³⁰ Cf. TITO LIVIO, IX 20. La Segunda Guerra Samnita tuvo lugar entre el 327 y el 304 a. C.

³¹ Daunia era, en la Antigüedad, la región más septentrional de *Apulia* (Puglia), poblada por las tribus autóctonas de los yápiges. *Canusium* (Canosa) era la capital

de la región y fue fundada legendariamente por el héroe griego Diomedes. Fue tomada en el año 318 a. C. por el cónsul L. Plautio (TITO LIVIO, IX, 20), pero aún conservaba el derecho de acuñar su propia moneda y la lengua griega se seguía hablando en el siglo I d. C.: Horacio confirma que los canusios eran bilingües (cf. *Sat.* I 10, 30: *Canusini more bilinguis*).

³² Cf. TITO LIVIO, IX 20, 6. Estas eran dos de las treinta y una tribus rurales (a las que había que añadir las cuatro urbanas) en las que estaban distribuidos los ciudadanos romanos según su lugar de residencia. La tribu falerna se extendía por el *Ager Falernus*, regado por el río *Volturnus* (Volturno) en la Campania, con Capua como centro; y la tribu ufentina se extendía a lo largo del valle del río *Ufens* (Uffente), al sur de Roma, que la Via Appia salvaba con un puente.

³³ Sobre Sóstrato y Heráclidas véanse los capítulos 3, 3-5 y 4, 2-4 de este libro. No se menciona este acuerdo en ninguna parte en el libro XVIII.

³⁴ Menedemo fue posteriormente tirano de Crotona. Cf. DIOD., XXI frag. 4 (Dindorf).

³⁵ *Thouírioi* (en gr.) o *Thurium* (en lat.) fue una colonia ateniense fundada en el año 444 a. C. a instancias de Pericles en el golfo de Tarento, ocupando el lugar de una anterior colonia. Síbaris, que había sido destruida por los crotoniatas.

³⁶ Continuará en el capítulo 65.

³⁷ Tras su vuelta al reino con Filipo Arrideo, Roxana y Alejandro IV (DIOD., XVIII 39, 7) y tras la muerte de Antípatro, Eurídice apoyó a Casandro y quitó a Poliperconte la tutela de los reyes (JUSTINO. XIV 5, 1-4).

³⁸ Eácides fue rey de Epiro y padre del más conocido Pirro (PLU., *Pirro* I 4). Pirro tenía dos años cuando su padre murió, en el año 313 a. C., poco después de esta expedición de Poliperconte y tras ver invadido su reino dos veces por las tropas de Casandro. Cf. DIOD., XIX 36 y 74 y PAUS., I II, 3-4.

³⁹ Alejandro IV de Macedonia tenía solo cuatro años.

⁴⁰ Evia, según PTOLOMEO (III 13, 32), era una ciudad de la tribu iliria de los dasaretas, justo en la frontera con el reino macedonio.

⁴¹ Única referencia a este consejero de la reina Eurídice.

⁴² La muerte.

⁴³ Fue enterrada en Vergina (Egas) por indicación de Casandro. cf. DIOD., XIX 52, 5.

⁴⁴ Yolas, hijo de Antípatro y hermano de Casandro, servía como copero de Alejandro Magno. Algunos rumores sostenían que había administrado por orden de su padre un veneno fatal al rey, lo que le causó la muerte. Cf. DIOD., XVII 118, 1-2. PLUTARCO (*Alejandro* LXXVII) sostiene que este rumor era una simple excusa que Olimpia adujo como motivo para justificar la crueldad con la que trató a los amigos y partidarios de Antípatro.

⁴⁵ Para la muerte de Antípatro, cf. DIOD., XVIII 48, 1.

⁴⁶ Continuará en el capítulo 35.

⁴⁷ Villas de carios son probablemente las mismas localidades llamadas villas de Carae por la que pasó Alejandro Magno en su campaña de conquista del Imperio persa. Cf. DIOD., XVII 110, 3.

⁴⁸ Cf. DIOD., XVIII 39, 6.

⁴⁹ Cf. DIOD., XVIII 37, 2.

⁵⁰ Unos cincuenta y cinco kilómetros.

⁵¹ Con el mismo problema se había encontrado Alejandro en su campaña. Cf. DIOD., XVII 55, 3-6.

⁵² Cf. ARRIANO, *Anáb.* VII 19, 4.

⁵³ Arroz salvaje (ZIZANIA), ya que el arroz asiático (*Oryza sativa*) pasa a Europa muy tarde, en los siglos VII-VIII d.C.

⁵⁴ En los acuerdos de Triparadiso, el sátrapa de Partía era Filipo, no Filotas. Cf. DIOD., XVIII 39, 6.

⁵⁵ Tanto él como su hermano eran hijos de un tal Cratevas de Alcomenas (ARRIANO, *Indica* XVIII 6), pero no se sabe nada de su participación en las anteriores campañas de Alejandro Magno. No hay que confundirlo con el otro Eudamo, consejero del rey indio Poros, que se menciona más adelante.

⁵⁶ Sobre este Peucestas, cf. DIOD., XVIII 3, 3 y nota.

⁵⁷ Sobre este Tlepólemo, cf. DIOD., XVIII 3, 3 y nota.

⁵⁸ Sobre este Sibirtio, cf. DIOD., XVIII 3. 3 y nota.

⁵⁹ Eudamo había sido puesto por Alejandro Magno como consejero del rey indio Taxiles. Cf. ARRIANO, *Anáb.* VI 27, 2, y CURCIO RUFO, X 1, 21.

⁶⁰ Sobre este Poros, cf. DIOD., XVIII 3, 2 y nota.

⁶¹ Cf. DIOD., XVIII 60, 5-61, 3.

⁶² Cf. DIOD., XVIII 57, 3 y 58, 1.

⁶³ El invierno de 318/317 a. C.

⁶⁴ Del que no se sabe nada más.

⁶⁵ Algo menos de doscientos metros.

⁶⁶ Estratónice era la esposa de Antígono y madre de sus dos hijos, Demetrio Poliorceta y Filipo (PLU., *Demetrio* II). Aparece mencionada por primera vez aquí, en sus intentos por salvar a Dócimo. Posteriormente, tras la batalla de Ipsos y la muerte de su marido, Antígono, huyó desde Cilicia hasta la ciudad de Salamina en la isla de Chipre con su hijo Demetrio (DIOD., XXI 1. Exc. Hoeschel pág. 480). Probablemente murió allí, ya que no se la menciona cuando posteriormente esta isla fue conquistada por Ptolomeo. Demetrio le puso el nombre de Estratónice a su hija en honor a su madre.

⁶⁷ Democlides fue arconte en 316/315 a. C. Según TITO LIVIO (IX 20. 7) en el año 317 a. C. fueron cónsules Gayo Junio Bubulco y Quinto Emilio Barbula.

⁶⁸ El río Tigris se confunde aquí con el Pasitigris o río Karún, que nace en los montes Zagros y cruza todo Irán hasta desembocar en el golfo Pérsico. En efecto, es el único de Irán que por su vasto caudal es navegable a partir de la localidad de Shatt-al Arab (o Arvand Rud). Ya en el siglo IV a. C., DIODORO (XVII 67, 2-3) describe cómo los comerciantes eran capaces de transportar por sus aguas todo tipo de mercancías. En la Antigüedad el río Karún desembocaba directamente en el golfo Pérsico, cerca de *Alexandria in Susiana/Charux Spasinou*.

⁶⁹ Entre unos quinientos cincuenta y setecientos cincuenta metros.

⁷⁰ Unos ciento treinta kilómetros.

⁷¹ Literalmente en el texto «en la época en la que salía el perro»; es decir, con la salida de la constelación del *Canis Mayor*, que es a finales de junio y es la época de más calor.

⁷² De nuevo, la expresión «en plena época del año en que sale el perro» que hemos explicado en el capítulo anterior. La batalla de Coprates cronológicamente se sitúa a principios de julio del año 317 a. C.

⁷³ El actual río Dizful, afluente del Kurún, que surge en los montes Zagros y cruza la provincia de Juzestán al sudoeste de Irán. La ciudad más famosa es precisamente Dezful (antigua *Dezjpol*, «El puente de Dez»), llamada así por el puente que mandó construir sobre el río el rey sasánida Sapor I en el siglo III d. C. con prisioneros romanos.

⁷⁴ Unos quince kilómetros.

⁷⁵ Unos ciento veinticinco metros.

⁷⁶ De nuevo una confusión con el Pasitigris.

⁷⁷ No se sabe dónde estuvo Badace. El río *Eulaeus* es el moderno Dez que surge de los montes Zagros, cerca de Susa y desciende por el fértil valle de Elam hasta desembocar en el Karún (*Pasitigris*).

⁷⁸ La moderna ciudad de Hamadan (Irán), una de las capitales del Imperio persa.

⁷⁹ Colón es probablemente la ciudad de Celón (DiOD., XVII 110. 4), la capital de la Calonitis (*Chalōnītis/Callōnītis* en ESTRABÓN, 16.1.1 y POLIBIO, V 54, 7, respectivamente), una región a los pies de los montes Zagros que formaba parte de la satrapía de Asiria.

⁸⁰ Los casitas (del acadio *kaššu*, gr. *Kossaioi* y lat. *Cossaiei*) era una tribu que vivía al sur de los montes Zagros, en una zona montañosa de nieves perpetuas (*tá Kossaia* en ESTRABÓN, XI 13, 6) en la moderna provincia de Lorestán. Aún hoy es el lugar de residencia de una tribu seminomada, la minoría tribal de los luros, que se creen descendientes de los casitas. Este pueblo conquistó Babilonia en el siglo XVI a. C., rebautizándola como Karduniash, y la dominaron hasta el siglo XII a. C. Posteriormente gozaron de cierta autonomía dentro del Imperio persa y en la batalla de Gaugamela lucharon en el ala izquierda del ejército de Darío III (DiOD., XVII 59, 3). Alejandro Magno lanzó una campaña contra ellos en represalia (DIOD., XVII 114, 4-6) y fundó ciudades en puntos estratégicos de la región para helenizarlos (DIOD., XVII 116. 6).

⁸¹ Los reyes persas solían enviar este tipo de presentes a los casitas. Cf. ESTRABÓN, XI 13, 6.

⁸² El peltasta (gr. *peltastēs*) era un miembro de la infantería ligera que se protegía por un escudo en forma de media luna llamado *péltē*. Es la única mención que hace nuestro autor a este tipo de soldado de infantería.

⁸³ Nearco, el cretense, era amigo de Alejandro Magno desde la infancia. Cf. ARRIANO, *Anáb.* III 6, 5, y PLU., *Alejandro* X 4. En el año 323 a. C., y en calidad de comandante de la flota de Alejandro, exploró el océano Índico y el golfo Pérsico. Cf. ARRIANO, *Índica* XX 1-XLII 10. Servía en las huestes de Antígono desde el año 317 a. C. y aparece mencionado posteriormente como consejero de Demetrio Poliorceta en Siria en 313/312 a. C. Cf. DIOD., XIX 69, 1.

⁸⁴ Darío I inició la construcción de esta fastuosa capital del imperio aqueménida a finales del siglo VI a. C. Las ruinas de la ciudad destruida por

Alejandro Magno en el 330 a. C. se encuentran a setenta kilómetros de la ciudad de Shiraz, en la provincia de Fars.

⁸⁵ No se sabe qué lugar es este, pero probablemente su denominación hace referencia a las dificultades del terreno.

⁸⁶ El perímetro de los círculos era de aproximadamente dos kilómetros, un kilómetro y medio, ochocientos metros y cuatrocientos metros, respectivamente.

⁸⁷ La familia de este Orontes había gobernado Armenia al menos desde el reino de Artajerjes II. Cf. JENOFONTE, *Anáb.* III 4, 17. Orontes había participado en la batalla de Gaugamela al mando de un contingente de caballería. Cf. ARRIANO, *Anáb.* III 8, 5.

⁸⁸ Sibirtio había sido nombrado primero sátrapa de Gedrosia y Aracosia en el reparto del año 323 a. C. (DIOD., XVIII 3). Tras la muerte de Eumenes, Antígono el Tuerto volvió a confirmar a Sibirtio como sátrapa de Aracosia (cf. DIOD., XIX 23 y 48). Allí es donde ARRIANO (*Anáb.* V 6, 2) lo menciona, cuando el historiador Megástenes, de camino a la India en su función de embajador de Seleuco en el año 303 a. C., pasa un tiempo en su corte.

⁸⁹ Unos quinientos cincuenta metros.

⁹⁰ La fábula dei «león enamorado» que nuestro autor va a contar es, efectivamente, una de las fábulas transmitidas por Esopo.

⁹¹ Cf. PLU., *Eum.* XV 3, donde se menciona también esta población cuya localización exacta se desconoce.

⁹² Los «tarentinos» eran una unidad especial de caballería que iba armada con jabalinas. Cf. DIOD., XIX 29, 5; 39, 2; 42, 2 y 82. 2.

⁹³ Probablemente con dos monturas, como los jinetes que formaban parte de la comitiva de Filopemén. Cf. TITO LIVIO, XXXV 28, 8.

⁹⁴ No menos de sesenta años. Cf. DIOD., XIX 41, 2.

⁹⁵ Unos ciento veinticinco metros.

⁹⁶ Unos cinco kilómetros y medio.

⁹⁷ Para evitar que Eumenes descubriera, a través del heraldo, que sus pérdidas eran más cuantiosas que las del propio Eumenes, como Diodoro ha detallado en el capítulo anterior.

⁹⁸ Quizá la misma localidad que posteriormente en este libro (cf. 37, 1) recibe el nombre de Gadamala.

⁹⁹ Personaje desconocido.

¹⁰⁰ ESTRABÓN (XV 1, 30) cuenta una historia parecida para el origen del *salí*, la inmolación ritual de la mujer en la pira de cremación de su marido. Artistobulo de Casandrea, en la historia que escribió tras acompañar a Alejandro Magno en sus expediciones (citado por ESTRABÓN, XV 1, 62), testimonia esta práctica también en Taxila.

¹⁰¹ Cf. DIOD., XIX 11, 8.

¹⁰² Región septentrional de Tesalia en la ladera oeste del monte Olimpo, habitada por la tribu de los perrebeos. Era una zona limítrofe entre Tesalia y Macedonia. Los perrebeos fueron vasallos de los tesalios en el siglo V a. C. (cf. TUCÍDIDES, IV 78, 6 y ESTRABÓN, IX 5, 19), hasta que la región entró a formar parte del reino de Macedonia desde el siglo IV a. C. Era una región montañosa y

escasamente habitada, pero guardaba estratégicamente los pasos de entrada a Macedonia.

¹⁰³ Nuestro autor menciona a un tal Calas como comandante de la caballería tesalia, que había sido enviado a Cícico por Alejandro Magno contra el sátrapa Memnón. Cf. DIOD., XVII 7, 3-10. Pero poco después de la batalla del Gránico acaba sus días como sátrapa de la Frigia helespónica; murió antes que Alejandro Magno. Debe de ser, pues, otro Calas.

¹⁰⁴ Personaje desconocido.

¹⁰⁵ Había sido uno de los siete guardias personales del rey Alejandro Magno y en el año 326 a. C. había sido almirante de una flota en el río Hidaspes, en la India. Cf. ARRIANO, *Anáb.* VI 28, 4; *Índica* XVIII 5.

¹⁰⁶ Fortaleza en el golfo Termaico en la costa de Pieria, que estuvo en manos de Macedonia desde al menos el siglo v a. C. Precisamente en Pidna, en el año 168 a. C., se libró la batalla que puso fin al reino de Macedonia ante Roma.

¹⁰⁷ La madre de Tesalónica fue una mujer procedente de la ciudad tesalia de Feras llamada Nicesópolis (probablemente pariente del famoso tirano Jasón de Feras), que murió a los pocos meses de nacer ella. Olimpia crió a Tesalónica como si fuera su propia hija. Tras la caída de Pidna y la ejecución de Olimpia, Tesalónica se casó con Casandro. En honor a su esposa, Casandro fundó la moderna ciudad de Tesalónica. Cf. DIOD., XIX 52. La reina murió a manos de su hijo Antípatro en una disputa dinástica, tras la muerte de Casandro, Cf. PAUS., IX 7. 3.

¹⁰⁸ Otro de los veteranos de Alejandro Magno, comandante de los hipaspistas, que ya había destacado en batalla en el asedio de la ciudad de Halicarnaso en el 334 a. C. Cf. CuRCIO RUFO, VIII I. 36 y ARRIANO. *Anáb.* I 21, 5. Si es este el mismo Atarrias que está al lado de Casandro, era ya muy mayor por entonces.

¹⁰⁹ Lo que es natural, siendo primo de Olimpia.

¹¹⁰ Personaje del que no se sabe nada más que lo que nos cuenta nuestro autor.

¹¹¹ Cf. DIOD., XIX 32, 2.

¹¹² Diciembre del año 317 a. C.

¹¹³ Casi trescientos kilómetros.

¹¹⁴ Unos trece kilómetros.

¹¹⁵ Unos diez metros.

¹¹⁶ Casi ocho kilómetros de distancia.

¹¹⁷ Mitridates II.

¹¹⁸ En el año 522 a. C., mientras Cambises estaba de campaña en Egipto, un mago usurpó el poder real haciéndose pasar por el hermano de Cambises, Esmerdis. Tras la muerte de Cambises, en Egipto, una camarilla de siete persas acabó con su vida. Entre esos siete se encontraba Darío I, que ocuparía el trono aqueménida.

¹¹⁹ Un kilómetro, más o menos.

¹²⁰ Sobre este Eudamo, cf. DIOD., XVIII 14, 8 y nota.

¹²¹ No se sabe exactamente quién es este Celbanus (o Cebalus). Quizá tenga algo que ver con el Cebalino que descubrió la conspiración contra Alejandro del año 330 a. C., encabezada por el amante de su hermano Nicómaco, un tal Dimno. Cf. DIOD., XVII 79, 2.

¹²² Cf. DIOD., XVIII 53, 5 y 58, 4.

¹²³ Para el final de Eumenes, cf. PLU., *Eumenes* XVII-XIX, y JUSTINO. XIV 3-4.

¹²⁴ Precisamente *Rhagai* (gr.) / *Raghae* (lat.) significa «hendiduras», «socavones». Para esta etimología y la historia de esta localidad, cf. ESTRABÓN. I 3, 19 y XI 9, 1. Fue refundada por Seleuco con el nombre de Europos. Es el moderno suburbio de Ray en Teherán.

¹²⁵ Continúa el relato abandonado en el capítulo 44.

¹²⁶ Sobre Pitón, cf. DIOD., XVIII 7, 4.

¹²⁷ Personaje desconocido. Probablemente distinto del Orontobates que se menciona entre los comandantes de Darío III. en Gaugamela, y luego como sátrapa de Caria. Cf. ARRIANO, *Anáb.* III 8, 5 y CURCIO RUFO, IV 12, 7; DIOD., XVII 24, 2.

¹²⁸ Personaje desconocido.

¹²⁹ Se conjetura una laguna en el texto en esta sección, ya que faltan las cifras de los efectivos de caballería que estaban al mando de Hipóstrato.

¹³⁰ Meleagro había destacado como comandante de un escuadrón de caballería en el ejército de Alejandro Magno en la batalla de Gaugamela. Cf. ARRIANO, *Anáb.* III 11, 8 y CURCIO RUFO, IV 13, 27.

¹³¹ A Menetas se le menciona por primera vez en la campaña de Alejandro Magno, yendo al mando de una tropa de infantería de cuatrocientos mercenarios en Menfis, en el año 332 a. C. Cf. ARRIANO, *Anáb.* III 5, 1.

¹³² Personaje desconocido.

¹³³ Cf. DIOD., XVIII 39, 5-7.

¹³⁴ Evito ocupa el lugar de Estasandro, a quien se le habían concedido en los acuerdos de Babilonia las satrapías de Ariana y Drangiana (cf. DIOD., XVIII 39, 6). pero había apoyado a Eumenes (cf. DIOD., XIX 14, 7).

¹³⁵ Personaje desconocido.

¹³⁶ Personaje desconocido.

¹³⁷ Quizá el general que estaba encargado de cobrar los tributos impuestos a la ciudad desde el año 331 a. C. (Cf. ARRIANO, *Anáb.* III 16, 4); de ahí que Antígono pensase que era el más capacitado para ocupar ese puesto en Persia.

¹³⁸ Peucestas sobrevivió a Antígono y se le menciona sirviendo en la corte de Demetrio, incluso después de la batalla de Ipsos. Cf. ATENEO, XIV 614f = *FrGH.* 81 (FILARCO) F12.

¹³⁹ Esta maravilla aparece ya descrita por HERÓDOTO, VII 25.

¹⁴⁰ Continúa en el capítulo 55.

¹⁴¹ En referencia a sucesos que se narraron anteriormente en el capítulo 36.

¹⁴² La ración diaria de un soldado era un quénice al día. Cf. HERÓDOTO, VII 187. El quénice es una medida de capacidad para sólidos (como el grano de trigo) que equivale a algo más de un litro.

¹⁴³ Cf. DIOD., XIX 35, 4 y nota.

¹⁴⁴ Mónimo parece que fue uno de los fieles cortesanos de Olimpia. Una anécdota transmitida por ATENEO (XIII 609 b-c = *FrGH.* 81 [FILARCO] F23) nos cuenta que Mónimo cortejó a una de las damas de compañía de Olimpia, Pantica de Chipre. Como esta dama era de notoria lascivia, Olimpia le dijo a Mónimo: «¡Ay, desgraciado, que te vas a casar con los ojos, pero no con la cabeza!».

¹⁴⁵ Pella, en el golfo Termaico, fue la capital del reino de Macedonia desde el siglo V a. C., cuando los macedonios conquistaron esta ciudad. Pella se convirtió en una capital cultural que atrajo a artistas de todo el mundo griego, como el trágico Eurípides, el poeta Timoteo de Mileto o el pintor Zeuxis, entre otros. Siguió siendo la capital de Macedonia durante todo el período helenístico, con la dinastía de los antigónidas, hasta que fue saqueada por los romanos en el año 168 a. C.

¹⁴⁶ Bisaltia es una región tribal situada al norte de la península de la Calcídica, al margen derecho del río Estrimón, lindando con otras regiones de Macedonia, como Migdonia y Crestonia. Originalmente este era un territorio habitado por tribus tracias, los bisaltios, pero fue anexionado a Macedonia a principios del siglo V a. C. No se sabe dónde se encontraba la ciudad de Bedundia.

¹⁴⁷ Para la muerte de Olimpia, también cf. JUSTINO, XIV 6, 6-12.

¹⁴⁸ Neoptólemo I de Epiro fue el padre de Olimpia y de Alejandro I de Epiro. Alcetas I dividió el reino de Epiro entre sus dos hijos, Neoptólemo I y Arimbas o Arribas, sin que al parecer hubiera ningún conflicto entre ambos hermanos hasta la muerte de Neoptólemo, en el año 360 a. C. Cf. PAUS., I 11, 1 y 3 y JUSTINO, VII 6, 10 y XVII 3, 14. El hijo de Neoptólemo I, Alejandro I, acudió en ayuda de los griegos de Tarento contra los ataques de los brucios y lucanos y, tras su victoria en la batalla de Paestum, firmó una alianza con los romanos en el año 332 a. C. Murió en Italia en el año 326 a. C., cuando combatía de nuevo contra brucios y lucanos, y le sucedió en el trono Eácides I. Cf. DIOD., XVI 72; XIX 51, 6; 88, 3-6; XX 37, 3; y TITO LIVIO, VIII 3, 6; 17, 9-10; 24, 1-18.

¹⁴⁹ El nombre antiguo que se le da a la subpenínsula más occidental de las tres que componen la península de la Calcídica.

¹⁵⁰ Solo los reyes podían bautizar ciudades con su nombre, con lo que Casandro pretendía reclamar para sí el poder real con esa nueva capital. El emplazamiento de Casandrea se halla en la localidad de *Néa Potídaia* (Nueva Potidea).

¹⁵¹ Quizá sea el mismo Glaucias que se menciona como dirigente de un destacamento de caballería de los «compañeros», junto a Clito y Aristón. Cf. ARRIANO, *Anáb.* III 11, 8.

¹⁵² Cinna era la madre de Eurídice I. Para la muerte de Filipo III (Arrideo) y Eurídice, véase el capítulo 11 de este libro.

¹⁵³ Ciudad al norte de Tebas fundada por Azoro, el capitán de la nave Argo que llevó a la Cólquide a Jasón y a sus compañeros, los argonautas, en busca del vellocino de oro.

¹⁵⁴ Tebas había sido destruida por Alejandro Magno. Cf. DIOD., XVII 12-14. Para la reconstrucción de Tebas, véase también PAUS., IX 7, 1-2.

¹⁵⁵ La Cadmea era la acrópolis de Tebas. Para la fundación de Tebas por Cadmo, cf. DIOD., IV 2, 1.

¹⁵⁶ La palabra *Spartoi* deriva etimológicamente del gr. *speírein*, «sembrar, esparcir».

[157](#) Pueblo ilirio.

[158](#) Cf. HOMERO, *Odisea* XI 263. Anfión y Zeto, hijos del dios Zeus y Antiope, invadieron la ciudad de Tebas en represalia por la crueldad con la que trataron a su madre los regentes de esa ciudad, Lico y Dirce. Construyeron unas sólidas murallas con cierta facilidad, ya que Anfión era capaz de mover las piedras al son de la música de su lira.

[159](#) Eran los hijos de Anfión y de Níobe, la hija de Tántalo. Los nióbidas fueron aniquilados por Apolo y Artemis para castigar a Níobe por su insolencia, ya que esta había despreciado a Leto por haber tenido tan solo dos hijos.

[160](#) Lábdaco, Layo, Edipo, y Eteocles y Polinices.

[161](#) Cf. DIOD., IV 66-67.

[162](#) Ambos sitios se encuentran en el centro de Beocia, cerca de Haliarto y a orillas del lago Copais. Cf. ESTRABÓN, IX 2, 27 y 35. Nuestro autor (DIOD., IV 67, 1) nos informa de que estos exiliados invadieron la región de Doris, donde se establecieron.

[163](#) Cf. ESTRABÓN, IX 2, 25 y 29.

[164](#) Para el período de la hegemonía tebana, cf. DIOD., XV 25-94.

[165](#) Ciudad y fortaleza, situada en el monte del mismo nombre y centro neurálgico de Mesenia, muy cerca de donde Epaminondas fundó la ciudad de Mesene tras la batalla de Leuctra en el 369 a. C.

[166](#) Ciudad al extremo sudoriental de la costa de la Argólida, cerca de Trecén, de importancia estratégica en el Egeo.

[167](#) Personaje desconocido.

[168](#) Gerania es la cordillera que separa la región de Mégara de Corinto, con pasos de importancia militar. Cf. DIOD., XI 80. 1.

[169](#) Praxíbulo fue arconte en el período 315/314 a. C. Espurio Nautio Rutilo y Marco Popilio Laenas fueron cónsules en el año 316 a. C. Cf. TITO LIVIO, IX 21, 1.

[170](#) Reemplazando a Antígenes. Cf. DIOD., XVIII 39, 6.

[171](#) Antípatro le había nombrado sátrapa de Babilonia en Triparadiso. Cf. DIOD., XVIII 39, 6.

[172](#) Como nuestro autor recuerda en el capítulo 46.

[173](#) Cf. DIOD., XVII 112, 2.

[174](#) Será en el libro XXI, del que solo se conservan fragmentos.

[175](#) Pitón, el hijo de Agénor que había sido nombrado sátrapa de la India por Antípatro en Triparadiso. Cf. DIOD., XVIII 39, 6.

[176](#) Cf. DIOD., XVIII 62, 2 y nota.

[177](#) Personaje desconocido.

[178](#) Del que no se sabe nada, aunque se conoce a otro Mosquión de Elea que sirvió en las tropas de Alejandro Magno y fue el padre de dos famosos luchadores victoriosos en los Juegos Olímpicos. Cf. PAUS., VI 12, 6 y 17, 5.

[179](#) Este sobrino de Antígono participó en el asedio de Nora del 320 a. C. Allí es enviado como rehén entre los asediados, en virtud de un acuerdo con Eumenes.

Cf. PLU., *Eum.* X 3. Aparecerá en este y en el siguiente libro, desempeñando cargos de importancia.

¹⁸⁰ Amiso es la moderna Samsun, en la costa norte de Turquía, que formaba parte del próspero reino del Ponto en el siglo III a. C. La referencia a Capadocia debe de ser un error de nuestro autor, ya que luego pasa a Bitinia, que está al lado del Ponto.

¹⁸¹ Cortesano y diplomático de la corte de Antígono y Demetrio. Una anécdota, transmitida por PLUTARCO (*Demetr.* XVI-XVII), cuenta que Demetrio Poliorceta le encargó anunciar a su padre la victoria de Salamina del año 306 a. C. Aristodemo de Mileto se presentó en el palacio con aire grave y se demoró en comunicar esa victoria para la desesperación de Antígono. Cuando Aristodemo, cambiando súbitamente de expresión, anunció la victoria, Antígono le repuso que también Aristodemo tendría que esperar, como él había hecho, para recibir su recompensa por esa buena noticia.

¹⁸² Imitando un sistema parecido que ya había utilizado anteriormente el rey persa. ARISTÓTELES, *Del Universo* 398b 30-35.

¹⁸³ Siguiendo el ejemplo de Alejandro en su asedio de Tiro. Cf. DIOD., XVII 40, 5.

¹⁸⁴ El monte Líbano, un macizo montañoso que se encuentra dentro del país del mismo nombre.

¹⁸⁵ Nicocreonte gobernó luego Chipre como vasallo de Ptolomeo. Cf. DIOD., XIX 79, 5.

¹⁸⁶ No se sabe exactamente quién puede ser este Aristón, pero una posibilidad, según algunos críticos, consiste en identificarlo con el Aristón de Farsalia que estuvo al lado de Alejandro Magno en su última cena del año 323 a. C. Se le acusaba de haber envenenado a Alejandro. PSEUDO-CALÍSTENES, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* III 31, 8.

¹⁸⁷ Para la muerte de Crátero, cf. DIOD., XVIII 30, 1-5.

¹⁸⁸ Desafortunadamente, esta parte de la obra de nuestro autor no ha llegado a nosotros. Efectivamente, tras la muerte de Crátero, Fila se había casado con Demetrio Poliorceta (probablemente en el año 319 a. C.), un pretendiente mucho más joven que ella, con el que tuvo dos hijos: Antígono Gónatas y Estratónice. Fila escogió Chipre como lugar de residencia, desde donde enviaba mensajes con sus consejos y regalos, mientras Demetrio estaba en campaña (como por ejemplo en Rodas). Cuando la isla fue tomada por Ptolomeo, este rey permitió que se reuniera con su marido en Macedonia. En el año 287 a. C., tras una revuelta en Macedonia, se suicidó. Para la vida de Fila principalmente cf. PLU., *Demetr.* XIV 2-3, XXII 1, XXXI 3, XXXII 1, XXXVII 3, XLV 1. Los atenienses consagraron un templo en honor a Fila-Afrodita, según ATENEO (VI 254a).

¹⁸⁹ Cf. DIOD., XIX 57, 4-5.

¹⁹⁰ Distinto del sátrapa de Persia nombrado por Antígono en el 315 a. C. Cf. DIOD., XIX 48, 5 y nota. Este Aclepiodoro estaba al servicio de Casandro y su identificación es dudosa.

¹⁹¹ El nombre de este monarca en griego, *Zibýtēs*, aparece en otras fuentes como *Zipnítēs* o *Ziboítēs*. Se trata del rey Cipetes I, que reinó en Bitinia desde el año 326 a. C. hasta el año 278 a. C., luchó victoriosamente contra Lisímaco y Antíoco I, fundó una ciudad con su nombre en el monte Liparo (de ubicación incierta) y, cuando murió, fue sucedido por su hijo Nicomedes, el mayor de sus

cuatro hijos. Cf. *FGrH.* 434 (MEMNÓN), VII 3 y XII 5-6 = FOCIO *Cod.* 224, p. 228 (Bekker).

¹⁹² Ástaco fue una colonia megarense que, al convertirse en capital del reino helenístico de Bitinia, pasó a llamarse Nicomedia (por el rey Nicomedes I) y es ahora la moderna Izmit.

¹⁹³ Ciudad Jonia enfrente de la isla de Quíos.

¹⁹⁴ Que se encontraran allí, pero que no sirvieran en el ejército. Posteriormente, en el capítulo 62, el decreto se encuentra firmado por la asamblea de los macedonios.

¹⁹⁵ Cf. DIOD., XIX 51, 6 y 52, 4.

¹⁹⁶ Cf. DIOD., XIX 52, 1.

¹⁹⁷ Cf. DIOD., XIX 52, 1 y 53, 2.

¹⁹⁸ Tiro capituló en el año 314 a. C.

¹⁹⁹ Asandro fue gobernador de Caria desde el año 323 a. C. Cf. DIOD., XVIII 3, I y 39, 6 y XIX 75, 1-2. Asandro parece que estuvo en Atenas y fue allí honrado en un decreto propuesto por Trasicles, el hijo de Nausicrates. Cf. *Syll.*³ 320, 12-13.

²⁰⁰ Personaje del que solo se sabe lo que nuestro autor nos cuenta.

²⁰¹ Personaje del que no se sabe nada.

²⁰² Temisonte de Samos también participó en la batalla de Salamina del 306 a. C. junto con Demetrio Poliorceta. Cf. DIOD., XX 50. 4.

²⁰³ Continúa en el capítulo 69.

²⁰⁴ Como continuación del relato del capítulo 54.

²⁰⁵ Este Apolonides no tiene nada que ver con el otro Apolonides, que aparece mencionado como comandante de la tropa de caballería de Eumenes. Cf. DIOD., XVIII 40, 5 y 8.

²⁰⁶ Puerto a unos ocho kilómetros de Corinto, al este de la ciudad, en el golfo Sarónico. El otro puerto, en el golfo de Patrás, es el puerto de Lequeo.

²⁰⁷ Población en el centro de Arcadia, situada en una llanura rodeada de montañas, muy cerca de la moderna ciudad del mismo nombre (antiguamente también llamada *Kalpáki*).

²⁰⁸ El templo de Artemis Himnia se encontraba a las afueras de la ciudad, cerca del territorio de Mantinea. Como curiosidad, la sacerdotisa no era una virgen, como la diosa, sino una mujer que ya había tenido relaciones sexuales. Cf. PAUS., VII 5, 11-12.

²⁰⁹ Situada en el monte Ítome.

²¹⁰ Verano del año 315 a. C.

²¹¹ No es la famosa Afrodísias de Caria, sino que es una ciudad costera cuyas ruinas se encuentran en el cabo Tisan, cerca del pueblo turco de Yeşilovacık. La ciudad antigua pregriega, fundada por nativos léleges, tenía una relativa importancia estratégica. Antíoco III ocupó esta localidad en el año 197 a. C., junto con otras ciudades de Cilicia. Cf. TITO LIVIO. XXXIII 20, 4 y ESTEBAN DE BIZANCIO s. V. *Aphrodisiás*.

²¹² Personaje desconocido.

[213](#) Keleş, en la moderna provincial de Antalya, en Turquía. Se encuentra a unos once kilómetros al sur de Janto y a cinco kilómetros al este de la desembocadura del río del mismo nombre. Era una importante base naval que, durante la guerra de los diádocos, fue usada por Antígono el Tuerto en el año 315 a. C. y por Demetrio, durante su asedio de Rodas. Ptolomeo II Filadelfo cambió el nombre de la ciudad por la de Arsinoe, por su esposa-hermana Arsinoe II.

[214](#) *Ékrēgma* o «el brote», «el boquete», por donde el agua del Nilo desemboca desde del lago Sirbonis (moderno *Sebaki-bardoil*) hasta el mar. Cf. ESTRABÓN, XVI 2, 32.

[215](#) Continúa el relato abandonado en el capítulo 9.

[216](#) La nave *hēmiolía* (literalmente «una nave y media») era un tipo de embarcación ligera que usaban los piratas en el Mediterráneo. Cf. DIOD., XVI 61, 4.

[217](#) La moderna localidad siciliana de Milazzo, cerca de Mesina, en la costa norte de Sicilia.

[218](#) Unos cuarenta kilómetros al sudoeste de Mesina. Dionisio I de Siracusa fundó la ciudad en el 396 a. C. y la pobló con los mesenios que huían de los lacedemonios. Cf. DIOD., XIV 78.

[219](#) Continúa el relato abandonado en el capítulo 10.

[220](#) En lat., *Forentum* o *Ferentum*. Es la moderna ciudad de Forenza, en la Puglia (como se conoce ahora la antigua región de Apulia). Para la conquista de esta ciudad, cf. TITO LIVIO, IX 20, 9.

[221](#) Es una ciudad de origen osco (su nombre en las monedas es *Nuvkrinum Alafaternum*), no muy lejos de Nola. Gozaba de recursos y de cierta supremacía entre las ciudades del valle. Nuceria pagó cara su traición del año 315 a. C., porque fue a saquearla en el 310 a. C. una flota comandada por Publio Cornelio y en el 305 a. C. el consul Fabio conquistó la ciudad. Cf. TITO LIVIO, IX 38, 2-3 y IX 41, 3. Los restos de la ciudad abandonada (Nocera dei Pagani) se encuentran entre las localidades italianas de Nocera Superiore y Nocera Inferiore.

[222](#) Nicodoro fue nombrado arconte epónimo en 314/313 a. C. Los cónsules del año 315 a. C., según los *Fasti Capitolini* (CIL I pág. 130; no se han conservado los nombres en TITO LIVIO, IX 22), fueron Lucio Papirio Cursor y Quinto Publilio Filón.

[223](#) El puerto de la ciudad de Elis, conocido hoy en día como Kastro-Kyllini.

[224](#) Aprobado en el capítulo 61.

[225](#) Ciudadanos de la ciudad de Dime, en Acaya. Dime, como las antes mencionadas Patrás y Egio, son ciudades costeras en esta región.

[226](#) Personaje desconocido.

[227](#) Cratesópolis se mantuvo en el poder en Sición hasta el año 308 a. C., año en el que cedió esta plaza a Ptolomeo. Después se retiró a Patrás, donde al año siguiente (307 a. C.) recibió la visita de Demetrio Poliorceta que, atraído por su belleza, se dejó seducir hasta el punto de casi caer en manos de sus enemigos. Cf. DIOD., XX 37, 1 y Pu., *Demetr.* IX 3-4.

[228](#) Afluente del río Aqueloo.

[229](#) La moderna localidad acamania de Surovigli.

[230](#) Continuará en el capítulo 78.

[231](#) Ya habíamos mencionado a este sobrino de Antígono. cf. DIOD., XIX 62, 7-9.

[232](#) Prepelao había sido enviado como embajador ante Alejandro, el hijo de Poliperconte (cf. DIOD., XIX 64, 3), y no se sabrá nada más de él hasta que en el año 303 a. C. esté al mando de una guarnición en Corinto (cf. DIOD., XX 103, 1).

[233](#) Ptolomeo (o Polemeo, cf. *IG II²* 1, 469) era el sobrino de Antígono que ya había acompañado a su tío en el asedio de Nora (PLU., *Eum.* X 3) y que en el 315 a. C. había liderado la campaña contra los generales de Casandro en Asia Menor (cf. DIOD., XIX 57, 4 y 60, 2)

[234](#) El invierno de 314/313 a. C.

[235](#) Se desconoce la ubicación de esta localidad.

[236](#) Cf. PLU., *Demetr.* V 2.

[237](#) Sobre este Nearco, cf. DIOD., XIX 19, 4.

[238](#) Pitón, que había sido nombrado sátrapa en la India por Alejandro Magno (ARRIANO, *Anáb.* VI 15, 4) y confirmado en los acuerdos de Babilonia y Triparadiso (cf. DIOD., XVIII 3, 3 y 39, 6), fue posteriormente nombrado sátrapa de Babilonia por Antígono en el 316 a. C. (cf. DIOD., XIX 56, 4). Este Pitón no es el Pitón que Antígono había mandado ejecutar (cf. DIOD., XIX 46, 3-4) y que era el sátrapa de Media (DIOD., XVIII 3. 1 y 39, 6).

[239](#) Ya al servicio de Antígono en el asedio de Tiro. Cf. DIOD., XIX 59, 2.

[240](#) Desconocido. Quizá sea alguien distinto al sátrapa que recibió Bactriana y Sogdiana y luego Partia en las distintas particiones, pero no es seguro. Cf. DIOD., XVIII 3, 3; 39, 4.

[241](#) El invierno de 314/313 a. C.

[242](#) Como estaba al servicio de Alejandro Magno en un puesto de confianza (cf. DIOD., XVII 117, 1), se le acusó de haber asesinado Alejandro Magno (ARRIANO, *Anáb.* VII 27, 2).

[243](#) El texto original del manuscrito, «de Pidneos», fue enmendado por una conjetura textual de Fischer, en coherencia con la información dada en el capítulo 64.

[244](#) Continuará en el capítulo 73.

[245](#) Continúa la historia que hemos dejado en el capítulo 65.

[246](#) Tras la muerte de Timoleón de Corinto, los siracusanos promulgaron una ley según la cual siempre se elegiría un general corintio para las guerras en el extranjero. Cf. PLU., *Tim.* XXXVIII 2.

[247](#) Cleomenes II sucedió a su hermano Agesipolis II en el 369 a. C. Cf. DIOD., XX 29, 1.

[248](#) Se refiere a la batalla de Megalópolis del 331 a. C., en la que el rey Agis III de Esparta perdió la vida. Cf. DIOD., XVII 62-63.

[249](#) Probablemente el mismo Sóstrato de los primeros capítulos (DIOD., XIX 3-5), que formaba parte de la facción oligárquica de los seiscientos.

[250](#) Más tarde, en el capítulo 102, se nos dice claramente que Mesina quedó excluida de este acuerdo de paz.

[251](#) Amílcar era el gobernador de las posesiones cartaginesas en Sicilia en la época en la que Agatocles vivía exiliado de Siracusa. Cf. DIOD., XIX 5-9. Agatocles le pidió ayuda y Amílcar le envió un destacamento cartaginés para invadir Siracusa. JUSTINO, XXII 2, 2-7. Por eso es él quien negocia la paz. Este Amílcar murió en el año 312 a. C. JUSTINO, XXII 3, 1-2 y 6-7. No es el otro Amílcar, hijo de Giscón, que era enemigo de Agatocles y aparece posteriormente en nuestro relato. Cf. DIOD., XIX 106, 1.

[252](#) Continuará en el capítulo 102.

[253](#) Plistia o *Plistica/Pleistikê*. Probablemente sea la moderna Prestia a unos cuatro kilómetros al este de Sant'Agata dei Goti, cerca del *Mons Taburnus* en el sistema montañoso de los Apeninos. Durante la Segunda Guerra Samnita la ciudad fue conquistada en el 315 a. C. tras un largo asedio. Cf. TITO LIVIO, IX 21-22.

[254](#) Corresponde a la actual Sora en la región del Lacio, a la ribera del río Liris, a unos noventa y seis kilómetros al sur de Roma. La ciudad era de origen volsco, pero cayó en manos de Roma en el siglo IV a. C. y, tras la invasión samnita en el 306 a. C., fue considerada colonia latina en el año 303 a. C. Cf. también TITO LIVIO, IX 24 y 43, 1.

[255](#) La moderna Sant'Agata dei Goti, en la frontera entre la Campania y Samnium. Esta localidad ya había sido usada al comienzo de la Primera Guerra Samnita por los romanos, para vigilar estrechamente los movimientos de las tribus samnitas. Cf. TITO LIVIO, VII 32 y 34.

[256](#) Posteriormente sería cónsul. Cf. DIOD., XX 27, 1; 37, 1.

[257](#) TITO LIVIO (VII 39 7 y IX 23, 4-5) la llama *Lautalae* por el latín *lavo* «lavar», ya que allí se encontraban unas fuentes termales. Se encuentra en un desfiladero entre las modernas localidades de Tarracina y Fundi.

[258](#) Lucera, *colonia togata* gobernada directamente por el Senado romano, fue una base romana aliada durante la Segunda Guerra Púnica, cf. TITO LIVIO, XXII 9, 5; XXIII 37, 12; XXIV 3, 17. Durante la Guerra Civil, Pompeyo estableció sus cuarteles en Lucera, aunque abandonó la ciudad al aproximarse Julio César.

[259](#) El relato de los sucesos en Italia continúa en el capítulo 76.

[260](#) Teofrasto fue arconte en 313/312 a. C.; los cónsules para el año 314 a. C. según TITO LIVIO (IX 24, 1) fueron Marco Petelio Libón y Gayo Sulpicio Longo.

[261](#) *Callatis* en algunas otras fuentes (como ESTRABÓN, VII 5, 12) era una colonia milesia en la costa tracia del Ponto Euxino. Actualmente es la ciudad rumana de Mangalia.

[262](#) Se desconoce la ubicación de este lugar.

[263](#) Aún en el 310 a. C., los de Callantia resistían el asedio. Cf. DIOD., XX 25, 1.

[264](#) Sobrino de Antígono.

[265](#) Que estaban en manos de Cratesópolis, la viuda de Alejandro Poliperconte, como vimos en el capítulo 67.

[266](#) Filipo era hermano del Casandro que había sido copero de Alejandro Magno. JUSTINO, XII 14, 6.

[267](#) Cf. DIOD., XIX 68, 4-7.

[268](#) No se sabe nada de este Dócimo, aunque probablemente sea el general de Alcetas que había sido capturado por Antígono. Cf. DIOD., XVIII 45, 3 y XIX 16,

1-4. De Medio ya se ha hablado en el capítulo 69.

[269](#) Cf. DIOD., XIX 68, 5.

[270](#) Yaso (la moderna Güllük), Traies (la moderna Aydın) o Cauno (a pocos kilómetros de la actual ciudad de Dalyan) son ciudades costeras o con puertos fluviales accesibles desde el mar. Probablemente la mayoría de las ciudades carias del interior no fueron sometidas.

[271](#) Oreo fue una ciudad del norte de Eubea, localizada en la bahía del mismo nombre, donde se encuentran algunas ruinas.

[272](#) Continúa en el capítulo 77.

[273](#) Continuando el relato del capítulo 72.

[274](#) Probablemente el mismo que antes había desempeñado el papel de cónsul. Cf. DIOD., XIX 2, 1.

[275](#) Polemón fue arconte en 312/311 a. C. Los cónsules para el año 313 a. C. según TITO LIVIO (IX 28, 2) fueron Lucio Papirio Cursor, por quinta vez, y Gayo Junio Bubulco Bruto, por segunda vez.

[276](#) «la profunda», en el estrecho de Euripo, cerca de Áulide.

[277](#) Salganeo o Salganea en la cima del monte Mesapio, controlaba el estrecho de Euripo. Cf. ESTRABÓN, IX 2, 9.

[278](#) Plistarco era el hermano menor de Casandro. Cf. PAUS., I 15, 1.

[279](#) Personaje desconocido.

[280](#) Filipo V de Macedonia consideraba que Calcis era uno de los tres grilletes de Grecia. Cf. POLIBIO, XVIII 11; TITO LIVIO, XXXII 37, 3.

[281](#) No se sabe si, al final, la ciudad fue conquistada o no. Se continúa el relato en el capítulo 87.

[282](#) Del año 313 a. C.

[283](#) Se desconoce la identidad tanto de Agis como de Epeneto.

[284](#) Anteriormente había apoyado a Ptolomeo I. Cf. DIOD., XIX 62, 6.

[285](#) Nicocreonte, rey de la ciudad de Salamis en Chipre, ya había apoyado a Alejandro Magno en el asedio de Tiro. Cf. ARRIANO, *Anáb.* II 22, 2 y PLU., *Alejandro* XXIX 2. Tras la muerte de Alejandro Magno apoyó a Ptolomeo. Cf. DIOD., XIX 59, 1. Posteriormente lo traicionó. Cf. DIOD., XX 21.

[286](#) Localizada en la desembocadura de río Orontes. Cf. ESTRABÓN, XVI 2, 9. Se identifica con la moderna localidad siria de Ras al-Bassit, en un pequeño cabo situado a cincuenta y tres kilómetros al norte de Latakia (antigua Laodicea).

[287](#) Localidad desconocida.

[288](#) Cf. el capítulo 69.

[289](#) Unos seiscientos cincuenta kilómetros.

[290](#) Gaza estaba propiamente en la Celesiria. Gaza había sido destruida por Alejandro tras su campaña en Tiro. Cf. ESTRABÓN, XVI 2, 30.

[291](#) Cf. capítulo 69.

[292](#) Los tarentinos eran un destacamento de caballería armados con jabalinas.

[293](#) Para otros instrumentos de púas utilizados para inmovilizar a los elefantes, cf. DIOD., XVIII 71, 2-6. En esa ocasión, en la defensa de Megalópolis del ataque de Poliperconte, Damis colocó planchas con púas en zonas por donde los elefantes pasarían.

[294](#) *Ázōtus* es el nombre griego de la ciudad que los hebreos conocen como *Ashdod*, una de las cinco ciudades-estados de los filisteos, a treinta y dos kilómetros al sur de Telaviv. Las ruinas del puerto y de la ciudadela se encuentran a cinco kilómetros de la ciudad moderna.

[295](#) Unos cincuenta kilómetros.

[296](#) No sabe nada más de este Beoto, cortesano fiel de Antígono.

[297](#) Otras fuentes hablan de tan solo cinco mil. Cf. PLU., *Demetr.* V 2.

[298](#) Los distintos distritos administrativos en los que se subdividía el Egipto Ptolemaico. Al frente de cada nomo se encontraba un gobernador llamado nomarca.

[299](#) Cf. DIOD., XVIII 28, 5-6.

[300](#) Cf. DIOD., XIX 55, 5.

[301](#) Continuará en el capítulo 90.

[302](#) Continúa la historia que nuestro autor había abandonado en el capítulo 78.

[303](#) Telesforo y Ptolomeo eran ambos sobrinos de Antígono de los que el autor ha hablado anteriormente en los capítulos 68 y 74.

[304](#) Alcetas era hermano mayor de Eácides y había sido desterrado por su carácter indómito y su falta de control. Cf. PAUS., I 11, 5.

[305](#) En el año 314 a. C. Cf. DIOD., XIX 67, 5. Anteriormente, en el 316 a. C., Licisco había sido nombrado gobernador del Epiro. Cf. DIOD., XIX 36, 5.

[306](#) La población de *Kassōpe*, *Kassōpia* o *Kassiōpiē* (tal como aparece en las diversas fuentes escritas), se encuentra a dieciocho kilómetros de Nicópolis, en las faldas del monte Zalongo, muy cerca de la moderna villa de Kamarina. Las extensas ruinas corresponden a su época de apogeo, en los siglos III-II a. C. Posteriormente cayó en decadencia y la población se trasladó a la fundación romana de Nicópolis (fundada tras la victoria de Actium) en el año 31 a. C.

[307](#) Según PAUSANIAS (I 11, 5) los epirotas, irritados por la crueldad del soberano, se rebelaron a su vuelta y lo exterminaron.

[308](#) La moderna Stomio, cerca de Larisa.

[309](#) No se sabe nada de este Micito, salvo lo que dice nuestro autor.

[310](#) Otro general de Casandro que había conquistado Tempe en el año 317 a. C. Cf. DIOD., XIX 35, 3.

[311](#) La narración continúa en el capítulo 105.

[312](#) Continúa desde el capítulo 86.

[313](#) Cerca de Mileto.

[314](#) Probablemente se refiere a Carras y no a la ciudad de Carae que aparece en DIOD., XVII 110, 3 y XIX 12, 1.

[315](#) Personaje desconocido.

[316](#) Tampoco se sabe nada más de él.

[317](#) Probablemente se tenga que identificar con el Evágoras que se menciona en el capítulo 48 como sátrapa de Aria.

[318](#) Para la victoria de Ptolomeo en Gaza, véanse los capítulos 83-85.

[319](#) Solo sabemos de Ciles por esta batalla, cuya importancia PAUSANIAS (I 6, 5) minimiza. Demetrio le dejó marchar de nuevo a Egipto. Cf. PLU., *Demetr.* VI 3.

[320](#) Cf. DIOD., XVIII 33-35.

[321](#) Los planes de Antígono eran invadir Egipto, pero antes tenía que llegar a algún acuerdo con los nabateos, como tiempo atrás había hecho el rey persa Cambises antes de invadir Egipto. Cf. HERÓDOTO, III 4-9. Para las costumbres de los nabateos, cf. DIOD., II 48 y ESTRABÓN, XVI 4, 26.

[322](#) Solo se sabe de este cortesano lo que nos cuenta nuestro autor en este y en los dos siguientes capítulos.

[323](#) *Arabia Felix* o *Eudaímōn Arabia* es una de las tres partes en las que se dividía la península Arábiga en la Antigüedad (las otras dos eran la *Arabia Petraea*, con la capital nabatea de Petra, y *Arabia Deserta*). Conocida igualmente como el mítico reino de Saba (Sheba), corresponde actualmente al Yemen. Era conocida por el comercio de especias como la mirra.

[324](#) Unos treinta metros.

[325](#) Probablemente una resina procedente del taraje o taray (*Tamarix gallica*).

[326](#) Seguramente la localidad que posteriormente se llamó *Petra* (la piedra), la capital de los nabateos.

[327](#) Algo más de cuatrocientos kilómetros.

[328](#) Algo menos de cuarenta kilómetros.

[329](#) Cf. PLU., *Demetr.* VII 1.

[330](#) Unos cincuenta y cinco kilómetros.

[331](#) Una descripción similar se encuentra en DIOD., II 48, 6-9. Literalmente es el lago *Asfaltitis*, por los depósitos de bitumen que se encuentran en sus orillas, conocidos y explotados desde la Antigüedad.

[332](#) Casi unos cien kilómetros.

[333](#) Algo más de once kilómetros.

[334](#) Entre treinta y cien metros.

[335](#) Veintidós en DIOD., II 48. 8.

[336](#) El río Jordán y sus afluentes el río Snir, río Dan y río Hermón.

[337](#) Cf. DIOD., XIX 90-92.

[338](#) Nombre del sátrapa de la Susiana. Cf. DIOD., XIX 92, 5.

[339](#) Al golfo Pérsico.

[340](#) No tiene nada que ver con el otro Arquelao, mencionado en el libro anterior. Cf. DIOD., XVIII 37, 3-4.

[341](#) Continuará en el capítulo 105.

[342](#) Continúa desde el capítulo 76.

[343](#) TITO LIVIO (IX 28. 1-6) da el nombre de Cayo Petilio. Este Quinto Fabio probablemente sea el mismo que aparece nombrado como cónsul repetidas veces. Cf. DIOD., XIX 72, 3 y 6-7; XX 27, 1; 37. 1.

[344](#) *Fregellae* fue una antigua ciudad de los volscos, en la orilla izquierda del río Liris, que fue colonizada por los romanos en el año 328 a. C., lo que provocó la Segunda Guerra Samnita. Cf. TITO LIVIO. VIII 22, 1-2 y 23. La ciudad se rebeló contra Roma y fue destruida en el año 125 a. C. por el cónsul Lucio Opimio, y su población, trasplantada a una colonia cercana, *Fabrateria*, al año siguiente.

[345](#) Cf. TITO LIVIO, IX 28, 7-8. Ponza (la antigua *Pontia*) es la más grande de las islas que pertenecen al archipiélago de las islas Pontinas, en el golfo de Gaeta, frente a la costa occidental del Lacio. Como otras islas en la costa occidental del mar Tirreno, esta fue lugar de confinamiento de personalidades importantes condenadas por el emperador. Ahí, por ejemplo, Nerón, el hijo mayor de Germánico (que no se debe confundir con el emperador Nerón), fue mandado al exilio por Tiberio en el año 29 d. C. y posteriormente ejecutado en el año 30 d. C. SUET., *Tib.* LIV; *Cal.* XV. Los sucesos en Italia se retoman en el capítulo 105.

[346](#) Continúa el capítulo 72.

[347](#) Antiguo amigo de Agatocles. Cf. DIOD., XIX 8, 6.

[348](#) *Centuripi* o *Centuripa* es la moderna Centuripe o Centorbi (en el dialecto siciliano). Esta localidad al sudoeste del Etna (a cuya provincia pertenece en la actualidad) se encuentra al nordeste de Catania y en el valle del río Simeto. ESTRABÓN, VI 2, 4. La ciudad de Centuripa era una fundación de los sículos y se la menospreciaba por su insignificancia en comparación con otras ciudades. Cf. TUCÍDIDES, VI 96. VII 32 y DIOD., XIII 83. 2. Fue gobernada por tiranos durante la mayor parte del siglo IV a. C., antes de caer en manos de Agatocles. Cf. DIOD., XIV 78 y XVI 82.

[349](#) *Bruttium* (en lat.) o *Bréttia* (en gr.) Es así como se conocía Calabria, la región más al sur de la península Itálica, entre Lucania y el estrecho de Mesina, habitada por los brucios.

[350](#) *Galería*, *Galaría* o *Galarina*, como aparece en los textos antiguos, es la moderna localidad siciliana Gagliano Castelferrato. Fundación de los sículos de modesto tamaño ya en la Antigüedad, que apenas aparece en la historia. Tan solo se sabe que, con anterioridad, había enviado un destacamento de mil hombres en ayuda de los habitantes de Entela, cuando esta fue asediada por los cartagineses en el año 345 a. C. Cf. DIOD., XVI 67, 3-4.

[351](#) Sobre Écnomo y su historia, cf. DIOD., XIX 108. 1 y nota.

[352](#) Continuará en el capítulo 106.

[353](#) Simónides fue arconte en 311/310 a. C. Los cónsules para el año 312 fueron Marco Valerio Máximo y Publio Decio Mus. Cf. TITO LIVIO, IX 28, 8.

[354](#) Continúa el relato abandonado en el capítulo 100.

[355](#) Para el asesinato de Roxana y de Alejandro, cf. JUSTINO, XV 2, 5 y PAUS., IX 7, 2.

[356](#) Se continuará el relato de la guerra de los diádocos en DIOD., XX 19.

[357](#) Se retomará el relato de las guerras en Italia en DIOD., XX 26, 3.

[358](#) Continúa el relato abandonado en el capítulo 104.

³⁵⁹ Amílcar, hijo de Giscón, sucesor del otro Amílcar que había sido aliado de Agatocles. Cf. DIOD., XIX 71, 1 y nota. Según JUSTINO (XXII 3, 6), los cartagineses, encolerizados por la crueldad de la tiranía de Agatocles, condenaron a muerte al gobernador Amílcar, pero escondieron la urna con sus votos hasta que el otro Amílcar, hijo de Giscón, volviera de Sicilia después de vencer a Agatocles en Himera.

³⁶⁰ El texto dice *zeugíppas*, un término que plantea dudas en este texto (ya que solo aparece aquí) y que probablemente sea un error, queriéndose referir a los soldados de infantería llamados *zeugítas*. Cf. *LSJ* s. v. *zeugíppēs*.

³⁶¹ Écnomo, el moderno monte Di Alicata (a cuyos pies se encuentra el pueblo de Licata o Alicata), está entre Agrigento y la desembocadura del río Hímera (moderno Salso). La etimología que propone nuestro autor es totalmente fantástica, aunque se apoya en su propia experiencia, ya que el mismo DIODORO (XIII 90 4-7 y XX 71, 3) dice que él vio ese toro de bronce que Amílcar se había llevado a Cartago en el año 480 a. C. y que Escipión Emiliano devolvió a la ciudad de Agrigento tras la conquista de la ciudad.

³⁶² El río es el Hímera, el moderno río Salso.

³⁶³ Más o menos medio kilo.

³⁶⁴ Las madres depositaban la comida de sus hijos en un pote que los niños tenían que derribar con la honda, si querían comer. Cf. DIOD., V 18, 3-4.

³⁶⁵ Unos ocho kilómetros.

³⁶⁶ De ahí que el río modernamente se llame Salso, por su salinidad.

³⁶⁷ Cf. DIOD., XIX 1, 10

LIBRO XX

SINOPSIS

1. De cómo Agatocles pasó a Libia y venció en batalla a los cartagineses y se adueñó de muchas ciudades.
2. De cómo Casandro acudió en ayuda de Audoleonte, y de cómo se alió con Ptolomeo, el general de Antígono al que este había traicionado.
3. De cómo Ptolomeo se hizo con algunas de las ciudades de Cilicia y de cómo Demetrio, el hijo de Antígono, las recuperó.
4. De cómo Poliperconte trató de traer a Heracles, el hijo de Barsine, al reino de su padre y de cómo Ptolomeo se deshizo del rey Nicocreonte de Pafos.
5. Acerca de lo que hicieron los reyes del Bósforo y lo que ocurrió entre samnitas y romanos en Italia.
6. La campaña de Ptolomeo en Cilicia y la costa adyacente.
7. El asesinato de Heracles a manos de Poliperconte.
8. La captura de Amílcar, el general de los cartagineses, por los siracusanos.
9. De cómo los acragantinos intentaron liberar a los sicilianos.
10. De cómo capturaron veinte naves siracusanas.
11. Acerca de la revuelta que tuvo lugar en Libia y de los riesgos que corrió Agatocles.
12. Acerca de lo que hizo Apio Claudio durante su mandato como censor.
13. La entrega de Sición y Corinto a Ptolomeo.
14. Acerca del asesinato de Cleopatra en Sardes.
15. De cómo Agatocles venció a los cartagineses en una batalla; de cómo, tras haber hecho traer al gobernante de

Cirene, Ofelas, con la excusa de pedirle su ayuda, lo ejecutó y se apropió del ejército que iba con él.

16. De cómo los cartagineses acabaron con Bormílcar, que había intentado proclamarse tirano.
17. De cómo algunas de las naves de Agatocles que habían sido enviadas con el botín naufragaron de camino a Sicilia.
18. De cómo los romanos acudieron en ayuda de los marsos, que estaban en guerra con los samnitas, y de cómo tomaron en asedio la ciudad de Caprium, en Etruria.
19. La expedición naval de Demetrio Poliorceta a El Pireo y la liberación de Muniquia.
20. La liberación de Atenas y de Mégara.
21. Navegación de Demetrio a Chipre, lucha con el general Menelao y asedio de Salamina.
22. Batalla naval de Demetrio contra Ptolomeo y victoria de Demetrio.
23. Conquista de toda Chipre y del ejército de Ptolomeo.
24. De cómo tras esta victoria Antígono y Demetrio se ciñeron la corona regia y de cómo, por celo, el resto de los dinastas se llamaron a sí mismos reyes.
25. De cómo Agatocles, tras tomar en asedio la ciudad de Útica, pasó con parte de su ejército a Sicilia.
26. De cómo los acragantinos plantaron cara a los generales de Agatocles y los derrotaron.
27. De cómo Agatocles se apropió de Heraclea, de Terma y de Cefaledio y sometió a esclavitud a los habitantes de la región y la ciudad de Apolonia.
28. De cómo Agatocles venció a los cartagineses en una batalla naval en Sicilia, y en una batalla en tierra firme, a los acragantinos.
29. La segunda invasión de Sicilia de Agatocles y su derrota.

30. La confusión que se produjo en los campamentos de ambos bandos.
31. La huida de Agatocles a Sicilia.
32. La masacre que Agatocles produjo entre los sicilianos.
33. La campaña del rey Antígono con grandes contingentes en Egipto.
34. La traición a Agatocles que hizo el general Pasifilo.
35. De cómo los cartagineses firmaron un acuerdo con Agatocles.
36. De cómo Demetrio asedió la ciudad de Rodas y luego levantó el asedio.
37. De cómo los romanos vencieron a los samnitas en dos batallas.
38. De cómo Demetrio zarpó de Rodas, pasó a Grecia y allí liberó la mayoría de las ciudades.
39. De cómo Agatocles se apropió indebidamente del dinero de los habitantes de las islas Lipari y perdió las naves en las que iba transportado el mencionado dinero.
40. De cómo los romanos lucharon contra el pueblo de los aecli y firmaron la paz con los samnitas.
41. De lo que hizo en Italia Cleónimo.
42. De las razones que esgrimieron tanto Casandro y Lisímaco como Seleuco y Ptolomeo para unirse y declararle la guerra a Antígono.
43. La expedición militar de Casandro contra Demetrio en Tesalia y de Lisímaco en Asia.
44. La traición de Dócimo y Fénix, dos generales de Antígono.
45. De cómo Antígono plantó su ejército, que era muy superior en fuerzas, frente al de Lisímaco.
46. De cómo Antígono mandó llamar a Demetrio desde Grecia.

47. De cómo Ptolomeo se apoderó de las ciudades de Celesiria y de cómo Seleuco bajó desde las satrapías superiores hasta la Capadocia.
48. De la dispersión de los ejércitos para pasar el invierno.

LIBRO XX

Se puede reprochar justamente a los historiadores que introduzcan [1] en sus historias excesivos discursos o hagan uso con frecuencia de circunloquios, pues no solo interrumpen el hilo de la narración con la inoportuna inserción de esas alocuciones, sino que frustran el interés de aquellos que legítimamente están predispuestos a conocer el devenir de los acontecimientos. En [2] verdad que, a los que desean mostrar su elocuencia, se les presenta una ocasión propicia de desplegarla en los discursos forenses y de embajadores, incluso en los encomios y las reprobaciones y en otras semejantes prédicas; pues en la distribución de los diferentes tipos de discursos y en la elaboración de los temas sin distinción, probablemente se ganarán una reputación en ambos casos. Ahora bien, algunos, abusando de retoricismos, [3] hacen que la historia sea solo una excusa para desplegar su labia. No solo resulta insufrible leer a quien escribe mal, sino también a aquel que, creyéndose superior en otros aspectos, yerra en los temas y en el tono apropiado en cada ocasión. De [4] hecho, los lectores de tales obras se saltan estos elaborados discursos, incluso aunque parezcan ser excelentes, y en otras ocasiones, fatigados intelectualmente de la verbosidad y la improcedencia de este escritor, abandonan completamente la lectura, al no aguantar más, y con razón. En efecto, la narración histórica [5] tiene que ser simple y natural, siendo en todo similar a un organismo vivo: si está desmembrado, se ve como privado de la gracia de la inspiración que otorga el principio vital, pero el que mantiene la necesaria coherencia mantiene ese encanto de manera apropiada y el equilibrio de toda la narración hace que la lectura del texto sea amena y clara.

[2] De todas formas, aunque censuremos los discursos retóricos, no podemos desterrarlos totalmente de la narración histórica, ya que como existe la necesidad de embellecer la narración con alguna variedad, en algunas ocasiones es

necesario introducir incluso este tipo de alocuciones —ni siquiera yo mismo me abstendría de hacerlo si se me presentara alguna ocasión—. De tal forma que, cada vez que se requiere de las palabras de un embajador o de un político o de alguno otro de estas características, el que no se atreva a entrar en liza en el uso de las palabras [2] será culpable. Uno encontraría muchas razones por las cuales, en muchas ocasiones, es necesario acudir a los retoricismos, pues aunque muchas cosas han sido bien dichas de manera breve, no se puede dejar de lado, por omisión, lo que es digno de recordarse y tiene valor para la historia; y cuando el tema tratado posee un lustre de grandeza, uno no debe permitir que el lenguaje desluzca los hechos. Incluso, en ocasiones, cuando los hechos se resuelven de una manera inesperada, nos vemos obligados a usar palabras apropiadas a nuestro tema, para justificar las contradicciones.

[3] Pero sea suficiente lo que hemos dicho al respecto, ya que ahora hemos de escribir sobre los sucesos que me corresponden, estableciendo la apropiada cronología de los acontecimientos. En los libros anteriores hemos tratado las gestas de Grecia y de los bárbaros, desde los tiempos más antiguos hasta el año anterior a la campaña de Agatocles en Libia, hasta la cual y desde el saco de Troya hay que contar ochocientos ochenta y tres años. En el presente libro empezaremos a tratar la historia desde la expedición de Agatocles a Libia y terminaremos con el año en que los reyes decidieron de mutuo acuerdo declararle la guerra a Antígono, el hijo de Filipo, lo que cubre un período de nueve años.

En el arcontado de Jeromnemón, en Atenas, los romanos eligieron [3] como cónsules a Gayo Julio y a Quinto Emilio¹. En Sicilia², Agatocles, tras sufrir una derrota a manos de los cartagineses en la batalla de Hímera y haber perdido a la mayor parte y la más poderosa de su ejército, huyó a Siracusa. Cuando se dio [2] cuenta de que todos sus aliados le habían traicionado y que los bárbaros se habían hecho dueños de toda Sicilia, con la excepción de Siracusa, y que estos tenían mejores infantería y flotas marítimas, decidió llevar a cabo una acción inesperada y temeraria. Cuando se había llegado a la clara conclusión de que él no [3] iba a intentar oponerse

frontalmente a Cartago, decidió dejar en la ciudad una guarnición adecuada, elegir a los soldados más apropiados y con ellos pasar a Libia. Con esto esperaba que los cartagineses, que llevaban una vida relajada tras años de prolongada paz y que no tenían experiencia en los trances de la batalla, se vieran desbordados por unos hombres curtidos en el peligro. Por otra parte, también pretendía que los aliados de Cartago en Libia, que estaban molestos desde hacía tiempo con el dominio cartaginés, aprovecharan la ocasión para rebelarse. Pero lo más importante era que con su improvisado ataque albergaba la intención de saquear una región que no había sido nunca asaltada y que por la prosperidad de Cartago estaba llena de todo tipo de bienes, y, además, alejar a los bárbaros de su patria y de toda Sicilia y trasladar la guerra a Libia, lo que, de hecho, consiguió.

[4] Sin confesar sus designios a ninguno de sus hombres de confianza, puso a su hermano Antandro³ como regente de la ciudad y reclutó a lo más granado de sus tropas, dando instrucciones a la infantería, para que estuviera presta con sus armas, y a la caballería, para que se prepara para llevar consigo, aparte de toda la panoplia, bridas y sillas de montar, a fin de que, en cuanto tomara posesión de caballos, estuviera lista para cabalgar [2] sobre ellos, provista así de todo lo necesario. En la reciente derrota⁴, la mayoría de los soldados de infantería habían muerto, pero aún se encontraban vivos casi todos los jinetes de caballería, [3] mas no podía llevarse a sus caballos a Libia. Para que, en su ausencia, los siracusanos no se alzaran en una revuelta contra él, separó a los familiares, a unos de los otros, en especial a los hermanos de sus hermanos y a los padres de sus hijos, dejando [4] a unos en la ciudad, pero llevándose consigo a los otros. Aquellos que permanecieron en Siracusa eran, claramente, los que se mostraban más en desacuerdo con el gobernante, pero angustiados por sus parientes no se atreverían a hacer nada contra Agatocles. [5] Como andaba falto de dinero, confiscó las propiedades de los huérfanos que estaban en manos de sus guardianes, alegando que él administraría ese dinero mucho mejor que ellos y con la garantía de devolvérselo en cuanto alcanzaran la mayoría de edad. También tomó prestado de los

mercaderes, tomó posesión de algunas de las propiedades del templo y se apropió de [6] las joyas de las mujeres. Al ver que la mayoría de los hombres ricos se quejaban de sus medidas y mostraban su odio contra él, los convocó a una asamblea durante la cual, tras expresar su preocupación por la presente situación y las penalidades que se avecinaban, dijo que podía fácilmente aguantar el asedio, ya que estaba acostumbrado a todo tipo de sufrimiento, pero que se compadecía de sus conciudadanos, si se veían obligados a encerrarse y afrontar un sitio. Así que les pidió que todos aquellos [7] que no estuvieran dispuestos a aguantar lo que la fortuna dictara que les fuera a pasar, se pusieran a salvo junto con todas sus posesiones. En cuanto salieron de la ciudad aquellos que, en su mayoría, eran ricos y odiaban al tirano, Agatocles envió contra ellos a unos soldados mercenarios para que los aniquilaran y confiscó todas sus propiedades para quedárselas él; y así, con este simple acto impío, se vio con dinero y limpió la ciudad de opositores. También liberó a los sirvientes más capacitados para servir en el ejército.

En cuanto estuvo todo preparado, tras llenar sesenta naves, [5] esperó a la ocasión más propicia para zarpar. Como no se sabían sus intenciones, algunos pensaron que su pretensión era ir en campaña a Italia; otros, que quería asediar la parte de Sicilia que estaba ocupada por los cartagineses; pero todos lamentaban la suerte de aquellos que iban a salir en navegación y condenaron la locura del tirano; mas, aunque los enemigos estaban bloqueando [2] el puerto con sus múltiples trirremes, al principio, durante algunos días, Agatocles obligó a sus soldados a permanecer en las naves, ya que no podían zarpar. Pero, entonces, los cartagineses se dispersaron del puerto con toda su escuadra, para dejar entrar algunas naves cargadas de trigo, y Agatocles, que ya empezaba a perder las esperanzas de ver realizados sus planes, nada más ver el puerto despejado de barcos de custodia zarpó a toda velocidad impulsado por la fuerza de sus remeros. Entonces, [3] los cartagineses, que estaban cerca de las naves de carga, en cuanto vieron que los enemigos se echaban a la mar en formación cerrada, al principio supusieron que él acudía en busca de las naves cargadas de trigo, se dieron la vuelta y se prepararon para una batalla naval. Pero en cuanto vieron que

las naves seguían navegando por delante y les llevaban en su singladura mucha ventaja, empezaron a perseguirlos. Así, mientras unos estaban [4] luchando contra otros, las naves que llevaban su mercancía escaparon inesperadamente del peligro y llevaron abundantes provisiones a la ciudad de Siracusa, que se encontraba falta de grano. Por su parte, Agatocles, cuando ya estaba a punto de ser rodeado y capturado, con la llegada de la noche, se encontró [5] inesperadamente a salvo. Al día siguiente hubo tal eclipse de sol que parecía que era completamente de noche; incluso se podían divisar las estrellas en su totalidad. Por ello, Agatocles y sus hombres, creyendo que eso era una señal divina de mal augurio para ellos, se sintieron aún más preocupados por el futuro⁵.

[6] Tras haber navegado seis días con sus mismas noches, con el amanecer de una nueva jornada, de sopetón, avistaron la armada cartaginesa no lejos de allí. Por ello, ambas flotas rivalizaron en su mutuo denuedo por remar a toda prisa: los cartagineses porque creían que, si capturaban las naves, al mismo tiempo se harían con Siracusa y librarían a su ciudad de un gran [2] peligro; y los griegos porque, si no alcanzaban tierra firme pronto, veían pender sobre sus propias cabezas las penas de la esclavitud para los que se habían quedado en casa. En cuanto divisaron Libia se produjo entre los remeros un gran revuelo y la competencia se hizo feroz. Las naves bárbaras empezaron a remar más rápido, ya que los remeros estaban más acostumbrados a aguantar un mayor esfuerzo, pero la armada griega tenía suficiente ventaja. La distancia de navegación se completó rápidamente y cuando ya estaban a punto de tomar tierra, se hostigaron los unos con los otros cerca de la playa, como si estuvieran [3] en una carrera. Las primeras naves de los cartagineses iban lanzando sus municiones a las últimas de Agatocles. Por ello, al poco tiempo, algunos empezaron a luchar con sus escudos y venablos, pero los hombres de Agatocles resultaron victoriosos en la lucha contra algunas de las naves enemigas de los bárbaros, ya que tenían multitud de soldados. Entonces los cartagineses se retiraron, alejando sus proas fuera del alcance de los proyectiles, y Agatocles atracó sus naves, tras

desembarcar su ejército en las conocidas Canteras⁶ y elevar una empalizada de un lado al otro del mar.

Así, tras haber realizado esta temeraria hazaña, se atrevió a [7] llevar a cabo una empresa aún más aventurada. Pues, tras rodearse de aquellos jefes en el poder que creían en sus designios y tras hacer un sacrificio a Deméter y a Core⁷, convocó una asamblea. En cuanto todo estuvo dispuesto, se dirigió a su pueblo, [2] coronado y vestido con un espléndido manto, y tras empezar con un proemio apropiado para la ocasión, dijo que había prometido a las diosas patronas de Sicilia, Deméter y Core, en el momento en que estaban siendo perseguidos por los cartagineses, que quemaría todas las naves; y que estaba dispuesto [3] a cumplir su promesa ya que había conseguido llegar a salvo. En lugar de estas naves prometió que les daría muchas más, si ellos luchaban con arrojo; y que, en efecto, habían sido las diosas las que, a través de sagradas señales, habían pronosticado la victoria en la guerra⁸. Al mismo tiempo que él iba diciendo [4] esto, uno de sus servidores se le acercó con una antorcha encendida. La tomó y después de ordenar que se le diera igualmente a cada uno de los comandantes una, invocó a las dos diosas y se dirigió a la trirreme principal del comandante. Tras subirse a la popa ordenó a los demás que hicieran lo mismo. En cuanto todos los capitanes prendieron fuego a las naves, las llamas alcanzaron rápidamente las alturas y los trompeteros tocaron la señal para entrar en batalla y el ejército dio un grito, rogando todos [5] por la salvación de su ciudad natal. Esto hizo Agatocles, sobre todo para obligar a los soldados a que, en medio de la lucha, no tuvieran absolutamente la tentación de darse a la fuga. Estaba claro que, una vez acabada toda posibilidad de fuga en las naves, su sola esperanza de salvación era vencer. Además, ya que disponía de un ejército exiguo, consideraba que, si protegía las naves, se vería obligado a dividir sus tropas y se quedaría sin fuerzas suficientes para entrar en batalla, pero si las dejaba desprotegidas, terminarían en poder de los cartagineses.

[8] A pesar de todo, la visión de las naves en llamas y el fuego, extendiéndose vigorosamente por todas partes, impresionó a los sicilianos. Al principio, embaucados por las

argucias de Agatocles y la rapidez de sus acciones, que no dejaban tiempo para la reflexión, todos se mostraron de acuerdo con lo que se estaba haciendo. Pero al pasar un tiempo y considerarlo todo en detalle, se desesperaron al darse cuenta de la inmensidad del mar que los separaba de su patria, por lo que abandonaron toda [2] esperanza de salvación. Agatocles, presto a consolar el desánimo que cundía entre sus soldados, llevó su ejército hasta la ciudad [3] cartaginesa de Megalópolis². La región de en medio, por la que era necesario pasar, estaba dividida en jardines y todo tipo de tierras de cultivo, siendo muchos los regatos y canales que irrigaban ese lugar. Había bastantes villas rústicas, con lujosas construcciones adornadas con estuco que evidenciaban la riqueza [4] de sus moradores. Las estancias estaban adornadas con todo lo necesario para el disfrute de la vida, ya que los locales habían hecho acopio en tiempos de paz de abundancia de posesiones. Era esta una región vitícola, también llena de olivos y de variados tipos de árboles frutales. A ambos lados de la llanura pacían rebaños de vacas y ovejas; los cercanos pastos estaban llenos de caballos que ramoneaban. Era esta, pues, una región absolutamente próspera, donde lo más selecto de la sociedad cartaginesa tenía sus tierras y con sus riquezas las había engalanado para su uso y disfrute. Por ello, los sicilianos, admirados [5] por la belleza de la región y las riquezas que en ella se encontraban, recuperaron súbitamente sus esperanzas, y consideraron que valía la pena afrontar los peligros en la lucha por el botín que quedaría para el vencedor. Agatocles, viendo que los soldados [6] se recuperaban de su desánimo y estaban más decididos a afrontar el peligro, se dirigió directamente a las murallas de Megalópolis¹⁰. Con su aparición inesperada y gracias a la ignorancia e inexperiencia en la lucha de los de la región interior, consiguió tomar por la fuerza la ciudad sin que ofrecieran mucha resistencia. Entregándosela a sus soldados para que la saquearan, llenó a sus soldados al mismo tiempo de confianza y de botín. Al poco emprendió la marcha a la ciudad llamada la [7] Blanca Túnez¹¹, que dista de Cartago dos mil estadios, y la tomó. Los soldados, entonces, querían dejar una guarnición en ambas ciudades capturadas y depositar en ellas el botín, pero Agatocles, en coherencia con sus anteriores acciones, tras

decir a sus hombres que no convenía dejar ningún refugio en el camino hasta que vencieran en batalla, destruyó las ciudades y acampó a cielo abierto.

Los cartagineses llegaron al lugar donde los sicilianos habían [9] atracado y al ver las naves consumidas por el fuego, al principio se alegraron, como si se hubieran visto obligados a destruir sus embarcaciones por miedo a ellos. Pero en cuanto se dieron cuenta de que el ejército enemigo iba avanzando por el país, llegaron a la conclusión de que la destrucción de las naves suponía una desgracia para ellos. Por ello, recubrieron de pendones las proas, que es lo que siempre acostumbraban a hacer cada vez que parecía que alguna desgracia había acaecido a la [2] ciudad de Cartago¹². También se llevaron los mascarones de bronce de las naves de Agatocles para sus propias trirremes y enviaron mensajeros a Cartago para que dieran cuenta exactamente de lo que había sucedido. Pero antes de que estos aclararan lo que había pasado, algunos de los lugareños que habían presenciado el desembarco de Agatocles lo anunciaron a toda [3] prisa a los cartagineses. Ellos, asombrados por lo inesperado del suceso, supusieron que habían sido aniquilados sus propios ejércitos en Sicilia, no solo las tropas de infantería, sino también su armada, ya que Agatocles (pensaban), si no hubiera vencido, no se habría atrevido a dejar sin defensas a los siracusanos, ni habría llevado un ejército a través de los estrechos, [4] mientras el enemigo fuera controlara los mares. Por ello, hubo un gran revuelo y el pánico cundió en la ciudad, la turba se agolpaba en el ágora y el Senado deliberaba sobre qué era lo que se debía hacer. El ejército no estaba preparado para plantar batalla, y en la masa ciudadana, al no tener experiencia militar, cundió la desesperación, ya que se creyó que el enemigo estaba [5] al acecho de las murallas. Algunos propusieron enviar emisarios a Agatocles para tratar la paz y que, al mismo tiempo, espieran la situación del enemigo; pero otros decían que era mejor esperar hasta que se supiera con detalle lo sucedido. Reinaba, pues, esta confusión cuando llegaron los que habían sido enviados por el almirante y aclararon qué era lo que había pasado.

En cuanto todos recobraron los ánimos, el consejo de ancianos [10] ordenó a los almirantes que, aunque tuvieran el control de los mares, permitieran a la flota enemiga acercarse hasta Libia; y nombraron como comandantes del ejército a Hannón y a Bormílcar¹³, que arrastraban una atávica enemistad entre sus familias. Actuaban en la creencia de que, por esa desconfianza y el [2] odio que los generales se tenían, la ciudad estaría completamente a salvo. Pero se equivocaban; de hecho, desde hacía tiempo Bormílcar estaba intentando instalarse en la tiranía, pero carecía de autoridad y no había encontrado una ocasión propicia para intentarlo; así que, cuando alcanzó el rango de general, encontró una excusa apropiada. La razón principal para eso era [3] la severidad de los castigos que infligían los cartagineses; en efecto, los cartagineses ponían en el puesto de mando a los más destacados de sus ciudadanos durante la guerra, pensando que ellos estarían obligados a arriesgarse por todos; pero en cuanto llegaba la paz, encausaban a esos mismos hombres y con falsas acusaciones, por pura envidia, los hundían con su condena. Por [4] ello, algunos de los que habían sido puestos al mando, temiendo los juicios en los tribunales, abandonaban sus responsabilidades y otros incluso, intentaban convertirse en dictadores. Esto es lo que Bormílcar, uno de los generales, intentó en una ocasión. Pero de esto hablaremos algo después¹⁴.

Los generales cartagineses, al ver que la situación no admitía [5] retraso alguno, no esperaron a los soldados que habían sido convocados desde la región y las ciudades aliadas, sino que llevaron a los soldados de la ciudad al campo de batalla, siendo en total no menos de cuarenta mil soldados de infantería, mil jinetes [6] y dos mil carros. Una vez que se hicieron fuertes en un promontorio, no lejos de la posición enemiga, prepararon el ejército para la lucha. Al mando del ala derecha estaba Hannón, agrupados a su lado los soldados del sagrado batallón¹⁵, para luchar juntos. Bormílcar, que estaba al mando del ala izquierda, hizo que su falange fuera más profunda, ya que el terreno le impedía extenderse más. Frente a la falange puso los carros de combate y a los caballeros, ya

que habían decidido atacar primero con estos y poner a prueba a los griegos.

[11] Agatocles, tras divisar las líneas enemigas, confió a su hijo Arcagato¹⁶ el ala derecha, haciéndole entrega de dos mil quinientos soldados de infantería, y después colocó a los siracusanos, que eran tres mil quinientos, a los tres mil mercenarios griegos y, finalmente, a los tres mil samnitas, etruscos y celtas. Él mismo, junto con su séquito personal, se puso al mando del ala izquierda, oponiendo mil hoplitas¹⁷ al batallón sagrado de los cartagineses. Repartió entre las alas los quinientos arqueros [2] y honderos. Los soldados apenas tenían las armas apropiadas y cuando vio que los soldados de campaña estaban desarmados, extendió con palos el forro de los escudos, imitando en apariencia la forma circular del escudo, y se los dio, pero no para que de alguna manera los usaran en combate, sino para que, vistos de lejos, pudieran dar la impresión de que eran armas a aquellos que ignoraran la verdad. Viendo que los soldados estaban impresionados [3] ante la magnitud de la caballería enemiga y del ejército de infantería, liberó entre las filas, en medio del campo de batalla, muchos búhos que desde hacía tiempo tenía preparados para combatir el desánimo de la mayoría. Tras volar por en [4] medio de la falange, se posaban en los escudos y en los yelmos animando a los soldados, porque muchos de ellos consideraban que este era un animal consagrado a Atenea¹⁸. Suele pasar que [5] aunque las creencias de la gente carezcan de sentido, muchas veces propician sonoros triunfos; y eso es lo que ocurrió entonces, ya que animados e inspirados por la idea de que esta era una clara señal divina de la victoria, se enfrentaron al peligro con mayor garra.

En cuanto los carros de combate se lanzaron contra ellos, [12] derribaron algunos con sus lanzas y dejaron pasar a otros, pero obligaron a la gran mayoría a darse la vuelta en dirección a sus propias líneas de infantería. Con una resistencia similar, respecto [2] al ataque de la caballería, les hicieron salir en estampida después de haber derribado a muchos jinetes. Tras comenzar la contienda de esta manera tan esplendorosa, el ejército entero de infantería del enemigo bárbaro entró en liza. La lucha fue encarnizada [3] y Hannón, que tenía a su vera al

batallón sagrado de hombres selectos y pretendía conseguir la victoria gracias a ellos, presionó fuertemente a los griegos y mató a muchos de ellos. Incluso cuando le llovían venablos por todas partes no cejó en su empeño, sino que incluso se obligó a luchar a pesar de sus múltiples heridas, hasta que finalmente cayó masacrado. Al sucumbir en combate, los cartagineses que estaban destacados [4] en esa posición se desanimaron, mientras que los soldados de Agatocles se alegraron mucho y fueron más osados. Cuando [5] Bormíscar, el otro general, se enteró de esto por otros compañeros, en la creencia de que los dioses le habían dado entonces una oportunidad para intentar dar un golpe de Estado y convertirse en tirano, pensó para sí que si el ejército de Agatocles acababa destruido, él no podría conquistar el poder, ya que los ciudadanos serían aún poderosos pero que si la victoria de Agatocles acababa con los ánimos de los cartagineses, estos serían muy vulnerables y él podría luchar con Agatocles cuando le [6] conviniera. Con estos pensamientos en la cabeza se alejó con los hombres de vanguardia, abandonando la lucha de manera inexplicable para los enemigos, pero hizo saber a los suyos que Hannón había muerto y les ordenó retirarse al puesto de guardia [7] en la plaza fuerte, pues, según decía, era lo conveniente. Pero como el enemigo aún presionaba y parecía que huía en vez de batirse en retirada, el batallón de libios que se encontraba detrás, en la idea de que las líneas de vanguardia habían sido derrotadas, se puso en fuga a toda prisa; y los que estaban al frente del batallón sagrado tras la muerte del general Hannón, al principio opusieron resistencia resueltamente y subiéndose a los cuerpos de los caídos de su bando resistieron cada ataque; pero cuando se enteraron de que la mayor parte del ejército se había dado a la fuga y de que los enemigos estaban a sus espaldas, [8] se vieron obligados a batirse en retirada. Por ello, cuando todo el ejército salió en estampida, los bárbaros se dieron a la fuga a Cartago y Agatocles, tras perseguirlos hasta un cierto punto, se dio la vuelta y saqueó el campamento de los cartagineses.

[13] Cayeron en la lucha hasta doscientos griegos, y por parte de los cartagineses, no más de mil, o como algunos dicen en sus escritos, más de seis mil¹⁹. En el campamento

cartaginés, junto al resto de la impedimenta, se encontraron muchos carruajes, en los que iban más de veinte mil pares de grilletes. En efecto, los [2] bárbaros pensaban ganar a los griegos fácilmente y se habían transmitido la orden de unos a otros de apresar el mayor número posible de ellos y tras haberles puesto los grilletes mandarlos a trabajos forzados. Pero, así lo creo, la divinidad dispone para [3] aquellos hombres que son extremadamente soberbios lo contrario de lo que ellos esperan. Así, Agatocles, tras vencer de manera inesperada a los cartagineses, los tenía contra las murallas. La fortuna cambiante, que combina victorias y derrotas, había igualado así a vencedores y vencidos; pues, en Sicilia, los cartagineses, [4] que habían vencido a Agatocles en una terrible batalla, habían asediado la ciudad de Siracusa; pero en Libia Agatocles, tras imponerse en una batalla pareja, había puesto cerco a los cartagineses; y lo más sorprendente de todo: el dictador, que en la isla, aun sin que su ejército sufriera pérdidas, había sido inferior en la batalla a los cartagineses, en cambio, entonces, en el continente, con solo una parte de su ejército derrotado, se había impuesto a sus otrora vencedores.

Por ello, los cartagineses, creyendo que esa desgracia provenía [14] de los dioses, se deshicieron en todo tipo de súplicas a su divinidad tutelar y, ya que creían que era, sobre todo, Heracles, el dios traído por los colonos desde la metrópolis²⁰, quien estaba encolerizado con ellos, enviaron una gran cantidad de dinero y no pocas lujosas ofrendas. Al principio, nada más llegar como [2] colonos desde aquella ciudad, se habían impuesto la costumbre de enviar al dios un diezmo de todo lo que se había recaudado en las arcas públicas. Pero después, cuando ya estaban en posesión de grandes fortunas y recaudaban impuestos de mayor cuantía, mandaban muy poco, menospreciando al dios. A causa de esta desgracia y en señal de arrepentimiento, reverenciaron a [3] todos los dioses de Tiro. Incluso mandaron las hornacinas doradas de los templos con sus imágenes, a modo de súplica, en la creencia de que de esta manera conseguirían aplacar la ira del dios, para ver si, enviándole ofrendas, obtenían su perdón. [4] También creyeron que Cronos²¹ los había abandonado, ya que en un período anterior sacrificaban a los

más nobles hijos de la ciudad, pero después empezaron a comprar secretamente niños y los criaban para posteriormente enviarlos al sacrificio. Tras hacer una investigación, descubrieron que algunos de los que [5] habían sido sacrificados eran ilegítimos. Cuando tomaron conciencia de este hecho y de que los enemigos estaban acampados a las puertas de la ciudad, se aterrorizaron al ver que se habían olvidado de los ancestrales deberes a la divinidad. Decididos a corregir esta falta, eligieron a doscientos de entre los más esplendorosos muchachos y los sacrificaron públicamente. Otros, que estaban bajo sospecha, no menos de trescientos, se sacrificarón [6] voluntariamente. En la ciudad había una estatua de bronce de Cronos, con las manos extendidas y las palmas inclinadas hacia la tierra, de tal forma que cuando se colocaba uno de los muchachos rodaba y caía en una especie de hendidura llena de fuego. Parece que Eurípides se inspiró en esto para la historia mítica de los sacrificios en Tauris que se encuentran en sus obras, en los que presenta a Ifigenia siendo preguntada por Orestes:

¿Qué tumba habrá que me reciba cuando yo me muera?

Un sacro fuego, dentro de un hoyo ancho, en esta tierra²².

La historia, transmitida desde antiguo entre los griegos, de [7] que Cronos acabó con sus propios hijos parece que en Cartago se interpreta al pie de la letra.

Sin embargo, ante tal cambio de fortuna en Libia, los cartagineses [15] enviaron a Amílcar a Sicilia, pidiendo que le enviara un regimiento en ayuda a toda prisa, y le hicieron llegar los mascarones de bronce de los barcos. Él ordenó a los que iban a zarpar que silenciaban la derrota acaecida e hizo correr el rumor entre sus soldados de que Agatocles había perdido todas sus naves y todo el ejército. Él mismo envió a algunos de los que se habían [2] presentado en Siracusa desde Cartago, mandando de vuelta los mascarones de los barcos, y les pidió que se los entregaran a la ciudad, ya que el ejército de los siracusanos había sido derrotado por los cartagineses y las naves habían sido incendiadas; y para aquellos que no lo creyeran, les hacía entrega de lo que quedaba de los mascarones. Cuando en la ciudad se enteraron [3] de la derrota

de Agatocles, la mayoría se la creyó; pero los magistrados, desconfiados, se mostraron cautelosos, ya que había riesgo de que se produjera algún disturbio, y rápidamente enviaron embajadores y expulsaron de la ciudad a no menos de ocho mil, entre amigos y parientes de los exiliados y otros que eran desafectos con el régimen impuesto por ellos. Al verse [4] obligada a abandonar la ciudad de repente tan gran cantidad de gente, esta se llenó de carreras, estrépito y lamentos de mujer, pues no había ni una sola casa que no participara de esa desgracia en aquella ocasión. Los que eran partidarios del dictador se [5] lamentaban por la suerte de Agatocles y de sus hijos, algunos de los ciudadanos de a pie lloraron porque creían que estaban arruinados y a merced de Libia, y otros se lamentaban por la suerte de aquellos que debían abandonar hogares y dioses patrios porque no podían ni permanecer dentro ni aventurarse fuera de las murallas de la ciudad, ya que los bárbaros estaban asediando la ciudad y, además de los ya mencionados males, se veían obligados a llevarse consigo al exilio a mujeres e hijos infantes. [6] Amílcar, acogiendo a los exiliados, tras preparar un ejército, avanzó contra Siracusa con la intención de tomar la ciudad fácilmente, ya que estaba falta de hombres y se encontraba sumida en la desgracia, según le habían dicho los que la habían abandonado.

[16] Tras enviar una embajada a Antandro y asegurarle protección a él y a todos los que estuvieran con él si entregaban la ciudad, se reunieron en consejo aquellos que en la ciudad gozaban de mayor ascendiente. Tras un largo debate, Antandro llegó a la conclusión de que era necesario entregar la ciudad, pues de hecho él era, por naturaleza, más pacífico y tenía un carácter opuesto al coraje y energía de su hermano. Pero el etolio Erimnonte²³, que había sido puesto por Agatocles como colega en el poder con el hermano de este, era del parecer contrario y convenció a todos de que era necesario resistir hasta que se supiera [2] la verdad. Amílcar, enterado de la decisión de la ciudad, construyó [3] todo tipo de máquinas dispuesto a atacarla. Pero Agatocles, que había construido tras la batalla dos triacónteras²⁴, había enviado una de ellas a Siracusa, embarcando a los remeros más esforzados y a Nearco²⁵, uno de sus más fieles compañeros, [4] para que

anunciara a los suyos la victoria. Tras haber realizado un viaje sin percances, al quinto día, por la noche, estando ya cerca de Siracusa, se cubrieron de coronas y cantaron peanes en la nave y al amanecer del día siguiente llegaron a la ciudad. Las [5] naves de guardia de los cartagineses, en cuanto los divisaron, rápidamente iniciaron una persecución, y, como sus perseguidos estaban muy cerca de ellos, surgió un duelo de remeros. Al mismo tiempo que rivalizaban el uno con el otro, los que estaban en la ciudad y los que estaban en el asedio, al enterarse, acudieron a la carrera a la playa, participando ansiosos en esa porfía y animando cada uno a los suyos a gritos. Cuando la [6] triacóntera estaba a punto de ser capturada, los bárbaros alzaron sus voces, mientras que los de la ciudad, sin poderles prestar ayuda, rogaron a los dioses por la salvación de la tripulación. Cuando, no lejos de tierra firme, la proa de los perseguidores ya estaba a punto de chocar contra la nave, el barco perseguido consiguió entrar en la línea de tiro y los siracusanos acudieron en ayuda, salvándolos del peligro. Amílcar, al darse cuenta de [7] que los habitantes de la ciudad, a causa de la angustia y de lo inesperado de las nuevas que habían recibido, habían acudido a la playa, divisó una parte de la muralla desguarnecida y envió a los más aguerridos de sus soldados con escaleras. Estos, que se encontraron con que los puestos de guardia habían sido abandonados, subieron sin ser vistos; y cuando casi habían ocupado un lienzo de muralla que se encontraba entre dos torres, la guardia, que hacía su acostumbrada ronda, se dio cuenta de su presencia. En el enfrentamiento que se produjo, los de la ciudad acudieron [8] en ayuda, adelantándose a los enemigos que acudían como refuerzos, y a unos los mataron y a otros los despeñaron por los lienzos de las murallas. Amílcar, ante esta contrariedad, retiró [9] el ejército de la ciudad y envió como ayuda a Cartago un destacamento de cinco mil soldados.

Mientras tanto, Agatocles, que tenía en sus manos la región [17] de Cartago, se estaba apoderando ya de los fortines de la ciudad y se atrajo a varias poblaciones, algunas por miedo y otras por el odio que sentían por los cartagineses. Tras fortificar un campamento que estaba cerca de Túnez y dejar la guarnición apropiada, se puso en camino hacia las localidades que se encontraban a orillas del mar. Primero tomó por la

fuerza Neápolis²⁶, pero se portó con benevolencia con sus prisioneros. Después pasó a Hadrumetum²⁷ y la asedió, pero aceptó firmar una alianza [2] con Elimas²⁸, el rey de los libios. Al enterarse de esto, los cartagineses movilizaron todo su ejército hasta Túnez y capturaron el campamento de Agatocles; después lanzaron continuos ataques a la ciudad, haciendo uso de su maquinaria de guerra. [3] Agatocles, tras comunicársele las derrotas que había sufrido en su propio territorio, dejó la mayor parte del ejército en el asedio, y tomando consigo a su séquito y a unos pocos soldados se marchó secretamente hacia un lugar montañoso desde donde podía ser visto no solo por los de Hadrumetum, sino también [4] por los cartagineses que asediaban Túnez. Instruyendo a sus soldados por la noche para que encendieran fogatas en una amplia zona, hizo creer a los cartagineses que avanzaba contra ellos con un gran ejército, y a los que estaban sufriendo un asedio, que un nuevo ejército acudía presto en ayuda contra [5] los enemigos. Ambos se dejaron embaucar por lo astuto de esta argucia y sufrieron una inesperada derrota, ya que los que estaban asediando Túnez huyeron a Cartago, dejando las máquinas de guerra, mientras que los de Hadrumetum entregaron por miedo [6] su ciudad. Agatocles, tras aceptar la rendición de esta ciudad, pasó a Tapso²⁹ y la tomó por la fuerza; y en el caso de las otras ciudades que se encontraban en la región, algunas las tomó tras asediarlas, y otras, después de que ellas se rindieran. En cuanto se hubo apoderado de todas las ciudades, que eran más de doscientas, decidió llevar sus tropas hacia la región interior de Libia.

Después de que hubieran pasado varios días desde que Agatocles [18] se hubiera puesto en marcha, los cartagineses se volvieron de nuevo a Túnez con el ejército que habían traído desde Sicilia y con otro batallón, para reanudar el asedio, y consiguieron recuperar no pocas de las regiones que estaban en manos de los enemigos. Pero Agatocles acudió raudo, ya que había recibido a mensajeros por parte de los tunecinos y le habían aclarado lo que habían hecho los fenicios. Cuando se encontraba a [2] doscientos estadios³⁰ de distancia de los enemigos, montó el campamento, pero prohibió a sus soldados que encendieran fuegos. Tras una

marcha nocturna, al llegar el día cayó sobre los que estaban saqueando la región y los que estaban rondando fuera del campamento, matando a más de dos mil y tomando como prisioneros a no menos, de manera que cobró ánimos para el futuro. Pero los cartagineses creían que con los refuerzos [3] que habían acudido desde Sicilia y con los aliados que luchaban junto a ellos desde Libia serían superiores a las fuerzas de Agatocles. Pero tan pronto como ganó la batalla, de nuevo decayeron los ánimos de los bárbaros; pues, en efecto, Agatocles venció incluso a Elimas, el rey de los libios, que lo había traicionado, y acabó con la vida de este rey y de otros muchos bárbaros

Y esto fue lo que sucedió en Sicilia y en Libia³¹.

[19] En Macedonia³² Casandro, que había acudido en ayuda de Audoleonte, el rey de Peonia³³, en su lucha contra los autariatas³⁴, liberó a este rey del peligro, y a los autariatas, junto a sus hijos y mujeres, que eran unos veinte mil, los transfirió a una región [2] cerca de la montaña llamada Orbelo³⁵. Mientras estaba ocupado con esto, en el Peloponeso, Ptolomeo³⁶, el general de Antígono al que le había confiado sus tropas, tras enemistarse con el rey, porque no se sentía estimado en lo que él valía³⁷, traicionó a Antígono y firmó una alianza con Casandro. Tras haber dejado a Fénix³⁸, uno de sus más leales amigos, como gobernante de la satrapía de Frigia Helespónica, le envió unos soldados, pidiéndole que vigilara las guarniciones y las ciudades y que no obedeciera a Antígono.

[3] Como los dinastas habían acordado en común que liberarían las ciudades griegas³⁹, Ptolomeo, el rey de Egipto, acusó a Antígono de haber ocupado algunas de las ciudades con guarniciones [4] y se preparó para la guerra. Y en efecto, Ptolomeo, enviando su ejército al mando del general Leónidas⁴⁰, se hizo con las poblaciones de Cilicia Traquea que obraban en poder de Antígono y mandó emisarios a aquellas que estaban en manos de Casandro y Lisímaco, pidiéndoles que le ayudaran y que impidieran que Antígono se hiciera excesivamente poderoso. Antígono [5] envió a Filipo, el más joven de sus hijos, al Helesponto, para que luchara con Fénix y

con los rebeldes, y a Demetrio a Cilicia, que, mediante una vigorosa campaña, consiguió recuperar la satrapía y sus ciudades y derrotar a los generales de Ptolomeo.

Entretanto, Poliperconte, que estaba a la expectativa en el [20] Peloponeso⁴¹ y se había enemistado con Casandro (pues acariciaba desde hacía largo tiempo la posibilidad de hacerse con el poder en Macedonia), mandó llamar a Heracles, el hijo de Barsine⁴² y de Alejandro Magno que ya había alcanzado la edad de diecisiete años⁴³, desde Pérgamo, donde había sido criado. Poliperconte [2] se puso en contacto con sus propios amigos, que estaban en todas partes, y con aquellos que tenían cuentas pendientes con Casandro, y les pidió que devolvieran al joven al poder real de su padre. Escribió también a los etolios, pidiéndoles [3] que les dejaran el paso libre y que juntaran fuerzas con ellos, prometiéndoles que les daría muchas mercedes, si ayudaban al joven a instalarse en el poder real. Como los asuntos salían a su gusto, ya que los etolios estaban de acuerdo y muchos otros veían con buenos ojos la presencia de un nuevo rey, consiguieron reunir en total a más de veinte mil soldados de infantería y [4] no menos de mil jinetes. Mientras Poliperconte, en sus preparativos de guerra, reunía dinero, contactando con todos sus aliados en Macedonia y rogándoles que colaboraran⁴⁴.

[21] Ptolomeo, que dominaba las ciudades de Chipre, en cuanto se enteró por terceros de que Nicocles⁴⁵, el rey de Pafos, se había aliado por su cuenta y riesgo y de manera secreta con Antígono, envió a Argeo y a Calicrates⁴⁶, sus hombres de confianza, ordenándoles que mataran a Nicocles, ya que él estaba cuidándose mucho de que ninguno de los demás reyes se cambiara de bando, en cuanto se dieran cuenta de que los que anteriormente habían hecho defección quedaban impunes. Estos navegaron hacia la isla, llevando consigo soldados de parte del general Menelao⁴⁷, y rodearon la casa de Nicocles. Le informaron de la decisión del rey y le ordenaron que él mismo se quitara la vida. [2] Él, al principio, intentó defenderse de las acusaciones, pero como nadie le hacía caso, se suicidó. Axiotea, la mujer de Nicocles, en cuanto se enteró de la muerte de su marido, asesinó a sus propias hijas, que eran aún impúberes, para que ninguno de

sus enemigos pudiera tomar posesión de ellas; y a las esposas de los hermanos de Nicocles les instó a que la acompañaran a la hora de su muerte, aunque Ptolomeo no había dispuesto nada en contra de las mujeres, sino que más bien pretendía salvarlas. [3] Viendo el reino hundido en una desgracia, de manera inesperada, y en la muerte, los hermanos de Nicocles cerraron las puertas de sus casas, les prendieron fuego y acabaron con su propia vida. Así acabó la casa de los reyes de Pafos, desbordada por circunstancias tan trágicas, de la manera descrita.

Nosotros, una vez que hemos seguido hasta el final los acontecimientos de Chipre, cambiaremos el curso de nuestra narración hacia los siguientes acontecimientos.

Al mismo tiempo, en el Ponto, a la muerte de Parisades⁴⁸, el [22] rey de los cimerios en el Bósforo, sus hijos, Eumelo, Sátiro y Prítanis, se enzarzaron entre ellos en una guerra de sucesión. Sátiro, el mayor de ellos, había sido designado como heredero [2] por su padre, que fue rey durante treinta y ocho años. Pero Eumelo contaba con el apoyo de algunas tribus bárbaras de las regiones vecinas y, como había reunido un gran ejército, reclamó el trono para sí. Al enterarse, Sátiro se dirigió inmediatamente [3] contra él con un considerable ejército y tras cruzar el río Tates⁴⁹, cuando ya estaba cerca de los enemigos, rodeó su campamento con los carruajes en los que había transportado abundantes provisiones y se puso en la posición central de la falange, tal como acostumbran los escitas. Luchaban con él no más [4] de dos mil mercenarios griegos y la misma cantidad de tracios. El resto eran todos aliados escitas, más de veinte mil soldados de infantería y no menos de diez mil de caballería. Luchaba, sin embargo, con Eumelo Arifarnes, el rey de los siracos⁵⁰, con veinte mil jinetes y veintidós mil soldados de infantería. En la [5] encarnizada lucha que se produjo, Sátiro, que tenía a su lado soldados escogidos de caballería, cargó contra su hermano, que estaba situado en el centro de la formación y tras un gran número de muertes por ambos bandos, finalmente forzó al rey [6] de los bárbaros a salir en desbandada. Al principio siguió avanzando, matando a todo el que se le interponía, pero poco después, cuando se enteró de que su hermano Eumelo estaba

ganando en el ala derecha y de que sus propios mercenarios se habían dado a la fuga, abandonó la persecución y acudió en ayuda de los que estaban resultando derrotados, y por segunda vez puso en fuga al ejército enemigo, de tal forma que quedó claro a todos que no solo por su linaje, sino también por su valor merecía heredar el trono paterno.

[23] Arifarnes y Eumelo, derrotados, emprendieron la huida a la capital del reino del primero. Esta se encontraba a orillas del río Tates, que discurre rodeándola con sus profundas aguas, lo que la convertía en inexpugnable. También estaba protegida por altos riscos y una densa maleza; y la ciudad solo tenía dos entradas artificiales, de las cuales una estaba dentro del palacio real, defendida con altas torres y murallas, y la otra se encontraba en la parte opuesta en una marisma, guarnecida con empalizadas de madera sostenidas con pilares a intervalos entre casas construidas sobre las aguas. Como el terreno era, pues, dificultoso, al principio Sátiro saqueó la región de sus enemigos y prendió fuego a las aldeas, de las que obtuvo un gran [2] botín y cuya población tomó como prisionera. Pero después, al intentar forzar su paso por las entradas, perdió a muchos de sus soldados en sus ataques contra las murallas y las torres, pero logró pasar por la marisma y se hizo con las barricadas de madera. [3] Después de destruirlas y cruzar el río, empezó a cortar el bosque a través del que era necesario pasar para llegar hasta el palacio. Tras realizar esto con energía, el rey Arifarnes, angustiado por la posibilidad de que capturaran por la fuerza la ciudadela, luchó denodadamente ya que su salvación dependía [4] solo de su victoria. Puso arqueros a ambos lados de la entrada, que fácilmente aniquilaron a los hombres que estaban limpiando el bosque, ya que por la frondosidad de los árboles no podían advertir a tiempo ni las flechas ni protegerse de los que estaban disparándolas. Pero en tres días, los hombres de Sátiro [5] consiguieron talar el bosque, abriéndose camino con decidido esfuerzo. Al cuarto día ya estaban cerca de la muralla, a pesar de la lluvia de proyectiles y la dificultad del terreno, pero llegaron tras sufrir muchas pérdidas. Menisco, el comandante de [6] los mercenarios, un hombre de superior arrojo e inteligencia, que había conseguido abrirse paso por la muralla luchando valerosamente con los suyos, se vio forzado

a la retirada cuando recibió el ataque de una tropa superior. Sátiro, al verlo en peligro, [7] acudió raudo en su auxilio, pero mientras estaba defendiéndose del ataque enemigo fue alcanzado con una lanza en el brazo y alejándose malherido volvió al campamento y expiró esa noche, tras haber reinado tan solo nueve meses tras la muerte de su padre, Parisades. Menisco, el comandante de los [8] mercenarios, levantó el asedio y condujo su ejército de nuevo a la ciudad de Gargaza, desde donde trasladó el cuerpo del rey en barca por el río hasta Panticapeo⁵¹, para entregarlo a su hermano Prítanis.

Este, tras celebrar de manera esplendorosa el funeral y depositar [24] el cuerpo en el mausoleo real, rápidamente se dirigió a Gargaza y se hizo cargo a la vez del reino y del ejército. Cuando Eumelo trató de negociar con él mediante embajadas una partición del reino, Prítanis se negó y dejando una guarnición en Gargaza volvió a Panticapeo para apropiarse del trono. En ese momento Eumelo, con el apoyo de los bárbaros, tomó Gargaza y no pocas de las otras regiones y poblaciones. Cuando Prítanis [2] entró en liza en el campo de batalla, Eumelo venció a su hermano y, tras aislarlo en el istmo cercano al lago Meótide⁵², le obligó a firmar un acuerdo según el cual le haría entrega de los soldados y se alejaría de la región. Pero Prítanis, en cuanto llegó a Panticapeo, donde siempre estuvo la capital del reino del Bósforo, intentó hacerse de nuevo con el poder, pero fue derrotado de nuevo y huyó a la región llamada «Jardines⁵³», donde lo [3] mataron. Eumelo, tras la muerte de sus hermanos, queriendo asegurar su reino, ejecutó a todos los amigos de Sátiro y Prítanis e incluso a sus mujeres e hijos. Solo se le escapó el hijo de Sátiro, Parisades, que era muy joven. De hecho, este huyó a caballo de la ciudad y se refugió en la casa de Ágaro⁵⁴, el rey [4] de los escitas. Como los ciudadanos estaban enfadados por la muerte de sus familiares, convocó una asamblea plenaria en la que defendió sus acciones y restauró la constitución tradicional. Incluso concedió la exención de impuestos que les había correspondido a los que habían vivido en Panticapeo con sus progenitores. También prometió que revocaría todas las contribuciones [5] y dijo otras muchas cosas para contentar al pueblo. Rápidamente volvieron a mostrarse benévolos como

antes, gracias a esas promesas, y así gobernó el resto del tiempo como rey, aunque respetando la constitución, ganándose en no poco la admiración de todos por su virtud.

Eumelo siguió manteniendo unas buenas relaciones con Bizancio, [25] Sinope y el resto de las colonias griegas del Ponto, y cuando Callantia fue asediada por Lisímaco y ya se sentían apremiados por la falta de alimentos de primera necesidad⁵⁵, acogió a los que habían huido de la hambruna. A estos no solo les ofreció cobijo en su huida, sino que también les dio una nueva ciudad para vivir y un lote de tierra en una región llamada Psoancaetice⁵⁶. Como favor a aquellos que navegaban el [2] Ponto hizo la guerra contra aquellos bárbaros eníocos y del Tauro e incluso aqueos que tenían la costumbre de saquear la región, y de esta forma consiguió limpiar los mares no solo en su reino, sino también en casi todo el mundo conocido, ya que los mercaderes propagaban la fama de su grandeza, y recibió el más grato premio a su generosidad: la admiración. Se hizo también [3] con gran parte de la región bárbara circundante, construyendo un reino que era de lejos el más impresionante. Se había dispuesto a dominar por completo a todos los pueblos del Ponto y rápidamente habría conseguido su propósito, si su vida no hubiera llegado a su fin tan repentinamente; pues tras un reinado de cinco años e igual número de meses, murió en un extraño accidente. Estaba de vuelta a casa desde Sindice⁵⁷ y regresaba a [4] su palacio, a toda prisa para un sacrificio, montado sobre un carro de cuatro caballos con cuatro ruedas y un dosel. Ocurrió que los caballos se encabritaron y se llevaron el carro con ellos y, como el auriga no podía manejar las riendas, el rey intentó saltar por miedo a que se precipitasen por los barrancos, pero quedó enganchada su espada en la rueda y arrastrado por la marcha del carro murió en el acto.

[26] Circulan profecías acerca de la muerte de los hermanos Eumelo y Sátiro un poco estúpidas, pero en las que creen los lugareños. Pues dicen que a Sátiro el dios le aconsejó que se guardara del ratón, no fuera que le provocara la muerte. Por ello, a ningún esclavo ni libre de los que estaban a su servicio se les permitía tener ese nombre. Después, tenía terror de los ratones que se encontraban en las casas y en los campos

y siempre ordenaba a sus servidores que los mataran y que taparan sus madrigueras. Pero aunque hizo absolutamente todo lo posible para poder evitar su destino, acabó su vida a consecuencia de una [2] herida en el brazo a través del músculo⁵⁸. En el caso de Eumelo, su vaticinio era que debía cuidarse de la casa que está en movimiento. En consecuencia, de nuevo él no entraba en ninguna casa antes de que sus sirvientes hubieran comprobado que los cimientos y el techo estaban en condiciones. Pero todo el mundo comprendió que se había cumplido la profecía cuando murió a causa de un carro de cuatro caballos con dosel.

Ya es bastante con lo que hemos tratado del Bósforo.

[3] En Italia⁵⁹, los cónsules romanos al frente del ejército obtuvieron una victoria contra los samnitas en una batalla librada en la región llamada Talio⁶⁰. Al caer la noche, los derrotados se refugiaron en la llamada montaña sagrada y los romanos se retiraron a su propio campamento, pero al día siguiente de nuevo reanudaron la guerra, aniquilaron a muchos de los samnitas y capturaron a más de dos mil doscientos prisioneros. Después de [4] que los romanos lograran estas victorias, ya fue más fácil para los cónsules hacerse con la mayor parte de los campos y de las ciudades que se les oponían. Tras un breve asedio conquistaron Cataracta y Ceraunilia⁶¹, impusieron guarniciones allí, pero a otras poblaciones las convencieron para que se entregaran.

Durante el arcontado de Demetrio de Falero, en Atenas, fueron [27] cónsules en Roma Quinto Fabio, por segunda vez, y Gayo Marcio⁶². En ese año, Ptolomeo, el rey de Egipto, al enterarse de que sus propios generales habían perdido las ciudades de Cilicia, se dirigió en persona con un ejército a Faselis⁶³ y la sometió a asedio. Después, pasando a Licia, tomó por la fuerza Janto⁶⁴, que estaba defendida por una guarnición de Antígono. Después [2] navegó a Cauno y tomó la ciudad y, tras invadir con violencia la acrópolis con sus guarniciones, penetró en el Heracleo y logró hacerse con el Pérsico ya que los soldados se lo entregaron⁶⁵. [3] Después de esto navegó hasta Cos y mandó llamar a Ptolomeo, que, aunque era sobrino de Antígono y se le había confiado un

ejército, había traicionado a su tío y quería colaborar con Ptolomeo. Al principio, nada más llegar a Cos desde Calcis, Ptolomeo lo recibió amistosamente, pero viendo que era un presuntuoso que pretendía ganarse a los generales con sus tratos y sus regalos, y temiendo que fuera a organizar alguna revuelta, se adelantó, lo capturó y lo obligó a beber cicuta. A los soldados de este, tras haberlos convencido con promesas, los integró entre sus propios soldados.

[28] En esa misma época, Poliperconte, que había reunido un ejército poderoso, se propuso devolver a Heracles, el hijo de Barsine y Alejandro, el trono paterno, pero mientras estaba acampado en la región conocida como Estinfeo⁶⁶, Casandro apareció con su ejército. No estando lejos los campamentos el uno del otro y como los macedonios veían con buenos ojos la restauración de la monarquía, Casandro envió una embajada a Poliperconte, temeroso de que los macedonios, por la volubilidad [2] de su carácter, se pasaran al bando de Heracles. Así, intentó demostrar en lo atinente al rey que, si se producía la vuelta del monarca, haría lo que los demás le ordenaran, pero que si colaboraba con él y mataban enseguida al joven, recuperaría los honores que previamente se le habían otorgado en Macedonia: sería general en el Peloponeso al mando de un ejército, y compañero de Casandro en todas las tareas de gobierno, ya que lo honraría debidamente. Casandro convenció a Poliperconte con sus numerosas y grandes promesas, y tras llegar a un acuerdo en [3] secreto, este se dispuso a matar dolosamente al rey⁶⁷. Poliperconte, tras matar al joven y mostrar claramente su colaboración con Casandro, recuperó su puesto en Macedonia y, según lo acordado, tomó cuatro mil soldados de infantería y quinientos jinetes tesalios. Aceptando a aquellos que también quisieran [4] enrolarse, avanzó por Beocia hasta el Peloponeso, pero ante la resistencia de los beocios y los peloponesios se dio la vuelta y se dirigió a la Lócride y allí pasó el invierno⁶⁸.

Al mismo tiempo que estos acontecimientos, Lisímaco fundó [29] en el Quersoneso tracio una ciudad que bautizó con su propio nombre, Lisimaquea⁶⁹. El rey lacedemonio Cleomenes murió tras un reinado de sesenta años y diez

meses⁷⁰, y Areo, su sucesor, que era nieto de Cleomenes e hijo de Acrotato, reinó durante cuarenta y cuatro años.

En ese preciso momento, Amílcar⁷¹, el general que tenía a [2] su cargo las fuerzas en Sicilia tras conquistar el resto de las regiones, avanzó con su ejército hasta Siracusa, para apoderarse de esa ciudad por la fuerza. Impidió la entrada de grano en la [3] ciudad, pues durante mucho tiempo había controlado los mares, y tras arruinar las cosechas del campo decidió capturar la región conocida como Olimpico⁷², que se encontraba delante de la ciudad. Apenas llegó, se decidió a atacar por sorpresa las murallas, ya que un adivino en la inspección de las entrañas de las víctimas le había dicho que, sin lugar a dudas, cenaría en Siracusa al [4] día siguiente. Los de la ciudad, al enterarse de las intenciones del enemigo, enviaron por la noche alrededor de tres mil soldados de infantería y unos cuatrocientos de caballería, con la orden [5] de ocupar Eurialo⁷³. Tras cumplir rápidamente sus órdenes, los cartagineses avanzaron por la noche, creyendo que pasarían inadvertidos ante los enemigos. Estaba al frente Amílcar en una posición destacada, teniendo a su lado a su guardia personal, y lo seguía Dinócrates⁷⁴, que había sido puesto como comandante [6] de la caballería. Dividió el ejército de infantería en dos falanges, una formada por bárbaros, y otra, por sus aliados griegos. Le seguía una masa de populacho fuera de la formación, por ver si había botín. Estos, que sin ofrecer ningún tipo de colaboración a las tropas hacen tal ruido y tal confusa sinrazón, son los [7] que originan los más graves y extremados peligros. En esa ocasión, como los caminos eran estrechos y empinados, los que llevaban la impedimenta y algunos de los que iban siguiendo el ejército fuera de la formación se amontonaron los unos con los otros, intentando pasar primero. Como la muchedumbre estaba hacinada, surgieron peleas, y dado que fueron muchos los que acudieron en ayuda de uno y otro bando, el ejército se vio sumido en tumulto y en una gran confusión.

[8] Entretanto los siracusanos, que habían ocupado Eurialo, en cuanto se enteraron de que los enemigos avanzaban entre un gran alboroto, mientras que ellos ocupaban posiciones muy favorables, se lanzaron contra ellos. Algunos de los que

estaban [9] en las alturas asetearon a los que iban subiendo; otros, aprovechándose de la ventaja de la posición que ocupaban, cerraron el paso a los bárbaros; otros obligaron a los que huían a abalanzarse desde los riscos. Por la oscuridad y por la ignorancia pensaban que los siracusanos habían llegado con un gran ejército para defenderse. Y los cartagineses emprendieron la huida, sintiéndose [10] sobrepasados por la confusión que reinaba en sus propias filas y por la presencia de los enemigos, pero sobre todo porque ellos desconocían el lugar y estaban atrapados en las angosturas del paso. Pero como no había ningún paso ancho en ese lugar, algunos cayeron bajo los cascos de sus propios caballos, que eran muchos; otros empezaron a luchar los unos contra los otros, como si fueran enemigos, ya que no se podía saber nada porque era de noche. Amílcar, al principio, se enfrentó a [11] los enemigos resueltamente y pidió a los que estaban puestos a su lado que afrontaran el peligro con él. Pero después, a causa de la confusión y del miedo, fueron muchos los soldados que lo abandonaron, y una vez solo, cayó en manos de los siracusanos.

Con razón uno podría destacar la volubilidad de la fortuna y [30] la extraña manera en que los planes de los hombres acaban contra lo esperado. Pues Agatocles, que sobresalía por su valentía y poseía un gran ejército, no solo fue derrotado por los bárbaros en la batalla de Hímera, sino que también perdió la mayor parte y la más poderosa de su ejército⁷⁵. Sin embargo, después, tras dejar tropas de guarnición en Siracusa, saliendo con una pequeña parte de sus tropas que habían sido anteriormente derrotadas, no solo se impuso al ejército cartaginés que lo asediaba, sino que incluso hizo prisionero al general Amílcar, el más importante de los ciudadanos; y lo que es más admirable, un pequeño número de enemigos, ayudados por su astucia y la ventaja de su posición, derrotaron a ciento veinte mil soldados de infantería y cinco mil soldados de caballería. Esto hace que sea verdad el dicho de que hay muchas falsas señales en la guerra.

[2] Algunos de los cartagineses, tras salir huyendo, se dispersaron por distintos lugares y con dificultad lograron reunirse al día siguiente; mientras que los siracusanos,

volviendo a la ciudad con mucho botín, hicieron entrega de Amílcar para que le impusieran el castigo que quisieran. Se acordó Amílcar entonces de las palabras del adivino, que le había dicho que él cenaría al día siguiente en Siracusa; y la divinidad había dicho la verdad. [3] Los familiares de los fallecidos, tras llevar a Amílcar por la ciudad e infligirle terribles castigos, lo asesinaron con saña. Los representantes de la ciudad le cortaron la cabeza y se la mandaron junto con mensajeros a Libia, para que anunciaran a Agatocles esta buena noticia.

[31] Después del desastre que había sucedido, cuando el ejército cartaginés se enteró de la causa de sus desgracias apenas pudo recuperarse de la impresión. Estaban sin un líder al mando, separados [2] los griegos de los bárbaros. Los exiliados, de acuerdo con el resto de los griegos, eligieron a Dinócrates como general; mientras que los cartagineses cedieron el poder a los que estaban segundos al mando tras el general.

En ese momento, los de Agrigento, viendo que la ocasión era propicia para una nueva campaña, intentaron hacerse con el [3] poder en toda la isla. Pensaron que los cartagineses apenas podrían ser rivales dignos de Agatocles en la guerra; que Dinócrates sería un contendiente fácil, ya que había reunido un ejército de exiliados; que los siracusanos, acuciados por el hambre, no se atreverían a replicarles en sus intentos por conquistar la hegemonía; y lo más importante, que si ellos empezaban la guerra para liberar las ciudades, todos los seguirían por el odio que sentían por los bárbaros y por el innato deseo de autogobierno que tenían. Así, tras elegir a Jenódico⁷⁶ como su general y dotarle [4] con un ejército considerable, lo enviaron a hacer la guerra. Presentándose por sorpresa en Gela e introduciéndose en la ciudad por la noche gracias a sus propios amigos, este general se hizo con la ciudad a la vez que con una gran cantidad de dinero y soldados. Tras liberar a los de Gela, estos de buena gana se [5] unieron a la empresa de independizar las ciudades. Ayudaron en este intento también los de Agrigento y se propagó por toda la isla el movimiento revolucionario de liberación. Los de Enna fueron los primeros que, acudiendo a los acragantinos,

les hicieron entrega de la ciudad. Ellos, tras lograr la independencia de la ciudad, continuaron hasta Erbeso⁷⁷, aunque una guarnición vigilaba la ciudad. Se produjo una lucha encarnizada, en la que muchos ciudadanos colaboraron con los acragantinos hasta que finalmente se consiguió capturar la guarnición. Murieron muchos bárbaros, mas quinientos de ellos depusieron sus armas y se entregaron.

Mientras los de Agrigento estaban enzarzados en esta lucha, [32] algunos de los soldados que Agatocles había acuartelado en Siracusa, tras capturar Equetla⁷⁸, asediaron Leontino y Carmarina. Las ciudades sufrían terriblemente por el saqueo y la [2] destrucción de todas sus cosechas, por lo que Jenódico invadió la región y liberó a los leontinos y a los camarinos de la guerra, y tras tomar por asedio la ciudad amurallada de Equetla, reinstauró la democracia a los ciudadanos, acto que puso en guardia a los siracusanos. En general, a medida que iba avanzando, liberaba a las guarniciones y a las ciudades del dominio cartaginés. [3] Al mismo tiempo, los siracusanos, que estaban acuciados por el hambre, al enterarse de que estaban a punto de zarpar rumbo a Siracusa naves cargadas de trigo, flotaron veinte trirremes, y tras acechar a los bárbaros donde ellos tenían la costumbre de fondear, zarparon pasando inadvertidos y se pusieron en marcha hacia Mégara⁷⁹, vigilando la entrada de [4] los comerciantes. Después de esto, los cartagineses navegaron con treinta naves contra ellos y al principio se enzarzaron en una batalla naval, pero rápidamente fueron expulsados a tierra [5] firme y lograron llegar a un templo de Hera. Se produjo entonces una batalla por las embarcaciones: los cartagineses lanzaban ganchos de hierro y las arrastraban violentamente desde tierra firme y así capturaron diez trirremes⁸⁰, pero se salvaron algunas de las demás, gracias a los que habían acudido en ayuda de las ciudades.

Y eso es lo que ocurrió en Sicilia en ese momento.

[33] En Libia, después de que llegaran al puerto aquellos que portaban la cabeza de Amílcar, Agatocles la tomó y fue cabalgando cerca del campamento enemigo a una voz de distancia, blandiendo la cabeza ante los enemigos para

demostrarles la derrota [2] de sus ejércitos. Los cartagineses se encontraron terriblemente dolidos y arrodillándose a la manera bárbara lamentaron como una desgracia propia la muerte de su rey, y cayeron en desánimo en lo que se refiere a la guerra. Los hombres de Agatocles, que ya estaban animados por sus victorias en África, ante tal triunfo se mostraron ufanos, albergando grandes esperanzas como si se sintieran liberados de un gran peligro. La fortuna, sin embargo, [3] no permite que el triunfo permanezca siempre del mismo lado, sino que fueron sus propios soldados los que causaron a su general los mayores peligros. En efecto, Licisco, uno de los que estaba en los puestos de mando, fue invitado a cenar por Agatocles y borracho empezó a insultar al general. Agatocles, que [4] apreciaba a ese hombre por sus servicios en la guerra, no se tomó en serio lo que se había dicho con amargura y replicó con una broma; pero su hijo Arcagato, enfadado, le recriminó su actitud a Licisco y profirió amenazas contra él. Al finalizar el [5] banquete, cuando todos estaban de vuelta a sus tiendas de campaña, Licisco le echó en cara a Arcagato su adulterio con su madrastra. Al parecer mantenía, sin que se enterara su padre, una relación con Alcía, pues ese era el nombre de esa mujer. Arcagato, lleno de furia, cogió una lanza de uno de los guardias [6] de cámara y se la hincó a Licisco en las costillas. Este murió al instante y fue llevado a su propia tienda por los que estaban a su servicio. Al día siguiente aparecieron los amigos del difunto y muchos otros soldados se indignaron por lo que había pasado y desbordaron el campamento con sus protestas. Muchos de los [7] que habían sido colocados en los puestos de mando, al ser acusados y temiendo por su propia vida, aprovecharon la ocasión para provocar una considerable revuelta. Finalmente, el ejército envalentonado acudió a las armas para castigar al asesino, ya que la masa era de la opinión de que se debía ejecutar a Arcagato, y si Agatocles no quería entregar a su hijo, que él mismo sufriera ese castigo. También reclamaron el salario que se les [8] debía y eligieron nuevos generales al mando del ejército y, al final, algunos tomaron las murallas de Túnez y rodearon a los dinastas con guardias por todas partes.

[34] Los cartagineses, sabedores de la confusión que reinaba entre las filas enemigas, enviaron a algunos hombres

para pedirles que se cambiaran de bando y les prometieron que les darían un mejor sueldo y regalos de mayor cuantía⁸¹. Muchos de los generales, de hecho, amagaron con llevar sus tropas al bando [2] contrario. Pero Agatocles, viendo que su salvación pendía de un hilo y temiendo que, si era entregado a los enemigos, acabaría su vida con gran violencia, decidió que si era necesario sufrir la muerte, era mejor que fuera a manos de sus soldados. [3] Por ello, quitándose la púrpura y poniéndose una ropa común y de pobre, se puso en medio. Hubo un silencio causado por la sorpresa y muchos acudieron a la carrera, y entonces él soltó un discurso apropiado para la ocasión. Tras recordar sus gestas pasadas, afirmó que estaba dispuesto a morir, si eso era lo que [4] les parecía más conveniente a sus camaradas, y que jamás él, llevado por la cobardía, se permitiría el sufrir cualquier vejación por el deseo de vivir; y tras mostrar que ellos mismos eran testigos de esto, sacó a relucir su espada, como si fuera a suicidarse. Cuando estaba a punto de matarse, el ejército gritó que parara y se alzaron voces que le exculpaban de las acusaciones. [5] A petición popular, que insistía en que se vistiera con el traje real, se puso de nuevo el traje propio de su rango, mostrando con lágrimas su agradecimiento a su pueblo, mientras este respondía con un choque de armas. Como los cartagineses esperaban que, de un momento a otro, los griegos se pasarían a su bando, Agatocles, sin desaprovechar esta ocasión, marchó [6] contra ellos con su ejército. Los bárbaros, creyendo que sus enemigos se pasaban a su campo, ignoraban lo que de verdad había pasado. Pero en cuanto Agatocles estuvo cerca de ellos, repentinamente dio la señal de luchar e hizo una escabechina. Los cartagineses, impresionados ante esa inesperada desgracia, tras perder a muchos soldados, se volvieron al campamento. Agatocles, que había llegado a correr los más extremados [7] riesgos por su hijo, por su virtud no solo encontró una solución a sus males, sino que derrotó a sus enemigos. Sin embargo, los máximos responsables de la rebelión y aquellos hostiles al dinasta, que eran más de doscientos, tuvieron el coraje de pasarse al bando cartaginés.

Nosotros hemos acabado aquí con nuestro relato de los eventos de Libia y Sicilia⁸² y ahora pasaremos a lo que ocurrió

en Italia.

Mientras, los etruscos estaban llevando la guerra a Sutrium⁸³, [35] una colonia romana, los cónsules acudieron en ayuda con poderosos ejércitos y vencieron en batalla a los etruscos y los persiguieron hasta el campamento. Pero los samnitas, al mismo [2] tiempo, como el ejército romano llevaba largo tiempo lejos, iban saqueando impunemente la región de los yápiges, aliados de los romanos. Por ello los cónsules se vieron obligados a dividir el ejército: Fabio permaneció en Etruria y Marcio⁸⁴ marchó contra los samnitas, tomó la ciudad de Allifae⁸⁵ por la fuerza [3] y liberó a los aliados que estaban acuciados por el peligro. Fabio, mientras que los etruscos se congregaban a toda prisa en gran número para hacer una expedición contra Sutrium, sin que se enteraran sus enemigos, fue por el territorio vecino, atacando la región superior de Etruria que durante mucho tiempo había [4] permanecido a salvo. En un ataque inesperado arrasó con la mayor parte de la región, mató a algunos de los que acudieron en su defensa, y no fueron pocos a los que capturaron vivos. Después, venció a los etruscos en una segunda batalla en las inmediaciones de Perugia⁸⁶, provocando una gran conmoción con una gran matanza, ya que era el primer romano que se había [5] aventurado con un ejército por esos territorios. Y no solo firmó un pacto con los de Arretio⁸⁷ y Crotona⁸⁸, sino también con los de Perugia. Y tras tomar en asedio una ciudad llamada Castola⁸⁹, obligó a los etruscos a retirar las tropas que estaban asediando Sutrium.

[36] En la ciudad de Roma, en ese mismo año, se eligieron a los censores y uno de ellos, Apio Claudio⁹⁰, que tenía bajo su influencia a Lucio Plautio⁹¹, su colega en el poder, modificó muchas de las leyes ancestrales. Al intentar congraciarse con el pueblo, no mostraba ninguna estima por el Senado. Primero llevó el agua con el llamado acueducto de Apio⁹² desde una distancia de ochenta estadios⁹³ hasta Roma e invirtió mucho del presupuesto público en esa empresa sin la aprobación del Senado. Después de esto, construyó con una clase de piedra resistente la [2] mayor parte de la Vía Apia — llamada así por él— desde Roma hasta Capua⁹⁴, cubriendo

una distancia de más de mil estadios⁹⁵, excavando por lugares elevados, y nivelando barrancos y valles con considerable material de relleno; y se gastó todos los ingresos del Estado, pero dejó un recuerdo inmortal de su persona, pues albergaba unas ambiciones que beneficiaban al pueblo. También varió la composición del Senado, incluyendo en lista [3] no solo a los nobles de rancio abolengo, como era costumbre, sino también a muchos descendientes de libertos. Por esta razón, se atrajo el odio de aquellos que se vanagloriaban de su noble cuna. También otorgó a los ciudadanos el derecho de inscribirse [4] en cualquier tribu que quisieran y ser censados donde ellos prefiriesen. En suma, viendo que la clase alta albergaba un odio contra él, intentó no provocar a los demás ciudadanos, buscando la aprobación del pueblo para contrarrestar el odio de la clase pudiente. En la revisión de la clase de los caballeros⁹⁶ no le requisó [5] a ninguno su caballo, y en la confección de la lista de los senadores no expulsó a ninguno que fuera indigno, como era la costumbre que hicieran los censores. Algunos de los senadores, por odio y por el deseo de ganarse a la clase pudiente, reunieron a los miembros del Senado, no en la manera en la que Apio la había diseñado, sino tal como la habían dejado los anteriores censores. [6] Pero el pueblo, oponiéndose a ellos, en apoyo a Apio y con el deseo de presionar para que avanzara su clase, eligieron para el cargo de edil, en uno de los puestos más destacados, al hijo de un liberto, Cneo Flavio, que fue el primer romano cuyo padre había sido esclavo y que ostentó este cargo⁹⁷. Apio, en cuanto concluyó su mandato y como precaución ante el odio que había suscitado en el Senado, fingió que estaba ciego y se refugió en casa.

[37] Durante el arcontado de Carino en Atenas, en Roma fueron cónsules Publio Decio y Quinto Fabio, y en Elis se celebraron las Olimpiadas en su centésima octogésima edición, proclamándose vencedor en la carrera Apolonides de Tegea⁹⁸. En ese año, Ptolomeo, navegando por las islas desde Mindos⁹⁹ con una impresionante flota, en su periplo liberó Andros y expulsó a la guarnición. Pasando al istmo, tomó las ciudades de Sición y Corinto, que estaban en manos de Cratesípolis. Las razones por las cuales la regencia sobre esas

ciudades se hizo notable, ya quedaron claras en los libros anteriores, por lo que nos abstendremos [2] de hablar de lo mismo¹⁰⁰. Entonces Ptolomeo estaba dispuesto a lograr la independencia del resto de las ciudades griegas, considerando que mostrarse benevolente con los griegos sería de mucho provecho para sus propios designios. Pero los peloponesios, aunque habían acordado contribuir con dinero y alimentos, no lo hicieron al final, y el rey, enfadado, firmó la paz con Casandro, en la que se estipulaba que cada uno sería señor de las ciudades que ahora tenían; y tras haber pertrechado la ciudad de Sición y Corinto con una guarnición, se volvió a Egipto.

Al mismo tiempo que esto ocurría, Cleopatra se había enfadado [3] con Antígono y había decidido probar suerte al lado de Ptolomeo y partió de Sardes para reunirse con él. Era esta la hermana de Alejandro, el que había conquistado Persia, la hija de Filipo, hijo de Amintas; y había sido la esposa del otro Alejandro, que había hecho una expedición contra Italia. Por la [4] dignidad de su linaje no solo Casandro y Lisímaco, sino también Antígono y Ptolomeo y prácticamente todos los que, tras la muerte de Alejandro, eran destacados generales la cortejaron como pretendientes. Pues cada uno de ellos, con la esperanza de que los macedonios la seguirían, tras celebrarse ese matrimonio, buscaba entroncarse con la casa real para que el poder supremo recayera en ellos. El gobernador de Sardes obedeció [5] las órdenes dadas por Antígono de retener a Cleopatra y le impidió su salida. Después, ante una nueva orden, procuró su muerte con ayuda de ciertas mujeres. Antígono, que no quería [6] que se dijera que él había sido el responsable de este asesinato, castigó a algunas de las mujeres, como si hubieran hecho un complot contra ella, y procuró que el funeral se hiciera con honores de reina. Así, Cleopatra, que se había convertido en una pieza codiciada por todos los más destacados generales, tuvo este desdichado final antes de que se celebrara ningún matrimonio.

Nosotros, que ya hemos acabado con los hechos de Asia y [7] Grecia, vamos a pasar a otra de las regiones del mundo conocido¹⁰¹.

[38] En Libia¹⁰², cuando los cartagineses enviaron el ejército para someter a los nómadas que habían desollado, Agatocles dejó a su hijo Arcagato en Túnez con una parte del ejército, y él mismo, tomando unos ocho mil soldados de infantería de entre los más aguerridos, ochocientos caballeros y cincuenta carruajes libios, salió rápidamente en persecución de sus enemigos. [2] Los cartagineses, al presentarse ante unos nómadas que se llamaban zufones¹⁰³, se atraieron a muchos de los locales y consiguieron que algunos traicionaran a sus antiguos aliados. Cuando escucharon que se encontraban cerca algunos de los enemigos, acamparon en un cierto cerro que estaba rodeado de profundos [3] ríos difíciles de vadear. Aprovecharon estas corrientes para defenderse de los imprevistos ataques de sus enemigos, pero a los más resueltos de los nómadas les dijeron que siguieran a los griegos y que los molestaran e impidieran su avance. En cuanto hubieron cumplido la orden, Agatocles envió contra ellos a los honderos y los arqueros y él mismo, con el resto del [4] ejército, avanzó contra el campamento de sus enemigos. Los cartagineses, en cuanto se dieron cuenta de sus planes, sacaron a su ejército del campamento y se prepararon para el combate. Cuando vieron que Agatocles y sus hombres ya estaban vadeando el río, atacaron en formación y mataron a muchos de sus [5] enemigos en la corriente, que era difícil de cruzar. Los hombres de Agatocles atacaban con saña, y aunque los griegos eran superiores en valor, los bárbaros eran superiores en número. Entonces se produjo una contienda larga y encarnizada, en la que los nómadas de ambos bandos abandonaron la lucha y esperaron el resultado final de la contienda con la intención de saquear las riquezas del que saliera derrotado. Agatocles, al tener [6] a los mejores a su lado, al principio se impuso sobre sus oponentes y al batirse ellos en retirada, obligó al resto de los bárbaros a huir. De la caballería, solo los griegos que, al mando de Clinón, estaban aliados a los cartagineses resistieron la dura embestida de los hombres de Agatocles. Aunque lucharon gloriosamente, la mayoría murió en el enfrentamiento, tras batallar con arrojo, y aquellos que sobrevivieron lo hicieron de pura casualidad.

Agatocles, renunciando a salir en su persecución, se volvió [39] contra los bárbaros que se habían refugiado en el campamento, y al tener que abrirse paso por lugares peligrosos y de difícil paso, sufrió no menos de lo que él había hecho sufrir a los cartagineses. Con todo, no cejó en su empeño, sino que continuó confiado tras su victoria, decidido a tomar por la fuerza el ejército. En ese momento los númidas, que estaban esperando el [2] final de la batalla, no fueron capaces de hacerse con la impedimenta de los cartagineses, ya que ambos ejércitos estaban luchando cerca del campamento, y se dirigieron al campamento griego, sabedores de que Agatocles estaba lejos de allí. Al encontrarse el campamento sin defensas, cayeron rápidamente sobre los pocos que podían ofrecerle resistencia y los aniquilaron, tomaron muchos cautivos y también un botín considerable. Agatocles, en cuanto se enteró de esto, se dirigió rápidamente y [3] recuperó algo de lo que había sido capturado, pero mucho quedó en manos de los númidas que, al llegar la noche, se encontraban ya lejos. El dinasta, tras erigir un trofeo, repartió los despojos [4] entre sus soldados, de tal forma que nadie pudiera lamentar lo que había perdido, y confinó en una de las guarniciones a aquellos cautivos griegos que habían servido en las filas cartaginesas. Estos hombres, por temor a ser castigados por el dinasta, [5] atacaron durante la noche a aquellos que estaban en la guarnición y, aunque fueron vencidos en la lucha, lograron hacerse con un lugar fortificado. Eran no menos de un millar, entre los [6] que se encontraban más de quinientos siracusanos. Agatocles, al enterarse de lo sucedido, acudió con su ejército, los hizo salir con la excusa de una tregua y los exterminó a todos.

[40] Tras esa batalla, pergeñando en su mente las posibilidades para someter a los cartagineses, envió a Ortón a Cirene como embajador ante la presencia de Ofelas¹⁰⁴. Este era uno de los compañeros en campaña de Alejandro que, al hacerse con las ciudades en torno a Cirene y una considerable tropa, albergaba [2] la esperanza de conseguir un poder mayor. Mientras él estaba en esas cavilaciones, se presentó el embajador de Agatocles pidiendo que unieran sus fuerzas contra los cartagineses. En recompensa a sus servicios, le

prometió que Agatocles le cedería [3] el poder de Libia. Afirmaba que Sicilia le bastaría, si solo le fuera posible, una vez sofocado el peligro cartaginés, dominar sin problemas toda la isla; que Italia estaba cerca para incrementar su poder, si es que Ofelas tenía mayores aspiraciones; [4] que de ninguna manera le convenía Libia, separado por un gran y difícil mar, ya que había llegado a esa tierra más por necesidad [5] que por deseo propio. Ofelas, que a lo que ya desde hacía tiempo barruntaba se le añadía entonces esta nueva perspectiva, accedió feliz y envió una embajada a los atenienses para firmar una alianza, ya que estaba casado con Eutidice¹⁰⁵, la hija de un tal Milcíades, que estaba emparentado con el general del mismo nombre que había salido victorioso en Maratón¹⁰⁶. A causa de [6] este matrimonio y por favores anteriores con los que había distinguido a la ciudad, también muchos de los atenienses se enrolaron como voluntarios en el ejército. No pocos también de los demás griegos se aprestaron a unirse a la empresa, con la esperanza de repartirse el territorio conquistado en Libia y saquear las arcas cartaginesas. Grecia estaba hundida en la miseria, agotada [7] por las continuas guerras y enfrentamientos entre los dinastas. Por esa razón, eran muchos los que esperaban hacerse con muchas riquezas para también recuperarse de sus presentes desgracias.

Ofelas, en cuanto estuvo preparado magníficamente para su [41] campaña, se puso en marcha con su ejército, compuesto por más de diez mil soldados de infantería, seiscientos soldados de caballería, cien carros de combate y más de trescientos aurigas y hombres para luchar al lado de estos. Le seguían entre aquellos que se denominan fuera de la formación no menos de diez mil. Muchos llevaban a sus hijos y mujeres y todas sus posesiones, de tal forma que el ejército parecía más bien una expedición de colonización. Tras dieciocho días de marcha y después [2] de haber recorrido tres mil estadios¹⁰⁷, plantaron su campamento en Automala¹⁰⁸. Partiendo desde allí se encontraron con una montaña escarpada por ambos lados que tenía en medio un profundo barranco desde donde se elevaba una perfilada roca, hasta [3] llegar a un elevado risco. Al pie de esa roca se encontraba una gran cueva, cubierta con

hiedra y arbustos con bayas, en la que se cuenta que nació Lamia, una reina de extraordinaria belleza. Se dice que, por su agrio carácter, su cara se había vuelto bestial tras un cierto tiempo. Como todos sus hijos habían muerto al nacer¹⁰⁹, hundida en su sufrimiento y envidiosa de la fertilidad de las demás mujeres, ordenó que robaran a los recién nacidos [4] de los brazos de estas y que los mataran instantáneamente. Por ello, entre nosotros, incluso en nuestra época, se narra la historia de esta mujer a los niños y su nombre resulta el más terrible [5] para ellos. Mas cuando ella estaba ebria, daba a todos la oportunidad para que hicieran lo que quisieran sin vigilarlos. Por lo tanto, como no se interesaba en esos momentos por lo que estaba pasando, los del lugar supusieron que no podía ver; y por esta razón algunos cuentan que echó sus ojos en un odre, de modo que transforman metafóricamente la indolencia que conseguía con el vino en la medida así llamada, en la idea de que [6] era esta medida la que le había privado de la vista. Como prueba del hecho de que ella había nacido en Libia, uno podría citar a Eurípides, ya que este dice:

¿Quién no conoce el nombre más odioso entre los hombres
El de Lamia la de raza Libia?¹¹⁰.

[42] Ofelas, al mando de su ejército, se dirigió por un salvaje y reseco paraje con gran esfuerzo, no solo porque apenas había agua, sino también porque se les habían acabado los cereales, [2] y el ejército corría el peligro de perecer entero. Todo tipo de fieras salvajes infestaban el desierto de Sirte y la mordedura de la mayoría de ellos resultaba mortal, con los que sobrevino un terrible desastre ya que no contaban con la ayuda de amigos y médicos. En efecto, algunas de las serpientes tenían la piel del mismo color que el terreno y hacían que su aspecto fuera invisible. Cuando muchos inadvertidamente se encontraban con ellas, morían por las letales mordeduras. Al final, después de caminar más de dos meses y de pasar muchas penurias, llegaron cerca de Agatocles y plantaron su campamento no muy lejos de él.

En cuanto los cartagineses notaron su presencia, se quedaron [3] espantados, viendo que tal ejército se cernía sobre ellos. Agatocles fue al encuentro de Ofelas, equipó

generosamente a las tropas, pero le pidió a Ofelas que dejara a su ejército recuperarse del penoso camino. Él mismo permaneció unos pocos días, observando cada una de las cosas que estaban haciendo en ese momento los que se habían presentado en el campamento. Y cuando la mayor parte de los soldados se dispersaron para comer y dar forraje a sus monturas, viendo que Ofelas no sospechaba nada de sus intenciones, convocó una reunión de sus soldados y tras acusar a Ofelas, que había acudido como aliado, de estar tramando un complot, levantó el pueblo contra él, preparó enseguida sus tropas y atacó a los cireneos. Ofelas, asombrado por lo inesperado de [4] esta acción, intentó defenderse, ya que tenía en su poder al resto del ejército, pero no fueron suficientes y murió en la lucha. Agatocles, tras obligar al resto de la masa a deponer [5] las armas y atraerlos con amables promesas, se hizo dueño de todas las fuerzas. Ofelas, que tenía grandes aspiraciones y que había confiado ciegamente en Agatocles, acabó su vida de esta manera tan terrible.

En Cartago, Bormíscar, que planeaba desde hacía tiempo [43] implantar una tiranía, esperaba una oportunidad propicia para llevar a cabo sus designios. Muchas veces las circunstancias le habían impulsado a hacer lo que planeaba, pero siempre había alguna pequeña razón que inesperadamente se lo impedía. En verdad, aquellos que intentan emprender temerarias e ilícitas acciones prefieren retrasar las cosas antes que actuar, y posponerlas, antes que llevarlas a cabo. Y eso fue lo que le ocurrió [2] también en esa ocasión; pues envió a los más destacados de los ciudadanos ante el ejército de los númidas para que ninguno que tuviera influencia pudiera oponerse a sus designios, pero no se atrevió a revelar sus planes para alcanzar la tiranía [3] refrenado por la cautela. En ese momento Agatocles había atacado a Ofelas, y entonces él intentó hacerse con el poder absoluto, aunque ambos ignoraban lo que estaban haciendo sus [4] respectivos enemigos. En efecto, Agatocles no sabía nada de sus aspiraciones a imponer una tiranía ni de la revuelta que asolaba la ciudad, ya que, de ser así, se podría haber hecho fácilmente con la ciudad de Cartago; y cuando Bormíscar fue descubierto en su acción, de buena gana habría unido sus fuerzas con las Agatocles antes que responder con su propia

vida en castigo ante sus conciudadanos; pero es que ni siquiera los cartagineses estaban al tanto de las intenciones de Agatocles, porque fácilmente se habrían impuesto a él, si hubieran contado [5] con la ayuda de Ofelas. Pero como creo, en ambos casos no es descabellado pensar que no estuvieran al corriente de los hechos, a pesar de que los que estaban a punto de realizar maniobras [6] de tal calado estaban el uno al lado del otro. Pues Agatocles, al ir a matar a un hombre que era su amigo, no prestó ninguna atención a lo que estaban haciendo sus enemigos; y Bormíscar, que intentaba suprimir las libertades que gozaba su patria, no estaba en absoluto interesado en lo que sucedía en el campo enemigo, como si su solo designio en su alma no fuera el combatir a sus enemigos en ese momento, sino luchar contra sus conciudadanos.

En ese punto uno podría también despreciar el valor de la [7] historia, al comprobar que, en la vida, pasan muchas y diferentes acciones al mismo tiempo, pero para los escritores resulta necesario dividir su relato y distribuir los acontecimientos contemporáneos en sucesión cronológica de manera antinatural, de tal forma que la verdad de los hechos contenga un tratamiento emotivo de los mismos; pero, como resultado, el relato histórico, que se ve privado de semejante poder, aunque represente lo sucedido, dista mucho de una condición verídica.

Bormíscar, tras pasar revista a las tropas en la llamada [44] «ciudad nueva», que se encontraba un poco retirada de la antigua Cartago, licenció a los demás, pero se llevó consigo a los que eran cómplices de sus planes, que eran unos quinientos ciudadanos y unos soldados mercenarios, y se proclamó tirano. Tras dividir sus soldados en cinco destacamentos, atacó, [2] aniquilando a todo el que se le interpusiera en su camino. Se produjo un gran revuelo por todas partes en la ciudad, ya que al principio los cartagineses pensaron que los enemigos se habían introducido en la ciudad y que esta había sido entregada a traición. Pero en cuanto descubrieron la verdad, los jóvenes corrieron a sus formaciones y, puestos en guardia, marcharon contra el tirano. Bormíscar, que acababa con los que se encontraba [3] a su paso, iba en dirección al ágora y mató allí a muchos de sus conciudadanos que se encontraban

desarmados. Los [4] cartagineses, sin embargo, habían ocupado las casas que se encontraban por encima del ágora y mediante una lluvia de misiles hirieron a los que formaban parte de la intentona, ya que tenían a su alcance todo el área. Por ello, al estar sufriendo [5] terriblemente, cerraron filas y se escurrieron por entre las callejuelas de la «ciudad nueva», aunque eran continuamente atacados desde las casas que se iban encontrando en cada momento. Pasando a ocupar una región elevada, los cartagineses, al ver que los ciudadanos acudían a las armas, se enfrentaron a [6] los que habían tomado parte en la conjura. Al final enviaron a los más capaces de los ancianos como embajadores con la oferta de una amnistía y depusieron las armas. No tomaron represalias contra ningún otro por los daños y perjuicios que habían provocado en la ciudad, pero ejecutaron a Bormílcar tras torturarlo cruelmente, sin tener ninguna consideración por los juramentos que habían hecho. Los cartagineses, tras haber corrido el riesgo de perderlo todo, de esta manera mantuvieron su constitución tradicional.

[7] Agatocles, tras llenar muchos barcos de carga con el botín y aquellos inválidos de guerra que se habían presentado desde Cirene, embarcó y se dirigió a Siracusa. Pero hubo unas tormentas que hundieron algunos de los barcos o los empujaron contra las islas Pitecusas¹¹¹, en las costas de Italia, con lo que pocos lograron salvarse¹¹².

[8] En Italia¹¹³ los cónsules de Roma, acudiendo en ayuda de los marsos¹¹⁴ que estaban en guerra con los samnitas, vencieron en la [9] lucha y mataron a muchos de sus enemigos. Después, yendo por la región de Umbria, invadieron Etruria, que era territorio enemigo, y asediaron la fortaleza conocida como Caerium¹¹⁵. Los habitantes del lugar enviaron embajadas pidiendo un armisticio y los cónsules firmaron una tregua de cuarenta años con Tarquinia¹¹⁶, pero solo de un año con el resto de los etruscos¹¹⁷.

Al cabo del año fueron nombrados Anaxicrates como arconte, [45] y en Roma, como cónsules, Apio Claudio y Lucio Volumnio¹¹⁸. En ese tiempo Demetrio, el hijo de Antígono, tras haber recibido de parte de su padre un

importante ejército de infantería y una armada, e incluso todo tipo de venablos y de todo lo demás que fuera útil para preparar un asedio, zarpó con todo ello de Éfeso. Tenía el encargo de liberar todas las ciudades de Grecia, siendo la primera de ella Atenas, que estaba custodiada por Casandro¹¹⁹. Tras navegar hacia El Pireo con [2] todo su ejército, lanzó un ataque por todas partes e hizo público un edicto. Dionisio, que estaba puesto al mando de la guarnición de Muniquia, y Demetrio de Falero, como gobernador de la ciudad¹²⁰ en representación de Casandro, aguantaron desde las murallas, ya que tenían muchos soldados. Sin embargo, [3] algunos de los soldados de Antígono lograron abrirse paso por entre las murallas desde la playa y acogieron a muchos de los luchaban con ellos. De esta manera se consiguió capturar El Pireo; pero de entre los que estaban dentro, Dionisio, el guarda de la guarnición, huyó a Muniquia, y Demetrio puso rumbo a la ciudad. Al día siguiente fue enviado como embajador, junto a [4] un nutrido séquito, en representación de la ciudad ante la presencia de Demetrio para negociar la independencia de la ciudad y su seguridad, y consiguió un salvoconducto. Tras abandonar Atenas huyó a Tebas y, después, a la corte de Ptolomeo, [5] en Egipto¹²¹. En suma, este último, tras haber estado al frente de la ciudad durante diez años, fue expulsado de la ciudad de la manera que se ha descrito. El pueblo de Atenas, una vez recuperada su autonomía, decretó por votación honrar a los responsables de su liberación.

Demetrio, por su parte, trajo las balistas y la demás maquinaria [6] y los venablos y atacó por mar y por tierra Muniquia. Pero los de dentro resistían valientemente desde las murallas y ocurrió que Dionisio y sus hombres tenían la ventaja de que el terreno era elevado y dificultoso, siendo Muniquia no solo una plaza fuerte por la naturaleza del terreno, sino también por el refuerzo de las murallas, mientras que Demetrio era superior por el número de sus soldados y tenía gran ventaja por su maquinaria. [7] Al final, tras dos días de continuado asedio, los soldados de la guarnición se encontraban heridos por las catapultas y las balistas, al no tener refuerzos, acabaron derrotados, mientras que los hombres de Demetrio, que luchaban por tandas y siempre

estaban frescos, a través de los huecos abiertos en la muralla con las balistas, entraron en Muniqia y obligaron a los soldados de la guarnición a deponer las armas; asimismo hicieron prisionero al comandante de la guarnición, Dionisio.

[46] Tras conseguir estas victorias en pocos días y reducir toda Muniqia a cenizas, Demetrio devolvió la libertad al pueblo y [2] firmó la paz y la alianza con ellos. Los atenienses, en un decreto promovido por Estratrocles¹²², decidieron erigir dos estatuas en oro de Demetrio y de Antígono al lado de las de Harmodio y Aristogitón¹²³, que ambos fueran coronados con una diadema de doscientos talentos, que se les consagrara un altar con las advocaciones de «salvadores», que a las diez tribus se les añadieran dos más, antigónida y demetríada¹²⁴, y que se instaurara en su honor unos juegos anuales, una procesión y un sacrificio, y que se bordara su imagen en el peplo de Atenea. El pueblo, que tras [3] la guerra Lamíaca había visto abolido su poder¹²⁵, quince años después, de manera inesperada, había recuperado la constitución tradicional. Demetrio asedió la ciudad de Mégara que conquistó, a pesar de que estaba protegida por una guarnición, y le devolvió la autonomía al pueblo, por lo que Demetrio recibió los parabienes de aquellos a los que reportó beneficios con sus acciones.

Antigono recibió a los embajadores atenienses, que le hicieron [4] entrega del decreto honorífico, y cuando estos le explicaron sus problemas para conseguir suministros y material para construir sus barcos, él les dio ciento cincuenta mil medidas de trigo y la suficiente madera para construir cien barcos. También retiró su guarnición de Imbros¹²⁶ y devolvió la isla a la ciudad. Escribió [5] a su hijo Demetrio ordenándole que reuniera a los consejeros de las ciudades aliadas que estuvieran dispuestos a considerar el bien común en Grecia, y que él mismo navegara hasta Chipre con un ejército y que acabara lo antes posible la guerra con los [6] generales de Ptolomeo. Este, obedeciendo cumplidamente las órdenes de su padre, se dirigió a Caria y convocó a los rodios para hacer la guerra contra Ptolomeo. Pero ellos no accedieron, ya que preferían estar en buen término con los dos. Este fue el comienzo de la enemistad entre Antígono y esta ciudad.

[47] Demetrio, tras navegar por las poblaciones costeras de Cilicia y llevarse de allí soldados, puso rumbo a Chipre con quince mil soldados de infantería, cuatrocientos de caballería y más de ciento diez naves ligeras y cincuenta y tres trirremes para la armadura pesada, así como embarcaciones de todo tipo, suficientes [2] para tal cantidad de caballería e infantería. Al principio acampó en la playa de Carpasia¹²⁷, y tras varar sus embarcaciones en la orilla protegió su campamento con una empalizada y una fosa profunda. Después, tras lanzar ataques a las regiones vecinas conquistó por la fuerza Urania¹²⁸ y Carpasia, y dejando las naves con el conveniente destacamento de vigilancia, se dirigió [3] con su ejército a Salamina¹²⁹. El general que había sido allí dispuesto por Ptolomeo, Menelao¹³⁰, reunió a todos los soldados de las guarniciones y esperó en Salamina, pero cuando estaban sus enemigos a cuarenta estadios¹³¹ de distancia salió con once mil soldados de infantería y cerca de ochocientos soldados de caballería. Se produjo una confrontación, mas poco después los hombres de Menelao, superados, se dieron a la fuga y Demetrio, que salió en su persecución, capturó a no menos de trescientos y mató a unos mil de entre sus enemigos. Al principio [4] era indulgente con los que habían sido capturados y los distribuía entre las filas de sus propios soldados, pero como algunos de ellos se escaparon de nuevo a Menelao, porque su impedimenta se había quedado en Egipto con Ptolomeo, consciente de que no cambiarían de bando, los obligó a subirse a las naves y los envió con Antígono hasta Siria.

En ese momento Antígono se encontraba en Siria Superior, [5] donde estaba fundando una ciudad a orillas del río Orontes con el nombre de Antigonia en su homenaje. Había diseñado su planimetría con todo lujo de detalles, con un perímetro de setenta estadios¹³². La región era, en efecto, apropiada para vigilar Babilonia y las satrapías superiores, y a la vez la región inferior de Siria y las satrapías cerca de Egipto. Pero esta ciudad no perduró, [6] ya que Seleuco la desmanteló y la trasladó a su fundación que se llamaba, en su honor, Seleucia¹³³. Pero hablaremos de estos asuntos detalladamente cuando lleguemos al momento adecuado. En lo que concierne a Chipre, los hombres de Menelao, [7] tras haber sido

derrotados en la batalla, pusieron sus armas y maquinaria cerca de las murallas, colocaron a cada soldado en sus puestos en los lienzos de la muralla, listos para entrar en batalla, viendo que Demetrio se estaba preparando para el asedio. [8] También enviaron mensajeros a Ptolomeo a Egipto para que le informaran de la derrota y pedirle ayuda, ya que la isla estaba en peligro.

[48] Demetrio, al darse cuenta de que la ciudad de Salamina era para tenerla muy en cuenta, ya que en ella se encontraban multitud de soldados para su defensa, decidió preparar las máquinas de asedio de gran magnitud, las catapultas que lanzaban piedras y todo tipo de ballestas y otras armas impresionantes. Mandó llamar a sus operarios de Asia y ordenó traer hierro, gran cantidad de madera y todo tipo de material para sus preparativos. [2] En cuanto todo estuvo preparado para él, ingenió una importante máquina llamada «helépolis»¹³⁴, que tenía un ancho de cuarenta y cinco codos¹³⁵, noventa codos¹³⁶ de altura, estaba dividida en nueve pisos, todo sostenido por cuatro sólidas ruedas [3] de ocho codos¹³⁷ de altura. Preparó también grandes arietes y dos grandes altillos donde llevarlos. En la parte inferior de la helépolis introdujo todo tipo de ballestas, de las que podía lanzar misiles de tres talentos¹³⁸ de peso. En medio puso grandes catapultas, una cantidad de balistas y no menos de doscientos hombres que trabajaban como operarios de esas máquinas.

[4] Avanzando con sus máquinas hacia la ciudad y lanzando una lluvia de dardos, arrasaba las torres con las catapultas y [5] abría allí las murallas con sus armas. Pero como los de dentro resistían valerosamente, y se oponían con otras máquinas a las de Demetrio, durante varios días la victoria no se decantaba para ningún bando, sino que en ambos se sufría y había heridos. Al final se derrumbó la muralla y la ciudad estuvo a punto de ser tomada, pero llegó la noche y se interrumpió la lucha. Los [6] hombres de Menelao, claramente conscientes de que la ciudad iba a ser capturada si no se intentaba algo nuevo, hicieron acopio de todo tipo de madera seca y a medianoche la arrojaron contra las máquinas de sus enemigos, al mismo tiempo que lanzaban antorchas

encendidas desde las murallas, prendiendo con ello fuego a la mayor parte de los ingenios de Demetrio. Tan [7] pronto como se declaró el fuego en la parte superior, los hombres de Demetrio acudieron en ayuda, pero rápidamente se propagó y las máquinas se consumieron y la mayoría de los que se encontraban allí dentro perecieron. Demetrio, aunque [8] vio frustrados sus planes, no paró, sino que continuó con su asedio por mar y por tierra, creyendo que con el tiempo se impondría a sus enemigos.

Ptolomeo, en cuanto se enteró de la derrota de sus tropas, [49] navegó desde Egipto con un considerable ejército de tierra y mar. Tras llegar a Pafos, en Chipre, las ciudades le hicieron entrega de sus esquifes y navegó hasta Citión, que estaba a doscientos estadios¹³⁹ de distancia de Salamina. Tenía en total ciento [2] cuarenta naves¹⁴⁰ grandes, la más grande era una de cinco filas de remos; la más pequeña tenía filas de cuatro remos. Las provisiones y armas de los soldados seguían detrás de ellos en más de doscientos cargueros, en los que viajaban no menos de diez mil soldados de infantería. Ptolomeo envió por tierra a algunos [3] de esos soldados con una orden para Menelao, para ver si podía hacerle llegar rápidamente cuanto antes unas sesenta naves desde Salamina, pues tenía la esperanza de que, si las recibía rápidamente, vencería en una batalla naval, ya que lucharía con doscientas embarcaciones. Pero Demetrio, que se dio cuenta de [4] sus intenciones, dejó una parte de su ejército en el asedio y tras llenar todas sus naves, no solo con sus soldados más aguerridos, sino también con las más grandes armas y balistas, puso en las proas sus más potentes ballestas, de tres palmos¹⁴¹ de ancho. [5] Preparándose a conciencia para una batalla naval, su escuadra navegó alrededor de la ciudad y en la pequeña entrada del puerto echó anclas fuera del alcance de sus enemigos y pasó allí la noche, impidiendo así que las naves de la ciudad se pudieran unir con las otras, a la vez que vigilaba la navegación de los [6] enemigos y se encontraba listo para entrar en acción. Mientras, Ptolomeo navegaba hasta Salamina con las naves auxiliares siguiéndolos de lejos; la visión de su escuadra era impresionante por su magnitud.

[50] Demetrio, al ver cómo la armada se acercaba, dejó al almirante Antístenes con diez naves quinquerremes para que estas impidieran la salida de las de la ciudad para la batalla naval, ya que el puerto tenía una entrada muy estrecha; y ordenó a la caballería que patrullara la costa para que, si había algún naufragio, [2] salvaran a los que nadaban hasta tierra firme. Él mismo, tras colocar sus naves, salió al encuentro de los enemigos con ciento ocho barcos en total¹⁴², incluidos los que procedían de las regiones conquistadas. Los grandes eran de siete filas [3] de remos, pero la mayoría era de cinco filas de remos. El ala derecha estaba compuesta de siete hepteres fenicias y treinta cuatrirremes atenienses, al mando del almirante Medio. Detrás de estas colocó diez hexeres y otras tantas quinquerremes, ya que su intención era que esta ala fuera la más poderosa [4] para decidir desde ella la batalla. En medio de la formación colocó los esquifes más ligeros al mando de Temisonte de Samos¹⁴³ y de Marsias, el autor de una *Historia de Macedonia*¹⁴⁴. En el ala derecha tenía a Plistias de Cos en calidad de almirante en jefe de toda la flota.

Ptolomeo, al principio, cuando aún era de noche, navegó a [5] toda prisa a Salamina en la creencia de que se abriría paso antes de que sus enemigos estuvieran listos, pero en cuanto se hizo de día vio que no estaba lejos la flota de los enemigos desplegada, y él mismo se preparó para una batalla naval. Ordenó que las [6] naves de carga se mantuvieran al acecho lejos, y poniendo el resto en formación de batalla, él mismo se puso al mando del ala izquierda, haciendo que lucharan a su lado las más grandes. Con esta formación en cada bando, cada uno de ellos rogó a los dioses, como era costumbre, con los contramaestres dirigiendo la oración y el pueblo uniéndose a ella.

Los dinastas se encontraban terriblemente angustiados, porque [51] iban a luchar por su vida y por los suyos. En cuanto Demetrio se encontró a unos tres estadios de distancia¹⁴⁵ de su enemigo, dio la señal para comenzar la lucha, golpeando el escudo, una señal clara para todos, al ser repetida a intervalos. También [2] los hombres de Ptolomeo dieron una señal parecida y rápidamente la distancia entre ambos quedó reducida. Ya las trompetas anunciaban el

comienzo del combate y ambos ejércitos soltaban un grito de guerra, cuando ambas naves se lanzaron al ataque con furia, sirviéndose primero de sus arqueros, después de las balistas, e incluso de una lluvia de jabalinas, hiriendo a los que alcanzaban. Después, en cuanto los esquifes se acercaron más y se iba a producir de un momento a otro un violento abordaje, los soldados que estaban en las cubiertas se sentaron y los remeros, a la señal de los contramaestres, remaron con [3] más vigor. Las naves colisionaron con fuerza y violencia, de tal forma que quedaron inútiles para la persecución o para la huida, y los hombres que estaban a bordo, aunque ansiosos por entrar en acción, no podían unirse al fragor de la batalla. Pero allí donde estaban flanco con flanco en los ataques, se retiraban para embestir de nuevo con el ariete y los soldados se herían mutuamente, ya que estaban a tiro los unos de los otros. Algunos, en cuanto sus capitanes ya empezaban el abordaje y los arietes estaban ya fijos en los cascos, embarcaban en las naves de sus [4] enemigos, dando y provocando terribles heridas. Algunos de ellos, al intentar asirse a la cubierta de los barcos que se acercaban, perdían estabilidad y caían al agua e inmediatamente morían traspasados por las astas enemigas que se cebaban en ellos; otros, los que llegaban a abordar el barco, conseguían matar a algunos o tras acorralar a otros por la estrecha cubierta, los arrojaban al mar. Hubo todo tipo de enfrentamientos variados e inesperados, ocurriendo que muchas veces los que eran más débiles conseguían imponerse, porque sus esquifes estaban a más altura, mientras que los que eran más poderosos lo pasaban peor por lo inconveniente de su posición y la manera extraña en que [5] las cosas se iban sucediendo en esta batalla. En efecto, en batallas terrestres el valor se luce claramente, ya que se pueden conseguir las primicias de la victoria sin que nada fortuito se lo pueda impedir. Pero en las batallas navales hay muchas y muy variadas razones por las que inesperadamente pueden ser derrotados los que por su coraje habrían justamente merecido la victoria.

Demetrio fue el que con más lustre se exhibió en la lucha, [52] alzándose sobre la proa de su heptere. Pues aunque una multitud se abalanzaba sobre él intentando asaetearle con sus jabalinas, los mató a todos con la lanza que blandía en la

mano; y aunque fueron muchos los dardos que se arrojaron contra él, algunos los pudo esquivar al verlos, mientras que otros impactaron en su armadura de defensa. De los tres hombres que con [2] sus escudos lo escoltaban, uno de ellos cayó alcanzado por un asta y los otros dos sucumbieron a sus heridas. Pero finalmente Demetrio se impuso a sus oponentes y puso en fuga al ala derecha e incluso forzó a las naves vecinas a huir. Ptolomeo, [3] que tenía las más grandes embarcaciones y los hombres más poderosos a su lado, rápidamente repelió a los que se le oponían, hundió algunas naves y otras las capturó con su tripulación. Tras volver de esta victoriosa refriega, esperaba que se impondría en las demás acciones con facilidad, pero al ver que el ala derecha de su propio ejército se había dispersado y todas las naves vecinas habían emprendido la huida, y que incluso Demetrio estaba cargando contra ella con furia, se volvió para Citió.

Demetrio, tras vencer en la batalla naval, entregó a Neón y [4] a Burico¹⁴⁶ los aparejos de las naves, ordenándoles que dieran alcance y capturaran a aquellos que estaban nadando en el mar; y él mismo, tras adornar sus naves con arreos en la proa y en la popa y hacer acopio de todo el botín, puso rumbo al campamento y al puerto, que era su base. En el momento en el que libró [5] esta batalla naval, Menelao, el general de Salamina, estaba al mando de sesenta naves que envió en auxilio de Ptolomeo, con Menetio como general. Se produjo una batalla en la entrada del puerto con las que estaban allí paradas y cuando estas cargaron vigorosamente desde la ciudad, las diez naves de Demetrio huyeron al campamento del ejército. Menetio, tras demorarse en su llegada, se volvió de nuevo a Salamina.

[6] Este fue, pues, el final de la batalla naval, en la que se capturaron más de cien de las naves de transporte en las que se encontraban más de ocho mil soldados. Pero de las grandes fueron capturadas, junto con la tripulación, unas cuarenta, ochenta quedaron inservibles, y de ellas muchas, que estaban llenas de agua de mar, fueron arrastradas hasta el campamento cerca de la ciudad. Veinte de los esquifes de Demetrio fueron dañados, mas, tras las oportunas reparaciones, estuvieron a punto para ser usados de nuevo.

[53] Después de esto, Ptolomeo abandonó la lucha en Chipre y regresó a Egipto. Demetrio, apoderándose de todas las ciudades en la isla y de todos los soldados que estaban en las guarniciones, los integró en sus filas, formando un total, cuando ya se organizaron todos, de dieciséis mil soldados de infantería y unos doscientos jinetes; y mandó rápidamente mensajeros a su padre para informarle de lo sucedido, embarcándolos en la [2] nave más grande. Antígono, en cuanto se enteró de la victoria que acababa de obtener, ufano por la importancia de ese triunfo, tomó la diadema y desde entonces adoptó el título de rey, compartiendo con su hijo Demetrio los mismos honores y rango. [3] Ptolomeo, que en absoluto se sentía hundido en su ánimo por esta derrota, él mismo tomó también la corona y se dirigió [4] a todos en sus escritos como rey. En consonancia con estos dos, por despecho, los demás dinastas también empezaron a llamarse a sí mismos reyes, no solo Seleuco, que acababa de hacerse con las satrapías superiores¹⁴⁷, sino incluso Lisímaco y Casandro, que todavía retenían los territorios que se les habían adjudicado¹⁴⁸.

Nosotros, que ya hemos hablado lo suficiente sobre este tema, ahora vamos a hablar a su vez de lo que ocurrió en Libia y Sicilia.

Agatocles, al enterarse de que los dinastas antes mencionados [54] habían tomado la diadema y creyendo que ni por su poder, ni por sus dominios, ni por sus hazañas estaba a la zaga de ellos, también se llamó rey, aunque decidió no llevar una diadema, pues desde siempre había llevado una corona, que era, en el momento de imponer la tiranía, la que le correspondía por poseer un cargo religioso y de la que no se había desprendido mientras luchaba por el poder supremo. Algunos dicen que él se había acostumbrado a llevarla desde el principio porque no tenía una densa cabellera¹⁴⁹. Sea como fuere, apresurándose a hacer [2] algo digno de semejante título, inició una campaña contra Útica¹⁵⁰, que había hecho defección. Apareciendo en la ciudad de repente, hizo prisioneros a unos trescientos ciudadanos que se encontraban dispersos en pleno campo. Al principio, a cambio del perdón de sus culpas, les pidió que entregaran la ciudad. Pero los de dentro no accedieron, así que ensambló una máquina de

guerra, colocó a los prisioneros de guerra en ella y se presentó ante las murallas de la ciudad. Los de Útica se lamentaron [3] por la suerte de aquellos, pero teniendo en mayor consideración la libertad de todos que la salvación de unos pocos, colocaron a lo largo de las murallas a sus soldados y esperaron valientemente el ataque. Agatocles, colocando encima de la [4] máquina las ballestas, y a los honderos y arqueros, empezó el asedio luchando desde allí, como si estuviera aplicando hierros [5] ardientes a las pobres almas que estaban adentro. Los que estaban subidos a las murallas, al principio vacilaron en usar sus armas, ya que sus conciudadanos, entre los que se encontraban algunos de los más ilustres, estaban a tiro. Pero cuando los enemigos empezaron a cargar con más fuerza, se vieron obligados [6] a defenderse del ataque de las máquinas. Entonces se abatieron terribles sufrimientos sobre los uticenses y la fortuna los trató horriblemente, al encontrarse abocados a tomar una decisión de la que no había escapatoria. Como los griegos habían puesto a los prisioneros de Útica como escudos humanos, era necesario o que respetaran su vida y permitieran que la ciudad acabara en manos de los enemigos, o que sacrificaran a ese grupo de [7] desafortunados ciudadanos por la salvación de la ciudad. Y esto último fue lo que ocurrió, pues al tener que defenderse de los enemigos y usar todo tipo de armas, algunos de los que estaban encima de la máquinas de guerras fueron heridos; y algunos de los ciudadanos que estaban colgados recibieron los impactos de las armas arrojadas; otros quedaron clavados a las máquinas por los dardos, en los lugares de sus cuerpos en los que impactaban, de tal forma que esta violencia gratuita era, a la vez, un castigo similar a la crucifixión; y eran los propios parientes y amigos los que les causaban eso; y si sucedía así era porque la necesidad no tiene ninguna consideración por lo que es sagrado entre los seres humanos.

[55] Y Agatocles, viendo que se arrojaban al peligro sin miedo, distribuyó por todas partes a su ejército y tras atrincherarse en [2] un lugar seguro, lanzó un ataque y entró en la ciudad. Mientras algunos de los uticenses huían a sus casas y otros a los templos, Agatocles, ciego de furia contra ellos, llenó la ciudad de muerte. Mató a algunos en una lucha cuerpo a cuerpo, a otros los ahorcó tras capturarlos, y los que

buscaron refugio en altares y [3] templos pronto vieron defraudadas sus esperanzas. Tras haberse apropiado de las posesiones de la ciudad y dejar una guarnición en ella, acampó en Hippo Acro¹⁵¹, que era por naturaleza un lugar resguardado por la vecina laguna. En un vigoroso asedio sin descanso y tras haber ganado a los nativos de la región en una batalla naval, conquistó la ciudad por la fuerza. Tras la conquista de las ciudades de esta manera, ya era dueño de todas las regiones costeras y de todos los pueblos del interior, a excepción de los númidas. Algunos, de hecho, le habían ofrecido su amistad, mientras que otros esperaban la resolución del conflicto. De hecho, Libia estaba poblada por cuatro etnias: los fenicios [4] que habitaban Cartago; los libio-fenicios, que tenían muchas ciudades a orillas del mar, estaban entroncados con los cartagineses por vínculos matrimoniales y que, por estos lazos familiares, tenían tal denominación; la mayoría de la original población aborígen, que se hacían llamar libios y que se resentían especialmente del férreo dominio que ejercían los cartagineses; y, por último, los númidas, que habitan la mayor parte de África hasta el desierto.

Agatocles, gracias a sus aliados en Libia y a sus ejércitos, [5] había vencido a los cartagineses, pero estaba angustiado por la situación en Sicilia, así que construyó naves sin cubierta y pentecónteras¹⁵² y embarcó en ellas a dos mil soldados. Dejó a su hijo Agatarco como general para ocuparse de los asuntos de Libia, se embarcó en sus naves y puso rumbo a Sicilia.

Al mismo tiempo que estos sucesos, Jenódoco, el general [56] de Agrigento que había conseguido liberar muchas ciudades, alentó a los sicilianos con la gran esperanza de conseguir la independencia de toda la isla y llevó su ejército, que consistía en más de diez mil soldados de infantería y casi mil jinetes, [2] contra los generales de Agatocles. Leptines y Demófilo, que habían convocado a cuantos pudieran acudir desde Siracusa y de las guarniciones, acamparon enfrente con ocho mil doscientos soldados de infantería y mil doscientos de caballería. Tras ser derrotado en una terrible confrontación, Jenódoco salió huyendo para Agrigento, después de haber perdido no menos de [3] mil quinientos soldados de infantería. Los acragantinos, al sufrir esta desgracia, pusieron fin a su

más deslumbrante empresa y a sus esperanzas de recobrar su libertad. Agatocles, poco después de estas batallas, navegó desde Sicilia hasta Selinunte, donde obligó de nuevo a someterse a los de la ciudad de Heraclea que se habían independizado y, pasando a la región opuesta de la isla, indujo a los de Terma¹⁵³ a firmar una alianza, garantizando la seguridad de los cartaginenses que estaban en la guarnición de la ciudad; y tras tomar Cefaledion¹⁵⁴ dejó a Leptines como gobernador de la ciudad y él mismo, abriéndose camino por el interior, intentó tomar por la noche la ciudad de Centuripe¹⁵⁵, ya que algunos de sus ciudadanos le habían dejado entrar; pero cuando su intento quedó al descubierto y las guarniciones acudieron en ayuda, fue expulsado de la ciudad, perdiendo a más de quinientos soldados. Después de esto, llegaron [4] algunos enviados de Apolonia que le prometieron que le entregarían su patria y él entonces acudió a la ciudad. Pero como habían descubierto a estos traidores y los habían castigado, su ataque no obtuvo resultado el primer día de asedio, pero al siguiente día, tras muchos sufrimientos y pérdidas, tomó la ciudad y después de aniquilar a la mayoría de los apoloniatas, saqueó sus pertenencias.

Mientras Agatocles estaba ocupado en esto, Dinócrates, el [57] líder de los exiliados, tras tomar el mando de Agrigento y ser nombrado el paladín de la libertad, fue atrayendo a muchos partidarios a su lado. Todos se pusieron a sus órdenes: unos por un [2] sincero amor por la libertad, y otros por su desmesurado miedo a Agatocles. Tras haber reunido no mucho menos de veinte mil soldados de infantería y mil quinientos caballeros, de entre aquellos que habían sufrido las continuas penalidades del exilio, acampó a cielo abierto, invitando a la lucha al dinasta. Sin [3] embargo, como Agatocles era inferior en fuerzas y no se decidía la lucha, le fue pisando los talones continuamente, asegurándose una victoria sin empuñar un arma.

Desde ese preciso momento, la fortuna le dio la espalda a Agatocles, yendo a peor no solo en sus asuntos en Sicilia, sino también en Libia. Arcagato, al que había dejado como general, [4] tras la partida de su padre, al principio consiguió alguna victoria, enviando a una parte del ejército a la región interior al

mando de Eumaco. Este, tras haber tomado la ciudad de Toca¹⁵⁶, hizo que se rindieran muchos de los númidas que se encontraban [5] en los alrededores. Tras haber capturado otra ciudad llamada Feline¹⁵⁷, obligó a rendirle pleitesía a los pueblos que pastoreaban en la región adyacente, a los llamados asfodelódeos¹⁵⁸ [6] cuyo color de piel era similar al de los etíopes. Después tomó una segunda, Mesquela, que era grande y que había sido habitada desde antiguo por griegos que regresaban de Troya, de los que hemos hablado en el libro tercero¹⁵⁹; después tomó Hippo Acro, que se llamaba igual que la que había sido conquistada por la fuerza por Agatocles¹⁶⁰; y, por último, la ciudad autónoma de Acris¹⁶¹, que fue entregada a los soldados para que la saquearan, una vez reducida la población a la esclavitud.

[58] Tras haber contentado a su ejército con el botín, volvió a la presencia de Arcagato, y como se le consideraba un hombre eficiente de nuevo comandó una campaña contra las regiones interiores de Libia. Tras pasar por las ciudades de las que se había hecho dueño, cayó sobre una llamada Miltine¹⁶², tras una aparición [2] inesperada. Pero en cuanto los bárbaros se movilizaron contra él y lo vencieron en las calles, para su sorpresa fue expulsado de allí y perdió a muchos de sus soldados. Entonces se marchó y continuó por una elevada cordillera que se extendía por más de doscientos estadios¹⁶³, llena de salvajes felinos y en la que no había en ninguna parte ni un solo pájaro que anidara, ya fuera en los árboles o en los barrancos, por la rapacidad de los susodichos animales. Tras cruzar esta cordillera, fue a parar [3] a una región llena de monos y a tres ciudades que se llamaban, si tradujéramos al griego el nombre, Pitecusas¹⁶⁴. Muchas de las [4] costumbres de esas ciudades eran muy distintas de las nuestras; pues los monos habitaban las mismas casas que los hombres, ya que eran dioses que se veneraban entre ellos, como los perros entre los egipcios¹⁶⁵; y los animales, cada vez que lo deseaban, tomaban su alimento de las provisiones que se encontraban en los almacenes de avituallamiento, sin que ello supusiera problema. Los padres imponían a sus hijos un nombre derivado de esos monos, como entre nosotros de los dioses; y se condenaba [5] a la pena capital a aquellos que mataban a

ese animal, como si hubiera cometido el más impío crimen. Por esta razón, entre ellos era común el refrán que decía, refiriéndose a los que habían cometido un crimen impunemente, que estaban pagando una multa por la sangre de un mono. Eumaco capturó y tomó [6] por la fuerza una de estas ciudades y las otras se rindieron. Pero en cuanto supo que los bárbaros de las regiones vecinas estaban reuniendo grandes tropas contra él, continuó con más ahínco, decidido a volverse a la región costera.

Hasta ese momento en Libia todos los asuntos le habían salido [59] a Arcagato tal como planeaba. Pero después de esto, los miembros del Senado de Cartago estuvieron deliberando sobre la guerra y decidieron con buen tino enviar tres ejércitos desde la ciudad: uno contra las poblaciones costeras, otro contra las ciudades del interior, y el último contra las regiones superiores. De hecho, creían que haciendo esto podrían liberar la ciudad de [2] su asedio y a la vez solucionar su falta de suministros, pues mucha población de todas las regiones se había refugiado en Cartago y había tal escasez de todo que faltaba incluso lo más básico. Pero la ciudad no corría ningún peligro por el asedio, ya que, incluso aunque no tenía provisiones suficientes, era inexpugnable [3] por la robustez de sus murallas y por el mar. Además, entendieron que los aliados permanecerían más leales si acudían más ejércitos en su ayuda en campo abierto; y lo más importante: tenían la esperanza de que los enemigos se verían obligados a dividir sus ejércitos y a alejarse de Cartago. Todo [4] se cumplió según sus previsiones. En cuanto treinta mil soldados fueron enviados fuera de la ciudad, los que se quedaron como guarnición no solo fueron capaces de mantenerse, sino que aprovecharon de todo en abundancia y los aliados que, anteriormente por miedo a sus enemigos, se habían visto obligados a pactar la paz, nuevamente encorajinados volvieron a aliarse con ellos.

[60] Arcagato, viendo que las tropas enemigas estaban invadiendo todas las regiones de Libia, dividió su ejército. Envío un destacamento a la región costera, y en el caso del resto, una parte la puso a disposición de Escríón, otra quedó bajo su mando, [2] y dejó una considerable guarnición en

Túnez. Como eran muchas las tropas que iban vagando por todas partes y como se esperaba que se produciría un decisivo encuentro, todos estaban [3] angustiados, ansiosos por lo que iba a suceder. Hannón¹⁶⁶, que estaba al mando del ejército de la región interior, atrapó en una emboscada a los hombres de Escrión y, cayendo sobre ellos de manera inesperada, acabó con la vida de más de cuatro mil soldados de infantería, alrededor de doscientos de caballería, entre los que se encontraba el propio general. De los demás, unos fueron capturados y otros lograron volver sanos y salvos con Arcagato, que se encontraba a unos quinientos estadios¹⁶⁷. Imilcón, que había sido designado para atacar las regiones interiores, [4] al principio se mantuvo en una ciudad junto a Eumaco, que a su vez llevaba su ejército cargado con el botín obtenido del expolio de las ciudades. Pero entonces los griegos pusieron [5] su ejército en formación y le obligaron a combatir. Imilcón dejó una parte del ejército preparado en la ciudad, con la orden de que, en cuanto él se alejara haciendo el amago de huir, ellos se enfrentaran a sus perseguidores. Salió al mando de la mitad del ejército y, al poco de entablar batalla enfrente de su campamento, salió huyendo como si estuviera impresionado. Eumaco y [6] sus hombres, animados por la esperanza de la victoria y sin respetar la formación, salieron en su persecución y cargaron desordenadamente contra los que se estaban retirando. Pero de repente, desde la parte opuesta de la ciudad surgió un ejército preparado para la batalla y cuando una masa ingente elevó su grito a la convenida señal, se asustaron. Los bárbaros se abalanzaron [7] sobre sus enemigos, que estaban en desorden y aterrorizados por el sorpresivo ataque, y rápidamente los griegos se dieron a la fuga. Como los cartagineses habían cortado el camino de regreso al campamento enemigo, los hombres de Eumaco se vieron obligados a refugiarse en una cordillera cercana a la que le faltaba el agua. Los fenicios acamparon alrededor de ese [8] lugar y, ya fuera porque sufrieran por la sed, ya fuera porque se veían sobrepasados por sus enemigos, perecieron casi todos: de ocho mil soldados de infantería, solo se salvaron treinta; y de ochocientos caballeros, se salvaron cuarenta.

Arcagato regresó a Túnez, tras sufrir esta derrota. Hizó reunir [61] a los soldados que aun quedaban, y que habían sido distribuidos por todas partes, y envió mensajeros a su padre para que le explicaran lo sucedido, y le solicitaran ayuda lo más rápidamente [2] posible. Mas, aparte de estas desgracias, se abatieron otras sobre los griegos, pues hicieron defección todos los aliados salvo unos pocos, y las fuerzas enemigas se habían juntado y acechaban desde el campamento que habían establecido cerca. [3] Imilcón había tomado los desfiladeros y bloqueado la entrada a la región a sus enemigos que se encontraban a cien estadios de distancia¹⁶⁸. En la otra parte se encontraba el campamento de [4] Atarbas a cuarenta estadios¹⁶⁹ de Túnez. Por ello, visto que los enemigos controlaban no solo el mar, sino también el continente, los griegos se sintieron abatidos por el hambre y por el miedo que cundía en todos ellos.

[5] En ese momento en el que se encontraban todos tan terriblemente desanimados, Agatocles, al enterarse de las derrotas en Libia, preparó diecisiete grandes naves con la intención de ayudar así a su hijo Arcagato. Como los asuntos en Sicilia iban de mal en peor, por el número creciente de exiliados que se pasaban al bando de Dinócrates, encargó al general Leptines que siguiera con la marcha de la guerra en la isla; y él mismo, tras pertrechar los barcos, esperó una ocasión propicia para zarpar, [6] ya que treinta naves cartaginesas ocupaban el puerto. Por entonces habían llegado desde Etruria ochenta naves de refuerzo, cuya entrada al puerto por la noche había pasado inadvertida a los cartagineses. Agatocles pudo imponerse sobre sus enemigos, al contar con este apoyo. Ordenó a los aliados que se esperaran hasta que él obligara a los cartagineses a perseguirlo al salir del puerto; y él, tal como lo había planeado, zarpó a toda [7] prisa con sus diecisiete embarcaciones. Los que estaban de guardia fueron a darle alcance, pero Agatocles y sus hombres, en cuanto los etruscos salieron del puerto, de repente dieron la vuelta a sus naves y se enzarzaron en una batalla naval con los bárbaros. Los cartagineses, aterrorizados por este inesperado ataque, al ver rodeadas sus propias trirremes por las embarcaciones de los enemigos, se dieron a la fuga. Los griegos se hicieron [8] con

cinco naves con toda su tripulación y el general de los cartagineses, en cuanto vio que la nave principal estaba a punto de ser capturada, se suicidó, prefiriendo la muerte antes que el cautiverio que se cernía sobre él. Pero parece que no calculó bien, porque la nave, llevada por un viento favorable, izó su mástil y sus velas y pudo escapar del peligro.

Agatocles, que no tenía ninguna esperanza de imponerse a [62] sus enemigos en el mar, venció entonces de manera inesperada a los cartagineses en una batalla naval y desde ese momento dominó el mar y pudo garantizar la seguridad de sus comerciantes. Así los siracusanos, con mercancías que llegaban de todas partes, en contraste con la anterior falta de provisiones, rápidamente tuvieron de todo en abundancia. El dinasta, envalentonado [2] con la victoria conseguida, envió a Leptines para que saqueara la región enemiga y, en especial, la de Agrigento. Pero Jenódoco, vilipendiado por sus enemigos políticos por la derrota que había sufrido¹⁷⁰, estaba enfrentado a ellos. Ordenó a Leptines [3] que incitara a ese hombre a luchar, pues creía que rápidamente se impondría sobre un ejército dividido y derrotado; y [4] eso fue lo que finalmente ocurrió: Leptines invadió Agrigento y empezó a saquearla. Mientras que Jenódoco que, al principio, se mantuvo a la expectativa, porque no creía que mereciera la pena luchar contra él, al final, ante los reproches de sus conciudadanos, reunió un ejército que era un poco más pequeño que el de sus enemigos, pero que tenía la moral muy baja, ya que el ejército de la ciudad se había formado en la molicie y el sedentarismo, mientras que el otro estaba perfectamente entrenado, con combates en el campo de batalla y en continuas campañas. [5] Así, en la confrontación que se produjo, los hombres de Leptines rápidamente pusieron en fuga a los acragantinos y los persiguieron hasta la ciudad. Cayeron en el bando de los derrotados unos quinientos soldados de infantería y más de cincuenta jinetes. Entonces los acragantinos, airados por estos desastres, echaron la culpa a Jenódoco y él, temeroso por la posibilidad de que se iniciara una investigación y se celebrara un juicio contra él, huyó a Gela.

[63] Agatocles, que en pocos días, por tierra y por mar se había impuesto a todos sus enemigos, realizó sacrificios en

honor a los dioses y organizó lucidos festejos honrando a sus amistades. Sin embargo, él solía evitar en sus banquetes esa pompa propia de los tiranos, y se mostraba más humilde que la propia gente del pueblo que allí se encontraba. Buscaba con esta política el beneplácito de la masa, les daba total libertad de palabra en sus borracheras y así descubría verdaderamente su opinión, ya que [2] en el vino está la verdad¹⁷¹. Siendo, por naturaleza, bromista y guasón, ni siquiera en las asambleas se reprimía de zaherir a los que estaban sentados e incluso de imitar a algunos de ellos, de manera que muchas veces la masa rompía a reír, como si fuera [3] uno de esos imitadores o titiriteros. Aunque la masa lo escoltaba, entraba solo en la asamblea, no como en el caso del tirano Dionisio. De hecho, este último desconfiaba de todo el mundo de tal manera que se dejó crecer la barba y el pelo para que no se viera obligado a exponer a la navaja del barbero las partes más vitales de su cuerpo; y si tenía alguna necesidad de rasurarse el pelo, se chamuscaba las crines, demostrando que la única [4] salvación para un tirano es su desconfianza. Pero Agatocles, una vez, en el transcurso de un banquete, alzó un gran ritón dorado y aseveró que no dejaría su oficio de alfarero hasta que no hubiera modelado tales sofisticadas obras de arte en copas; y es que no renegaba de su oficio, sino que más bien, al contrario, se enorgullecía de él, ya que mostraba que desde una humilde extracción había llegado a lo más alto. En una ocasión, durante [5] el asedio de una ciudad importante, le gritaron desde la muralla: «Cantarero, hornero, ¿cuándo vas a pagar a tus soldados?»; él respondió: «En cuanto tome la ciudad». A pesar de [6] todo, en el transcurso de estos banquetes descubrió quiénes, en su borrachera, se mostraban hostiles a su tiranía, y los invitó a otro convite, pero esta vez por separado; y a unos quinientos siracusanos que se habían mostrado petulantes los enfrentó a sus más solventes mercenarios y los aniquiló a todos. Era una [7] sabia precaución, ya que en cuanto se hubiera ausentado de nuevo en Libia, estos habrían acabado con la tiranía, llamando de nuevo a los exiliados con Dinócrates. Tras asegurarse de esta manera en el poder, zarpó de Siracusa.

Y al volver a Libia¹⁷², se encontró con que el ejército se hallaba [64] desanimado y sin víveres. Por ello, considerando que le convenía luchar, animó a los soldados a enfrentarse al peligro y poniendo en formación al ejército, retó a los bárbaros para que luchasen. Tenía un ejército de infantería formado por todos [2] los que habían sobrevivido, que eran seis mil; así como celtas, samnitas y etruscos en no menor número y casi diez mil soldados africanos que, al final, se quedaron sentados siempre prestos a cambiarse de bando. Aparte de estos, iban mil quinientos [3] caballeros y no menos de seis mil yuntas libias. Los cartagineses que habían acampado en elevados promontorios de difícil acceso, decidieron no arriesgarse a presentar batalla ante hombres que no se preocupaban por su vida, permanecieron en el campamento, donde estaban provistos de todo, ya que pensaban que se impondrían ante el enemigo ante el hambre y el desgaste. [4] Agatocles, ya que los suyos no podían avanzar por el llano, obligado por las circunstancias a dar un golpe de efecto y arriesgarse, llevó su ejército hacia el campamento de sus enemigos; y aunque los cartagineses salieron en mayor número y parecían tener ventaja, al ser más numerosos, por la dificultad del terreno, por un tiempo Agatocles y sus hombres se impusieron presionando por todas partes; pero después, los mercenarios y los [5] demás se vieron obligados a retroceder al campamento. Los bárbaros cargaron entonces concienzudamente, pero pasaron de largo ante los libios para no molestarlos y así poder ganar su favor, pero cada vez que identificaban a los griegos o a los mercenarios por sus armas, los perseguían a muerte, incluso hasta las propias puertas del campamento.

Murieron, en esa ocasión, del lado de Agatocles hasta tres mil soldados. Pero a la noche siguiente, una imprevisible e inexplicable desgracia se abatió sobre ambos ejércitos.

[65] Esa noche los cartagineses estaban sacrificando tras la victoria a los más bellos cautivos, como acción de gracias a sus dioses, cuando, en el momento en el que un gran fuego envolvía los cuerpos de los hombres, una repentina ráfaga de aire provocó que se incendiara la sagrada tienda que estaba cerca del altar; de allí, el fuego se expandió hasta la tienda del comandante supremo y desde allí, en línea, hasta las de los

generales, de tal forma que cundió el pánico en todo el ejército, que se quedó estupefacto. De hecho, algunos de los que habían intentado apagar el fuego quedaron atrapados por las llamas, al intentar salvar la panoplia y lo más lustroso de su impedimenta. Las cabañas estaban hechas de paja y forraje, de modo que el fuego se propagó con mucha más virulencia por el viento; y además, [2] la ayuda de los soldados llegó tarde. Por ello, como se extendió el incendio rápidamente por todo el campamento, muchos de los que se encontraban en caminos estrechos se abrasaron vivos y sufrieron un castigo semejante al que habían infligido a sus cautivos, siendo este acto impío la causa de su correspondiente castigo. Pero a aquellos que salieron apresuradamente del campamento, entre el tumulto y el ruido, los esperaba un peligro aún mayor.

En torno a unos cinco mil libios, incorporados a las filas de [66] Agatocles, traicionaron a los griegos y se pasaron durante la noche al bando de los bárbaros. Los que habían sido enviados como espías, en cuanto los vieron acercarse al campamento de los cartagineses, creyendo que todo el ejército de los griegos avanzaba en formación contra ellos, rápidamente informaron de sus movimientos a sus compañeros. En cuanto se corrió la [2] voz cundió el terror y el miedo por la llegada de sus enemigos. Como cada uno se preocupaba nada más que de su propia salvación y nadie atendía a ninguna de las órdenes de sus generales, ni respetaban la formación, los fugitivos se abalanzaron los unos sobre los otros. Al no reconocerse entre ellos, ya fuera por la oscuridad de la noche o por lo inesperado del ataque, lucharon contra sus amigos como si fueran enemigos. Se produjo [3] una gran matanza y mientras dominó la confusión, unos murieron en la lucha cuerpo a cuerpo y otros, que se habían escabullido sin armarse y que habían emprendido la huida, se precipitaron por los barrancos. ¡Tal se encontraba su alma de estupefacta ante un riesgo inesperado! Al final, murieron más de cinco mil soldados; el resto se volvió sano y salvo para Cartago. Los que se encontraban entonces en la ciudad, con lo que [4] les contaban los suyos tuvieron una falsa impresión y creyeron que habían sido derrotados en la lucha y que la mayoría del ejército había perecido. Por ello, angustiados, abrieron las puertas de la ciudad y en medio de un ruidoso

alboroto acogieron a los soldados, temerosos de que los enemigos aparecieran con los últimos que llegaban. Al amanecer, se dieron cuenta de la verdad y apenas pudieron recuperarse del susto por el supuesto desastre.

[67] Al mismo tiempo, Agatocles sufría con la misma suerte, llevado por engañosas y falsas impresiones, ya que los libios que le habían traicionado no se atrevieron a continuar, por el incendio del campamento y con el consiguiente alboroto que habían provocado, sino que se dieron la vuelta. Algunos de los griegos, al darse cuenta de que ellos venían, en la creencia de que se aproximaba el ejército de los cartagineses, anunciaron a Agatocles [2] que el enemigo se encontraba cerca del campamento. El dinasta dio entonces la orden de tomar las armas y los soldados se precipitaron desde el campamento con gran alboroto. Y al ver que el resplandor del incendio se alzaba prominente sobre el campamento y se oían las voces de los cartagineses, creyeron en verdad que los bárbaros se estaban precipitando sobre ellos [3] con todo su ejército. Como la impresión les impedía razonar, cundió en el campamento el pánico y todos se dieron a la fuga. Entonces al mismo tiempo que los libios se mezclaban con ellos y la noche, ya avanzada, incrementaba la incertidumbre de los que se encontraban allí, iban luchando los unos contra los otros [4] como si fueran enemigos. En toda esa noche, dispersos por todas partes, llenos de un atroz pavor, murieron más de cuatro mil; pero en cuanto se supo la verdad, los que habían logrado salvarse se volvieron para el campamento. Ambos ejércitos, pues, perecieron de dicha manera, engañados, como dice el refrán, por falsas alarmas de guerra¹⁷³.

[68] Agatocles decidió abandonar Libia, ya que todos los libios, tras el desastre acaecido, le habían traicionado, y lo que le quedaba de su ejército no podía enfrentarse contra los cartagineses; pero era consciente de que no podía llevarse consigo a todos sus soldados, porque no tenía barcos preparados, y no creía que los cartagineses, mientras dominaran el mar, lo permitirían. No confiaba [2] en que los bárbaros firmasen una tregua, ya que sus ejércitos eran superiores y, condicionados por el fin de aquellos que habían venido primero, habían decidido evitar que otros invadieran

Libia; así que decidió emprender el camino de vuelta con unos pocos [3] en secreto y se embarcó con uno de sus hijos más jóvenes, Heráclidas¹⁷⁴. Tenía miedo de Arcagato, ya que no quería que su hijo se aliara con su madrastra y, siendo temerario por naturaleza, conspirara contra él. Arcagato, por su parte, sospechaba de sus intenciones, por lo que se mantuvo pendiente de cuándo intentaría zarpar, con la intención de revelar sus planes a aquellos generales que pudieran abortar su intento. Le parecía terrible ser el único que no volviera sano y salvo, abandonado a su suerte a los enemigos, él, que había compartido los riesgos voluntariamente, que había luchado en defensa de su padre y de su hermano. Por ello, [4] reveló a algunos de los generales que Agatocles tenía la intención de zarpar de noche y a escondidas. A toda prisa no solo frustraron los planes de Agatocles, sino que comunicaron a la tropa la vileza de su acción. Los soldados, extremadamente ofendidos por ello, arrestaron al dinasta, lo ataron y se lo entregaron a la guardia.

El caos se apoderó del campamento, con el tumulto y el alboroto [69] correspondiente, y a medida que avanzaba la noche, se fue corriendo la voz de que los enemigos se encontraban cerca. Cundió el miedo y el pánico entre ellos y sin que nadie se lo ordenara se armaron y salieron del campamento. En ese momento [2] los que estaban custodiando al dinasta, que no estaban menos atemorizados que el resto y creían que los estaban llamando, rápidamente sacaron a Agatocles cubierto de cadenas. [3] En cuanto la masa lo vio, se apiadaron y alzaron sus voces pidiendo por su liberación. Él, en cuanto se vio libre, subió en compañía de unos pocos en una embarcación y sin que se dieran cuenta salió a la mar, aun siendo pleno invierno, en la época en la que se ponen las Pléyades¹⁷⁵. Tan solo preocupado por salvarse a sí mismo, Agatocles había abandonado a sus hijos, a los que los soldados ejecutaron, al enterarse de la huida del padre¹⁷⁶. Los soldados eligieron nuevos generales de entre sus filas y firmaron con los cartagineses un acuerdo de paz según el cual entregarían las ciudades de las que se habían apoderado, pagarían trescientos talentos, y aquellos que decidieran ser mercenarios al servicio de los cartagineses recibirían el mismo salario que habían

venido cobrando, mientras que los otros, de [4] vuelta a Sicilia, recibirían como lugar de retiro Solunte¹⁷⁷. Así, la mayor parte de los soldados que se encontraban recogidos bajo ese acuerdo, recibieron lo acordado. Pero todos aquellos que seguían ocupando las ciudades, ya que se aferraban a las promesas de Agatocles, fueron atacados y reducidos a la fuerza. [5] Los cartagineses crucificaron a sus líderes y a los otros los cubrieron con cadenas y los forzaron con el sudor de su frente a cultivar de nuevo la tierra que habían arruinado con la guerra.

Los cartagineses, pues, tras una lucha de cuatro años, devolvieron la libertad a su tierra.

[70] Cabría destacar los prodigios de la expedición a Libia de Agatocles y el castigo que recibieron sus hijos, como si vinieran dictados por la providencia divina; ya que, tras ser derrotado en Sicilia y cuando ya había perdido la mayor parte de su ejército, con un mísero remanente fue capaz de vencer a los que previamente habían salido victoriosos contra él; e incluso cuando él [2] había ya perdido todas las ciudades sicilianas y estaba sometido a asedio en Siracusa, fue capaz de hacerse con todas las ciudades de Libia y arrinconó a los cartagineses en un asedio, como si la suerte, a propósito, quisiera mostrar su propio poder incluso en las situaciones más desesperadas. Cuando ya había llegado a tal [3] punto de poder, llegando incluso a matar a Ofelas¹⁷⁸, aunque era su amigo y su huésped, la divinidad mostró a las claras que estaba detrás de todos los portentos que le sucedieron después, por lo que había cometido contra su amigo; ya que en el mismo mes y en el mismo día en el que él mató a Ofelas y se hizo cargo de su ejército, de nuevo más tarde provocó la muerte sus hijos y perdió su propio ejército. Y lo más curioso de todo, el dios, como si [4] un buen legislador se tratara, le hizo sufrir un doble castigo: por un amigo que había asesinado cruelmente, perdió dos hijos, precisamente los dos que habían estado junto a Ofelas, alzando la mano contra los jóvenes. Que tengan en cuenta esto aquellos que desprecian estas cosas.

Agatocles pasó a toda prisa de Libia a Sicilia; tras convocar [71] a parte del ejército se dirigió a la ciudad de Segesta, que era aliada. Al estar falto de dinero, obligó a los ricos a

contribuir con la mayor parte de sus posesiones, en una ciudad que estaba poblada entonces por unas diez mil personas. Como muchos [2] estaban indignados por estas medidas y se reunían para discutir sobre ello, Agatocles acusó a los ciudadanos de Segesta de conjurarse contra él y colmó la ciudad de terribles desgracias. Así pues, a los más pobres de la ciudad los masacró a orillas del río Escamandro, pero a los que creía que tenían una posición económica superior los torturó para que confesasen de cuánto dinero disponían. A algunos de ellos los descoyuntó en la rueda, a otros los colocó atados en las catapultas y los lanzó, y a otros los mortificó terriblemente azotándolos con astrágalos, causándoles [3] heridas de consideración. Incluso inventó un castigo similar al del toro de Fálaris¹⁷⁹: preparó una superficie de bronce con la forma del cuerpo humano, perfilada en cada parte por trancas, y a los que allí sometía a tortura los quemaba vivos, siendo la disposición de este invento superior a la del toro en ese sentido, ya que era posible observar cómo morían agónicamente. [4] A algunas de las mujeres ricas las atormentó astillando sus tobillos con tenazas de hierro, a otras de ellas les cortó sus pechos, a las que estaban embarazadas les puso piedras a la espalda para obligarlas a expulsar el feto, forzadas por el peso. Mientras el tirano estuvo buscando riquezas de esa manera, el miedo atenazó la ciudad, algunos se quemaron y otros se quitaron [5] la vida ahorcándose. Así, Segesta se encontró con que en un solo día pereció su población desde la juventud en adelante; y Agatocles se llevó a Italia a doncellas y niños y se los entregó a los brucios, borrando incluso la memoria del nombre de la ciudad, a la que rebautizó como Diceópolis¹⁸⁰, dándosela como residencia a los que habían desertado.

Al enterarse de la muerte de sus hijos, enfurecido con [72] todos aquellos que había dejado en Libia, envió a algunos de sus amigos a Siracusa a ver a Antandro, su hermano, con la orden de dar muerte a todos los parientes de aquellos que habían participado en la campaña contra Cartago¹⁸¹. Antandro [2] ejecutó presto la orden y los parientes murieron de la más variada manera. No solo los hermanos que ya estaban en edad de merecer o los padres o los hijos se vieron abocados a la muerte, sino incluso los abuelos de estos, si aún tenían, e

incluso los bisabuelos de estos, si es que aún estaban vivos, ya que debían de estar en las últimas y, por su edad, privados de todo uso de razón; e incluso niños recién nacidos, que fueron arrancados de los brazos de sus madres y que no tenían ninguna conciencia de la desgracia que se abatía sobre ellos; y todas las mujeres que tenían alguna relación de matrimonio o parentesco; y, en suma, todo aquel que con su condena fuera a provocar el dolor de los que habían quedado en Libia. Una ingente masa de gente de todo tipo fue conducida a orillas [3] del mar para ser castigada. Cuando los verdugos se pusieron junto a ellos, se sucedieron las lágrimas, las preces y los lamentos por este horror, no solo de aquellos que sin piedad eran ejecutados, sino también de aquellos que, impactados por la desgracia que se abatía sobre sus vecinos, ante la inminencia de su muerte, no estaban de mejor ánimo que aquellos que iban a morir delante de ellos. Pero lo más terrible [4] de todo fue que, tras la muerte de tantos y tras ser sus cuerpos abandonados en la playa, ni un solo pariente ni un solo amigo se atrevió a enterrarlos por miedo a dar la impresión de que quería compartir el mismo destino que su allegado. Por la cantidad de aquellos que habían sido ejecutados [5] cerca de sus aguas, el mar se tiñó de sangre en una amplia sección, viéndose de lejos la magnitud de la masacre y su crueldad¹⁸².

[73] Al cabo del año, Corebo fue nombrado arconte de los atenienses, y en Roma Quinto Marcio y Publio Cornelio obtuvieron el consulado¹⁸³. En ese año, el rey Antígono enterró a su hijo menor, Fénix¹⁸⁴, que había muerto de una manera digna de un rey, y tras mandar llamar a su hijo Demetrio reunió a sus ejércitos en Antigonía, ya que había decidido invadir [2] Egipto¹⁸⁵. Bajo su mando directo condujo por Celesiria a un ejército con más de ochenta mil soldados de infantería, unos ocho mil de caballería y más de ochenta y tres elefantes. Confió la flota a Demetrio, que navegó siguiendo el paso del ejército, llevando consigo ciento cincuenta de las naves de guerra y cien naves de transporte en las que viajaban soldados y se [3] llevaba toda clase de armamento. Como los capitanes de los barcos estimaban necesario esperar a la puesta de las Pléyades¹⁸⁶, que se creía que ocurriría al cabo de ocho días, Antígono les reprochó que temieran el peligro. Él, que

estaba apostado en Gaza, como quería arruinar los preparativos de la guerra de Ptolomeo, ordenó a sus soldados que hicieran acopio de comida para diez días y que cargaran ciento trece medimnos de trigo y una buena cantidad de forraje para los animales en los camellos que habían tomado de los árabes. Llevando las armas en las yuntas, avanzó por el desierto a duras penas, ya que muchos de los lugares eran marismas, especialmente la región de Baratra¹⁸⁷.

Demetrio, por su parte, iba navegando desde Gaza a media [74] noche, y como al principio gozó de buen tiempo durante algunos días, en algunas naves ligeras transportaron toda la carga militar, pero cuando se pusieron las Pléyades, se cernió sobre ellos un viento del norte y muchos de los barcos de cuatro filas de remeros fueron arrastrados en la zozobra del viento al puerto de la ciudad de Rafia¹⁸⁸, un lugar donde era difícil atracar un barco y estaba lleno de bancos de arena. Algunas de las embarcaciones [2] que cargaban las armas se hundieron, atrapadas por la tormenta, y otras se dieron la vuelta para Gaza. Pero Demetrio, forzando el paso con las más poderosas de sus naves, consiguió llegar hasta Casio¹⁸⁹. Esta localidad no se encontraba lejos del [3] Nilo, pero no tenía puerto y era imposible atracar allí en época de tormentas. Por ello, se vieron obligados a levar anclas y navegar como a unos dos estadios¹⁹⁰ de la costa, corriendo muchos peligros. Como las olas golpeaban fuertemente los barcos, estuvieron a punto de volcarse con toda la tripulación, y como en la costa no había puertos y era tierra enemiga, no era posible para una nave fondear y para la tripulación acercarse a nado sin peligro; y lo más importante, se habían quedado sin agua potable y estaban tan limitados por la falta de ella que, si la tormenta [4] duraba un día más, todos morirían de sed. Estaban, pues, con esa angustia, esperando a la muerte, cuando el viento cesó y apareció el ejército de Antígono y acamparon en la costa cerca [5] de las embarcaciones. Desembarcando de las naves y recuperándose en el campamento, esperaron a aquellas naves que habían dejado atrás. En esa galerna se hundieron tres naves de cinco filas de remeros, de las que algunos de sus ocupantes lograron nadar hasta la costa. Después, Antígono

llevó su ejército cerca del Nilo, donde acampó a dos estadios¹⁹¹ de distancia del río.

[75] Ptolomeo, que había ocupado con guarniciones poderosas los lugares más propicios, envió a algunos de sus hombres en pequeñas bateas, con la orden de que se acercaran a un fondeadero y que lanzaran la promesa de que a aquellos que traicionaran a Antígono se les pagaría dos minas, en el caso de los soldados rasos, y un talento a aquellos que estuvieran en los [2] puestos de mando. Esa promesa, en cuanto se cumplió, hizo que los mercenarios de Antígono se sintieran tentados de traicionarlo y en ellos se propagó la idea de que incluso la mayoría de sus generales, por una razón u otra, deseaban cambiar de bando. [3] Pero como muchos intentaron desertar en masa, Antígono, que estaba apostado a la orilla del río con sus honderos y arqueros y muchas de sus ballestas, hizo retroceder a los que navegaban en sus bateas. A algunos de los desertores que consiguió capturar los torturó cruelmente, con la intención de amedrentar a los que [4] albergaran una voluntad semejante. Tras incluir en sus fuerzas los esquifes que habían llegado tarde, puso rumbo a la región llamada Pseudostomon¹⁹², en la idea de que allí podría desembarcar a algunos de sus soldados. Al ver que en ese lugar había una poderosa guarnición y que se encontraba equipada con todo tipo de venablos y armas, continuó su navegación durante la noche. Ordenó entonces a los capitanes que siguieran la principal, fijándose en su linterna, y que continuaran la navegación hasta la desembocadura del Nilo llamado Fatnítico¹⁹³. En cuanto llegó el día, como muchas de las naves se habían perdido, se vio obligado a esperarlas y a enviar a las más ligeras en busca de los que se habían retrasado.

Como, por ello, se habían demorado considerablemente, [76] Ptolomeo, al enterarse de la llegada de sus enemigos, acudió rápidamente en ayuda y desplegó su ejército a lo largo de la playa. Demetrio, que en ese momento intentaba desembarcar infructuosamente, en cuanto escuchó que el lugar estaba naturalmente protegido con marismas y ciénagas, se dio de nuevo la vuelta con toda su flota. En ese momento se levantó un terrible [2] viento del norte, se encrespaban las olas

y tres de las naves de cuatro filas de remos y algunas de las que transportaban soldados fueron arrojadas violentamente por la fuerza de las ondas contra la costa y cayeron en manos de Ptolomeo; pero las otras embarcaciones, manejadas por la tripulación, lograron llegar sanas y salvas de nuevo al campamento de Antígono. Como Ptolomeo ya había ocupado enteramente cada uno [3] de los fondeaderos del río con guarniciones bien pertrechadas, y todos ellos estaban provistos de todo tipo de artillería y de gente para usarla, Antígono se encontró con no pocas dificultades. [4] La flota no les servía para nada entonces, ya que la bahía del Pelusio estaba tomada por los enemigos, y lo más importante, a medida que los días iban pasando, se iban quedando [5] sin agua y sin alimento para sus animales de carga. Por esa razón, sus tropas se encontraban desanimadas. Antígono llamó entonces a capítulo a sus generales y al ejército y se puso a discutir si era conveniente esperar y luchar, o volver en ese momento a Siria y después, con unos mejores preparativos, invadir Egipto en el momento en el que se creía que el cauce [6] del Nilo estaría más bajo. Como todos estaban a favor de volverse, ordenó a los soldados que se pusieran en marcha y emprendieran rápidamente la vuelta a Siria, siguiéndolos de cerca también toda la flota. Ptolomeo, tras la marcha de sus enemigos, se alegró extremadamente e hizo sacrificios en acción de gracias a los dioses y agasajó espléndidamente a sus amigos. [7] También escribió a Seleuco, a Lisímaco y a Casandro comunicándoles sus éxitos y la gran cantidad de desertores que se habían pasado a su bando; y él mismo, tras haber luchado por segunda vez en defensa de Egipto¹⁹⁴, convencido de que esa tierra le correspondía como botín de guerra, se volvió a Alejandría¹⁹⁵.

[77] Al mismo tiempo, Dionisio, el tirano de Heraclea Póntica, murió tras un reinado de treinta años¹⁹⁶, sucediéndole en el trono sus hijos Oxtras y Clearco, que reinaron durante diecisiete años.

En Sicilia¹⁹⁷, Agatocles pasó por las ciudades que había sometido con guarniciones, sacando dinero de ellas. Actuó con precaución, no fuera que por los infortunios que habían sufrido los sicilianos, fueran a reclamar su independencia. En ese

momento [2] el general Pasifilo, al enterarse de la muerte de los hijos de Agatocles y de la derrota de la expedición en Libia, despreció al tirano y, tras pasarse al bando de Dinócrates y ratificar su alianza con él, puso en sus manos las ciudades que se le habían confiado, manipuló la mente de sus ejércitos y los puso en contra del tirano. Agatocles, que se veía defraudado en todas sus [3] esperanzas por todas partes, se encontraba tan apesadumbrado que envió una embajada a Dinócrates para hacer las paces: él dejaría el poder absoluto, devolvería Siracusa a sus ciudadanos y Dinócrates no sería jamás un exiliado, pero, a cambio se le darían dos fortines, Terma y Cefaledion, además de la región circundante.

Resultaba asombroso cómo Agatocles, que se había mostrado [78] resuelto en las demás ocasiones y jamás, incluso en los momentos más desesperados, había perdido la fe en sí mismo, sin haber empuñado las armas, cedió entonces a sus enemigos el poder absoluto por el que había corrido muchos y grandes peligros; y lo más extraño de todo, que mientras fue dueño de Siracusa y de las demás ciudades y tuvo naves y dinero a su disposición, así como un ejército adecuado, no supo aprovechar las ocasiones que se le brindaron, y tampoco recordó el ejemplo del tirano Dionisio. Una vez, este último estaba abocado a una [2] situación completamente desesperada y, dada la magnitud del peligro, había ya perdido la esperanza de mantenerse en el poder y estaba ya dispuesto a emprender el exilio voluntariamente. Pero Heloris, el más veterano de sus consejeros, oponiéndose a esta determinación le dijo: «Dionisio, la tiranía es una bella mortaja». Y del mismo parecer se mostró su cuñado Megacles [3] con él, quien le apuntó que el hombre que se veía desbancado del poder absoluto tenía que salir con los pies por delante y no podía marcharse voluntariamente¹⁹⁸. Ante estos consejos, Dionisio cambió de opinión y superando todas las dificultades que parecían terribles no solo engrandeció su reino, sino que cuando se hizo mayor, nació en la abundancia y dejó a sus herederos uno de los reinos más prósperos de Europa.

[79] Pero Agatocles no se vio persuadido por ninguna de estas razones y sin querer tentar su suerte en este mundo,

estaba a punto de entregar su poder en esos términos. Pero ese acuerdo nunca tuvo lugar, ya que aunque iba firmado por Agatocles, [2] Dinócrates no lo ratificó por ambición. Este último no solo deseaba gobernar en solitario, ya que era un enemigo del partido demócrata en Siracusa, sino que se sentía tan seguro con el prominente poder del que disfrutaba en ese momento, ya que estaba al mando de más de veinte mil soldados de infantería, tres mil de caballería y de muchas ciudades importantes, que, aunque se le consideraba el cabecilla de los exiliados, en verdad gozaba [3] de una autoridad regia y de un poder absoluto. Si volvía a Siracusa, se vería necesariamente obligado a ser un ciudadano corriente, y a contar como uno más, ya que la libertad está en consonancia con la igualdad; y en las elecciones podría ser derrotado por algún demagogo, ya que la masa se opone a la excesiva preeminencia de los hombres que se dejan llevar con demasiada libertad. Por ello, en justicia, se podría decir de Agatocles que había dejado el puesto de tirano; de Dinócrates, en cambio, se podría creer que fue responsable de los últimos éxitos [4] del tirano, pues, de hecho, aunque Agatocles intentaba con frecuentes embajadas firmar un acuerdo y le pedía que le dejaran los dos fortines para seguir con su vida, Dinócrates siempre ponía alguna excusa para defraudar las esperanzas de aquel de llegar a un pacto, ya fuera haciéndole ver que tenía que abandonar Sicilia, ya fuera exigiendo sus hijos como rehenes. Agatocles, [5] al descubrir sus intenciones, denunció ante los exiliados que Dinócrates estaba bloqueando los intentos de estos de lograr su independencia, y a la vez envió a los cartagineses embajadas y firmó la paz en unos términos en los cuales se le devolvían a los fenicios todas las ciudades que antes habían estado bajo su mando. A cambio, tomaría de los cartagineses oro por el valor de trescientos talentos de plata o, como Timeo asegura, ciento cincuenta, y doscientos mil medimnos de trigo.

Y esto fue lo que ocurrió entonces en Sicilia¹⁹⁹.

En Italia²⁰⁰ los samnitas conquistaron las ciudades de Sora y [80] Calatia, aliadas de los romanos, y esclavizaron a su población. Los cónsules invadieron Yapigia con importantes efectivos y plantaron su campamento cerca de la ciudad de

Silvio²⁰¹. Sometieron [2] a esta ciudad, que estaba en manos de una guarnición samnita, a un largo asedio de varios días, hasta que la tomaron por la fuerza y se hicieron con más de cinco mil prisioneros, además de un importante botín. Tras acabar con ella, prosiguieron [3] su marcha por la región de los samnitas, talando los árboles y arrasando con el territorio, ya que los romanos, tras años de continuas luchas contra este pueblo, estaban ansiosos por conseguir una victoria, obligándolos a someterse y desposeyéndolos de las riquezas de su región. Como balance de la ruina que [4] causaron en la región de sus enemigos tras cinco meses, los romanos habían incendiado casi todas las granjas y habían desertificado la región, haciendo desaparecer todo lo que pudiera producir fruto en sazón. Después de esto, declararon la guerra a los anagnitas²⁰², que los habían tratado con injusticia, y se repartieron las tierras de Frusino²⁰³, tras capturarla.

[81] Al año siguiente fue nombrado arconte Eujenipo, y en Roma desempeñaron el cargo de cónsules Lucio Postumio y Tiberio Minucia²⁰⁴. En ese año los rodios entraron en guerra contra Antígono [2] por las siguientes razones²⁰⁵. Rodas era una pujante ciudad que dominaba los mares y siendo la mejor gobernada de los griegos era ambicionada por dinastas y reyes que rivalizaban en ganarse su favor. Viendo lo ventajoso que resultaba firmar alianzas con todos ellos por separado, no participaron en ninguna [3] de sus guerras. Por ello, cada uno de ellos la cortejaba con regalos regios y gozó de cierta prosperidad mientras estuvo en paz. De hecho, llegó a tener tal poder que, a título particular y como favor a los griegos, llevó a cabo una guerra contra la piratería y limpió los mares de delincuentes; y Alejandro, el hombre más poderoso de cuantos se recuerdan, la distinguió por encima de otras, ya que depositó allí su testamento²⁰⁶ para la sucesión del reino y, entre otras cosas, admiró Rodas y la encumbró [4] en su poder. Entonces los rodios, que habían firmado tratados de paz con todos los dinastas, trataron de no ponerse jamás en entredicho, pero mostraban sus preferencias por Ptolomeo; y es que, precisamente, la mayoría de los tributos provenían de aquellos mercaderes que se dirigían a Egipto y, en general, la ciudad se abastecía gracias a ese reino.

Antigono era consciente de esto y estaba dispuesto a acabar [82] con esa alianza que tenían con Ptolomeo. La primera vez que les envió embajadores fue en aquella ocasión en la que luchó contra Ptolomeo por la posesión de Chipre y les pidió que fueran sus aliados y unieran sus naves a las de Demetrio²⁰⁷. Pero [2] como ellos no acataron esa orden, Antígono mandó a uno de sus generales junto con algunos barcos, con la orden de interceptar a los navegantes que pusieran rumbo a Egipto desde Rodas y hacerse con sus cargueros. Pero cuando este general fue repelido por los rodios, Antígono, diciendo que ellos le estaban declarando una guerra injusta, los amenazó con asediar la ciudad con un numeroso ejército. Los rodios, al principio, aprobaron por votación otorgarle honores extraordinarios e incluso le enviaron embajadores para pedirle que no obligara a la ciudad a entrar en guerra y romper su alianza con Ptolomeo. Pero como [3] el rey les contestó con insolencia y encima les envió a su hijo Demetrio con un ejército y con maquinaria de asedio, temerosos del poderío del rey mandaron una embajada a Demetrio, diciéndole que lucharían del lado de Antígono contra Ptolomeo; pero en cuanto él les pidió a cien de los más distinguidos ciudadanos como rehenes y les exigió que dejaran entrar en sus puertos a su flota, entendiendo que él estaba conspirando contra la ciudad, se prepararon para la guerra. Demetrio reunió a todo [4] su ejército en el puerto de Lorima²⁰⁸ y preparó a su flota para dirigirse a Rodas. Tenía doscientas naves grandes de varios tamaños y más de ciento setenta embarcaciones auxiliares. En ellas embarcó a algo menos de cuarenta mil soldados, además de los jinetes y los piratas que eran sus aliados. También tenía una buena y variada cantidad de artillería y una gran carga de todo [5] tipo de maquinaria de asedio. Además de estas, le siguieron algo menos de mil embarcaciones particulares que pertenecían a comerciantes, ya que, como los rodios no habían sufrido ningún tipo de asedio durante muchos años, de todas partes acudieron en masa esas gentes que acostumbran a obtener ganancias particulares de los que padecen las desgracias de la guerra.

[83] Demetrio, como si estuviera disponiendo su flota para una batalla naval, hizo colocar en la vanguardia, para causar una mayor impresión, los barcos más grandes que tenían en sus proas ballestas de tres palmos de largo, e hizo que los siguieran las naves que llevaban la infantería y la caballería escoltadas por embarcaciones de remo; y con todos ellos, también los barcos piratas y los cargueros de comerciantes y mercaderes que eran tan excesivos en número, como ya se ha dicho, que llenaron todo el espacio que había entre la isla y la costa opuesta con sus naves, impresionando a todos aquellos que salían a verlo desde [2] la ciudad. Los soldados rodios, ocupando sus puestos en las murallas, esperaron la llegada de la flota enemiga, mientras que ancianos y mujeres miraban atentos desde sus casas, ya que la ciudad tenía una disposición en forma de teatro²⁰⁹. Todos se quedaron impresionados por la magnitud de la flota y el brillo de las resplandecientes armaduras y estaban bastante preocupados por lo que se cernía sobre ellos. Al punto, Demetrio navegó [3] hasta la isla y tras desembarcar acampó con su ejército cerca de la ciudad, colocando su campamento fuera del alcance de las armas enemigas. Entonces envió algunos de sus más aguerridos piratas y soldados a saquear la isla por tierra y por mar. Cortó [4] los árboles de la región vecina, destruyó las granjas y con esos restos fortificó su campamento, rodeándolo de una triple empalizada con grandes y afiladas picas, de tal forma que la ruina de sus enemigos repercutiera en la seguridad de sus propias huestes. Después de esto, con ayuda de todo su ejército y su tripulación, en pocos días bloqueó el espacio que había entre la ciudad y la entrada al puerto y construyó un embarcadero protegido y suficientemente amplio para sus naves.

Los rodios continuaron enviándole mensajeros, rogándole [84] que no provocara un daño irreparable a la ciudad, pero no atendió a ninguna de sus embajadas y perdiendo toda esperanza de alcanzar una paz, los rodios enviaron embajadores a Ptolomeo, a Lisímaco y a Casandro, pidiéndoles que los ayudaran, dado que la ciudad estaba luchando por su causa. Dieron permiso [2] para que los metecos y extranjeros residentes que quisieran se unieran a la

guerra con ellos, y a aquellos que no servían los enviaron fuera de la ciudad, ya fuera previendo una escasez de provisiones, ya fuera para que no hubiera algún traidor a la ciudad, porque estuviera a disgusto con la situación de la misma. El número que consiguieron reunir de ciudadanos aptos para el combate fue de unos seis mil, y unos mil entre los metecos y los extranjeros residentes. También aprobaron por votación comprar [3] a sus dueños aquellos esclavos que mostraran su coraje en la guerra y proclamarlos ciudadanos libres. También decretaron que la ciudad correría con los gastos del entierro de los cuerpos de aquellos que murieran en la guerra, que los gastos de manutención de sus hijos y padres estarían a cargo del erario público, que el Estado dotaría a sus hijas casaderas y que sus hijos, cuando llegaran a ser mayores de edad, serían coronados en el teatro [4] y vestidos con la panoplia durante las Dionisias. Con estas medidas subieron los ánimos para afrontar el peligro con coraje y también se ocuparon de las preparaciones necesarias. Todo el pueblo estaba unido: los más ricos contribuyeron con su dinero, los operarios ofrecieron sus servicios para la manufactura de las armas; y todos eran puro tesón, afanándose en superar a los [5] otros en celo. Algunos estaban encargados de las ballestas y las balistas, otros estaban encargados de las armas, algunos reconstruían las murallas y la mayoría llevaban piedras a ellas y las colocaban. Mandaron contra los enemigos tres de sus más veloces barcos y enviaron el resto de las naves de carga en busca de [6] provisiones para la ciudad. Estas, al aparecer repentinamente, hundieron muchas de las naves comerciales que habían acudido hasta esta región para saquearla, y no fueron pocas las que consiguieron arrastrar a la playa y reducirlas a cenizas. En el caso de los prisioneros, aquellos que pudieran pagar un rescate fueron escoltados hasta la ciudad, pues los rodios habían llegado a un acuerdo con Demetrio, según el cual se pagarían respectivamente diez mil dracmas por cada hombre libre y quinientos por cada esclavo.

[85] Demetrio, que tenía a su disposición innumerables recursos para colocar su maquinaria de guerra, se dispuso a preparar dos plataformas, una para las catapultas y otra para las balistas. Ambas estaban sobre dos naves de carga, unidas entre sí, y sobre dos torres de cuatro pisos que excedían en

altura a las torres que se encontraban en la playa, y estaban cada una de ellas sobre dos naves de igual tamaño en tal disposición, que, en la marcha, la colocación de cada uno de sus lados equilibraba [2] el peso. Preparó también una empalizada flotante conformada con picas por sus cuatro lados, de tal forma que, yendo por delante, estorbara la navegación de sus enemigos, que dirigieran su ataque contra las naves que llevaban la maquinaria de guerra. Mientras él estaba poniendo a punto estas cosas, hacía acópio [3] de las más ligeras naves y las reforzó con plataformas y puertas que se podían abrir y cerrar, y puso en ellas catapultas de tres palmos de ancho que podían arrojar sus proyectiles más lejos, y a operarios para que manejaran estas máquinas, e incluso a arqueros cretenses. Entonces puso las naves cerca de sus objetivos y masacró a los que se encontraban levantando la altura de la muralla que estaba junto al puerto.

Los rodios, al darse cuenta de que Demetrio estaba cargando [4] con todas sus fuerzas contra el puerto, se pusieron manos a la obra para defenderlo. Pusieron dos máquinas de guerra en el muelle y otras tres sobre unas naves de carga que se encontraban cerca de las entradas del puerto pequeño. En ellas pusieron una gran cantidad de ballestas y balistas de todos los tamaños para que, en caso de que los enemigos consiguieran introducir sus soldados y su maquinaria en el muelle, se pudiera repeler su ataque con ellas. También colocaron plataformas aptas para las catapultas que iban a montar en las naves de carga ancladas en el puerto.

Tras estos preparativos por ambas partes, Demetrio tomó la [86] iniciativa e intentó introducir la maquinaria dentro del puerto, pero se lo impidió una fuerte marejada; pero después, cuando las aguas se calmaron por la noche, sin que nadie se diera cuenta, salió a la mar y se apoderó del muelle del puerto grande y reforzó esta plaza, protegiéndola con puertas y con piedras; e hizo subir allí a cuatrocientos soldados con todo tipo de armas. Este lugar se encontraba a cinco pletros²¹⁰ de las murallas de la ciudad. Al día siguiente mandó llevar al puerto la maquinaria [2] escoltada por el sonido de las trompetas y de los gritos de sus soldados. Lanzando desde lejos ataques con las ballestas más ligeras, ahuyentó a los que estaban

construyendo la muralla cerca del puerto, y con las balistas destruyó las máquinas de los enemigos y la muralla que discurría a través del muelle, pues [3] era muy frágil y de poca altura en aquellos tiempos. Pero como los que se encontraban en la ciudad, desde ella luchaban denodadamente durante todo el día, al final acabaron todos sufriendo percances y causando quebrantos por ambas partes, y al caer la noche retiró las máquinas de nuevo con las naves de remolque fuera del alcance de los enemigos. Los rodios, entonces, llenaron barcos con madera seca y brea y pusieron lumbres en ellas. Al principio, saliendo en persecución, lograron acercarse a las naves de los enemigos y prendieron fuego a la madera, pero después, ahuyentados por la empalizada flotante y por los [4] proyectiles, se vieron obligados a retirarse. Se declaró un incendio y unos pocos lograron sofocarlo y se volvieron con sus esquifes, pero la mayoría, al ver sus embarcaciones consumidas por el fuego, regresó a nado. Al día siguiente, Demetrio lanzó un contraataque similar por mar, pero al mismo tiempo ordenó atacar por tierra desde todas partes entre el ruido de las trompetas y gritos, para amedrentar a los rodios, angustiados ante los muchos frentes abiertos.

[87] Tras haber asediado la ciudad así durante ocho días, Demetrio había conseguido inutilizar las máquinas del muelle con macizas balistas y también había conseguido destrozar el lienzo de la muralla y las torres. Unos cuantos de sus soldados incluso se habían apoderado de una sección de la muralla del puerto, pero los rodios, que eran muchos más en número, los atacaron: mataron a algunos de ellos y a los demás los obligaron a retirarse. Los que acudieron en defensa de la ciudad contaban con la rudeza de la costa por donde discurrían las murallas de la ciudad, ya que se encontraban muchas y grandes piedras, unas al lado de las otras, fuera de las murallas, junto a la construcción. [2] No pocas de las embarcaciones que llevaban estos soldados, por ignorancia desembarcaron allí y los rodios, tras rápidamente romper sus mástiles y lanzar madera con brea y antorchas en esas naves, les prendieron fuego. Mientras los rodios estaban ocupados en este menester, los soldados de Demetrio, que habían acudido por mar de todas partes, colocaron sus escaleras en las murallas y cargaron aún con más fuerza, y las tropas que

estaban en tierra se unieron lanzando el grito de guerra al unísono por todas partes. Al ser entonces muchos los que arriesgaban [3] sin descanso sus vidas y muchos los que continuamente subían por las murallas, se produjo una encarnizada lucha, con los de fuera presionando para entrar, y los de dentro acudiendo en masa en la defensa. Al final, como los rodios luchaban aguerridamente, algunos de los que subían cayeron y otros, cubiertos de heridas, fueron capturados, entre los que se encontraban algunos de sus más destacados generales. Siendo tantas las pérdidas [4] entre los atacantes, Demetrio retiró las máquinas a su puerto y se dispuso a reparar las naves y las máquinas que habían sido dañadas. Por su parte, los rodios enterraron a los ciudadanos que habían muerto y ofrendaron a los dioses los mástiles de los barcos y las armas de los enemigos y reconstruyeron la parte de la muralla que había sido derruida por los enemigos.

Demetrio empleó siete días en poner a punto su maquinaria [88] de guerra y sus barcos y, tras hacer todos los preparativos para un nuevo asedio, puso rumbo de nuevo al puerto. Su único afán era hacerse con él y cortar toda entrada de suministros en la ciudad. Atacó las naves rodias atracadas en el muelle, en cuanto [2] las tuvo a tiro de sus proyectiles de fuego (que eran muchos) e hizo temblar las murallas con sus balistas, y con sus ballestas destrozó a los que se atrevían a exponer su cuerpo. Como el [3] ataque era continuo e impresionante, los almirantes de Rodas, tras luchar agónicamente por salvar sus barcos, apagaron los proyectiles de fuego y los magistrados, al ver que el puerto estaba a punto de ser capturado, convocaron a los más importantes de sus ciudadanos para afrontar el peligro que se cernía sobre [4] la salvación de todos. Como fueron muchos los que acudieron valientemente, botaron las más poderosas naves radias con selectos remeros y les dieron instrucciones para que intentaran hundir con sus remos los barcos que transportaban la [5] maquinaria de guerra de los enemigos. Entonces estos, aunque eran muchos los misiles que se les lanzaban, lograron abrirse paso por la empalizada reforzada con hierro, y propinando muchos golpes a los barcos llenaron las naves de agua de mar y hundieron dos de las máquinas; y cuando la tercera estaba siendo arrastrada con cuerdas por los hombres de Demetrio,

los rodios, animados por lo que habían conseguido, se arrojaron al [6] peligro con más bravura de la conveniente. Por ello, tras verse rodeados por una multitud de grandes naves y tras haber sido destruidas muchas partes del casco de sus naves a golpes habían sido destruidas a golpes, el almirante Execesto, el trierarca, y algunos otros fueron hechos presos, cubiertos de heridas. El resto se arrojó al mar y salió nadando por sus propios medios y los hombres de Demetrio se hicieron con una de las naves, pero [7] las otras huyeron del peligro. Una vez finalizada esta batalla naval, Demetrio preparó otra máquina, tres veces más alta y más ancha que la anterior; pero, cuando estaba llevándola al muelle, se declaró por el sur una tremenda tormenta que hizo zozobrar las embarcaciones que estaban en el puerto y hundió la máquina. En ese momento, los rodios aprovecharon esta oportuna ocasión, abrieron las puertas y atacaron a los que habían [8] tomado el muelle. Se produjo una larga y encarnizada lucha y, como Demetrio no podía enviar refuerzos, por la tempestad, y los rodios, por otra parte, estaban luchando por tandas, los hombres del rey, unos cuatrocientos, se vieron obligados a 9 rendirse y a deponer las armas. Tras esta victoria radia acudieron por mar ciento cincuenta soldados aliados procedentes de Cnosos y más de quinientos enviados por Ptolomeo, algunos de los cuales eran mercenarios al servicio del rey.

Y esto fue lo que sucedió en el sitio de Rodas²¹¹.

En Sicilia²¹², Agatocles, al no poder llegar a un acuerdo con [89] Dinócrates y los exiliados, marchó contra ellos con el ejército del que disponía, creyendo que era necesario presentar batalla y arriesgar el todo por el todo. Le siguieron no más de cinco mil soldados de infantería y ochocientos caballeros. Los exiliados [2] del bando de Dinócrates, al ver al enemigo acercarse, aceptaron deseosos el combate, ya que eran mucho más numerosos. De hecho, eran más de veinticinco mil soldados de infantería y no menos de tres mil de caballería. Acamparon enfrente de ellos en una localidad llamada Torgio²¹³ y tras ponerse en formación de combate, no mucho tiempo después, se produjo una encarnizada batalla donde ambas partes brillaron por su coraje. Pero después, algunos de los que disentían de los criterios de Dinócrates, que eran más

de dos mil, se pasaron al bando del tirano y causaron la derrota del de los exiliados. Los que estaban del [3] lado de Agatocles cobraron muchos ánimos, mientras que los que habían luchado con Dinócrates se desmoralizaron y, como creyeron que los que los habían traicionado eran más, emprendieron la huida. Entonces Agatocles empezó a perseguirlos hasta una cierta distancia y, en vez de perpetrar una masacre, envió mensajeros a los derrotados para pedirles que cesaran de oponerse a él y que volvieran a su patria, ya que ellos habían comprendido que jamás serían capaces de vencerle en la batalla, cuando incluso entonces, aún siendo superiores en número, habían salido derrotados. Todos los caballeros de la facción disidente [4] pudieron huir sanos y salvos hasta la región de Ambicae²¹⁴; pero en el caso de los soldados de infantería, aunque algunos de ellos pudieron escabullirse al caer la noche, la gran mayoría, pertrechados en un montículo, llegaron a un acuerdo de paz con Agatocles, ya que habían perdido toda esperanza de conseguir una victoria y querían reunirse con sus parientes y amigos, y echaban de menos la patria y las comodidades de su vida allí. [5] Agatocles les dio su palabra; pero, en cuanto bajaron desde el desierto montículo y entregaron las armas, los masacró; y eso que eran alrededor de siete mil, como dice Timeo; o como algunos han dejado por escrito, cerca de unos cuatro mil. Lo cierto es que Agatocles no respetaba promesas ni juramentos, ya que basaba su poder no en la fuerza de sus propias huestes, sino en la debilidad de sus enemigos, teniendo más temor a sus aliados que a sus enemigos.

[90] Tras destruir, pues, al ejército que se le había enfrentado de esta manera, acogió entre sus filas a aquellos exiliados que quedaban y tras hacer las paces con Dinócrates, lo nombro general de una sección de un ejército y lo convirtió en uno de sus consejeros. Uno no deja de sorprenderse con Agatocles: ¿cómo puede ser que sospechando de todos, sin llegar a confiar en nadie completamente, mantuviera su amistad con Dinócrates hasta [2] la muerte? Dinócrates traiciono a sus aliados, arrestó a Pasifilo en Gela y lo asesinó, y entregó a Agatocles sus guarniciones y sus ciudades, tras haber pasado dos años haciéndole la guerra al enemigo²¹⁵.

[3] En Italia²¹⁶ los romanos derrotaron a los pelignos²¹⁷ y tras haber tornado posesión de sus tierras, ofrecieron la ciudadanía a algunos que estaban bien dispuestos para con Roma. Después de esto, como los samnitas asediaban Falerno²¹⁸, los cónsules les plantaron cara y los romanos salieron victoriosos en la batalla. Se [4] hicieron con veinte estandartes y apresaron a más de dos mil soldados. Tras capturar los cónsules la ciudad de Bola²¹⁹, Gelio Gayo²²⁰, el líder de los samnitas, apareció con seis mil soldados. En la encarnizada batalla que se produjo, el propio Galo fue capturado y la mayoría de los otros samnitas encontraron la muerte, aunque algunos fueron capturados vivos. Los cónsules, valiéndose de estas victorias, recuperaron ciudades aliadas que habían sido capturadas antes: Sora²²¹, Arpina²²² y Serennia²²³.

Al año siguiente en Atenas Ferecles fue nombrado arconte, [91] y en Roma los cónsules fueron Publio Sempronio y Publio Sulpicio²²⁴, y en Elis se celebraron los Juegos Olímpicos en su edición número ciento diecinueve, en la que el corintio Andromenes se alzó con la victoria en la carrera en el estadio. En ese año²²⁵ Demetrio aún estaba asediando Rodas, pero como no tenía éxito en sus ataques por mar, decidió iniciar sus operaciones por [2] tierra. Tras hacerse con una gran cantidad de madera, construyó una maquina que él llamo «helépolis» (la toma-ciudades²²⁶) y que superaba en tamaño a todas las que había construido anteriormente. Cada uno de los lados de este ingenio en forma de cuadrado medía unos cincuenta codos²²⁷ de largo, construido con tablas de madera ensambladas con hierro. Dividió el espacio que había en el interior con barras que distaban un codo²²⁸ las unas de las otras, para que hubiera sitio suficiente para los operarios [3] que hacían avanzar la máquina. La estructura podía moverse enteramente, ya que estaba montada sobre ocho grandes ruedas de acero. La anchura de las llantas era de dos codos²²⁹, rematada con macizas chapas de metal; y para facilitar el giro, a un lado se habían construido pivotes con los que toda la máquina [4] podía moverse fácilmente en todas las direcciones. De las esquinas surgían columnas iguales en altura, o quizá un poco más cortas de cien codos²³⁰, que se

inclinaban de un lado a otro de tal manera que, teniendo la estructura entera nueve plantas, el primer piso ofrecía un espacio de cuarenta y tres pies cuadrados [5] y la planta superior de solo nueve²³¹. Cubrió por fuera las tres partes visibles de la máquina con placas de acero ensambladas de tal manera que no pudiera sufrir ningún tipo de incendio por los proyectiles del fuego. Cada planta tenía al frente unas ventanas adaptadas a la medida y forma particulares de cada tipo de arma que iba a usarse. Estas ventanas tenían unas escotillas [6] que se abrían mecánicamente, con las que se protegía a aquellos que disparaban desde cada planta, pues estaban hechas de cuero curtido, relleno de lana, que amortiguaba el impacto de los proyectiles de piedra de los enemigos. Cada una de las plantas [7] tenía dos anchas escaleras que, en un caso, se usaban para subir lo necesario y, en otro, para bajar al terreno y que se hiciera todo sin ningún problema. Estaban encargados de poner en marcha la máquina unos tres mil cuatrocientos hombres que fueron seleccionados de entre las filas del ejército por su fuerza física. Algunos se encontraban dentro, pero muchos estaban [8] apostados en la parte posterior empujando, ayudados por el industrioso diseño del ingenio para moverlo. También Demetrio construyó torres fortificadas y pasadizos con los que proteger el camino de aquellos que acudían a las labores para que pudieran regresar con seguridad. Con la tripulación de sus barcos limpió el lugar a cuatro estadios a la redonda, ya que planeaba avanzar con las naves así ya dispuestas, de tal forma que el ingenio cubría más de seis lienzos de muralla y siete torres. La masa de capataces y operarios que reunió no fue menor de treinta mil.

Así, se acabaron los trabajos más rápido de lo esperado por [92] la numerosa mano de obra. Demetrio atemorizó a los rodios no solo por el tamaño de las máquinas, sino también por la magnitud y destreza de las fuerzas que había reunido para el asedio. Pues al ser tan ingenioso en la concepción de sus máquinas y [2] por la mucha pericia que tenían en sus construcciones se le llamaba Demetrio Poliorceta²³², y mostraba tal tesón y prepotencia en sus ataques que ninguna muralla parecía lo suficientemente maciza ni del todo segura para aquellos que se resguardaban [3] tras ella. También el

empaque de su cuerpo y su heroica belleza se antojaban tan excelsos que aquellos que acudían a la corte como invitados admiraban su prestancia, realzada con la pompa [4] real, y seguían a su paso para contemplarlo. Sin embargo, por otra parte, era también arrogante, orgulloso; miraba por encima del hombro no solo a los de baja cuna, sino también a los que ostentaban el poder real; y aunque en época de paz se pasaba casi todo el tiempo en borracheras y en banquetes en los que se ofrecían bailes y espectáculos de comedias, en general imitaba la conducta que él decía que Dioniso había tenido en la tierra; pues este último en la batalla, en cambio, había sido sobrio y tan brioso que parecía dedicarse en cuerpo y alma a la guerra [5] por encima de todos aquellos que la tenían como profesión. Fue en su época cuando se perfeccionaron la artillería y todo tipo de maquinas de guerra que fueron con mucho superiores a las anteriores; además, él botó grandes embarcaciones, tras este asedio y tras la muerte de su padre.

[93] Los rodios, al comprobar el avance de los trabajos de sus enemigos, levantaron una segunda muralla interior en paralelo a la que iba a sufrir los ataques del enemigo. Usaron también piedras que consiguieron al dismantelar el muro exterior del teatro y las casas vecinas e incluso algunos de los recintos sagrados, con la promesa de ofrecer a los dioses unos templos [2] mejores si la ciudad se salvaba. Enviaron entonces nueve naves, ordenando a sus generales que zarparan en cualquier dirección y que, apareciendo de manera inesperada, hundieran los barcos que interceptaran o los llevaran a la ciudad. Se dividieron en tres grupos, con Damófilo al frente de aquellas naves que entre los rodios se llaman «de guardia», con las que navegó a Cárpatos²³³ y capturó muchas de las naves de Demetrio. Algunas las hundió, destrozándolas con sus remos, y a otras, tras llevarlas a la playa, les prendió fuego y se llevó a los hombres más útiles de cada nave; pero no condujo a Rodas pocas de las que se estaban llevando grano desde la isla Menedemo, que estaba al [3] mando de tres naves con fila y media de remos, puso rumbo a Patara, en Licia, tomó una embarcación que estaba varada, mientras su tripulación se encontraba en tierra firme, y la quemó; pero también se llevó muchas de las que estaban llevando

provisiones al ejército y las envió a Rodas. También se hizo con [4] una embarcación de cuatro filas de remos que venía desde Cilicia y que portaba el uniforme del rey y toda la parafernalia que, con sumo cuidado, había enviado la esposa de Demetrio, Fila²³⁴, a su marido. Damófilo mandó el manto a Egipto, ya que esas estolas de púrpura eran más apropiadas para que las vistiera un rey, pero la nave la remolcó a tierra firme y vendió como esclavos a todos los marineros, tanto los de la de cuatro filas de remos, como los de las otras embarcaciones que capturó. Amintas, que era el capitán de tres de las que quedaban, fue por [5] entre las islas y se encontró con muchas naves que llevaban material de ensamblado para la maquinaria de guerra de sus enemigos, y algunas de ellas las hundió; pero otras se las llevó a la ciudad, porque en ellas se encontraban reputados ingenieros y once destacados expertos en la confección de armas y catapultas.

Después de esto, se convocó una asamblea en la que algunos [6] decidieron que se derribaran las imágenes de Antígono y Demetrio, con el argumento de que era lamentable honrar por igual, tanto a los que estaban atacando la ciudad como a sus benefactores; pero el pueblo, en réplica, se enfadó con estos hombres y los tacharon de imprudentes, así que, sin alterar ninguno de los honores otorgados a Antígono, se decantaron por [7] una decisión ventajosa y que les daría fama. Y es que la generosidad y la prudencia que mostró esta democracia en peligro atrajeron la admiración del resto de las ciudades y el arrepentimiento de aquellos que los asediaban; pues mientras que las ciudades que ellos habían liberado no habían mostrado ningún agradecimiento a sus benefactores, estos intentaban someter a una ciudad que en realidad se les mostraba mucho más leal y agradecida. Como protección ante la eventual desgracia de que la ciudad, al final, fuera conquistada, dejaron como una forma de congraciarse con ellos el recuerdo de una pasada amistad; y estas cosas las hicieron los rodios con buen tino.

[94] Cuando ya Demetrio había conseguido derrumbar algunos tramos de la muralla con sus zapadores, uno de los desertores informó a los sitiados que los que estaban excavando se encontraban [2] cerca de la muralla. Por ello, los

rodios, rápidamente, empezando a construir minas, cavaron un profundo pasaje en paralelo a la muralla que estaba a punto de derrumbarse e interceptaron a los enemigos que se encontraban bajo tierra y les [3] impidieron seguir avanzando. Como los pasadizos subterráneos estaban vigilados por ambas entradas, algunos de los hombres de Demetrio intentaron sobornar a Atenágoras, el capitán de la guardia de Rodas. Este era un hombre de familia de Mileto, que había sido enviado por Ptolomeo al frente de las tropas mercenarias²³⁵. [4] Con la promesa de pasarse al otro bando, fijó un día para que Demetrio enviara de su parte a uno de sus generales de confianza, durante la noche entrara en la ciudad a través del paso subterráneo y así explorara la zona que luego sería tomada por los soldados. Llevado por grandes esperanzas, Demetrio anunció [5] este acuerdo en el consejo, pero cuando el rey mandó a uno de sus cortesanos, Alejandro de Macedonia, los rodios lo capturaron mientras cruzaba el pasadizo. Los rodios, entonces, ciñeron la cabeza de Atenágoras con una corona de oro y le dieron como premio cinco talentos de plata, con el propósito de incentivar al resto de los mercenarios para que fueran leales a la ciudad.

Demetrio, en cuanto vio que las máquinas estaban contruidas [95] y todo el entorno de la muralla había sido completamente limpiado, puso en medio su helépolis y asignó los puestos para las torres barbacas de la máquina, unos ocho, que protegerían a los zapadores. Puso cuatro de ellas, una a cada uno de los lados de la máquina, y las unió a estas por una entrada para que los soldados pudieran pasar y salir una vez cumplida su misión con toda seguridad; y también erigió dos impresionantes troneras, donde colocó arietes. Tenían cada una de ellas ciento veinte codos²³⁶ de largo y la punta chapada en acero, con la forma parecida a la de la proa de una nave, y se manejaba con facilidad, ya que estaba sobre ruedas y era manipulada en el campo de batalla por no menos de mil hombres. Cuando ya estaban [2] listas las máquinas para atacar las murallas, puso las balistas y ballestas, acomodándolas en cada una de las plantas de la «helépolis». Cerca de la playa y en el área circundante, dispuso [3] su flota y colocó a su ejército de infantería en cada una de las partes de

la muralla que pudiera ser blanco de sus ataques. Después, [4] tras dar solo orden y señal, todos alzaron su voz y se lanzaron al ataque por todas partes en la ciudad. Mientras golpeaban las murallas con sus arietes y balistas, llegó el embajador de los cnidios, pidiéndoles que pararan con la promesa de que convencería a los rodios para que fueran más razonables en sus pretensiones. El rey, entonces, suspendió el ataque y los embajadores [5] de aquí y de allá entablaron muchas negociaciones, pero, como al final no lograron llegar a un acuerdo, de nuevo reanudaron el asedio. Demetrio, entonces, derrumbó la más alta de sus torres, construida con bloques de piedra, y destruyó enteramente el lienzo de las murallas, de tal forma que los que estaban defendiendo la entrada de la ciudad no pudieron repeler los ataques en ese punto.

[96] En esos días, el rey Ptolomeo envió a los rodios una gran cantidad de barcos cargados de víveres, entre los que había trescientas [2] mil artabas²³⁷ de trigo y legumbres. Demetrio intentó interceptar estas embarcaciones, mientras iban de camino a la ciudad, para que fueran transportadas a su campamento, pero un viento se levantó favorable a los egipcios que, con el impulso de sus alas desplegadas, las transportó hasta un puerto aliado, así que los que habían sido enviados por Demetrio tuvieron [3] que volverse sin haber conseguido nada. También Casandro envió a los rodios diez mil medimnos²³⁸ de cebada y Lisímaco les envió unos cuarenta mil medimnos²³⁹ de trigo y una cantidad similar de cebada. Ante tan gran cantidad de recursos que se ponían a la disposición de la ciudad, los sitiados, que estaban desmoralizados, de nuevo cobraron ánimos y decidieron que sería conveniente atacar la maquinaria de los enemigos, así que prepararon una gran cantidad de proyectiles con fuego y colocaron [4] todas las balistas y ballestas cerca del muro. Al llegar la noche, en la segunda guardia, de repente se lanzaron contra la helépolis con todas sus catapultas con misiles de fuego y sirviéndose de todo tipo de venablos, repelieron a los que allí acudían. Demetrio, ante este inesperado ataque, inquieto por los [5] ingenios que él había construido, acudió al rescate. Como era [6] una noche oscura y sin luna, los proyectiles, que estaban ardiendo, brillaban claramente en su

trayectoria, pero las balistas y las ballestas, cuya carga era invisible, acabaron con muchos que no pudieron advertir el golpe que se cernía sobre ellos. Algunas de las placas de acero se desprendieron de la máquina [7] y las bolas de fuego se cebaron en la estructura de madera de la máquina que había quedado al descubierto. Por ello, Demetrio, que tenía miedo de que el fuego, al extenderse por toda la máquina, acabara por destruirla, acudió presto en ayuda y con el agua preparada en los distintos pisos intentó apagar el fuego que se estaba extendiendo. Al final, llamó con un toque de trompeta a los que estaban encargados de mover los ingenios y, gracias a estos, consiguió retirar las máquinas del alcance de los misiles enemigos.

Al día siguiente, Demetrio ordenó a los sirvientes del campamento [97] que recogieran los proyectiles que los rodios habían disparado, ya que quería averiguar de cuántos recursos disponían en la ciudad. Sus sirvientes cumplieron puntualmente sus [2] órdenes. Se contabilizaron un total de más de ochocientas bolas de fuego de todos los tamaños y no menos de mil quinientos dardos. Demetrio quedó admirado de los recursos de la ciudad y de su profusa manera de usarlos, ya que en el corto espacio de tiempo de una noche tantas habían sido las armas que los rodios habían arrojado.

Demetrio, entonces, reparó las máquinas dañadas, se preocupó [3] por las exequias de los que habían muerto y por la convalecencia de aquellos que habían sido heridos. En ese momento los [4] rodios, que se habían librado por un tiempo de los ataques de las máquinas, construyeron una tercera muralla en forma de media luna, rodeando en su circuito todas las zonas de la muralla que se encontraban en peligro, y también cavaron una profunda zanja alrededor de la parte de la muralla que se había derrumbado, para que el rey no pudiera cargar tan fácilmente con todas [5] sus fuerzas de asalto para entrar a la ciudad. Enviaron algunas de sus mejores y más rápidas naves, con Amintas como capitán, para que navegara hasta Perea²⁴⁰, en Asia, y allí, de manera imprevista, apareciera ante los piratas que habían sido enviados por Demetrio. Estos tenían tres naves sin cubierta y eran famosos por ser los más aguerridos soldados de Demetrio. Pero en la

batalla naval que, por breve tiempo, se disputó, los rodios consiguieron en su ataque hacerse con las naves y su tripulación, [6] entre los que se encontraba el capitán pirata Timocles. También salieron al paso de algunos comerciantes y tras hacerse con algunas de sus embarcaciones que estaban llenas de trigo y algunos de los barcos piratas, se los llevaron hasta Rodas por la [7] noche, sin que los enemigos se dieran cuenta. Demetrio, tras haber puesto a punto las maquinas deterioradas, cargó de nuevo contra las murallas con sus artefactos y repelió a los que estaban en las almenas con todo tipo de misiles; además, golpeando sin cesar con sus arietes, consiguió derribar dos de los lienzos de la muralla; y entonces se produjeron encarnizadas y continuas luchas para defender las torres que se encontraban en medio de estas dos porciones de las murallas, de tal forma que incluso su general Ananias murió tras presentar batalla con coraje, y con él, también muchos otros soldados.

[98] Entretanto, el rey Ptolomeo envió a los rodios grano y todo tipo de provisiones, en no menor cuantía que lo que había envidado la vez anterior²⁴¹ y, además, mil quinientos soldados al mando de Antígono el macedonio. En ese momento, acudieron [2] ante Demetrio unos cincuenta embajadores procedentes de Atenas y del resto de las ciudades griegas, todos con la petición de que Demetrio cesara sus hostilidades contra los rodios. Durante la tregua que se proclamó, aunque se sucedieron las [3] discusiones, que fueron muchas y de diversa índole por parte de la ciudad y de Demetrio, no se pudo llegar a ningún acuerdo. Así, los embajadores se marcharon sin haber encontrado ninguna solución²⁴².

Demetrio había decidido entrar en la ciudad durante la [4] noche por la parte de la muralla que se había derrumbado y eligió a mil quinientos de sus más bravos guerreros y, de entre los demás, a los que más se ajustaban a sus propósitos. Les ordenó [5] que se acercaran a la muralla en silencio, durante la segunda guardia, y dio indicaciones a cada uno de los que estaban dispuestos a ambos lados de esta para que, cuando diera la señal, alzaran su voz y lanzaran un ataque conjunto por tierra y por mar. Una vez que todos hubieron recibido estas instrucciones, [6] los que se habían acercado hasta las

secciones derrumbadas, tras aniquilar a los que estaban de guardia en el foso, irrumpieron en la ciudad y tomaron el barrio del teatro. Los [7] magistrados supremos rodios, al enterarse de lo que había pasado, viendo que toda la ciudad estaba en peligro, ordenaron a los que estaban en el puerto y en la muralla que permanecieran en sus puestos y opusieran resistencia a aquellos que se encontraban en el exterior, en caso de que hubiera un ataque; y ellos mismos, con un destacamento de elite y los soldados que habían navegado recientemente desde Alejandría, acudieron a la [8] zona derrumbada de la muralla. Al llegar el día, Demetrio plantó su bandera y los que estaban acampados en la muralla y en el puerto alzaron su voz, animando a los que habían tomado el barrio del teatro. En la ciudad, niños y mujeres lloraban atemorizados, [9] porque su ciudad había sido conquistada. Pero en la lucha que se produjo después en el interior de la muralla entre los invasores y los rodios, fueron muchos los que cayeron, y al principio ninguna de las dos formaciones cedió en sus puestos; pero poco después los rodios fueron mostrándose superiores y afrontaron con garra el peligro, ya que estaban luchando por lo más importante: su patria. Los hombres del rey estaban angustiados, pues Alcimo y Mantias, los que estaban al mando, habían caído tras sufrir múltiples heridas; de los demás, la mayoría habían muerto en la lucha cuerpo a cuerpo, otros habían sido capturados, y tan solo unos pocos fueron capaces de volver sanos y salvos al campamento del rey. También muchos de los rodios perecieron, entre los que se encontraba el prítanis Damoteles, que por su valor se había ganado la admiración general.

[99] Demetrio, dándose cuenta de que la fortuna le estaba arrebatando la victoria de sus manos, se preparó para un nuevo asedio. Pero su padre le había escrito aconsejándole que firmara la paz con los rodios en los términos en los que pudiera; y así, Demetrio estaba a la espera de una ocasión favorable y que le brindara [2] los pretextos más creíbles. También Ptolomeo había escrito a los rodios, primero diciéndoles que enviaría más trigo y tres mil soldados, pero les aconsejaba que, si podían, hicieran las paces de una manera sensata con Antígono; así que todos ansiaban la [3] paz. En ese momento, la Liga Etolia había enviado embajadores para

negociar la paz, con lo que los rodios llegaron a un acuerdo en las siguientes condiciones: que sería una ciudad libre y sin guarniciones y que gozaría de sus propios recursos; que los rodios serían aliados de Antígono, salvo si este luchaba contra Ptolomeo; y que entregaría cien ciudadanos como rehenes que Demetrio seleccionaría, pero sin contar aquellos que estuvieran en el poder.

Los rodios, que habían sido sometidos a asedio durante un [100] año entero, pusieron fin a la guerra de esta manera. Honraron a aquellos que habían sido valientes en la batalla y otorgaron la libertad y la ciudadanía a los esclavos que habían mostrado su coraje. Elevaron estatuas de los reyes Casandro y Lisímaco [2] que, aunque gozaban del favor del pueblo de manera secundaria, habían también contribuido de manera importante en la salvación de la ciudad. Pero en el caso de Ptolomeo, deseosos de [3] corresponderle con una mayor muestra de gratitud, los rodios enviaron mensajeros sagrados a Libia para consultar al oráculo de Amón, si estaba de acuerdo en que entre los rodios Ptolomeo fuera considerado un dios. Como el oráculo estuvo de acuerdo, [4] dispusieron un sagrado recinto cuadrado donde en cada lado elevaron un pórtico de más de un estadio²⁴³ de largo, al que llamaron el Ptolemaion. Reconstruyeron el teatro y las secciones derrumbadas de las murallas y de los demás barrios, que, tras la limpieza de los escombros, quedaron aún mucho más hermosos que antes.

Demetrio, siguiendo las órdenes de su padre, firmó la paz [5] con los rodios, se marchó con todo su ejército y, tras pasar por todas las islas, navegó hasta el puerto de Áulide²⁴⁴, en Beocia. Como estaba ansioso por liberar las ciudades griegas —pues [6] Casandro y Poliperconte, aprovechando su ausencia, habían estado saqueando hasta ese momento la mayoría de las regiones griegas—, primero liberó la ciudad de Calcis, que estaba guarnecida por los beocios; después, tras amenazar a estos, los obligó a romper su alianza con Casandro y comenzó los preparativos de guerra contra Casandro y Poliperconte.

[7] Al mismo tiempo, Eumelo, el rey del Bósforo, murió tras seis años de reinado²⁴⁵, y legó su reino a su hijo Espartaco²⁴⁶, que gobernó durante veinte años.

[101] Tras haber narrado los eventos de Grecia y Asia con detalle, vamos a pasar a los de otras regiones del mundo conocido. En Sicilia²⁴⁷, Agatocles, aunque los habitantes de las islas Lipari estaban en paz con él, apareció de manera inesperada ante ellos y les exigió, aunque no tenían culpa ninguna, que le entregaran [2] cincuenta talentos de plata. A muchos les parecerá que es un prodigio maravilloso lo que les voy a relatar, ya que, en su impiedad, Agatocles recibió un aviso por parte de la divinidad. Cuando los habitantes de las islas Lipari le pidieron que les concediera tiempo para darle el resto del dinero, alegando que jamás habían echado mano de las ofrendas de los dioses, Agatocles los obligó a que le entregaran las ofrendas que se encontraban en el pritaneo, entre los que conservaban una inscripción en honor al dios Eolo y otras ofrendas a Hefesto; y, tras llevárselas, zarpó al instante. Pero un repentino golpe de viento se [3] llevó once de las naves que portaban tales bienes. Por ello, muchos creyeron que el dios de los vientos, que se consideraba señor de aquellos lugares, había castigado a Agatocles en ese su primer viaje y que, al final, sería Hefesto el que en su propia patria le haría pagar al tirano su impiedad, ya que, haciendo honor a su nombre, lo quemaría vivo en brasas ardientes. De hecho, fue una muestra de su justo criterio el hecho de que esas brasas no tocasen a los que fueron a salvar a sus propios padres en la erupción del Etna²⁴⁸, mientras que afectaron con todas sus fuerzas a aquellos que habían ofendido impiamente al dios.

Pero en lo que atañe a la ruina final de Agatocles, cuando [4] llegue el momento oportuno²⁴⁹, los sucesos darán cuenta de lo que acabo de decir. Pero ahora tratemos los hechos de otras áreas adyacentes de Italia.

Los romanos y los samnitas, tras enviarse mutuamente embajadas, [5] firmaron la paz después de haber luchado veintidós años y seis meses²⁵⁰. Uno de los cónsules, Publio Sempronio, invadió con su ejército la región de la tribu de los aedi²⁵¹, haciéndose con cuarenta ciudades en un total de

cincuenta días, forzando a toda esa tribu a que se sometiera a los designios romanos; y se volvió para celebrar un glorioso triunfo. El pueblo romano firmó también una alianza con los marsios, los pelignios y los marrucinos.

Al año siguiente, Leóstrato fue nombrado arconte, y en [102] Roma los cónsules fueron Servio Cornelio y Lucio Genucio²⁵². En ese año, Demetrio tomó la determinación de luchar contra Casandro y liberar a los griegos. Primero decidió poner en orden los asuntos de Grecia, ya fuera porque creyera que la libertad de los griegos le reportaría una inmensa fama, ya porque creyera necesario desembarazarse de Prepelao²⁵³, el general de Casandro, y después continuar hasta Macedonia, para luego [2] atacar al propio Casandro. La ciudad de Sición se encontraba en manos de soldados de Ptolomeo al mando de un muy distinguido general, Filipo. Allí, por la noche, de manera inesperada, penetró en la ciudad abriéndose paso por las murallas. La guarnición se atrincheró en la acrópolis, pero Demetrio se adueñó de la ciudad y tomó posesión de la región, que se encontraba entre las casas y la acrópolis. Cuando estaba a punto de llevar allí sus máquinas de asedio, atemorizada, la guarnición entregó la acrópolis por su propia voluntad y los soldados se marcharon a Egipto. Demetrio concentró a la población de Sición en la acrópolis y destruyó el barrio cercano al puerto, ya que era una zona totalmente insegura, y, tras haber ayudado a los ciudadanos en las tareas de reconstrucción de sus casas, les devolvió la libertad y recibió honores divinos por parte de aquellos a los que [3] tanto bien había hecho. Rebautizaron la ciudad con el nombre de Demetrias y votaron la celebración anual de sacrificios, festivales y competiciones en su honor; además le otorgaron todo tipo de distinciones que le correspondían como héroe fundador y aunque, con el paso del tiempo, estos honores quedaron invalidados, los sicionios, al trasladarse entonces a un mejor emplazamiento, han continuado viviendo en ese mismo lugar hasta [4] nuestros días. De hecho, el recinto de la acrópolis, aun siendo llana, está rodeada por todas partes de pronunciados riscos, de tal forma que la idea del rey parece ser que fue proveer a la ciudad de una cierta comodidad en tiempos de paz, pero de seguridad en época de guerra.

Tras haber solventado las cuestiones de Sición, Demetrio se [103] dirigió con todo su ejército a Corinto, que estaba en manos de la guarnición de Prepelao, el general de Casandro. Siendo conducido por algunos de los ciudadanos a través de una de las entradas de la muralla, consiguió hacerse con la ciudad y sus puertos. Los soldados de la guarnición se habían refugiado algunos [2] en el Sisifeo²⁵⁴ y otros en el Acrocorinto. Demetrio, aun con la maquinaria pesada, a duras penas consiguió tomar por la fuerza el Sisifeo. Entonces, los que pudieron huir se reunieron con los que se habían atrincherado en el Acrocorinto y los atemorizó de tal manera que los obligó a entregarlo también. ¡Tal [3] era este rey de irresistible en sus ataques y tan ingenioso en la construcción de sus máquinas de guerra! En cuanto liberó a los corintios instaló una guarnición en el Acrocorinto, ya que los ciudadanos querían que protegiese la ciudad hasta que finalizara su lucha contra Casandro. Prepelao, tras ser derrotado ignominiosamente, [4] se refugió en la corte de Casandro, mientras Demetrio, avanzando por Acaya, tomó Bura²⁵⁵ por la fuerza y devolvió a sus ciudadanos la autonomía y logró en pocos días capturar Esciro²⁵⁶ y expulsó a la guarnición. Después de esto, [5] pasó a Orcómeno, en Arcadia, y le pidió a Estrómbico, que estaba al mando de la guarnición, que entregara la ciudad. Pero como este no solo no hizo ningún caso a sus palabras, sino que le contestó con insultos y bravatas desde la muralla, el rey trajo sus máquinas y tomó la ciudad, tras derrumbar las fortificaciones. [6] A Estrómbico, que había sido puesto por Poliperconte como comandante de la guarnición, y al menos a unos ochenta que se habían destacado por su hostilidad contra él, los crucificó enfrente de la ciudad. Seleccionó a dos mil de entre los demás [7] mercenarios y los admitió entre sus filas. Tras la toma de esta ciudad, las poblaciones cercanas le hicieron entrega de sus guarniciones, entendiendo que era imposible retar al rey, y también de la región. De la misma manera, los que estaban al mando de otras guarniciones, al no recibir la ayuda ni de Prepelao ni de Poliperconte, ante el avance de Demetrio seguido de un gran ejército y de su maquinaria de guerra, se rindieron voluntariamente.

Y esto es lo que concierne a Demetrio²⁵⁷.

[104] En Italia²⁵⁸, los tarentinos estaban en guerra contra los lucanios y los romanos y estos enviaron embajadas a Esparta, [2] pidiéndoles refuerzos y la ayuda del general Cleónimo²⁵⁹. Los lacedemonios les cedieron gustosos el general que les pedían y los tarentinos, a cambio, enviaron dinero y naves. Cleónimo reclutó mercenarios en la ciudad lacedemonia de Ténaro y zarpó en compañía de cinco mil soldados. Consiguió entonces convocar a una cantidad de mercenarios que no fue menor en comparación con anteriores levadas²⁶⁰, logró alistar a más de veinte mil soldados de infantería y a dos mil jinetes. También se ganó a la mayor parte de los griegos de Italia y a la tribu de los mesapios²⁶¹. Con un ejército ya considerable, los lucanios, llenos [3] de preocupación, se aliaron con los tarentinos, y como los de Metaponte no querían unirse a él, convenció a los lucanios para que atacasen la región y en una acción conjunta sorprendieron a los metapontinos. Tras entrar en la ciudad como un amigo, se hizo con más de seiscientos talentos de plata y tomó a doscientas de las doncellas de más noble cuna como rehenes, pero no para asegurarse la lealtad de la ciudad, sino para satisfacer su propia lujuria. De hecho, tras abandonar el típico traje [4] laconio, pasaba la vida entre placeres, sometiendo a esclavitud a los que antes habían confiado en él; y aunque disponía de amplios recursos y de un vasto ejército, no hizo ningún acto digno de Esparta. Tenía la intención de atacar Sicilia, para acabar con la tiranía de Agatocles, y restaurar la democracia de los sicilianos, pero retrasó ese proyecto en ese momento y navegó con su ejército hasta Corcira; y tras apoderarse de la ciudad, se hizo con todas sus propiedades e instaló una guarnición allí para servirse de ese lugar como base de apoyo para sus campañas en Grecia.

Al momento, cuando los embajadores enviados por Demetrio [105] Poliorceta y Casandro se presentaron ante él para firmar una alianza, no se alió con ninguno de ellos; pero tras enterarse de que los tarentinos y algunos de sus otros aliados se habían rebelado contra él, dejó una guardia suficiente en Corcira, y con el resto del ejército navegó a toda velocidad hasta Italia para castigar a los que le habían

desobedecido. Tras tomar tierra en la región que estaba en manos de los bárbaros, capturó la ciudad²⁶², vendió a su población como esclavos y saqueó la región. [2] De la misma manera, tras someterla a asedio, tomó la ciudad de Triopion²⁶³ y se llevó a unos tres mil cautivos. En ese mismo momento los bárbaros de la región acudieron y durante la noche atacaron el campamento, y en la lucha que se entabló mataron a más de doscientos hombres de Cleónimo y capturaron a unos [3] mil. Al mismo tiempo que se libraba esta batalla, se declaró una tormenta que acabó con veinte naves que se encontraban atracadas en el puerto. Cleónimo, asediado por tantas derrotas, se volvió a Corcira con su ejército²⁶⁴.

[106] Al año siguiente, en Atenas fue nombrado arconte Nicocles, y en Roma los cónsules fueron Marco Livio y Marco Emilio²⁶⁵. En ese tiempo, Casandro, el rey de Macedonia, al ver cómo los griegos recobraban fuerzas, estaba inquieto por la posibilidad de que pudieran declararle la guerra a Macedonia. [2] Por ello, envió embajadores a Antígono, en Asia, pidiéndole que firmaran la paz. Pero como Antígono respondió que la firmaría a condición de que Casandro le cediera todas sus posesiones, alarmado, mandó llamar a Lisímaco de Tracia para buscar una estrategia común en todo lo que les concernía; [3] pues siempre tenía la costumbre de recurrir a su ayuda en los momentos de mayor riesgo, por la virtud de este hombre y porque el reino de Tracia era vecino al de Macedonia. Los reyes se reunieron para tratar de sus problemas comunes y enviaron embajadores al rey Ptolomeo de Egipto y a Seleuco, que dominaba las satrapías superiores, destacando la arrogancia de las palabras de Antígono y mostrando que el riesgo de que hubiera una guerra afectaba a todos por igual. Si Antígono [4] se apoderaba de Macedonia, rápidamente se haría con el control del resto de los reinos y, de hecho, muchas veces había dado muestras de que esa era su intención, de que era ambicioso y de que no quería compartir su poder con nadie; por lo que, en suma, les convenía a todos ponerse de acuerdo y declarar la guerra conjuntamente a Antígono. Ptolomeo y Seleuco, [5] dando cuenta de la verdad que contenían estas palabras, vieron claramente la

conveniencia y la necesidad de ayudarse mutuamente con sus poderosos ejércitos.

Casandro era de la opinión de que no debía esperarse el [107] ataque de sus enemigos, sino que, tomando la iniciativa en la campaña, había que aprovechar esa ventaja. Por esa razón, Casandro cedió a Lisímaco parte de su ejército al mando de Prepelao y él mismo se encaminó con el resto a Tesalia, para luchar contra Demetrio y los griegos. Lisímaco con sus tropas [2] cruzó de Europa a Asia y como los de Lámpsaco y los de Pario²⁶⁶ se le entregaron voluntariamente, les otorgó la libertad, pero tras someter a asedio la ciudad de Sigeo²⁶⁷, plantó allí una guarnición. Después de esto, tras dar al general Prepelao seis mil soldados de infantería y mil jinetes, lo envió de campaña a las ciudades de la Eolia y de Jonia y él mismo se dispuso a asediar Ábidos²⁶⁸, pertrechándose con armas, maquinaria de [3] guerra y otras cosas. Cuando las tropas enviadas por Demetrio para proteger la ciudad llegaron por mar en ayuda de los asediados, Lisímaco desistió de su empeño, continuó por la Frigia Helespónica y sometió a asedio a la ciudad de Sinnada²⁶⁹, que [4] tenía unos magníficos palacios reales. Fue entonces cuando, tras convencer a Dócimo, el general de Antígono, para que colaborara, con su ayuda se hizo con Sinnada y con algunas de las plazas fuertes que contenían algunos de los tesoros del rey. Prepelao, el general que había sido enviado a la Eolia y a Jonia por Lisímaco, se hizo por el camino con Adramitio²⁷⁰ y también tomó la ciudad de Éfeso, tras someterla a asedio y atemorizar a sus habitantes. También envió a su patria a cien rehenes rodios que estaban allí en custodia, respetó a los efesios, pero quemó todas las naves que se encontraban en el puerto, porque el enemigo controlaba el mar y aún estaba incierto el resultado [5] de la guerra. Después de esto, los habitantes de Teos y de Colofón se unieron a Prepelao, pero este no pudo tomar las ciudades de Eritrea y Clazomene porque habían recibido refuerzos por mar; así que, tras algunas escaramuzas en la región, se dirigió a Sardes. Allí convenció a Fénix, el general de Antígono, para que traicionara al rey, y tomó la ciudad con la excepción de la acrópolis, pues estaba defendida por Filipo²⁷¹, uno de los

amigos de Antígono que se mantenía firme en su lealtad al rey por la confianza que había depositado en él.

Y esto es lo relativo a Lisímaco

Antígono, mientras tanto, había hecho preparativos para [108] unos grandes juegos y un festival en Antigonía y había convocado de todas partes a los más renombrados atletas y artistas con el ofrecimiento de grandes premios y recompensas. Pero en cuanto se enteró de la campaña de Lisímaco y de la traición de sus generales, suspendió los juegos, aunque en cualquier caso dio a los atletas y artistas una compensación de no menos de doscientos talentos. Él mismo pasó a Siria al mando de su ejército, [2] marchando con la mayor brevedad posiblemente contra sus enemigos. Nada más llegar a Tarso, en Cilicia, pagó tres meses por adelantado al ejército a cargo de los fondos de Cuinda. Aparte de este dinero, se llevó para su ejército tres mil talentos [3] para disponer de esa cantidad en el momento en que fuera necesario hacer uso del dinero. Después, tras cruzar el Tauro, pasó a la Capadocia, donde marchó contra aquellos que le habían traicionado en Frigia y en Licaonia, para que volvieran a su primigenia alianza. En ese tiempo, Lisímaco, al enterarse de [4] la presencia de sus enemigos, convocó una reunión para discutir de qué manera más provechosa se enfrentarían a los peligros que los acechaban. Decidió que no entraría en guerra hasta que [5] Seleuco no llegara desde las satrapías superiores, sino que se pertrecharía en algún fortín y, tras rodear su campamento con una empalizada y con un foso, resistiría los ataques de los enemigos. Sus subordinados llevaron a cabo sus órdenes prestamente. Antígono, en cuanto tuvo cerca a sus enemigos, dispuso sus fuerzas en orden de batalla y dio orden de combate. Como [6] nadie se atrevía a tomar la iniciativa, él mismo se dedicó a ocupar algunos lugares por donde era necesario que sus rivales obtuvieran sus provisiones. Lisímaco, temeroso de que le cortaran los suministros y acabaran en manos de los enemigos, partió durante la noche y recorrió cuatrocientos estadios hasta plantar [7] su campamento en Dorileo²⁷². En efecto, esta región estaba llena de trigo y de todo tipo de víveres y lo rodeaba un río que resguardaba a los que allí acampaban. Tras levantar el

campamento, protegieron su perímetro con un profundo foso y una triple empalizada.

[109] Al enterarse de la partida de sus enemigos, Antígono al punto salió en su persecución, pero cuando estaba ya cerca del perímetro del campamento, como no salían a presentar batalla, empezó a rodear el recinto y mandó traer las catapultas y los proyectiles para iniciar el ataque. Tras un intercambio de misiles sobre el foso, los hombres de Lisímaco intentaron expulsar con sus armas a los que estaban trabajando, pero en todo momento [2] Antígono tuvo las de ganar. Un tiempo después, cuando los trabajos estaban a punto de terminar, como la comida empezaba a escasear para los asediados, Lisímaco, aprovechando una noche de tormenta, salió del campamento por un lugar elevado para ir a los cuarteles de invierno. Antígono, en cuanto vio a la mañana siguiente que los enemigos se habían ido, los [3] siguió por la llanura. Una racha de grandes tormentas convirtió la región en un profundo fangal y así ocurrió que perdió a no pocos de sus animales de carga e incluso a algún que otro soldado [4] y, en general, todo el ejército se vio en dificultades. Por ello el rey, con la intención de consolar a sus soldados por este sufrimiento, viendo que se acercaba ya el invierno, desistió en su empeño de perseguir al enemigo y, tras escoger los lugares más adecuados para pasar el invierno, dividió el ejército en destacamentos. En cuanto se enteró de que Seleuco venía desde las [5] satrapías superiores con un vasto ejército, envió a algunos de sus consejeros a Grecia en busca de Demetrio, con la orden de que acudiera en su ayuda con su ejército lo más rápido que pudiera. Pues, al ver que todos los reyes se habían unido contra él, no quería verse obligado enseguida a decidir la guerra, antes de que se le uniera su ejército de Europa. De manera similar también [6] Lisímaco distribuyó a su ejército por los cuarteles de invierno en la llamada llanura de Salonia. Allí obtuvo un amplio suministro de víveres procedente de Heraclea, ya que había hecho [7] un acuerdo matrimonial con los de esa ciudad, pues él se había casado con Amestris, la hija de Oxiartes y nieta del rey Darío. Ella había estado anteriormente casada con Crátero, que la había recibido de

Alejandro en matrimonio, y era entonces la gobernante de la ciudad²⁷³.

Y esto es lo que ocurrió en Asia.

Mientras, en Grecia, Demetrio estaba en Atenas y ansiaba [110] ser un iniciado y participar en los misterios de Eleusis. Pero como faltaba bastante tiempo para que llegara ese día en el que, según la ley, era costumbre que los atenienses celebraran los misterios, Demetrio pidió a los atenienses que cambiaran esa costumbre ancestral, como un favor por los beneficios que les había reportado. Así, mostrándose inerme ante los sacerdotes, [2] fue iniciado antes del día acostumbrado y partió de Atenas. Primero en Calcis, en Eubea, reunió a su ejército y su infantería. Después de esto, cuando se enteró de que Casandro había ocupado todas las salidas, desestimó sus planes de pasar por Tesalia y navegó con todo su ejército hasta el puerto de Larisa²⁷⁴. Allí, en cuanto desembarcó con su ejército, conquistó la ciudad al instante y, tras entrar la acrópolis y tomar la guarnición enemiga como prisionera, devolvió la libertad a la ciudad de Larisa. [3] Después de esto, continuó hasta Antrones y Pteleo²⁷⁵, y cuando vio que Casandro estaba llevándose a los de Dión y Orcómeno a Tebas²⁷⁶, Demetrio impidió que deportara a esta población. Casandro, dándose cuenta de cómo Demetrio se iba saliendo con la suya, protegió con poderosos ejércitos las ciudades de Feras y Tebas y, tras reunir sus tropas en un solo lugar, [4] plantó su campamento enfrente del de Demetrio. Tenía en total más de veintinueve mil soldados de infantería y dos mil de caballería. A Demetrio le seguían mil quinientos jinetes, no menos de ocho mil soldados macedonios de infantería y quince mil mercenarios; además de estos, veinticinco mil procedentes de las ciudades de Grecia y no menos de ocho mil soldados de infantería ligera, y todo tipo de hombres de fortuna, que habían acudido ante esa ocasión de guerra de la que podrían sacar botín, de tal forma que en total hacían cincuenta y seis mil soldados [5] de infantería. Durante varios días los campamentos estuvieron dispuestos el uno frente al otro, pero ninguno comenzó el ataque, ya que esperaban nuevas de lo que sucedería en Asia. Pero Demetrio, a requerimiento de los de Feras, entró en la ciudad [6] con

parte de su ejército y, tras asediar la acrópolis, dejó marchar a los soldados de Casandro en términos de rendición y otorgó la libertad a los ciudadanos de Feras.

Mientras eso ocurría en Tesalia, se presentaron ante Demetrio [111] los embajadores que habían sido enviados por Antígono, transmitiéndole las órdenes de parte de su padre, que le pedía que llevara sus ejércitos lo más rápidamente a Asia. Como el [2] rey Demetrio estaba obligado a obedecer a su padre, firmó la paz con Casandro, dejando claro que los acuerdos solo serían válidos si eran del agrado de su padre, aunque lo firmaba plenamente consciente de que su padre no aceptaría los términos, porque este había decidido claramente acabar de una vez por todas por la fuerza de las armas la guerra en la que se había implicado; y, aun así, Demetrio tenía la intención de que su salida de Grecia causara buena impresión y no se viera como una fuga. Estaba escrito en esos acuerdos que las ciudades griegas, no solo las de Grecia, sino también las de Asia, serían libres. Después de esto, Demetrio preparó barcos para transportar [3] a los soldados y la impedimenta, partió con toda su flota y yendo por las islas llegó hasta Éfeso. Tras desembarcar su ejército y plantar su campamento cerca de las murallas, obligó a la ciudad a retirarse a su posición anterior y dejó marchar a la guarnición que había sido allí dispuesta por Prepelao, el general de Lisímaco y, tras poner su propia guarnición en su lugar, continuó hacia el Helesponto. No solo recuperó Lámpsaco y Pario, sino incluso algunas de las otras ciudades que se habían pasado al otro bando; y en cuanto hubo llegado a la entrada del Ponto, levantó un campamento enfrente del santuario de los calcedonios²⁷⁷ y dejó una guarnición con tres mil soldados de infantería y treinta naves grandes. Al resto del ejército lo dividió en varios destacamentos, para que pasaran el invierno en distintas ciudades.

[4] En ese momento Mitrídates, que era vasallo de Antígono pero que parecía que iba a pasarse al bando de Casandro, fue asesinado en Cío²⁷⁸, en Misia, tras haber reinado en esa ciudad y en Mirleia²⁷⁹ durante treinta y cinco años. Su sucesor en el trono, Mitrídates²⁸⁰, añadió más

territorios y reinó en Capadocia y en el Ponto durante treinta años.

[112] En esos días, Casandro, tras la partida de Demetrio, recuperó las ciudades de Tesalia y envió a Plistarco con un ejército hasta Asia en ayuda de Lisímaco. Acudieron doce mil soldados [2] de infantería y quinientos soldados de caballería. Plistarco, en cuanto llegó a la Propóntide, recuperó las ciudades que habían caído en manos de los enemigos, y sin cruzar, pasó a Odesa, que se encuentra entre Apolonia y Callantia, justamente enfrente de Heraclea, y donde se encontraba estacionada una parte del [3] ejército de Lisímaco. Como no tenía suficientes barcos para cruzar su ejército, lo dividió en tres destacamentos. El primero pasó con seguridad a Heraclea, pero el segundo fue capturado por las naves de guardia que se encontraban en la entrada del Ponto. Plistarco se encontraba al frente del tercer contingente y se declaró tal tempestad que la mayoría de los soldados pereció [4] junto con sus esquistes. En efecto, la nave más grande, la hexere que llevaba al general, se hundió y solo se salvaron treinta y tres hombres de los cerca de quinientos que formaban parte de esa división. Entre los supervivientes se encontraba Plistarco, que, agarrado a una pieza del naufragio, llegó medio muerto a tierra. Este fue llevado a Heraclea y, tras recuperarse de su percance, pasó a los cuarteles de invierno de Lisímaco, después de haber perdido la mayor parte de su ejército.

En esos días, también el rey Ptolomeo había partido desde [113] Egipto con un impresionante ejército y se había hecho con prácticamente todas las ciudades de Celesiria. Durante el asedio de Sidón, se le presentaron unos hombres con un falso mensaje que anunciaba que, tras perder la batalla, Lisímaco y Seleuco se habían retirado a Heraclea y un Antígono victorioso iba avanzando con su ejército por Siria. Engañado por ello y creyendo [2] que era verdad lo que le contaban, firmó un armisticio con Sidón de cuatro meses y, tras reforzar las ciudades que había capturado con nuevas guarniciones, se volvió a Egipto con su ejército. Al mismo tiempo, algunos de los soldados desertores [3] procedentes de las filas de Lisímaco, dos mil autariatas y alrededor de ochocientos licios y panfilios, abandonaron los cuarteles de invierno. Antígono

recibió a estos con trato humano y no solo les dio el sueldo que, según ellos, Lisímaco les había ofrecido, sino también los colmó de regalos. En ese momento llegó [4] Seleuco desde las satrapías superiores, tras pasar por Capadocia con todo su ejército, y levantó el campamento para que sus soldados pasaran el invierno. Tenía unos veinte mil soldados de infantería, unos doce mil soldados de caballería junto con la arquería montada, y cuatrocientos ochenta elefantes y más de cien carros falcados.

Estos fueron las huestes que los reyes consiguieron reunir [5] de esta manera, ya que todos habían decidido saldar sus cuentas con la fuerza de las armas en el verano siguiente. Nosotros, pues, como habíamos dispuesto al principio, comenzaremos el próximo libro con la batalla que enfrentó a todos los reyes por el poder.

¹ Jeromnemón fue arconte de Atenas en 310/309 a. C. Los cónsules para el año 311 a. C. fueron C. Junio Bubulco Bruto, por tercera vez, y Quinto Emilio Barbula, por segunda vez. Cf. TITO LIVIO, IX 30, 1.

² La narración continúa el relato abandonado en DIOD., XIX 110, 5.

³ Sobre este Antandro, cf. DIOD., XIX 3, 3 y nota.

⁴ En la batalla de Hímera. Cf. DIOD., XIX 109, 5.

⁵ Según JUSTINO (XXII 6, 2), Agatocles les explicó que el prodigio se había manifestado después de que ellos zarparan, con lo que el augurio era malo para sus enemigos, no para ellos.

⁶ Las *Latomiae* o *Latumiae*, en griego *Latomíai* (palabra compuesta de *lâas*, piedra, y *tomíai*, de *témnein*, cortar), eran cuevas que en la Antigüedad clásica se utilizaron para encarcelar a los esclavos. Las más conocidas se encontraban precisamente en Sicilia, cerca de Siracusa, pero probablemente estas a las que se refiere nuestro autor se encontraban cerca del cabo Bon, el antiguo *Promuntorium Mercurii*. Cf. ESTRABÓN, XVII 3, 16.

⁷ Sobre la importancia de estas dos diosas en Siracusa y Sicilia, cf. DIOD., XIX 5, 4 y nota.

⁸ Para una versión de este discurso, cf. JUSTINO, XXII 5-6.

⁹ Su situación exacta se desconoce.

¹⁰ Localidad desconocida, por supuesto diferente de la Megalópolis de Grecia.

¹¹ También se desconoce su situación.

¹² Para un acto semejante, cf. DIOD., XIX 106, 4.

¹³ Hijo de un hermano del Amílcar que había negociado el tratado de paz firmado entre las ciudades de Sicilia y Agatocles, porque eran amigos. Cf. DIOD., XIX 71, 6 y nota. Para esta batalla, cf. JUSTINO, XXII 6, 5-7.

¹⁴ Cf. DIOD., XX 12, 5 y 43-44.

¹⁵ El batallón sagrado de Cartago consistía en dos mil quinientos jóvenes de la nobleza cartaginesa que destacaban por su valor y riqueza. Cf. DIOD., XVI 80, 4. No se sabe si, como el más conocido batallón sagrado de los tebanos, había alguna relación homoerótica entre los miembros de este destacamento.

¹⁶ Aparece como Agatarco en DIOD., XX 55, 5 y XXI 3, 2 y en POLIBIO, VII 2, 4.

¹⁷ Esta es la única referencia que se hace al hoplita (*hoplitēs*), el ciudadano soldado que formaba parte de la infantería pesada.

¹⁸ De una manera similar el vuelo de los búhos proporcionó un buen augurio a los soldados atenienses en la batalla de Salamina. Cf. PLU., *Tem.* XII 1.

¹⁹ JUSTINO (XXII 6, 6) cifra en más de dos mil hombres las bajas griegas y en unos tres mil hombres las bajas cartaginesas. OROSIO (IV 6, 25) dice que los cartagineses perdieron dos mil hombres, mientras que los sicilianos solo perdieron dos.

²⁰ Hércules-Melqart, culto procedente de la ciudad fenicia de Tiro.

²¹ Cronos-Baal Moloch. Se trata de una divinidad adorada por el pueblo fenicio, al que se realizaban sacrificios humanos. Según cuenta PLUTARCO (*De Superstitione* XIII, *Mor.* 171C-D), se degollaba a las víctimas y se hacían sonar tambores, trompetas y timbales para que no se oyeran sus lamentos. Quizá, por influencia de la cercana Fenicia, los rodios celebraban igualmente un festival en honor a Cronos, donde hacían sacrificios humanos, sobre todo de criminales. Cf. PORFIRIO, *De Abstinencia* II 54.

²² EURÍPIDES, *Ifigenia en Taúride* 625-626. La segunda frase es la respuesta que Ifigenia le da a Orestes.

²³ Personaje desconocido.

²⁴ Nave de treinta filas de remos o *triakóntoros*.

²⁵ También desconocido.

²⁶ No es la italiana y muy conocida Nápoles, sino la tunecina Nabeul, que se encuentra en la costa sur de la península de Cap Bon. Nabeul fue fundada en el siglo V a. C. por colonos procedentes de Cirene.

²⁷ Hadrumetum (moderna Soussa o Susa) se encuentra en la bahía tunecina de Hammamet. Aunque fue una fundación fenicia, de esta ciudad provienen los más importantes vestigios de la época romana de todo Túnez, como el famoso mosaico de Virgilio acompañado de las Musas.

²⁸ Personaje desconocido, pero se trata de un jefe de las tribus bereberes.

²⁹ A unos cuarenta kilómetros al sur de Hadrumetum (Soussa) se encuentran las impresionantes ruinas de la ciudad en Ras Dimas, cerca de la población de Bekalta, en el golfo de Gabés. Es un lugar importante en la historia de Roma por la batalla de Tapso del año 46 a. C., en la que las tropas de César vencieron a las tropas pompeyanas de manera definitiva.

³⁰ Unos treinta y ocho kilómetros.

³¹ Continuará en el capítulo 29.

³² Continúa el relato abandonado en DIOD., XIX 105, 4.

³³ Aparte de esta campaña (también narrada por JUSTINO, XV 2, 1), se sabe que su hija se había casado con Pirro de Epiro, tal como cuenta PLUTARCO (*Pirro* IX).

³⁴ Una de las más importantes tribus ilirias que habían conseguido unificar la región bajo su mando en los siglos V-IV a. C.

³⁵ En época antigua, la frontera entre Tracia y Macedonia se encontraba en la región de Orbelia. Hoy se la conoce como la cordillera de Belasica (o Belasitsa) sirviendo de frontera entre Grecia, Macedonia y Bulgaria.

³⁶ Sobrino de Antígono, cf. DIOD., XIX 57, 4 y nota.

³⁷ Dos años antes, otro sobrino, Telesforo, se había rebelado contra su tío Antígono precisamente porque Ptolomeo era el favorito. Cf. DIOD., XIX 87, 1.

³⁸ Probablemente el amigo del fallecido Eumenes. Cf. DIOD., XVIII 40, 2.

³⁹ Cf. DIOD., XIX 105, 1.

⁴⁰ Personaje desconocido.

⁴¹ Desde el año 315 a. C., cf. DIOD., XIX 64, 1 y 74, 2.

⁴² Barsine era la hija de Artabazo, miembro de la corte del rey persa Darío III. Cf. PLU., *Alejandro* XXI 4 y JUSTINO, XI 10, 2 y XIII 2, 7. A la hija de Darío III con la que se casó Alejandro también se la llama a veces, de manera confusa, Barsine (cf. ARRIANO, *Anáb.* VII 4, 4), pero en la mayor parte de las fuentes se llama Estatira (cf. DIOD., XVII 107; PLU., *Alejandro* LXX 2; JUSTINO, XII 10, 9).

⁴³ Quince años, según JUSTINO, XV 2, 3.

⁴⁴ Continúa en el capítulo 28.

⁴⁵ En el índice del libro vigésimo, el nombre del rey de Pafos es Nicocreonte. Sobre este Nicocreonte, cf. DIOD., XIX 59, 1: 62, 5; 79, 5. Probablemente es una confusión de Diodoro.

⁴⁶ Personajes desconocidos.

⁴⁷ Hermano de Ptolomeo. DIOD., XIX 62, 4-5.

⁴⁸ Parisades I (342-309 a. C.) pertenecía a la dinastía de los espartócidas (por el tracio Espartoco, el fundador) que estuvo al mando del reino del Bósforo hasta el año 110 a. C.

⁴⁹ Un afluente del río *Hypánis* (conocido modernamente como el río Kubán) que, tras recorrer todo el Cáucaso norte, desemboca en el mar de Azov.

⁵⁰ Pueblo sármata que vivía en Siracena, una región a orillas del mar de Azov delimitada por el Cáucaso.

⁵¹ Panticapeo (moderna Kerch, en Ucrania) fue fundada por los milesios en el siglo VI a. C. en el Quersoneso Taúrico, a orillas del Ponto Euxino. Fue una ciudad próspera en época clásica, especialmente por su contacto comercial con Atenas. En la época helenística era la capital del reino del Bósforo.

⁵² El mar de Azov. Probablemente la referencia al istmo se refiera en realidad al estrecho de Kerch, el antiguo Bósforo cimerio que separa el mar de Azov o lago Meótide del mar Negro o Ponto Euxino.

⁵³ Probablemente la bahía de Tamán, hacia el oeste de la orilla oriental del estrecho de Kerch.

⁵⁴ No se sabe nada más de este rey, pero se sabe de una tribu sármata, los agari, que habitaban al norte del mar de Azov, a orillas de un río llamado Agarus. Eran médicos de fama reconocida ya en la Antigüedad. Un tipo de hongo de esa región, el *agaricum*, se usaba en pociones y remedios. Cf. PLINIO, *Historia Natural* XXV 9, 57.

⁵⁵ Cf. DIOD., XIX 73.

⁵⁶ Región de localización desconocida. Además, la lectura del texto es dudosa en este punto.

⁵⁷ Región poblada por la tribu sármata de los sindi (*Síndoi*, en gr. Cf. HERÓDOTO, IV 28) en la orilla este del mar de Azov, a los pies del Cáucaso. ESTRABÓN (XI 2, 11) nombra las principales localidades de esta región, como el puerto de Sinda y la colonia griega de Gorguipia (fundada por los milesios en el siglo VI a. C., es la moderna ciudad rusa de Anapa), donde se encontraba una residencia de los reyes del Bósforo.

⁵⁸ En gr. la palabra *mýs* se usa tanto para designar al ratón como al músculo.

⁵⁹ Continúa el relato abandonado en DIOD., XIX 105, 5.

⁶⁰ No se sabe dónde está esta localidad que nuestro autor destaca entre las ciudades samnitas conquistadas por los romanos en el año 311 a. C.

⁶¹ Identificada con la localidad italiana de Cerignola, en Apulia.

⁶² Demetrio fue arconte en 309/308 a. C. Según TITO LIVIO (IX 33, 1), los cónsules para el año 310 a. C. fueron Quinto Fabio Máximo Ruliano, por segunda vez, y Gayo Marcio Rutilo Censorino. Se continúa el relato abandonado en el capítulo 21.

⁶³ Ciudad en la costa este de Licia cerca de la frontera con Panfilia y de la moderna localidad turca de Terikova, a cincuenta kilómetros de Antalya. Fue una colonia fundada por los rodios en el 690 a. C., como uno de los principales puertos comerciales de la región. Tras la conquista de Ptolomeo I, en el 309 a. C., estuvo en manos de los ptolomeos hasta el 197 a. C., cuando cayó en manos de Antíoco III y luego pasó a manos de los rodios.

⁶⁴ Janto, la moderna localidad turca de Gunik, era la antigua capital de Licia, cuyas ruinas (y de las del cercano Letoon, el santuario dedicado a Leto, la madre de Apolo y Artemis) han proporcionado numerosas inscripciones en licio y griego. También es conocida por las tumbas y sepulcros, como el Monumento de las Nereidas que se exhibe en el Museo Británico.

⁶⁵ Ciudad caria, cuyas ruinas se contemplan cerca de la moderna localidad de Dalyan. Aparte de la plaza fuerte del Heracleo y del Pérsico. ESTRABÓN (XIV 2, 3) menciona otra fortaleza, la del Imbro, dominando la ciudad y sus puertos.

⁶⁶ Estinfeo (o también Tinfeo en los textos antiguos) era una región del Epiro.

⁶⁷ Heracles murió estrangulado, tras la celebración de un banquete. Cf. JUSTINO, XV 2, 3.

⁶⁸ Es el año 309/308 a. C., en pleno invierno. Con posterioridad, Poliperconte luchará como vasallo de Casandro en el año 303 a. C. contra Demetrio Poliorceta. Cf. DIOD., XX 103, 6-7.

⁶⁹ La flamante nueva capital del reino de Lisímaco, fundada en el 309 a. C., es hoy la moderna localidad de Eksemil (de *Hexamilium*, como se la conocía en época de Justiniano). Situada en la moderna península de Gallipoli, la ciudad vigilaba estratégicamente la entrada hacia Tracia desde Sestos. Los habitantes procedían de

poblaciones del Quersoneso tracio, mayoritariamente de la ciudad de Cardia que Lisímaco había mandado destruir. Cf. POLIBIO, V 34; ESTRABÓN, VII frag. 52-54 y PAUS., I 9, 8.

⁷⁰ Nuestro autor, sin embargo, nos informa entre los sucesos del año 370 a. C. que su reinado duró treinta y cuatro años. Cf. DIOD., XV 60. 4.

⁷¹ Continúa el relato abandonado en el capítulo 18.

⁷² Zona al sur de la ciudad de Siracusa, a orillas del gran puerto, en la desembocadura del río Anapo. La región se llamaba así por un templo de Zeus Olímpico, cuyas ruinas se encuentran a unos tres kilómetros de la moderna ciudad y que fue construido en el siglo VI a. C. Ya en el siglo V a. C., los atenienses, al mando de Nicías, habían intentado conquistar Siracusa, sin conseguirlo, desde esta plaza. Cf. TUCÍDIDES, VI 64-65.

⁷³ El estrecho desfiladero, por el que se accede a la meseta de Epipolae, que se cierne sobre la ciudad de Siracusa.

⁷⁴ Un exiliado de Siracusa. Cf. DIOD., XIX 8. 6.

⁷⁵ Cf. DIOD., XIX 108-109.

⁷⁶ Jenódoco en DIOD., XX 56, 1-2 y 62, 2-5.

⁷⁷ *Erbessus o Herbessus* se identifica con Pantálica. Allí se encuentran una necrópolis prehistórica y unas cuevas excavadas en la roca, a unos diecisiete kilómetros al oeste de Siracusa. Fue una fundación de los sícelos y la primera vez que se la nombra en las fuentes antiguas es en el año 404 a. C., como aliada de Cartago en el asedio de la ciudad de Siracusa. Cf. DIOD., XIV 7.

⁷⁸ Aparte de por Diodoro, solo se sabe por POLIBIO (cf. I 15, 10) que Equetla estaba en la frontera entre el territorio dominado por Siracusa y el dominado por Cartago en época de Hierón II. La localidad se suele identificar con las ruinas de una ciudad habitada desde el siglo VI a. C., que se encuentran a unos siete kilómetros al noroeste de Grammichele, muy cerca de Leontino.

⁷⁹ Se refiere a la antigua colonia griega de Mégara Hyblaea, fundada por colonos procedentes de Mégara (Grecia) en el siglo VIII a. C., a unos veinte kilómetros al norte de Siracusa. Cf. TUCÍDIDES, VI 4.

⁸⁰ En el Índice del libro XX se dice que fueron veinte las naves capturadas.

⁸¹ Ya que la mayoría de los soldados de Agatocles eran mercenarios.

⁸² Continúa en el capítulo 38.

⁸³ Para esta campaña, cf. TITO LIVIO, IX 35-40. La moderna ciudad de Sutri, a unos cincuenta kilómetros al norte de Roma, fue originalmente una ciudad etrusca que los romanos trataron de conquistar desde el año 391 a. C. (cf. DIOD., XIV 98 y 117). Fue finalmente colonizada por ellos en el año 383 a. C., dotándola de una guarnición. TITO LIVIO (IX 32, 1) se refiere a esta plaza fronteriza como *claustra Etruriae*, «llave de Etruria», y su importancia se revela por los continuos intentos de los etruscos por reconquistarla.

⁸⁴ Se refiere a los dos cónsules, Quinto Fabio y Gayo Marcio, nombrados en el capítulo 27.

⁸⁵ El moderno pueblo italiano de Alife se encuentra a los pies del monte Matese, en el valle del Volturno. Era originalmente una población samnita de la Campania que fue destruida por las guerras samnitas y reconstruida *ex novo* como

una ciudad típicamente romana. Las ruinas antiguas que quedan son de la época romana.

⁸⁶ La moderna Perugia.

⁸⁷ La moderna Arezzo, una de las ciudades que conformaba la dodecápolis etrusca. Tras la conquista de la ciudad por los romanos en el año 310 a. C., albergó una guarnición para proteger la *Via Cassia* que comunicaba Roma con la *Gallia Transalpina*.

⁸⁸ La moderna Cortona, fundación etrusca conocida como *Curtun*, que pasó a manos de los romanos en esta época.

⁸⁹ Se desconoce dónde se encuentra.

⁹⁰ Posteriormente sería cónsul. Cf. DIOD., XX 45, 1.

⁹¹ Quizá el mismo Lucio Plautio que aparece como cónsul en el libro anterior. DIOD., XIX 2. I y nota.

⁹² *Aqua Appia* fue el primer acueducto que se construyó en Roma en el año 312 a. C. por Apio Claudio, apodado el Ciego, y C. Plaucio. Cf. TITO LIVIO, IX 29, 6; PLINIO, *Historia Natural* XXXVI 121.

⁹³ Unos dieciséis kilómetros.

⁹⁴ También construida en el año 312. Cf. TITO LIVIO, IX 29, 6. La *Via Appia*, conocida como la «reina de las calzadas» (*Regina viarum*. Cf. ESTACIO, *Silvas* II 2, 12.), es la más antigua de todas las vías romanas. Más adelante, con la conquista del sur de Italia, se continuó su trazado hasta *Brindisium* (Brindisi, colonia fundada en el 244 a. C.), el puerto de salida al Mediterráneo oriental.

⁹⁵ Unos ciento noventa kilómetros.

⁹⁶ Los *equites*.

⁹⁷ El colega de Apio en el cargo había dimitido precisamente por sus reformas del censo. Cf. TITO LIVIO, IX 29, 7. Cneo Flavio era el secretario de Apio Claudio y fue elegido edil en el año 304 a. C. Llegó a ser un reconocido jurista. Cf. TITO LIVIO, IX 46, 10-12.

⁹⁸ Carino fue arconte en 308/307 a. C. Los cónsules en el año 308 a. C. fueron Publio Decio Mus, por segunda vez, y Quinto Máximo Ruliano. Cf. TITO LIVIO, IX 41, 1-2.

⁹⁹ Colonia doria de Trecén en la costa caria, a unos pocos kilómetros al noroeste de Halicarnaso. Tenía un buen puerto pertrechado con murallas defensivas. Las ruinas se pueden contemplar en la localidad turca de Gümüslük.

¹⁰⁰ Cf. DIOD., XIX 67, 1-2.

¹⁰¹ El relato continuará en el capítulo 45.

¹⁰² Continúa el capítulo 34.

¹⁰³ Tribu nùmidica cerca de Cartago, de la que no se sabe nada más que lo que dice nuestro autor.

¹⁰⁴ En el año 322 a. C., Ofelas, ya como general al servicio de Ptolomeo, había apoyado con éxito la restauración de la monarquía en Cirene frente a los demócratas, bajo el mando del mercenario ateniense Tibrón. Cf. DIOD., XVIII 19-21. Permaneció en Cirenaica, aunque nuestro autor (DIOD., XIX 79, 1-3) no lo menciona en conexión con la revuelta de Cirene del año 312 a. C., que Ptolomeo sofocó.

¹⁰⁵ Tras la muerte de Ofelas, Eutidice volvió a Atenas y se casó con Demetrio Poliorceta. Cf. PLU., *Demetr.* XIV 1.

¹⁰⁶ La famosa batalla de Maratón librada en el año 490 a. C., en la que Milciades, al mando de las tropas atenienses, derrotó a los persas comandados por Darío I. El hijo de Ofelas y Eutidice se llamaba también Milciades. Cf. *IG* II 2 6.630.

¹⁰⁷ Unos quinientos sesenta kilómetros.

¹⁰⁸ La moderna localidad de Libia de El Agheila o Al 'Uqaylah, en el golfo de Sirte, se encontraba justamente en la frontera de la antigua Cirenaica. Cf. ESTRABÓN, II 5, 20 y XVII 3, 24. En la época romana *Automála* fue sede de una guarnición con el nombre de *Anabáucis*.

¹⁰⁹ Según la leyenda estos habían sido engendrados por Zeus, y Lamia había incurrido en la ira de la diosa Hera.

¹¹⁰ Fragmento de Eurípides de una pieza desconocida. Cf. NAUCK., *Trag. Gr. Frag.* EURÍPIDES, 922.

¹¹¹ *Pithekoússai*, llamada así por la palabra griega *píthēkos* («mono») es la moderna Isquia, la más grande de las islas del archipiélago napolitano, enfrente del cabo Miseno. Esta isla de origen volcánico es conocida por ser una de las primeras colonias griegas en Italia con población procedente de Cálcis y Eretria.

¹¹² El relato continúa en el capítulo 54.

¹¹³ Continúa el relato abandonado en el capítulo 36.

¹¹⁴ Pueblo de Italia central de origen sabino que vivía en un territorio en torno al antiguo *Fucinus Lacus* (lago Fucino o lago de Celano, desecado en el siglo XIX), cuya capital era *Marruvium* (San Benedetto dei Marsi en los Abruzzos italianos). Según nuestro autor, durante la Segunda Guerra Samnita, los marsos eran aliados de Roma, pero según TITO LIVIO (IX 41, 4) los marsos eran aliados de los samnitas y no de Roma.

¹¹⁵ Villa desconocida. Aparece nombrada como Caprium en el índice.

¹¹⁶ La moderna ciudad de Corneto Tarquinia, a unos cuarenta y cinco kilómetros de Roma, era la principal ciudad de Etruria, cuna de los primeros reyes de Roma, Tarquino Prisco y Tarquino el Soberbio.

¹¹⁷ El relato continúa en el capítulo 80.

¹¹⁸ Anaxicrates fue arconte en 307/306 a. C. En el año 307 a. C. los cónsules fueron Apio Claudio el Ciego y Lucio Volumnio *Flamma Violens*. Cf. TITO Livio, IX 42, 2.

¹¹⁹ Esta campaña aparece también narrada en PLU., *Demetr.* VIII-IX.

¹²⁰ Atenas.

¹²¹ Para el final de la vida de Demetrio de Falero y su presencia en el Museo de Ptolomeo, cf. DIÓGENES LAERCIO, V 78 y ESTRABÓN. IX 1, 20.

¹²² Estratocles fue un enemigo declarado del orador Demóstenes, al que acusó de malversación de fondos en el *affaire* Harpalus (el antiguo secretario de Alejandro Magno), y desempeñó un papel importante en Atenas en la guerra Lamíaca. Para los honores que se confirieron a Demetrio, cf. PLU., *Demetr.* X-XII. Algunos de los otros decretos que promulgó Estratocles se conservan en inscripciones. Cf. *IG* II [240] y 247.

¹²³ Los tiranicidas asesinos de Hiparco, el hijo del tirano Pisístrato de Atenas. El grupo escultórico de los tiranicidas de Critias y Nesiotes en bronce (el anterior, de Anténor, fue robado por los persas) se encontraba en un lugar de honor en el Ágora de Atenas, como símbolo de la liberación de Grecia.

¹²⁴ Fueron añadidas a las diez tribus tradicionales que existían desde la reforma de Clístenes en el siglo v. a. C. Posteriormente se introdujeron la tribu ptolemaida (en honor al rey Ptolomeo III), la atálida (en honor de Átalo I) y la hadriánida (por el emperador Adriano).

¹²⁵ Cf. DIOD., XVIII 18.

¹²⁶ Imbros (actualmente bajo administración turca con el nombre de Gökçeada) es una isla al noreste del mar Egeo, vecina a Samotracia y Lemnos y cerca del quersoneso tracio. Había sido una posesión ateniense desde el año 494 a. C., cuando Milciades desembarcó allí con un destacamento.

¹²⁷ Una población en la costa noroeste de Chipre, en la punta de la larga y estrecha península de Karpaz (o Kırpaza; la zona es parte de la República Turca del Norte de Chipre), que poseía un puerto y se encontraba cerca del cabo Sarpedón (hoy cabo de San Andrés). Cf. ESTRABÓN, XIV 6. 3.

¹²⁸ Se desconoce dónde se encuentra esta localidad, pero entre los múltiples epítetos de la diosa del amor se encuentra el de Afrodita Urania y era una diosa venerada en Chipre.

¹²⁹ No la archiconocida isla griega, sino la ciudad de la costa oriental de Chipre y capital de la isla.

¹³⁰ El anterior gobernador de la isla, Nicocreonte, se había suicidado tras haber sido acusado de alta traición, como habíamos visto. Cf. DIOD., XX 21, 1-2.

¹³¹ Unos ocho kilómetros.

¹³² Unos trece kilómetros.

¹³³ Antioquia se encontraba cerca de la ciudad siria de Antioquía (moderna Antakya), no Seleucia. Antioquía fue fundada por Seleuco I Nikátōr en el año 300 a. C., llamándola así por su padre.

¹³⁴ Literamente la «toma-ciudades», una torre de asedio de grandes proporciones.

¹³⁵ Algo más de veinte metros.

¹³⁶ Casi cuarenta y dos metros.

¹³⁷ Algo menos de cuatro metros.

¹³⁸ Unos ochenta kilos.

¹³⁹ Unos treinta y ocho kilómetros.

¹⁴⁰ PLUTARCO (*Demetr.* XVI 1) dice que eran ciento cincuenta.

¹⁴¹ Casi sesenta centímetros.

¹⁴² PLUTARCO (*Demetr.* XVI) dice que fueron ciento ochenta, y POLIENO (IV 7, 7), que fueron ciento setenta.

¹⁴³ Temisonte de Samos ya había estado al servicio de Antígono el Tuerto en el año 314 a. C., en el asedio de Tiro. Cf. DIOD., XIX 62, 7.

¹⁴⁴ Según el léxico SUDA (s. v. *Marsyas*), Marsias de Pella era hermanastro de Antígono el Tuerto e íntimo amigo de Alejandro Magno, con el que se había criado.

Además de su *Historia de Macedonia* en diez libros (aquí referenciada), escribió también una *Historia de la educación de Alejandro* y un libro sobre las *Antigüedades Aticas*. Todas sus obras se han perdido, excepto algunos fragmentos dispersos (FGrH 135) mencionados por Justino, Plutarco y Ateneo. Sobre el autor y sus fragmentos, cf. W. HECKEL, «Marsyas of Pella, Historian of Macedon», *Hermes* 108 (1980). 444-462.

¹⁴⁵ Unos tres kilómetros.

¹⁴⁶ Personajes desconocidos.

¹⁴⁷ Después de haber conquistado Babilonia. Cf. DIOD., XIX 90-92.

¹⁴⁸ El relato continúa en el capítulo 73.

¹⁴⁹ Cf. ELIANO, *Historias Curiosas* XI 4. Una historia muy parecida se contaba de la corona de laurel que, como *pontifex maximus*, llevaba Julio César en la cabeza.

¹⁵⁰ Útica fue una fundación fenicia que originalmente se encontraba en la costa del golfo de Túnez, en un promontorio cerca de la desembocadura del río Medjerda. Según POLIBIO (I 82, 8), precisamente Útica había sido una de las pocas ciudades púnicas que no había traicionado a Cartago.

¹⁵¹ Bizerta es el nombre actual de la ciudad que nuestro autor llama «colina del caballo» o *Hippo Accra*, también conocida en la época romana como *Iulia Hippo Diarrhytus*. La moderna ciudad tunecina de Bizerta o Banzart se encuentra a unos sesenta kilómetros de Túnez, en un istmo que comunica el mar Mediterráneo con el lago de Bizerta, lo que concuerda con la descripción de nuestro autor.

¹⁵² La flota fue construida en Bizerta.

¹⁵³ La moderna Termini Imerese. En la Antigüedad se llamaba *Thermae Himerenses* o *Thérma Himeráia*, ya que la ciudad de Terma se fundó cerca de unas fuentes termales que, según la leyenda, habían surgido de la tierra para solaz de Heracles, que iba de viaje por Sicilia. Cf. DIOD., IV 23, 1 y XIII 79, 8. Recuérdese que *Thérma* fue el lugar de nacimiento de Agatocles. Cf. DIOD., XIX 2, 2 y nota a nuestra traducción.

¹⁵⁴ La moderna Cefalú en la costa siciliana en la provincia de Palermo. Se encuentra a una veintena de kilómetros de Hímera y probablemente la ciudad original, a los pies de un promontorio, albergaba una fortaleza dependiente de esta ciudad (y seguramente fue lugar de refugio de la población tras la destrucción de la ciudad en el 409 a. C.). Había estado en manos de Cartago y de Dionisio I de Siracusa (Cf. DIOD., XIV 56, 2 y 78, 7), pero probablemente en ese momento era independiente.

¹⁵⁵ Centuripe o Centorbi, cf. DIOD., XIX 103. 2 y la nota de nuestra traducción.

¹⁵⁶ *Tocae* era una de las ciudades más importantes de los númidas.

¹⁵⁷ No se sabe dónde se encuentra esta población.

¹⁵⁸ Originalmente en griego, «como el asfódelo»; siendo el asfódelo la flor que, según se dice, llenaba las llanuras de los Campos Elíseos en el mundo de los muertos.

¹⁵⁹ De la ciudad que fue fundación troyana, Mesquela, solo existe esta referencia y no aparece mencionado en el libro III de Diodoro.

¹⁶⁰ Cf. DIOD., XX 55, 3.

¹⁶¹ Población desconocida.

¹⁶² Tampoco se sabe nada de esta población.

¹⁶³ Unos treinta y ocho kilómetros.

¹⁶⁴ Las «ciudades de los simios». Ya habíamos hablado antes de las islas Pitecusas. Cf. DIOD., XX 44, 7 y la nota a nuestra traducción.

¹⁶⁵ Cf. DIOD., I 83, 1.

¹⁶⁶ Este es otro Hannón, distinto del general cartaginés muerto en campaña en un intento de invadir Siracusa. Cf. DIOD., XX 10, 1 y 12, 3. No se sabe nada más de él.

¹⁶⁷ Unos noventa y dos kilómetros.

¹⁶⁸ Casi veinte kilómetros.

¹⁶⁹ A algo más de unos siete kilómetros.

¹⁷⁰ Cf. DIOD., XX 56, 2.

¹⁷¹ El típico proverbio latino, *in vino veritas*; pero reproducido en su original griego.

¹⁷² Para esta segunda campaña en el norte de África, cf. JUSTINO, XXII 8, 4-15.

¹⁷³ La misma expresión en DIOD., XX 30, 1.

¹⁷⁴ Una historia cuenta que Agatocles había enviado a su hijo Heráclidas ante la presencia de Ofelas, porque sabía que a este último le gustaban los jovencitos y quería engatusarlo. JUSTINO, XXII 7, 5-6. Así pudo engañarlo más fácilmente para eliminarlo y apoderarse de su ejército. Cf. DIOD., XX 42, 3-5.

¹⁷⁵ En noviembre del año 370 a. C.

¹⁷⁶ Cf. POLIBIO, VII 2, 4.

¹⁷⁷ Las ruinas de Solunto, muy cerca de la moderna localidad de Santa Flavia, se encuentran sobre el monte Catalfano, frente al cabo Zafferano, a unos veinte kilómetros de Panormo (Palermo). Fue una fundación fenicia que fue siempre leal a Cartago, incluso cuando en el año 397 a. C. muchas otras ciudades de Sicilia, espoleadas por Dionisio de Siracusa, la traicionaron. Cf. DIOD., XIV 48, 4-5 y 78, 1.

¹⁷⁸ Cf. DIOD., XX 42.

¹⁷⁹ Fálaris fue tirano de Agrigento desde el año 570 a. C. hasta su muerte, en el 544 a. C. Se dice que el toro de Fálaris fue inventado por el ingeniero Perilao de Atenas. Las víctimas del tirano Fálaris eran encerradas en ese toro de bronce, con una hoguera encendida debajo y sus gritos de agonía salían por la boca del toro, representando el sonido de su bramido. Cf. DIOD., IX 19, 1. Cf. También CICERÓN, *Verrinas* IV 73. El toro de Fálaris fue llevado en Cartago, junto con muchas obras de arte procedentes de Sicilia, donde los generales romanos la encontraron cuando conquistaron la ciudad. Cf. DIOD., XXXII 25, 1.

¹⁸⁰ El nuevo nombre de la ciudad de Segesta (*Dikaiópolis*, «la ciudad de la justicia») solo aparece en este texto. Segesta recuperó su nombre en el año 306 a. C., aliándose con los cartagineses. Cf. DIOD., XXII 10, 2.

¹⁸¹ Cf. DIOD., XX 4, 3.

¹⁸² Continúa el relato en el capítulo 77.

¹⁸³ Corebo fue arconte en 306/305 a. C. TITO LIVIO (IX 42, 10) informa que los cónsules para el año 306 a. C. fueron Publio Cornelio Arvina y Quinto Marcio Trémulo.

¹⁸⁴ Un error de la traducción manuscrita. El hijo de Antígono se llamaba Filipo. Cf. DIOD., XX 19, 5 y PLU., *Demetr.* II 1.

¹⁸⁵ Continúa el relato abandonado en el capítulo 53. Véase también PLU., *Demetr.* XIX 1-2 y PALIS., I 6, 6.

¹⁸⁶ El 1 de noviembre.

¹⁸⁷ Literalmente, la región de «los Hoyos», una región de marismas y tierras movedizas muy peligrosa. Cf. DIOD., I 30, 4-9 y XVI 46, 4-5, y ESTRABÓN, XVII 1, 21.

¹⁸⁸ Actualmente la ciudad palestina de Rafah o Tell Rafah, en la frontera de la franja de Gaza administrada por Palestina y Egipto. ESTRABÓN (XVI 2, 31) menciona brevemente la famosa batalla de Rafia entre Ptolomeo IV y Antíoco III el Grande en el año 217 a. C.

¹⁸⁹ Se refiere a una localidad cercana al monte Casio, que se conoce actualmente como Ras Kouroun y que sirve de frontera entre Egipto y Siria (hay otro monte Casio, pero este se encuentra cerca de la desembocadura del río Orontes, en la frontera de Siria con Turquía). El monte Casio está muy cerca del lago conocido en la Antigüedad como lago Serbonio y actualmente como la albufera de Bardawil, separado del Mediterráneo por un banco de arena. Las tormentas eran comunes en esta zona en la Antigüedad. Cf. ESTRABÓN, XVI 2, 26.

¹⁹⁰ A menos de cuatrocientos metros de la costa.

¹⁹¹ A menos de cuatrocientos metros de la ribera del río.

¹⁹² Literalmente «la falsa desembocadura». Localidad no identificada que solo aparece mencionada aquí.

¹⁹³ Cf. DIOD., 133.7. Era la desembocadura de uno de los dos grandes ramales del río Nilo (probablemente el conocido como *Bukolikón* por HERODOTO, II 27, 6) que recibe variados nombres en la Antigüedad: *Phatnitikón/Pathmelikón/Rathnitikón*, en griego; y *Pathmeticum*, en latín. Muy cerca de la desembocadura se encontraba la localidad de *Tamías* (o *Tamiáthis*), que corresponde a la moderna ciudad y a la región de Damietta o Damietta (en árabe Dumyāt).

¹⁹⁴ Pérdicas también intentó invadir Egipto y también fracasó. Cf. DIOD., XVIII 33-37.

¹⁹⁵ Fue probablemente en este momento en el que asumió el título de rey. La historia continúa en el capítulo 81.

¹⁹⁶ Cf. DIOD., XVI 88, 5.

¹⁹⁷ Continuando el relato del capítulo 72.

¹⁹⁸ Cf. DIOD., XIV 8, 4-6, donde se reproduce la misma historia, pero las palabras de Megacles aparecen atribuidas al historiador Filisto. La historia corresponde a la revuelta de los siracusanos contra Dionisio I el Viejo en el período 404/403 a. C.

¹⁹⁹ Continúa en el capítulo 89.

²⁰⁰ Continúa el relato abandonado en el capítulo 44.

²⁰¹ Corresponde actualmente a la ciudad de Gravina di Puglia, localidad de paso de la antigua *Via Appia* (recibiendo en los *itinera* el nombre de *Silitum* o *Silutum* o, en griego, *Sídis* o *Sídion*) en la frontera de la Puglia con Yapigia. Cf. ESTRABÓN, VI 3, 8.

²⁰² Anagni, «la rica Anagnia» (como decía VIRGILIO en la *Eneida* VII 684), actualmente es una localidad de la provincia de Frosinone a cincuenta kilómetros al sur de la ciudad de Roma. Comenzó su historia como capital de la tribu latina de los hérnicos, pero se sometió a Roma en la Segunda Guerra Samnita. Para esta campaña, cf. TITO LIVIO, IX 43, 2-7.

²⁰³ La actual Frosinone, localidad de la misma provincia en las riberas del río Sacco (el antiguo *Trerus*), en la region del Lacio, situada en la *Via Larina*, al sudeste de Roma. El relato continúa en el capítulo 90.

²⁰⁴ Eujenipo fue arconte en 305/304 a. C. Según TITO LIVIO (IX 44, 2), los cónsules para el año 305 a. C. fueron Lucio Postumio y Tito Minucio.

²⁰⁵ Se continúa el relato del capítulo 76. Para la campaña rodia, cf. PLU., *Demetr.* XXI-XXII.

²⁰⁶ Cf. DIOD., XVIII 4. I.

²⁰⁷ Cf. DIOD., XX 46, 6. Anteriormente en el año 315 a. C. Rodas construyó naves de guerra para Antígono (DIOD., XIX 57, 4 y 58, 5) y en el año 313 a. C., en la campaña de Grecia, había enviado a Demetrio diez barcos (cf. DIOD., XIX 77, 2).

²⁰⁸ También conocido como *Larumna* y *Lorimna* en la Antigüedad. Es un puerto en la costa de Caria, en la moderna bahía turca de Bozuk Bükü, a unos treinta y dos kilómetros de la isla de Rodas.

²⁰⁹ Cf. DIOD., XIX 45, 3.

²¹⁰ Unos ciento cincuenta metros.

²¹¹ Continúa en el capítulo 91.

²¹² Continúa el relato abandonado en el capítulo 79.

²¹³ Localidad desconocida.

²¹⁴ Localidad igualmente desconocida.

²¹⁵ El relato continúa en el capítulo 101.

²¹⁶ Continúa el relato que se había dejado en el capítulo 80.

²¹⁷ Los pelignos eran un pueblo itálico de origen sabélico que vivía en el centro de Italia, en el área que antiguamente se conocía como Valle Peligna o Conca di Sulmona, una meseta en los Abruzzos centrales. En el 308 a. C. los marsos y los pelignos se separaron de la alianza romana. Los dos pueblos fueron derrotados por los romanos. En el 304 a. C. pidieron la paz y la obtuvieron en términos favorables. Cf. TITO LIVIO, IX 44-45 y X 3.

²¹⁸ También llamado *Ager Falernus*, en el norte de la Campania.

²¹⁹ *Bola* o *Bolae*, localidad del Lazio, fue una ciudad fundada por la ciudad sabina de Alba Longa. Cf. DIOD., VII *Ap. Euseb. Arm.* pág. 185 y VIRGILIO, *Eneida* VI 776. Los romanos ya habían luchado por la posesión de esta ciudad, que estaba en manos de la tribu de los ecuos, en dos ocasiones: en los años 411 a. C. y 389 a. C. Cf. TITO LIVIO, IV 48-50 y VI 2. 14; DIOD., XIII 42, 6 y XIV 117, 4.

²²⁰ TITO LIVIO (IX 44) lo llama Estacio Gelio.

[221](#) Véase DIOD., XIX 72, 3. y nota.

[222](#) Según TITO LIVIO (IX 44) la ciudad conquistada fue la patria de Cicerón, *Arpinum*, la moderna Arpino que se encuentra a ciento diez kilómetros de Roma, y no Arpina que es, esta última, una ciudad griega de la Elide, muy cerca de Olimpia. Cf. DIOD., IV.73.1 y PAUS., VI 20, 8.

[223](#) Según TITO LIVIO (IX 44) la ciudad conquistada fue Cesennia o Censennia, no Serennia. No se sabe dónde se encuentra este municipio.

[224](#) Ferecles fue arconte en 304/303 a. C. TITO LIVIO (IX 45, 1) informa que los cónsules del año 304 a. C. fueron Publio Sulspicio Saverrión y Publio Sempronio Sofo.

[225](#) Continúa el relato que se abandonó en el capítulo 88.

[226](#) La «toma-ciudades» que ya había sido descrita anteriormente cf. DIOD., XX 48, 2.

[227](#) Unos veintitrés metros.

[228](#) Algo menos de medio metro.

[229](#) Un metro.

[230](#) Algo menos de los cincuenta metros.

[231](#) Algo menos de catorce metros cuadrados en la base y algo menos de tres metros cuadrados en la cúspide.

[232](#) Para este apodo y para una descripción de su carácter, cf. PLU., *Demetr.* II-IV.

[233](#) Por supuesto, no son los montes Cárpatos, en Escandinavia, sino que es una isla del Dodecaneso que se encuentra entre Rodas y Creta. Según nuestro autor, los primeros que habitaron la isla *Carpathus*, o en griego *Kárpáthos* (*Krápáthos* en HOMERO, *Iliada* II 676) eran súbditos del rey Minos que, en ese momento, dominaba los mares. Cf. DIOD., V 54, 4.

[234](#) Cf. DIOD, XX 53 y notas.

[235](#) Cf. DIOD., XX 88, 9 y nota.

[236](#) Algo menos de cincuenta y cinco metros.

[237](#) La artaba egipcia era una medida de capacidad de áridos que equivalía a algo menos de treinta litros. La cantidad resultante es, pues, desmesurada, pero testimonia la riqueza de Egipto (que se convirtió en el granero de Roma en la época imperial). No se debe confundir con la artaba persa, también una medida de capacidad para áridos que, según HERÓDOTO (I 192), equivalía a un medimno y tres quénices áticos; lo que equivale a casi cincuenta y cinco litros.

[238](#) Unos trescientos diez mil kilos.

[239](#) Unos mil doscientos cuarenta kilos.

[240](#) Literalmente, «el otro lado», la tierra que se encontraba en Caria y que pertenecía a Rodas, justo enfrente.

[241](#) Cf. DIOD., XX 96, 1.

[242](#) Pero según PLUTARCO (*Demetr.* XXII 4) fueron los atenienses los que indujeron a Demetrio a firmar una alianza con los rodios, que estarían a su lado y al de Antígono, su padre, excepto en el caso de que se produjera una guerra con Ptolomeo.

[243](#) Casi doscientos metros.

[244](#) Áulide se encuentra en el estrecho de Euripo, frente a la isla de Eubea, a unos veinte kilómetros de la capital de Beocia, Tebas. Fue el puerto donde las tropas griegas se embarcaron para Troya tras el sacrificio de Ifigenia, la hija del general Agamenón, y donde el rey Agesilao III hizo un sacrificio propiciatorio en el año 397 a. C., antes de emprender su campaña en Asia Menor. Allí se encuentran los restos del templo de Ártemis Aulidea.

[245](#) Para Eumelo, cf. DIOD., XX 22, 1-26, 2.

[246](#) El nombre que aparece en las monedas como rey del Bósforo Cimerio es el de Espártoco III (304-284 a. C.), el último regente de la dinastía espartócida. En el caso de Espártoco I (480-438 a. C.) y Espártoco II (353-348 a. C.), nuestro autor comete el mismo error. Cf. DIOD., XII 31, 1 y 36, 1; XIV 93, 4; XVI 31, 6 y 52, 10.

[247](#) Continúa el relato que habíamos abandonado en el capítulo 90.

[248](#) Se refiere a la historia de Anfinomo y Anapia a los que, cuando acudieron a rescatar a sus padres de una erupción del Etna, las corrientes de lava se abrieron para darles paso. Cf. PAUS., X 28, 4.

[249](#) Para la muerte del tirano de Siracusa, cf. DIOD., XXI frag. 16.

[250](#) Cf. TITO LIVIO, IX 45, 1-4. Se continúa el relato abandonado en el capítulo 90.

[251](#) Se refiere a los ecuos, (en lat. *aequi* o *aequiculi* y en gr. *Aíkioi* o *Aikiánoi*) un pueblo antiguo del noreste del Lacio, en Italia. Para esta campaña, cf. TITO LIVIO, IX 45, 5-18.

[252](#) Leóstrato fue arconte en el período 303/302 a. C. En el año 303 a. C. TITO LIVIO (X 1, 1) también dice que los cónsules fueron Lucio Genucio y Servio Cornelio.

[253](#) Sobre Prepelao, cf. DIOD., XIX 64, 3 y 68, 5 y nota.

[254](#) El Sisisfeo se encontraba en las faldas del Acrocorinto cerca de la fuente Pirene. Cf. ESTRABÓN, VIII 6, 21. Estaba dedicado a Sisifo, el héroe fundador de Corinto e inaugurador de los Juegos Ístmicos. Se cuenta que Sisifo, a su muerte, fue enterrado en el istmo de Corinto, pero nadie sabía exactamente dónde se encontraba su tumba. Cf. PAUS., II 2, 2.

[255](#) Una de las ciudades que integraba la Liga Aquea. En el 373 a. C. la ciudad de Bura, junto con la cercana Hélice, sufrió un devastador terremoto que acabó con la ciudad y con todos sus habitantes. Cf. DIOD., XV 48, 3 y ESTRABÓN, I 3, 18. Los supervivientes reconstruyeron la ciudad a unos seis kilómetros de la costa, cuyas ruinas se encuentran entre los ríos Bokhusia (antiguo Cerinites) y el Kalavryta, cerca de Trupia.

[256](#) Una de las islas Espóradas del mar Egeo, al este de Eubea. Allí, el estratega Cimón encontró los huesos del héroe ateniense Teseo. DIOD., XI 60, 11. PLU., *Teseo* XXXVI 1. Desde entonces y durante los siglos V-IV a. C. la isla había sido una posesión ateniense de importancia en sus rutas comerciales hacia el Ponto Euxino. Incluso hoy hay una base de la Fuerza Aérea Helénica, por su posición central en el Egeo.

[257](#) El relato continúa en el capítulo 106.

[258](#) Continúa el relato abandonado en el capítulo 101.

²⁵⁹ Cleónimo, aun siendo hijo del rey agiada Cleomenes II, no consiguió el trono, al morir su padre en el año 309 a. C. (supuestamente porque era de carácter violento y tiránico), y en su lugar reinó su sobrino Areo I. Cf. PLU., *Agis* III 4; PAUS., III 6, 2. Para la campaña de Cleónimo en Sicilia, cf. TITO LIVIO. X 2, 1-15.

²⁶⁰ véase otro ejemplo en DIOD., XVIII 21, 1-3.

²⁶¹ Tribu itálica que ocupaba la punta de la península itálica y que eran vecinos de los tarentinos.

²⁶² El contexto parece indicar que se trata de una invasión de Tarento. TITO LIVIO (X 2, 1) menciona una invasión a la ciudad de Turios.

²⁶³ Se desconoce dónde se encontraba esta localidad, pero probablemente sería un promontorio en lo más extremo de la península itálica. El otro Triopio conocido estaba en una posición semejante en la península del Cnido.

²⁶⁴ No se menciona a Cléonimo en ningún otro momento.

²⁶⁵ Nicocles fue arconte en 302/301 a. C. TITO Livio (X 1, 7) nombra a M. Livio Dénter y a Emilio (sin *praenomen*) como cónsules para el año 302 a. C.

²⁶⁶ Tanto Pario (la moderna Kemer) como la cercana Lámpsaco (Lapsake) se encuentran en la costa del Helesponto, guardando el paso hacia el mar de Mármara.

²⁶⁷ La moderna localidad moderna de Yenişehir se encuentra en la Tróade, en un promontorio cerca de la desembocadura de los ríos Escamandro y Simios. Su localización estratégica, guardando el paso de la Propóntide, ya había sido advertido por los atenienses que la colonizaron en el siglo VI a. C.

²⁶⁸ De nuevo, Lisímaco intenta reforzar sus puestos en el Helesponto.

²⁶⁹ Debe de ser un error de Diodoro. Esta ciudad no se encuentra en la Frigia Helespóntica, sino en la Gran Frigia propiamente dicha, siendo una ciudad de importancia estratégica en la ruta que unía Éfeso con Cilicia. Era una ciudad conocida por la calidad de sus mármoles, con la que probablemente se construyeron los palacios que menciona nuestro autor.

²⁷⁰ La moderna localidad de Edremit, en la región de Mármara, en el golfo del mismo nombre que se encuentra frente a Lesbos.

²⁷¹ Probablemente el mismo Filipo que ya aparece mencionado como consejero de Demetrio. Cf. DIOD., XIX 69, 1.

²⁷² *Dorylaeum/Dorylaeion* era una localidad de la Gran Frigia que se encuentra cerca de la moderna población turca de Eskişehir. El origen de la ciudad es incierto, ya que es en este pasaje de nuestro autor donde se menciona por primera vez en la Antigüedad, pero ganó en importancia en la época romana como nudo de comunicaciones.

²⁷³ Crátero repudió a Amestris para casarse con Fila. Cf. DIOD., XVIII 18, 7. Amestris se casó con Dionisio, el gobernante de Heraclea. A la muerte de este, ella siguió teniendo el poder en nombre de sus hijos, aún menores de edad. Cf. ESTRABÓN, XII 3, 10. Lisímaco posteriormente la repudió para casarse con Arsínoe, la hija de Ptolomeo I y Berenice.

²⁷⁴ Larissa Pelasgia o Larissa Cremaste, puerto en la Ftíótide. Cf. ESTRABÓN, IX 5, 13 y 19.

²⁷⁵ Tanto Antrones como Pteleo se encuentran cerca del golfo Pagasético o golfo de Volos, en Tesalia, al noroeste del Larisa, la principal ciudad de la región.

[276](#) No la Tebas de Beocia, sino la Tebas de Tesalia, la actual ciudad griega de Mikrothives.

[277](#) Que el llama Hierón en DIOD., XIX 73, 6.

[278](#) Cío era una ciudad de Bitinia, en la Propóntide, en el golfo del mismo nombre aunque, como aquí, aparece mencionada a menudo como Cío de Misia. Cf. DIOD., XVIII 72, 2 y nota.

[279](#) La moderna ciudad turca de Mudanya fue una colonia colofonia y fue rebautizada como *Apamea Myrleia* por el rey Prusias I de Bitinia, en honor a su mujer, Apama III, en el año 202 a. C.

[280](#) Mitrídates III de Cío y I del Ponto. Era sobrino del anterior gobernante Mitrídates II. Cf. DIOD., XIX 40, 2 y PLU., *Demetr.* 4.

ÍNDICE GENERAL

[INTRODUCCIÓN](#)

[Bibliografía](#)

BIBLIOTECA HISTÓRICA

[LIBRO XVIII](#)

[LIBRO XIX](#)

[LIBRO XX](#)